



# Balzac

## LA COMEDIA HUMANA

*Pequeñas miserias de la vida conyugal*

*Obras inacabadas o esbozadas*

*Índice general*



TOMO XXX



Lectulandia

«La inmensidad de un plan que abraza a la vez la historia y la crítica de la Sociedad, el análisis de sus males y la discusión de sus principios, me autoriza, creo yo, a dar a mi obra el título con el que aparece hoy: La Comedia Humana»

Balzac.

**Lectulandia**

Honore de Balzac

**Pequeñas miserias de la vida  
conyugal & Obras inacabadas o  
esbozadas**

**La Comedia Humana (Editorial Lorenzana) - XXX**

ePub r1.0

mandius 27.05.16

Título original: *Petites misères de la vie conjugale & Outres*  
Honoré de Balzac, 1846  
Traducción: Antonio Ribera & José María Aymamí

Editor digital: mandius  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

TOMO XXX

ESTE TOMO CONTIENE LAS SIGUIENTES OBRAS

*Pequeñas miserias de la vida conyugal.*

*Obras inacabadas o esbozadas.*



# **PEQUEÑAS MISERIAS DE LA VIDA CONYUGAL**



# PRIMERA PARTE

## PREFACIO

DONDE CADA CUAL SE VOLVERÁ A ENCONTRAR CON LAS IMPRESIONES DE SU MATRIMONIO

Un amigo os habla de una muchacha joven:

«Buena familia, bien educada, bonita, y trescientos mil francos en efectivo».

Y vos habéis deseado conocer a ese ser encantador.

Generalmente, todas las entrevistas fortuitas son premeditadas. Y vos habláis a la persona en cuestión, que se ha vuelto muy tímida.

*Vos.* — ¿Una velada encantadora...?

*Ella.* — Ya lo creo; sí, señor.

Y admiten que cortejéis a la joven.

*La suegra* (pensando en el futuro). — No supondrías hasta qué punto es susceptible de afecto esta querida hijita.

Sin embargo, las dos familias están en desavenencia por cuestiones de interés.

*Vuestro padre* (a la suegra). — Mi finca vale quinientos mil francos, mi querida señora...

*Vuestra futura suegra.* — Y nuestra casa, mi estimado señor, está en el chaflán de una calle.

De lo que resulta un contrato, discutido por dos terribles notarios: uno pequeño y otro grande.

Luego, las dos familias estiman necesario que paséis por el registro civil y por la iglesia antes de que la casada, que hace dengues, proceda a acostarse.

Y después... os suceden una multitud de pequeñas miserias imprevistas, como éstas:



# I

## LA JUGARRETA

¿Es una pequeña, es una gran miseria? No lo sé; es grande para los yernos o para vuestras nueras, y excesivamente pequeña para vos.

—Querida, eso está bien, pero una criatura cuesta mucho —exclama un esposo diez veces demasiado feliz que hace bautizar a su undécimo, llamado el *pequeño último*, expresión con la cual las mujeres embaucan a sus familias.

¿Cuál es esa miseria?, me diréis. Pues bien, esa miseria es, como muchas pequeñas miserias conyugales, una dicha para alguien. Hace cuatro meses que habéis casado a vuestra hija, a quien llamaremos con el dulce nombre de «Carolina», admitiéndola como el tipo común de todas las esposas. Carolina es, como siempre, una encantadora joven, y le habéis encontrado marido:

Puede ser un abogado de primera instancia, o un capitán ayudante, acaso un ingeniero civil, o un juez suplente, o aún un joven vizconde. Pero más seguramente, y lo que sobre todo buscan las familias sensatas, el ideal de sus deseos: el hijo único de un rico propietario...

A ese fénix le llamaremos «Adolfo», sean cuales sean su estado en el mundo, su edad y el color de su cabello.

El abogado, el capitán, el ingeniero y el juez, el yerno, Adolfo y su familia han visto en Carolina:

- 1) A la señorita Carolina.
- 2) A la hija única de vuestra mujer y de vos.

Aquí nos vemos obligados a pedir, como en el Congreso, el recuento.

I. DE VUESTRA MUJER: Vuestra mujer debe recoger la herencia de un tío materno, viejo gotoso a quien ella cuida, mimaba y arropa; eso sin contar con la fortuna de su propio padre. Carolina ha adorado siempre a su tío, que la hacía saltar en sus rodillas; a su tío, que...; a su tío, quien...; a su tío, en fin..., cuya sucesión se calcula en doscientos mil francos.

De vuestra mujer..., persona bien conservada, pero cuya edad ha sido objeto de maduras reflexiones y de un largo examen por parte de los progenitores de vuestro yerno. Tras muchas escaramuzas respectivas entre las suegras, se han confiado pequeños secretos de mujeres maduras.

—¿Y vos, mi querida señora?

—Oh, yo, a Dios gracias, estoy en paz; ¿y vos?

—Yo también lo espero —ha respondido vuestra mujer—. Puedes casarte con Carolina —ha dicho la madre de Adolfo a vuestro futuro yerno; Carolina es la heredera única de su madre, de su tío y de su abuelo.

II. DE VOS: Que disfrutáis aún de vuestro abuelo materno, un buen anciano cuya

sucesión no os será disputada: chochea, y de ahí que no puede testar.

De vos, hombre amable, pero que habéis llevado una vida bastante libertina en vuestra juventud.

—¡Ah, vos habéis hecho de las vuestras! —os ha dicho el padre de vuestro querido Adolfo.

Tenéis, además, cincuenta y nueve años, y vuestra cabeza está coronada: se diría una calva que pasa a través de una peluca gris.

3.º Una dote de trescientos mil francos...

4.º La hermana única de Carolina, una pequeña boba de doce años, enfermiza, y que promete no dejar que sus huesos envejecan.

5.º Vuestra fortuna personal, suegro (en cierta sociedad se dice «papá político»), veinte mil libras de renta, que aumentarán dentro de poco con una herencia.

6.º La fortuna de vuestra mujer, que debe engrosar con dos herencias: la del tío y la del abuelo. O sea:

<i>Tres herencias y las economías</i>	750.000 francos
Vuestra fortuna	250.000 francos
La de vuestra mujer	250.000 francos
Total	1.250.000 francos

He aquí la autopsia de todos esos brillantes himeneos que conducen sus coros danzantes y comedores, de guantes blancos, ojales floridos, ramilletes, canutillos, velos, coches de alquiler de lujo y cocheros yendo de la alcaldía a la iglesia, de la iglesia al banquete, del banquete al baile y del baile a la cámara nupcial, a los acordes de la orquesta y entre las bromas consagradas que dicen los restos de los dandis; ¿pues no hay por el mundo restos de dandis, como hay sobrantes de caballos ingleses? Sí, he aquí la osteología de los más amorosos deseos.

La mayoría de los parientes han opinado sobre la boda:

—Adolfo ha hecho un buen negocio.

—Carolina ha hecho un excelente matrimonio. Adolfo es hijo único, y tendrá sesenta mil francos de renta.

Un día, el feliz juez, o ingeniero, o capitán, o abogado, o hijo único de un rico propietario, Adolfo, en fin, viene a cenar a vuestra casa, acompañado de su familia.

Vuestra hija Carolina está excesivamente orgullosa de la forma un poco abombada de su talle. Todas las mujeres despliegan una inocente coquetería para su primer embarazo. Semejantes al soldado que se pavonea de su primera batalla, a ellas les gusta destacar su palidez, subrayar sus molestias; se levantan de cierta manera y andan con los más lindos remilgos. Flores aún, tienen un fruto: anticipan así sobre la maternidad. Todas esas afectaciones con descomedidamente encantadoras... la primera vez.

Vuestra mujer, convertida en la suegra de Adolfo, se somete a corsés de alta

presión. Cuando su hija ríe, ella llora; cuando su Carolina ostenta su felicidad, ella repliega la suya. Después de la cena, la clarividente mirada de la consuegra, ha adivinado la obra de las tinieblas.

—Vuestra mujer está encinta.

La noticia estalla, y vuestro más antiguo camarada de colegio os dice riendo:

—Vaya, ya has hecho otra de las nuestras, ¿eh?

Esperáis una consulta que ha de tener lugar el día siguiente. Vos, hombre animoso, enrojecéis, esperáis una hidropesía; pero los médicos han afirmado la llegada de un *pequeño último*...

Algunos maridos timoratos van entonces al campo, o se deciden por un viaje a Italia. En fin, una extraña confusión reina en vuestro hogar. Os halláis en una falsa posición.

—¡Ah, viejo pillastre...! ¿No te da vergüenza de...? —os dice un amigo en el bulevar.

—¡Pues sí; anda, haz lo mismo! —replicáis furioso.

—¿Pero cómo, el día en que tu hija...? Pero eso es inmoral. ¿Y una mujer vieja? No estás en tu juicio.

—Hemos sido robados como en un bosque —dice la familia de vuestro yerno.

«Como un bosque», graciosa expresión para la suegra.

Esa familia espera que la criatura que parte en tres las esperanzas de fortuna será, como todos los hijos de padres viejos, escrofuloso, enfermo, un aborto. ¿Seguirá su curso?

Esa familia espera el alumbramiento de vuestra mujer con la ansiedad que agitó a la casa de Orleans durante el embarazo de la duquesa de Berri: una segunda hija procuraba el trono a la rama segundona, sin las onerosas condiciones de Julio; Enrique V le ponía sitio a la corona. Entonces la casa de Orleans se vio obligada a jugarse el todo por el todo, y los acontecimientos le dieron la partida.

Madre e hija dan a luz con intervalo de nueve días. El primer retoño de Carolina es una criatura raquítica que no vivirá.

El último vástago de su madre es un soberbio angelote, que pesa doce libras, tiene ya dos dientes y pelo soberbio.

Vos habéis deseado durante dieciséis años un hijo. Esta miseria conyugal es la única que os vuelve loco de alegría. Pues vuestra mujer rejuvenecida halla en este embarazo lo que hay que llamar «el veranillo de San Martín» de las mujeres: y ella lo amamanta, ¡ella tiene leche!; su piel es lozana, de una tonalidad blanca y rosa.

A sus cuarenta y dos años, se hace la joven, compra medias bajas, se pasea seguida de una criada, borda gorritos, adorna pañales. Alejandrina ha tomado su partido, instruye a su hija con su ejemplo; está encantadora, es feliz. Y, sin embargo, es una pequeña miseria para vos, grande para vuestro yerno. Esa miseria es de los dos géneros, os es común a vos y a vuestra mujer. En fin, en esos casos vuestra paternidad os enorgullece más por lo que hay en ella de incontestable, mi querido señor...

## II

### LOS DESCUBRIMIENTOS

Generalmente, una joven no descubre su verdadero carácter sino al cabo de dos o tres años de matrimonio. Ella disimula, sin quererlo, sus defectos en medio de las primeras alegrías, de las primeras fiestas. Si frecuenta los salones, bailará; si va a casa de sus padres será para hacerlos triunfar, y viaja escoltada por las primeras malicias del amor; se hace mujer. Luego se convierte en madre y nodriza, y en esta situación llena de agradables sufrimientos, que no deja a la observación ni una palabra ni un minuto, a tal punto se multiplican los cuidados, resulta imposible juzgar a una mujer. Os han sido, pues, necesarios tres o cuatro años de vida íntima antes de que hayáis podido descubrir una cosa horriblemente triste, un motivo de perpetuos terrores.

Vuestra mujer, esa doncella en quien los primeros placeres de la vida y el amor suplían a la gracia y al ingenio, tan coqueta, tan animada, tan viva, cuyos menores movimientos poseían una deliciosa elocuencia, ha despojado lentamente, uno a uno, sus artificios naturales. En fin, vos os habéis percatado de la verdad. Habéis rehusado creerla, habéis creído equivocaros, pero no: Carolina carece de espíritu, de talento, de ingenio; es pesada, no sabe bromear ni discutir, y a veces demuestra hasta poco tacto. Os asustáis. Os veis obligados para siempre a conducir a *esta querida gatita* a través de los espinosos caminos en los cuales dejaréis vuestro amor propio hecho jirones.

Habéis sido ya perjudicado por respuestas que, en sociedad, han sido cortésmente acogidas; se ha guardado silencio en vez de sonreír, pero tenéis la certidumbre de que cuando os vayáis las mujeres se habrán mirado entre sí, diciéndose:

—¿Habéis oído? La señora de Adolfo...

—Pobre mujercita; es...

—Tonta de remate.

—¿Cómo se explica que él, tan inteligente, haya elegido...?

—Debería formar a su mujer, instruirla..., o enseñarla a callar.

#### *Axiomas*

Un hombre es, en nuestra civilización, responsable de toda su mujer.

No es el marido quien forma a la mujer.

Un buen día, Carolina habrá sostenido *mordicas* en casa de la señora de Fischtaminel, una dama muy distinguida, que el pequeño último no se parecía ni a su padre ni a su madre, sino al amigo de la casa. Quizá haya abierto los ojos al señor de Fischtaminel, e inutilizado los trabajos de tres años, derribando el andamiaje de las aserciones de la señora de Fischtaminel, la cual, después de esa visita, os demuestra

frialdad, pues supone que sois vos quien ha ido con esa indiscreción a vuestra mujer.

Una tarde, Carolina, tras hacer hablar de sus obras a un autor, habrá terminado dando el consejo a este poeta, ya fecundo, de trabajar para la posteridad. Hoy se queja ella de la lentitud del servicio en la mesa en casa de personas que no tienen más que un criado y que han echado el resto para recibirla. Mañana murmura de las viudas que se casan, y lo hace delante de la señora Deschars, casada en terceras nupcias con un antiguo notario, con Nicolás-Juan-Jerónimo-Nepomuceno-Angel-María-Víctor-José Deschars, amigo de vuestro padre.

En fin, desde que vais con vuestra mujer ya no sois como erais en sociedad. Como un hombre que monta un caballo espantadizo y mira sin cesar entre las dos orejas, vos estáis acaparado por la atención con que escucháis a Carolina.

Para desquitarse del silencio al cual están condenadas las señoritas, Carolina habla o, por mejor decir, parlotea; quiere causar efecto, y en verdad lo produce, pues nada la detiene; se dirige a los hombres más eminentes y a las mujeres más considerables; se hace presentar, os pone sobre el potro de la tortura. Para vos, frecuentar la sociedad es ir al martirio.

Ella comienza a encontraros desagradable, y lo veis; eso es todo... Finalmente, la mantenéis en un pequeño círculo de amistades, pues os ha malquistado ya con personas de las que dependían vuestros intereses.

¿Cuántas veces no habéis retrocedido ante la necesidad de una amonestación, por la mañana, al despertar, cuando la teníais dispuesta a escucharos! Una mujer escucha muy raramente. ¿Y cuántas veces no habéis retrocedido ante el fardo de vuestras magistrales obligaciones?

¿No debía ser esa la conclusión de vuestra comunicación ministerial: «Tú no tienes talento»? Presentís el efecto de vuestra primera lección. Catalina se dirá: «Ah..., ¿conque no tengo talento?»

Y eso no hay mujer que lo admita. Los dos sacaréis vuestras espadas y arrojaréis la vaina. Y seis semanas después Carolina puede demostraros que precisamente tiene talento como para *minotaurizaros* sin que os deis cuenta.

Espantado ante esa perspectiva, agotáis entonces las fórmulas oratorias, las interrogáis, buscáis la manera de dorar la píldora. Y, finalmente, halláis el medio de halagar todos los amores propios de Carolina, pues:

### *Axioma*

Una mujer casada tiene varios amores propios.

Vos la decís que sois su mejor amigo, el único bien situado para orientarla; cuanta más preparación pongáis en ello, más atenta e intrigada la tenéis. En ese momento, ella tiene talento.

Preguntaréis a vuestra querida Carolina, a la cual tenéis cogida del talle, cómo siendo ella tan espiritual con vos, teniendo respuestas encantadoras (le recordáis palabras que nunca ha pronunciado pero que ella acepta sonriendo); cómo puede decir esto y lo otro en sociedad. Eso sin duda se debe a que, cómo a muchas mujeres, la intimidan los salones...

—Conozco —le decís— a muchos hombres importantes que son así.

Citáis a admirables oradores de tertulia quienes les es imposible pronunciar tres frases en la tribuna. Sí, Carolina debería velar por ella; le encomiáis el silencio como el método más seguro para tener talento. En sociedad, nos agrada que nos escuchen.

¡Ah...!, habéis roto el hielo, habéis patinado por este espejo sin rayarlo; habéis podido pasar la mano por la grupa de la Quimera más feroz y más salvaje, la más alerta, la más clarividente, la más inquieta, la más rápida, la más celosa, la más ardiente, la más violenta, la más simple, la más gentil, la más irrazonable, la más atenta del mundo moral: «¡la vanidad de una mujer!»

Carolina os ha estrechado santamente entre sus brazos, y os ha agradecido vuestros consejos; ella os quiere más aún, desea tenerlo todo de vos, hasta el talento; ella puede ser tonta, pero lo que vale más que decir bonitas cosas, es saber hacerlas, como ella... Ella os ama, pero desea ser también vuestro orgullo. No se trata de componerse bien, de acicalarse, de ser elegante y bella; ella quiere que estéis ufano de su inteligencia. Y vos sois el hombre más feliz del mundo por haber sabido salir de este primer mal paso conyugal.

—Esta noche vamos a casa de la señora Deschars, donde no se sabe qué hacer para divertirse; se recurre a los juegos más inocentes a causa de la tropa de mujercitas y de jovencitas que concurren; ya lo verás... —dice ella.

Os sentís tan dichosos que canturreáis mientras ordenáis toda clase de cesas en calzoncillos y camiseta. Parecéis una liebre dando cien mil vueltas por un césped florido y oloroso a rocío. No os ponéis vuestro batín más que hasta el último momento, cuando la comida está ya en la mesa. Durante el día, si os encontráis con amigos y versa la conversación sobre mujeres, vos las defendéis; encontráis a las féminas encantadoras, dulces; tienen algo de divino...

¿Cuántas veces no son dictadas nuestras opiniones por los desconocidos acontecimientos de nuestra vida?

Lleváis a vuestra mujer a casa de la señora Deschars, la cual es una madre de familia extremadamente devota y en cuyo hogar no hay periódicos para leer; vigila a sus hijas, de tres matrimonios diferentes, y las lleva muy severamente porque, según se dice, ella tiene algunas *pequeñas cosas* que reprochase de sus dos precedentes uniones. En su casa nadie se atreve a gastar una broma. En ella todo es blanco y rosa, aromado de santidad, como en las casas de las viudas que llegan a los confines de la tercera juventud. Parece que sea Corpus todos los días.

Vos, joven marido, os unís a la sociedad de las mujeres jóvenes, de las niñas, de las doncellitas y de los mozalbetes que están en el dormitorio de la señora Deschars.

Las personas graves, los políticos, los aficionados al juego de whist y al té están en el gran salón.

Se juega a adivinar palabras de diversos sentidos, según las respuestas que cada cual debe hacer a estas preguntas:

—¿Cómo la queréis?

—¿En qué la empleáis?

—¿Dónde la ponéis?

Llega vuestro turno de adivinar una palabra, y vais al salón, os mezcláis en una discusión, y volvéis al llamaros una risueña niña. Se os ha buscado una palabra que pueda prestarse a las más enigmáticas respuestas. Todo el mundo sabe que, para confundir a las inteligencias notables, el mejor medio resulta escoger una palabra muy vulgar, y urdir frases que lancen al Edipo de salón a mil leguas de cada uno de sus pensamientos.

Este juego reemplaza difícilmente al del lansquenete o al del crepé, pero resulta poco dispendioso.

Ha sido promovida la palabra «mal» al estado de esfinge. Cada uno se ha prometido despistaros. La palabra, entre otras acepciones, tiene la de *mal*, sustantivo que significa, en ética, lo contrario del bien; de *mal*, sustantivo que adopta mil acepciones patológicas; luego *malle*, el correo del gobierno, y después *malle*, ese cofre de varias formas, completo, para todo uso, con asas, que anda rápidamente, pues sirve para meter en él los efectos de viaje, como diría alguien de la escuela de Delille.

Para vos, hombre de espíritu, la esfinge despliega sus coqueterías, extiende sus alas, las pliega, os muestra sus patas de león, su garganta de mujer, sus flancos de caballo, su inteligente cabeza; agita sus cintillas sagradas, posa y vuela, vuelve y se va, barre el lugar con su temible cola; hace brillar sus garras y las encoge; sonrío, bulle, murmura; tiene miradas de niño jubiloso, de matrona, y es sobre todo burlona.

—Yo la quiero con amor.

—Yo la quiero crónica.

—Yo la quiero con la crin espesa.

—Yo la quiero en secreto.

—Yo la quiero sin el velo.

—Yo la quiero a caballo.

—Yo la quiero como viniendo de Dios —ha dicho la señora Deschars.

¿Cómo la quieres tú? —le preguntáis a vuestra mujer.

—Yo la quiero legítima.

La respuesta de vuestra mujer no es comprendida, y os envía a pasearos en los campos constelados del infinito, donde el espíritu, deslumbrado por la multitud de creaciones, no puede escoger nada. Ahora se la pone:

—En una cochera.

—En el desván.

—En un barco de vapor.

—En la prensa.

—En una carreta.

—En los penales.

—En una tienda.

Y vuestra mujer dice la última:

—En mi cama.

Ya estabais preparado, mas no sabéis de ninguna palabra que le vaya a esta respuesta, no habiendo podido permitir la señora Deschars nada indecoroso.

—¿En qué la empleáis? —es la última pregunta.

—En mi felicidad —dice vuestra mujer, tras las respuestas de los demás, todas las cuales os han hecho recorrer el mundo entero de las suposiciones lingüísticas.

La respuesta choca a todo el mundo, y a vos particularmente, por lo que os obstináis en buscarle un sentido. Pensáis en la botella de agua caliente envuelta en un paño que vuestra mujer pone a sus pies cuando los grandes fríos..., en el calentador antes que en nada..., en su gorro..., en su pañuelo..., en sus papillotes..., en la orla de su camisón..., en su bordado..., en su camisola..., en vuestro pañuelo para el cuello..., en la almohada..., en la mesilla de noche, donde no halláis nada conveniente.

En fin, como la mayor satisfacción de los respondedores es ver a su Edipo mixtificado, que cada palabra dada por cierta les haga lanzar carcajadas, los hombres superiores, viendo que ninguna palabra se aviene a las explicaciones, prefieren confesarse vencidos antes que decir inútilmente tres sustantivos. Y según la ley de este inocente juego, la condena es volver al salón después de dar una prenda; pero vos estáis tan excesivamente intrigado por las respuestas de vuestra mujer, que pedís la palabra clave:

—*Mal* —os dice una niña.

Entonces lo comprendéis todo menos las preguntas de vuestra mujer; ella no se ha atenido a las reglas. Ni la señora Deschars ni ninguna de las mujeres jóvenes ha comprendido. Se ha hecho trampa. Vos os rebeláis, y hay un barullo entre las niñas y las jóvenes. Se busca, se intriga. Vos queréis una explicación, y todos comparten vuestro deseo.

—¿En qué acepción has tomado esa palabra, querida? —preguntáis a Carolina.

—¡En la de varón!<sup>[1]</sup>

La señora Deschars se muerde los labios y demuestra su desagrado; las jóvenes se ruborizan y bajan los ojos; las niñas los abren, se dan codazos y aguzan el oído. Y vos os quedáis con los pies clavados en la alfombra, y notáis tanta sal en la garganta, que creéis en la repetición al revés del accidente que libera a Lot de su mujer.

Y entrevéis una vida infernal: la sociedad está imposible.

Y quedarse en casa después de ese triunfante y memo disparate..., es mejor la cárcel.



## *Axioma*

Los suplicios morales sobrepasan los dolores físicos en toda la magnitud que existe entre el alma y el cuerpo.

Y renunciáis a entender a vuestra mujer.

Carolina es una segunda edición de Nabucodonosor, pues un buen día, lo mismo que la crisálida real, pasará de la pelambre de la bestia a la ferocidad de la púrpura imperial.

### III

#### LAS ATENCIONES DE UNA MUJER JOVEN

Entre el número de los deliciosos disfrutes de la vida de soltero, todo hombre se recrea en la independencia de cuando se levanta. Las fantasías del despertar compensan las tristezas del acostarse. Un soltero se vuelve y revuelve en su cama; puede bostezar hasta hacer creer que prepara crímenes, y gritar hasta hacer pensar que se promete alegrías inmoderadas. Puede faltar a sus juramentos de la víspera, dejar arder el fuego encendido en su chimenea y la bujía en el candelero, y, en fin, volver a dormirse a pesar de urgentes tareas. Puede maldecir sus botas dispuestas, que le tienden sus negras bocas y que erizan sus ojitos, no ver los abrochadores de acero que brillan iluminados por un rayo de sol filtrado a través de las cortinas, no dar oídos a los sonoros requerimientos del terco reloj de péndulo, y meterse en la callejuela diciéndose: «Ayer, sí; ayer la cosa era urgente, pero hoy ya no lo es. Ayer es un loco, Hoy es el cuerdo; existe entre los dos la noche que aconseja, la noche que aclara... Yo debería ir, debería hacer, he prometido... Soy un cobarde... Pero ¿cómo resistir a los cobertores de mi cama? Tengo los pies cansados, debo de estar enfermo, soy demasiado dichoso... Quiero volver a ver los horizontes imposibles de mi sueño, y mis mujeres sin tacones, y esas figuras aladas, y esas naturalezas complacientes. Por fin he hallado el grano de sal que hay que poner en la cola de esa ave que volaba siempre. Esa coqueta tiene ya los pies prendidos en la liga; ya es mía...»

Vuestro criado lee vuestros periódicos, entreabre vuestras cartas, y os deja tranquilo. Y vos volvéis a dormiros arrullado por el vago ruido de los primeros carruajes. Esos terribles, esos petulantes, esos trepidantes vehículos cargados de carne, esas carretas de ubres de hojalata llenas de leche, y que lanzan un estrépito infernal, que resquebrajan el pavimento, ruedan sobre algodón y os recuerdan vagamente la orquesta de Napoleón Musard. Cuando vuestra casa tiembla en todos sus miembros y se agita en sus cimientos, vos os creéis como un marino mecido por el céfiro.

Todos estos goces, vos sólo los acabáis, lanzando vuestro pañuelo del cuello como se arroja la servilleta después de cenar, e incorporándoos para quedar sentado. Y os refunfuñáis a vos mismo, diciéndoos algo enérgico, como: «¡Diantre, hay que levantarse! Al que madruga, Dios le ayuda...; tú eres un bribón, un holgazán...»

Y os quedáis rumiando ese pensamiento. Paseáis la mirada por la habitación, y reunís vuestras ideas. Y, por fin, salís de la cama... ¡espontáneamente...!, ¡con valor...!, ¡por vuestra propia voluntad! Os acercáis a la chimenea, consultáis al más complaciente de todos los relojes, e intercaláis esperanzas así concebidas: «Fulano es perezoso; todavía lo encontraré... Voy corriendo... Le alcanzaré si ha salido... Se me habrá esperado de todos modos... Siempre hay un cuarto de hora de margen en todas

las citas, hasta entre deudor y acreedor».

Os calzáis las botas con furia, os vestís como cuando tenéis miedo de que os sorprendan a medio vestir, tenéis los placeres de la brisa, interpeláis a vuestro botones, y finalmente salís como un vencedor, chiflando, blandiendo el bastón, sacudiendo las orejas, galopando.

«Después de todo, os decís, no habéis de rendir cuentas a nadie; sois vuestro dueño y señor».

Tú, pobre hombre casado, has cometido la tontería de decir a tu mujer: «Querida, mañana... (a lo mejor ella lo sabe con dos días de antelación) tengo que levantarme muy temprano...» Desgraciado Adolfo, vos habéis demostrado en exceso la importancia de la cita. «Se trata de..., y de..., y todavía de..., y, en fin, de...»

Dos horas antes de que amanezca, Carolina os despierta muy suavemente, y os dice también con la mayor suavidad:

—Querido..., querido...

—¿Qué? ¿Fuego? ¿El...?

—No, no; duerme, me he equivocado... No son más que las cuatro; tienes todavía dos horas para dormir.

Decirle a un hombre que le quedan dos horas para dormir, ¿no es, en pequeño, como cuando se le dice a un criminal: «Son las cinco de la mañana; eso será para las siete y media?» Este sueño complementario está turbado por un pensamiento gris, nebuloso, alado, que va a chocar contra las ventanas de vuestro cerebro, como los murciélagos.

Una mujer es entonces exactamente como un demonio viniendo a reclamar un alma que le han vendido. Cuando suenan las cinco, la voz de vuestra mujer —¡ay, demasiado conocida!— resuena en vuestro oído; ella sigue las campanadas, y dice con atroz dulzura:

—Adolfo, ya son las cinco; levántate, querido.

Un bostezo, otro bostezo...

—Adolfo, perderás ese negocio; tú mismo lo dijiste...

Un bostezo largo, largo... Y movéis la cabeza con desespero.

—Anda, querido; anoche te lo dejé todo preparado... Gatito mío, debes irte; ¿o quieres faltar a la cita? Anda, levántate, Adolfo; vete. Si es ya de día...

Carolina se levanta echando a un lado los cobertores; quiere demostraros que puede saltar de la cama sin vacilar. Abre las persianas, y penetran la claridad y el aire matinal, el ruido de la calle. Luego se mete otra vez en la cama.

—Pero, querido, levántate... Nunca habría creído que tuvieses tan poca voluntad. ¡Oh, los hombres...! Yo no soy sino una mujer, pero si digo que hago eso..., pues hago eso.

Vos os levantáis rezongando, maldiciendo el sacramento del matrimonio. No tenéis el menor mérito en vuestro heroísmo; no sois vos, sino vuestra mujer, quien se ha levantado. Carolina encuentra todo lo que necesitáis, y con una rapidez

desesperante; lo prevé todo, os da una bufanda en invierno, una camisa de batista y con rayas azules en verano; os trata como a un niño. Si aún dormís, ella os viste, se desvive, y, al final, ya os han echado de casa. Sin ella, todo iría mal. Os recuerda que tenéis que llevar un documento, una cartera... Vos no pensáis en nada, ella piensa en todo...

Volvéis a casa cinco horas después, a comer, entre las once y las doce. La doncella está en la puerta, en la escalera, hablando con algún criado. El vuestro pone la mesa sin apresurarse, mira por la ventana, va y viene como hombre que sabe disponer de su tiempo. Preguntáis dónde está vuestra mujer, pues la creáis esperándoos.

—La señora está aún acostada —dice la doncella.

Vais a verla y la encontráis lánguida, perezosa, fatigada, adormilada. Ella veló toda la noche para despertaros y por eso ha vuelto a acostarse; tiene hambre.

Vos sois la causa de todo ese desquiciamiento. Si la comida no está lista, ella echa la culpa a vuestro madrugón. Y si no la encontráis vestida, si todo está en desorden, la falta es vuestra. A todo lo que no va como es debido, ella responde:

—¿Y era necesario que te levantasés tan temprano?

«El señor se ha levantado tan temprano» es la razón universal. Vuestra mujer ha hecho que también os acostaseis temprano por esa razón. Y ella no puede hacer nada durante el día, por lo mismo, o sea, porque os habéis levantado tan temprano. Y dieciocho meses después aún os dirá:

—Si no estuviese yo, tú no te levantarías nunca.

Y a sus amistades les repite lo mismo, sin variante alguna:

—¿Levantarse el señor...? Si yo no estuviese, no se levantaría nunca.

Un hombre cuya cabeza ya blanquea, le dice:

—Eso os elogia, señora.

Esta crítica, un tanto atrevida, pone un final a sus jactancias.

Y esta pequeña miseria, repetida dos o tres veces, os enseña a vivir solo en el seno de vuestro hogar, a no decirlo en él todo, a no confiar sino en vos mismo; a menudo os parece dudoso que las ventajas del lecho nupcial sean más que los inconvenientes.

## IV

### LAS CONTRARIEDADES

Habéis pasado del chispeante alegre del célibe al grave andante del padre de familia.

En vez de ese bonito caballo inglés que caracolea, que piafa entre las varas barnizadas de un tilburí ligero como vuestro corazón, y que mueve la grupa bajo la cuádruple red de las riendas y las guías que vos sabéis manejar —los Campos Elíseos saben con qué gracia y con qué elegancia—, conducís un caballo normando de pausada andadura.

Habéis aprendido la paciencia paternal, y no desaprovecháis la ocasión de demostrarla. Así vuestra expresión refleja seriedad.

Con vos hay un criado que evidentemente sirve para menesteres, lo mismo que el coche. Ese coche de cuatro ruedas y montado sobre ballestas inglesas, tiene panza y parece una gabarra ruanesa; tiene portezuelas con cristales y una serie de mecanismos económicos. Calesa los días de buen tiempo, se convierte en berlina los de lluvia. Ligero en apariencia, caben seis personas y fatiga a vuestro único caballo.

En su fondo están expuestas como flores vuestra joven mujer, desplegada como ellas, y su madre, opulenta malvarrosa de muchas hojas. Esas dos flores de la especie femenina charlan y hablan de vos, mientras que el ruido de las ruedas y vuestra atención de cochero, mezclados a vuestra desconfianza paternal, os impiden oír el cotilleo.

En la delantera hay una linda y atildada niñera que tiene sobre las rodillas a una criatura de pecho; al lado de ella un muchachito con camisa roja plisada, que se asoma fuera del coche, quiere subirse al almohadillado de los asientos, y se murmura mil veces las palabras que él sabe son puramente conminatorias, tales como «Vamos, sé juicioso, Adolfito», o «Señorito, no os volveré a traer», de todas las mamás.

La mamá está en secreto superlativamente harta de ese muchachito revoltoso; ella se ha irritado veinte veces, y veinte veces la ha calmado el rostro de la pequeña dormida.

—Soy madre —se ha dicho.

Y ha acabado por soportar a su pequeño Adolfo.

Vos habéis ejecutado la idea triunfal de pasear a vuestra familia. Habéis salido esta mañana de vuestra casa, donde los matrimonios de clase media se han asomado a las ventanas para envidiaros el privilegio que os da vuestra fortuna de ir al campo y volver sin tener que padecer los vehículos públicos. Así, habéis arrastrado al desdichado caballo normando a Vincennes a través de todo París, de Vincennes a Saint-Maur, de Saint-Maur a Charenton, frente a no sé qué isla que ha parecido más bonita a vuestra mujer y a vuestra suegra que todos los paisajes adonde las habéis

llevado.

—Vamos a Maisons... —ha exclamado alguien.

Y habéis ido a Maisons, cerca de Alfort. Volvéis por la orilla izquierda del Sena, en medio de una nube de polvo olímpico muy negruzco; el caballo tira perezosamente de vuestra familia; pero, ¡ay!, vos no tenéis ya ningún amor propio viéndole los flancos resecos y dos huesos salientes a los dos lados del vientre; su pelaje está ensortijado por el sudor que le ha brotado y se le ha secado varias veces, y que, no menos que el polvo, se ha pegado y engomado, quedándole como erizado. El jaco tiene el aspecto de un erizo rabioso, tenéis miedo de que esté agotado, y le acariciáis con el látigo con una especie de melancolía que él comprende, pues agita la cabeza como el caballito de un reloj de cucú, fatigado de su deplorable existencia.

Le tenéis apego a ese caballo, pues es excelente, y ha costado mil doscientos francos. Cuando se tiene el honor de ser padre de familia, se tiene tanto apego a los mil doscientos francos como al caballo. Observáis la tremenda cifra de gastos extraordinarios en el caso de que hubiese que dar un descanso a *Coco*. Durante dos días tomaríais coches de punto para vuestros asuntos. Vuestra mujer tendría un humor de perros por no poder salir, pero saldría y tomaría un coche de alquiler, de lujo. El caballo dará lugar a extras que hallaréis en la memoria de vuestro único palafrenero, un palafrenero único, y al que no perdéis de vista, como a todas las cosas únicas.

Este pensamiento lo expresáis en el suave movimiento con que dejáis caer el látigo a lo largo de los costados del animal que levanta el polvo negro que enarena el camino de la Vidriería.

En este momento Adolfito, que no sabe qué hacer en el cajón rodante, se ha enroscado, y se ha quedado entristecido en su rincón, y su abuela le ha preguntado inquieta:

—¿Qué tienes?

—Tengo hambre —ha respondido el pequeño.

—Tiene hambre —ha dicho la madre a su hija.

—¿Y cómo no va a tener hambre? Son las cinco y media, y no estamos ni siquiera en el fielato, ¡y salimos a las dos!

—Tu marido debió hacer que comiésemos en el campo.

—Prefiere que el caballo ande dos leguas más y volver a casa.

—La cocinera habría estado de fiesta. Pero Adolfo tiene razón, después de todo. Es una economía comer en casa —responde la suegra.

—Adolfo —exclama vuestra mujer, estimulada por la palabra economía—, vamos tan despacio que me voy a marear..., y nos llevas precisamente así con este polvo tan negro... ¿En qué piensas? ¡Cómo me van a quedar el vestido y el sombrero...!

—¿Preferirías que perdiésemos el caballo? —preguntáis vos, creyendo haber contestado perentoriamente.

—No se trata de tu caballo, sino de tu hijo, que se muere de hambre; son ya las

siete y no ha comido nada. ¿No tienes el látigo? Cualquiera diría que quieres más a tu caballejo que a tu bajo...

Vos no os atrevéis a dar un solo latigazo al caballo, pues quizá aún tendría bastante vigor para desbocarse y salir disparado al galope.

—No, si Alfonso se empeña en contrariarme; va más despacio aún —le dice a su madre—. Está bien, haz lo que quieras. Luego dirás que tiro el dinero al verme comprar otro vestido.

Vos pronunciáis entonces palabras perdidas entre el ruido de las ruedas.

—¿Pero cuándo dejarás de responder con razones que no tienen sentido común? —exclama Carolina.

Vos habláis volviendo la cabeza hacia el coche y luego hacia el caballo, para que no suceda algún desaguisado.

—Mira, es mejor que pares; nos apearemos y quedarás libre de nosotras... ¡Por Dios, Adolfo!, tu hijo se muere de hambre; está pálido...

—Sin embargo, Carolina —interviene la suegra—, él hace lo que puede...

Nada os impacienta tanto como que os proteja vuestra suegra. Ella es una hipócrita; está encantada de veros a la greña con la hija; ella echa, con mucha suavidad y con precauciones infinitas, aceite al fuego.

Cuando llegáis al fielato, vuestra mujer está muda, no dice ya nada, tiene los brazos cruzados y no quiere miraros. Vos no tenéis alma, ni corazón, ni sentimiento. No hay otro como vos para inventar semejantes excursiones de recreo. Y si tenéis la desgracia de recordar a Carolina que es ella quien, por la mañana, ha exigido esta excursión en nombre de sus hijos y de su lactancia (ella amamanta a su pequeña), os veréis abrumado bajo una avalancha de frases frías y mordaces.

Por lo tanto, lo aceptáis todo, *para no agriar la leche de una mujer que cría, a la que hay que pasar por alto algunas pequeneces*, os dice al oído vuestra atroz suegra.

Tenéis en el corazón todas las furias de Orestes.

A las palabras sacramentales del recaudador del fielato: *¿No tenéis nada a declarar...?*

—Yo declaro —dice vuestra mujer— mucho mal humor y polvo.

Ella ríe, el empleado ríe, y os entran ganas de arrojar al Sena a vuestra familia.

Para vuestra desgracia, os acordáis de la alegre y perversa muchacha que tenía un sombrerito rosa y que bullía en vuestro tilburí cuando, seis años antes, habíais pasado por allá para ir a comer una caldereta de pescado. ¡Una idea! La señora Schontz se inquietaba mucho por los niños, y por su sombrero, cuyo encaje estaba deshilachado..., y ella no se preocupaba de nada, ni siquiera de su dignidad, pues hasta escandalizó al guarda campestre de Vincennes por la desenvoltura de su baile bastante atrevido.

Llegáis a casa después de haber azuzado rabiosamente a vuestro caballo normando, pero no habéis evitado ni la indisposición del animal, ni la indisposición de vuestra mujer.

Carolina tiene poca leche esta noche. Si la pequeña grita hasta romperos la cabeza, chupando el pecho de su madre, la culpa es vuestra, que preferís la salud de vuestro caballo a la del hijo que se moría de hambre y a la de la hija cuya cena se ha evaporado en una disputa en la que vuestra mujer tiene razón, *como siempre...*

—Después de todo —dice ella—, los hombres no son madres.

Abandonáis la habitación y oís a vuestra suegra consolando a su hija con estas terribles palabras:

—Todos son unos egoístas; cálmate. Tu padre era absolutamente igual.



## V

### LO CONCLUSO

Son las ocho y llegáis al dormitorio de vuestra mujer. Hay en él luces en profusión. La camarera y la cocinera revolotean. Los muebles están cargados de vestidos probados, de flores arrojadas.

Está allí el peluquero, artista por excelencia, autoridad soberana que lo es todo y a la vez no es nada. Vos habéis oído a los demás criados yendo y viniendo; ha habido órdenes dadas y anuladas, encargos bien o mal hechos. El desorden llega al colmo. Esa habitación es un taller del que debe salir una Venus de salón.

Vuestra mujer quiere ser la más bella del baile a que vais. ¿Es para vos, para ella solamente, o para otro? ¡Cuestiones graves!

Pero vos no pensáis siquiera en ello.

Estáis estrujado, atado, enjaezado en vuestros hábitos de baile; vais, a pasos medidos, mirando, observando; pensáis hablar de negocios en un terreno neutral con un agente de cambio, con un notario o un banquero, a quienes no podríais dar la ventaja de ir a consultarles en su casa.

Un hecho singular que cada cual ha podido observar, pero cuyas causas son casi indeterminadas, es la aversión particular que los hombres vestidos de etiqueta y a punto de dirigirse a una velada, demuestran por las discusiones o por responder a preguntas. En el momento de la marcha, son pocos los maridos que no están silenciosos y profundamente sumidos en reflexiones variables según los caracteres. Y los que responden lo hacen con palabras breves y perentorias.

En ese momento, las mujeres se ponen excesivamente pesadas, os consultan, quieren obtener vuestro consejo sobre la manera de disimular el tallo de una rosa, sobre la caída de una hoja de brezo, o la manera de envolver un chal. Jamás se trata de esas minucias, sino de ellas mismas. Según una graciosa expresión inglesa, ellas pescan con caña los cumplidos, y a veces más que los cumplidos.

Un niño que acaba de salir de la escuela vería lo que se esconde tras los sauces de estos pretextos, pero vuestra mujer os es tan conocida, y vos habéis bromeado agradablemente tantas veces sobre esas ventajas morales y físicas, que tenéis la crueldad de exponer vuestra opinión brevemente, en conciencia, y entonces obligáis a Carolina a llegar a esta frase decisiva y atroz de decir para todas las mujeres, aun para aquellas que llevan veinte años de matrimonio:

—Parece que no estoy a tu gusto.

Conducido al verdadero terreno por esta pregunta, le dirigís elogios que para vos son la calderilla que menos os importa; son los ochavos de vuestra bolsa.

—Ese vestido es un encanto... Nunca te he visto tan bien vestida... El azul, el rosa, el amarillo, el amapola (escoged) te sientan de maravilla... El peinado es de lo

más original... Al entrar en el baile, todo el mundo te admirará... No solamente serás la más bella, sino también la mejor vestida... Todas rabiarán por no tener tu gusto... La belleza no la damos nosotros, pero el gusto es como el espíritu, algo de lo que podemos enorgulleceros...

—¿Te lo parece? ¿Lo dices en serio, Adolfo?

Vuestra mujer coquetea con vos. Escoge este momento para arrancaros vuestro supuesto pensamiento sobre tal o cual de sus amigas, y para deslizaras el precio de las bellas cosas que tanto alabáis. Nada es demasiado caro para complaceros. Despide a su cocinera.

—Vámonos —decís.

Despide a su camarera, después de también despedir al peluquero, y se pone a dar vueltas frente al espejo, mostrándoos sus más gloriosos encantos.

—Vámonos —volvéis a decir.

—¡Qué prisa tienes...! —responde ella.

Y se hace la melindrosa, exponiéndose como un bello fruto magníficamente acicalado en el escaparate de una tienda de comestibles. Como habéis cenado bien, la besáis en la frente, pues no os sentís en estado de rubricar vuestras opiniones. Carolina se pone seria.

Está dispuesto el coche. Toda la servidumbre contempla la salida de la señora; ella es la obra maestra a la que ha contribuido cada uno, y todos admiran la obra común.

Vuestra mujer está embriagada de sí misma, y poco contenta de vos. Marcha gloriosamente al baile, como un cuadro amado, dilecto, relamido en el estudio, mimado, acariciado por el pintor, y enviado al vasto bazar del Louvre, a la Exposición. Pero vuestra mujer ve, ¡ay!, cincuenta mujeres más hermosas que ella; ellas han inventado atavíos de un precio demencial, más o menos originales; y con la obra femenina sucede lo que en el Louvre con la obra maestra: el vestido de vuestra mujer palidece al lado de otro casi igual, cuyo color, *más vistoso*, aplasta al suyo. Carolina no es nada, apenas llama la atención. Cuando hay sesenta lindas mujeres en una sala, el sentimiento de la belleza se pierde, no se sabe ya nada de la belleza. Vuestra mujer se convierte en algo muy corriente. La pequeña cuquería de su sonrisa perfeccionada no se comprende entre les expresiones grandiosas, al lado de mujeres de miradas altivas y audaces. Ella queda borrada, no la invitan a bailar. Intenta con una mueca demostrar contento, pero como no está contenta, oye decir: «La señora de Adolfo tiene hoy muy mala cara». Las mujeres le preguntan hipócritamente si está enferma; ¿por qué no baila? Ellas tienen todo un repertorio de malicias bonachonas, chapeadas de benevolencia, como para hacer condenar a un santo, para poner serio a un mono, para hacerle sentir frío a un demonio...

Vos, inocente, que os entretenéis en las mesas de juego, que vais y volvéis, y que no veis ninguno de los mil alfilerazos con que está tatuado el amor propio de vuestra mujer, vais adonde está ella, diciéndola al oído:

—¿Qué te pasa?

—Pide *mi* coche.

Ese *mi* coche es el remate del matrimonio. Durante dos años se ha dicho *el* coche del señor, *el* coche, *nuestro* coche, y ahora *mi* coche.

Vos tenéis una partida de juego comprometida, un desquite que debéis conceder, dinero que recuperar.

Aquí se os concede, Adolfo, que seáis lo bastante fuerte como para decir sí, desaparecer y no pedir el coche.

Vos tenéis un amigo, y lo enviáis a bailar con vuestra mujer, ya que os habéis metido en un sistema de concesiones que os perderá: entrevéis ya la utilidad de un amigo.

Pero acabáis por pedir efectivamente el coche. Vuestra mujer sube a él con una rabia sorda, se encoge en el rincón, se cubre con su capucha, cruza los brazos en su pelliza, se hace una bola como una gata, y no dice esta boca es mía.

Que lo sepan los maridos. Vos podéis repararlo todo en este momento, recomponerle todo, y nunca deja de hacerlo la impetuosidad de los amantes que se han acariciado con llameantes miradas durante la velada... Sí, vos podéis devolverla a casa triunfante; ella no tiene sino a vos; os queda, pues, una oportunidad, y es la de violar a vuestra mujer.

Pero en vez de esto, vos, imbécil, zopenco e indiferente, le preguntáis:

—¿Qué tienes?

### *Axioma*

Un marido debe saber siempre lo que tiene su mujer, pues ella sabe siempre lo que no tiene.

—Frío —dice ella.

—La velada ha sido soberbia.

—Bah, bah, nada de distinguido... Hoy se tiene la manía de invitar a todo París en un sótano. Había mujeres hasta en la escalera; los vestidos se estropean horriblemente; el mío está perdido.

—Se ha divertido...

—Vosotros jugáis, y con eso está todo dicho. Una vez casados, os ocupáis de las mujeres como los leones se ocupan de pintura.

—No te reconozco... Tari alegre, dichosa y pimpante que estabas al llegar...

—¡Oh!, tú no me comprendes nunca. Te he pedido que nos fuéramos, y me dejaste plantada, como si las mujeres pidiesen nada sin motivo. Tienes inteligencia, pero a veces eres tan singular, tan raro...; no sé en qué piensas...

Una vez en este terreno, la discusión se envenena. Cuando dais la mano a vuestra

mujer para bajar del coche, os parece un leño; os da las gracias, con lo cual os pone a la misma altura que a su criado. Vos no habéis comprendido a vuestra mujer más antes que después del baile, y la seguís con esfuerzo, pues no sube la escalera, sino que vuela. La riña es completa.

La camarera está hoy desafortunada; no oye más que *no* y *sí*, secos como bizcochos de Bruselas, y que ella los traga mirándoos de soslayo.

—El señor ya ha hecho de las suyas —refunfuña.

Vos sólo habéis podido cambiar el humor de la señora. La señora se acuesta, y tiene que desquitarse; no la habéis comprendido. Ella no os comprende en absoluto. Ella se sitúa en un rincón de la manera más desagradable y más hostil posible; está envuelta en su camisón, en su camisola, y con su gorro de dormir, como un fardo de relojería destinado a las Américas. No os dice ni buenas noches, ni buenos días, ni querido, ni amigo mío, ni Adolfo; ya no existís; sois un saco de harina...

Vuestra Carolina, tan cargante cinco horas antes en esta misma habitación donde bullía como una anguila, es ahora un salmón de plomo. Aunque fueseis vos el Trópico en persona, a caballo sobre el Ecuador, no fundiríais los glaciares de esta pequeña Suiza personificada que parece dormir, y que de ser preciso os helaría de la cabeza a los pies. Ya podéis preguntarle cien veces qué tiene, que si os responde lo hará yéndose por los cerros de Ubeda.

Ella no tiene nada, ella está fatigada, ella duerme.

Y cuanto más insistís, más se encastilla en su ignorancia provista de bastiones y almenas. Y si os impacientáis, Carolina ha comenzado ya a soñar... ¿Masculláis y rezongáis? Estáis perdido.

### *Axioma*

Las mujeres, sabiendo siempre explicar bien sus grandezas, son sus pequeñeces las que no dejan adivinar.

Quizá Carolina se dignará deciros que ella no se encuentra nada bien, pero cuando vos dormís ella ríe bajo sus sábanas y profiere maldiciones sobre vuestro cuerpo inmóvil.

## VI

### LA LÓGICA DE LAS MUJERES

Vos creéis haberos casado con una criatura dotada de razón, pero os habéis torpemente equivocado, amigo mío.

#### *Axioma*

Los seres sensibles no son seres sensatos.

El sentimiento no es el razonamiento, la razón no es el placer, y el placer no es ciertamente una razón.

—¡Oh, señor...!

Decís: «¡Ah!» Sí, ¡ah! Vos lanzaréis ese ¡ah! desde lo más profundo de vuestra cavidad torácica, al salir furioso de vuestra casa, o al volver a vuestro gabinete, sacado de tino, aturdido.

¿Por qué? ¿Cómo? ¿Quién os ha vencido, matado, derribado? La lógica de vuestra mujer, que no es la lógica de Aristóteles, ni la de Ramus, ni la de Kant, ni la de Condillac, ni la de Robespierre, ni la de Napoleón, pero que tiene algo de todas las lógicas, y que es preciso denominar la lógica de todas las mujeres, lo mismo de las inglesas que de las italianas, de las normandas y de las bretonas (oh, éstas son invencibles), de las parisinas, y, en fin, hasta de las mujeres de la luna, o selenitas, si en efecto existen féminas en ese país nocturno con el que las mujeres de la tierra se entienden evidentemente, por ser iguales angelitos...

La discusión se ha planteado tras la comida. Pues sabido es que las discusiones no pueden tener lugar sino en ese momento en los hogares.

Un hombre, aunque quisiera, no podría discutir en la cama con su mujer; ella tiene demasiadas ventajas sobre él, y puede reducirle fácilmente al silencio. Abandonando el lecho conyugal en el que hay una linda mujer, se tiene hambre, cuando se es joven. La comida es un refrigerio bastante alegre, y la alegría no es razonadora. En una palabra, que vos no abordáis el asunto sino después de haber tomado vuestro café o vuestro té.

Se os ha metido en la cabeza, por ejemplo, enviar a vuestro hijo a la escuela. Los padres son todos unos hipócritas, y no quieren confesar que sus retoños les molestan demasiado cuando corren entre sus piernas, y lo revuelven todo en la casa. Vuestro chiquillo chilla, maulla, cacarea y lloriquea; rompe, raja o ensucia los muebles, y los muebles son caros; se hace un sable de una regla, desordena y extravía vuestros papeles, y hace pajaritas de papel con el periódico que aún no habéis leído.

La madre le, dice: «¡Toma!», y ese «toma» se concreta a lo que es vuestro.

Pero ella dice: «Cuidado, no cojas eso»; entonces, «eso» es de ella.

La muy ladina baraja vuestras cosas para estar más tranquila. Su mala fe de buena madre está a resguardo detrás de su hijo; el hijo es su cómplice. Los dos se entienden contra vos, como Roberto Macaire y Bertrand contra un accionista. El hijo es una hoz con la que se siega todo, una hacha con la que se tala todo en vuestra casa. El hijo va triunfal o solapadamente de merodeo y rapiña a vuestro guardarropa; aparece con el caparazón de unos calzoncillos sucios, deja al descubierto cosas condenadas a la colada. Lleva a una amiga que cultiváis, a la elegante señora de Fischtaminel, ceñidores y fajas para comprimir el vientre, restos de barritas para abrillantar y fijar el bigote, viejos chalecos desteñidos en las sisas de las mangas, zapatillas de suelas ligeramente ennegrecidas y de puntas descoloridas. ¿Cómo hacer observar que esas máculas son un efecto del cuero?

Vuestra mujer ríe mirando a vuestra amiga, y vos no os atrevéis a enfadaros; reís también, pero ¡con qué risa...! Los desgraciados la conocen.

Ese hijo os causa, además, un terrible miedo cuando vuestras navajas de afeitar no están en su sitio. Si os enfadáis, el pequeño bellaco os sonríe mostrándoos dos hileras de perlas; si le reñís, se echa a llorar. Acude la madre. ¡Y qué madre! Una madre que va a odiaros si no cedéis. No existe un *mezzo termine* con las mujeres: o se es un monstruo, o el mejor de los padres.

En ciertos momentos concebís perfectamente a Herodes y sus famosos edictos sobre la matanza de los inocentes, que no han sido superadas sino por las del buen Carlos X.

Vuestra mujer, después de la comida, se ha echado en un sofá, vos os paseáis por el comedor, y planteáis netamente la cuestión con esta frase interjectiva:

—Decididamente, Carolina, pondremos a Carlitos a pensión.

—Carlitos no puede ir a pensión —dice ella con melifluido tono.

—Carlitos tiene seis años, la edad en que comienza la educación de los hombres.

—Es a los siete —responde ella—. Los príncipes no son entregados por su ayo al preceptor sino a los siete años. Esa es la ley y los profetas. No veo por qué no se aplicarían a los hijos de los burgueses las leyes seguidas por los de los príncipes. ¿Acaso está tu hijo más adelantado que ellos? El rey de Roma...

—El rey de Roma no es una autoridad.

—¿No es el rey de Roma el hijo del Emperador...? (tergiversa la discusión). ¡Esa sí que es buena! Supongo que no irás a acusar a la emperatriz; la asistió en su parto el doctor Dubois, en presencia de...

—Yo no digo eso...

—No me dejas terminar nunca, Adolfo.

—Te digo que el rey de Roma... (aquí vos comenzáis a alzar a voz), el rey de Roma, que tenía apenas cuatro años cuando abandonó Francia, no podría servir de ejemplo.

—Eso no impide que el duque de Burdeos no haya sido entregado a los siete años a su preceptor, el duque de Riviere. (Efecto de lógica).

—En cuanto al duque de Burdeos, es diferente...

—¿Convienes, pues, en que no se puede mandar a un niño a la escuela antes de los siete años? —dice ella con énfasis. (Otro efecto).

—Yo no te digo eso en absoluto, querida. Es mucha la diferencia entre la educación pública y la educación particular.

—Precisamente por eso no quiero enviar aún a Carlitos a la escuela; necesita estar más fuerte.

—Carlitos está muy fuerte para su edad.

—¿Carlitos...? ¡Oh, los hombres! Pero si Carlitos es de una constitución muy débil... Si quieres deshacerte de tu hijo, no tienes sino mandarlo a la escuela... Pero ya veo desde hace algún tiempo que el niño te molesta.

—¡Esa es otra; que mi hijo me molesta! Mira, somos responsables de nuestros hijos hacia ellos mismos; es preciso comenzar la educación de Carlitos; aquí adquiere las peores costumbres; no obedece a nadie, se cree el dueño de todo; da patadas y puñadas a todo el mundo, y nadie se las devuelve. Necesita estar con otros niños de su misma edad; de lo contrario, tendrá el peor carácter.

—Gracias, Entonces, ¿yo educo mal a mi hijo?

—No digo eso; pero siempre tendrías excelentes razones para conservarlo.

La discusión adquiere en ese momento un tono agrio por ambas partes.

—Bien —dice vuestra mujer—, esa es tu decisión; quieres despojarme de mi hijo, te das cuenta de que está entre los dos, estás celosa de él, quieres tiranizarme a tu antojo, y sacrificas a tu hijo... Vaya, que no soy tan tonta como para no verlo.

—¿Es que me supones un Abraham con su cuchillo en alto? ¿No se diría que no hay colegios? Los colegios están vacíos; nadie manda a sus hijos al colegio...

—Lo que quieres tú es ridiculizarme —replica ella—. Sé muy bien que hay colegios, pero no se mete en ellos a muchachitos de seis años, y por lo tanto Carlitos no irá.

—Pero, querida, no te acalores.

—Como si me acalorase alguna vez. Soy mujer y sé sufrir.

—Razonemos.

—Eso; razones, razones.

—Es ya hora de enseñar a leer y escribir a Carlitos; más tarde toparía con dificultades que le desanimarían.

Aquí, vos habláis durante diez minutos, sin interrupción alguna, y acabáis con un «¿Bueno?» dotado de una acentuación que figura un signo interrogante extremadamente curvo.

—Pues bien —responde ella—, aún es pronto para mandar a la escuela a Carlitos. No se ha ganado nada.

—Pero, querida —insistís—, el señor Deschars ha enviado a esa edad a su

pequeño Julito. Ven a ver colegios, y verás cantidades enormes de niños de seis años.

Habláis aún otros diez minutos sin ninguna interrupción, y cuando lanzáis otro «¿Bueno?»

—El pequeño Deschars ha vuelto con sabañones —responde Carolina.

—Pero Carlitos tiene sabañones aquí.

—¡Nunca! —replica ella, ya iracunda.

La cuestión principal está, al cabo de un cuarto de hora, detenida por una discusión accesoria, sobre si «Carlitos, ¿ha tenido o no ha tenido sabañones?»

Os dirigís alegatos contradictorios, ya no os creéis mutuamente, y es preciso llamar a un tercero.

### *Axioma*

Todo matrimonio tiene su tribunal de casación, que no se ocupa jamás del fondo y que juzga sino la forma.

Se llama a la criada, viene, y ella coincide con vuestra mujer. Concluye el debate: nunca ha tenido sabañones Carlitos.

Carolina os mira, triunfa, y dice estas pasmosas palabras:

—Ya puedes ver que es imposible mandar a Carlitos al colegio.

Vos salís sofocado de cólera. No hay ningún medio de demostrar a esa mujer que no existe la menor correlación entre la proposición de mandar a su hijo al colegio y la probabilidad de tener o no sabañones.

Por la noche, ante veinte personas, después de la cena, oís a vuestra atroz criatura rematando una larga conversación con otra mujer con estas palabras:

—Él quería poner a Carlitos en el colegio, pero se ha convencido de que es mejor esperar.

Algunos maridos, en esta clase de circunstancias, estallan ante todo el mundo, y se hacen minotaurizar seis semanas después; pero salen ganando, porque a Carlitos lo meten en el colegio el día que se le escapa una indiscreción. A otros les da por romper porcelanas, librándose a una furia interior. Las personas hábiles no dicen nada, y esperan.

La lógica de la mujer se despliega así en los menores hechos, a propósito de un paseo, de un mueble que hay que colocar, de un traslado. Esta lógica, de una extraordinaria simplicidad, consiste en no expresar jamás sino una sola idea, la que formula su voluntad. Como todas las cosas de la naturaleza femenina, ese sistema puede resolverse con dos términos algebraicos: Sí. No. Hay también algunos movimientos de cabeza que lo reemplazan todo.



## VII

### JESUITISMO DE LAS MUJERES

El jesuita más jesuita de todos los jesuitas es aún mil veces menos jesuita que la mujer menos jesuita... Juzgad, pues, hasta qué punto son jesuitas las mujeres... Son tan jesuitas, que el más sagaz de los jesuitas no adivinaría nunca hasta qué extremo es jesuita una mujer, pues hay mil maneras de ser jesuita, y la mujer es tan hábil jesuita que tiene el talento de ser jesuita sin tener el aire de jesuita. Se demuestra a un jesuita raramente, pero se le demuestra a veces que es jesuita; intentad demostrar a una mujer que obra o habla como un jesuita... Se dejaría hacer picadillo antes de confesar que es jesuita.

¡Ella jesuita! ¡Ella, la lealtad, la delicadeza misma...! Pero, ¿qué se entiende por «ser jesuita»? ¿Sabe ella qué es ser jesuita? ¿Qué son los jesuitas? Ella no ha visto ni oído nunca hablar de jesuitas. «¡Tú sí que eres un jesuita!...», os espeta, sin embargo, y os lo demuestra explicando jesuíticamente que sois un sutil jesuita.

He aquí uno de los mil ejemplos de jesuitismo de la mujer, y este ejemplo constituye la más horrible de las pequeñas miserias de la vida conyugal, y quizá sea la mayor.

Impulsado por los deseos mil veces expresados, y otras mil veces reiterado por Carolina, quien se quejaba de ir a pie, o de no poder reemplazar lo bastante a menudo su sombrero, su sombrilla, su vestido, o lo que fuese de su atavío;

por no poder poner a su hijo en marinero, en lancero, en artillero de la guardia nacional, en escocés con las piernas desnudas y una toca de plumas, con chaqueta, con levita, con gabancito de terciopelo, con botas, con pantalón;

por no poderle comprar bastantes juguetes: ratoncitos que andan solos, mueblecitos y utensilios completos, etc.;

o bien no poder devolver a la señora Deschars y a la señora de Fischtaminel sus cortesías; un baile, una velada, una cena; o tomar un palco en el teatro, a fin de no instalarse en él más en las plateas entre hombres demasiado galantes, o groseros a medias;

por tener que buscar un coche de punto a la salida del espectáculo:

—Tú crees hacer economías, y te equivocas —os dice ella—. Los hombres sois siempre los mismos... Se me gastan los zapatos, estropeo mi sombrero, se me moja el chal, todo se arruga o se rompe, y mis enaguas han rozado ya demasiado el suelo, el barro... Tú economizas veinte francos de coche, y no veinte francos, pues tomas un coche de punto de cuatro... Así son dieciséis francos, y pierdes por valor de cincuenta en ropa, y luego hiere tu amor propio verme con un sombrero pasado, estropeado; no te explicas por qué, y es a causa de esos malditos coches de punto tuyos. Y no te hablo de lo insoportable que es estar prensada y sobada entre los

hombres, pues parece que eso te es indiferente.

Por no poder comprar un piano en vez de alquilarlo.

O por no seguir las modas. (Hay mujeres que tienen todas las novedades, ¿pero a qué precio? Ella preferiría tirarse por la ventana antes que imitarlas, pues ella os ama, dice lloriqueando. Ella no comprende a esas mujeres).

Por no poder ir al paseo de los Campos Elíseos en su coche, muellemente recostada, como la señora de Fischtaminel. (¡Esa sí que comprende la vida, y tiene un buen marido, bien enseñado, bien disciplinado, y feliz...! Su mujer pisaría fuego por él...)

En fin, derrotado en mil escenas conyugales, vencido por los razonamientos más lógicos (los finados Tripier y Merlin no son sino críos, como ya la Miseria precedente os lo ha probado varias veces), batido por las más felinas caricias, por las lágrimas y por vuestras propias palabras, pues en esas circunstancias una mujer se agazapa entre las hojas de su casa como un jaguar; ella no tiene el aire de escucharos, de prestaros atención; mas si se os escapa una palabra, un gesto, un deseo, una frase, se arma con ella, la afila, y os la opone centenares de veces..., aplastándoos con monerías muy graciosas: «Bueno, si tú haces eso, yo haré lo otro». Se vuelven entonces más comerciantes que los judíos y los griegos (esos que venden perfumes y niñas), que los árabes (esos que venden muchachitos y caballos), más que los suizos, los ginebrinos, los banqueros, y, lo que es peor que todo eso, que los genoveses...

En fin, derrotado de tal modo, os determináis a arriesgar en una empresa cierta parte de vuestro capital.

Una tarde, ya anochecido, juntos los dos, o una mañana al despertar, mientras Carolina está allí, a medias despabilada, rosa en sus lienzos blancos, el rostro risueño en sus encajes, vos le decís: «Tú quieres esto, tú quieres aquello, tú me has dicho esto, tú me has dicho aquello...»

En fin, enumeráis, en un instante, las innúmeras fantasías con que reiteradas veces os ha destrozado el corazón, pues nada hay más espantoso que no poder satisfacer el deseo de una mujer amada... Y termináis diciendo:

—Pues bien, querida, se presenta una ocasión de quintuplicar cien mil francos, y estoy decidido a hacer este negocio.

Ella se despierta, se incorpora, se sienta, y os abraza... Vaya, esto marcha.

—¡Qué bueno eres! —son sus primeras palabras.

No hablemos de las últimas, pues es una enorme e indecible onomatopeya bastante confusa.

—Y ahora —añade— explícame tu negocio.

Y vos tratáis de explicárselo.

De buenas a primeras, las mujeres no comprenden ningún negocio, quieren no parecer comprenderlo; pero los comprenden, ¿dónde, cuándo, cómo? Ellas deben comprenderlo a su tiempo, en su momento... y según su fantasía. Vuestra querida criatura, Carolina, encantada, dice que habéis hecho mal en tomar en serio sus deseos,

sus gemidos, sus apetencias de atavíos y demás. Ella tiene miedo de ese negocio, le espantan los gestores, las acciones, y sobre todo los fondos de gastos generales; el dividendo no está claro...

### *Axioma*

Las mujeres tienen siempre miedo de lo que se reparte;

En fin, Carolina teme añagazas; pero está encantada de saber que puede tener su coche, su palco, varios vestiditos para su hijo, etc. Mientras os desvía del negocio, es visiblemente feliz viendo que ponéis en él vuestros capitales

*Primera época.* — Oh, querida, soy la mujer más dichosa de la tierra; Adolfo acaba de emprender un magnífico negocio. Voy a tener un coche mucho más lujoso y elegante que el de la señora Fischtaminel, pues el de ella está pasado de moda; el mío tendrá cortinas de franjas... Mis caballos serán tordos y los suyos son alazanes, corrientes como las piezas de seis ochavos.

—Señora, ese negocio...

—Será soberbio; las acciones deben subir; él me lo ha explicado antes de decidirse, pues Adolfo no hace nada sin pedir mi consejo...

—Sois bien dichosa, en efecto.

—El matrimonio no es tolerable sin una confianza mutua, y Adolfo me lo dice todo.

Vos sois, vos o tú, Adolfo, el mejor marido de París, un hombre adorable, un genio, un corazón, un ángel. Así es como sois mimado hasta la incomodidad. Vos bendecís el matrimonio. Catalina alaba a los hombres..., ¡esos reyes de la creación...!; las mujeres están hechas para ellos..., el hombre es generoso..., el matrimonio es la más bella institución.

Durante tres meses, seis meses, Carolina ejecuta los conciertos, los solos más brillantes sobre esta adorable frase: «Seré rica...; dispondré de mil francos cada mes para mis trapos; tendré un coche de lujo...»

Ya no se trata de saber en qué colegio se va a poner al niño.

*Segunda época.* — Bueno, querido, ¿cómo va ese negocio...? ¿Qué es de ese negocio...? ¿Y ese negocio que tiene que darme un coche, etc...? Ya es hora de que tu negocio se resuelva... ¿Cuándo acabará el negocio...? ¡Ya tarda, ya, en hacerse ese negocio...! ¿Suben las acciones...? No hay otro como tú para encontrar negocios que no se sabe qué son...

Un día os pregunta:

—¿Hay un negocio?

Y si habláis del negocio, al cabo de ocho a diez meses ella responde:

—Ah, ese negocio... ¿Pero de verdad hay tal negocio?

Esta mujer, a la que habéis creído tonta, comienza a mostrar un ingenio increíble cuando se trata de burlarse de vos.

Durante este período, Carolina guarda un silencio comprometedor cuando se habla de su marido. O bien habla mal de los hombres en general.

—Los hombres no son lo que parecen; no se les conoce sino con el uso... El matrimonio tiene su lado bueno y su lado malo... Los hombres no saben acabar nada...

*Tercera época. — Catástrofe.* — Aquella magnífica empresa que debía dar cinco capitales por uno, en la cual han participado las personas más suspicaces, las más instruidas y mejor informadas, pares y diputados, banqueros..., todos ellos caballeros de la Legión de Honor... ¡ese negocio está en liquidación! Los más optimistas esperan el diez por ciento del capital invertido. Vos estáis triste.

Carolina os ha dicho a menudo:

—Adolfo, ¿qué te pasa...? Adolfo, tú tienes algo.

Finalmente informan a Catalina del fatal resultado; ella comienza por consolaron

—¡Cien mil francos perdidos! ¡Habrás que llegar a la más estricta economía! —decís imprudentemente.

El jesuitismo de vuestra mujer estalla entonces ante la palabra economía. La palabra economía enciende la pólvora.

—¡Ah, eso es lo que trae hacer negocios! ¿A santo de qué, tú, *tan prudente*, tenías que comprometer cien mil francos? Acuérdate: yo estaba contra el negocio. *Pero tú no me escuchaste...*

Y sobre este tema, la discusión se envenena.

Vos no valéis para nada..., vos sois incapaz..., únicamente las mujeres ven claro... Vos habéis arriesgado el pan de vuestros hijos..., ella os ha disuadido... Vos no podéis decir que haya sido por ella. Ella, a Dios gracias, no tiene que hacerse reproches.

Cien veces al mes alude al desastre que habéis sufrido.

—Si el señor no hubiese tirado su dinero en tal empresa, yo podría tener esto, o aquello... Cuando otra vez quieras meterte en un negocio, tendrás que hacerme caso...

Y Adolfo se queda apabullado y convencido de haber perdido cien mil francos atolondradamente, sin objetivo, como un bobo, sin haber consultado a su mujer. Carolina disuade a sus amigas de casarse. Se queja de la incapacidad de los hombres que dilapidan la fortuna de sus mujeres. Carolina es vengativa. Ella es estúpida, ella es atroz...

Compadeced a Adolfo. ¡Compadecedlos, oh maridos! ¡Oh solteros, regocijaos!

## VIII

### RECUERDOS Y PESARES

Casado desde hace algunos años, vuestro amor se ha hecho tan plácido, que Carolina intenta a veces, por la noche, animaros con algunas palabritas picantes. Vos tenéis no sé qué de calmoso y tranquilo que impacienta a todas las mujeres legítimas. Ellas encuentran en ello una especie de insolencia; toman la indolencia de la felicidad por la fatuidad de la certidumbre, ya que jamás piensan en el desdén de sus inestimables valores, y su virtud entonces se enfurece porque la toman al pie de la letra.

En esta situación, que es el fondo del idioma de todo matrimonio, y con el cual deben contar hombre y mujer, ningún marido se atreve a decir que el pastel de anguila le aburre, pero su apetito tiene ciertamente necesidad de los condimentos del tocador, de los pensamientos de la ausencia, de las irritaciones de una supuesta rivalidad.

En fin, vos os paseáis entonces muy bien con vuestra mujer del brazo, sin apretar el suyo contra vuestro costado con la temerosa y cuidadosa cohesión del avaro llevando un tesoro. Miráis, a derecha e izquierda, las curiosidades de los bulevares, manteniendo a vuestra mujer con brazo flojo y distraído, como si fueseis el remolcador de un gran buque normando. ¡Ea, seamos francos, amigos míos! Si, detrás de vuestra mujer, un admirador la apretujara distraídamente o con intención, no sentís deseo alguno de comprobar los motivos del transeúnte; además, ninguna mujer se entretiene en armar una querella por tan poca cosa. Esa poca cosa, confesémonos aún esto, ¿no es excesivamente halagüeña tanto para uno como para otro?

Y ya no tratáis de aclarar más, pues tampoco es para llevar el asunto más lejos. Sin embargo, enterráis en el fondo de vuestro corazón y de vuestra conciencia un horrible pensamiento: Carolina no ha respondido a lo que esperabais, Carolina tiene defectos que, en la pleamar de la luna de miel, quedaban bajo el agua. Habéis chocado a menudo con escollos, vuestras esperanzas han encallado varias veces, y otras también vuestros deseos de joven hombre casadero (¿dónde está ese tiempo?) han visto destrozarse sus embarcaciones llenas de riquezas fantásticas: la flor y nata de las mercancías ha perecido, quedando sólo el lastre del matrimonio. En fin, para servirnos de una locución del lenguaje hablado, al hablaros con vos mismo de vuestro matrimonio, os decís mirando a Carolina: *Esto no es lo que yo creía...*

Una noche, en el baile, en sociedad, en casa de un amigo, no importa dónde, encontráis a una sublime joven, bella, espiritual y buena; un alma..., ¡oh, un alma celeste!, ¡una belleza maravillosa! ¡Qué corte inalterable de rostro ovalado, qué facciones que deben de resistir largo tiempo a la acción de la vida, qué frente graciosa y soñadora! La desconocida es rica, es instruida, pertenece a una gran familia; donde

vaya será lo que debe ser, sabrá brillar o eclipsarse; ofrece, en fin, en toda su gloria y en todo su poder, la imagen del ser soñado, la mujer que podríais amar siempre: ella halagaría siempre vuestras vanidades, y entendería y serviría admirablemente vuestros intereses. En fin, ella es tierna, afectuosa y alegre; esa muchacha que despierta todas vuestras pasiones nobles, que vuelve a encender apagados deseos...

Miráis a Carolina con sombrío desespere, y he aquí los fantasmas de pensamientos que golpean con sus alas de murciélago, con su pico de buitre, con su cuerpo de falena los muros del palacio donde, como una lámpara de oro, brilla vuestro cerebro alumbrado por el Deseo.

PRIMERA ESTROFA. — ¿Por qué me casé? ¡Qué fatal error! Me dejé cazar por algunos escudos y se acabó; no puedo tener más que una mujer... ¡Qué inteligentes son los turcos! Se comprende que el autor del Corán vivió en el desierto...

SEGUNDA ESTROFA. — Mi mujer está enferma, tose a veces por la mañana. ¡Dios mío, si en los decretos de vuestra sabiduría está el retirar a Carolina del mundo, hacedlo pronto por su felicidad y la mía! Ese ángel ya ha cumplido su tiempo.

TERCERA ESTROFA. — ¡Pero yo soy un monstruo! ¡Carolina es la madre de mis hijos!

Vuestra mujer vuelve con vos en coche, y la encontráis horrible; os habla, y le respondéis con monosílabos. Ella os dice: «¿Qué te pasa?». Vos le respondéis: «Nada». Ella tose, y, la invitáis a ir mañana mismo al médico. La medicina tiene sus azares.

CUARTA ESTROFA. — Me han dicho que un médico, mezquinamente pagado por herederos, exclamó muy imprudentemente: «¡Me regatean mil escudos, y me deben cuarenta mil libras de renta! ¡Oh, yo no miraría, los honorarios!»

—Carolina —le decís en voz alta—, has de tomar precauciones; crúzate el chal, cuídate, ángel mío.

Vuestra mujer está encantada de vos, pues parecéis interesaros enormemente por ella. Y mientras se desviste, seguís tendido en el sofá.

Y cuando cae el vestido, contempláis la divina aparición que abre la puerta de marfil de los castillos en el aire. ¡Éxtasis embriagador..., volvéis a ver a la sublime muchacha!... Ella es blanca como la vela del galeón que entra en Cádiz cargado de tesoros. Tiene las magníficas serviolas que fascinan al negociante ávido. Vuestra mujer, feliz por ser admirada, se explica entonces vuestro aire taciturno. Aquella muchacha sublime, vos la veis con los ojos cerrados; ella domina vuestro pensamiento, y entonces decís:

QUINTA Y ÚLTIMA ESTROFA. — ¡Divina! ¡Adorable! ¿Existen mujeres semejantes? ... ¡Rosa de las noches...! ¡Torre de marfil...! ¡Virgen celeste...! ¡Estrella de la noche y de la mañana!

Cada cual tiene sus pequeñas letanías, y vos habéis dicho cuatro.

El día siguiente, vuestra mujer está encantadora, ya no tose; no tiene necesidad de médico; si revienta, reventará de salud; vos la habéis maldecido cuatro veces en

nombre de la muchacha aquélla, y ella os ha bendecido cuatro veces. Carolina no sabe que en el fondo de vuestro corazón bullía un pececillo encamado, de la especie de los cocodrilos, encerrado en el amor conyugal como el otro en una vasija de cristal, pero sin conchas.

Algunos días antes, vuestra mujer había hablado de vos en términos bastante equívocos a la señora de Fischtaminel; vuestra bella amiga viene a verla, y Carolina os compromete entonces valiéndose de miradas húmedas y prolongadas; ella os elogia, ella se siente feliz.

Vos salís furioso, rabiáis, y en seguida os sentís un poquitín dichoso al encontrar un amigo en el bulevar, para poderle exhalar vuestra bilis.

—Amigo mío, no te cases nunca... Vale más ver a tus herederos llevándose los muebles mientras tú estás en los últimos estertores; es mejor quedarse dos horas sin beber, en la agonía, asesinado con palabras testamentarias por una enfermera como la que tan cruelmente ha puesto en escena Henri Monnier en su terrible pintura de los últimos momentos de un célibe... No te cases bajo ningún pretexto.

Por fortuna, no volvéis a ver a aquella sublime muchacha... Os habéis salvado del infierno al que os conducían criminales pensamientos, y volvéis a caer en el purgatorio de vuestra dicha conyugal; pero comenzáis a fijaros en la señora de Fischtaminel, a quien adorasteis sin poder llegar hasta ella cuando erais soltero.

## IX

### OBSERVACIÓN

Al llegar a esta altura en la latitud o longitud del océano conyugal, se declara una pequeña dolencia crónica, intermitente, bastante parecida a los dolores de muelas. Ya veo que me atajáis para decirme: «¿Cómo se toma la altura de ese mar? ¿Cuándo puede saberse un marido en ese punto náutico? ¿Y pueden evitarse los escollos?»

Mirad, uno se encuentra ahí, lo mismo después de diez meses de matrimonio que después de diez años; depende de la marcha de la nave, de su velamen, del monzón, de la fuerza de las corrientes, y, sobre todo, de la tripulación. Bueno, hay la ventaja de que los marinos no tienen sino una manera de tomar la altura, mientras que los maridos disponen de mil para calcular la suya.

*Ejemplos.* Carolina, vuestra ex gacela, vuestro ex tesoro, convertida lisa y llanamente en vuestra mujer, o se apoya demasiado en vuestro brazo al pasearse por el bulevar o encuentra más distinguido no daros el brazo.

O bien ella ve hombres más o menos jóvenes, más o menos bien vestidos, cuando antes no veía a nadie, incluso si el bulevar estaba negro de sombreros y pisoteado por más botas que botines.

O, cuando vos entráis en casa, ella dice: «No es nadie; es el señor», en vez de «¡Ah, es Adolfo!», exclamación ésta que antes decía con un gesto y un acento que hacían pensar a quienes la admiraban: «¡He aquí por fin a una mujer dichosa!» Esa exclamación de una mujer implica dos tiempos: aquel durante el cual es sincera y el en que es hipócrita con su «¡Ah, es Adolfo!» Pero cuando dice: «No es nadie, es el señor», no se molesta ya en representar la comedia.

O si volvéis a casa un poco tarde (las once, medianoche), ella... ¡¡ronca!!! ¡Odioso indicio!

O se pone las medias delante de vos... (En el matrimonio inglés eso no sucede más que una sola vez en la vida conyugal de una lady; al día siguiente, ella parte para el continente con un *captain* cualquiera, y no piensa ya en ponerse sus medias).

O..., pero dejémoslo ahí.

Esto se dirige a los marinos o a los maridos familiarizados con *el conocimiento del tiempo*.



## X

### EL TÁBANO CONYUGAL

Pues bien, bajo esta línea vecina de un signo tropical sobre cuyo nombre el buen gusto prohíbe hacer un chiste vulgar e indigno de esta obra espiritual, se declara una horrible pequeña miseria, ingeniosamente llamada el «tábano conyugal», el más irritante de todos los cínifes, mosquitos, pulgas, chinches y escorpiones, y sin que se haya inventado mosquitero alguno para defenderse de él. El tábano no pica de inmediato, comienza a zumbar en vuestros oídos, y *vos no sabéis aún lo que es*.

Así, a propósito de nada, con el aire más natural del mundo, Carolina dice:

—La señora Deschars ayer llevaba un vestido precioso...

—Tiene buen gusto —responde Adolfo sin pensar en lo que dice.

—Es su marido quien se lo ha dado —replica Carolina encogiéndose de hombros.

—¡Ah!

—Sí, un vestido de cuatrocientos francos: tiene lo mejor que se hace en terciopelos...

—¡Cuatrocientos francos! —exclama Adolfo, adoptando la postura del apóstol Tomás.

—Pero tiene dos trozos de recambio y un corpiño...

—El señor Deschars hace bien las cosas —responde Adolfo refugiándose en la broma.

—No todos los hombres tienen esas atenciones —suelta con sequedad Carolina.

—¿Qué atenciones...?

—Pues... Pensar en los trozos de recambio y en un corpiño para aprovechar el vestido cuando ya esté viejo... descotado...

Adolfo se dice para sus adentros:

—Carolina quiere un vestido.

¡Pobre hombre...!

Algún tiempo después, el señor Deschars ha renovado la habitación de su mujer. Luego el señor Deschars ha hecho engastar según la nueva moda los diamantes de su mujer. El señor Deschars no sale nunca sin su mujer, o no la deja ir a ninguna parte sin llevarla del brazo.

Si vos lleváis lo que sea a Carolina, nunca está tan bien como lo que ha hecho el señor Deschars. Si os permitís el menor gesto, la menor palabra un poco alta de tono; si habláis un poco vivamente, oís esta frase sibilante y viperina:

—El señor Deschars no se conduciría así. Ya puedes tomar al señor Deschars por modelo.

En fin, el imbécil del señor Deschars aparece en vuestro hogar en todo momento y a propósito de todo.

Esta frase: «Tú mira si alguna vez el señor Deschars se permite...», es una espada de Damocles, o, lo que es peor, un alfiler, y vuestro amor propio es la almohadilla en que vuestra mujer lo clava constantemente, lo retira y lo vuelve a clavar, bajo una serie de pretextos inesperados y variados, sirviéndose por lo demás de los más zalameros términos de afecto o con maneras sumamente amables.

Adolfo, *tabernizado* hasta verse tatuado de picadas, acaba por hacer lo que se hace en buena política, en gobierno, en estrategia. (Ved la obra de Vauban sobre el ataque y la defensa de las plazas fuertes). Divisa a la señora de Fischtaminel, mujer aún joven, elegante, un poco coqueta, y la aplica (el infame se proponía esto hacía mucho tiempo) como una moxa sobre la epidermis excesivamente delicada de Carolina.

¡Oh, vos que exclamáis a menudo: Yo no sé lo que tiene mi mujer...!, besaréis esta página de filosofía trascendente, pues vais a hallar en ella *la clave del carácter de todas las mujeres*. Pero conocerlas tan bien como yo las conozco, no será aún conocerlas mucho. ¡Si ellas mismas no se conocen! En fin. Dios, ya lo sabéis, se ha equivocado sobre la única que ha tenido que gobernar, y se había cuidado de hacerlo.

Carolina quiere picar a Adolfo en todo momento; pero esa facultad de lanzar una avispa de cuando en cuando al consorte (término judicial) es un derecho exclusivamente reservado a la esposa. Adolfo se convierte en un monstruo si destaca sobre su mujer una sola mosca. De parte de Carolina, son encantadoras las bromas, un juego burlón para alegrar la vida en común, y dictado sobre todo por las más puras intenciones; mientras que, por parte de Adolfo, resulta de una crueldad del Caribe, un desconocimiento del corazón de su mujer, y un plan preconcebido para causarle disgustos. Y esto no es nada.

—¿Entonces, estimáis mucho a la señora de Fischtaminel? —pregunta Carolina —. ¿Qué puede tener esa araña en el espíritu o en los modales que sea tan seductor?

—Pero, Carolina...

—No te tomes la pena de negar ese gusto tan extravagante —dice ella, atajando una negativa en los labios de Adolfo—; hace ya tiempo que me doy cuenta de que prefieres a esa lombriz (la señora de Fischtaminel es flaca). Está bien...; pero no tardarás en reconocer la diferencia.

¿Comprendéis? Vos no podéis sospechar a Carolina teniendo la menor inclinación por el señor Deschars (un hombre gordo y coloradote, antiguo notario), mientras que vos queréis a la señora de Fischtaminel... Y, entonces, Carolina, esa Carolina cuya inocencia os ha hecho sufrir tanto; Carolina, que se ha familiarizado con la sociedad; Carolina se vuelve espiritual... Ya tenéis dos tábanos en vez de uno.

Al día siguiente, os pregunta con una expresión bonachona:

—¿Cómo te va con la señora de Fischtaminel...?

Y cuando salís, ella os dice:

—Ve, querido, ve a tomar las *aguas*.

Pues, en su cólera contra una rival, todas las mujeres, hasta las duquesas, emplean

la invectiva, y llegan hasta a encuadrarse en las tropas de las verduleras; entonces hacen un arma de todo.

Querer convencer a Carolina de su error y demostrarle que la señora de Fischtaminel os es indiferente, os costaría demasiado caro. Es una estupidez que un hombre inteligente no comete en su hogar: pierde en ello su poder y se menoscaba.

¡Oh, Adolfo, has llegado a esa estación tan ingeniosamente denominada *él veranillo de San Martín!* ¡Ay...!, es preciso, cosa deliciosa, reconquistar a tu mujer, a tu Carolina, tomarla del talle, y convertirte en el mejor de los maridos intentando adivinar lo que le gusta, a fin de hacer lo que le agrada en vez de hacer tu voluntad... La cuestión se plantea más adelante.

# XI

## LOS TRABAJOS FORZADOS

Admitamos esto que, según nosotros, es una verdad renovada:

### *Axioma*

La mayoría de los hombres tienen siempre un poco de la inteligencia que exige una situación difícil, cuando no tienen toda la que exige esa situación.

En cuanto a los maridos que están por debajo de su posición, es imposible ocuparse de ellos; no hay lucha; entran en la clase numerosa de los *resignados*.

Adolfo, pues, se dice:

Las mujeres son como niños: ofrecedles un terrón de azúcar, y les hacéis bailar muy bien todas las contradanzas que bailan los niños golosos, pero hay que tener siempre un bombón, un caramelo, y mantenerlo en alto, y... que no pierdan el gusto de los bombones. Las parisienses (Carolina, es de París) son excesivamente vanas, son golosas, glotonas... No se gobierna a los hombres, no se hacen amigos sino cogiéndolos por sus vicios, halagando sus pasiones. ¡Mi mujer es mía!

Algunos días después, durante los cuales Adolfo ha redoblado las atenciones a su mujer, le dice lo siguiente:

—Anda, Carolina; vamos a divertirnos. Mejor que te pongas el vestido nuevo (el parecido al de la señora Deschars) y vámonos a ver alguna payasada en el Teatro de Variedades.

Esta clase de proposiciones ponen siempre del mejor humor a las mujeres legítimas. ¡Andando! Adolfo ha encargado para dos, en casa Borrell, en el *Peñón de Cancale*, una selecta cena.

—Puesto que vamos al *Variedades*, cenemos en un restaurante de lujo —exclama Adolfo al llegar a los bulevares, con el acento del que se decide a un derroche.

Carolina, feliz por esa demostración de opulencia y buena suerte, entra entonces en un saloncito en el que ya encuentra el mantel puesto y el coquetón servicio ofrecido por Borrell a las personas lo bastante ricas como para pagar el local destinado a los grandes de la tierra que se hacen pequeños por un momento.

Las mujeres, en una cena de invitación, comen poco: sus detalles secretos las molestan, llevan el corpiño de gala, están cerca de otras féminas cuyos ojos y lenguas son igualmente temibles. Gustan no de la buena mesa, sino de la delicada: chupar cangrejos, masticar pichoncitos asados, retorcer el ala de un faisán y comenzar por unas rodajitas de pescado fresco, sazonado con una de esas exquisitas salsas que son

la gloria de la cocina francesa... Pues Francia reina por el gusto en todo: en el dibujo, en las modas, etcétera. La salsa es, en cocina, el triunfo del gusto. Así, pues, tanto modistillas como burguesas y duquesas están encantadas con una delicada cena regada con selectísimos vinos, bebidos en pequeña cantidad, y coronada con frutas como no llegan sino a París; sobre todo cuando se va a digerir este primoroso ágape al teatro, en un buen palco, escuchando tonterías, las de la escena, y las que se les dice al oído para explicar las de la escena. Sólo que la nota del restaurante es de cien francos, el palco cuesta treinta, y los coches y el aderezo (guantes nuevos, ramillete de flores, etcétera) otros tantos. Esta galantería asciende a un total de ciento sesenta francos, algo así como cuatro mil al mes si se va a menudo a la Opera Cómica, a los Italianos y a la Gran Opera. Y cuatro mil francos por mes suponen hoy dos millones de capital. Pero todo *honor conyugal* vale eso.

Carolina dice a sus amigas cosas que cree sumamente halagüeñas, pero que hacen torcer el gesto a un marido inteligente.

—Desde hace algún tiempo Adolfo está encantador. No sé qué habré hecho para merecer tantas amabilidades, pero la una sigue a la otra. Aumenta de valor todo con esas delicadezas que nos *impresionan* tanto a las mujeres... Después de haberme llevado el lunes al *Peñón de Cancale*, me ha asegurado que Very tiene tan buena cocina como Borrell, y ha repetido la fiesta de que os he hablado, pero ofreciéndome a los postres una entrada de palco para la Opera. Daban *Guillermo Tell*; ya sabéis que es mi pasión.

—Sois muy dichosa —responde la señora Deschars secamente, y con evidente envidia.

—Pero una mujer que cumple bien con sus deberes merece, creo, esa dicha...

Cuando esa atroz frase se fija en los labios de una mujer casada, se ve claro que, igual que los colegiales, *cumple con su deber* por la recompensa que espera. En el colegio, se quieren ganar premios y becas; en el matrimonio, se espera un chal, una joya... Entonces, nada de amor.

—Yo, querida —la señora Deschars está picada—, soy razonable. Deschars hacía esas locuras...<sup>[2]</sup>, pero he puesto buen orden. Escuchad, pequeña, tenemos dos hijos, y confieso que cien o doscientos francos son considerables para mí, madre de familia.

—Oh, señora —dice la señora de Fischtaminel—, es mejor que nuestros maridos vayan con nosotras a divertirse que...

—¡Deschars...! —dice bruscamente la señora Deschars, levantándose y saludando.

El señor Deschars (hombre anulado por su mujer) no oye el fin de la frase, por la cual podría saberse que se puede gastar su hacienda con mujeres excéntricas.

Carolina, halagada en todas sus vanidades, se lanza entonces a todas las dulzuras del orgullo y de la gula, dos deliciosos pecados capitales. Adolfo recupera terreno, pero, ay!, (esta reflexión vale por un sermón de Cuaresma) el pecado, como toda voluptuosidad, tiene su agujijón. Lo mismo que un autócrata, el Vicio no tiene en

cuenta mil deliciosos halagos ante un solo pétalo de rosa que le irrita. Con él, el hombre debe ir en *crescendo*..., y siempre.

### *Axioma*

El Vicio, el Cortesano, la Desgracia y el Amor no conocen más que el *presente*.

Al cabo de un tiempo difícil de determinar, Carolina se mira al espejo, cuando los postres, y ve unos granillos floreciendo sobre sus pómulos y en las aletas tan puras de su nariz. Está de mal humor en el teatro, y vos no sabéis por qué; vos, Adolfo, tan altivamente empingorotado con vuestra corbata; vos, que erguís vuestro busto y abombáis el pecho como un hombre que revienta de satisfacción.

Algunos días después viene la modista, Carolina se prueba un vestido, hace acopio de fuerzas, y no consigue abrocharlo... Llama a la camarera, y después de tirar con la fuerza de dos caballos, un auténtico treceavo trabajo de Hércules, estalla la tela, y queda una rasgadura de dos pulgadas. La inexorable modista no puede ocultar a Carolina que su talle ha cambiado. Carolina, la aérea Carolina, amenaza con parecerse a la señora Deschars. En términos vulgares, engorda. Se deja aterrada a Carolina.

—¿Qué es eso? ¿Tener como esa gordinflona señora Deschars cascadas de carne a lo Rubens? Y es verdad... —se dice—. Adolfo es un infame cabal. Lo veo bien claro; quiere convertirme en una mujer tonel y dejarme sin mis medios de seducción.

Carolina no se priva de ir en adelante a los Italianos, acepta una entrada de palco, pero encuentra *muy distinguido* cenar poco, rehusando esos selectos platos que pide su marido.

—Querido —le dice—, una mujer como es debido no puede ir demasiado a esos sitios... Se entra una vez por broma en los reservados, pero habitualmente..., ¡ni hablar!

Borrell y Very, esos personajes ilustres del fogón, pierden cada día mil francos de recaudación por no tener una entrada especial para los coches. Si los coches pudieran meterse por una puerta cochera y salir por otra, depositando a una mujer en el peristilo de una elegante escalinata, ¡cuántas clientes no les traerían a buenos, importantes y ricos clientes!

### *Axioma*

La coquetería mata la gula.

Carolina no tarda en mostrarse hastiada del teatro, y únicamente el diablo puede saber la causa de ese disgusto. Dispensad, Adolfo; un marido no es el diablo.

Una buena tercera parte de las parisienses se aburren en el teatro. Aparte de algunas escapadas, ¿cómo ir a reír y morder en la fruta de una indecencia..., ir a respirar la pimienta de un largo melodrama..., extasiarse con las decoraciones, etc? Muchas de ellas tienen ya los oídos saturados de música, y no van a los Italianos sino para subrayar las diferencias en la ejecución. He aquí lo que sostiene a los teatros: las mujeres son en cada uno un espectáculo, antes y después de la obra. Sólo la vanidad paga el precio exorbitante de cuarenta francos por tres horas de placer discutible, sin contar con los resfriados que se atrapan a la salida. Pero mostrarse, hacerse ver, recoger las miradas de quinientos hombres..., ¡qué comilona de gorra!, diría Rabelais.

Para esta preciosa cosecha recogida por el amor propio, debe ser observada. Ahora bien, a una mujer y el marido juntos se los mira poco. Carolina tiene el disgusto de ver que la sala siempre mira a las mujeres que no están con los maridos, mujeres excéntricas. Y como la escasa renta que obtiene de sus esfuerzos, de sus atavíos, aderezos y posturas, no compensan apenas a sus ojos la fatiga, el gasto y el aburrimiento, pronto resulta lo mismo con el teatro que con la buena mesa: la cocina selecta la hace engordar; el teatro la amarillea.

Aquí Adolfo (o todo hombre en el lugar de Adolfo) se parece a aquel campesino del Languedoc que sufría horriblemente de un callo. El campesino metía su pie dos pulgadas dentro de los guijarros más afilados del camino y le decía a su callo: «¡Mal rayo que eres, marrano...! Pero si tú me haces sufrir, a ver si aguantas lo que yo».

—De verdad —dice Adolfo, profundamente desilusionado, el día que recibe de su mujer una negativa motivada— que quisiera saber qué es lo que puede gustarte...

Carolina mira a su marido desde lo alto de su grandeza, y le dice, tras una pausa digna de una actriz:

—Yo no soy ni una oca de Estrasburgo ni una jirafa.

—En efecto, se pueden emplear mejor cuatro mil francos por mes —responde Adolfo.

—¿Qué quieres decir?

—Pues que con la cuarta parte de esa suma, ofrecida a estimables forzados redimidos, a jóvenes licenciados del servicio militar, a criminales vueltos al buen camino, uno se convierte en un personaje, en un bienhechor de la humanidad — replica Adolfo—, y entonces una mujer joven está orgullosa de su marido.

Esta frase es el féretro del amor, y Carolina la toma muy a mal. De lo cual sobreviene una explicación. Mas esto pertenece a las mil humoradas del capítulo siguiente, cuyo título debe hacer sonreír tanto a los amantes como a los esposos. Pues si hay rayos amarillos, ¿por qué no puede haber días de este color fabulosamente conyugal?

## XII

### LOS CABRILLEOS AMARILLOS

Llegado a estas aguas, vos gozáis entonces de estas pequeñas escenas que, en la gran ópera del matrimonio, representan los intermedios, uno de cuyos tipos tenéis aquí:

Estáis un día solos, después de la cena, y os habéis hallado ya tantas veces solos que sentís la necesidad de deciros algunas pequeñas mordacidades, como ésta, por ejemplo:

—Ve con cuidado, Carolina —dice Adolfo, que se resiente de tantos esfuerzos inútiles—; me parece que tu nariz tiene la impertinencia de enrojecer a domicilio lo mismo que en el restaurante.

—No, no tienes el día amable.

#### *Regla general*

Ningún hombre ha podido descubrir el medio de dar un consejo de amigo a ninguna mujer, ni siquiera a la suya.

—Qué quieres, querida... Quizá te has apretado demasiado el corsé, y así vienen a veces enfermedades...

En cuanto un hombre ha pronunciado esta frase no importa a qué mujer, esta mujer (que sabe que las ballenas de su corsé son elásticas) coge una por abajo y la tuerce hacia arriba diciendo, como Carolina:

—Mira; se puede meter la mano. Yo no me aprieto nunca.

—Pues será el estómago...

—¿Qué tiene que ver el estómago con la nariz?

—El estómago es un centro que comunica con todos los órganos.

—¿Así la nariz es un órgano?

—Sí.

Pues tu órgano te sirve muy mal en este momento... (Ella levanta los ojos y se encoge de hombros). Anda, ¿qué te he hecho yo, Adolfo?

—Oh, nada; bromeo, y tengo la desgracia de no gustarte —responde Adolfo sonriendo.

—Mi desgracia es ser tu mujer. ¿Por qué no seré la de otro?

—En eso estamos de acuerdo.

—Si, no siendo lo que soy, tuviese yo la ingenuidad de decir, como las coquetas que quieren saber cómo están con un hombre: «¡Mi nariz es de un rojo inquietante!»,



mirándome al espejo con melindres de mona, tú me responderías: «¡Oh, señora, os calumniáis! De momento, eso no se ve; luego, está en armonía con el color de vuestra piel... Todos estamos así después de cenar», y empezarían tus cumplidos... ¿Yo te digo que tú engordas, que estás cogiendo color de albañil y que a mí me gustan los hombres pálidos y delgados?

En Londres se dice: *¡No os metáis con la hacha!* En Francia hay que decir: «No os metáis con la nariz de la mujer...»

—Y todo eso por un poco de cinabrio natural —exclama Adolfo—. Pídele al buen Dios que no se empeñe en extender más color en un lugar que en otro, y no a mí..., que te quiero..., que te deseo perfecta, y que te digo: «¡Cuidado!»

—Entonces es que me amas demasiado, pues desde hace algún tiempo a esta parte, te dedicas a decirme cosas desagradables; con el pretexto de perfeccionarme tratas de denigrarme... ¡Con lo perfecta que me veías hace cinco años...!

—Si te encuentro mejor que perfecta, si eres encantadora...

—¿Con demasiado cinabrio?

Adolfo, que ve en el rostro de su mujer un gesto hiperbóreo, se le acerca, y pone una silla al lado de ella. Carolina, no pudiendo decorosamente marcharse, da un manotazo al vestido como para imponer una distancia. Este movimiento lo ejecutan ciertas mujeres con una provocadora impertinencia, pero tiene dos significados: es, en términos de whist, o un *envite al rey*, o un *paso*. En este momento, Carolina pasa.

—¿Qué tienes? —dice Adolfo.

—¿Quieres un vaso de agua con azúcar? —pregunta Carolina, ocupándose de vuestra higiene y adoptando (en parodia) su papel de sirvienta.

—¿Por qué?

—Pues porque si no tienes la digestión fácil, es que debes tenerla muy penosa. Quizá habría que echarle un poco de aguardiente en el agua azucarada. El doctor ha dicho que es un remedio excelente...

—Cómo te ocupas de mi estómago...

—Es un centro, comunica con todos los órganos, obrará sobre el corazón, y de ahí tal vez sobre la lengua.

Adolfo se levanta y se pasea sin decir nada, pero piensa en todo el ingenio que va adquiriendo su mujer; la ve aumentando cada día en fuerza, en mordacidad; demuestra tanta inteligencia en la porfía y tanta potencia militar en la disputa, que se acuerda de Carlos XII y de los rusos. Carolina se entrega en estos momentos a una inquietante mímica; tiene el aspecto de encontrarse mal.

—¿Te duele algo? —dice Adolfo, cogido por donde siempre nos atrapan las mujeres, por la generosidad.

—Duele mucho ver que después de cenar un hombre va y vuelve Como el péndulo de un reloj. Pero eso está en el orden de las cosas; es preciso que los hombres andéis siempre agitándoos. ¡Qué extravagantes sois...! Todos estáis más o menos locos...

Adolfo se sienta en la esquina de la chimenea, opuesta a la que su mujer ocupa, y se queda pensativo; el matrimonio se le aparece con sus estepas pobladas de ortigas.

—¿Qué, estamos de hocicos? —dice Carolina al cabo de un cuarto de hora invertido en la observación del rostro marital.

—No; medito —responde Adolfo.

—¡Oh, qué carácter infernal tienes...! —responde ella, encogiéndose de hombros—. ¿Tal vez por lo que te he dicho de tu vientre, de tu cintura y de tu digestión? ¿Pero no ves que quería devolverte la pelota de tu cinabrio? Demuestras que los hombres son tan coquetos como las mujeres... (Alberto permanece frío). ¿Sabes que me parece muy bonito que adquiráis nuestras cualidades...? (Profundo silencio por parte de Adolfo). Se bromea, y tú te enfadas... (Ella mira a Adolfo), porque estás enfadado... Yo no soy como tú; yo no puedo soportar la idea de haberte causado un pequeño disgusto... Y, sin embargo, la idea de atribuir la indigestión a alguna impertinencia, un hombre no la tendría nunca. Ya no es mi *Dofito*; es su vientre que se ha redondeado en exceso para poder hablar... Yo no te sabía ventrílocuo, chico...

Carolina mira sonriente a Adolfo, quien por su parte se mantiene como pegado con cola.

—Nada, que no se ríe... Y a eso, en vuestra jerga le llamáis carácter... Nosotras somos mucho mejores.

Ella va a sentarse en las rodillas de Adolfo, quien no puede evitar sonreír. Su sonrisa, extraída con ayuda de la máquina de vapor, ella la acechaba para transformarla en arma.

—Vamos, hombrecito mío, confiesa tus yerros —dice entonces—. ¿Por qué esos morros? Si yo te quiero así como eres. Mira, te veo tan esbelto como cuando nos casamos... y hasta quizás un poco más.

—Carolina, cuando se llega a engañarse sobre esas pequeñeces..., cuando se hacen concesiones, y uno no estalla..., ¿sabes lo que supone...?

—Tú dirás —dice Carolina, inquieta ante el dramático aspecto de Adolfo.

—Pues que se ama menos.

—Ah, gran monstruo; ya te comprendo: te haces el enfadado para hacerme creer que me quieres.

Confesémoslo. Adolfo dice la verdad de la única manera que puede decirla: riendo.

—¿Por qué me has hecho sufrir? —dice ella—. ¿Tengo algún defecto? ¿No es mejor explicármelo amablemente en vez de decirme esa grosería (ella hincha la voz): «Tu nariz enrojece»? No, eso no está bien. Para agradarte, voy a emplear una expresión de la bella Fischtaminel: *Eso tío es de mi caballero*.

Adolfo se echa a reír y paga el pato de la reconciliación, pero en vez de descubrir lo que puede agradar a Carolina y el medio de acercarla a él, admite que es Carolina quien lo acerca a ella.

## XIII

### NOSOGRAFÍA DE LA VILLA

¿Es una satisfacción no saber lo que agrada a la mujer de uno cuando se han casado...? Algunas mujeres (esto se encuentra aún en provincias) son lo bastante cándidas para decir en seguida lo que quieren o lo que les gusta. Pero en París casi todas las mujeres experimentan cierto goce viendo a un hombre al acecho de su humor, de sus caprichos, de sus deseos, tres expresiones de una misma cosa, y dando vueltas, yendo, viniendo, removiéndose, desesperándose, como un perro que busca a su amo.

Ellas llaman a esto «ser amadas» ¡las desgraciadas...! y muchas se dicen a sí mismas, como Carolina: «¿Cómo se bandeará él?»

A Adolfo le pasa eso ahora. En estas circunstancias, el digno y excelente Deschars, ese modelo de marido burgués, invita al matrimonio Adolfo y Carolina a inaugurar una encantadora casa de campo. Es una ocasión que los Deschars han cogido por las ramas, una locura de literatos, una deliciosa villa en la que el artista ha enterrado cien mil francos y vendido en pública subasta en once mil. Carolina tiene algunos bonitos vestidos para estrenar, y un sombrero de plumas a la sauce llorón; es lindo para ir en tilburí. Confía el pequeño Carlos a su abuela. Da permiso a los criados. Sale con la sonrisa de un cielo azul, lacteado de nubes únicamente para realzar el efecto. Se respira buen aire, se le hiende al trote de un gran caballo normando al que le hace su efecto la primavera. Y, en fin, se llega a Mames, encima de Ville d'Avray, donde los Deschars se pavonean en una villa copiada de otra florentina y rodeada de praderas suizas, sin los inconvenientes de los Alpes.

—¡Dios mío, qué delicia una casa de campo así...! —exclama Carolina paseándose por los admirables bosques que orillan Mames y Ville-d'Avray—. Se es feliz por los ojos como si se tuviera dentro un corazón...

Carolina, no pudiendo tomar sino a Adolfo, coge entonces a Adolfo, que vuelve a ser su Adolfo. Y a correr como una gacela, y a volver a ser la linda, la ingenua, la pequeña, la adorable pensionista que fue... Le cae el cabello en guedejas y se quita el sombrero, sujetándolo por los lazos. Hela rejuvenecida, blanca y rosa. Sus ojos sonríen, su boca es una granada dotada de sensibilidad, de una sensibilidad que parece nueva.

—¿Te gustaría mucho, querida, una casita de campo...? —dice Adolfo, rodeando a Carolina por el talle y sintiendo que se le apoya un poco como para mostrar su flexibilidad.

—¡Oh...! ¿Serías tan gentil como para comprarme una? Pero nada de tonterías... Aprovecha una ocasión como la de los Deschars.

—Agradarte, saber lo que te puede agradar, es la meditación de tu Adolfo.

Como están solos, pueden decirse sus palabritas de cariño, desgranar el rosario de sus secretos mimos.

—¿Quiere, pues, agradecer a su niña...? —dice Carolina, posando su cabeza sobre el hombro de Adolfo, quien le besa la frente, y pensando: «¡Gracias a Dios, ya la tengo!»

### *Axioma*

Cuando un marido y una mujer se tienen, sólo el diablo sabe quién tiene a quién.

El joven matrimonio es encantador, y la gorda señora Deschars se permite una observación un tanto atrevida para ella, tan severa, tan devota, tan mojigata:

—El campo tiene la propiedad de hacer a los maridos muy amables.

El señor Deschars indica una ocasión para aprovecharla. Se quiere vender una casa en Ville-d'Avray, y por nada. Ahora bien, la casa de campo es una enfermedad particular del habitante de París. Esta enfermedad tiene su duración y su curación. Adolfo es un marido, y no un médico. Compra la casa de campo y se instala en ella con Carolina vuelta a ser su Carolina, su Carola, su gacela blanca, su tesoro, su niña, etc.

He aquí qué síntomas alarmantes se declaran con espantosa rapidez: se paga un cuartillo de leche a veinticinco céntimos cuando está bautizada, y cincuenta cuando es «anhidra», según dicen los químicos. La carne es menos cara en París que en Sevres, teniendo en cuenta las calidades. Las frutas están por las nubes. Una hermosa pera cuesta más en el campo que en el huerto (anhidro) que florece en el escaparate del establecimiento de Chevet.

Antes de poder cosechar frutos en la casa de campo, que dispone únicamente de una pradera suiza de dos centiáreas, rodeada de algunos árboles verdes que tienen aspecto de haber sido arrancados de una decoración de sainete, las autoridades más rurales consultadas declaran que será preciso gastar mucho dinero... ¡y esperar cinco años...! Las legumbres saltan de los horticultores a los verduleros del mercado. La señora Deschars, que dispone de un jardinero-conserje, confiesa que las legumbres que obtiene en su terreno a fuerza de abono, le cuestan dos veces más caras que compradas en París en el establecimiento de una frutera que paga patente y cuyo esposo es elector. Y a pesar de los esfuerzos y las promesas del jardinero-conserje, los productos primerizos tienen en París siempre un adelanto de un mes sobre los del campo.

Desde las ocho de la noche a las once, los esposos no saben qué hacer, vista la insipidez de los vecinos, sus pequeñeces y las cuestiones de amor propio surgidas a propósito de nada.

El señor Deschars observa, con la profunda ciencia de cálculo que distingue a un

antiguo notario, que el precio de sus viajes a París, acumulado con los intereses de la casa de campo, con los impuestos, las contribuciones y los salarios del conserje y de su mujer, etc., equivalen a un alquiler ¡de mil escudos! No sabe cómo él, antiguo notario, se ha dejado atrapar..., pues muchas veces ha extendido contratos de arrendamiento de castillos con parques y dependencias por mil escudos de alquiler.

Se conviene por unanimidad en los salones de la señora Deschars que una casa de campo, en vez de suponer un recreo, es una herida abierta.

—Yo no sé cómo se puede vender en el mercado por cinco céntimos una col que hay que regar cada día, desde que brota hasta que se arranca —dice Carolina.

—Pero —responde un abacero retirado— el medio de sacar provecho del campo, es estar en él, vivir en él, hacerse campesino, y entonces todo cambia.

Al volver, Carolina dice a su pobre Adolfo:

—¿Pero qué idea es esa tuya de tener una casa de campo? Lo más práctico en cuestión de campo, es ir a casa de los demás.

Adolfo recuerda un proverbio inglés que dice: «No tengáis nunca ni periódico, ni amante, ni casa de campo; siempre hay imbéciles que se encargan de tenerlos para vosotros...»

—Bah... —dice Adolfo, a quien el tábano conyugal ha esclarecido definitivamente sobre la lógica de las mujeres—. Tienes razón, pero, ¿qué quieres?, también es verdad que el pequeño tiene una salud magnífica.

Aunque Adolfo se haya hecho prudente, esta respuesta despierta las susceptibilidades de Carolina. Una madre tiene muy a bien el pensar exclusivamente en su hijo, pero no quiere en modo alguno que se le prefiera a ella. La señora se calla, y al día siguiente se aburre mortalmente. Habiéndose marchado a sus asuntos, le espera desde las cinco a las siete, y va sola con el pequeño Carlos hasta la estación de los coches de línea. Habla durante tres cuartos de hora de sus inquietudes. Tiene miedo al ir desde su casa al despacho de los coches. ¿Está bien que una mujer esté allí, *sola*? Ella no podrá soportar esa existencia...

La villa crea entonces una fase muy singular, que merece capítulo aparte.

## XIV

### LA MISERIA EN LA MISERIA

#### *Axioma*

La miseria tiene paréntesis.

#### *Ejemplo*

Se ha hablado diversamente, siempre en mal, del dolor de costado; pero ese mal no es nada en comparación con el que aquí se trata, y que los placeres del reenganche conyugal hacen aparecer a cada instante, percuciente como el macillo de la tecla de un piano. Eso constituye una miseria agresiva que sólo se manifiesta en el momento en que la timidez de la joven esposa da paso a esa fatal igualdad de derechos que devora por igual al matrimonio y a Francia. ¡A cada época sus miserias!

Carolina, después de una semana de notar las ausencias del señor, se percata de que él está siete horas cada día separado de ella. Un día, Adolfo, que vuelve alegre y jubiloso como un actor aplaudido, encuentra en el rostro de Carolina una ligera capa de escarcha. Al advertir que se ha dado cuenta de la frialdad de su semblante, Carolina adopta un falso aire afectuoso cuya bien conocida expresión tiene la virtud de hacer que un hombre eche pestes interiormente, y dice:

—¿Has tenido muchos asuntos hoy, querido?

—Sí, muchos.

—¿Has tomado cabriolés?

—Habré pagado irnos siete francos...

—¿Has encontrado a todos los que querías ver...?

—Sí, los que tenía citados.

—¿Cuándo les escribiste? La tinta de tu tintero está seca; parece laca, y yo tenía que escribir; me he pasado una hora humedeciéndola antes de conseguir una pasta que habría valido para marcar paquetes destinados a las Américas.

Al llegar aquí, todo marido mira socarronamente a su costilla.

—Probablemente les he escrito en París...

—¿Qué asuntos son esos, Adolfo?

—¿No los sabes? ¿Quieres que te los diga? De momento el de Chaumontel...

—Yo creía al señor Chaumontel en Suiza...

—¿Y no tiene sus representantes, su abogado...?

—¿No has hecho más que cosas de negocios? —pregunta Carolina interrumpiendo a Adolfo.

Ella lanza entonces una mirada clara, directa, que clava de improviso en los ojos

de su marido, como una espada en un corazón.

—¿Qué quieres que haya hecho más...? ¿Moneda falsa, deudas, tapicería...?

—Pues no lo sé. No se adivina de buenas a primeras. Ya me lo has dicho cien veces: soy demasiado tonta.

—Bueno, tomas en serio una palabra mimosa. Eso es muy femenino...

—¿Has concluido definitivamente algo? —dice ella, con un tono que parece que se interese por los negocios.

—No, nada...

—¿A cuántas personas has visto?

—A once, sin contar las que se paseaban por los bulevares.

—¡Qué manera de responder...!

—Me interrogas como si hubieses sido diez años juez de instrucción...

—Bueno, cuéntame cómo ha sido tu día; eso me entretendrá. Deberías pensar en mis gustos. Ya me aburro bastante cuando me dejas aquí sola, durante días enteros.

—¿Quieres que te divierta contándote negocios?

—Antes me lo decías todo...

Este pequeño reproche afectuoso disfraza una especie de certidumbre que quiere tener Carolina tocante a las cosas graves disimuladas por Adolfo. Adolfo reanuda entonces el relato de su jornada. Carolina finge una especie de distracción lo bastante bien representada para hacer creer que no escucha.

—¡Pero si hace un momento me decías —exclama en un momento en que nuestro Adolfo se hace un lío— que has tomado cabriolés por siete francos, y ahora me hablas de un simón...! Sin duda era de alquiler por horas... ¿Has hecho tus negocios en simón? —dice con acento de burla.

—¿Y por qué iba a prohibirme los simones? —pregunta Adolfo volviendo a su tema.

—¿No has ido a casa de la señora de Fischtaminel? —dice ella en medio de una explicación sumamente confusa y cortándoos insolentemente la palabra.

—¿Y por qué había de ir...?

—Me habría gustado; quería saber si ha terminado su salón...

—Claro que sí.

—¡Ah...! Entonces, has ido.

—No; su tapicero me lo ha dicho.

—¿Tú conoces a su tapicero?

—Sí.

—¿Quién es?

—Braschon.

—¿O sea que has visto al tapicero?

—Claro.

—¿Pero no me has dicho que sólo has ido en coche?

—Pero, criatura, para tomar los coches, se los va a busc...

—¡No! Te lo habrás encontrado dentro del simón...

—¿A quién?

—Pues al salón... o a Braschon. Lo uno y lo otro es muy probable.

—¿Pero tú no quieres escucharme? —exclama Adolfo, pensando que una larga narración adormecerá las sospechas de Carolina.

—Ya te he escuchado bastante. Mira, estás mintiendo desde hace mía hora tanto como un viajante.

—No diré nada más.

—Ya tengo bastante; ya sé todo lo que quería saber. Sí, tú me dices que has visto a abogados, a notarios, a banqueros, y no has visto a ninguna de esas personas... ¿Sabes lo que me diría la señora de Fischtaminel, si mañana fuera a hacerle una visita?

Aquí Carolina observa a Adolfo, pero Adolfo finge una calma engañosa, en cuya mitad Carolina lanza su caña para pescar un indicio.

—Pues ella me diría que ha tenido el placer de verte... ¡Por Dios, qué desgraciadas somos! Nunca podemos saber qué hacéis vosotros...; estamos atadas en nuestros hogares mientras vosotros vais a vuestros negocios... ¡Vaya negocios...! Siguiendo tu escuela, yo te contaría otros un poco mejor maquinados que los tuyos... Nos enseñáis muy buenas cosas. Y luego dicen que las mujeres son perversas... ¿Pero quién las ha pervertido?

Aquí Adolfo intenta, mirando fijamente a Carolina, detener el flujo de palabras. Y Carolina, como un caballo que recibe un latigazo, prosigue cada vez más acelerada, con la animación de una *coda* rosiniana.

—¡Estupenda combinación...! Meter a su mujer en el campo para pasar el día en París a sus anchas... Y yo, boba de mí, a tragarme el anzuelo... Sí, sí, tenéis razón, señor; es muy cómoda una casa de campo... Puede tener dos finalidades: la señora se las apañará tan bien como el señor. Para ti, París y sus simones...; para mí, los bosques y sus sombras... Vaya, decididamente, Adolfo, eso me resulta; no nos enfademos...

Y Adolfo oye a Carolina soltándole sarcasmos durante una hora.

—¿Has acabado ya, querida? —pregunta aprovechando un momento en que ella inclina la cabeza tras una interrogación efectista.

Y Carolina acaba entonces diciendo:

—¡Ya estoy harta del campo, y no pondré más los pies en esta casa...! Pero ya sé lo que me pasará; seguramente tú la conservarás, y me dejarás en París. Pues bien, en París yo podré cuando menos divertirme mientras tú llevas a la señora de Fischtaminel a los bosques. ¿Qué es una *Villa Adolfini* cuando duele el corazón, cuando se ha paseado seis veces alrededor del prado..., donde se han plantado patas de silla y mangos de escoba, con el pretexto de procuraros sombra? ¡Y el señor está ausente siete horas de las doce del día! ¡El acabóse, vamos!

—¡Escucha, Carolina!



—¡Y si todavía quisieras confesarme lo que has hecho hoy...! —replica ella—. Mira, tú no me conoces; yo soy comprensiva, bondadosa...; anda, dímelo. Te perdono de antemano todo lo que hayas hecho...

Adolfo *tuvo relaciones* antes de su casamiento, y conoce demasiado bien el resultado de una confesión como para hacérsela a su mujer, por lo que responde:

—Voy a decírtelo todo...

—Serás de lo más bueno y gentil, y te querré más.

—He estado tres horas...

—Estaba segura... ¿En casa de la señora de Fischtaminel?

—No; en casa de nuestro notario, quien me había encontrado un comprador, pero no hemos podido arreglarnos; quería nuestra casa de campo completamente amueblada, y al salir he ido a ver a Braschon, para saber qué le debemos...

—Acabas de urdir esa novela mientras yo te hablaba... ¡Ea, mírame...! Mañana iré a ver a Braschon.

Adolfo no puede contener una contracción nerviosa.

—Ya veo que no te privas de reírte, viejo monstruo.

—Me río de tu tozudez.

—Mañana iré a casa de la señora de Fischtaminel.

—Bah..., ve a donde quieras...

—¡Qué infamia! —dice Carolina levantándose y llevándose el pañuelo a los ojos.

La casa de campo, tan ardientemente deseada por Carolina, se ha convertido en una invención diabólica de Adolfo, una trampa en la que se ha cogido la gacela.

Desde que Adolfo ha reconocido que es imposible razonar con Carolina, deja que le diga todo lo que se le antojó.

¡Y dos meses después vende en siete mil francos un hotelito que le costó veintidós mil! Pero algo gana al saber que tampoco es la casa de campo lo que le gusta a Carolina.

La cuestión se pone grave; orgullo y gula, dos pecados de menos han pasado. La naturaleza, con sus arbolados, sus bosques y sus valles, una Suiza en los alrededores de París, y los ríos artificiales apenas han divertido a Carolina durante seis meses. Adolfo está tentado de abdicar y apropiarse el papel de Carolina.

## XV

### EL 18 BRUMARIO DE LOS MATRIMONIOS

Una mañana, Adolfo ha sido definitivamente conquistado por la triunfante idea de dejar a Carolina muy dueña de buscar ella misma lo que le agrada. Le entrega el gobierno de la casa, diciéndole: «Haz lo que quieras». Sustituye el sistema constitucional al sistema autocrático, un ministerio responsable al poder conyugal absoluto. Esta prueba de confianza, objeto de una secreta envidia, es el bastón de mariscal de las mujeres. Según la expresión vulgar, se convierten entonces en verdaderas amas de su casa.

Desde este momento, nada, ni siquiera los recuerdos de la luna de miel, puede compararse a la felicidad de Adolfo durante algunos días. Una mujer es entonces puro almíbar, hasta demasiado almíbar... Inventaría los pequeños cuidados, las lindas palabritas, las pequeñas atenciones, las zalameras graciosidades y la ternura y el cariño, caso de que toda esta confitura de los cónyuges no existiera desde el Paraíso Terrenal. Al cabo de un mes, el estado de Adolfo tiene cierta semejanza con el de los niños hacia el fin de la primera semana del año. Y así Carolina comienza a decir, no verbalmente, pero en acción, en gestos, en expresiones mímicas: «¡Ay, no se sabe qué hacer para agradar a un hombre!»

Dejar a su mujer el timón de la barca es una idea excesivamente vulgar que no merecería casi la expresión de triunfante otorgada al comienzo de este capítulo, si no estuviese apoyada en la intención de destituir a Carolina. A Adolfo lo ha seducido ese pensamiento, que se apodera y se apoderará siempre de todas las personas presas de una desgracia cualquiera, como lo es el saber hasta dónde puede llegar el mal; experimentar los estragos que el fuego causa cuando se le deja a su albedrío, sabiéndose o creyéndose con poder para atajarlo. Esa curiosidad nos sigue desde la infancia a la tumba. Ahora bien, tras su plétora de felicidad conyugal, Adolfo, que se ofrece una comedia en su casa, atraviesa las siguientes fases:

*Primera época.* — Todo va muy bien. Carolina compra varios cuadernitos para anotar sus gastos, y un lindo mueblecito para guardar el dinero; hace vivir admirablemente bien a Adolfo, la hace feliz su aprobación, descubre una multitud de cosas que faltan en el hogar, y cifra toda su gloria en ser un ama de casa incomparable. Adolfo, que se erige en censor, no tiene que oponer la más mínima observación.

Si se viste de tiros largos, o de etiqueta, no le falta nada. Ni siquiera en la mansión de Armida se desplegó ternura más ingeniosa que la de Carolina. Se le renueva a ese fénix de los maridos el cáustico de su cuero para afilar su navaja de afeitar. Tirantes nuevos que sustituyen a los viejos. Nunca un ojal sin botón. Su ropa blanca, blanquísima, parece la de un confesor de una devota de pecados veniales. Los

calcetines no tienen el menor roce ni agujero. En la mesa, todos sus gustos, y hasta sus caprichos, son estudiados, consultados; ¡engorda! Tiene tinta en su escritorio, y la esponja está siempre húmeda. No puede decir nada, ni siquiera como Luis XIV: «He errado en esperar». En fin, a cada instante y con cualquier motivo es calificado de *un amor de hombre*. Se ve obligado a reñir a Carolina por el olvido en que incurre: ella no piensa bastante en sí misma. Carolina registra ese dulce reproche.

*Segunda época.* — La escena cambia en la mesa. Todo está muy caro. Las legumbres están por las nubes. La madera tiene un precio como si viniera de Campeche. Las frutas, ¡ah...!, las frutas sólo pueden comerlas los príncipes, los banqueros, los grandes señores. El postre es causa de ruina. Adolfo oye a menudo a Carolina diciendo a la señora Deschars: ¿Pero cómo os lo hacéis...? Y sostienen entonces ante vos conferencias sobre la manera de dirigir a las cocineras.

Una cocinera que entró en vuestra casa sin vestidos, sin ropa blanca, sin talento, ha venido a pedir su cuenta con un vestido de merino azul, con una pañoleta bordada, con las orejas embellecidas con unos pendientes enriquecidos por unas pequeñas perlas y calzada con buenos zapatos de piel que permiten ver unas medias de algodón bien bonitas. Posee dos maletas de algodón llenas de cosas y tiene su libreta en la Caja de Ahorros.

Carolina se queja entonces de la poca moralidad del pueblo; se queja de la instrucción y de la ciencia de cálculo que distingue a las gentes de servicio. De cuando en cuando lanza pequeños axiomas como éstos: «Lo que hay que hacer son escuelas... Sólo los que no hacen nada lo hacen todo bien...» Tiene las preocupaciones del poder. «¡Ah, los hombres son bien dichosos por no tener que llevar una casa...! Las mujeres cargan con el fardo de los detalles...»

Carolina tiene deudas, Pero como no quiere no tener razón, empieza por establecer que la experiencia es una cosa tan hermosa que nunca se la paga demasiado caro. Adolfo ríe para su capote, previendo una catástrofe que le devolverá el poder.

*Tercera época.* — Carolina, imbuida de esa verdad de que es preciso comer únicamente para vivir, hace disfrutar a Adolfo de los placeres de una mesa cenobítica.

Adolfo tiene calcetines rotos o llenos de zurcidos hechos de prisa y corriendo, pues su mujer no dispone de bastante tiempo durante el día para hacer lo que ella quisiera. El lleva tirantes gastados y sucios por el uso. La ropa blanca es vieja, y bosteza como un portero, o como la puerta cochera. En el momento en que Adolfo tiene prisa por concluir un negocio, emplea una hora en vestirse, buscando una tras otra sus prendas, desplegando muchas antes de encontrar una que esté irreprochable. Pero Carolina viste magníficamente. La señora tiene lindos sombreros, botinas de terciopelo, mantillas... Ella ha tomado su partido, y administra en virtud de este principio: La caridad bien entendida, comienza por uno mismo. Cuando Adolfo se queja del contraste entre su penuria y el esplendor de Carolina, ella le dice:

—Pero si fuiste tú mismo quien me riñó por no comprarme nada.

Comienzan a intercambiarse entre los esposos unas bromas más o menos acres. Una noche, Carolina aparece encantadora, a fin de deslizar la confesión de un déficit bastante considerable, absolutamente igual que cuando el ministro se lanza a la conquista del elogio de los contribuyentes exaltando la grandeza del país y anunciando un pequeño proyecto de ley que solicita créditos suplementarios. Parece que ese sistema igual se explota en la Cámara, en el Gobierno como en el hogar. Y se desprende de ello la profunda verdad de que el sistema constitucional es infinitamente más oneroso que el sistema monárquico. Para una nación, como para un hogar, es el gobierno del justo medio, de la mediocridad, de los embrollos y las chapuzas, etcétera.

Adolfo, advertido por sus miserias pasadas, espera una ocasión para estallar, y Carolina se adormece en una engañosa seguridad.

¿Cómo llega la querrela? ¿Se sabe jamás qué corriente eléctrica ha decidido la avalancha o la revolución? Se producen a propósito de todo y a propósito de nada. Pero, en fin, Adolfo, cuando ya se acerca el día en que hay que determinar el balance del matrimonio, lanza en medio de una discusión esta frase fatal: «Cuando yo era soltero...»

La época de soltería es, con respecto a la mujer, lo que el «¡Mi pobre difunto!» con respecto al nuevo marido de una viuda. Estos dos lengüetazos causan heridas que no cicatrizan nunca por completo.

Y entonces Adolfo prosigue como el general Bonaparte hablando a los Quinientos:

—¡Estamos sobre un volcán...! El hogar no tiene ya gobierno..., ha llegado la hora de la decisión... Tú hablas de felicidad, Carolina; tú la has comprometido..., la has puesto en peligro por tus exigencias, has violado el Código civil inmiscuyéndote en la discusión de los asuntos...; has atentado al poder conyugal... Es preciso reformar nuestro interior.

Carolina no grita, como los Quinientos, «¡Abajo el dictador!», pues no se grita nunca cuando se está seguro de tumbarlo.

—Cuando yo era soltero, sólo tenía calcetines nuevos. Siempre encontraba servilletas en mi cubierto. El dueño del restaurante sólo me robaba una determinada suma... Te he dado mi querida libertad... ¿Qué has hecho de ella?

—¿Soy yo culpable, Adolfo, por haber querido ahorrarte preocupaciones? —dice Carolina, clavada delante de su marido—. Vuelve a coger la llave de la caja... ¿Pero qué sucederá? Me avergüenza, me obligarás a representar la comedia para tener las cosas más necesarias. ¿Es eso lo que tú quieres? Envilecer a tu mujer, o poner en presencia dos intereses contrarios, enemigos...

Y he aquí, para las tres cuartas partes de franceses, perfectamente definido el matrimonio.

—Quédate tranquilo, amigo mío —prosigue Carolina, sentándose en su silla baja ante la chimenea—. No te pediré nunca nada, yo no soy una mendiga. Yo sé bien lo

que haré...; tú no me conoces.

—Bueno, ¿es que con vosotras no se puede bromear ni explicarse? —replica Adolfo—. ¿Qué es lo que harás?

—Eso no te importa...

—Perdón señora, al contrario. La dignidad, el honor...

—Oh..., quede tranquilo por ese lado el señor... Por ti, más que por mí, sabré guardar el más profundo secreto.

—¡Bueno, dilo de una vez! Veamos, Carolina mía, ¿qué harás?

Carolina le lanza una mirada de víbora a Adolfo, quien retrocede y empieza a pasearse.

—Anda, di; ¿qué piensas hacer? —pregunta después de un silencio infinitamente demasiado prolongado.

—¡Trabajaré, señor!

Ante esta sublime frase, Adolfo inicia un movimiento de retirada, sintiéndose acosado por una exasperación ácida, como barrido por un viento cuyo desapacible rigor aún no había soplado en la habitación conyugal.

## XVI

### EL ARTE DE SER VÍCTIMA

A partir del 18 brumario, Carolina, vencida, adopta un sistema infernal, que tiene por efecto el hacerlos lamentar en todo momento la victoria. ¡Ella se convierte en la oposición...! Todavía un triunfo de este género, y Adolfo iría a la sala de lo criminal, acusado de haber ahogado a su mujer entre dos colchones, como el Otelo de Shakespeare. Carolina se compone un aire de mártir, mostrándose de una sumisión apabullante. A cada instante asesina a Adolfo con un «lo que tú quieras» acompañado de una espantosa dulzura. Ningún poeta elegíaco podría luchar con Carolina, la cual empalma una elegía con otra elegía: elegía en acciones, elegía en palabras, elegía acompañada de una tenue sonrisa, elegía muda, elegía con resorte, elegía con gestos; he aquí algunos ejemplos, en los que todos los matrimonios volverán a hallar sus impresiones.

*Después de la comida.* — Carolina, esta noche vamos a casa de los Deschars; una gran velada, ¿sabes?...

—Sí, querido.

*Después de la cena.* — Anda, Carolina; ¿no estás vestida aún?— dice Adolfo, quien está soberbiamente vestido, al ver a Carolina como si se hubiese disfrazado de vieja litigante; un traje de muaré negro con corpiño de sarga. Algunas flores, más artificiosas que artificiales, entristecen una cabellera mal arreglada por la doncella. Carolina lleva guantes ya usados.

—Ya estoy preparada, querido.

—¿Y ése es tu vestido?

—No tengo otro. Uno nuevo habría costado cien escudos.

—¿Por qué no lo dijiste?

—¿Yo tender la mano..., después de lo que pasó?

—Iré solo —dice Adolfo, no queriendo que le humille su mujer.

—Si ya se ve que era eso lo que buscabas —dice Carolina con un tonillo agrio—. Basta ver cómo te has acicalado...

Hay once personas en el salón, invitadas a cenar por Adolfo; Carolina está entre todos como si fuese una invitada más de su marido; ella espera que sirvan la cena.

—Señor —dice el ayuda de cámara en voz baja a su amo—, la cocinera no sabe cómo salir del paso.

—¿Por qué?

—El señor no le ha dicho nada, y no tiene más que dos entradas, la ternera, un pollo, una ensalada y legumbres.

—Carolina, ¿tú no has encargado nada?

—¿Sabía yo acaso que tú tenías invitados? ¿Y es que me tengo que encargar de nada? Tú me libraste de preocupaciones, y doy gracias a Dios todos los días.

La señora de Fischtaminel viene a hacer una visita a doña Carolina, y la encuentra tosigosa y trabajando con la espalda encorvada sobre un bastidor de tapicería.

—¿Bordáis esas zapatillas para vuestro querido Adolfo?

Adolfo está frente a la chimenea, un poco mustio.

—No, señora; son para un comerciante que me las paga, y, como los forzados del penal, mi trabajo me permite procurarme algunas cosillas.

Adolfo enrojece; no puede pegar a su mujer, y la señora de Fischtaminel le mira como diciéndole: «¿Qué significa esto?»

—Toséis mucho, mi querida amiga... —dice la señora de Fischtaminel.

—¡Oh, qué me importa la vida! —responde Carolina.

Carolina está allí, en el sofá, con una mujer amiga vuestra y cuya opinión os importa mucho. Desde la ventana donde habláis con otros hombres, oís, por el solo movimiento de los labios, estas palabras: «Él lo ha querido...», dichas con el acento de una joven romana yendo al circo. Profundamente humillado en todas vuestras vanidades, queréis oír hasta las comas de la conversación, al mismo tiempo que escucháis a vuestros invitados; y tenéis entonces respuestas que os valen irnos: «¿En qué estáis pensando?», ya que perdéis el hilo de lo que se trata, y dais unas palabritas impacientes pensando: «¿Qué le estará diciendo ella de mí?»

Adolfo está en la mesa de los Deschars; es una cena de doce personas, y Carolina tiene a su lado a un guapo joven llamado Fernando, primo de Adolfo. Entre el primero y el segundo plato se habla de la felicidad conyugal.

—No hay nada más fácil para una mujer que ser feliz —dice Carolina, respondiendo a otra que se queja.

—Confiadnos vuestro secreto, señora —dice agradablemente la señora de Fischtaminel.

—Pues una mujer, no tiene que hacer más que no meterse en nada, considerarse como la primera sirvienta de la casa o como una esclava de la que cuida el amo; no manifestar ninguna voluntad, y no hacer la menor observación. Así todo va bien.

Estas palabras, pronunciadas con acento amargo y con lágrimas en la voz, asustan a Adolfo, quien mira con fijeza a su mujer.

—Olvidas, querida, la felicidad de explicar tu felicidad —replica, despidiendo sus ojos chispas dignas de un tirano de melodrama.

Satisfecha por haberse mostrado asesinada, o a punto de serlo, Carolina vuelve la cabeza, se enjuga furtivamente una lágrima y dice:

—La felicidad no se explica.

El incidente, como se dice en la Cámara, no tiene consecuencias, pero Fernando ha considerado a su prima como un ángel sacrificado.

Se habla del espantoso número de gastritis, y de enfermedades innominadas, de las que mueren las mujeres jóvenes.

—Ellas son muy felices —dice Carolina con el aspecto de ofrecer su propia muerte.

La suegra de Adolfo viene a ver a su hija. Carolina dice: «El salón del señor», «La habitación del señor...» Todo, en su casa, es del señor.

—Vamos, vamos... ¿qué sucede, hijos míos? —pregunta la suegra—. Parece que estáis los dos a matar...

—Pues —explica Adolfo— no pasa más sino que Carolina ha llevado el gobierno de la casa... y no ha sabido.

—¿Tiene deudas?

—Sí, mi querida mamá.

—Escucha, Adolfo —dice la suegra, después de esperar que su hija la dejara a solas con su yerno—, ¿preferirías que mi hija fuese admirablemente vestida, y que todo saliese de maravilla en la casa, sin que te costara nada...?

Intentad representaros la fisonomía de Adolfo al oír esta *declaración de los derechos de la mujer*...

Carolina pasa de un vestir miserable a un espléndido vestir. Está en casa de los Deschars; todo el mundo la felicita por su gusto, por la magnificencia de sus telas, por sus encajes, por sus joyas...

—Ah, tenéis un marido encantador... —dice la señora Deschars.

Adolfo se pavonea y mira a Carolina.

—¿Mi marido, señora...? Gracias a Dios no le cuestó nada al señor. Todo proviene de mi madre.

Adolfo se vuelve bruscamente y va a hablar con la señora de Fischtaminel.

Al cabo de un año de gobierno absoluto, Carolina, suavizada, dice una mañana.

—¿Cuánto has gastado este año, querido?

—No lo sé.

—Saca la cuenta.

Adolfo encuentra un tercio más que en el peor año de Carolina.

—Y eso sin que yo te haya costado nada por mi vestuario... —dice ella.

Carolina toca las melodías de Schubert. Adolfo siente el mayor placer al escuchar esa música admirablemente ejecutada, justo es decirlo; se levanta para felicitar a Carolina, y ella rompe a llorar.

—¿Qué te pasa?

—Nada; estoy nerviosa.

—Pues yo no te conocía ese defecto.

—Oh, Adolfo; tú no quieres ver nada... Mira, los anillos ya no se me aguantan en los dedos; tú ya no me quieres, te resulto una carga...



Sigue llorando sin escuchar nada, y arrecia en su llanto a cada palabra de Adolfo.

—¿Quieres volver a llevar el gobierno de la casa?

—¡Vaya! —exclama ella poniéndose en pie como *un juguete de resorte*—, ahora que ya estás harto de tus experiencias... ¡No, gracias! ¿Crees que es dinero lo que yo quiero? Valiente manera de consolar un corazón herido... ¡No, no, déjame...!

—Está bien; como tú quieras, Carolina.

Este «Como tú quieras» es la primera expresión de indiferencia en materia de mujer legítima; y Carolina entrevé un abismo hacia el cual camina por su propia voluntad.

## XVII

### LA CAMPAÑA DE FRANCIA

Las desgracias del año 1814 afligen todas las existencias. Después de las brillantes jornadas, las conquistas, los días en que los obstáculos se trocaban en triunfos, en que el menor tropiezo se convertía en afortunado, llega un momento en que las ideas más felices se truecan en necedades, en que el valor conduce a la pérdida, y la fortificación hace dar un traspiés. El amor conyugal, que, según los autores, es un caso particular de amor, tiene, más que cualquier otra cosa humana, su campaña de Francia, su funesto 1814. Al diablo le gusta sobre todo meter el rabo en los asuntos de las pobres mujeres abandonadas, y Carolina está ahí.

Carolina piensa, medita y sueña en los medios de reintegrarse a su marido. Carolina pasa en casa muchas horas solitarias, durante las cuales su imaginación trabaja. Va, viene, se levanta, y a menudo se queda cavilando en la ventana, mirando a la calle sin ver nada, con la cara pegada a los cristales, y sintiéndose como en un desierto en medio de sus pequeños oasis, de sus aposentos amueblados con lujo.

Ahora bien, en París, a menos de vivir en una mansión propia emplazada entre patio y jardín, todas las existencias están acopladas. En cada piso de una casa, un matrimonio encuentra a otro en la casa situada enfrente. Cada cual dirige a voluntad sus miradas a la casa del vecino. Existe una servidumbre de observación mutua, un derecho de visita común, al cual nadie puede sustraerse. En un momento dado de la mañana, os levantáis; la criada del vecino está arreglando el apartamento, deja las ventanas abiertas y las alfombras en los antepechos, y adivináis entonces una infinidad de cosas, y recíprocamente. Así, en un tiempo determinado, conocéis las costumbres de la guapa, de la vieja, de la joven, de la coqueta, o de la virtuosa mujer de enfrente, o los caprichos del fatuo, las manías del solterón, el color de los muebles, el gato del segundo o del tercero. Todo es indicio y materia de adivinación. En el cuarto piso, una tobillera sorprendida se ve, siempre demasiado tarde, como la casta Susana, medida por los anteojos embobados de un viejo empleado de mil ochocientos francos de sueldo, quien se convierte en un gratuito delincuente. En compensación, un guapo supernumerario, con la lozana juventud de sus diecinueve años, aparece ante una beata con el simple atuendo de un hombre que se afeita. La observación no se adormece jamás, mientras que la prudencia tiene sus momentos de olvido. Las cortinas no se recorren siempre a tiempo. Una mujer, antes de la caída de la tarde, se acerca a la ventana para enhebrar una aguja, y el marido de enfrente admira entonces una cabeza de Rafael, que halla digna de sí, imponente guardia nacional con el arma al brazo. Pasad por la plaza de San Jorge, y podréis sorprender los secretos de tres lindas mujeres, si tenéis espíritu en la mirada. ¡Oh...! ¿Dónde está la santa vida privada? París es una ciudad que se ofrece casi desnuda en todo momento, una villa

esencialmente cortesana y sin castidad. Para que una existencia tenga en ella pudor, ha de poseer cien mil francos de renta. Las virtudes son en París más caras que los vicios.

Carolina, cuya mirada se desliza a veces entre las muselinas protectoras que ocultan su interior a los cinco pisos de la casa de enfrente, acaba por observar a un joven matrimonio inmerso en los goces de la luna de miel, recién llegado al piso fronterizo a sus ventanas. Ella se entrega a las observaciones más irritantes. Se cierran temprano las persianas y se abren tarde. Un día, Carolina, que se ha levantado a las ocho, siempre por casualidad, ve a la camarera preparando un baño o alguna ropa íntima, un delicioso salto de cama. Carolina suspira. Se pone al acecho como un cazador, y sorprende a la joven recién casada con el rostro iluminado por la dicha. Y a fuerza de espiar al encantador matrimonio, ve un día al señor y a la señora abriendo la ventana, y ligeramente apretados uno contra el otro, acodados en el balcón, y respirando el aire del anochecer. Carolina tiene los nervios en punta al estudiar por entre las cortinas, una noche que se han olvidado de cerrar las persianas, las sombras de las dos criaturas combatiéndose, dibujando fantasmagorías explicables o inexplicables. A menudo la joven casada, sentada melancólicamente y embelesada, espera al esposo ausente, oye las pisadas de un caballo, el ruido de un cabriolé al final de la calle; se separa del diván y, por su movimiento, resulta fácil comprender que exclama: «¡Es él!»

—¡Cómo se quieren! —se dice Carolina.

A fuerza de tensiones nerviosas, Carolina llega a concebir un plan sumamente ingenioso: inventa servirse de esa felicidad conyugal como de un tópico para estimular a Adolfo. Es una idea bastante depravada, una idea de viejo queriendo seducir a una muchachita con grabados obscenos; pero la intención de Carolina lo santifica todo...

—Adolfo —dice por fin—, tenemos enfrente por vecina a una encantadora mujercita, una morenita...

—Sí —responde Adolfo—, la conozco. Es una amiga de la señora de Fischtaminel; es la señora Foullepointe, mujer de un agente de cambio, un hombre encantador, buen muchacho y que quiere mucho a su mujer; está loco por ella... Su despacho y sus dependencias dan al patio, y el apartamento delantero es el de ella. No conozco matrimonio más feliz. Foullepointe habla de su felicidad en todas partes, hasta en la Bolsa; resulta aburrido.

—Espero que me harás el favor de presentarme a los señores Foullepointe. ¡Cómo me gustaría saber cómo se las arregla para hacerse amar tanto por su marido...! ¿Hace tiempo que están casados?

—Igual que nosotros, cinco años...

—Querido Adolfo, me muero de ganas de conocerla. Preséntanos... ¿Estoy tan bien como ella?

—Pues..., si os encontrase en el baile de la Opera, y no fueses tú mi mujer,

dudaría...

—Estás muy amable hoy. No te olvides de invitarles a cenar para el sábado próximo.

—Esta tarde lo haré. Fullepointe y yo nos vemos a menudo en la Bolsa.

«Espero, se dice Carolina, que esa mujer me querrá decir de qué medios se vale...»

Carolina vuelve a su observatorio. Alrededor de las tres, y a través de las flores de una maceta que cubre casi la ventana, mira y exclama:

—Dos verdaderos tórtolos...

Para aquel sábado, Carolina invita a los señores Deschars, a la digna señora de Fischtaminel, y a los más virtuosos matrimonios de su sociedad. Todo está preparado para el combate en casa de Carolina, quien ha encargado una magnífica cena y ha sacado lo más lujoso de sus armarios, pues ella quiere festejar a la modelo de las mujeres.

—Vais a ver, querida —dice a la señora Deschars en el momento en que todas las señoras se miran en silencio—, al matrimonio más adorable del mundo, nuestros vecinos de enfrente: él, un joven rubio encantador y con unos modales...; una cabeza a lo lord Byron, y un verdadero don Juan, pero fiel...; está loco por su mujer. Ella es una monada, y tiene el secreto de perpetuar el amor; así quizá le deberé un rebrote de felicidad a ese ejemplo; Adolfo, al verles, se avergonzará de su conducta, y...

En ese momento anuncian:

—Los señores Foullepointe.

La señora Foullepointe, linda, morena, auténtica parisiense, delgada, de mirada brillante protegida por largas pestañas, deliciosamente vestida, se sienta en el canapé. Carolina saluda a un señor grueso de cabello cano y bastante clareado, que sigue a la andaluza de París, y exhibe un rostro y un vientre silénicos, un cráneo de mantequilla y una sonrisa astuta y libertina flotando sobre unos gruesos labios...; ¡un filósofo, en fin! Carolina mira a este caballero con gesto de asombro.

—El señor Foullepointe, querida —dice Adolfo presentándole al digno cincuentón.

—Encantada, señora —dice Carolina con expresión amable—, de que hayáis venido con vuestro abuelo (*profunda sensación*), pero espero que también tengamos entre nosotros a vuestro marido...

—Señora...

Todo el mundo escucha y se mira. Adolfo se convierte en el blanco de todos los ojos; está alhelado, y quisiera hacer desaparecer a Carolina por un escotillón, como en el teatro.

—Le presento al señor Foullepointe, mi marido —dice la señora Foullepointe.

Carolina se queda entonces de un rojo escarlata, al percatarse de su *coladura*, y Adolfo la fulmina con una mirada de treinta y seis mecheros de gas.

—Decíais que era joven, rubio... —dice en voz baja la señora Deschars.

La señora Foullepointe, como mujer espiritual, mira audazmente la cornisa.

Un mes después, la señora Foullepointe y Carolina se han hecho íntimas. Adolfo, muy ocupado con la señora de Fischtaminel, no presta atención alguna a esa peligrosa amistad, la cual producirá sus frutos, pues, sabedlo:

### *Axioma*

Son más las mujeres que han corrompido las mujeres que las mujeres que los hombres han amado.

## XVIII

### EL SOLO DE LA CARROZA FÚNEBRE

Al cabo de un tiempo cuya duración depende de la solidez de los principios de Carolina, ella parece languideciente; y cuando, al verla tendida en el diván, como una serpiente al sol, Adolfo, inquieto por el decoro, le pregunta:

—¿Qué tienes, querida? ¿Qué quieres?

—Quisiera estar muerta.

—Un deseo bastante agradable, y de una loca alegría...

—La muerte no me espanta, sino el sufrimiento...

—Eso significa que no te hago feliz la vida... ¡Así son las mujeres!

Adolfo mide el salón con sus paseos mientras despótica, pero se detiene en seco al ver a Carolina enjugándose con su pañuelo bordado unas lágrimas que ruedan bastante artísticamente.

—¿Te encuentras mal?

—No me encuentro bien. (Silencio). Lo único que deseo es saber si podré vivir hasta ver casada a mi pequeña, pues ahora sé lo que significan esas palabras tan poco comprendidas por las personas jóvenes; *la elección de un esposo*. Anda, ve a tus diversiones: una mujer que piensa en el porvenir, una mujer que sufre, no es divertida; vete, anda...

—¿Qué te duele?

—Querido, no me duele nada; me encuentro estupendamente. ¿Qué quieres que necesite? Verdaderamente, me encuentro mejor... Anda, déjame.

Esta primera vez Adolfo se marcha casi triste.

Transcurren ocho días, durante los cuales Carolina ordena a toda la servidumbre que se le oculte al señor el deplorable estado en que se encuentra; ella languidece, llama cuando está a punto de desfallecer, consume mucho éter... Pero la servidumbre pone finalmente en conocimiento del señor el deplorable estado en que se encuentra la señora, y Adolfo se queda una noche después de la cena, y ve a su mujer abrazando apasionadamente a su pequeña María, y exclamando:

—¡Pobre niña! ¡Únicamente tú me haces lamentar mi futuro! ¡Oh, Dios mío...! ¿Qué es la vida?

—Vamos, vamos, chiquilla. ¿A santo de qué quejarse con tanta angustia?

—Yo no me quejo; la muerte no tiene nada que me espante... Esta mañana vi un entierro, y pensé que el muerto sería muy dichoso. ¿Por qué sólo pienso en morir...? ¿Es una enfermedad...? Me parece que moriré por mi propia mano.

Y cuanto más intenta Adolfo animar y alegrar a Carolina, tanto más ella se envuelve en los crespones de un duelo de constantes lágrimas. Esta segunda vez Adolfo se queda y se aburre. Luego, a la tercera, al tercer ataque de lágrimas

forzadas, sale sin sentir tristeza alguna. Y finalmente está harto, hastiado de aquellas continuas quejas, de tantos lamentos y plañidos constantes, de aquellas lágrimas de cocodrilo.

—Si estás enferma, Carolina, lo que hay que hacer es ir al médico —le dice.

Al cabo de un mes, Adolfo, más que hastiado de oír la fúnebre salmodia que Carolina le entona con todas las inflexiones de voz, trae a un gran médico. En París, los médicos son todas personas inteligentes, y andan como Pedro por su casa en lo que respecta a la nosografía conyugal.

—Bien, bien, señora —dice el gran médico—. ¿Cómo a una mujer tan bella se le ocurre estar enferma?

—Sí, señor; lo mismo que la nariz del padre Aubry, aspiro a la tumba...

Carolina, por consideración a Adolfo, intenta sonreír.

—Bueno, bueno; sin embargo, tenéis los ojos animados y vivos; no parece que reclamen nuestras infernales drogas...

—Examinadlo bien, doctor; la fiebre me devora; una fiebre cilla imperceptible, lenta...

Y dirige la más maliciosa de sus miradas al ilustre doctor, quien dice para sí: «¡Qué ojos...!» Y luego, en voz alta:

—Bien, veamos la lengua...

Carolina muestra su lengua de gata entre dos hileras de dientes tan blancos como los de un perro.

—Sí..., un tanto cargada en el fondo; pero habéis comido... —observa el gran médico, quien se vuelve hacia Adolfo.

—Nada —responde Carolina—, dos tazas de té...

Adolfo y el ilustre doctor se miran, pues el médico se pregunta quién, de la señora o del señor, se burla de él.

—¿Qué sentís? —pregunta gravemente el doctor a Carolina.

—No duermo...

—Bueno.

—No tengo apetito...

—Bien.

—Noto dolores aquí...

El médico mira el lugar indicado por Carolina.

—Muy bien, lo examinaremos en seguida... ¿Qué más?

—A veces tengo escalofríos...

—Bueno.

—Y melancolías; pienso siempre en la muerte, tengo ideas de suicidio.

—¿De verdad?

—Me suben calores como fuego a la cara; ved, tengo siempre temblores en el párpado...

—Muy bien; a eso le llamamos nosotros un *trismo*.

El doctor explica durante un cuarto de hora, mediante el empleo de los términos más científicos, la naturaleza del *trismo*, de donde resulta que el *trismo* es el *trismo*, pero hace observar modestamente que si la ciencia sabe en efecto que el *trismo* es el *trismo*, ignora por completo la causa de ese movimiento nervioso, que va, viene, pasa, reaparece...

—Y hemos comprendido que es un fenómeno puramente nervioso —añade el doctor.

—¿Es muy peligroso? —pregunta Carolina con inquietud.

—En absoluto; ¿qué postura adoptáis al acostaros?

—Encogida.

—Bien; ¿de qué costado?

—Del izquierdo.

—Bien; ¿cuántos colchones tenéis en la cama?

—Dos.

—¿Hay también un somier?

—Sí, claro.

—A ver. Camine un poco... Pero ande con naturalidad, como si no os mirase...

Carolina da unos pasos contoneándose de la manera más andaluza.

—¿No siente un poco de pesadez en las rodillas?

—Pues..., no... (Ella vuelve a su sitio). Por Dios..., al saberme observada...; ahora me parece que sí.

—¿Habéis quedado en casa algún tiempo, sin salir?

—Ya lo creo; sí, doctor, demasiado tiempo... y sola.

—Comprendo. ¿Se recoge el cabello para dormir?

—Me pongo un gorrito bordado, y a veces un pañuelo de seda...

—¿No sentís calores..., un ligero sudor...?

—Durmiendo, me parece difícil.

—Pero al despertaros podríais notar húmedas las sienes, o la frente...

—A veces, sí.

—Bien; dadme la mano.

El doctor saca su reloj.

—¿Os he dicho que a veces tengo vértigos? —dice Carolina.

—¡Chist...! —le ordena el doctor, quien cuenta las pulsaciones—. ¿De noche?

—No, por la mañana.

—¡Caramba, vértigos por la mañana...! —dice él, mirando a Adolfo.

—Bien, ¿qué decís del estado de la señora? —pregunta Adolfo.

—El duque de G... no ha ido a Londres —dice el gran médico, observando la piel de Carolina—, y se habla mucho de eso en el barrio de Saint-Germain.

—¿Tenéis allí enfermos? —pregunta Carolina.

—Casi todos los míos son de ese barrio<sup>[3]</sup>. He visto a siete esta mañana, y algunos corren peligro...



El doctor se levanta.

—¿Cómo me veis, doctor? —dice Carolina.

—Señora, necesita cuidados, muchos cuidados, tomar calmantes, agua de malvavisco, un régimen suave, carnes blancas, hacer mucho ejercicio...

«No está mal por veinte francos», se dice para sus adentros y sonriendo Adolfo.

El gran médico coge a Adolfo del brazo y se lo lleva para que le acompañe; Carolina les sigue de puntillas.

—Querido —dice el gran médico—, he estudiado muy ligeramente a la señora, pues no hay que asustarla, pero os debe inquietar más de lo que pensáis... No la descuidéis demasiado; ella es de un temperamento poderoso, de una salud feroz. *Todo* eso reacciona sobre su organismo. La naturaleza tiene sus leyes, las cuales, al desdeñarlas, se hacen obedecer. La señora puede llegar a un estado mórbido que os haría arrepentiros cruelmente de haberla descuidado... Si la queréis, queredla, pero si ya no la queréis y lo que os importa es conservar a la madre de vuestros hijos, la decisión que debéis tomar es un caso de higiene..., pero eso ya sólo depende de vos...

«¡Cómo me ha comprendido...!», se dice Carolina.

Ella abre la puerta y dice:

—Doctor, no me habéis recetado las dosis...

El gran médico sonrío, saluda y desliza en su bolsillo una moneda de veinte francos, dejando a Adolfo en manos de su mujer, quien le dice:

—¿Qué te ha dicho sobre mi estado? ¿He de resignarme a morir?

—Dice que tienes demasiada salud —gruñe Adolfo con impaciencia.

Carolina se va al diván y llora.

—¿Qué te pasa ahora?

—Tengo para tiempo... Te molesto, no me quieres ya... No quiero ninguna otra visita de ese médico... No sé por qué la señora Foullepointe me lo aconsejó, pues no ha dicho más que tonterías..., yo sé mejor que él lo que me hace falta...

—¿Qué te hace falta?

—Ingrato, ¿y me lo preguntas? —dice ella apoyando la cabeza en el hombro de Adolfo.

Asustado, Adolfo se dice:

«El doctor tiene razón; ella puede volverse de una exigencia malsana, ¿y qué será de mí...? Me veo forzado a optar entre la locura física de Carolina o algún primito...»

Carolina canta entonces una melodía de Schubert con la exaltación de un hipocondríaco.

## SEGUNDA PARTE

## SEGUNDO PREFACIO

Si habéis podido comprender este libro... (y se os hace un honor infinito con esta suposición, pues el más profundo autor no siempre comprende, y hasta se puede decir que no comprende nunca, los diferentes sentidos de su libro, ni su alcance, ni el bien ni el mal que causa), si habéis concedido alguna atención a estas pequeñas escenas de la vida conyugal, quizá habréis observado su color.

—¿Qué color? —preguntará sin duda un tendero—. Los libros tienen una cubierta amarilla, o azul, con el lomo verde, pálido, gris perla, blanco...

¡Ay!, los libros tienen otro color; están teñidos por el autor ¡y algunos escritores toman prestados sus coloridos! Ciertos libros se destiñen al ponerlos sobre otros. Y hay más. Los libros son rubios o morenos, castaños, claros o pelirrojos. Tienen también su sexo. Conocemos libros varones y libros hembras, y otros que —y esto sí es deplorable— carecen de sexo, lo cual, así lo esperamos, no es el caso de éste, suponiendo que hagáis a esta colección de temas nosográficos el honor de llamarle un libro.

Hasta aquí, todas esas miserias o calamidades son miserias infligidas únicamente por la mujer al hombre. Así, pues, no habéis visto más que el lado masculino del libro. Y, si el autor tiene realmente el oído que se le supone, ha sorprendido ya más de una exclamación de mujer furiosa:

—Sólo se nos habla de las miserias sufridas por esos señores —habrá dicho—, como si nosotras no tuviésemos nuestras pequeñas miserias también...

¡Oh, mujeres, se os ha oído, pero si no siempre sois comprendidas, siempre os hacéis oír bien...!

Así, pues, sería soberanamente injusto cargaros a vosotras solas con los reproches que todo ser social puesto bajo el yugo (*conjugium*) tiene el derecho de dirigir a esa institución necesaria, sagrada, útil, eminentemente conservadora, pero un tanto molesta, y a veces muy difícil de soportar, y otras veces demasiado fácil.

¡Iré más allá! Esta parcialidad sería evidentemente una muestra de cretinismo.

Un hombre, no un escritor, pues hay muchos hombres en un escritor..., un autor, pues, debe parecerse a Jano: ver delante y detrás, chismorrear, descubrir todos los aspectos de una idea, pasar alternativamente al alma de Alceste y a la de Filinto, no decirlo todo y, sin embargo, saberlo todo, no aburrir nunca, y...

No acabemos este programa, pues de otro modo lo diríamos todo, y sería horrible para todos los que reflexionan en las condiciones de la literatura.

Por lo demás, un autor que toma la palabra en medio de su libro hace el efecto del buen hombre del *Cuadro partíante*, cuando pone su cara en el sitio de la pintura. El autor no olvida que en la Cámara no se toma nunca la palabra *entre dos sesiones*. ¡Basta, pues!

He aquí ahora el lado femenino, el lado hembra del libro, pues para asemejarse perfectamente al matrimonio, este libro debe ser más o menos andrógino.

## XIX

### LOS MARIDOS DEL SEGUNDO MES

Dos jóvenes casadas, dos amigas de internado, Carolina y Estefanía, íntimas en el colegio de la señorita Machefer, uno de los más famosos establecimientos de instrucción y educación del aristocrático barrio de Saint-Honoré, se encontraron en el baile que la señora de Fischtaminel dio en su casa, y junto a una ventana que había en el cuarto tocador, tuvieron la siguiente conversación.

Hacía tanto calor, que un hombre tuvo mucho antes que ellas la idea de ir a respirar allí el aire de la noche, quedándose en el mismo ángulo del balcón, y como había muchas flores en la ventana, las dos amigas se creyeron solas. Ese hombre era el mejor amigo del autor.

Una de las jóvenes casadas, apoyada en un lado del vano de la ventana, hacía en cierto modo de centinela, abarcando el tocador y los salones. La otra estaba a un paso de ella, arrimada al alféizar, pegándose a él como si no quisiera sufrir ninguna corriente de aire, el cual, no obstante, lo atenuaban las cortinas de muselina y los cortinones de seda.

El tocador estaba desierto, el baile comenzaba y las mesas de juego permanecían abiertas, ofreciendo sus tapetes verdes y las barajas todavía encerradas en el frágil estuche sellado que impone la Administración. Se bailaba la segunda contradanza.

Los que concurren a bailes conocen esa fase de las grandes veladas, cuando aún no han llegado todos los invitados y los salones están ya llenos, lo que llena de angustia a la dueña de la casa. Ese momento, sin incurrir en comparaciones, se parece al que decide la victoria o la pérdida de una batalla.

Ya comprenderéis, pues, cómo lo que debía ser un secreto bien guardado puede alcanzar los honores de la impresión.

—¿Qué tal, Carolina?

—¿Qué tal, Estefanía?

—¿Qué hay?

—¿Qué hay?

Un doble suspiro.

—¿No te acuerdas ya de nuestros pactos?

—Si...

—Entonces, ¿por qué no has venido a verme?

—No se me deja nunca sola; apenas tenemos tiempo de hablar aquí...

—¡Si mi Adolfo siguiese ese sistema...! —exclama Carolina.

—Tú ya nos viste a Armando y a mí cuando me hacía eso que llaman, no sé por qué, la corte...

—Sí, yo os admiraba; te veía tan dichosa...; tenías tu ideal: un hombre guapo,

siempre tan bien vestido, guantes amarillos, afeitado, zapatos charolados, camisa impecable...; del más exquisito cuidado hasta en los menores detalles...

—Puedes seguir...

—Pues sí, un hombre como es debido; hablaba con una suavidad femenina, sin la menor brusquedad. ¡Y qué promesas de felicidad, de libertad...! Sus frases tenían incrustaciones de palo santo. Revestía sus palabras de blondas y de encajes. En sus menores frases se oía el rodar de caballos y carruajes. Tu canastilla fue de una suntuosidad millonaria. Armando me hacía el efecto de un marido de terciopelo, de una capa de plumas de aves con la que te ibas a envolver.

—Carolina, mi marido toma rapé.

—¿Sí, verdad...? Pues el mío fuma...

—Pero el mío lo toma, querida, como dicen que lo tomaba Napoleón, y a mí me produce horror el tabaco; el monstruo lo supo, y no lo tomó durante siete meses...

—Todos los hombres tienen esas costumbres; ellos tienen que tomar algo.

—No tienes ni idea de los suplicios que soporto. Por la noche me despierto sobresaltada al oír un estornudo. Y al dormirme, hago algún movimiento, y a veces quedo con la nariz sobre los granos de tabaco sembrados en la almohada, y los aspiro, y doy un brinco que ni que fuera un gato. Parece que ese canalla de Armando está acostumbrado a esta *sorpresa*, y no se despierta ni por asomo. Encuentro tabaco por todas partes, y, vamos, creo que yo no me he casado con la Tabacalera.

—¿Y qué es ese pequeño inconveniente, querida, si tu marido es un buen chico y de muy buen natural?

—Sí, sí...; es más frío que el mármol, medurado como un viejo, habla más que una portera, y es de esos hombres que a todo dicen que sí pero que hacen lo que les da la gana.

—Protesta.

—Ya lo he hecho.

—¿Y...?

—Me ha amenazado con recortar de mi pensión lo que él necesite para prescindir de mí...

—¡Pobre Estefanía...! Eso no es un hombre; es un monstruo...

—Un monstruo calmoso y metódico, engañoso... y que todas las noches...

—¿Todas las noches?

—Espera...; todas las noches coge un vaso con agua y le mete siete dientes postizos.

—¡Qué trampa la de tu matrimonio! ¿Pero tu Armando es rico...?

—¿Quién lo sabe?

—¡Por Dios...! Me parece como si antes de poco tiempo tengas que ser muy desgraciada... o muy feliz.

—¿Y tú, querida?

—Yo, hasta este momento, sólo tengo un alfiler que me pincha un costado; pero

es insoportable.

—¡Pobre criatura! Entonces... ¿no eres feliz?

Aquí la joven habla tan pegada su voz al oído de la otra, que es imposible recoger una sola palabra. La conversación se reanuda, o más bien acaba, con una especie de conclusión.

—¿Es celoso tu Adolfo?

—¿De quién? No nos dejamos nunca, y eso, querida, es lo peor. No hay quien lo resista. No me atrevo ni siquiera a bostezar; estoy siempre representando a la mujer amante. ¡Lo que pesa eso!

—¿Carolina?

—¿Qué?

—¿Qué vas a hacer, pequeña?

—Resignarme; ¿y tú?

—Combatir a la Tabacalera.

Esta pequeña miseria pretende demostrar que en cuestión de decepciones personales, los dos sexos no tienen nada que envidiarse.

## XX

### LAS AMBICIONES FRUSTRADAS

#### 1. *El ilustre Chodoreille*

Un joven ha dejado su casa natal en el fondo de algún departamento marcado por el señor Carlos Dupin en color más o menos oscuro. Tenía por vocación la gloria, no importa cuál: suponed un pintor, un novelista, un periodista, un poeta, un gran político...

Para que se entienda bien, el joven Adolfo de Chodoreille quería que se hablase de él, llegar a la celebridad, ser algo. Esto, pues, se dirige a la masa de los ambiciosos traídos a París por todos los vehículos posibles, sean morales o físicos, y que se lanzan una buena mañana con la intención hidrófoba de derribar todos los renombres y famas, de construirse un pedestal con las ruinas logradas, hasta que la desilusión sobreviene. Como se trata de formular este hecho normal que caracteriza a nuestra época, tomemos de estos personajes a ese a quien el autor ha denominado «un gran hombre de provincias».

Adolfo ha comprendido que el comercio más admirable es el que consiste en pagar en una papelería una botella de tinta, un paquete de plumas y una resma de papel de tamaño folio, de doce francos y medio, y en revender las dos mil hojas de que consta la resma, dividiendo cada hoja en cuatro, o sea algo así como cincuenta mil francos, claro que escribiendo antes en cada hoja cincuenta líneas con estilo y con imaginación.

Este problema, de doce francos con cincuenta céntimos metamorfoseados en cincuenta mil, a razón de veinticinco céntimos por línea, estimula a muchas familias, que podrían emplear a sus miembros útilmente en el fondo de las provincias, a lanzarlos al infierno de París.

El joven objeto de esta exportación parece que siempre tiene, a los ojos de su villa natal, tanta imaginación como los más famosos autores. Ha hecho siempre excelentes estudios, ha escrito versos muy bonitos, y pasa por mozo de talento e ingenio; además, casi siempre es culpable de alguna encantadora novela publicada en el periódico local, lo que le ha valido la admiración del departamento.

Y esos pobres padres ignorarán eternamente lo que su hijo viene a aprender a fuerza de las mayores penalidades en París, a saber: que es difícil ser escritor y conocer la lengua francesa antes de una docena de años de trabajos hercúleos; que hay que haber hurgado en la vida social para ser un verdadero novelista, toda vez que la novela es la historia privada de las naciones; que todos los grandes narradores (Esopo, Luciano, Boccaccio, Rabelais, Cervantes, Swift, La Fontaine, Lesage, Sterne, Voltaire, Walter Scott, y los desconocidos árabes de *Las Mil y una noches*) son

hombres de genio a la vez que unos fabulosos eruditos.

Su Adolfo hace el aprendizaje literario en varios cafés, es miembro de la Sociedad de hombres de letras, y ataca por la espalda y por el pecho a personas de talento que no leen sus artículos; adopta más suaves sentimientos al ver el nulo efecto de su crítica; lleva novelas y cuentos a los periódicos, que se le devuelven casi antes de recibirlos..., y, después de cinco o seis años de ejercicios más o menos agotadores, de horribles privaciones muy costosas para sus padres, *llega a cierta posición*.

Veamos qué posición es esa.

Gracias a una especie de seguro mutuo de los débiles entre sí, y que un escritor bastante ingenioso ha llamado *camaradería*, Adolfo ve su nombre a menudo citado entre los nombres célebres, sea en los prospectos de las librerías, sea en los recuadros de los periódicos anunciando algunos títulos de inmediata aparición. Los libreros imprimen el título de una de sus obras con esta engañosa rúbrica: «En prensa», lo cual se podría llamar la jaula tipográfica de los osos<sup>[4]</sup>. Se incluye a veces a Chodoreille entre las esperanzas de la joven literatura.

Adolfo de Chodoreille vegeta once años en las filas de la joven literatura: se queda calvo guardando sus distancias en las filas de la joven literatura, pero acaba por tener entrada gratis en los teatros gracias a oscuros trabajos, a críticas dramáticas; trata de que lo conceptúen un *buen muchacho*, y, a medida que pierde sus ilusiones sobre la gloria, y sobre la sociedad de París, gana en deudas y en años.

Un periódico con el agua al cuello le pide uno de esos osos, de esas tabarras, de esos mamotretos rechazados, corregido por amigos, retocado y vuelto a retocar de lustro en lustro, y que huele a la pomada de cada género de moda y ya olvidado. Este libro es para Adolfo lo que para el cabo Trim el famoso gorro que saca siempre a colación, ya que durante cinco años *Todo por una mujer* (título definitivo) será una de las más encantadoras obras de nuestra época.

Al cabo de once años, Chodoreille pasa por haber publicado trabajos estimables, cinco o seis novelas cortas en revistas necropólicas, en periódicos de mujeres y en los folletos destinados a la más tierna infancia.

En fin, como es soltero, y tiene una levita y un pantalón de casimir negro, y puede disfrazarse cuando quiere de diplomático elegante, y no carece de cierto aire inteligente, se le admite en algunos salones más o menos literarios; saluda a los cinco o seis académicos que poseen genio, influencia o talento; puede ir a casa de dos o tres de nuestros grandes poetas, y se permite llamar por su nombre de pila a las dos o tres mujeres justamente célebres de nuestra época; por lo demás, está a partir un piñón con las poetisas y literatas de segundo orden, y estrecha la mano de los astros de los periódicos pequeños y bebe ajeno con ellos.

Esta es la historia de las mediocridades en cualquier género, a las cuales les ha faltado lo que los titulares llaman la fortuna, o la suerte. Esa fortuna es la voluntad, el trabajo continuo, el desprecio por la fama obtenida fácilmente, una inmensa instrucción y la paciencia que, según Buffon, es la base del genio, pero que



ciertamente es la mitad.

No percibís aún muestra de la pequeña miseria en que se debate Carolina. Creéis que la historia de quinientos jóvenes ocupados en pulir en estos momentos los pavimentos de París está escrita a manera de consejo para las familias de los ochenta y seis departamentos; pero leed estas dos cartas cambiadas entre dos amigas diferentemente casadas, y comprenderéis que era tan necesaria como el recitado con que antiguamente comenzaba todo buen melodrama... Adivinaréis las hábiles maniobras del vanidoso parisiense pavoneándose en su villa natal y bruñendo en ocultas intenciones matrimoniales los rayos de una gloria que, semejantes a los del sol, no son cálidos ni brillantes sino a grandes distancias.

*De la señora Clara de la Roulandière, nacida Jugault, a la señora de Adolfo de Chodoreille, nacida Heurtat*

«Viviers.

»No me has escrito aún, mi querida Carolina, y eso está mal de tu parte. ¿No tocaba a la más dichosa comenzar y consolar a quien se quedaba en provincias?

»Después de que te fuiste a París, yo me casé con el señor de la Roulandière, el presidente de la audiencia. Ya le conoces, y sabes que no puedo estar satisfecha teniendo el corazón *saturado* de nuestras ideas. Yo no ignoraba mi suerte: vivo entre el antiguo presidente, tío de mi marido, y mi suegra, quien de la vieja sociedad parlamentaria de Aix no ha conservado sino el altivo desdén y la severidad de las costumbres. Estoy pocas veces sola, y cuando salgo me acompañan mi suegra o mi marido. A la noche recibimos a las personas importantes y graves de la ciudad. Esos señores juegan unas partidas de whist a dos sueldos la ficha, y oigo conversaciones de este género:

»—El señor Vitremont ha muerto; deja doscientos ochenta mil francos de fortuna... —dice el sustituto, un joven de cuarenta y siete años, divertido como el mistral.

»—¿Estáis bien seguro de ello...?

»*Ello*, son los doscientos ochenta mil francos. Un juececillo perora, habla de inversiones, se discuten los valores, y la conclusión es que: *si no hay doscientos ochenta mil francos, se andará muy cerca...*

»Y entonces un concierto general de elogios al muerto por haber guardado el pan bajo llave, por haber *colocado* sus economías, apilado ochavo a ochavo, probablemente con el fin de que toda la ciudad y todas las personas que esperan herencias aplaudan y digan con admiración.

»—¡Deja doscientos ochenta mil francos...!

»Y cada cual tiene algún pariente enfermo, de quien se dice:

»—¿Dejará algo aproximado?

»Y se discute al *vivo* como se ha discutido al *muerto*.

»No se ocupa sino de probabilidades de fortuna, o de probabilidades de puestos vacantes, o de las probabilidades de cosecha.

»Cuando, en nuestra infancia, contemplábamos aquellos lindos ratoncitos blancos en la ventana del remendón de la calle de Saint-Maclou, haciendo girar la jaula redonda donde estaban encerrados, ¿podía yo saber que aquélla sería una fiel imagen de mi futuro...?

»¡Ser así, yo, que de las dos era la que agitaba más sus alas, cuya imaginación era más vagabunda! Yo he pecado más que tú, y soy la más castigada. He dicho adiós a mis sueños. Soy la señora presidenta, *importante y principal*, y me resigno a dar el brazo a ese diablo de la Roulandière durante cuarenta años, a vivir hilando delgado en todo, y a ver dos espesas cejas sobre dos ojos de gobio en un rostro amarillo, el cual no sabrá nunca lo que es una sonrisa.

»Pero tú, mi querida Carolina, tú, que, dicho sea entre nosotras, estabas en las *grandes* cuando yo bullía en las *pequeñas*; tú, que no pecabas sino por orgullo, con veintisiete años y doscientos mil francos de fortuna; tú capturas y cautivas a un gran hombre, uno de los hombres más espirituales de París, uno de los dos hombres de talento que nuestra ciudad haya producido...; ¡qué suerte!

»Ahora tú te encuentras en el círculo más brillante de París. Puedes, gracias a los sublimes privilegios del genio, concurrir a todos los salones del barrio de Saint-Germain, y ser bien acogida. Disfrutas de los goces exquisitos de la sociedad de las dos o tres mujeres célebres de nuestro tiempo, donde se hace gala de tanto ingenio, según se dice, y donde se dicen esas palabras que nos llegan aquí como cohetes luminosos. Vas a casa del barón Schinner, de quien nos hablaba tanto Adolfo, adonde concurren todos los grandes artistas, todos los ilustres extranjeros. En fin, dentro de algún tiempo, tú serás una de las reinas de París, si lo quieres. Puedes también recibir, y verás en tu casa a las leonas y los leones de la literatura, del gran mundo y de las finanzas, ya que Adolfo nos hablaba de sus amistades ilustres y de sus tratos con los favoritos de la moda en tales términos, que te veo festejada festejando.

»Con tus diez mil francos de renta y la herencia de la tía Carolina, y con los veinte mil que gana tu marido, debéis tener carruaje de lujo, y como tú vas a todos los teatros sin pagar, y como los periodistas son los héroes de todas las inauguraciones, ruinosas para quien quiere seguir el movimiento parisién, y se les invita cada día a cenar, vives como si tuvieras sesenta mil francos de renta... ¡Ah, qué feliz eres!; se explica que me olvides.

»Comprendo, sin embargo, que no tengas un instante disponible. Tu felicidad es la causa de tu silencio, por lo que te perdono. Pero a ver si un día, cansada de tantos placeres, te acuerdas desde lo alto de tu grandeza de tu pobre Clara y me escribes, contándome lo que es un matrimonio con un gran hombre... Píntame a esas grandes damas de París, sobre todo a las que escriben... ¡Oh, cómo me gustaría saber *de qué están hechas!*, y, en fin, no olvides nada, si no olvidas que sigues siendo *de todos modos* querida por tu pobre,

## CONTESTACIÓN

*La señora de Adolfo de Chodoreille a la señora presidenta de la Roulandière, en Viviers*

«París.

»¡Ah, mi pobre Clara!, si supieras cuántos pequeños dolores ha despertado tu ingenua carta, no me la habrías escrito, no. Ninguna amiga, y ni siquiera una enemiga, viendo en una mujer un emplasto sobre mil picaduras de mosquitos, se lo arranca para divertirse en contarlas.

»Comienzo por decirte que, para una mujer de veintisiete años, de rostro aún pasable y de un talle un tanto demasiado emperador Nicolás, a pesar del humilde papel que desempeño, soy feliz... He aquí por qué: Adolfo, avergonzado por las decepciones que han caído sobre mí como un granizo, cura las llagas de mi amor propio con tanto cariño, con tantos pequeños cuidados y atenciones y tantas cosas encantadoras, que en verdad las mujeres quisieran, en tanto que mujeres, encontrar en el hombre con quien se casan perjuicios tan beneficiosos; pero no todos los hombres de letras (Adolfo es, ¡ay!, apenas un hombre de letras), que son seres no menos irritables, nerviosos, volubles y excéntricos que las mujeres, poseen cualidades tan sólidas como las de Adolfo, y me parece que no todos han sido tan desgraciados como él.

»Nos queremos nosotras dos lo bastante como para que te diga la verdad sin tapujos. Yo he salvado a mi marido, querida, de una miseria hábilmente ocultada. Lejos de cobrar veinte mil francos por año, no los ha ganado ni siquiera en los quince años que ha pasado en París. Vivimos en un tercer piso de la calle Joubert, que nos cuesta mil doscientos francos, y de nuestros ingresos nos quedan alrededor de ocho mil quinientos francos, con los cuales trato de que vivamos decorosamente.

»Yo le traigo suerte. Adolfo, después de casarse, consiguió la dirección de un folletín, pagándole cuatrocientos francos mensuales, sin que ese cargo se le lleve mucho tiempo. Ese cargo lo debe a una fianza. Consagramos los sesenta mil francos de la herencia de mi tía Carabé a la caución del periódico; nos dan el nueve por ciento, y tenemos, además, acciones. Desde que se llegó a ese acuerdo, hace diez meses, nuestros ingresos han duplicado, lo que ha sido nuestro desahogo. No puedo, pues, quejarme de mi casamiento en el aspecto dinero, sino en el aspecto corazón. Sólo mi amor propio ha sufrido, y mis ambiciones han zozobrado. Vas a comprender en seguida todas las pequeñas miserias que me han asaltado.

»Adolfo nos había parecido que estaba en buenas relaciones con la famosa baronesa Schinner, tan célebre por su ingenio, por su influencia, por su fortuna y por

su trato con los hombres célebres; yo creía que le recibía en su casa en calidad de amigo; al presentarme a ella por mi marido, me recibió con frialdad. Veo sus salones de un lujo tremendo, y, en lugar de que devolviese visita la señora Schinner, recibo una tarjeta a los veinte días y a una hora insolentemente indebida.

»A mi llegada a París, me paseo por los bulevares, orgullosa de mi gran hombre anónimo; él me da con el codo y roe dice, señalando a un hombre gordo, pequeño y bastante mal vestido: «Ese es fulano de tal...». Y me nombra a uno de los siete u ocho ilustres europeos de Francia. Adopto mi gesto admirativo, y veo a Adolfo saludando con cara de dicha al verdadero gran hombre, quien le responde con la breve inclinación que se le otorga a aquél con quien apenas se han cambiado cuatro palabras en diez años. Adolfo había sin duda mendigado una mirada por mí.

»—¿Pero no te conoce? —pregunto a mi marido.

»—Sí, pero me habrá confundido con otro —me responde Adolfo.

»Y así. con poetas, con músicos célebres, con estadistas... Pero, en desquite, hablamos durante diez minutos en algún sitio con los señores Armando de Cantal, Jorge Beaunoir, Félix Verdoret, de los que no has oído hablar nunca. Las señoras Constantina Ramachard, Analisa Crottat y Luciana Vouillon vienen a vernos y me amenazan con su amistad *literaria*. Vienen a cenar a casa directores de periódicos desconocidos en nuestra provincia. En fin, tengo la dolorosa dicha de ver a Adolfo rehusando una invitación a una velada de la cual estaba yo excluida.

»Querida, el talento es siempre la flor rara creciendo espontáneamente, y que ninguna horticultura de invernadero puede obtener. Yo no me forjo ilusión alguna. Adolfo es una mediocridad reconocida, juzgada; no tiene más probabilidad, como él mismo lo dice, que encajarse en las *utilidades* de la literatura. No le faltaba talento en Viviers; pero para ser un hombre de talento en París hay que poseer en dosis desesperantes todos los géneros de talento, ingenio y espíritu.

»Yo le he puesto afecto a Adolfo, pues, luego de algunas pequeñas mentiras, ha acabado por confesarme su posición, y, sin humillarse demasiado, me ha prometido la felicidad. Espera conseguir, como tantas mediocridades, un puesto cualquiera, un empleo de bibliotecario auxiliar, o una gerencia de periódico. ¿Quién sabe si más tarde no le hacemos nombrar diputado por Viviers?

»Vivimos oscuramente; tenemos cinco o seis amigos y amigas que nos convienen... y aquí tienes la brillante existencia que tú dorabas con todos los esplendores sociales.

»De cuando en cuando soporto alguna borrasca, cazo algunas palabritas mordaces. Por ejemplo, ayer, en la Opera, y mientras me paseaba por el vestíbulo, oigo a uno de los más malévolos hombres de ingenio, León de Lora, diciendo a uno de nuestros más célebres críticos:

»—Confesad que es preciso ser en efecto un Chodoreille para ir a descubrir al borde del Ródano el álamo de la Carolina.

»—Bah... —respondió el otro—. Está que babea.

»Habían oído a mi marido llamarme por mi nombre. Y yo, que pasaba por guapa en Viviers, que soy alta, bien formada y todavía bastante rolliza como para hacer la felicidad de Adolfo... He aquí cómo me entero de que en París la belleza de las mujeres es semejante al talento de los provincianos.

»En fin, que si es eso lo que quieres saber, ya ves qué poca cosa soy; pero si deseas comprender hasta dónde va mi filosofía, te diré que soy bastante dichosa por haber encontrado en mi falso gran hombre a un hombre corriente.

»Adiós, querida amiga. De nosotras dos, como lo ves, soy yo aún quien, a pesar de mis decepciones y de las pequeñas miserias de la vida, ha salido con la mejor parte; Adolfo es joven, y es un hombre encantador.

»CAROLINA HEURTAUT».

La respuesta de Clara, entre otras frases, contenía ésta: «Espero que la felicidad anónima de que gozas continuará gracias a tu filosofía». Clara, como todas las mujeres, se vengaba de su presidente sobre el futuro de Adolfo.

## 2. *Un matiz del mismo tema*

*(Carta hallada en un cofrecito, un día que ella me hizo esperar largo rato en su gabinete mientras intentaba despedir a una amiga inoportuna que no comprendía el francés que se sobreentiende a través de la expresión y por el tono de las palabras. Conseguí un buen resfriado, pero también conseguí esta carta).*

Esta nota llena de fatuidad estaba entre los pliegos de un documento que los pasantes de notario juzgaron sin importancia cuando el inventario del finado señor don Fernando de Bourgarel, a quien la política, las artes y los amores han tenido el dolor de llorar recientemente, y en quien ha acabado la gran casa de los Borgarelli, de la Provenza, pues Bourgarel es, como se sabe, una corrupción de Borgarelli, como lo es el Girardin francés del Gherardini de los florentinos.

Un lector inteligente adivinará sin esfuerzo a qué época de la vida de Adolfo y Carolina se refiere esta carta.

«Mi querida amiga:

»Yo creía ser feliz casándome con un artista tan superior por sus talentos como por sus recursos personales, igualmente grande como carácter y como espíritu, con tantos conocimientos, en vías de elevarse siguiendo el camino debido, sin verse obligado a recurrir a las tortuosas sendas de la intriga; en fin, tú conoces a Adolfo, lo has apreciado; soy querida, él es padre e idolatra a nuestros hijos. Adolfo es excelente para mí, y le quiero y le admiro; pero, querida, en medio de mi completa felicidad hay una espina. Las rosas sobre las cuales me he acostado tienen más de un pliegue. Y en el corazón de las mujeres, los pliegues se convierten pronto en heridas. Estas

heridas comienzan también a sangrar sin dilación, el daño aumenta, se sufre; el sufrimiento despierta pensamientos, y los pensamientos se desarrollan y se convierten en sentimiento. Querida, tú ya lo sabrás, y es cruel decírselo a una misma, pero vivimos tanto por la vanidad como por el amor. Para no vivir sino de amor, sería preciso no vivir en París. ¿Qué nos importaría no tener sino un vestido de percal blanco si el hombre a quien queremos no viese a otras mujeres mejor vestidas, más elegantes que nosotras, e inspirando ideas por sus modales, por un conjunto de pequeñas cosas que crean las grandes pasiones? La vanidad, querida, es en nosotras la prima hermana de la envidia, de esa hermosa y noble envidia que consiste en no dejarse invadir su imperio, en ser única en un alma, en pasar nuestra vida felizmente en un corazón. Pues bien, mi vanidad de mujer sufre. Por pequeñas que sean estas miserias, he aprendido desgraciadamente que no existen tales pequeñas miserias en el matrimonio. Sí, todo aumenta en él por el incesante contacto de las sensaciones, de los deseos, de las ideas. He aquí el secreto de esa tristeza en la que me has sorprendido, y que yo no quería explicar. Este punto es uno de esos en que la palabra va demasiado lejos, y donde la escritura retiene el pensamiento y lo fija. ¡Hay efectos de perspectiva moral tan diferente entre lo que se dice y lo que se escribe! ¡Todo es tan solemne y tan grave sobre el papel! No se comete ya ninguna imprudencia. ¿No es eso lo que constituye el tesoro de una carta en la que una se abandona a sus sentimientos? Tú me has encontrado sola, en la esquina de mi chimenea, sin Adolfo. Yo acababa de acostar a mis pequeños, que dormían. Adolfo, por décima vez, estaba invitado en la sociedad a la que yo no concuro, o, si se quiere, Adolfo sin su mujer. Hay salones a los que él va sin mí, como hay una multitud de diversiones a las que se le invita sin mí. Si él fuera el señor de Navarreins y yo fuese una d'Espard, nadie pensaría en separarnos, y se nos querría siempre juntos. Sus costumbres están tan arraigadas que ya ni se da cuenta de lo que se me humilla. Luego, si él sospechase este pequeño sufrimiento que me avergüenza sentir, dejaría plantado el mundo, y aún serían más impertinentes de lo que ya lo son conmigo los o las que me separan de él. Pero entorpecería su camino, se ganaría enemigos, se crearía obstáculos al imponerme en los salones, donde entonces sufriría directamente mil males. Prefiero mis sufrimientos a lo que nos ocurriría en caso contrario. Adolfo llegará, Adolfo logrará el éxito; mi venganza se moldea en su bella cabeza de genio... Un día el mundo me pagará los atrasos de tantas injurias. ¿Pero cuándo? Quizá cuando yo tenga cuarenta y cinco años. Mi bella juventud habrá transcurrido en el rincón de mi chimenea, con este pensamiento: Adolfo ríe, se divierte, ve a mujeres guapas, trata de gustarles, y todos esos goces no provienen de mí.

»¡Y tal vez, metido en ese mundillo, acabe por despegarse de mí!

»Nadie, por otra parte, sufre impunemente el desdén, el desprecio, y yo me siento despreciada, a pesar de ser joven, bella y virtuosa. Además, ¿puedo impedirle que corra al pensamiento? ¿Puedo reprimir mis rabietas sabiendo que Adolfo cena fuera y sin mí? No disfruto de sus triunfos, no escucho sus frases espirituales o profundas,

dichas para otras personas... No podría contentarme con las reuniones burguesas de las que me ha sacado hallándome distinguida, rica, joven, bella y espiritual. Eso es una desgracia, e irreparable.

»En fin, basta que, por una causa cualquiera, no pueda yo concurrir a un salón para que desee ir. Nada es más conforme a las costumbres del corazón humano. Los antiguos tenían mucha razón con sus gineceos. La colisión del amor propio de las mujeres, que se repite en tantas reuniones, la cual no data más que de cuatro siglos, ha causado muchos dolores a nuestro tiempo y también bastantes sangrientos debates y contiendas a las sociedades.

»En fin, querida, Adolfo es bien obsequiado cuando vuelve a casa; pero ninguna naturaleza es lo bastante fuerte como para atender con el mismo ardor a todas las creencias. ¡Qué mañana la que seguirá a la noche en que no será tan bien recibido!

»¿Ves lo que hay en el pliegue de que te hablaba? Un pliegue del corazón es un abismo, como un pliegue de terreno en los Alpes; a distancia, no se figuraría una jamás ni su profundidad ni su extensión. Así sucede entre dos sores, sea cual sea su amistad o su afecto. No se sospecha nunca la gravedad del mal en una amiga. Parece poca cosa, y, sin embargo, está atacada la vida en toda su profundidad y en toda su longitud. Yo he razonado; pero cuantos más razonamientos hacía, más me demostraba a mí misma la extensión de ese pequeño dolor. Me abandono, pues, a la corriente del sufrimiento.

»Dos voces se disputan el terreno, cuando, por una casualidad rara por fortuna, estoy sola en mi sofá, esperando a Adolfo. Una, lo apostaría, sale del *Fausto* de Eugenio Delacroix, que tengo sobre la mesa. Habla Mefistófeles, el terrible servidor que dirige tan bien las espadas; ha abandonado el grabado y se sitúa diabólicamente ante mí, riendo por la hendedura que ese gran pintor le ha puesto bajo la nariz, y mirándome con esos ojos de los que se desprenden rubíes, diamantes, carrozas, metales preciosos, atavíos magníficos, sederías carmesíes y mil delicias que queman.

»—¿No estás hecha para el mundo? Tú vales lo que la más bella de las duquesas; tu voz es la de una sirena y tus manos imponen el respeto y el amor. ¡Oh, qué maravillosamente se extendería tu brazo cargado de brazaletes, bajo el terciopelo de tu vestido! Tus cabellos son cadenas que enlazarían a todos los hombres, y podrías poner todos esos triunfos a los pies de Adolfo, mostrarle la potencia tuya, y nunca valerte de ella. Sentiría temores él, que vive en una insultante seguridad. ¡Ea, ven, absorbe algunas bocanadas de desprecio, y respirarás nubes de incienso! ¡Atrévete a reinar! ¿No te sientes vulgar en el rincón de tu chimenea? Temprano o tarde, la bella esposa, la mujer amada, morirá, si continúas así, en tu bata de casa. Ven, y perpetuarás tu imperio mediante el empleo de tu coquetería. Muéstrate en los salones, y tu lindo pie marchará sobre el amor de tus rivales».

»La otra voz ha salido de la repisa de mármol blanco, que se agita como una vestidura. Creo ver a una virgen divina coronada de rosas blancas, y con una palma verde en la mano. Dos ojos azules me sonrén. Esta virtud tan simple me dice:

“¡Quédate! Sé siempre buena, haz a ese hombre feliz; esa es tu misión. La dulzura de los ángeles triunfa de todo dolor. La fe en sí mismos ha hecho recoger a los mártires miel en los braseros de sus suplicios. Sufre un momento; tú serás dichosa”.

«Algunas veces, Adolfo vuelve en este instante, y soy feliz. Pero, querida, yo no tengo tanta paciencia como amor; me entran deseos de hacer pedazos a las mujeres que pueden ir a todas partes, y cuya presencia es tan deseada por los hombres como por las mujeres. Cuánta profundidad hay en este verso de Molière:

*«¡El mundo, querida Inés, es una cosa singular!*

»Tú no conoces esta pequeña miseria, afortunada Matilde; tú eres una mujer que nació con suerte. Tú puedes hacer mucho por mí. Piénsalo. Yo puedo escribirte lo que no me atrevería a decirte. Tus visitas me hacen mucho bien; ven a menudo a ver a tu pobre

»CAROLINA».

—Bueno —dije al pasante—, ¿sabéis lo que fue esta carta para el difunto Bourgarel?

—No.

—Una letra<sup>[5]</sup> de cambio.

Ni el pasante ni su patrón me han comprendido. ¿Me comprendéis vosotros?



## XXI

### SUFRIMIENTOS INGENUOS

—Sí, querida, en el estado de casada os sucederán cosas de las que sospechabais poco; pero os acontecerán otras de las cuales suponíais todavía menos. Así...

El autor (¿puede decirse ingenioso?) que *castigat ridendo mores*<sup>[6]</sup> y que ha acometido la obra *Pequeñas miserias* de la vida conyugal, no tiene necesidad de observar que aquí, por prudencia, ha dejado hablar a *una mujer como es debido*, y que no acepta la responsabilidad de la redacción, con todo y profesar la más sincera admiración por la encantadora persona a la cual le debe el conocimiento de esta pequeña miseria.

—Así... —dice ella.

Sin embargo, el autor experimenta la necesidad de declarar que la tal persona no es ni la señora Foullepointe, ni la señora de Fischtaminel, ni la señora Deschars.

La señora Deschars es demasiado pedante, y la señora Foullepointe demasiado absoluta en su hogar, ella lo sabe, ¿y qué es lo que no sabe?; ella es amable, frecuenta la gente de buen tono, tiene siempre lo mejor; se le pasa por alto la vivacidad de sus rasgos de ingenio, como cuando bajo Luis XIV se toleraban a la señora Comuel sus frases. Se le perdonan muchas cosas, pues hay mujeres que son los niños mimados de la opinión.

En cuanto a la señora de Fischtaminel, quien por lo demás está en causa, como vais a verlo, incapaz de librarse a la menor recriminación, ella recrimina de hecho, se abstiene de palabras.

Dejamos a cada cual la libertad de pensar que esta interlocutora es Carolina, no la bobalicona Carolina de los primeros años, sino la Carolina convertida en mujer de treinta.

—Así tendréis, si Dios quiere, hijos...

—Señora —le respondo—, no mezclemos a Dios en esto, a menos que no sea una alusión...

—Sois un impertinente —me suelta—. No se interrumpe nunca a una mujer...

—Cuando ella se ocupa de los hijos, ya lo sé; pero, señora, no hay que abusar de la inocencia de las personas jóvenes. La señorita se va a casar, y si contara con esa intervención del Ser Supremo, sería inducida a un profundo error. No debemos engañar a la juventud. La señorita ha pasado ya la edad en que se les dice a los pequeños que al hermanito lo han encontrado debajo de una col, o lo ha traído una cigüeña.

—Queréis hacerme decir tonterías —replica ella, sonriendo y mostrando los más bellos dientes del mundo—. No soy lo bastante fuerte para luchar con vos; os ruego

que me dejéis continuar con Josefina... ¿Qué te decía?

—Que si me caso, tendré hijos —responde la joven,

—Eso es; yo no quiero pintarte las cosas de negro, pero lo más probable es que cada hijo te costará un diente. Yo he perdido un diente por hijo.

—Por fortuna —intervengo yo—, en vos esa miseria ha sido más que pequeña, ha sido mínima (los dientes perdidos eran muelas del juicio). Mas observad, señorita, que esa pequeña miseria no tiene un carácter normal. La miseria depende del estado, de la situación de un diente o de una muela. Si vuestro hijo determina la caída de un diente, de una muela cariada, lográis la dicha de tener un hijo de más y un podrido diente de menos. No confundamos las dichas con las miserias. Ah, si perdiéseis una de vuestras bellas *paletas*..., aunque ha de decirse que más de una mujer cambiaría el más magnífico incisivo por un regordete rorro.

—Pues bien —prosigue ella animándose—, a riesgo de hacerte perder tus ilusiones, pobre muchacha, voy a explicarte una pequeña miseria, ¡cómo!, una grande. ¡Oh, es atroz! Seguiré revolviendo los trapos que nos envía el señor...

Yo protesto con un gesto.

—Yo me había casado hacía unos dos años —prosigue ella—, y quería a mi marido; pero tuve que corregirme y conducirme distinto de como hacía, por su felicidad y por la mía; puedo presumir de tener uno de los más dichosos hogares de París. En fin, querida, yo amaba al monstruo, no veía a nadie más que a él. Ya varias veces mi marido me había dicho: «Pequeña, las jóvenes no saben vestirse muy bien; a tu madre le gustaba emperifollarte, y tenía sus razones. Pero, si quieres hacerme caso, toma por modelo a la señora de Fischtaminel; tiene muy buen gusto».

»Y yo, tonta que soy, no veía malicia alguna en sus palabras. Una noche, al volver de una velada, me dijo: “¿Has visto cómo iba vestida la señora de Fischtaminel?” “Sí, no estaba mal”.

»Y para mis adentros me dije: “Siempre me está hablando de la señora de Fischtaminel; tendré que vestirme como ella”.

»Yo había observado bien el tejido, el corte del vestido y el ajuste de los menores accesorios. Y héme aquí feliz, yendo y viniendo, poniéndolo todo en movimiento para procurarme las mismas telas. Y llamo también a la misma modista.

»—¿Vos vestís a la señora de Fischtaminel? —le pregunto.

»—Sí, señora.

»—Pues bien, os tomo como modista mía, pero con una condición: ya veis que he encontrado la tela de su vestido; quiero que me hagáis el mío absolutamente parecido al suyo.

»Confieso que de buenas a primeras no paré mientes en la sonrisa muy intencionada de la costurera; sin embargo, la vi, y me la expliqué más tarde.

»—Tan parecido —añadí—, que casi se confunda.

»—¡Oh! —dijo la interlocutora, interrumpiéndose y mirándome—. Vosotros nos enseñáis a ser como arañas en el centro de su tela, a verlo todo haciendo como si no

se viese, a buscar el meollo de todo, a estudiar las palabras, los gestos, las miradas... Decís: “¡Qué perspicaces son las mujeres...!” Decid más bien: “¡Qué falsos son los hombres!”

»¡Lo que me ha costado de atención, de pasos y de gestiones para llegar a ser la gemela de la señora de Fischtaminel...! En fin, esas son nuestras batallas, pequeña — dice prosiguiendo y volviéndose a la señorita Josefina—. Yo no encontraba un cierto pequeño chal para el cuello, bordado, ¡una maravilla!, pero por fin descubrí que había sido hecho de encargo. Doy con la operaría, y le pido un chal igual al de la señora de Fischtaminel. Una bagatela...; ¡ciento cincuenta francos! Lo había encargado un señor que se lo ofreció a la señora de Fischtaminel. Destino al chal mis economías. Nosotras, todas las parisienses, estamos demasiado frenadas en cuestiones de vestir. No hay un hombre con cien mil libras de renta a quien el whist no cueste diez mil francos cada invierno y que no encuentre a su mujer derrochadora y que no tema sus trapos...

«¡Adelante con mis economías! —me dije—. Pues yo tenía un pequeño orgullo de mujer; no quería hablar a mi marido de aquel atavío, sino darle una sorpresa...; ¡qué boba era! ¡Oh, cómo nos quitáis vosotros mismos nuestra santa simpleza...!»

Eso fue dicho aún para mí, que no le había quitado nada a la dama, ni un diente, ni ninguna de las cosas nombradas e innominadas que se le pueden arrebatar a una mujer.

»—Ah, es preciso decirte, querida, que él me solía llevar a casa de la señora de Fischtaminel, donde cenaba con alguna frecuencia. La oía diciendo: “Está muy bien vuestra mujer”. Empleaba conmigo un tonillo de protección que yo soportaba; mi marido deseaba que yo tuviera el ingenio de ella y su preponderancia en sociedad. En fin, aquel fénix de las féminas era mi modelo, yo lo estudiaba, y me desvivía por no ser yo misma... ¡Oh, es todo un poema que no puede ser comprendido sino por nosotras las mujeres! finalmente, llega el día de mi triunfo. Es verdad que el corazón me latía desacompañadamente de alegría; estaba como una criatura..., como una criatura de veintidós años. Mi marido tenía que recogerme para ir a dar un paseo por las Tullerías; entra, le miro jubilosa, y él no se da cuenta de nada... Pues bien, hoy puedo confesarlo, fue uno de esos espantosos desastres... No, no diré nada más, pues este señor aquí presente se burlaría».

Yo protesté con otro gesto.

—Fue —dijo ella prosiguiendo (una mujer no renuncia nunca a decirlo todo)— como ver derrumbarse un edificio levantado por una hada. Ni la menor sorpresa... Subimos al coche. Adolfo me ve triste y me pregunta qué tengo; yo respondo como lo hacemos cuando tenemos el corazón estrujado por esas pequeñas miserias: «Nada». Y él coge los anteojos y mira a los paseantes a lo largo de los Campos Elíseos, antes de irnos a las Tullerías. En fin, me ataca la impaciencia, siento un poco de fiebre, y al regreso me las compongo para sonreír.

»—No me has dicho nada de mi vestido.

»—Anda, pues es verdad...; más o menos se parece al de la señora de Fischtaminel...

»Y, como si nada, me vuelve la espalda y se va. Al día siguiente yo aún echaba chispas, cómo puede suponerse. En el momento en que acabábamos de desayunar en mi habitación, junto a la chimenea, siempre me acordaré, llega la operaría que venía a cobrar la factura del chal para el cuello, y la pago..., y ella saluda a mi marido como si le conociera. Corro tras ella, con pretexto de que me firme el recibo, y le digo:

»—Cobrasteis menos caro el chal de la señora de Fischtaminel.

»—Os juro, señora, que fue el mismo precio...; el señor no regateó.

«Vuelvo a mi habitación, y encuentro a mi marido tan necio como...

Se detuvo y añadió luego:

»Como un molinero al que acaban de nombrar obispo.

»—Yo comprendo, querido, que nunca seré poco ni mucho parecida a la señora de Fischtaminel.

»—Veo lo que quieres decirme a propósito de ese chal... Pues bien, sí, yo se lo ofrecí el día de su santo. ¿Qué quieres?, esto no debiera sorprenderte, puesto que fuimos muy amigos en otro tiempo...

»—¡Ah...! ¿Entonces, estuvisteis más unidos que ahora?

»Sin responder a eso, él me dice:

»—*Pero es puramente moral.*

»Y cogiendo su sombrero, se marchó, dejándome sola, después de esa bella declaración de los derechos del hombre. No vino a cenar, y volvió muy tarde. Os lo juro, me quedé en la habitación llorando como una Magdalena, cerca de la lumbre. Os permito que os burléis de mí, señor —dijo mirándome—, pero yo lloraba mis ilusiones de joven casada, lloraba de despecho por haberseme tomado por una imbécil. ¡Cómo me acordaba de la sonrisa de la modista! Aquella sonrisa me trajo a la memoria las de muchas mujeres que reían al verme tan cándida en casa de la señora de Fischtaminel; lloré sinceramente. Hasta entonces pude creer en cosas que no existían ya en mi marido, pero que las mujeres jóvenes se obstinan en suponer. ¡Cuántas grandes miserias en esta pequeña miseria! ¡Qué groseros personajes sois! No hay una mujer que no lleve la delicadeza al extremo de engarzar y bordar los más lindos embustes en el velo con que os cubre su pasado, mientras que vosotros...

¡Pero me he vengado!

—Señora —le dije—, vais a instruir demasiado a la señorita.

—Es verdad —convino—; en otro momento os contaré el final.

—Así, pues, señorita, ya lo estáis viendo —dije—: creéis compraros un chal y os encontráis con una pequeña miseria al cuello; si hacéis que os lo regalen...

—Es una gran miseria —remató ella—. Es mejor no seguir.

La moraleja de esta fábula es que hay que llevar su chal sin reflexionar demasiado en ello. Los antiguos profetas llamaban ya a este mundo un valle de miseria. Ahora

bien, en esos tiempos los orientales tenían, con el permiso de las autoridades constituidas, lindas esclavas además de sus mujeres. ¿Cómo denominaremos al valle del Sena, entre el llamado Calvario y Charenton, donde la ley no permite más que una mujer legítima?

## XXII

### EL AMADIS-OMNIBUS

Ya comprenderéis que me puse a roer el puño de mi bastón, a consultar la cornisa, a mirar el fuego, a examinar el pie de Carolina, y así me estuve hasta que se fue la señorita que iba a casarse.

—Ya me dispensaréis —dije entonces— por haberme quedado, quizá a pesar vuestro, pero vuestra venganza perdería, si tardaseis en decirla, y si para vuestro marido ha constituido alguna pequeña miseria, su conocimiento es para mí del mayor interés, y vos sabréis por qué.

—¡Ah! —exclamó ella—. Aquella frase *Es puramente moral*, que dio como excusa, me chocó mucho. Buen consuelo saber que yo era en su hogar un mueble, una cosa; que yo estaba entronizada entre los utensilios de cocina, de vestuario y las recetas del médico; que el amor conyugal estaba asimilado a las píldoras digestivas, al jarabe de pulmón de buey y a la mostaza blanca; que la señora de Fischtaminel era la dueña del alma de mi marido, de sus admiraciones, que a él le encantaba su espíritu, mientras que yo era una especie de necesidad puramente física... ¿Qué pensáis de una mujer rebajada hasta convertirse en algo así como un sopicaldo, sin perejil, desde luego? ¡Ah...!, aquella noche solté una catilinaria...

—Decid una filípica.

—Diré lo que queráis, pues aún estoy furiosa, y no sé ya todo lo que habré gritado en el desierto de mi dormitorio. ¿Creéis que esa opinión que los maridos tienen de su mujer, que el papel que nos asignan, no es para nosotras una extraña miseria? Nuestras pequeñas miserias propias están siempre preñadas de una gran miseria. Nada, que Adolfo necesitaba una lección. ¿Conocéis al barón de Lustrac, un desenfrenado aficionado a las mujeres, a la música, gastrónomo delicado, uno de esos ex apuestos del Imperio que viven de sus éxitos primaverales, y que se cultivan con minuciosos cuidados para obtener el remozamiento?

—Sí —le dije—, una de esas personas acicaladas, encorsetadas, tiasas a los sesenta años, que aún se forjan ilusiones sobre la esbeltez de su talle, e incluso son muy capaces de hacer reproches a los jóvenes dandis.

—El barón de Lustrac —prosiguió ella— es egoísta como un rey, pero galante; presumido, a pesar de su peluca negra como el azabache.

—También se tiñe las patillas.

—Cada noche recorre diez salones; mariposea.

—Da espléndidas cenas, conciertos, y protege a cantantes todavía nuevas...

—Confunde el movimiento con la alegría.

—Sí, pero emprende el vuelo en cuanto asoma alguna pena. Si estáis de luto, os huye. Una da a luz, y espera a la misa de parida para ir a verla; es de una franqueza

mundana y de una intrepidez social que merecen la admiración.

—¿Pero no hay mérito en ser lo que se es? —le pregunté.

—Pues bien —prosiguió ella tras haber intercambiado nuestras observaciones—, ese viejo verde, ese Amadis-Omnibus, que entre nosotras hemos apodado el caballero *Hombrecito-Vitalicio*, se convirtió en el objeto de mis admiraciones.

—Y había motivo. Un hombre capaz de construirse por sí solo su figura y sus éxitos...

—Yo le hice algunas de esas insinuaciones que no comprometen nunca a una mujer; le hablé del buen gusto de sus últimos chalecos, de sus bastones, y me encontró de la máxima amabilidad. Yo hallé por mi parte al caballero de la máxima juventud; vino a verme, hice mis melindres, Ungí ser desgraciada en el matrimonio, soportar muchos pesares... Ya sabéis lo que quiere decir una mujer hablando de sus penas y haciéndose la poco comprendida. El viejo mono me respondió mucho mejor que un hombre joven, y tuve que hacer los mayores esfuerzos para no soltar la carcajada al oírle. «Ah, así son los maridos, emplean la peor política, respetan a su mujer, y, tarde o temprano, a toda mujer la enfurece verse respetada, y echan de menos la secreta educación a que ella tiene derecho. No debe vivir, una vez casada, como una colegiala, etc.». Él se retorció, se inclinaba, estaba horrible; tenía el aire de una figura de madera de Nuremberg; avanzaba el mentón, avanzaba la silla, avanzaba la mano... Finalmente, después de muchas marchas, de contramarchas, de declaraciones angélicas...

—¡Bah...!

—Sí, el *Hombrecito-Vitalicio* había abandonado lo clásico de la juventud por el romanticismo a la moda: hablaba de alma, de ángel, de adoración, de sumisión; se tornaba de un etéreo azul oscuro. Me conducía a la Opera llevándome en coche. Aquel viejo verde iba donde yo iba, cada día un chaleco distinto, se fajaba el vientre, y ponía su caballo al galope para divertirse y seguir mi coche en el Bosque de Bolonia; me comprometía con una gracia de estudiante, pasaba por estar loco por mí; yo me ponía en mujer cruel, pero aceptaba su brazo y sus ramos de flores. Se hablaba de nosotros. ¡Yo estaba encantada! Llegué pronto a hacerme sorprender por mi marido, en una escena en que el vizconde, en el sofá de mi gabinete, me tenía cogidas las manos, y yo le escuchaba con una especie de arrobamiento exterior. ¡Es inaudito lo que el deseo de vengarnos nos hace tragar! Parecí contrariada al ver entrar a mi marido, quien, una vez salió el vizconde, me hizo una escena auténtica: «Os seguro, señor —le respondí después de haber escuchado sus reproches—, que lo que hay entre ese caballero y yo es *puramente moral*». Mi marido comprendió, y no volvió más a casa de la señora de Fischtaminel. Y yo no recibí al señor de Lustrac.

—Pero —le dije yo— el señor de Lustrac, a quien tomáis, como muchas personas, por un solterón, es viudo y sin hijos.

—Bah...

—Ningún hombre ha enterrado más profundamente a su mujer; Dios no la

volverá a encontrar cuando el Juicio Final. Él se casó antes de la Revolución, y vuestro *puramente moral* me recuerda una frase suya que no puedo evitar repetiros. Napoleón nombró a Lustrac para importantes funciones en un país conquistado; la señora de Lustrac, abandonada por la administración, tomó, aun cuando fuese puramente moral, un secretario particular, pero cayó en el error de escogerlo sin prevenir a su marido. Lustrac tropezó con ese secretario a una hora excesivamente matinal, y muy azorado, pues se trataba de una discusión bastante viva en la alcoba de su mujer. La ciudad no pedía sino reír de su gobernador, y la aventura armó tanto ruido, que Lustrac pidió él mismo su licencia al emperador. Napoleón se atenía a la moralidad de sus representantes, y la estulticia, según él, debía desprestigiar a un hombre. Ya sabéis que el emperador, entre todas sus desdichadas pasiones, tuvo la de querer moralizar a su corte y a su gobierno. La solicitud de Lustrac fue, pues, admitida, pero sin compensación. Cuando volvió a París, reapareció en su mansión con su mujer; la llevó a frecuentar la sociedad, lo cual, desde luego, es conforme a las más elevadas costumbres aristocráticas; pero siempre hay curiosos. Se preguntaba la causa de tan caballerosa protección. «¿Habéis hecho, entonces, las paces vos y la señora de Lustrac?», le preguntaron en el salón de descanso del teatro de la Emperatriz. «¿Se lo habéis perdonado todo? Habéis hecho bien». «¡Oh...! respondió él con aire satisfecho—. Tuve la certidumbre...» «Ah, ¿de su inocencia? Claro que...» «No —replicó él—. Estoy seguro de que todo fue puramente físico».

Carolina sonrió.

—La opinión de vuestro adorador reduce esa gran miseria a no ser, en este caso, como en el vuestro, más que una miseria muy pequeña.

—«¡Una pequeña miseria! —exclamó ella—. ¿Y para qué tomarse las molestias de coquetear con un señor de Lustrac, de quien he hecho mi enemigo? Ya veis, las mujeres pagan a menudo bien caro los ramos de flores que les regalan y las atenciones que les prodigan. El señor de Lustrac ha dicho de mí al señor de Bourgarel<sup>[7]</sup>: «No te aconsejo que cortejes a esa mujer; es demasiado cara...»



## XXIII

### SIN PROFESIÓN

«París, 183...

»Me preguntáis, mi querida mamá, si soy feliz con mi marido. Veo bien que el señor de Fischtaminel no era el ser de mis sueños. Me sometí a vuestra voluntad, ya lo sabéis. La fortuna, esa razón suprema, hablaba por lo demás muy alto. No derogar, desposarse con el conde de Fischtaminel, dotado de treinta mil francos de renta, y vivir en París, eran muchas las fuerzas que teníais contra vuestra pobre hija. El señor de Fischtaminel es un hombre guapo para sus treinta y seis años; ha sido condecorado por Napoleón en el campo de batalla, es antiguo coronel, y sin la Restauración, que le ha puesto a media paga, sería general. Estas son las circunstancias atenuantes.

»Muchas mujeres opinan que he hecho una buena boda, y debo convenir que hay en mi hogar todas las apariencias de felicidad... para la sociedad. Mas confesad que, de haber sabido vos la vuelta de mi tío Ciro, y sus intenciones de dejarme su fortuna, me habríais concedido el derecho de elegir.

»Yo no tengo nada que decir contra el señor de Fischtaminel; no es jugador, las mujeres le son indiferentes, no le gusta el vino, ni tiene fantasías ruinosas; posee, como vos lo decíais, todas las cualidades negativas que hacen pasables a los maridos; ¿pero qué tiene? Pues bien, querida mamá, ¡no hace nada! Estamos juntos todo el santo día... ¿Creéis que es durante la noche cuando más reunidos estamos, que puedo estar lo menos con él? No tengo más que su sueño por refugio; mi libertad empieza cuando él duerme. No, esta obsesión me causará alguna enfermedad. No estoy nunca sola. Si el señor de Fischtaminel fuese celoso, él tendría un recurso. Sería entonces una lucha, una pequeña comedia; ¿pero cómo podría haber brotado en su alma el veneno de los celos? Desde nuestra boda no me ha abandonado un minuto. No siente vergüenza alguna en repantigarse en un diván y seguir ahí horas y más horas.

»Dos forzados remachados a la misma cadena no se aburren; piensan en la evasión; pero nosotros no tenemos ningún tema de que hablar, nos lo hemos dicho todo. Hace algún tiempo él tenía el recurso de hablarme de política. Pero la política se ha agotado al morir, para mi desgracia, Napoleón en Santa Helena.

»El señor de Fischtaminel siente horror por la lectura. Si me ve leyendo, viene y me pregunta diez veces en media hora:

»—Niña querida, ¿has terminado?

»Yo he querido persuadir a este inocente perseguidor que monte a caballo todos los días, y he hecho intervenir la suprema consideración para los hombres de cuarenta años: la salud... Y me ha dicho que después de haber estado doce años a caballo, sentía la necesidad de reposo.

»Mi marido, querida madre, es un hombre que absorbe, consume el fluido vital de

su prójimo, tiene el aburrimiento goloso; le gusta que le entretengan los que vienen a vernos, y, después de cinco años de matrimonio, ya no hay quien asome; aquí sólo vienen gentes cuyas intenciones son evidentemente contrarias a su honor, y que intentan, sin éxito, divertirlo, a fin de conquistar el derecho de aburrir a su mujer.

»El señor de Fischtaminel, mi querida mamá, abre cinco o seis veces por hora la puerta de mi alcoba, o de la habitación en que me he refugiado, y viene a mí con ademán memo, preguntándome: “Bien, ¿qué haces, bella mía?” (la expresión del Imperio), sin darse cuenta de la repetición de esa pregunta, que, para mí, es como la pinta que vertía en otros tiempos el verdugo en la tortura del agua.

«¡Otro suplicio! No podemos pasearnos. El paseo sin conversación, sin interés, es imposible. Mi marido se pasea conmigo por pasearse, como si estuviese solo. Se consigue la fatiga sin conseguir el placer.

«Desde que nos levantamos hasta la hora de comer, el intervalo lo lleno con mi arreglo y mi aseo, con las atenciones y los cuidados de la casa, con lo que aún puedo soportar esta parte de la jornada; pero de la comida a la cena, es como un yermo que hay que arar, como un desierto que hay que vencer. La desocupación de mi marido no me deja un instante de reposo, me abruma con su inutilidad, su desocupación me aplasta, me destroza. Sus dos ojos abiertos en todo momento y posados en los míos, me obligan a mantener los míos bajos. Y, en fin, estas monótonas interrogaciones: “¿Qué hora es, bella mía? ¿Qué estás haciendo? ¿En qué piensas? ¿Qué quieres hacer? ¿Dónde iremos esta noche? ¿Qué hay de nuevo? ¡Oh, qué tiempo! No ando bien...”, etc., etc.; todas estas variaciones de la misma cosa (el signo de interrogación), que componen el repertorio de Fischtaminel, me volverán loca.

»Añadid a estas flechas de plomo incesantemente disparadas, un último dardo que os describirá mi felicidad, y comprenderéis mi vida.

»El señor de Fischtaminel, que se fue como subteniente en el año 1809, a los dieciocho años, no tiene más educación que la que debe a la disciplina, al honor del noble y del militar; si tiene tacto, el sentimiento de la probidad y de la subordinación, es de una crasa ignorancia, no sabe absolutamente nada, y le horroriza aprender cualquier cosa que sea. ¡Oh, mi querida mamá, qué consumado conserje habría hecho este coronel de haber estado en la indigencia! No le alabo en absoluto su bravura; él no se batía contra los rusos, ni contra los austríacos, ni contra los prusianos...; él se batía únicamente contra el aburrimiento. Al lanzarse contra el enemigo, el capitán Fischtaminel experimentaba el deseo de huir de sí mismo. Se casó por cesantía.

»Otro pequeño inconveniente: El señor importuna de tal modo a los criados, que los cambiamos cada seis meses.

»Tengo tantos deseos, querida mamá, de ser una mujer honesta, que voy a intentar viajar seis meses por año. En invierno, iré todas las noches a los Italianos, a la Opera, frecuentaré la sociedad; ¿pero alcanza nuestra fortuna para proveer a tales gastos? Mi tío Ciro debería venir a París; lo cuidaría como a una herencia.

«Si por vuestra parte halláis un remedio a mis males, indicadlo a vuestra hija, que

os quiere tanto como desgraciada es, y que hubiese deseado llamarse de otra manera que

»NINA FISCHTAMINEL».

Además de la necesidad de describir esta pequeña miseria, que no podía ser descrita sino por la mano de una mujer, ¡y qué mujer!, era necesario haceros conocer a la que aún no habéis visto sino de perfil en la primera parte de esta obra, a la reina de la sociedad particular en cuyo seno vive Carolina, la mujer envidiada, la mujer hábil, la cual ha sabido muy temprano conciliar lo que debe al mundo con lo que el corazón le exigía. Esta carta es su absolución.

## XXIV

### LAS INDISCRECIONES

Las mujeres son, o castas, o vanidosas, o simplemente orgullosas. Todas pueden, pues, se atacadas por la pequeña miseria siguiente:

Ciertos maridos están tan encantados de tener una mujer propia, suerte debida únicamente a la legalidad, que temen un error en el público, y se apresuran a marcar a su esposa, como los madereros con sus leños de transporte en balsas, o los propietarios de Berri sus corderos. Ante todo el mundo, prodigan a sus mujeres, a la manera romana (*columbella*), sobrenombres tomados del reino animal, y así las llaman «mi gallinita, mi ratita, mi gata, mi conejito»; o, pasando al reino vegetal, «mi col, mi higa (en Provenza solamente), mi ciruela (en Alsacia solamente)», y nunca «mi flor», observad esta discreción.

O, lo que es más grave, «buenaza, mi madre, mi hija, la burguesa, o la ciudadana, o mi vieja (cuando la mujer es muy joven)».

Algunos aventuran sobrenombres de una decencia bastante dudosa, tales como «mi perrito faldero, mi juguete, Tronquito».

Hemos oído a uno de nuestros hombres políticos, el más notable por su fealdad, llamando a su mujer con la indescifrable onomatopeya de *¡moumoutte...!*

—Preferiría —decía a su vecina esa desgraciada— que me diera un tortazo.

—Pobre mujercita; es muy desgraciada —me dijo la vecina, mirándome cuando Moumoutte se hubo marchado—. Cuando está en sociedad con su marido, ella está como sobre ascuas; le huye. Una noche la cogió por el cuello, diciéndole: «¡Vámonos ya, gorda!»

Se pretende que la causa de un muy célebre envenenamiento de un marido con arsénico provenía de las constantes indiscreciones que la mujer sufría en sociedad. El tal marido daba ligeras palmadas en las espaldas de la esposa conquistada a punta de lanza del Código, la sorprendía con un ruidoso beso, la deshonraba con un cariño público aliñado con esas fatuidades groseras cuyo secreto pertenece a esos salvajes de Francia que viven en el riñón del agro y cuyas costumbres son aún poco conocidas, a pesar de los esfuerzos de los naturalistas de la novela.

Fue, según se dice, esa chocante y ofensiva situación la que, bien apreciada por jurados muy inteligentes, valió a la acusada un veredicto suavizado por las circunstancias atenuantes.

Los jurados se dijeron:

«Aplicar la pena de muerte a esos delitos conyugales, es ir un poco lejos; pues una mujer es bien excusable cuando es tan molestada...»

Lamentamos infinitamente, en interés de las costumbres elegantes, que no sean generalmente conocidas esas razones. Quiera Dios que nuestro libro tenga un

inmenso éxito. Las mujeres saldrán ganando al ser tratadas en él como deben serlo, como reinas.

Aquí el amor es muy superior al matrimonio; está orgulloso de las indiscreciones, las cuales algunas mujeres las solicitan, las preparan, ¡y desgraciado del hombre que no se permita algunas!

¡Cuánta pasión hay en un *tú* extraviado!

Yo le oí —fue en provincias— a un marido que llamaba a su mujer «mi berlina...» Y ella tan contenta, sin ver en ello nada ridículo; además, ella le llamaba a su marido «m'hijito»... Así, esa deliciosa pareja ignoraba que existieran pequeñas miserias.

Fue observando a ese feliz matrimonio que el autor encontró este axioma:

### *Axioma*

Para ser dichoso en el matrimonio, hay que ser hombre de genio casado con una mujer cariñosa y espiritual, o, por efecto de una casualidad que no es tan corriente como pudiera pensarse, uno, el que sea, ser aún más estúpido que el otro.

La historia un poco demasiado célebre de la cura de un amor propio herido mediante el arsénico, demuestra que, hablando con propiedad, no existen pequeñas miserias para la mujer en la vida conyugal.

### *Axioma*

La mujer vive por el sentimiento, allí donde el hombre vive por la acción.

Ahora bien, el sentimiento puede en todo momento hacer de una pequeña miseria una gran desgracia, destrozar una vida o un infortunio eterno.

Que Carolina comience, en la ignorancia de la vida y del mundo, por causar a su marido las pequeñas miserias de su memez. (Reléase el capítulo LOS DESCUBRIMIENTOS). Adolfo tiene, como todos los hombres, compensaciones en el movimiento social; va, viene, sale, trata asuntos, hace negocios. Mas, para Carolina, no se trata en todas las cosas sino de amar o no amar, de ser o no ser amada.

Las indiscreciones están en armonía con los caracteres, los tiempos y los lugares. Dos ejemplos bastarán.

He aquí el primero: Un hombre es por naturaleza propia sucio y feo; está mal formado, es repelente. Hay hombres, y a menudo personas ricas, que, por una especie de constitución inobservada, ensucian la ropa nueva en veinticuatro horas. Han nacido ya repugnantes. Y resulta tan deshonesto no ser únicamente la esposa de esas especies de Adolfo, que una Carolina había exigido desde hacía tiempo la supresión

de los tuteos modernos y todas las insignias de la dignidad de las esposas. La sociedad estaba acostumbrada desde hace cinco o seis años a esta manera, o modos, y creía a la señora y al señor tanto más separados por cuanto él había notado el advenimiento de un Fernando II, cuando una noche, ante diez personas, el señor le dice a su mujer:

—Carolina, dame las tenacillas.

Eso no es nada y lo es todo. Fue una revolución doméstica.

El señor de Lustrac, el Amadis-Omnibus, corrió a casa de la señora de Fischtaminel, relató la escena lo más espiritualmente que pudo, y la señora de Fischtaminel adoptó una inocencia de Celimena para decir:

—¡Pobre mujer, hasta qué extremo ha llegado!

—Bah, tendremos la solución del enigma dentro de ocho meses —dice una solterona que no tiene otro placer que el de soltar mordacidades.

No se os habla de la confusión de Carolina; ya la habréis adivinado.

He aquí el segundo: Juzgad la terrible situación en que se encontró una delicada mujer que chachareaba agradablemente en su casa de campo, cerca de París, entre un grupo de doce o quince personas, cuando el ayuda de cámara de su marido vino a decirle al oído:

—El señor acaba de llegar, señora.

—Está bien, Benito.

Todo el mundo había oído el rodar del coche. Se sabía que el señor estaba en París desde el lunes, y esto acontecía el sábado a las cuatro.

El señor tiene algo urgente que comunicar a la señora —dice Benito.

Aun cuando este diálogo fuese en voz baja, se comprendió muy bien, porque el ama de casa pasó del color de las rosas de Bengala al carmesí de las amapolas. Hizo una señal con la cabeza y continuó la conversación, y hasta encontró la manera de salir, con el pretexto de saber si su marido había tenido éxito en un asunto importante; sin embargo, se la veía evidentemente contrariada por la falta de consideración de su Adolfo para con las personas que estaban con ella.

Durante su juventud, las mujeres quieren ser tratadas como divinidades, y adoran el ideal; no soportan la idea de ser lo que la naturaleza quiere que sean.

Algunos mandos, de vuelta a la campiña, hacen peor: saludan a todo el mundo, cogen a su mujer por la cintura y se van a pasear con ella, le hablan como confidencialmente, desaparecen en los boscajes, se extravían..., y reaparecen media hora después.

Esto, señoras mías, son verdaderas pequeñas miserias para las mujeres jóvenes; mas para aquellas de vosotras que habéis pasado los cuarenta años, esas indiscreciones son tan agradables, que hasta las más mojigatas se sienten halagadas.

Pues en su última juventud, las mujeres quieren ser tratadas como seres mortales; aman lo positivo. No soportan ya la idea de no ser lo que la naturaleza ha querido que fuesen.

## *Axiomas*

El pudor es una cosa relativa; hay el de los veinte años, el de los treinta, el de los cuarenta y cinco...

Así, el autor le dijo a una mujer que le preguntaba qué edad le parecía que ella tenía:

—Vos, señora, tenéis la edad de las indiscreciones.

Esta encantadora joven de treinta y nueve años alardeaba demasiado de un Fernando, mientras que su hija trataba de ocultar a su Fernando I.

## LAS REVELACIONES BRUTALES

*Primer género.* — Carolina adora a Adolfo; ella lo encuentra bien; ella lo encuentra soberbio, sobre todo con uniforme de guardia nacional; ella se estremece cuando un asistente le lleva las armas; ella lo encuentra modelado como un modelo; ella lo encuentra espíritu; todo lo que él hace está bien hecho; nadie tiene más gusto que Adolfo; en fin, ella está loca por Adolfo.

Es el viejo mito de la venda del amor, que se blanquea cada diez años y que las costumbres vuelven a bordar, pero que desde Grecia es siempre la misma.

Carolina está en el baile y habla con una amiga. Un hombre conocido por su rotundidad y franqueza, y que ella ha de conocer más tarde, pero que ve ahora por primera vez, el señor Foullepointe, ha venido a hablar a la amiga de Carolina. Según es uso en sociedad, Carolina escucha la conversación sin tomar parte en ella.

—Decidme, señora —pregunta el señor Foullepointe—, ¿quién es ese caballero tan chusco que acaba de hablar con el señor fulano de tal de un juicio en la audiencia criminal, cuyo veredicto de absolución ha metido tanto ruido; que chapotea como un buey en una charca, a través de las situaciones críticas de todos? La señora mengana de cual se ha echado a llorar, porque el tal ha contado la muerte de una criatura ante ella, que acaba de perder la suya hace dos meses.

—¿Quién es?

—Aquel señor gordo, vestido como un camarero de café, peinado como un aprendiz de peluquero...; ved, aquel que intenta hacer el amable con la señora de Fischtaminel...

—¡Callaos, por Dios! —dice asustada y en voz baja la dama—. Es el marido de la damita que está a mi lado.

—¿Ese caballero es vuestro marido? —pregunta el señor Foullepointe a Carolina—. Estoy encantado, señora; es encantador, tiene vivacidad, alegría, ingenio...; corro a trabar conocimiento con él.

Y Foullepointe ejecuta su retirada dejando en el alma de Carolina una envenenada sospecha sobre la cuestión de saber *si su marido está tan bien como ella cree*.

*Segundo género.* — Carolina, aburrída de la reputación de la baronesa Schinner, a quien se le conceden talentos epistolares; calificándosela como la *Seigné del billete*; de la señora de Fischtaminel, quien se ha permitido escribir un librito sobre la educación de los jóvenes, en el cual ha reimpreso valientemente a Fenelon, menos el estilo..., Carolina trabaja durante seis meses en una novela a diez codos por debajo de Berquin, de una moralidad nauseabunda y de un estilo prendido con alfileres.

Tras unas intrigas como las mujeres saben urdir las, de un interés en el que juega su amor propio, y cuya tenacidad y perfección haría creer que poseen un tercer sexo



en la cabeza, esta novela, titulada *El meloloto*, aparece en tres folletines en un gran periódico cotidiano. La firma con el seudónimo *Samuel Crux*.

Cuando Adolfo coge el periódico mientras espera la comida, el corazón de Carolina le late hasta la garganta; ella enrojece, palidece, desvía los ojos, mira la comida... Y así que Adolfo llega al folletín, ya no puede más; se levanta, desaparece, vuelve, y con una audacia que no se sabe de dónde le sale.

—¿Hay un folletín esta mañana? —pregunta luego con un acento que quiere ser de indiferencia, pero que inquietaría a un marido que aún tuviese celos de su mujer.

—Sí, de un principiante, un tal Samuel Crux... Es un seudónimo; el desgraciado ha hecho bien en no dar su nombre; esa novela es de una insipidez que desesperaría hasta a las chinches, si las chinches leyesen..., y de una vulgaridad...; pero es...

Carolina respira.

—¿Es...? —dice.

—Es incomprendible —responde Adolfo—. Le habrán pagado a Chodoreille quinientos o seiscientos francos para que publicase eso..., o es la obra de algún escritorzuelo de la alta sociedad que ha prometido a la señora Chodoreille recibirla, o acaso la obra de una mujer que le interesa al gerente... Sólo así se puede explicar esa estupidez... Figúrate, Carolina, que se trata de una pequeña flor cogida en el rincón de un bosque durante un paseo sentimental, y que un tipo del género Werther juró conservar; la pone en un marco, y se la piden once años después... (Sin duda se habrá mudado de casa tres veces, el infeliz). Es de una novedad que data de Sterne, de Gessner. Lo que me hace creer que el autor es una mujer es que la primera idea literaria de todas siempre consiste en vengarse de alguien...

Adolfo podría continuar despedazando *El meliloto*. A Carolina le zumban los oídos; está en la situación de una mujer que se ha arrojado por el puente de las Artes y que busca su camino a tres metros debajo del Sena.

*Otro género.* — Carolina ha acabado por descubrir, en sus arrebatos de celos, un escondrijo de Adolfo, quien, desconfiando de su mujer y sabiendo que le abre las cartas y le registra los cajones, ha querido salvar de los dedos ganchudos de la policía conyugal su correspondencia con Héctor.

Héctor es un amigo de colegio, está casado y vive en el Loira Inferior.

Adolfo levanta el tapete de su escritorio, tapete cuyo borde está hecho en punto de cadeneta por Carolina y cuyo fondo es de terciopelo azul, negro o rojo —el color es, como lo veréis, indiferente—, y mete sus cartas a la señora de Fischtaminel y a su camarada Héctor entre la tabla de la mesa y el tapete.

El espesor de una hoja de papel es poca cosa, y el terciopelo es un paño muy muelle, muy discreto... Pues bien, esas precauciones son inútiles, A diablo varón, diablo hembra; el infierno los tiene de todas las especies. Carolina tiene para ella a Mefistófeles, ese demonio que hace brotar fuego de todas las mesas y que, apuntando con su irónico dedo, señala el escondite de las llaves, el secreto de los secretos...

Carolina ha reconocido el espesor de una hoja de papel entre el terciopelo y la

mesa, y cae sobre una carta dirigida a Héctor, en lugar de caer sobre una carta para la señora de Fischtaminel, la cual toma las aguas de Plombières. Ella lee:

«Querido Héctor:

»Te compadezco, pero obras cuerdamente confiándome las dificultades en que te has embarcado a gusto. No has sabido ver la diferencia que media entre la mujer de provincias y la parisiense. En provincias, querido, se está siempre cara a cara con la mujer, y debido al aburrimiento que le pisa los talones, uno se lanza sin reflexionar en busca de la felicidad. Es una gran falta: la felicidad es un abismo, y no se vuelve de él en el matrimonio cuando se ha tocado el fondo.

»Vas a ver por qué; permíteme tomar, a causa de tu mujer, el camino más corto: la parábola.

»Yo me acuerdo de haber hecho un viaje en coche de punto de París a Villa-Parisis; distancia, siete leguas; carruaje, muy pesado; caballo, renco; cochero, un chiquillo de once años. Yo iba en ese cajón mal cerrado con un soldado ya viejo. Nada me divierte más que sonsacar a todo el mundo, empleando ese taladro llamado interrogación, y recibir, mediante un rostro atento y jubiloso, la suma de instrucción, de anécdotas, de saber, y de lo que todo el mundo también desea desembarazarse; y cada cual tiene la suya, el campesino como el banquero, el cabo como el mariscal de Francia.

»He observado cómo esos toneles repletos de ingenio están dispuestos a vaciarse cuando son acarreados por diligencias o por coches de punto, por todos los vehículos que arrastran caballos, pues en el tren nadie habla.

»Por la manera con que se consiguió la salida de París, vi que serían unas siete horas de viaje; y de ahí que me diese por hacer hablar al cabo, para entretenerme. El buen hombre no sabía leer ni escribir; lo que decía, nadie lo había oído ni leído: inédito. Pues el camino me pareció corto. El cabo había hecho todas las campañas, y me contó casos inauditos de los que nunca se ocupan los historiadores.

»¡Ah, querido Héctor, lo que aventaja la práctica a la teoría...! Entre otras cosas, y a una de mis preguntas relativas a la pobre infantería, cuyo valor consiste mucho más en marchar que en batirse, me dijo esto, que te transcribo sin hacerte ningún circunloquio:

»—Señor, cuando se me traían parisienses a nuestro 45.º, que Napoleón apodó *el Terrible* (os hablo de los primeros tiempos del Emperador, cuando la infantería tenía piernas de acero, que buena falta hacían), yo tenía una manera de conocer a los que quedarían en el regimiento... Eran los que marchaban sin prisa alguna, y hacían sus buenas seis pequeñas leguas por día, ni más ni menos, y llegaban al final de la etapa dispuestos a repetirla al día siguiente. Los valientes que hacían diez leguas, que querían correr a la victoria, se quedaban en el hospital a medio camino.

»Ese bravo cabo hablaba del matrimonio como si hablase de la guerra, y tú estás a medio camino, en el hospital, mi querido Héctor.

»Acuérdate de las quejas de la señora de Sevigné contando cien mil escudos al

señor de Grignan para inducirle a desposarse con una de las más lindas personas de Francia. “Pero, se dijo ella, él deberá desposarla todos los días, mientras ella viva... Decididamente, cien mil escudos no son demasiados”.

»Pues bien, ¿no es para hacer temblar a los más valerosos?

»Mi querido camarada, la felicidad conyugal está fundada, como la de los pueblos, en la ignorancia. Es una felicidad llena de condiciones negativas.

»Si yo soy feliz con mi pequeña Carolina, se debe a la más estricta observancia de ese saludable principio sobre el cual ha insistido tanto la *Fisiología del matrimonio*. He resuelto conducir a mi mujer por caminos abiertos en la nieve, hasta el feliz día en que la infidelidad será muy difícil.

»En la situación en que tú te has puesto, y que se parece a la de Duprez cuando, desde su presentación en París, se ha atrevido a cantar a pleno pulmón, en vez de imitar a Nourrit, quien con su voz de cabeza daba lo justo que era necesario para encantar a su público, tal es, me parece, el camino que hay que seguir para...»

La carta se interrumpe aquí, y Carolina la vuelve a colocar en su sitio, proponiéndose hacerle expiar a su querido Adolfo su obediencia a los execrables preceptos de la *Fisiología del matrimonio*.

## XXVI

### PARTIDA APLAZADA

Esta miseria debe acontecer bastante a menudo y bastante diversamente también en la vida de las mujeres casadas para que ese hecho personal se convierta en el tipo del género.

La Carolina de que aquí se trata es muy piadosa, quiere mucho a su marido, hasta el punto de que el mismo marido pretende que ella lo quiere demasiado; pero eso es una fatuidad marital; si no es, puede serlo. Una provocación. Él no se queja sino a las jóvenes amigas de su mujer.

Cuando la conciencia católica está en juego, todo se pone excesivamente grave. La señora de X ha dicho a su joven amiga, la señora de Fischtaminel, que se vio obligada a hacerle a su director espiritual una confesión extraordinaria, y cumplir penitencias por haber decidido su confesor que ella estuvo en pecado mortal. Esta dama, que todas las mañanas oye misa, es una mujer de treinta y seis años, flaca y ligeramente acaparrosada. Tiene unos grandes ojos aterciopelados, y un labio superior pardusco; sin embargo, su voz es dulce, sus modales suaves, y el continente y el andar nobles; es una mujer de calidad.

La señora de Fischtaminel, de quien la señora de X se ha hecho amiga (casi todas las mujeres devotas protegen a otra mujer considerada ligera, dando a esa amistad el pretexto para conseguir una conversión), la señora de Fischtaminel pretende que esas ventajas son, en esta Carolina del género piadoso, una conquista que hace la religión de un carácter bastante vehemente de nacimiento.

Estos detalles son necesarios para exponer la pequeña miseria en todo su horror.

El Adolfo de tumo se vio obligado a dejar a su mujer por dos meses, en abril, precisamente después de los cuarenta días de cuaresma que Carolina observa rigurosamente. En los primeros días de junio, la señora esperaba, pues, al señor, y lo esperaba cada día. Y de esperas en esperas,

#### *Concebidas todas las mañanas y defraudadas todas las noches*

llegó al domingo, día en que el presentimiento, llegado al paroxismo, le hizo creer que el deseado marido llegaría temprano.

Cuando una mujer piadosa espera a su marido, y ese marido falta en el hogar desde hace casi cuatro meses, ella no descuida ningún detalle del vestido, ni del peinado, con la minuciosidad de una doncella esperando a su primer prometido.

Esta virtuosa Carolina fue tan completamente absorbida por esos preparativos enteramente personales, que se olvidó de ir a la misa de las ocho. Se había propuesto

oír una misa rezada, pero tembló ante el temor de perder las delicias de la primera mirada si su querido Adolfo llegaba muy temprano por la mañana. Su camarera, que dejaba respetuosamente a la señora en el gabinete donde las mujeres pías y acaparrosadas no dejan entrar a nadie, ni siquiera a su marido, sobre todo cuando son flacas...; su camarera la oyó más de tres veces diciéndole:

—Avísame si es el señor.

Habiendo hecho temblar los muebles el ruido de un carruaje, Carolina adoptó un tono suave para ocultar la violencia de su legítima emoción.

—¡Oh, es él! ¡Corre, Justina! ¡Díle que le espero aquí!

Carolina se dejó caer en una poltrona, pues le temblaban demasiado las piernas.

Era el carruaje de un carnicero.

Fue durante esta ansiedad que se le escurrió, como una anguila en su limo, la misa de las ocho. Se prosiguió el arreglo de la señora, pues la señora estaba para vestirse. La camarera había ya recibido en la nariz, lanzada desde el gabinete, una camisa de sencilla y magnífica batista, parecida a las que ella daba a su señora desde hacía tres meses.

—¿En qué estás pensando, Justina? ¡Te he dicho que cojas las camisas sin número!

Esas camisas no eran sino siete u ocho, como en los ajuares más magníficos. Son camisas en las que brillan los refinamientos, los bordados; es preciso ser una reina, una joven reina, para poseer la docena. Cada una de las de la señora estaba rematada con encaje de Valenciennes, y aún más coquetonamente adornada por arriba. Este detalle de nuestras costumbres acaso servirá para infundir sospechas en el mundo masculino sobre el drama íntimo que revela esta excepcional camisa.

Carolina se había puesto unas medias de hilo de Escocia y unos zapatitos color de ciruela, de coturno, y su más engañoso corsé. Es inútil hablar del vestido matinal. Una mujer piadosa que vive en París y quiere a su marido, sabe escoger tan bien como una coqueta, esos ligeros tejidos rayados, de corte de levita, sujetos por presillas a botones que obligan a una mujer a atarlos dos o tres veces en una hora...

La misa de las nueve, la de las diez, y todas las misas pasaron durante estos preparativos, que son para las mujeres enamoradas uno de sus doce trabajos de Hércules.

Las mujeres piadosas van raramente a la iglesia en coche, y tienen razón. Excepto en el caso de un fuerte aguacero, o el intolerable mal tiempo, no hay que mostrarse orgullosos donde uno ha de humillarse. Carolina temió, pues, comprometer la suavidad de su tocado, la tersura de sus medias, el brillo de sus zapatos. Pero, ¡ay!, esos pretextos ocultaban una razón.

«Si estoy en la iglesia cuando llegue Adolfo, perderé todos los beneficios de su primera mirada; pensaré que prefiero la misa mayor a él...»

E hizo a su marido ese sacrificio a fin de complacerle; interés horriblemente mundano... ¡Preferir la criatura al Creador! Id a escuchar un sermón, y sabréis lo que

cuesta semejante pecado.

«Después de todo, la sociedad, se dijo la señora después de que ya se lo había dicho a ella su confesor, está basada en el matrimonio, que la Iglesia ha colocado en el número de sus sacramentos».

Y he ahí cómo se tergiversan en provecho de un amor ciego, aunque legítimo, las enseñanzas religiosas. La señora no quiso comer, y ordenó que la comida estuviese a punto para cualquier momento, lo mismo que ella estaba siempre dispuesta a recibir al ausente querido.

Todas estas pequeñas cosas pueden hacer reír; pero de improviso les suceden a todas las personas que se adoran entre sí, o que una adora a la otra; luego, en una mujer tan recatada, tan reservada, tan digna como esta dama, esas declaraciones de ternura sobrepasaban todos los límites impuestos a sus sentimientos por el elevado respeto de la propia persona que otorga la auténtica piedad. Cuando la señora de Fischtaminel contó esta pequeña escena de la vida devota, amenizándola con detalles cómicos, parodiados como las mujeres de la sociedad saben caricaturizar sus anécdotas, me tomé la libertad de decirle que aquello era el Cantar de los Cantares puesto en acción.

—¡Buena la que nos espera si no llega el señor...! —le dijo Justina al cocinero—. La señora ya me ha tirado su camisa a la cara.

Al fin Carolina oyó los chasquidos del látigo de un postillón, el tan conocido rodar de un coche de viaje, el ruido producido por los cascos de los caballos de posta, los cascabeles... Ya no dudó más... Los cascabeles la hicieron estallar:

—¡La puerta! ¡Abrid en seguida la puerta! ¡Ya está aquí el señor...! ¿Pero es que no piensan abrir la puerta?

Y la piadosa mujer pegó una patada en el suelo y rompió el cordón de la campanilla.

—Pero señora —dijo Justina con la seguridad del criado que cumple con su deber—, si son gente que se va...

—Decididamente —se dijo Carolina avergonzada— no dejaré que Adolfo viaje otra vez sin ir conmigo...

Un poeta de Marsella (no se sabe si Mery o Barthelemy) confesaba que si a la hora de cenar no acudía su mejor amigo con puntualidad, esperaba pacientemente cinco minutos; a los diez minutos, le entraban ganas de arrojarle la servilleta a la nariz; a los doce, le deseaba una gran desgracia, y a los quince ya no podía vencer el deseo de coserlo a cuchilladas.

Todas las mujeres que esperan son poetas de Marsella, si por lo que sea se pueden comparar los vulgares retortijones del hambre al sublime Cantar de los Cantares de una esposa católica que espera las delicias de la primera mirada de un marido ausente hace tres meses. Que todos los que se aman y que se han vuelto a ver tras una ausencia mil veces maldita, quieran acordarse de su primera mirada. Dice tantas cosas que frecuentemente, al hallarse ante importunos, se baja la vista... Se teme por

ambas partes, a tal punto lanzan llamas los ojos... Ese poema, en el que todo hombre es tan grande como Homero, donde parece un dios a la mujer amante, es para una mujer piadosa, flaca y acaparrosada, tan inmenso que no tiene, como la señora de Fischtaminel, el recurso de imprimir varios ejemplares, Para ella, su marido lo es todo.

Así, pues, no os extrañéis de que Carolina faltase a todas las misas y de que no comiera. El ansia de volver a ver a Adolfo, esa esperanza, le contraía violentamente el estómago. No pensó ni una sola vez en Dios durante el tiempo de las misas ni durante el de las vísperas. Además, le dolía todo y sentía que las piernas le temblaban; Justina le aconsejó que se acostara, y Carolina, vencida, se acostó hacia las cinco y media de la tarde, después de comer un ligero potaje, pero encargó que se tuviera una delicada cena para las diez de la noche.

—Seguramente que cenaré con el señor —dijo.

Esta frase fue la conclusión de terribles catilinarias interiormente fulminadas, y como ella estaba por las cuchilladas del poeta marsellés, le dio un acento terrible. A las tres de la madrugada Carolina dormía como un tronco, cuando llegó Adolfo, sin que oyese ni coche, ni caballos, ni cascabeles, ni puerta alguna que se abriese...

Adolfo recomendó no se despertase a la señora, y se fue a dormir a la habitación de los huéspedes. Cuando por la mañana Carolina supo el regreso de su querido Adolfo, se le cayeron las lágrimas; sin peinarse siquiera, corrió a la habitación donde él dormía; en el umbral, un infame criado le dijo que habiendo hecho el señor doscientas leguas y llevando dos noches sin dormir, había rogado que no se le despertase. Estaba excesivamente fatigado.

Carolina, como mujer piadosa, abrió violentamente la puerta sin poder despertar al único esposo que el cielo le había dado, y luego corrió a la iglesia a oír una misa de acción de gracias.

Y como la señora estuvo visiblemente atrabiliaria durante tres días, Justina respondió a propósito de un injusto reproche, y con la agudeza de una camarera:

—Sin embargo, señora, el señor ha regresado...

—Hasta ahora sólo ha regresado a París —precisó la piadosa Carolina.

## XXVII

### LAS ATENCIONES PERDIDAS

Poneos en el lugar de una pobre mujer, de belleza discutible —quien debe al volumen de su dote un marido durante mucho tiempo esperado—, que se toma infinitas molestias y gasta mucho dinero para estar favorecida y seguir las modas; que se consagra a tener con riqueza y sin derroches una casa bastante difícil de llevar; que por religión, tal vez por necesidad, sólo quiere a su marido; que no tiene otra obsesión que la felicidad de ese precioso marido; que une, resumiéndolo todo, el sentimiento maternal con el *sentimiento de sus deberes*. Esta circunlocución subrayada es la perífrasis de la palabra amor en el lenguaje de las mojígatas.

¿Admitido? Pues bien, este esposo demasiado querido ha dicho por casualidad, mientras cenaba en casa de su amigo el señor de Fischtaminel, que le gustaban las setas a la italiana.

Si habéis observado un poco la naturaleza femenina en lo que tiene de bueno, de hermoso y de grande, sabéis que no hay para una mujer amante mayor pequeño goce que el de ver al hombre amado engullendo los manjares que él prefiere. Eso se debe a la idea fundamental sobre la que descansa el cariño de las mujeres: ser la fuente de todos los placeres del ser amado, pequeños y grandes. El amor lo anima todo en la vida, y el amor conyugal tiene más particularmente el derecho de descender a los más pequeñísimos.

Carolina tiene para dos o tres días de pesquisas antes de saber cómo preparan las setas los italianos. Consigue conocer a un abate corso, quien le dice que en la casa Biffi, de la calle Richelieu, no sólo le dirán cómo se preparan las setas a la italiana, sino que hasta tendrán auténticas setas milanesas. Nuestra piadosa Carolina da las gracias al abate Serpolini, y se promete agradecersele mandándole un bonito breviario.

El cocinero de Carolina se va a casa Biffi, vuelve de casa Biffi y le enseña a la señora unas setas tan grandes como las orejas del cochero.

—Muy bien. ¿Y te ha explicado debidamente cómo se preparan?

—Eso no es nada para nosotros —ha contestado el cocinero.

Por regla general los cocineros lo saben todo en cuestión de cocina, excepto cómo un cocinero puede robar.

Por la noche, al segundo plato, todas las fibras de Carolina se estremecen al ver cierta tostada que sirve el criado. Ella ha esperado esta cena con la misma ilusión con que esperó al señor.

Pero entre esperar con incertidumbre y contar con un seguro placer, para las almas selectas, y todos los fisiólogos incluyen entre las almas selectas a una mujer que adora a su marido, existe entre esas dos formas de espera la diferencia que hay



entre una hermosa noche y un hermoso día.

Se le presenta al querido Adolfo la tostada, le clava indolentemente la cuchara y se sirve, sin percatarse de la tremenda emoción de Carolina ni de algunas de las rodajas que durante mucho tiempo no saben qué son los turistas que van a Milán y creen que se trata de un vulgar molusco.

—¿Qué dices, Adolfo...?

—¿Qué dices, querida?

—¿No los reconoces?

—¿Qué?

—Tus champiñones a la italiana.

—¿Esto, champiñones? Creí... Ah, pues sí, son champiñones...

—A la italiana.

—¡Ca! Son viejos champiñones en conserva, a la milanese...; los detesto.

—Entonces, ¿cómo te gustan?

—Los *fungí trifolati*.

Observemos, para vergüenza de una época que lo numera y lo etiqueta todo, que pone en frascos y vasijas a toda la creación, que clasifica en estos momentos ciento cincuenta mil especies de insectos y los aplica al sufijo *us*, de manera que, en todos los países, un *silbermanus* sea el mismo individuo para todos los sabios que estiran o contraen patas de insectos con pinzas, que nos falta una nomenclatura para la química culinaria que permita a todos los cocineros del globo hacer exactamente sus platos. Se debería acordar diplomáticamente que la lengua francesa sea la de la cocina, del mismo modo que los sabios han adoptado el latín para la botánica y la entomología, a menos que no se quiera absolutamente imitarles, y emplear realmente el latín de cocina.

—Mira, querida —prosigue Adolfo, viendo palidecer y alargarse el rostro de su querida esposa—, en Francia llamamos a este plato champiñones a la italiana, a la provenzal, a la bordelesa. Se cortan en trocitos y se fríen en aceite, con algunos ingredientes de cuyo nombre ahora no me acuerdo. Se pone también una cabeza de ajos, creo...

Se habla de desastres, de pequeñas miserias... Esta es, ya lo véis, para el corazón de una mujer lo que para un niño de ocho años el dolor de un diente arrancado. *Ab uno disce omnes*, lo que quiere decir que con una hay bastante. Buscad las otras en vuestros recuerdos, pues nosotros hemos prohijado esta descripción culinaria como prototipo de las que desconsuelan a las mujeres amantes y mal amadas.

## XXVIII

### EL HUMO SIN FUEGO

La mujer con una absoluta fe en el hombre amado es una fantasía de novelista. Ese personaje femenino escasea tanto como una buena dote. La novia queda, pero las dotes han hecho lo que los reyes. La confianza de la mujer brilla quizá durante algunos instantes, en la aurora del amor, y se extingue como una estrella fugaz.

Para toda mujer que no es ni holandesa, ni inglesa, ni belga, ni de ningún país costero, el amor es un pretexto para sufrir, un empleo de las fuerzas superabundantes de su imaginación y de sus nervios.

Así, la segunda idea que atormenta a una mujer feliz, a una mujer amada, es el temor de perder su felicidad, ya que hay que hacerle la justicia de decir que la primera es gozar de ella. Todos los que tienen riquezas temen a los ladrones, pero no prestan, como la mujer, pies y alas a las monedas de oro.

La florecida azul de la felicidad perfecta no es tan corriente como para que el hombre bendito de Dios que la posee sea lo bastante tonto para soltarla.

#### *Axioma*

A ninguna mujer se la abandona sin motivo.

Este axioma está escrito en el fondo del corazón de todas las mujeres, y de ahí proviene el furor de la mujer abandonada.

No tomamos a pecho las pequeñas miserias del amor; nos encontramos en una época tan calculadora que se abandona poco a las mujeres, hagan ellas lo que hagan, pues, de todas las mujeres, hoy resulta la legítima (sin retruécano) la menos cara<sup>[8]</sup>. Ahora bien, toda mujer amada ha pasado por la pequeña miseria de la sospecha. Y esta sospecha, real o falsa, engendra una multitud de engorros domésticos, siendo éste el mayor de todos.

Un buen día Carolina acaba por darse cuenta de que el Adolfo querido la deja sola un poco demasiado a menudo por un negocio, el eterno asunto Chaumontel, que no acaba nunca.

#### *Axioma*

Todos los matrimonios tienen su asunto Chaumontel. (Véase *La miseria en la miseria*).

Por de pronto, la mujer no cree en esos asuntos o negocios ni más ni menos que los directores de teatro y los editores creen en la enfermedad de las actrices y los autores.

En cuanto un hombre querido se ausenta, la mujer, por más feliz que le haga, se imagina que corre a alguna felicidad ya preparada.

Bajo este aspecto, las mujeres dotan a los hombres de facultades sobrehumanas. El miedo lo agranda todo, dilata los ojos, el corazón; toma a una mujer insensata.

¿Adonde va el señor? ¿Qué hace el señor? ¿Por qué me deja sola? ¿Por qué no me lleva con él?

Estas cuatro preguntas son los cuatro puntos cardinales de la rosa de los vientos de las sospechas, y rigen el proceloso mar de los soliloquios. De esas tempestades espantosas que devastan a las mujeres procede una resolución innoble, indigna, que toda fémmina, tanto la duquesa como la burguesa, la baronesa como la esposa del agente de cambio, el ángel como la comadre, la indolente como la apasionada, ejecuta al punto. Todas imitan al gobierno: espían. Lo que el Estado inventa en interés de todos, ellas lo encuentran legítimo, legal y permitido en interés de su amor. Esa fatal curiosidad de la mujer le sugiere la conveniencia de tener agentes, y el agente de toda mujer que se respeta aún en tal situación, en la que los celos no le permiten respetar nada, ni vuestros armarios, ni vuestros trajes, ni los cajones de vuestro escritorio o de vuestra cómoda, ni vuestros documentos confidenciales, ni vuestros papeles, ni vuestros estuches de viaje, ni vuestros útiles de locador (una mujer descubre entonces que su marido se teñía el bigote cuando era soltero, que conserva las cartas de una querida sumamente peligrosa, y que así la tiene en vilo, etc., etc.), ni vuestras fajas elásticas... Pues bien, su agente, el único del que se fía su mujer, es su camarera, pues su camarera la comprende, la excusa y la aprueba.

En el paroxismo de la curiosidad, de la pasión, de los celos excitados, una mujer no calcula nada, no percibe, no distingue nada. *Ella quiere saberlo todo.*

Y Justina está encantada; ve a su señora comprometiéndose con ella, y abraza su pasión, sus terrores, sus temores y sus recelos y sospechas con tremenda amistad. Justina y Carolina tienen conciliábulos, conversaciones secretas. En esta situación, una camarera se convierte en la dueña de la suerte de los dos esposos. Ejemplo: lord Byron.

—Señora —viene a decir un día Justina—, el señor sale efectivamente para ver a una mujer...

Carolina empalidece.

—Pero esté tranquila la señora —añade la fámula—, pues se trata de una mujer vieja.

—Justina, para ciertos hombres no hay mujeres viejas; los hombres son inexplicables.

—Pero, señora si no es una señora; es una mujer del pueblo...

—Mira, Justina: lord Byron amaba en Venecia a una pescadera; es la pequeña

señora de Fischtaminel quien me lo ha dicho.

Y Carolina se echa a llorar.

—He hecho hablar a Benito.

—¿Y qué piensa Benito?

—Benito cree que esa mujer es una intermediaria, pues el señor está muy reservado con todo el mundo, hasta con Benito.

Carolina vive durante ocho días en el infierno, y todas sus economías se le van pagando espías e informes.

Al fin Justina va a ver a esa señora a quien llaman señora Mahuchet; la seduce, y acaba por enterarse de que el señor ha conservado de sus locuras de juventud un testigo, un fruto, un delicioso pequeño que es su vivo retrato, y que esa mujer es la nodriza, la madre de ocasión que vela por el tierno Federico, que paga los trimestres del colegio, y por cuyas manos pasan los mil doscientos o los dos mil francos que el señor pierde todos los años en el juego.

—¿Y la madre? —pregunta Carolina.

Finalmente la hábil Justina, la providencia de la señora, le demuestra que la señora Suzanne Beauminet, una antigua tobillera convertida en la señora Sainte-Suzanne, o bien murió en el hospital o bien ha hecho fortuna casándose en provincias, donde está situada en una escala tan baja de la sociedad que no es probable que la señora se encuentre con ella.

Carolina respira; se ha sacado ya el puñal del corazón, es feliz; pero ella sólo tiene hijas, y quiere un hijo. Este pequeño drama de la sospecha injusta, la comedia de todas las conjeturas a que da lugar la comadre Mahuchet, esas fases de los celos en tromba, se recogen aquí como el tipo charactersístico de esa situación cuyas variantes son infinitas como los caracteres, como los rangos, como las especies.

Esta fuente de pequeñas miserias queda indicada aquí para que todas las mujeres asentadas sobre esta playa contemplen en ella el curso de su vida conyugal, lo remonten o lo descendan, hallen en él sus secretas aventuras, sus inéditas desdichas, la rareza que causó sus errores y las fatalidades particulares a las que deben un instante de rabia, una inútil desesperación, sufrimientos que podrían ahorrarse, felices por haberse engañado...

Esta pequeña miseria tiene por corolario la siguiente, mucho más grave y a menudo sin remedio, sobre todo cuando tiene por causa vicios de otro género y que no son de nuestra competencia, puesto que en esta obra a la mujer siempre se la considera virtuosa... hasta el desenlace.

## XXIX

### EL TIRANO DOMÉSTICO

—Mi querida Carolina —dice un día Adolfo a su mujer—, ¿estás contenta de Justina?

—Pues, sí, querido.

—¿No te parece que te habla de una manera poco conveniente?

—¿Me voy a fijar en una camarera? Pero sí parece que tú te fijas en ella.

—¿Qué quieres decir...? —pregunta Adolfo con un tono indignado que siempre les gusta a las mujeres.

En efecto, Justina es una verdadera doncella de actriz, una soltera de treinta años, picada de la viruela, con abundancia de hoyuelos, en los que no retoza el amor, morena como el opio, gordas las piernas y mezquino el cuerpo, ojos lacrimosos... Ella querría casarse con Benito, pues ya tiene diez mil francos ahorrados, pero ante este inopinado ataque, y a pesar del anzuelo de los diez mil francos, Benito ha anunciado su despido. Tal es el retrato del tirano doméstico entronizado por los celos de Carolina.

Justina toma su café, por la mañana, en su cama, y se las apaña para tomarlo tan bueno, por no decir mejor, que el de la señora. Justina sale algunas veces sin pedir permiso, y emperifollada como la mujer de un banquero de segundo orden. Lleva mi sombrero rosa, un vestido de la señora arreglado para ella, un bonito chal, borceguíes de piel bronceada y joyas apócrifas,

A veces Justina está de mal humor y le hace ver a su ama que es tan mujer como ella, aunque no sé haya casado. Ella tiene sus *ideas negras*, sus caprichos, sus tristezas. En fin, ¡hasta se atreve a tener nervios...! Responde bruscamente, es insoportable para el resto de la servidumbre, y, además, se le ha aumentado considerablemente el salario.

Querida, esa muchacha cada día es más insoportable —dice un día Adolfo al darse cuenta de que Justina escucha detrás de las puertas—, y si tú no la despidas, quien la echará será yo...

Asustada, Carolina se ve obligada, cuando el señor está fuera, a reprender a Justina.

—Mira, Justina —le dice—, abusas de mis bondades para contigo; tienes un buen sueldo y otros gajes, regalos... Corrígete, pues el señor quiere despedirte.

La camarera se humilla, llora; está tan apegada a la señora... La quiere tanto que se dejaría pegar para defenderla, que se arrojaría al fuego, que... Todo, todos los sacrificios que le pidiesen.

—Si tuvieseis algo de que esconderos, señora, diría que se trataba de un asunto mío...

—Está bien, Justina; está bien, muchacha —responde Carolina temblando—. Pero no se trata de eso, sino sólo de que sigas en tu puesto.

«¡Ah...!, se dice Justina. ¿Conque el señor quiere despedirme...? Espera, viejo bicho raro; verás lo que te espera.

Ocho días después, peinando a su ama, Justina mira al espejo para asegurarse de que la señora puede ver las muecas que hace; en efecto, Carolina no tarda en preguntarle:

—¿Qué te pasa, Justina?

—Lo que me pasa..., yo se lo diré a la señora, pero la señora es tan débil con el señor...

—Explícate, anda.

—Sé muy bien, señora, por qué el señor me quiere poner de patitas en la calle. El señor sólo tiene confianza en Benito, y Benito a veces se confía conmigo...

—¿Pero qué es lo que hay? ¿Tú sabes algo?

—Estoy segura de que entre los dos mangonean algo contra la señora —asegura sin pestañear la camarera.

Carolina, a quien Justina observa por el espejo, se ha puesto pálida; vuelven las torturas de la pequeña miseria precedente, y Justina se ve tan necesaria como los espías en el gobierno cuando se descubre una conspiración. Sin embargo, las amigas de Carolina no se explican por qué se empeña en tener a una criada tan desagradable, que adopta aires de ama, que lleva sombrero, que es impertinente...

Se habla de esta estúpida dominación en casa de la señora Deschars y en la de la señora de Fischtaminel, y se bromea sobre el particular. Algunas mujeres sospechan razones monstruosas, que ponen en entredicho el honor de Carolina.

### *Axioma*

En sociedad, se les saben poner etiquetas a todas las verdades, incluso a las más nobles.

El *aria delta calumnia* se ejecuta con tanto primor como si don Bartolo la cantara. Se ha comprobado que Carolina *no puede* despedir a su camarera.

La sociedad se emplea con sañudo ahínco en hallar el secreto de ese enigma. La señora de Fischtaminel se burla de Adolfo, y Adolfo llega a su casa furioso, hace una escena a Carolina y despide a Justina.

Esto causa tal efecto en Justina, que cae enferma y se mete en cama. Carolina le observa a su marido que es difícil echar a la calle a una muchacha en el estado en que se encuentra Justina, una muchacha que, por lo demás, es fiel y afecta a la casa, y está con ellos desde que se casaron.

—¡Que se vaya así que se reponga! —ronca Adolfo.

Carolina, tranquilizada en cuanto a Adolfo, e indignamente explotada por Justina,

llega a querer desembarazarse de ella, y aplica sobre esta llaga un remedio violento, decidiendo pasar por las horcas caudinas de esa otra pequeña miseria que sigue.

## XXX

### LAS CONFESIONES

Una mañana Adolfo es extraordinariamente mimado. El demasiado feliz marido busca las razones de ese redoblamiento de ternura, y oye que Carolina, con voz acariciadora, le dice:

—¿Adolfo?

—¿Qué? —pregunta él alarmado por el temblor interno que advierte en la voz de Carolina.

—Prométeme que no vas a enfadarte.

—Te lo prometo.

—Que no me guardarás rencor...

—Nunca. Explícate.

—Perdonarme y no hablarme jamás de eso...

—Pero habla de una vez...

—Además, todas las culpas son tuyas...

—Bueno, desembucha ya..., o me voy.

—Únicamente tú puedes sacarme del atolladero en que me encuentro... por tu causa...

—¿Quieres hablar ya?

—Se trata de...

—¿De...?

—De Justina.

—No me hables de eso; ya está despedida, y no quiero verla más; sus procedimientos ponen en entredicho tu reputación...

—¿Y qué puede decirse? ¿Qué te han dicho?

La escena cambia, y se llega a una velada explicación que hace enrojecer a Carolina en cuanto se percata del alcance de las suposiciones de sus mejores amigas, a quienes les encanta encontrar extravagantes razones en su virtud.

—Pues mira por donde, Adolfo, eres tú el responsable de todo eso. ¿Por qué no me has dicho nada de Federico?

—¿El Grande? ¿El rey de Prusia?

—¡Así son los hombres..., Tartufo! ¿Querrás hacerme creer que en tan poco tiempo has olvidado a tu hijo, al hijo de la señorita Susana Beauminet?

—¿Qué sabes?

—¡Todo...! Y de la comadre Mahuchet, y de tus aliadas para cenar con el pequeño cuando tiene un día de fiesta.

A veces, el asunto Chaumontel es un hijo natural, y es la especie menos peligrosa de los asuntos Chaumontel.



—¡Qué caminos de topo que sabéis hacer vosotras, las devotas! —exclama Adolfo.

—Es Justina quien lo ha descubierto todo.

—Ahora comprendo la razón de sus insolencias...

—Mira, querido; tu Carolina ha sido muy desgraciada y ese espionaje, cuya causa es mi insensato amor por ti, pues yo te quiero... hasta volverme loca... No, si me traicionaras, huiría al fin del mundo... Pues bien, esos innobles celos me han puesto bajo el dominio de Justina... Entonces, minino mío, sácame de ese lío.

—Que eso te enseñe, angelito, a no servirte nunca de tus criados si quieres que ellos te sirvan. Es la más vil de las tiranías. Estar a merced de esas gentes...

Adolfo aprovecha esta circunstancia para asustar a Carolina, pues piensa en sus futuros asuntos Chaumontel, y no quiere que se le espíe.

Llaman a Justina, y Adolfo la despide inmediatamente, sin admitir ninguna explicación de la fámula. Carolina cree zanjada ya su pequeña miseria, y toma otra camarera.

Justina, a quien sus doce o quince mil francos han merecido la atención de un aguador, se convierte en la señora Chavagnac, y abre una frutería. Diez meses después, en ausencia de Adolfo, Carolina recibe por medio de un mandadero una carta escrita sobre papel rayado escolar, con palotes que requerirían tres meses de ortopedia, y así concebida:

*Señora.*

*Avéis sío indiznamente hengañada por el señor y por la señora de Fistaminelle, a la que ba a ber toas las noches, y bos teneis los ojos cerraos, pues no beis sino por los de buestro mario, de lo que me alegro, y tengo el onor de saludarvos.*

Carolina dio un bote como una leona picada por un tábano, volviendo a situarse sobre la parrilla de la sospecha, para volver a comenzar su lucha con lo desconocido.

Y cuando ha reconocido la injusticia de sus sospechas, llega otra carta que le ofrece informes sobre cierto asunto Chaumontel que Justina ha husmeado.

La pequeña miseria de las «confesiones» —acordaos de ello, señoras mías— es a menudo más grave que ésta.

## XXXI

### HUMILLACIONES

Para gloria de las mujeres, ellas tienen apego a sus maridos cuando sus maridos no se ocupan ya de ellas, y no sólo porque hay, socialmente hablando, más lazos entre una mujer casada y un hombre que entre este hombre y su mujer, sino también porque la mujer tiene más delicadeza y más honor que el hombre, dejando aparte, naturalmente, la gran cuestión conyugal.

#### *Axioma*

En un marido no hay más que un hombre; en una mujer casada hay un hombre, un padre, una madre y una mujer.

Una mujer casada tiene la sensibilidad de cuatro, y hasta de cinco, si bien se mira.

Ahora bien, no es inútil hacer aquí la observación de que, para las mujeres, el amor es como una absolución general. Ya puede cometer crímenes el hombre que ama, que siempre será impoluto como la nieve a los ojos de la amante, si ella le quiere bien. En cuanto a la mujer casada, querido o no, sabe tan bien que el honor y la consideración a su marido son la fortuna de sus hijos, que obra como la mujer que quiere, a tal punto es fuerte el interés social.

Ese profundo sentimiento engendra en algunas pequeñas Carolinas miserias que, por desgracia para este libro, tienen un lado triste.

Adolfo se ha comprometido. No enumeremos todas las maneras de comprometerse, pues sería incurrir en personalizaciones. No tomemos por ejemplo sino que, de todas las faltas sociales, la que nuestra época excusa, admite, comprende y comete más a menudo, es el *robo* honrado, la concusión bien disfrazada, un engaño excusable cuando ha tenido éxito, como el entenderse con quien corresponde para vender la propiedad personal lo más caro posible a una ciudad, a un departamento, etc.

Así, en una quiebra, para *cubrirse* (esto quiere decir recuperar su crédito), Adolfo ha participado en actos ilícitos que pueden llevar a un hombre a testificar en una audiencia. No se sabe siquiera si el audaz acreedor será considerado como cómplice.

Observad que, en todas las quiebras, *cubrirse* es considerado por las casas más honorables como el más santo de los deberes; pero se trata de no dejar ver demasiado, como en la gazmoña Inglaterra, el mal lado de la *cobertura*.

Comprometido Adolfo, pues su abogado le ha instruido para que no aparezca en nada, recurre a Carolina; le da la lección, la adoctrina, la enseña el código, cuida de

su atavío, la equipa como a un bergantín listo para un viaje y la remite a un juez y a mi síndico. El juez es un hombre en apariencia severo, pero oculta a un libertino; mantiene su seriedad viendo entrar a una hermosa mujer, y le dice cosas excesivamente agrias sobre Adolfo.

—Os compadezco, señora; pertenecéis a un hombre que puede atraeros muchos disgustos; algunos casos más de ese tipo, y quedará desconsiderado por completo. ¿Tenéis hijos? Perdonadme esta pregunta, pero sois tan joven que sería muy natural que...

Y el juez se sitúa lo más cerca posible de Carolina.

—Sí, señor.

—¡Oh, Dios santo, qué porvenir! Mi primer pensamiento fue para la mujer, pero ahora os compadezco doblemente, y pienso en la madre... ¡Ah, cuánto habéis debido sufrir viniendo aquí...! ¡Pobres, pobres mujeres!

—Gracias, señor; os interesáis por mí, ¿no es verdad?

—En efecto, pero, ¿qué puedo hacer yo? —arguye el juez, sondeando a Carolina con una mirada oblicua—. Lo que me pedís es un cohecho, y soy magistrado antes que hombre...

—¡Ah, señor...! Sed hombre tan sólo...

—¿Sabéis bien lo que decís con eso..., mi bella dama...?

Y en el acto el magistrado consular toma temblando la mano de Carolina.

Carolina, pensando que se trata del honor de su marido y del de sus hijos, se dice que no es cuestión de hacerse la mojugata; deja que le coja la mano, y resiste lo bastante como para que el galante viejo (por fortuna es un vejestorio) lo considere un favor.

—¡Vamos, vamos, bella dama, no lloréis! —prosigue el magistrado—. Me remordería mucho haber hecho derramar lágrimas a una persona tan linda; ya veremos... Venid mañana por la noche a explicarme el asunto; hay que examinar todos los datos, los compulsaremos juntos...

—Señor...

—Pero es preciso...

—Señor...

—No temáis, bella dama, pues un juez puede otorgar lo que se debe a la justicia, y... (adopta un airecillo finamente intencionado) a la belleza.

—Pero, señor...

—Estad tranquila —insiste él no dejando las manos de ella, y apretándoselas—, pues intentaremos transformar ese gran delito en un pecadillo...

Y acompaña a la puerta a una Carolina aterrada ante una cita propuesta de tal modo.

El síndico es un gallardo y atrevido mozo que recibe a la esposa de Adolfo con una habilidad de seductor que no permite rebelarse a Carolina, mayormente al decirse: «Adolfo me ha recomendado encarecidamente que no irrite al síndico».

Sin embargo, Carolina, aunque no sea más que en interés del síndico, se zafa diciéndole el «¡Señor!» que ha repetido tres veces al juez.

—No me lo toméis a mal, pues sois irresistible; sois un ángel, y vuestro marido es un monstruo, ¿pues con qué intención envía una sirena a un joven que él sabe que es inflamable?

—Señor, mi marido no ha podido venir personalmente; está en cama, muy enfermo, y vos le habéis amenazado de manera tan terrible, que la urgencia...

—¿No tiene, pues, abogado, procurador...?

Carolina se aterra ante esa observación, la cual revela una profunda perfidia en Adolfo.

—Ha pensado, señor, que tendríais consideraciones para una madre de familia, para sus hijos...

—¡Bah, bah...! —responde el síndico—. Habéis venido para atentar contra mi independencia, contra mi conciencia...; queréis que os entregue a los acreedores... Pues bien, yo hago más; yo os entrego mi corazón y mi fortuna; él, vuestro marido, quiere salvar su honor; yo os doy el mío...

—Señor —responde ella, intentando levantar al síndico, que se le ha puesto de rodillas—; me dais miedo...

Y fingiendo que está asustada, llega a la puerta, saliendo de esa delicada situación como saben hacerlo las mujeres, es decir, no comprometiéndose a nada.

—Volveré —dice sonriendo— cuando seáis más cuerdo.

—¿Me dejáis así...? Andad con cuidado... Vuestro marido podría verse en el banquillo de la Audiencia...; es cómplice de una bancarrota fraudulenta, y sabemos de él bastantes cosas que no son nada honorables. No es su primera faena; ha hecho negocios bastante sucios, manejos indignos... Veo que tenéis muchos miramientos con el honor de un hombre que se burla del suyo tanto como del vuestro.

Carolina, aterrada por estas palabras, cierra la puerta, y retrocede,

—¿Qué queréis decir, señor? —gruñe iracunda ante él brutal ataque.

—Pues bien, el asunto...

—¿Chaumontel?

—No; esa especulación sobre, las casas que hacía construir por personas insolventes.

Carolina recuerda el negocio emprendido por Adolfo (véase *Jesuitismo de las mujeres*) para duplicar sus ingresos, y tiembla. El síndico tiene a su, favor la curiosidad.

—Venid, sentaos ahí —dice—. A esta distancia seré cuerdo, pero os podré contemplar...

Y acto seguido cuenta prolijamente aquella concepción mercantil debida al banquero du Tillet, interrumpiéndose para decir:

—¡Qué bonito y pequeño pie...! Únicamente la SEÑORA tiene un pie tan diminuto... Así, pues, *du Tillet transigió*... ¡Y qué oreja...! ¿Os han dicho que

vuestras orejas son deliciosas? *Y du Tillet tuvo razón, pues había ya pleito enlabiado...* Me encantan las orejas chiquitinas... Dejádme moldear la vuestra, y haré cuanto queráis... *du Tillet se aprovechó de ello para cargarlo todo a vuestro imbécil de marido...* ¡Qué precioso tejido!, Estáis divinamente vestida...

—¿En qué estábamos, señor?

—¿Es que sé yo lo que digo admirando una cabeza rafaelesca como la vuestra?

Al vigesimoséptimo elogio, Carolina le encuentra espiritualidad al síndico, y, haciéndole un cumplido, se marcha sin conocer a fondo la historia de aquella empresa que, en su tiempo, ha devorado trescientos mil francos.

Esta pequeña miseria tiene enormes variantes.

*Ejemplo.* — Adolfo es bravo y susceptible; está de paseo en los Campos Elíseos; hay una gran muchedumbre, entre la cual, ciertos jóvenes sin delicadeza se permiten chanzas a lo Panurgo. Carolina las sufre haciendo como si no las comprendiese, para evitar una violencia a su marido.

*Otro ejemplo.* — Un niño del género terrible pregunta delante de los invitados:

—Mamá, ¿le permitirías a Justina que me diese una bofetada?

—De ninguna manera...

—¿Por qué preguntas eso, pequeño? —quiere saber la señora Foullepointe.

—Es que ella le acaba de pegar un bofetón a papá, que es mucho más grande que yo...

La señora Foullepointe se echa a reír, y Adolfo, que pensaba cortejar a la señora Foullepointe, se ve burlado cruelmente por ella después de haber tenido (véase *La última querella*) una penúltima querella con Carolina.

## XXXII

### LA ÚLTIMA QUERELLA

En todos los hogares, maridos y mujeres oyen sonar tina hora fatal. Es un verdadero tañido fúnebre, la muerte de los celos, grande, noble y encantadora pasión, el único auténtico síntoma del amor, si de todos modos no es *su doble*. Cuando una mujer no está ya celosa de su marido, todo está dicho; ya no le quiere. Y entonces el amor conyugal se extingue en la última querella que provoca una mujer.

#### *Axioma*

En cuanto una mujer no le reprocha nada a su marido, no riñe, no se querella con él, el minotauro está sentado en un sofá en la esquina de la chimenea del dormitorio, y dando golpecitos a sus charoladas botas con la contera del bastón.

Todas las mujeres deben recordar su última querella, esa suprema pequeña miseria que estalla a menudo a propósito de una nadería, o más a menudo aún, con ocasión de un hecho brutal, de una prueba decisiva. Este cruel adiós a la creencia en el amor, a sus puerilidades, y hasta a la propia virtud, es en cierto modo tan caprichoso como la misma vida. Y como la vida, no es el mismo en ningún matrimonio.

Aquí quizá el autor debe buscar todas las variedades de estas querellas, de estos rompimientos, si quiere ser exacto.

Así Carolina habrá descubierto que la toga judicial del síndico del asunto Chaumontel oculta un ropaje de un tejido infinitamente menos áspero, de agradable color y sedoso; que, en fin, Chaumontel tiene el cabello rubio y los ojos azules.

O bien Carolina, que se ha levantado antes que su esposo, habrá visto el abrigo de Adolfo arrojado sin orden en una butaca, y habrá visto la punta de un billetito perfumado que asoma por el bolsillo interior, impresionándola su blancura, semejante a un rayo de sol penetrando por la rendija de la ventana en una habitación bien cerrada; o bien habrá estrujado el billetito al estrechar a Adolfo entre sus brazos y palparle el bolsillo; o acaso la habrá ya aleccionado el singular perfume que hacía algún tiempo notaba en Adolfo, y leído luego algunas líneas, como por ejemplo:

*Ingrato, ja se lo que querías decir con Ipolito; ben y lla beras si te hamo.*

O estas:

«Ayer, amigo mío, os hicisteis esperar; ¿qué pasará mañana?»

O:

«Las mujeres que os aman, mi querido señor, son muy desgraciadas por odiaros

tanto cuando no estáis a su lado; andad con tiento, pues el odio que dura durante vuestra ausencia podría ganar a los momentos en que se os ve».

O:

«¡Canalla de Chodoreille! ¿Qué hacías ayer en el bulevar con una mujer colgada del brazo? Si es tu mujer, recibe mi más sentido pésame por todos sus ausentes encantos; sin duda los ha llevado al Monte de Piedad, pero ha perdido el resguardo».

Cuatro billetes procedentes de la tobillera, de la dama, de la burguesa presumida o de la actriz, entre las cuales Adolfo ha escogido a *su bella* (según el vocabulario Fischtaminel).

O bien Carolina, llevada de tapadillo por Fernando al Ralenagh, ha visto con sus propios ojos a Adolfo entregándose con furor a la polca, teniendo en sus brazos a una de esas damas de honor de la reina Pomaré; o bien Adolfo habrá equivocado por séptima vez de nombre y al despertarse por la mañana habrá llamado Julieta, Carlota o Lisa a su mujer; o bien un vendedor de comestibles, o el dueño de un restaurante, envía, en ausencia del señor, facturas acusadoras que caen en manos de Carolina.

## XXXIII

### COMPROBANTES DEL ASUNTO CHAUMONTEL

#### PARA EL RESERVADO

*Don Adolfo debe a Perrault*

*Enviado a la señora Schontz, el 6 de enero de 18...*

Un pastel de <i>foie gras</i> ...	22,50 frs.
Seis botellas de vinos diversos...	70,00 frs.
Un almuerzo selecto, precio convenido...	100,00 frs.
Total...	192,50 frs.

*Servido al Hotel del Congreso, el 11 de febrero, n.º 21*

Carolina estudia las fechas y halla en su memoria citas relativas al asunto Chaumontel. Adolfo había designado el día de Reyes para una reunión en la que al fin debía cobrar lo colocado en el asunto Chaumontel. El 11 de febrero tenía una cita en casa del notario para firmar una liquidación en el asunto Chaumontel.

O bien... Pero querer formular todas las contingencias casuales, es una empresa desquiciada.

Toda mujer recordará cómo ha caído la venda que tenía en los ojos; cómo, tras muchas dudas y muchas angustias del corazón, ha llegado a no afrontar un rompimiento, sino para dar fin a la novela, para cerrar el libro, estipular su independencia o comenzar una nueva vida.

Algunas mujeres son bastante afortunadas por haber tomado la delantera, y crean ese rompimiento a manera de justificación.

Las mujeres dulces adoptan un tonillo decidido que hace temblar a los más intrépidos maridos. Y las que no tienen una venganza dispuesta a mano, lloran mucho.

Las que os aman perdonan. ¡Ah, ellas comprenden tan bien, como la mujer llamada «mi berlina», que su Adolfo sea amado por las francesas, y qué felices son disponiendo legalmente de un hombre por el que están locas todas las mujeres!

Ciertas mujeres de labios apretados como cajas fuertes, de porte agrio, piel borrosa y flacos brazos, se dan el maligno placer de pasear a su Adolfo por los fangales de la mentira, en las contradicciones; ellas le interrogan (véase La miseria en la miseria) del mismo modo que un magistrado lo hace con un delincuente, reservándose el bilioso goce de aplastar sus negativas con pruebas directas en un momento decisivo. Generalmente, en esta escena de la vida conyugal, el bello sexo es



verdugo allí donde, en el caso contrario, el hombre es el asesino.

He aquí cómo. Esta última querrela (vais a saber por qué el autor la ha llamado *última*), acaba siempre por una promesa solemne, sagrada, que hacen las mujeres delicadas, nobles, o simplemente espirituales; es decir, todas las mujeres, y que nosotros presentamos bajo su mejor forma.

—¡Basta, Adolfo! Ya no nos queremos; tú me has traicionado, y yo no lo olvidaré nunca. Se puede perdonar, pero olvidar es imposible.

Las mujeres sólo se ponen implacables para hacer más enternecedor su perdón; ellas han adivinado a Dios.

—Hemos de vivir en común como dos amigos —prosigue Carolina—. Pues bien, vivamos como dos hermanos, como dos camaradas. No quiero hacerte la vida insoportable, y no te hablaré nunca de lo que acaba de pasar...

Adolfo tiende la mano a Carolina; ella le coge la mano y se la estrecha a la inglesa. Adolfo da las gracias a Carolina; entrevé la felicidad. Ha hecho de su mujer una hermana y se imagina soltero otra vez.

Al otro día Carolina se permite una alusión muy espiritual (Adolfo no puede evitar la risa) al asunto Chaumontel. En sociedad, ella lanza generalidades que se convierten en particularidades sobre la última querrela.

Transcurren quince días, y no pasa uno sin que Carolina no recuerde la última querrela, diciendo:

«Fue el día que encontré en tu bolsillo la factura Chaumontel», o: «Fue después de nuestra última querrela», o: «Fue el día en que vi claro en la vida, etc.». Ella asesina a Adolfo, lo martiriza. En sociedad ella dice cosas terribles.

—Somos felices, querida, el día en que ya no amamos; es entonces cuando sabemos hacernos querer.

Y ella mira a Fernando.

—¡Ah, vos tenéis también vuestro asunto Chaumontel! —le dice ella a la señora Foullepointe.

En fin, que la última querrela no acaba nunca, y de ahí este axioma:

Admitir una culpa a medias con la mujer legítima, es resolver el problema del movimiento perpetuo.

## XXXIV

### FRUSTRACIÓN

Las mujeres, y sobre todo las casadas, se meten ideas en su *duramáter* igual que clavan agujas en un acerico; ni el mismísimo diablo, ¿lo oís?, podría retirarlas; únicamente ellas se reservan el derecho de clavarlas, de desclavarlas y de volverlas a clavar.

Carolina ha vuelto una noche de casa de la señora Foullepointe en un violento estado de celos y de ambición.

La señora Foullepointe, la *leona*... Esta palabra exige una explicación. Es el neologismo de moda, y responde a algunas ideas, muy pobres por otra parte, de la sociedad presente. Es preciso emplearlo para hacerse comprender cuando se quiere decir una mujer a la moda. Esta leona, pues, monta a caballo todos los días, y a Carolina se le ha metido en la cabeza aprender equitación.

Observad que, en esta fase conyugal, Adolfo y Carolina se encuentran en esa época que hemos denominado el *Dieciocho de Brumario de los matrimonios*, o que han tenido ya dos o tres *Últimas querellas*.

—Adolfo —dice ella—, ¿querrás darme un gusto?

—Siempre...

—¿Me lo negarás?

—Si lo que me pides es posible, estoy dispuesto...

—Ya... Esta, la palabra favorita de un marido...; el *si* condicional...

—Explícate.

—Quisiera aprender a montar a caballo.

—¿Pero qué dices?

Carolina mira por la portezuela del coche, e intenta enjugar una lágrima seca.

—Escucha —prosigue Adolfo—: ¿puedo dejarte ir sola al picadero? ¿Puedo acompañarte después del apereamiento a que me condenan los negocios? ¿Qué te pasa? Me parece que te doy razones perentorias.

Adolfo ya ve una cuadra de alquiler, la compra de un caballito, la introducción en casa de un lacayo y de un caballo con su criado, y todos los engorros, en fin, de la *leonera* hembra.

Cuando se le dan a una mujer razones en lugar de darle lo que quiere, pocos hombres han osado descender al fondo de ese pequeño abismo llamado el corazón, para medir la fuerza de la tempestad que en él se levanta súbitamente.

—¡Razones! Si las quieres, óyelas —exclama Carolina—. Yo soy tu mujer, y a ti ya no te importa complacerme. ¡Vaya con el dispendio! En ese aspecto te engañas de medio a medio, amigo mío.

Las mujeres tienen tantas inflexiones de voz para pronunciar las palabras «Amigo

mío» como los italianos para decir *Amico*; yo he contado veintinueve, y todavía no expresan los diferentes grados del odio.

—¡Tú lo verás! —prosigue Carolina—. Caeré enferma y tendrás que pagar al farmacéutico y al médico lo que te habría costado el caballo. Estaré en casa encerrada entre cuatro paredes; eso es lo que tú quieres. Ya me lo esperaba. Te he pedido este permiso, segura de una negativa; únicamente quería saber cómo te las apañarías para hacerlo.

—Pero, Carolina...

—¡Dejarme ir sola al picadero! —prosigue ella, sin hacer el menor caso a la interrupción—. ¿Es una razón? ¿No puedo ir con la señora de Fischtaminel? Ella aprende a montar a caballo, y no creo que el señor de Fischtaminel la acompañe.

—Pero, Carolina...

—Nada, que estoy encantada de tu solicitud; verdaderamente te importo mucho. Fischtaminel tiene más confianza en su mujer que tú en la tuya. ¡Él no la acompaña, no! Debe de ser por esa confianza que no quieres verme en el picadero, donde yo podría ser testigo de tus manejos con la Fischtaminel<sup>[9]</sup>.

Adolfo intenta ocultar el fastidio que le produce ese torrente de palabras, que comienza a mitad de camino de su domicilio y no halla mar al que arrojarle. Cuando Carolina está en su habitación, continúa todavía:

—Ya ves que si las razones pudieran devolverme la salud, impedirme desear un ejercicio que mi estado me reclama, no me faltarían razones que oponerte, pues las conozco todas, y me las he dado antes de hablarte.

Esto, señoras mías, mejor puede llamarse el prólogo de un drama conyugal, rudamente planteado y avalorado con grandes gestos, enriquecido con miradas y otras viñetas con las cuales ilustráis estas obras maestras.

Carolina, una vez que ha sembrado en el corazón de Adolfo la aprensión de una escena de continua demanda, ha sentido redoblado su odio *del lado izquierdo* contra su gobierno. La señora se enfurruña, y se enfurruña tan acaloradamente, que Adolfo no tiene más remedio que advertirlo, so pena de ser *minotaurizado*, ya que, sabedlo bien, entre dos casados todo acaba ante el alcalde, o solamente en Gretna-Green, cuando uno de los dos ya no se da cuenta del enfado del otro.

### *Axioma*

Un enfado que se repite es una ponzoña mortal.

Es para evitar ese suicidio del amor que nuestra ingeniosa Francia inventó los *boudoirs*<sup>[10]</sup>. Las mujeres no podían tener los sauces de Virgilio en nuestras viviendas modernas. Al desaparecer los oratorios, estos pequeños aposentos se convirtieron en *boudoirs*.

Este drama conyugal tiene tres actos. El acto del prólogo ya se ha representado. Viene el acto de la falsa coquetería, el cual es uno de esos en que las francesas tienen el mayor éxito.

Adolfo vaga por la habitación desvestiéndose, y, para un hombre, desvestirse es ofrecer un aspecto excesivamente débil.

Seguro que a todo hombre de cuarenta años ese axioma le parecerá profundamente justo.

### *Axioma*

Las ideas de un hombre que no tiene tirantes ni botas ya no son las de un hombre que lleva esos dos tiranos de nuestro espíritu.

Observad que este no es un axioma sino en la vida conyugal. En moral, es lo que llamamos un teorema relativo.

Carolina calcula, como un jockey en el hipódromo, el momento en que podrá despegarse y distanciarse de su adversario. Entonces se prepara para ser de una seducción irresistible para Adolfo.

Las mujeres poseen una mímica del pudor, una ciencia para los ejercicios ecuestres o para andar en la cuerda floja, unos secretos de asustadiza paloma, un registro particular para cantar, como Isabel en el cuarto acto de *Roberto el Diablo*: «¡Gracia para ti! ¡Gracia para ti!», que dejan a los entrenadores de caballos a mil codos por debajo de ellas. ¿Qué queréis?; es la historia eterna, es el gran misterio católico de la serpiente aplastada, de la mujer liberada que se convierte en la gran fuerza social, como dicen los seguidores de Fourier. Sobre todo en esto consiste la diferencia de la esclava oriental con la esposa de Occidente.

Sobre la almohada conyugal, el segundo acto acaba en onomatopeyas que persiguen la paz. Adolfo, lo mismo que los niños ante una tarta, le ha prometido a Carolina todo lo que Carolina ha querido.

TERCER ACTO. — *(Al levantarse el telón, la escena representa un dormitorio extremadamente desordenado. Adolfo se pone el batín e intenta salir, y lo hace furtivamente, sin despertar a Carolina, la cual duerme con su mejor sueño).*

Carolina, abiertamente feliz, se levanta, se mira al espejo, y se inquieta por el desayuno. Una hora después, cuando está preparada, se entera de que han servido ya el desayuno.

—Avisad al señor.

—Señora, el señor está ya en el saloncito.

—¡Qué gentil eres, maridito! —dice ella yendo a Adolfo y volviendo a emplear el lenguaje pueril, lagotero, de la luna de miel.

—¿Por qué?

—Por no haber permitido que tu Lilina monte a caballito...

*Observación.* — Durante la luna de miel, algunos esposos muy jóvenes han practicado lenguajes que, en la antigüedad, Aristóteles había ya clasificado y definido. (Véase su *Pedagogía*). Así se habla con diminutivos onomatopéyicos, como las madres y las nodrizas lo hacen con las criaturas. Esta es una de las razones secretas, discutidas y reconocidas por los alemanes en gruesos volúmenes en cuarto, que determinaron a las Cabiras, creadoras de la mitología griega, a representar al Amor en niño. Hay otras razones que conocen las mujeres, siendo la principal, según ellas, que el amor es siempre pequeño en el hombre.

—¿De dónde has sacado eso, querida? ¿De tu gorro?

—¿Cómo...?

Carolina se queda como clavada sobre sus piernas, y abre los ojos, dilatados por la sorpresa. Epiléptica por dentro, no añade una palabra, y mira fijamente a Adolfo. Bajo los satánicos rayos de su mirada, Adolfo realiza un cuarto de cambio de frente dirigiéndose al comedor, pero se pregunta si no conviene darle una lección a Carolina, recomendando al picador que la desengañe de la equitación con la dureza del aprendizaje.

Nada más terrible para una comedianta que cuenta con un éxito y le *sale un bollo*.

En la jerga de entre bastidores, esa expresión es no ver a nadie en la sala o no oír ningún aplauso; es haberse tomado mucha molestia para nada; es el fracaso en su apogeo.

Esta pequeña miseria (es muy pequeña) se reproduce de mil maneras en la vida conyugal, cuando ha acabado la luna de miel y si las mujeres no tienen una fortuna propia.

A pesar de la repugnancia del autor en deslizar anécdotas en una obra abiertamente aforística, cuya textura no contiene sino observaciones más o menos finas o agudas y muy delicadas, debido al tema cuando menos, le parece necesario adornar esta página con un hecho debido a uno de nuestros primeros galenos. Esta repetición del tema contiene una regla de conducta con respecto a los doctores parisienses.

Un marido se encontraba en el mismo caso de nuestro Adolfo. Su Carolina, habiendo *hecho un bollo* la primera vez, se emperraba en triunfar, pues a menudo Carolina triunfa... Esta representaba la comedia de la enfermedad nerviosa. (Véase la *Fisiología del matrimonio*, Meditación XXVI, párrafo de las *Neurosis*). Desde hacía dos meses se pasaba la vida tendida en su diván, levantándose al mediodía, renunciando a todas las diversiones de París. Nada de espectáculos... ¡Oh, la pesada atmósfera, las luces...! ¡Las luces sobre todo! El alboroto, la salida, la entrada, la música... ¡Qué irritante todo, qué desespero...!

Nada de salidas al campo... Sería su deseo, pero le faltaba (*desiderata*) coche propio, caballos de su propiedad... El señor se negaba. Y salir de excursión en su *locati*, en simón..., sólo pensarlo le daba náuseas.

Nada de cocina...; el humo de las viandas revolvió el estómago de la señora. La señora bebía mil brebajes que su camarera no le vio tomar nunca.

En fin, un gasto tremendo en potingues, en privaciones, en polvos muy especiales para conseguir una palidez cadavérica, en tramoyas, absolutamente como cuando una administración teatral anuncia a los cuatro vientos el montaje fabuloso de una obra.

Se pensó si un viaje que la llevase a unas aguas termales, al balneario de Ems, al de Hombourg, al de Carlsbad, quizá pudiera curar a la señora; pero ella no admitía viaje alguno si no era en su coche. ¡Siempre el coche!

Pero ese Adolfo seguía en sus trece y no cedía.

Y esa Carolina, como mujer sumamente espiritual, le daba la razón a su marido.

—Adolfo tiene razón —decía a sus amigas—; yo soy quien está loca; él no puede, no debe aún comprar un coche; los hombres saben mejor que nosotras cómo les van los negocios...

A veces ese Adolfo rabiaba; las mujeres tienen maneras que no merecen sino el infierno. Luego, ya en el tercer mes, se encuentra con uno de sus amigos de colegio, subteniente en el Cuerpo de Sanidad, ingenuo como todo joven médico, con sus recientes galones e incluso pudiendo ordenar fuego.

«Mujer joven y médico joven», se dice nuestro Adolfo.

Y propone al Bianchon futuro que le diga la verdad sobre el estado de Carolina.

—Querida, ya es hora de que te traiga un médico —dice por la noche Adolfo a su mujer—, y aquí tienes al mejor para una mujer guapa.

El novato examina concienzudamente, hace hablar a la señora, la ausculta y palpa con discreción, se informa sobre los más ligeros diagnósticos, y acaba, mientras sigue conversando, por dejar errar involuntariamente sobre sus labios, de acuerdo con sus ojos, una sonrisa, una expresión excesivamente dubitativa, por no decir irónica. Receta una medicación insignificante, sobre cuya importancia insiste, y promete volver para apreciar sus efectos. Y ya en la antecámara, creyéndose a solas con su amigo de colegio, se encoge de hombros muy expresivamente.

—Tu mujer no tiene nada, querido —dice—. Se burla de ti y de mí.

—Ya me lo suponía...

—Pero si sigue jugando terminará por enfermar de verdad. Soy demasiado buen amigo tuyo para callártelo. Y, francamente te lo digo, quiero que en el médico que soy sólo veas honestidad.

—Mi mujer quiere un coche.

Y como en el *Soto de carroza fúnebre* esta Carolina había escuchado detrás la puerta.

Y todavía hoy el joven doctor se ve obligado a despedrar su camino de las calumnias con que esa encantadora mujer lo envuelve a cada momento, y, para obtener la paz, se ha visto obligado a acusarse de esa pregunta falta de hombre joven, nombrando a su enemiga a fin de hacerla callar de una vez.

## XXXV

### LAS CASTAÑAS DEL FUEGO

No se sabe cuántos matices hay en la desgracia; depende de los caracteres, de las fuerzas de las imaginaciones, de la potencia de los nervios. Si resulta imposible captar estos matices tan variables, se puede cuando menos indicar los tonos opuestos, los principales accidentes. El autor ha reservado así esta pequeña miseria para la última, pues es la única que resulta cómica en la desgracia.

El autor se jacta de haber agotado las principales. Así las mujeres llegadas al puerto, a la feliz edad de los cuarenta años, época en la cual escapan a las maledicencias, a las calumnias y a las sospechas, cuando su libertad comienza; esas mujeres le harán justicia diciendo que en esta obra quedan indicadas o representadas todas las situaciones críticas de un matrimonio.

Carolina tiene su asunto Chaumontel. Convence a su marido de que le es inevitable salir, una y otra vez, pues ella ha acabado por entenderse con la señora Fischtaminel.

En todos los matrimonios, en un tiempo dado, las señoras de Fischtaminel se convierten en la providencia de las Carolinas.

Carolina halaga a la señora de Fischtaminel con tanto cuidado como el ejército de Africa mima a Abd-el-Kader, dedicándole la solicitud que un médico destina a no curar a un rico enfermo imaginario. Entre las dos, Carolina y la señora de Fischtaminel, inventan ocupaciones al querido Adolfo cuando ni la señora de Fischtaminel ni Carolina quieren a ese semidiós en sus penates. La señora de Fischtaminel y Carolina, convertidas por la solicitud de la señora Foullepointe en las mejores amigas del mundo, han acabado por conocer y emplear esa masonería femenina cuyos ritos no se aprenden en ninguna iniciación.

Si Carolina escribe la víspera a la señora de Fischtaminel este billetito:

«Angel mío, probablemente veréis mañana a Adolfo; no le retengáis mucho tiempo, pues pienso ir con él al Bosque hacia las cuatro; pero si tenéis mucho interés en conducirle allí, yo le recogeré. Deberíais enseñarme vuestro sistema para entretener así a las personas aburridas».

La señora de Fischtaminel se dice: «Bien, tendré a ese mozo a mi cargo desde el mediodía hasta las cinco».

#### *Axioma*

Los hombres no adivinan siempre lo que significa en una mujer una petición positiva, pero otra mujer no se equivoca nunca: ella hace lo contrario.

Esos pequeños seres, y sobre todo las parisienses, son los más lindos juguetes que la industria social ha inventado; falta algún sentido a quienes no las adoran, a los que no experimentan un constante júbilo al verlas disponiendo sus trampas igual que se arregla el cabello, creándose un lenguaje especial, construyendo con sus frágiles dedos artilugios tan poderosos como para triturar las más grandes fortunas.

Un día, Carolina ha adoptado las más minuciosas precauciones; ha escrito la víspera a la señora Foullepointe para que fuese a Saint Maur con Adolfo para ver una propiedad cualquiera en venta; Adolfo irá a comer a su casa. Ella le pincha sobre el cuidado que pone en sus trajes, y le hace preguntas absurdas sobre la señora Foullepointe.

—Es muy gentil, y creo que está cansada de Carlos... Acabarás por inscribirla en tu catálogo, viejo don Juan; pero ya no tendrás más necesidad del asunto Chaumontel; yo no soy celosa..., tienes tu pasaporte; ¿prefieres esto a que te siga adorando?... Monstruo, ya ves lo amable que soy...

En cuanto el señor se ha marchado, Carolina, que la víspera le ha escrito a Fernando para que vaya a comer con ella, se compone un tocado que, en ese encantador siglo XVIII tan calumniado por los republicanos, por los humanitarios y los imbéciles, las mujeres de calidad clamaban su uniforme de combate.

Carolina lo ha previsto todo, pues el Amor es el primer ayuda de cámara del mundo, por lo que la mesa está puesta con una coquetería diabólica. Lencería blanca adamascada, vajilla azul y dorada, flores por todas partes...

Si es invierno, ha encontrado uva, y ha repasado la bodega para descubrir exquisitos y añejos caldos. Los panecillos proceden del más famoso panadero. Los manjares succulentos, los pasteles y las empanadas, toda esa vitualla elegante y delicada habría hecho relinchar a Grimod de la Reyniere, habría hecho sonreír a un banquero y decir a un profesor de la antigua Universidad de qué se trataba.

Todo está dispuesto. Carolina lo está desde la víspera, y ahora contempla su obra. Justina suspira y ordena los muebles. Carolina quita algunas hojas amarillentas a las flores de las jardineras. Una mujer disimula entonces lo que es preciso llamar piafidos del corazón por estas ocupaciones simples en que los dedos tienen la fuerza de las tenazas, en que las uñas rosas arden, y raspa la garganta esta muda exclamación: «¡No viene...!»

¡Qué puñalada el anuncio de Justina!: «Señora, una carta».

¿Una carta en vez de un Fernando? ¿Cómo se abre? ¡Qué siglos de vida consumidos abriéndola! Las mujeres saben de eso... En cuanto a los hombres, cuando sufren esas rabias, se rasgan la pechera.

—¡Justina, don Fernando está enfermo...! —exclama Carolina—. Haz que llamen a un coche...

En el momento en que Justina baja la escalera, sube Adolfo.

—¡Pobre señora! —se dice Justina—. Sin duda ya no necesita coche.



—¡Vaya! ¿De dónde sales? —exclama Carolina al ver que Adolfo se queda como en éxtasis ante la comida casi voluptuosa.

Adolfo, a quien su mujer no sirve hace mucho tiempo festines tan selectos, no dice nada. Adivina de qué se trata al ver impresas en el mantel las encantadoras ideas que, sea la señora de Fischtaminel, sea el síndico del asunto Chaumontel, le dibujan sobre otras mesas no menos elegantes.

—¿A quién esperas? —interroga a su vez.

—¿A quién? No puede ser otro que Fernando —responde Carolina.

—Pues se hace esperar...

—El pobre muchacho está enfermo.

Una idea chusca pasa por la cabeza de Adolfo, y responde guiñando sólo un ojo:

—Si acabo de verle,

—¿Dónde?

—Frente al Café de París, con unos amigos...

—Y tú, ¿por qué has vuelto? —responde Carolina, que quiere ocultar una rabia homicida.

—La señora Foullepointe, de quien decías que estaba harta de Carlos, desde ayer por la mañana está con él en Ville-d'Avray.

—¿Y el señor Foullepointe?

—Hace un pequeño viaje de recreo por un nuevo asunto Chaumontel, una linda pequeña... dificultad que se le ha presentado; pero sin duda la resolverá.

Adolfo se sienta a la mesa diciendo:

—Esto está bien; tengo un hambre de lobo.

Carolina se sienta también, observando de soslayo a Adolfo; ella llora por dentro, pero no tarda en preguntar, con un tono de voz que consigue que parezca indiferente:

—¿Con quién estaba Fernando?

—Con una pandilla de amigotes que le arrastran a la mala compañía. Ese joven se está echando a perder. Frecuenta la casa de la señora Schontz, recorre mancebías... Deberías escribir a su tío. Posiblemente tendría alguna comida convenida en casa de la señora Malaga...

Adolfo mira socarronamente a Carolina, quien baja los ojos para esconder sus lágrimas.

—¡Qué guapa te has puesto esta mañana! —prosigue él—. Estás a tono con tu comida... Fernando no comerá tan bien como yo...

Adolfo maneja tan bien la chanza, que inspira a su mujer la idea de castigar a Fernando. Adolfo, que pretende tener el apetito de dos lobos, hace olvidar a Carolina que tiene esperándola el coche de punto que encargó.

La portera de Fernando llega hacia las dos, en el momento en que Adolfo duerme en un diván. Esta Iris de los solteros viene a decir a Carolina que Fernando tiene mucha necesidad de alguien.

—¿Se ha emborrachado? —pregunta Carolina furiosa.

—Ha tenido un desafío esta mañana, señora...

Carolina cae desvanecida, pero se recobra al instante, se levanta y corre a casa de Fernando, encomendando a Adolfo a los dioses infernales.

Cuando las mujeres son víctimas de estas pequeñas combinaciones, tan espirituales como suyas, entonces gritan:

—¡Los hombres son unos terribles monstruos!

## XXXVI

### ÚLTIMA RATIO

He aquí nuestra última observación. La última porque esta obra comienza a parecerse fatigosa, tanto como el propio tema, si es que estáis casado.

Esta obra, que, según el autor, es respecto a la *Fisiología del Matrimonio* lo que la historia es a la filosofía, lo que el hecho a la teoría, ha tenido su lógica, como la vida tomada en grande tiene la suya.

Y he aquí cual es esa lógica fatal, terrible. En el momento en que se concluye la primera parte de este libro, lleno de bromas en serio, Adolfo ha llegado, como podéis observarlo, a una indiferencia completa en materia matrimonial.

Ha leído novelas cuyos autores aconsejan a los maridos molestos que se embarquen para el otro mundo o que vivan en buena armonía con los padres de sus hijos, llevándolos en palmas, adorándolos, pues si la literatura es la imagen de las costumbres reconocen los defectos señalados por la *Fisiología del matrimonio* en esta institución fundamental. Más de un gran talento ha asestado terribles golpes a esta base social, sin quebrantarla.

Adolfo ha leído sobre todo mucho a su mujer, y disfraza su inteligencia bajo esta profunda palabra: indulgencia. Es indulgente con Carolina, no viendo en ella más que a la madre de sus hijos, un buen compañero, un amigo seguro, un hermano.

En el momento en que terminan aquí las pequeñas miserias de la mujer, Carolina, mucho más hábil, ha llegado a practicar esa provechosa indulgencia; pero ella no renuncia a su querido Adolfo. Está en la naturaleza misma de la mujer el no abandonar nada de sus derechos. *¡Dios y mi derecho... conyugal!* es, como se sabe, la divisa de Inglaterra, sobre todo hoy.

Las mujeres tienen tan gran amor por la dominación que a este respecto contaremos una anécdota que no data de diez años. Es una anécdota muy reciente.

Uno de los grandes dignatarios de la Cámara de los Pares, tenía una Carolina, ligera como casi todas las Carolinas. Este nombre trae suerte a las mujeres. El tal dignatario, entonces muy viejo, estaba a un lado de la chimenea y Carolina al otro. Carolina bordeaba ese lustro durante el cual las mujeres no dicen ya su edad. Un amigo fue a informarles del casamiento de un general que en otro tiempo había sido amigo de la casa.

Ante la noticia, Carolina cae en un desespero con anegamiento de auténticas lágrimas; grita, chilla, y conmueve tanto al gran dignatario, que éste intenta consolarla. Y entre una que otra frase de consuelo, el conde llega hasta a decir a su mujer:

—En fin, ¿qué quieres, querida? De todos modos, no podía casarse contigo...

Y se trataba de uno de los más elevados funcionarios del Estado, pero amigo de

Luis XVIII, necesariamente tenía que ser un poco Pompadour.

Toda la diferencia de la situación de Adolfo y de Carolina estriba en esto: si el señor no se preocupa ya de la señora, ella conserva el derecho de preocuparse del señor.

Y ahora, escuchemos lo que se llama el *¿qué se dirá?* objeto de la conclusión de esta obra.

## XXXVII

### COMENTARIO DONDE SE EXPLICA LA *FELICHITTA* DE LOS FINALES

¿Quién no ha oído en su vida una ópera italiana cualquiera? Por tanto, habéis debido observar el abuso musical de la palabra *felichittá* prodigado por el poeta y por los coros en el momento en que todo el mundo abandona su palco o se levanta de la butaca.

Espantosa imagen de la vida. Se sale de ella en el momento en que se oye la *felichittá*.

Habéis meditado en la profunda verdad que rema en ese final, en el momento en que el músico lanza su última nota y el autor su último verso, en que la orquesta da su último golpe de arco, su último soplo, y los cantantes se dicen: «Vamos a cenar», o los coristas: «¡Que suerte, no llueve...!» Pues bien: en todos los estados de la vida se llega a un momento en que la broma ha acabado, en que la representación ha concluido, pudiendo cada cual tomar una decisión, y cantando cada uno por su lado la *fehchittá*. Tras haber pasado por todos los *dúos*, los *solos*, los  *finales de fugas*, las *codas*, los trozos de conjunto, los *nocturnos*, las fases de algunas escenas, tomadas en el océano de la vida conyugal, y que son temas cuyas variaciones habrán adivinado lo mismo los inteligentes que los torpes (en cuestión de sufrimientos, todos somos iguales), la mayoría de los matrimonios parisienses llegan, en determinado tiempo, al coro final siguiente:

(La esposa a una mujer joven que se encuentra en el veranillo de San Martín conyugal):

—Querida, soy la mujer más feliz de la tierra. Adolfo es un modelo de marido; es bueno, no es quisquilloso, es complaciente. ¿No es verdad, Fernando?

(Carolina se dirige al primo de Adolfo, joven de bonita corbata, cabello reluciente, botas charoladas, levita del más elegante corte, sombrero de copa, guantes de cabritilla, chaleco bien escogido, lo mejor en bigotes, en patillas, en perilla a la Mazarino, y dotado de una admiración profunda, muda, atenta, por Carolina).

*El Fernando.* — Adolfo es tan feliz por tener una mujer como tú. ¿Qué le hace falta? Nada.

*La esposa.* — En los comienzos, siempre estábamos discutiendo. Pero ahora nos entendemos a las mil maravillas. Adolfo sólo hace lo que le agrada, no se incomoda, y yo ya no le pregunto ni a dónde va ni lo que ha visto. La indulgencia, mi querida amiga; ahí está el gran secreto de la felicidad. Vos estáis aún en las pequeñas porfías, impaciencias y contrariedades, en los celos sin motivo, en las pependencias, en los alfilerazos. ¿Para qué sirve eso? ¡Es tan corta la vida de nosotras las mujeres! ¿Qué tenemos? ¿Diez hermosos años? ¿Para qué cargarlos de aburrimiento, de molestias y disgustos? Yo era como vos, pero un buen día conocí a la señora Foullepointe, una

mujer encantadora que me abrió los ojos y me enseñó la manera de hacer feliz a un hombre... Desde entonces, Adolfo cambió por completo; ahora es encantador. Él es el primero en preguntarme con inquietud, hasta con sobresalto, cuándo voy al teatro, y hay que oírle si a las siete estamos él y yo solos aquí: «Fernando vendrá a buscarte, ¿verdad?» ¿No es así, Fernando?

*El Fernando.* — Nosotros somos los mejores primos del mundo.

*La joven afligida.* — ¿Llegaré yo a eso?

*El Fernando.* — Vos sois muy bella, señora, y nada os será más fácil.

*La esposa (irritada).* — Bueno, adiós, pequeña. (La joven afligida sale).  
Fernando, me pagaréis esas palabras.

*El esposo (en el Bulevar de los Italianos).* — Querido (sujeta al señor de Fischtaminel por un botón del sobretodo), vos estáis aún en la creencia de que el matrimonio se basa en la pasión. Las mujeres pueden, en rigor, amar a un solo hombre, pero nosotros... Dios santo, la sociedad no puede domar a la naturaleza. Mirad, lo mejor en matrimonio es tenerse mutuamente una indulgencia total, a condición de guardar las apariencias. Yo soy el marido más feliz del mundo. Carolina es una amiga fiel, ella me lo sacrificaría todo, hasta a mi primo Fernando si fuese preciso... Sí, ya podéis reiros, pero está dispuesta a hacerlo todo por mí. Vos os enredáis aún en pasmosas ideas de dignidad, de honor, de virtud, de orden social. La vida no se vuelve a comenzar; hay que empaparla de placer. Ya son dos años que entre Carolina y yo no se ha cruzado una sola palabra agria. Tengo en Carolina a un camarada al que se lo puedo decir todo, y que sabría consolarme en las grandes circunstancias. No hay entre nosotros el menor engaño, y sabemos a qué atenernos. Nuestras reconciliaciones son venganzas, ¿comprendéis? Así, hemos trocado nuestros deberes en placer. Somos ahora más dichosos que en esta plúmbea época llamada la luna de miel. Ella me dice a veces: «Hoy estoy gruñona; déjame, vete...» Y la tormenta cae sobre mi primo. Carolina no adopta ya sus aires de víctima, y habla bien de mí al universo entero. En fin, ella es dichosa con mis placeres. Y como es una mujer muy honesta y recatada, obra con la mayor delicadeza en el empleo de nuestra fortuna. Mi casa está bien atendida. Mi mujer me deja la disposición de mi reserva sin intervención alguna. Y ahí está. Hemos puesto aceite en los engranajes; vos ponéis guijos, mi querido Fischtaminel. No hay más que dos soluciones: el cuchillo del moro de Venecia o el escoplo de José. El ropaje de Otelo, querido, hoy cae muy mal. Yo, como buen católico, soy carpintero.

*Coro, (en un salón, en medio de un baile).* — La señora Carolina es una mujer encantadora.

*Una mujer con turbante.* — Sí, con la mejor compostura, con dignidad.

*Una mujer que tiene siete hijos.* — Ella ha sabido apoderarse de su marido.

*Un amigo de Fernando.* — Pero ella quiere mucho a su marido. Además Adolfo es un hombre muy distinguido, con mucha experiencia.

*Una amiga de la señora de Fischtaminel.* — Adora a su mujer. Con ellos, nada de

incómodo ni de molestias; todo el mundo se divierte en su casa.

*El señor Foullepointe.* — Sí, es una casa muy agradable.

*Una mujer de la que se habla muy mal.* — Carolina es buena, servicial, y no habla mal de nadie.

*Una dama, (volviendo de su baile a su sitio).* — ¿Os acordáis de lo pesada que era cuando se relacionaba con los Deschars?

*La señora de Fischtaminel.* — Sí, ella y su marido eran dos cardos intratables..., siempre peleándose. (La señora de Fischtaminel se va).

*Un artista.* — Pero el señor Deschars no sale de entre bastidores; parece que la señora Deschars ha terminado por venderle demasiado cara su virtud.

*Una burguesa (asustada por su hija del giro que toma la conversación).* — La señora Fischtaminel está encantadora esta noche.

*Una mujer de cuarenta años (sin empleo).* — Adolfo tiene un aspecto tan feliz como su mujer.

*La muchacha.* — ¡Qué guapo es ese Fernando! (Su madre le da un pisotón). ¿Qué quieres, mamá?

*La madre (mirando fijamente a su hija).* — No se dice eso, niña; sólo se dice del prometido. Fernando no está para casarse.

*Una dama muy escotada (a otra no menos escotada).* — (Sotto voce). Mirad, querida, la moral que impera; sólo son felices los matrimonios de cuatro.

*Un amigo (a quien el autor ha tenido la imprudencia de consultar)* — Esas últimas palabras son falsas.

*El autor.* — ¿Tú crees?

*El amigo (que acaba de casarse).* — ¡Gastas toda tu tinta en rebajarnos la vida social, so pretexto de ilustrarnos! ¡Te digo, querido, que hay matrimonios cien veces, mil veces más felices que esos matrimonios de cuatro!

*El autor.* — ¿Así, pues, hay que engañar a las personas casaderas, y borrar las palabras?

*El amigo.* — No, serán tomadas como el estribillo de un cuplé de vodevil.

*El autor.* — Es una manera de hacer pasar las verdades.

*El amigo (que se mantiene en sus trece).* — Las verdades destinadas a pasar.

*El autor (queriendo ser el de la última palabra).* — ¿Qué es lo que no pasa? Proseguiremos esta conversación cuando tu mujer tenga veinte años más. Quizá entonces no seáis felices sino con un tercero.

*El amigo.* — Tú te vengas muy duramente por no poder escribir la historia de los matrimonios felices...



## **OBRAS INACABADAS O ESBOZADAS**





# EL TEATRO TAL COMO ES

PRIMERA PARTE  
LOS ACTORES DE PROVINCIAS

## INTRODUCCIÓN

En el mundo real todo es verdad. Pero la mayor parte de las cosas verdaderas se convierten en inverosímiles en esas historias de las costumbres que conocemos bajo el nombre de novelas. Así, los historiadores del alma humana deben, para hacer verosímil lo verdadero, dar todas las raíces del fruto. Precisamente es esto lo que da origen a aquellas divagaciones tan censuradas por los críticos cuando no tienen otra cosa que reprochar, y que es la razón de esta introducción.

Sería sumamente difícil comprender al personaje central de esta historia, uno de los pocos caracteres que no han sido todavía descritos, sin hacer un rápido análisis de su infancia que, por otra parte, no puede decirse que carezca de moraleja útil para todos y de temas de reflexión para el moralista.

Pocas personas saben que la residencia de Fouquet, la ilustre víctima de Luis XIV, seguía en pie en 1817, con toda la magnificencia que le había sido propia, en la calle Montmorency, en el Marais. Es muy posible que haya sido demolida posteriormente. Pero en 1824 se mantenía todavía íntegra. Podía verse en ella una amplia sala de guardias y unas habitaciones del mismo estilo que las de Lauzun en el palacio Pimodan.

Dicha residencia era, sobre todo, notable por vasta conserjería, en la parte superior de la cual podía aún leerse la inscripción *Conserje* tal y como el administrador general la había hecho pintar en letras negras.

Esa portería había sido el retiro de un hombre llamado

Médal que, durante la Revolución, representó uno de aquellos terribles papeles secundarios a los que se debieron los sangrientos horrores de aquel gran drama.

Había presidido la sección del Temple; fue, invariablemente, amigo de Robespierre y su fiel imitador. De modo que cuando la Montaña fue vencida, el incorruptible patriota volvió a la portería de donde había salido y se sintió muy feliz por seguir tirando del cordón del palacio Fouquet.

Escondió su sable y su pica, su carmañola y su gorro rojo, esperando tiempos mejores.

—Me gusta tirar de la cuerda —decía a uno de sus acólitos, que se había dedicado a comisionista en la esquina de la calle de Beaubourg—. Me recuerda a la guillotina.

En 1800, el republicano Médal empezó a considerar a la República como algo *pocho*; debemos pedir perdón por la sustitución de la expresión que realmente empleó Médal por este honesto adjetivo, dado que el enérgico vocabulario de 1793 puede considerarse como eminentemente antiliterario.

En 1801, el portero se casó. Pero, tal como le estamos describiendo, puede suponerse que no había abjurado de sus opiniones y contrajo matrimonio con una de aquellas infortunadas que habían sido diosas durante mi solo día.

La que había sido diosa de la Razón, que contaba por aquel entonces veintisiete

años, había llevado una vida sumamente desordenada. Sucesivamente amiga íntima de proveedores del ejército, de generales, había conocido, alternativamente, el lujo y la miseria. Conservando ciertas tradiciones de la elegancia de días más afortunados, estando en disposición de dar la mano a la miseria como a una vieja conocida, a los veintisiete años, la señorita Bara, conocida por Sofía, no podía ofrecer otra cosa que los restos de una hermosura en trance de desaparecer definitivamente, ya que las enfermedades y los excesos de todas clases habían envejecido prematuramente a aquella concubina de la Revolución.

Tocada con un pañuelo a cuadros, vestida con tela de indiana, aquella mujer que en días pasados había comido en vajilla de plata, que había vivido en un palacio, cubierta de encajes, le hacía el puchero al viejo Médal, y le dio, hacia 1813, un hijo, al que, en recuerdo de su amigo Robespierre, impusieron el nombre de Roberto.

Cuando la fortuna de Napoleón quitó a aquellos dos personajes la esperanza de volver a serlo, sus caracteres se fueron agriando y empezaron a echarse en cara, mutuamente, sus equivocaciones.

La mujer decía al marido que había sido un imbécil al no haberse aprovechado de las ocasiones que había tenido de enriquecerse. El marido no comprendía cómo su esposa no había podido conservar ni una de las joyas de su pasajera opulencia.

Médal era un hombre violento, rencoroso, y de una ferocidad contenida que hacía, que le temieran en el barrio. En cuanto a su aspecto, recordaba al de Marat.

Bajo, enfermizo, constantemente inclinado sobre su banco de zapatero, parecía todavía más endeble de lo que era en realidad, ya que con el tiempo se había ido cargando de espaldas.

El pequeño Roberto, criado por su madre, que prefirió darle su poco sustanciosa leche que pagar la de un ama de cría, conoció el mal desde el día en que empezó a abrir los ojos, ya que el padre Médal juraba y blasfemaba como un comité de salud pública cada vez que el niño lloraba y le prodigaba insultos. Más adelante, aquel terrible padre en vez de jurar se fue acostumbrando a largarle un buen puntapié a su presunto heredero, de modo que la infancia de Roberto fue una infancia muerta.

Todo lo que pudo oír aquel muchachito fueron feroces frases sobre los aristócratas, de odio contra los ricos, lamentaciones contra la Montaña por no, haber hecho caer más cabezas durante su reinado.

Cuando su hijo cumplió los siete años, el padre Médal aprovechó un día en que tenía lugar una ejecución para iniciar a su hijo en las delicias de la guillotina, sobre la cual, como es fácil suponer, había sido excitada la curiosidad de Roberto desde los cinco años de edad.

—Ahí la tienes, ahí tienes a la santa guillotina —dijo el viejo portero a Roberto—. Mírala bien; es el instrumento de la libertad, la navaja nacional, la viuda de la aristocracia. Todavía tiene sed. ¿Cuándo podremos entregarle a todos esos miserables ricachones que beben el sudor del pueblo?

El padre Médal fue muy elocuente. Deploró que aquella maravillosa máquina

estuviera destinada únicamente a despachar a locos, a asesinos. Jamás el pequeño Roberto faltó a una ejecución. Su padre le permitía hacer novillos en la escuela en provecho de su instrucción revolucionaria. «Vamos, pequeño; esto formará tu carácter, endurecerá tu corazón. ¡Día llegará en que serás digno de tu padre, si es que vuelve la República!»

Para evitar los puntapiés, el pequeño Roberto procuraba halagar los feroces instintos de su padre. Pero eran tantas las ocasiones que éste tenía de apabullar a su heredero, que eran contados los días en que Roberto no recibía ninguna paliza. El muchacho iba a robar manzanas, castañas, y tenía que comer las verduras crudas. Correteaba por las calles en vez de asistir a la escuela, y si consiguió aprender a leer y a escribir, se debió a un milagro del ingenio natural del mozalbete de París, que sabe todo desde su nacimiento, como las personas instruidas.

Naturalmente, se burlaba de su padre y de su madre y, por venganza, remedaba sus actitudes y gestos. Pero les remedaba con tal perfección que le valía los elogios de todos los demás pilluelos del barrio. La deficiente alimentación y el aire viciado de la portería habían privado a aquel infortunado niño de los rosados colores y prietas carnes propias de la infancia. Parecía escrofuloso y linfático sin serlo en realidad, porque era todo nervio. Pero su alimentación, las manzanas crudas, las verduras crudas, las castañas y las patatas asadas, habían depauperado su sistema cutáneo.

La piel de su pálido rostro era lívida y se encogía, según la mueca que deseaba hacer, en el punto exacto que quería contraer. Podía elevar las cejas a tres pulgadas de los ojos.

Aprendió desde muy temprana edad todas las artimañas de la lucha callejera y de la gimnasia de los pilluelos. Se fue haciendo rápido, desenvuelto, le fue tomando gusto al aguardiente y, merced a su ingenio, a los diez años pudo tenderle a su propio padre las más atrevidas trampas, en las cuales caía el feroz zapatero, para quien los puntapiés constituyeron una débil ayuda contra los trucos de Roberto.

El mozalbete hallaba la manera de gastarle malas pasadas a su padre sin necesidad de faltarle al respeto; charrupaba del caldero donde se cocía la sopa, reemplazando el caldo por agua clara; hacía que se *extraviaran* los objetos de valor monetario; finalmente, cansada de tantas picardías, un buen día la señora Médal mandó a Roberto a casa de su hermano, maese Bara, que tenía un cargo en un juzgado, para que, a los once años, trabajara como meritorio.

Bara, hombre de carácter duro y arisco, dio de comer a su sobrino en la cocina, le hizo dormir bajo tejado, le propinaba palmetazos en los dedos de las manos cada vez que pasaba demasiado tiempo en sus correrías callejeras, o cuando no había estado garabateando bastante, y le había colocado bajo la férula de su primer pasante que se encargó de enseñar a Roberto latín, historia y geografía, así como de prepararle para poder ingresar algún día en la facultad de Derecho.

Fue aquélla una dura escuela. En ésta, Roberto estudió las leyes en su aplicación inmediata sobre los pacientes. Se le enseñó una cierta frialdad de corazón para con la

miseria. Se hizo licenciado en tretas, recibiendo el doctorado en el arte de engañar. Llegó a depravarse totalmente. Si durante cuatro años aceptó aquella espantosa situación fue porque tuvo, durante cuatro años, como institutriz, a la cocinera de su tío. Esta le robaba a su amo, dándole lo robado a Roberto; luego iba a lugares malos con el dinero que le entregaba aquella mujer.

Por último, tenía una pasión. Le gustaba enormemente el Teatro Francés y con otros cinco teatros, el meritorio encontró la manera de hacerse regalar entradas de gallinero con la condición de aplaudir, siguiendo las instrucciones transmitidas por el jefe de la claqué.

A los catorce años, Roberto se sabía de memoria todos los repertorios y representaba, en secreto, los papeles de Taima, los papeles de obras de capa y espada, en casa de Doyen. Doyen, uno de los maestros que tuvo Taima, poseía, como ya es sabido, un teatro de sociedad, precisamente en la calle de Montmorency, esquina a la calle de..., en lo que había sido iglesia de un antiguo convento. Todos los gastos de las representaciones eran a cargo de los actores, a los que Doyen alquilaba los trajes, y los reemplazaba personalmente en la escena cuando faltaba alguien.

Doyen, una de las figuras más populares del Marais, era propietario de la sala. La había comprado durante la Revolución, lo mismo que los decorados y todo el material. De su escuela habían salido numerosos actores. Pero el más célebre era Taima. Pudo gozar de su reputación, de sus éxitos, hasta que vio en lontananza la gloria, no menos sólida, de Roberto Médal.

A los dieciséis años, la casa de su tío se le hizo insoportable a Roberto. La cocinera había sido despedida, y el tío se había enterado de que su sobrino actuaba gratis en pequeños teatros, representaba papeles con Doyen y convivía con figurantes de trece o catorce años; le hizo subir a un coche de punto con el pretexto de ir a ver a un deudor y lo devolvió al padre Médal, que cayó sobre la esperanza de su ancianidad a puntapiés, de manera tan violenta, que Roberto empuñó el cuchillo de cocina amenazando al autor de sus días. La madre consiguió separar a los dos contendientes. El propietario de la casa, que entró por casualidad, echó de ella al padre y a la madre de Médal, que se vieron obligados a tener que vivir al aire libre, el padre componiendo el calzado, la madre vendiendo cordilla para los gatos, hierbas, alpiste para los canarios y patatas asadas.

Roberto se escapó, cargado con la maldición de sus padres. Sin creer en las doctrinas revolucionarias de su padre, estaba imbuido de ellas. Habiendo imitado durante mucho tiempo los gestos y actitudes de su tío, las de sus empleados y las de sus clientes, había adquirido también cierto aspecto de hombre de leyes. El gran cuadro de la vida de las gentes en lucha constante con la ley le había impresionado intensamente y le había llevado a burlarse de la justicia.

Por último, las costumbres de los pilluelos de París y las de los teatros de ínfima categoría, unidas al desenfado de la vida de las mujeres de mala vida, habían sido para él como las aguas cargadas de principios químicos en las que se templan las

armas. Su memoria se había desarrollado prodigiosamente; era excelente. Poseía la cínica osadía del pilluelo que nada teme y que en nada cree. Gozaba de una salud de lobo, y su madre le había dotado de dos hermosos ojos, de un tono de voz encantador y flexible, de unas manos maravillosas y de un talle de junco.

El día en que, a los diecisiete años, se vio, maldecido por sus padres y solo, por las calles de París, se fue a ver a Doyen, el cual le alentó a perseverar, a estudiar, pronosticándole un estupendo porvenir. Doyen se fue directamente a visitar a Taima, le pidió cien francos mensuales, durante tres, para el neófito y como el gran trágico se los dio Doyen trajo a Roberto a su casa, puso manos a la obra y le dio papeles en todas las piezas que se representaron en su teatro para ir desarrollando su admirable inteligencia.

Hacia finales del mes de marzo de 1820, una noche que Roberto había dejado estupefacto a Taima, venido expresamente para verle en el papel de Nerón, y en el de Bonardín de *La Jornada de Versailles*, Doyen tomó aparte a su discípulo y le dijo:

—Ahora ya no tienes más que aprender si no es por ti mismo. Acabas de escuchar la predicción de Taima. El gran hombre ha confirmado el horóscopo que un día te hice. Dentro de tres días encuéntrate en la calle de Chabanais, en el lugar donde da la vuelta para dirigirse a la calle Neuve-des-Petits-Champs y a la calle Sainte-Anne, en la esquina, delante de una casa a la que se sube por tres peldaños. Obtendrás un contrato, que yo te he gestionado, con la ayuda de una recomendación de nuestro gran Taima. Hasta el momento presente no has hecho otra cosa que corretear por los pasillos de mi teatro y de otros de la misma categoría. Ha llegado la hora en que empieza a ser conveniente para ti actuar en provincias. Ya estás en el dintel de la carrera de actor. Mañana se representará la primera escena. Si llegara tarde, sube a casa del señor Léonard.

Casi todos los actores de nuestros días han conocido personalmente o han oído hablar del viejo Léonard, hermano del famoso Léonard, grotesca pintura del siglo pasado, peluquero de la reina María Antonieta.

Aquel Léonard, apasionado por las cosas del Teatro, había conseguido hacerse silbar bajo diversos nombres de batalla; mas tarde, con la ayuda de su hermano, se había asociado con la Montansier. Después de haber pasado por todas las fases de aquella existencia aventurera, se vio arruinado por la serie de iniquidades de que fue objeto la Montansier.

Todos los cómicos de París y de provincias conocían a aquel estupendo Léonard y éste se aprovechó de la simpatía que inspiraba para fundar la primera agencia dramática. Se convirtió en el corresponsal de todos los directores teatrales de provincias; se encargó de todos los asuntos contractuales de los artistas; se convirtió en su intermediario, en su embajador. Teniendo entrada en todos los teatros de París, comiendo diariamente en casa de los actores y actrices, se había ido haciendo el hijo o, mejor dicho, el padre de todas las celebridades dramáticas que hubo en Francia entre 1795 y 1815. Pero pronto tuvo competidores, especialmente cuando los años le

fueron volviendo pesado y holgazán. De modo que por el año 1820 empezaba a pensar en la necesidad de tomar un sucesor y su sucesor elevó, entre 1820 y 1830, aquella agencia a la categoría de gestoría artística. Ya no se trató, a partir de entonces, de la sencillez del viejo Léonard, ni de aquella especie de paternalismo con que éste acompañaba siempre sus gestiones. Aquel digno anciano no abandonó jamás sus calzones, ni el tricornio, ni la amplia casaca de color verdoso con grandes botones de metal, ni su peluca empolvada, ni las medias caladas, ni los zapatos abrochados con cintas doradas. Falleció en 1825 y a su entierro concurrió una multitud de artistas: su amigo La Mesangère, dictador de la moda durante más de treinta años, el inteligente italiano que desempeñaba las funciones de secretario de la Opera Cómica, su amigo Doyen, la viuda de Corsse, Vestris, Harel, Perpignan, Divicquet, Coupigny, Picard, Grimod de la Reyniere, en fin, todas las celebridades secundarias del último cuarto de siglo pues había sido amigo de todos los héroes del Directorio, de todos los que acudían a casa de la Montansier, en la que había un lujo realmente principesco. Aquel anciano, intrépido degustador de vino de Champaña, magnífico tenedor, al que nunca una debutanta le había podido o sabido negar nada, decididor de agudas frases, había sido durante mucho tiempo el rival de Masson, el mixtificador. De modo que concordaba perfectamente con sus administrados. Había frecuentado los círculos literarios del pasado siglo, así como la Comedia Francesa y la Comedia Italiana. Conocía miles de anécdotas y tradiciones. Se le consultaba.

Ya no será posible en nuestros días ver fisonomías tan originales; no nos será dable ya ver a ancianos como aquél, vivarachos y serios, cocidos en el fuego de una revolución, de costumbres libres y de una honradez caballeresca, untados con el almizcle de los grandes señores libertinos, con el espíritu voltariano, y con la más honesta burguesía. Nadie conocía al señor Léonard Laglasière con otro nombre que con el de Papá Léonard.

A pesar de su desenvoltura de pilluelo, Roberto Médal se sintió poseído de una especie de terror al pensar que tenía que presentarse ante el famoso Papá Léonard, quien, en su imaginación de artista en ciernes, debió aparecérselo como hoy en día se le aparecería Canalis en la de un poeta en camino para entregarle un *in-octavo* de color amarillo azufre, lleno de versos. Aquello era una verdadera iniciación. El primer contrato, la primera capa de colorete, constituyen el bautismo teatral.

Roberto entró en el gran salón donde hormigueaban más de una veintena de artistas de ambos sexos, y que se parecía extraordinariamente a las casas de los actores. No hay que decir que nunca podrá encontrarse en tales sitios a un artista célebre.

.....  
.....

Wierzchownia, diciembre de 1847.

# LAS MALAS ACCIONES DE UN PROCURADOR DEL REY



## INTRODUCCIÓN

Una hermosa mañana del mes de octubre de 1841, una calesa que en otros tiempos debió de haber brillado en la gran avenida de los Campos Elíseos de París y que terminaba sus días en el bosque de Fontainebleau, alquilada a veinte francos por día, pensión bastante aceptable para una calesa tirada por dos caballos, se detuvo ante la puerta de la casa del señor Bongrand, presidente del Tribunal. El cochero, aunque se trataba de uno de los cocheros de la empresa que alquilaba coches, llevaba las manos enfundadas en guantes de gamuza e iba vestido con propiedad. La calesa estaba igualmente aseada con un cuidado particular, exactamente igual que para una boda o para algún extranjero que la hubiera alquilado a veinte francos la carrera. Por otra parte, era la calesa más bella del establecimiento. Dicha calesa daba que hablar a los que se paseaban, y van ustedes a conocer a la vez a todo Fontainebleau y a los Bongrand, padre e hijo, por medio de algunas de estas interjecciones:

—Vaya, vaya —dijo el impresor de la localidad, por cuyas manos pasaban numerosas novelas— ¿a dónde irá el señor Bongrand...? ¿Irá a casar a su hijo...? — Y continuó su camino, preguntándose quién podría ser la futura esposa.

—¡El señor Bongrand a su casa de campo...! —exclamó el bibliotecario del castillo—. Es muy raro que ayer no me dijera nada. Quizá piensa casar a su hijo.

Un empleado del castillo se detuvo ante el carruaje y preguntó al cochero:

—¿A dónde tienes que llevarles?

—Al castillo del Rouvre; creo que esos señores van a comer allí, y supongo que se quedarán, pues yo tengo que regresar vacío esta misma tarde...

Fontainebleau, que durante media tarde se había ocupado del casamiento del señor Agustín Bongrand, primer sustituto del procurador del rey en Estrasburgo, supo, ya en las últimas horas del día, que padre e hijo iban, sin duda, a pasar una semana de vacaciones al castillo del Rouvre, situado en el valle del Loing, entre Bourron y Nemours, uno de los más maravillosos lugares que tanto abundan en el bosque de Fontainebleau. Ya se había decidido quién sería la futura esposa del señor Agustín: una de las señoritas Robiquet, hija del sucesor del señor presidente. De 1806 a 1816, el señor Bongrand había ejercido de notario en Melun, habiendo vendido su notaría a Robiquet, hijo de un rico granjero. En 1836, después de veinte años de ejercicio en Melun, el señor Robiquet, deseando sin duda ser nombrado presidente del Tribunal de Melun, había conseguido el cargo de juez de Fontainebleau. Aquel digno juez, poseía treinta mil francos de renta, se había casado con una mujer rica, tenía un hijo y dos hijas, y daba en dote, a cada una, doscientos mil francos; y como el presidente Bongrand estaba en las mejores relaciones con la familia Robiquet, todo Fontainebleau había dado ya como esposa para el señor Agustín Bongrand, hijo único del presidente, un tipo muy agradable, a una de las señoritas Robiquet. El señor

Bongrand, anciano de sesenta y siete años, era el primer personaje de Fontainebleau, aunque no precisamente por su fortuna, ya que solamente poseía mil quinientos francos de renta, además de sus honorarios, y como entregaba a su hijo dos mil francos anuales, podía considerársele casi como pobre; pero era uno de aquellos ancianos tan agradables, todo honor, lealtad, sentido común, sensatez, sencillez y educación, que terminan sus días en medio del respetuoso afecto debido a una vida digna, lo cual no deja de suceder con todas las vidas que realmente lo son. Durante el último viaje del rey, el señor Bongrand había sido nombrado oficial de la Legión de Honor.

Salió de su humilde mansión, en la que vivía con una sola sirvienta, y apareció todo vestido de negro, acompañado por su hijo, el atuendo del cual era superlativamente elegante. La anciana criada llevaba en las manos dos pequeñas maletas que el cochero le tomó y colocó sobre los cojines de la calesa. Esta se puso en marcha en medio de un grupo de gentes atraídas por el espectáculo, que se hendió en dos filas. Todos se descubrieron a su paso, todos saludaron al anciano. La criada, que se había quedado sola en el dintel de la puerta de la casa, estuvo viendo desde allí como desaparecía la calesa y se vio acibillada a preguntas por todos aquellos o aquellas que se creían con derecho suficiente para entablar conversación con ella.

Pronto la calesa llegó al bosque. Agustín Bongrand iba, por respeto a su padre, sentado en el asiento delantero, y su padre frente a él, al fondo de la calesa.

—Tengo muchas ganas de volver a ver a mi querida Ursula y saber cómo le ha ido durante ese viaje por Italia que tanto había deseado.

El señor y la señora de Portenduère habían llegado, efectivamente, hacía muy pocos días de Marsella y su viaje por Italia había producido una laguna de casi dos años en sus relaciones con el anciano presidente. El señor Bongrand era, para el vizconde y la vizcondesa, un amigo en toda la acepción de esta palabra, por no decir un padre. Aquel joven y encantador matrimonio no podía, ni debía, olvidar jamás que la felicidad y la fortuna de Ursula se habían debido en gran parte al antiguo juez de Nemours. Por ello, en cuanto Saviniano de Portenduère se hubo instalado de acuerdo con su rango en París, en el faubourg Saint-Germain, y hubo reanudado su amistad con alguno de sus antiguos amigos, había hecho nombrar al anciano juez de paz de Nemours, juez de instrucción, y después, presidente de Tribunal. Era a esta activa e incesante protección a la que Bongrand hijo, abogado, debía su cargo de sustituto en el juzgado de Sarreguemines, y un año después el de sustituto en el juzgado de Estrasburgo. Ursula de Portenduère, tenía una íntima amistad con la condesa de L'Estorade, esposa de un presidente del Tribunal de Cuentas, uno de los Pares más influyentes de la Cámara, encargado de confeccionar los presupuestos del Estado desde hacía siete años, y Saviniano había ido a visitar al señor conde de Rastignac, uno de los doce o quince diputados que son para la composición de los ministerios los elementos del caleidoscopio. El vizconde Saviniano de Portenduère había servido en la Marina desde 1830, había reconocido la nueva dinastía y se hallaba en regla con

el faubourg Saint-Germain; de modo que ya sólo se trataba de ser elevado al parazgo, pues desde su matrimonio tenía un puesto en el Consejo General del Departamento de Seine-et-Mame y había declinado por dos veces los honores de la diputación, prefiriendo hacer la felicidad de su esposa a todas las veleidades de la vida política, y decía, al cabo de cuatro años de matrimonio, que no tenía bastante con las veinticuatro horas de que se componen el día y la noche para amar a su mujer. Los que conocían a Ursula y a Saviniano se sentían felices de encontrarse con ellos, de poder admirar aquella encantadora pareja que no había perdido ni un ápice de aquel tesoro del alma que conocemos con el nombre de ilusiones. Quizá los enamorados cuyos afectos han sido contrariados, que han seguido amándose a través de largos años de desdicha, de penas, de esperanzas abortadas, se ven recompensados con la vida que les está prometida a los amores perseguidos en todos los finales de los cuentos de hadas. La naturaleza tiende a conservar las obras que ha dado a luz con mucho sufrimiento.

Para el señor y la señora de Portenduère, el anciano Bongrand era la representación viva de todos aquellos malos días que él había sabido dulcificar, recordándole a Ursula el anciano a aquel a quien le debía todo, a su abuelo natural Minoret, al viejo señor Jordy, que tanto la había querido, y al abate Chaperon, el cura de Nemours, cuya delicada mano había hecho florecer todas las virtudes que la adornaban. Así el anciano juez de paz nunca tuvo necesidad de pedir nada al vizconde o a la vizcondesa. Como el amigo de la fábula de La Fontaine, los dos enamorados esposos adivinaban las necesidades del anciano, y ya fuera en el día de su santo, ya en el de su aniversario, les veía aparecer, en pleno mes de febrero, en época en que las gentes pudientes de París se entregaban a las diversiones, trayéndole a Fontainebleau un ramo de flores y tinos regalos cuidadosamente elegidos según confidencias recibidas de la vieja criada, permaneciendo tres días en la modesta casa de su amigo. Tal fiesta se repetía el día 16 de mayo, festividad de San Honorato, ya que tal era su nombre de pila. El juez de instrucción había recibido la Cruz de la Legión de Honor por especial interés de Saviniano en que se la concedieran; pero el rey le había dado la roseta por propio impulso, al enterarse por el subprefecto de las altas cualidades que adornaban al anciano presidente. Aquel año, el alegre matrimonio no había aparecido el 5 de febrero, ni el día de San Honorato, pero el 5 de febrero la mujer encargada de la conservación del castillo del Rouvre había, de acuerdo con la vieja criada del presidente, instalado en el despacho del señor Bongrand un magnífico mobiliario, todo de marquetería, de la llamada de Boule, y en el centro un jarrón Heno de flores. Al volver de la audiencia, al presidente, que desde hacía dos días se iba diciendo: «Mis queridos muchachos están en Italia, no les veré», se le humedecieron los ojos al ver el espléndido despacho, con un ramo de camelias en el centro, y a la anciana Bougival que le estaba esperando con una carta en la mano, escrita desde Roma por los dos viajeros para que llegara a su poder el día 5 de febrero. El 16 de mayo el saloncito de la planta baja fue enteramente amueblado con

un rico terciopelo granate y adornado con una alfombra de Esmirna.

Se comprenderá, pues, que sabiendo que los jóvenes habían regresado de Italia el día 6 de octubre, el presidente y su hijo corrieran aquel día al castillo del Rouvre.

El presidente tenía también en la condesa Laginska, hija del marqués del Rouvre y sobrina segunda de la señora de Sérizy, otra protectora que, sin imitar al vizconde y a la vizcondesa de Portenduère en su culto, no le era menos devota y, por otra parte, figuraba entre las jóvenes con las que Ursula sostenía relaciones de amistad.

Al oír los repetidos y alegres restallidos del látigo del cochero, la Bougival mandó a su marido Cabirolle para que avisara corriendo a sus señores, de modo que Saviniano y su mujer estaban en el rellano de la escalinata de entrada para dar la bienvenida al presidente y a su hijo. Ursula, después de haber abrazado a éste como se abraza a un padre, le cogió del brazo, mientras Saviniano les seguía con Agustín Bongrand, y acompañaron triunfalmente al padre y al hijo hasta el salón.

—¡Dieciocho meses ausentes, hijos míos! —dijo el anciano—. Comprenderéis mis deseos de veros...

—Dígame, señor Bongrand, ¿no es verdad que Ursula ha embellecido? —dijo Saviniano—. El criar al pequeño la había fatigado e Italia le ha devuelto su vigor...

El anciano Bongrand se entregó, lentes en mano, a un paternal examen.

—¡Ah!, ya no veo en ella a una muchacha; esos dieciocho últimos meses han hecho de mi querida Ursula una verdadera vizcondesa de Portenduère; es más hermosa, ciertamente, pero a mí me hubiera gustado, como a todas las madres, que hubiese sido siempre una niña...

Saviniano y su esposa estaban siempre próximos el uno del otro como dos enamorados.

—Veamos, ¿y usted cómo se encuentra? —dijo Ursula con voz acariciadora—. ¿Desea algo de nosotros? Sabemos que ha sido nombrado oficial de la Legión de Honor. Estoy celosa del rey.

—¡Oh!, no debéis pensar en mí para nada como no sea para continuar nuestro afecto; yo no deseo nada, moriré siendo presidente en Fontainebleau, vigilando al señor Goupil, vuestro notario de Nemours, tanto como me lo permita mi dignidad. ¡Que tiemblen! los que cometan algún desaguisado en vuestros bosques o que os causen cualquier perjuicio. No tengo ninguna ambición, solamente pienso en Agustín... Gracias a vosotros, mi pobre muchacho sólo permaneció seis meses en Sarreguemines, pero hace ya dieciocho que reside en Estrasburgo, no se halla a gusto allí, y va tirando bien que mal con los dos mil francos que le mando; se encuentra en Estrasburgo como un punto en la Enciclopedia; hace falta hacerle procurador del rey; este mismo invierno me gustaría verle actuar en París, pues creo que no me moriría tranquilo si no le viera juez del Tribunal del Sena...

—¡Ah, señor Bongrand! —dijo Saviniano—, hizo usted mal en no permitir que le regalásemos aquellos trescientos mil francos, con los cuales habría podido conseguir el cargo de Desroches, reunir una saneada fortuna, casarse con una mujer rica y, al

cabo de diez años, ingresar en la magistratura.

—Señor vizconde, habría perdido la cabeza si hubiese cargado con una deuda de cien mil escudos —respondió Agustín—; habría necesitado cincuenta mil francos más para amueblar convenientemente mi casa y la verdad es que las ricas herederas escasean cada vez más; por otra parte, no hubiera tenido decisión suficiente para casarme con la primera que se presentase; la tal heredera habría tenido que ser de mi gusto, y creo que no es precisamente usted el hombre más indicado para criticar mi delicadeza...

—Tiene usted razón, señor Agustín —dijo la vizcondesa sonriendo—, pero ya nos hubiésemos encargado nosotros de descubrirle alguna linda muchacha con cien mil escudos de dote...

—*Esto no, Lisette...* —exclamó el presidente, que, como todos los ancianos, gustaba de emplear locuciones familiares de su juventud—; ya veo por dónde vais; haría falta mi consentimiento y hubiese exigido que la muchacha en cuestión tuviera una fortuna patrimonial conocida. Dejé a Agustín libre de elegir su esposa; podía haberse casado con una de las señoritas Robiquet; a él no le gustó, yo no insistí.

—Es asunto suyo —exclamó Saviniano—, pero también mío; le digo a usted que este mismo invierno estará casado, y que tendrá el nombramiento de procurador del Rey en..., bien, en cualquier parte. Estoy seguro de poder llevar a término nuestra obra. Ursula —dijo dirigiéndose a su esposa—, debemos disipar cualquier inquietud que el querido señor Bongrand pueda sentir por el futuro de su hijo. ¡Tengo la absoluta certeza de conseguir lo que deseamos! Escuche, señor Bongrand. He aquí el programa: una hija única de un hombre de leyes, uno de los primeros, por no decir el primero de París, bastante influyente, bastante considerado para poder conseguir para su yerno un nombramiento de sustituto en París a fin de tener a su hija cerca. Esto nos ayudará mucho en nuestros proyectos. Tanto el padre como la madre se interesarán mucho menos por la fortuna que por el carácter, las costumbres y la honradez de su yerno. Vuestro hijo tiene todo cuanto pueda exigírsele a un yerno, tienen ellos un capital de siete u ochocientos mil francos y dan trescientos mil en dote a su hija; por otra parte, la muchacha es adorable, encantadora, jamás se ha movido del lado de su madre, es de una pureza angelical...

—¡Esta esposa es demasiado hermosa! —respondió el viejo Bongrand, sonriendo.

—¿Se parece, entonces, a la señora vizcondesa?... —dijo Agustín.

—Nadie puede parecerse a mi mujer —respondió Saviniano—, pero la recuerda bastante.

El vizconde se inclinó sobre Ursula, le dijo un nombre al oído, y la joven gritó:

—Magnífico, estoy totalmente de acuerdo; es todo cuanto puede desear vuestro hijo, mi querido señor Bongrand, y estoy segura de que los dos seréis muy felices... si es que la muchacha sigue disponible.

—Dime de quién se trata —pidió el presidente.

—La señorita Derville —respondió Ursula al oído del anciano—. Tiene veinte

años y podríamos contar con la influencia del duque y de la duquesa de Grandlieu, con la del vizconde de Grandlieu, su yerno, con la de los Restaud, con la de los Lenoncourt... En definitiva, que le respondo del éxito.

—¡Sería demasiado para nosotros! ¿No es verdad, Agustín?

—La boda podrá celebrarse antes de tres meses. Ursula, escribe a la vizcondesa de Grandlieu, que está en París, preguntándole si la señorita está casada, y ruégala prevenga al padre y a la madre.

Ursula se puso en pie y corrió a su despacho para escribir a su amiga la vizcondesa de Grandlieu.

Dos meses más tarde, el *Monitor* contenía, en sus páginas de disposiciones oficiales, los nombramientos siguientes:

Procurador del rey en Château-Chinon al señor Agustín Bongrand, sustituto del procurador del rey en Estrasburgo, reemplazando al señor Olivier Vinet, procurador del rey en Melun. Procurador del rey en Melun, al señor Olivier Vinet, en sustitución del señor Serváis, etc.

Agustín Bongrand fue aceptado como futuro esposo de la señorita Matilde Derville y la boda tuvo lugar en los primeros días del año 1842. El anciano abogado y su esposa habían encontrado en el hijo del magistrado Bongrand, presentado por la vizcondesa de Portenduère y apadrinado por los Grandlieu, a un yerno según su corazón, y Agustín había sabido gustarle a Matilde. La dote era de quince mil francos de renta al cinco por ciento, y el guardasellos, al enterarse de aquella boda, había dispuesto de la única plaza vacante en favor del protegido de los Grandlieu, de los Portenduère, de los Sérizy, de los Ronquerolles, de los Rastignac, de los De Trailles y del yerno de Derville, honor de la compañía. Los magistrados que tienen una fortuna de quince mil francos de renta y quinientos mil en esperanza, no suelen hormigear mucho por los juzgados; así el guardasellos prometió para antes de tres años un cargo en el Tribunal Real de París.

La flor de la aristocracia, excepcionalmente, asistió a la boda de la señorita Derville, aprovechando aquella ocasión para agradecer al padre de ésta los servicios prestados durante quince años a las primeras familias de Francia. La anciana vizcondesa de Grandlieu, que debía a Derville toda su fortuna, del mismo modo que Ursula debía la suya al presidente Bongrand, se distinguió por el regalo que hizo a la desposada de una soberbia vajilla de plata; la duquesa de Grandlieu le regaló un juego de tocador, también de plata; Ursula todas las joyas de la canastilla; en fin, los nuevos esposos fueron colmados.

## CAPÍTULO PRIMERO

Ningún país de Europa puede competir con Francia en belleza y variedad de paisajes, en los efectos del clima y en la magnificencia de la naturaleza, pues Francia, gracias a su situación, posee todos los lugares que los turistas van a buscar en otras partes, con gran dispendio. Suiza entera está contenida en el departamento de los Bajos Alpes, en el departamento del Isère y en el del Ain. Los Pirineos constituyen otra Suiza, aunque de carácter distinto. La Provenza, entre Hyères y Marsella es una miniatura de Italia y Africa reunidas. El departamento de las Landas, es el desierto. De Lille a Dunkerque, está una Holanda en diminutivo. La Beauce, es Ucrania, con sus estepas de trigo y, además, su civilización. Entre Nantes y Saint-Nazaire, el Loire puede competir con los más caudalosos ríos de América. Pero lo que no tiene rival en ningún país, y que deja al Rhin en segundo plano, es el Ródano y su valle, cien veces más pintoresco, más curioso, más variado, que el Rhin. Pero lo más característico de Francia son las regiones en las que pueden encontrarse reunidas, suavizadas, fundidas, todas las bellezas de paisajes situados en otras latitudes, la grandiosidad de las montañas, la dulzura de los valles, los bosques y los arroyos, los lagos y los prados, las delicadezas del Tívoli unidas a la reciedumbre de la Selva Negra; pero entre todas estas regiones o comarcas tan propias de Francia, debería figurar en un primer plano el Morvan.

El Morvan es una Suiza que la naturaleza ha situado a sesenta leguas de París para evitar un viaje hasta los Alpes a aquéllos que les molesta el perpetuo cambio de monedas, la carestía de los hoteles y todos los inconvenientes de la Helvecia, la cual, desde hace treinta años, está abusando de los viajeros y que, para expulsarlos del país, ha inventado los hoteles con un millón de capital, en los que los camareros tienen aspecto de agentes de cambio encaminándose a la Opera y que cuando un viajero quiere usar su maleta es preciso que el camarero, que no deroga su aspecto, se pase llamando durante un cuarto de hora, para que venga un subcamarero, que es el encargado de poner la maleta que está en el suelo sobre una silla. Dentro de unos años podrán verse los mismos hoteles y los mismos camareros desde París a Constantinopla, del mismo modo que se encuentra el mismo pollo recalentado, el mismo fricando, el mismo pescado y las mismas patatas.

El Morvan es una comarca bastante extensa, limitada por el lado de París por Auxerre, por el lado de la Borgoña por Autun, por el sur por el Loire y Nevers, y por el oeste por el Berry. Esta región, casi enteramente cubierta de bosques; produce una gran parte de la madera empleada en la calefacción de las casas de París, transportada por el Yonne, al que confluyen todos los cursos de agua que bajan de las cimas, bastante altas, de sus montañas. Allí el invierno empieza muy pronto, es casi siempre muy riguroso y termina muy tarde. La nieve cubre con su blanca sábana toda la comarca y los morvanianos, raza áspera y salvaje en comparación con los habitantes

de otras regiones gangrenadas por una semicivilización que rodean París en un radio de cuarenta leguas, soportan admirablemente todos los inconvenientes inherentes al invierno, y se sienten unidos a su hermosa y rica naturaleza, como sienten casi todos los habitantes de tierras montañosas. Los Dupin proceden de esta comarca. Cosa bastante extraña, los morvanianos son gentes muy amiga de pleitos. La capital de esta comarca o, si lo preferís, el punto culminante entre Auxerre y Autun, es la ciudad de Château-Chinon, levantada en una montaña y desde la cual, por cualquier parte desde donde mires, siempre se descubren paisajes maravillosos. Como todas las poblaciones colgadas de una montaña y sujetas a largos y duros inviernos, Château-Chinon presenta una serie de rarezas de construcción: calles de fuerte pendiente, casas de un solo piso, largos tejados inclinados y lisos; constituye un lugar ciertamente interesante para cualquier pintor, ya que los temas que se pueden hallar allí se escapan a los convencionalismos de la civilización, conservan todavía las huellas de las antiguas formas y son de una intensísima rusticidad. Una sola anécdota bastará para describir la situación de la comarca. Un parisino fue a visitar a un rico propietario de los alrededores de Solieres y se sintió desfavorablemente impresionado al encontrarse que el dueño de la casa, a pesar de sus diez mil libras de renta, cogía con toda seriedad el candelabro de cobre, mojaba la vela con sus propios dedos y la llevaba, sin que nadie demostrara la menor extrañeza, a la cocina, ya que la reunión tenía lugar en la cocina, puesto que el salón era demasiado bueno para poder pasar la velada en él todos los días. Ah, diantre, el salón era todo de buena manera de abedul, muy bien trabajada, y se había hecho venir de Autun un pintor para que pintara todos los muebles de color amarillo con filetes marrones y todos los burgueses de Château-Chinon habían acudido para ver un reloj de péndulo, florentino, recién llegado de París por Autun, que representaba a Malektadhil raptando, sobre su caballo, a Matilde desmayada, y aquel reloj, colocado debajo de una campana de cristal, estaba acompañado por dos candelabros de bronce, también bajo cristal. El mueble, de palisandro, con adornos de marquetería, estaba forrado con terciopelo de lana rojo, claveteado con clavos dorados. La cúpula, esculpida en mármol blanco veteado, sustentaba un grupo de las Tres Gracias, de alabastro. Unos cortinajes bordados acoplados a otras cortinas de tela roja y unos bastones para sujetarlas, completaban aquel lujo desenfrenado. Se pasaba un cuarto de hora en el salón contemplando unas litografías encuadradas en marcos dorados, un biombo, una chimenea, unos sillones; pero no se podían quedar allí. Aquel morvaniano tenía su salón como en París se tiene un Greuze, un Watteau, un mueble de la época de Francisco I, o un Rafael, y juraba que nunca más nadie sería capaz de convencerle para que amueblara otra habitación de la casa. El parisién mandó a su primo, desde París, un precioso par de despabiladeras. Dicho par de despabiladeras era de acero pulimentado y muy hermoso, reluciente como un espejo. Tenían unos pequeños adornos en forma de cabeza de gallo con sus crestas y todo; y si bien esa clase de despabiladeras son muy corrientes en casa de los quincalleros, en 1832, en el Morvan, constituían una



auténtica novedad. Es inútil describir el éxito que tuvieron las despabiladeras entre Château-Chinon y Solieres, de las cuales se habló durante todo el invierno, y si el parisién se hubiese querido casar con una mujer rica no hubiese tenido necesidad más que de volver a casa de su primo, ya que un hombre que era capaz de mandar semejantes joyas, estaba en disposición de poder elegir entre todas las herederas morvianas. «¡Es algo realmente de bisutería!», decían. Dos años después, el primo regresó al pueblo y fue festejado como un patrón de la localidad; y, durante la velada que tuvo lugar al día siguiente de su llegada, le fue enseñado con orgullo su regalo.

—¡Ah!, es curiosamente cómodo —dijo el primo de Morvan a su primo de París—. Son listos esos parisienses, sólo ellos pueden tener ideas semejantes...

Y mientras la hija de la casa mantenía las despabiladeras abiertas, su padre continuaba tomando gravemente la candela, como si la mocara con sus dos dedos, poma el pábilo entre las despabiladeras, su hija las cerraba y lo dejaba todo sobre la bandeja de acero pulimentado.

—Desde luego, así es mucho más limpio —dijo la hija—. Papá iba tirando los trozos de pábilo por todas partes, con peligro de que se incendiara la casa, mientras que ahora, con esto..., ni se nota nada.

*Sancta simplicitas!* Aquel parisién conocía su Morvan y, en lugar de reír, supo mantenerse serio, y dijo:

—Desde que os mandé este moderno invento ha habido un sabio que ha descubierto otra forma de usarlo.

—¡Ah, puedo asegurarte que tanto Rosa como yo, hemos estado buscando si tenía alguna otra aplicación! —dijo el propietario.

—Hela aquí —dijo el parisién, actuando con el utensilio sobre una segunda vela.

—Sí, pero las ensucia mucho —exclamó el propietario.

En 1842, Château-Chinon tuvo dos grandes temas de conversación: el *Monitor* había alterado la tranquilidad de las aguas de los lagos de aquella comarca con el nombramiento de un nuevo subprefecto y de un nuevo procurador del rey. El subprefecto se llamaba Couture, Château-Chinon representaba el primer paso en su carrera, y por el subprefecto actual se supo que no tenía esposa ni hijos. ¡Un subprefecto soltero es mucho más importante que un subprefecto casado! En cuanto al procurador del rey, el señor Bongrand, su matrimonio con la hija del señor Derville, antiguo abogado de París, había sido anunciada por los periódicos.

.....  
.....

# EL HOSPITAL Y EL PUEBLO

París, como todas las capitales, ofrece la imagen bastante pintoresca de la miseria y del lujo abrazándose, entregándose a propósito de cualquier cosa. Este contraste no existe solamente en el seno de cada hogar, en el hombre, en el comercio, y en la calle, no es únicamente fortuito, está en las cosas, persiste, y podéis ver un tenderete innoble adosado al más espléndido de los palacios.

... Para vergüenza de la ciudad se ha construido una sucia casa de estilo moderno únicamente con yeso y suprimiendo los pilares sustentadores. Hoy en día los basamentos de las Halles son las cloacas de París. No es ésta la única maravilla de los tiempos pasados que hemos visto desaparecer.

Para los observadores atentos, esos historiadores que solamente tienen un lector, pues las ediciones de sus libros no son más que de su propio ejemplar, y para los que saben estudiar París, sobre todo para los curiosos inteligentes que lo habitan, habrán observado que en los últimos treinta años se ha efectuado una extraña metamorfosis social. A medida que se van yendo todas las existencias grandiosas, las pequeñas desaparecen. Las hiedras, los líquenes, los musgos, son barridos con la misma meticulosidad que los cedros y palmeras son convertidos en planchas y tablones. El pintoresquismo de las cosas sencillas y de la grandeza principesca se sostienen en el mismo pilar. Por último, el pueblo sigue a los reyes, y esas dos importantísimas cosas se van cogidas del brazo para dejar la plaza libre al ciudadano, al burgués, al proletario, a la industria y a sus víctimas.

Los tres órdenes antiguos han sido sustituidos por lo que actualmente recibe el nombre de *clases*. Tenemos clases ilustradas, industriales, altas, medias, etc.

En 1813 y 1814, época en la cual tantos gigantes andaban por las calles, donde tantas cosas gigantescas se codeaban, se podían observar oficios totalmente desconocidos en nuestros días.

Dentro de algunos años el farolero, que duerme durante el día, familia sin otro domicilio que el almacén del empresario, que anda totalmente absorto en su trabajo, la mujer que limpia los cristales de las ventanas, el hombre que pone aceite, los muchachos que frotan los faroles y reflectores con trapos medio deshechos, el que pasa el día preparándose para la noche, el que se pasa ésta apagando y encendiendo las espitas según las fantasías de la luna; toda esta familia manchada de grasa se habrá perdido por completo.

La remendadora, alojada, como Diógenes, en un tonel, en cuya parte superior figuraba una estatua hecha con aros y tela embreada, es también una curiosidad desaparecida.

Habría que dar una batida en París, como el cazador hace por las llanuras de los alrededores, para encontrar un conejo cualquiera y pasar muchos días antes de encontrar una de aquellas frágiles tiendas, en otros tiempos contadas por millares, compuestas de una mesa, una silla, un homo de tierra por toda cocina, un biombo por pared, una tela roja por techumbre, atada a cualquier muro y de la que colgaban a derecha y a izquierda dos tapices que mostraban al viandante a una vendedora de

musgo, o de hierbas, a un remendón, o a una pescatera vendiendo morralla.

Han desaparecido los paraguas rojos, al abrigo de los cuales vivían las fruteras, más que en las partes de la ciudad destituidas de mercados. Recuerda uno aquellas inmensas setas de la calle de Sèvres; y cuando la ciudad haya levantado mercados allí donde las necesidades de la población lo exijan, esos paraguas rojos se harán inexplicables, como los cucús, como todo lo que desaparece en el mobiliario social: La Edad Media, el siglo de Luis XIV, el de Luis XV, la Revolución, y pronto el Imperio, darán nacimiento a una arqueología particular.

La tienda ha matado al azafate de mimbres, ha acogido dentro de sus dispendiosos flancos a la vendedora de morralla, al revendedor, al vendedor de salvado, a los fruteros y a los ropavejeros, a los librerros de lance y al mundo entero de los oficios modestos. La misma castañera ha ido a cobijarse en las bodegas, y sólo queda la ostrera, en su silla, con las manos sobre la falda al lado de los cestos cargados de mariscos. El tendero de ultramarinos ha hecho desaparecer al vendedor de tinta, al vendedor de matarratas, al de cerillas, al de piedras de fusil. Las limonaderías han barrido de la calle a los vendedores de bebidas refrescantes. No pasará mucho tiempo sin que un vendedor ambulante de coco no sea considerado un problema insoluble, cuando veamos su aspecto original, sus campanillas, sus timbales de plata, sus cacharros sin fondo, sus lirios de orfebrería, orgullo de los burgueses, y su castillo de pompas de jabón, sus sedas carmesí, sus penachos, muchos de los cuales eran de plata.

Los charlatanes, esos héroes de la vía pública, realizan sus prácticas en las cuartas páginas de los periódicos a razón de cien mil francos anuales; poseen palacios construidos por el guayaco de raíces sudoríferas. Y de curiosos, de pintorescos, se han convertido en innobles. El charlatán, excitando la risa, dando lo mejor de su persona cara a cara con el público, no dejaba de tener un cierto valor personal, mientras que un charlatán escondido en un entresuelo es tan infame como la droga que pretende vender.

¿Sabéis cuál es el precio de semejante transformación? ¿Sabéis cuánto cuestan las cien mil tiendas de París, en muchas de las cuales se ha gastado más de cien mil francos en ornamentación?

Pagáis a cincuenta céntimos cerezas que sólo cuestan dos ochavos; las fresas, que valen cinco sueldos, las pagáis a dos francos; pagáis cuatro francos por el pescado o el pollo, que sólo cuestan treinta sueldos; el carbón ha aumentado el doble su precio; vuestra cocinera viste tan bien como la dueña de la casa el día que tiene libre para salir la vida, que en otros tiempos podía llevarse con mil escudos, era más abundante que la que hoy en día puede llevarse con dieciocho mil francos; la moneda de cien sueldos se ha convertido en lo que antes era el escudo pequeño; tenéis cocheros de fiacre en librea que leen *El Siglo* mientras os esperan y en los letreros de encima de la puerta de un charcutero podéis leer: «Fulano de Tal, discípulo de Vero».

El Libertinaje no inspira ya ningún horror, tiene su puerta cochera, su número

rojo brillante sobre un vidrio negro, sus salones donde se elige como en una tienda de novedades entre Semíramis, Dorine, España, Inglaterra, la región de Brie, Italia o Negricia. La policía ha soplado sobre todas las existencias con la fuerza de un vendaval.

Todos estos esplendores parisinos tienen como consecuencia la miseria de la provincia o del arrabal. Las víctimas están en Lyon y tienen sus «canutos»<sup>[11]</sup>. Todas las industrias tienen sus «canutos».

Se han ido excitando las necesidades de cada clase hasta un grado superlativo; el político debe preguntarse, con no menos espanto que el historiador: ¿dónde se encuentra la renta de tanta necesidad? Cuando uno se da cuenta del importe de la *deuda flotante* del Tesoro, y que se está produciendo otra *deuda flotante* de la familia, modelada sobre la pauta marcada por el Estado, se asusta uno al comprobar que la mitad de Francia se halla en *descubierto* con la otra. Cuando se produzca un arreglo de cuentas, los deudores se tragarán a los acreedores.

Tal será el fin probable del llamado reino de la industria. La nación, agrandando el problema, no hace otra cosa que engrandecer la lucha. La burguesía ofrecerá más cabezas para cortar que la nobleza; y si tiene fusiles, tendrá como adversarios a los que los fabrican.

Las ruinas de la Iglesia y de la nobleza, las del feudalismo de la Edad Media, son algo sublime e impresionan hoy en día, con admiración, a los triunfadores atónitos, estupefactos; pero las de la burguesía no serán más que unos vulgares detritus de cartón piedra, de yeso. Esta inmensa fábrica de pequeñeces, de eflorescencias, no dejará nada detrás de sí, ni aun polvo. El guardarropa de una gran dama de los tiempos pasados puede todavía amueblar el despacho de un banquero. Pero ¿qué destino podrá darse en 1900 al guardarropa de una reina de nuestros días?...

.....  
.....

... Podéis creer que estas páginas constituyen una obra maestra, preguntar con arrogancia el por qué de este preámbulo, moroso en apariencia, y menospreciarlo calificándolo, con ultraje, de *lata*; pero la verdad es que os introduce en el meollo mismo del tema, ya que toda la dicha, el futuro, la fortuna de una familia del faubourg Saint-Germain se basaron, en 1832, en una de estas transformaciones, en uno de estos encarecimientos de la vida. Las plantillas para los zapatos que en 1810 se pagaban a cinco sueldos, cuestan hoy día setenta y cinco céntimos, lo mismo que una pieza longitudinal deslizada sobre una suela, un cambio total de suelas que costaba treinta sueldos se ha elevado ahora hasta tres y cuatro francos; en fin, el que antes era un remendón ambulante, ahora paga contribución y puede, como el pastelero vuestro vecino que vende sobre un blanco mármol la mercancía que antes ofrecía en un carrito, ser elector, elegible, diputado, ministro, como el primer llegado

fabricante.

Uno de esos personajes, que algún día se convertirá en héroe de una novela democrática, y que daba la vuelta a Francia gritando: *¡Remendón de zapatos!*, llevando dentro de un cuévano sus herramientas y su almacén, un remendón recién salido del aprendizaje, salía de París, en 1832, después de haber estudiado profundamente la compostura de suelas política, civil, privada, popular de esta época en la que tan importante papel han representado los zapatos, y se dirigía hacia su tierra natal, la Auvemia, arrastrado por una especie de nostalgia y por acatamiento a las leyes de la región a la que se enorgullecía de pertenecer. Remendando a su paso los zapatos de los burgueses, ya que la gente de provincias ignora todavía el lujo de los zapatos nuevos y sigue calzando zuecos, llegó a su tierra; pero cuando llegó, guardaba en su cuévano doscientos francos en seis monedas de oro envueltas en hilachas, escondidas entre dos planchas huecas que parecían ser sólo una, y que servían de fondos a su portátil industria; se trataba, si se nos permite la frase, no de un doble fondo, sino de un triple fondo. De ahí aquella alegría consirosa con la que Jerónimo Francisco Tauleron alzaba el pie, gritando: *¡Remendón de zapatos!* Tenía veinte años, se dirigía a su tierra, y no abrigaba duda alguna de que si se hubiera detenido en pensar en los derechos del hombre y en la majestad del trabajo, hubiera podido convertirse en el grasiento Saint-Preux, en el Lovelace del cuero, de cualquier Epopeya de los tiempos modernos. ¡Ah, no lo olvidéis! Poseía, bajo aquella chaqueta de terciopelo verde, un noble corazón, y cuando Tauleron entraba en un pueblo, entraba en él orgullosamente, sin temer para nada a la gendarmería; pero estaba también intensamente preocupado, pues era un gran amante del bello sexo y su felicidad dependía ahora exclusivamente del azar, pues le era indispensable sacar un número alto para escapar a las disposiciones de la ley de reclutamiento, de modo que todas las veces que hacía sonar la hoja de su cuchillo cuando lo cerraba luego de haber terminado las comidas que siempre pagaba con trabajos propios de su profesión industrial, suspiraba diciendo al posadero:

—¡Es una verdadera calamidad, haberse tomado tanto trabajo y empleado tanto esfuerzo para aprender un oficio, para luego verse obligado a tener que ir a tocar el *clarinete de cinco pies* (el fusil reglamentario en el Ejército), y quizá a Argelia!...

Aquella intensa preocupación se convirtió en desesperación cuando Tauleron llegó a una pequeña localidad de las cercanías de Clermont. Halló allí, bajo un humilde techo de uno de aquellos pequeños figones en los que suelen comer, cenar y dormir los artesanos ambulantes, a una muchacha, la mayor de siete hermanos, de una hermosura campestre y rafaeliana, Rafael tiene dos tipos de mujer: el de sus célebres vírgenes y el de las menos célebres pero más auténticas muchachas llenas, fuertes, vigorosamente conformadas, que hacen estallar los vestidos con la marmórea solidez de sus carnes, con sus formas más pronunciadas aún que las que concibió Miguel Ángel. Muchachas como ésas, de raza adánica, pueblan sus frescos, sus magníficas páginas bíblicas, con actitudes que demuestran con cuánto cuidado había

estudiado el artista al pueblo transteveriano. La joven auvergnesa guardaba las vacas, llevaba la leche a Clermont, hacía las faenas para cuatro mujeres de la localidad, iba a recoger hierba, durante el invierno hilaba y era notable, además, por su talle digno de Juno, pie de Diana cazadora, desnudo como en la antigüedad, sin zapatos, cosa que impresionó mucho a Francisco Tauleron; el cabello rubio como el oro, los ojos grises de pupilas vivaces, unas cejas negras, la frente despejada, orgullosa y soberbia, unos rasgos augustos y unos senos dignos de Cibeles; todo esto miserablemente envuelto en unos harapos azules remendados docenas de veces que permitían entrever una camisa de tela basta, mil veces lavada, felizmente demasiado corta, de modo que permitía constatar la finura musculosa de sus piernas; en resumen, un verdadero tesoro para un joven auvergnés.

Carlota entró llevando sobre su cabeza, sobre un pequeño almohadón de paja, un enorme cántaro, que el señor de Florian hubiese calificado de ánfora, lo dejó en un rincón, miró dentro de la alacena, se abalanzó sobre un pan armada con un cuchillo y mientras lo apoyaba sobre su pecho para cortar una rebanada, Tauleron, que asistía a la escena, no pudo decidir cuál de las dos masas era más dura, pues ni el pan ni la carne se encogieron lo más mínimo. Existe un axioma de estática para explicar esto

—¿Cuántos años tienes?... —le preguntó el artesano en dialecto auvergnés.

—¡Ah!, ya puedes ver, paisano, que no se me caen los dientes cuando los hincó en la miga, aunque tenga ocho días —le respondió Carlota enseñando una dentadura que parecía hecha de una sola pieza de marfil sobre la cual se hubiesen pintado las divisiones con un pincel.

Aquella blanca armadura estaba realzada por unos labios rojos como la sangre, abiertos por una risa franca.

—¡Va para los dieciséis!... —dijo el mesonero—; pero crece como las ortigas.

Tauleron era un muchacho de cinco pies y dos pulgadas de estatura, la nariz respingona como pie de marmita, aspecto que habría espantado a cualquiera por su bajeza, sin tener el aire franco ni reidor, sin unos colores generosos. Tenía el pelo crespo, unas fuertes y anchas espaldas, la misma constitución que se puede observar en casi todos los de su profesión, todos desarrollados por las fatigas del peatón y el ejercicio que les ha hecho realizar el trabajo concentrado en el juego de sus húmeros, de las muñecas y del pecho.

—¡Te haré un par de escaarpines para ir al baile!... —dijo—. Es una lástima que tus pies anden sobre las piedras...

—¡Haz el favor de no llenar la cabeza de pájaros a nuestras hijas! —dijo la madre al oír aquella proposición—. Todavía no ha usado los de su primera comunión, que guardamos para nuestra hija pequeña. ¡Ya tendrá zapatos cuando se case! Los tendrá en su canastilla de bodas.

.....

.....

# MUESTRAS DE CONVERSACIONES FRANCESAS



Yo frecuenté el invierno pasado una casa, la única quizá, en que durante las veladas la conversación escapa a la política y a las tonterías de salón. Allí vienen artistas, poetas, hombres de estado, jóvenes que en otros lugares se preocupan de caballos, juegos, mujeres, vestidos, pero que en aquella reunión se dedican a prodigar su ingenio, como en otros sitios prodigan su dinero y sus vanidades.

Así, pues, imagínense ustedes sentados alrededor de una chimenea, en un salón elegante, a una docena de personas cuyos rostros más o menos atormentados, más o menos hermosos, expresan pasiones o pensamientos. Tres mujeres amables, bien vestidas, graciosas, cuya voz era suave, presidían aquella escena, a la cual no faltaba ninguna seducción, por lo menos en lo que a mí se refiere. A la luz de las lámparas, algunos artistas dibujaban mientras escuchaban y a menudo pude observar cómo el sepia se iba secando en sus pinceles inactivos. El salón era, en sí mismo, todo un cuadro, y más de un pintor se veía incapaz de reproducirlo. El tono tomado por la conversación fue debido a un anciano militar. Acababa de terminar una partida de cartas en un salón vecino y se plantó, erguido, frente de la chimenea, alzando los dos faldones de su uniforme azul, mientras una señora le decía:

—Y qué, general, ¿ha ganado usted?

—¡Oh, Dios mío!, no, claro que no...; yo no puedo tocar las cartas.

Se hizo la misma pregunta a varios jugadores que estaban sin duda pensando en cómo esquivarla, y encontramos, como siempre, que todos tenían quejas contra el juego.

Hecha la más prudente de las recapitulaciones, nos encontramos con que solamente un escultor que había perdido veinticinco luises, se vio obligado a confesar que había ganado seiscientos francos.

—¡Bah!, las heridas causadas por el dinero no son mortales... —dijo mi sabio amigo—, mientras no se pierdan las dos orejas...

—¿Un hombre puede perder sus dos orejas? —preguntó una dama.

—Para perderlas, es preciso jugarlas —respondió un médico.

—¿Pero hay alguien que se las juegue?

—Yo lo creo bien —dijo el general levantando uno de sus pies para acercar su planta a la lumbre.

—Conocí en España —prosiguió— a un tal Bianchi, capitán del 6.º de línea, muerto en el sitio de Tarragona, que se jugó sus orejas contra mil escudos. En realidad no se las jugó, sino que las apostó; pero también las apuestas son un juego. Su adversario era otro capitán del mismo regimiento, italiano como él, como él una mala semilla, dos verdaderos demonios en conjunto, pero muy buenos oficiales, excelentes militares. Estábamos, como decía, en un vivac, en España. Bianchi necesitaba urgentemente mil escudos para el día siguiente por la mañana, y como no tenía más que mil quinientos francos, se puso a jugar a los dados sobre un tambor, con su camarada, mientras sus compañías preparaban la cena. Había, por mi fe, tres buenos cuartos de cabra cociendo en una marmita, muy cerca de nosotros; nosotros,

el resto de los oficiales, mirábamos alternativamente el juego y la cabra, que crujía con ruido agradable en nuestros oídos; pues, todo hay que decirlo, no habíamos comido nada durante todo el día. Nuestros soldados iban llegando uno tras otro, trayendo vino y frutas. Se puede decir, pues, que teníamos una buena cena en perspectiva. La marmita estaba colgada sobre el fuego por tres barras de hierro formadas en pabellón, lo bastante separada de la lumbre para que no se quemara lo que había dentro; pero los soldados, con aquel maravilloso instinto que les caracteriza, habían hecho una especie de muralla de tierra alrededor del fuego. Bianchi perdió todo lo que tenía; no dijo ni una sola palabra; se quedó tal como estaba, agachado; pero cruzó los brazos sobre el pecho, dirigió su mirada al fuego, al cielo y en ciertos momentos a su adversario. Entonces empecé a sentir miedo de que no estuviese meditando alguna mala pasada; parecía como si quisiera devorarle las entrañas. Finalmente, se puso en pie, bruscamente, como para huir de una tentación. Al levantarse tiró por el suelo uno de los soportes que sostenían la marmita, y he aquí la cabra y a nuestra cena al diablo... Nos quedamos silenciosos; aunque el estómago hambriento no siente mucho respeto por las pasiones no nos atrevimos a abrir la boca, tanta era la pena que nos causaba lo que estábamos viendo... El otro estaba contando el dinero ganado. Bianchi soltó una carcajada. Miro la marmita vacía y quizá entonces pensó que le quedaba tan poco de cena como de dinero. Se volvió hacia su camarada y con una sonrisa de italiano le dijo, mostrándole un centinela español que se hallaba apostado a irnos cincuenta pasos aproximadamente de nuestro parapeto y del cual podíamos ver brillar su bayoneta a la luz de la luna:

—¿Quieres apostarte mil escudos a que sin otra arma que el sable de tu cabo (cogió el sable de uno al que conocíamos por *Guardia de a Pie*), me llego hasta aquel centinela, le arranco el corazón, lo cuezo y me lo como?

—Vaya —dijo el otro—. Pero, ¿si no lo consigues?...

—Pues si no lo consigo, *corpo di Bacco!* (el juramento fue mucho más consistente que éste, pero hay que suavizarlo en honor a las señoras), puedes cortarme las dos orejas...

—¡De acuerdo! —dijo el otro.

—¡Vosotros todos sois testigos de la apuesta! —exclamó Bianchi con aire triunfal, volviéndose hacia nosotros.

Y se fue.

A nosotros se nos habían quitado las ganas de comer. No obstante, nos pusimos de pie para ver cómo se las apañaba, pero no vimos nada. En efecto, tomó un sendero, reptó como una serpiente; en resumen, que no pudimos ni oír el ruido que hace una hoja al caer del árbol. Nuestras miradas no se apartaban del centinela. De repente, un pequeño gemido, un ¡ay! profundo y apagado, nos hizo estremecer. Se oyó el ruido de algo que caía... ¡Puní! Y dejamos de ver la condenada (¡perdónenme, señoras!) bayoneta. Cinco minutos más tarde aquel maldito de Bianchi galopaba a lo lejos como un caballo y regresó completamente pálido y jadeante. Llevaba en la

mano el corazón del español y lo mostraba, riendo, a su adversario. Este, con cara seria, comentó:

—Esto no es todo...

—Lo sé perfectamente —exclamó Bianchi.

Sin lavarse la sangre que le cubría las manos, volvió a poner en pie los soportes de la marmita, reajustó ésta, reavivó el fuego, coció el corazón y se lo comió tranquilamente. Se embolsó los mil escudos...

—¿Tenía, pues, mucha necesidad de aquel dinero?... —preguntó la dueña de la casa.

—Se los había prometido a una cantinerita parisién de la que estaba enamorado...

—Oh, señora —prosiguió el general después de una corta pausa— todos aquellos italianos eran auténticos caníbales, verdaderos perros hambrientos... Aquel Bianchi procedía del Asilo de Huérfanos de Como, donde todos los niños recogidos reciben el mismo apellido, todos son Bianchi; se trata de una costumbre italiana. El emperador hizo deportar a la isla de Elba a todos los tipos indeseables de Italia, a los hijos de familia incorregibles, a los malhechores de la buena sociedad, a la que no deseaba perdiera su antiguo lustre. Más tarde, organizó regimientos, fundando la *Legión Italiana*; luego los incorporó a sus ejércitos, con el nombre de 6.º de línea, al cual dio por coronel a un corso, llamado Eugenio. Era un verdadero regimiento de demonios. ¡Había que verles en un asalto o en un combate cuerpo a cuerpo!... Como casi todos habían sido condecorados por sus brillantes acciones militares, aquel coronel le gritaba ingenuamente mientras les conducía a donde el fuego era más intenso: «*Avanti, avanti, signori ladroni, cavaglieri ladri...*», es decir, adelante, adelante señores ladrones, caballeros bandidos... Para golpes de mano no había en todo el ejército mejores soldados que aquellos; pero eran unos ganapanes capaces de robar al buen Dios. Un día, se bebían el alcohol del botiquín; otro disparaban, sin escrúpulos, con su fusil, contra un pagador y cargaban el robo en la cuenta de los españoles. Pero, no obstante, tenían buenos momentos... En no sé qué batalla, uno de ellos mató, en un cuerpo a cuerpo, a un capitán inglés, el cual, mientras se moría, le recomendó a su esposa y a su hijo. La viuda y el huérfano se hallaban en un pueblo próximo. El italiano se dirigió hacia allí, inmediatamente, a través de la lucha, y los llevó con él. La joven dama era, por mi fe, muy hermosa. Las malas lenguas del regimiento aseguraban que había consolado a la viuda de la pérdida de su esposo, pero la verdad es que compartió su soldada con el hijo hasta 1814. Durante la derrota de Moscú, una de aquellas joyas que tenía un camarada enfermo del pecho, tuvo para él cuidados inimaginables desde Moscú hasta Wilna. Le montaba a caballo, le apeaba de él, le daba de comer, le defendía de caer en manos de los cosacos, le envolvía lo mejor que podía y sabía con los harapos que podía encontrar, le acostaba como una madre acuesta a su hijo y velaba para atender a cualquier necesidad. Una noche el demonio de enfermo fue, a pesar de la prohibición de su amigo, a calentarse en un fuego de cosacos, y cuando éste llegó para reñirle, un cosaco creyendo que quería armar guerra

mató al pobre italiano.

—¡Napoleón tenía ideas verdaderamente filosóficas! —exclamó una de las señoras—. ¿No es necesario realizar profundas reflexiones sobre la naturaleza humana para atreverse a buscar lo que pueda haber de héroe en una tropa de malhechores?...

—Pido que no se hable ya más de Napoleón —dijo un artista con seriedad.

Esta observación venía muy a cuento a causa del reciente regreso de las cenizas de Napoleón. Todos se rieron excepto la señora que había hecho la observación.

—¡Para que aparezcan tipos semejantes es preciso que estalle una guerra civil!... —exclamó un célebre abogado—. Esas aventuras en las que el alma se despliega en toda su extensión e intensidad no pueden encontrarse jamás en medio de una vida tranquila tal como la que constituye nuestra actual civilización, tan pálida, tan decrepita.

—¡Una vez más sale a colación la civilización!... —replicó Bianchon, uno de nuestros médicos más distinguidos—.

¡Ya han tenido que pronunciar esta palabra!... Desde hace algún tiempo, poetas, escritores, pintores, todo el mundo en general, se halla atacado de una extraña manía. Nuestra sociedad, según ellos, nuestras costumbres, todo, se está descomponiendo, lanzando las últimas boqueadas. Vivimos muertos; nos sentimos admirablemente en medio de una agonía perpetua, sin darnos cuenta de que estamos en putrefacción. Por último, si tuviéramos que hacerles caso llegaríamos a la conclusión de que no existen leyes, ni costumbres, ni fisonomías, porque no tenemos creencias. No obstante, estoy convencido de que todos tenemos fe en el dinero, ya que desde que los hombres se han arrebañado en forma de naciones, el dinero ha constituido una religión de tipo universal, un culto eterno; además, debemos reconocer que el mundo actual no anda tan mal como se pretende. Por unos hombres hastiados que lamentan no haber podido matar a una mujer o dos, pueden hallarse muchos que aman sinceramente. Para no mostrarse escandaloso, el amor sigue bastante bien, sólo deja tranquilas a las viejas... ¡y aún!... En resumen, que las existencias pueden ser tan dramáticas en tiempos de paz como en tiempos de tribulaciones... Le agradezco a usted su guerra civil. Por mi parte, tengo la fortuna suficiente como para que me guste esta vida estrecha, esta existencia en medio de sedas, cachemiras, tálburys, esmaltes sobre vidrio, porcelanas y todas las demás menudencias que anuncian la degeneración de una civilización.

—El doctor tiene razón... —dijo una de las señoras—. Hay situaciones secretas de la vida aparentemente más vulgar que pueden comportar aventuras tan interesantes como una evasión.

—Exacto —prosiguió el doctor—. Y si les contara a ustedes una de las primeras consultas a las que asistí...

—¡Cuéntelo!...

—¡Cuéntelo!...

Fue aquel un clamor general del cual se sintió muy satisfecho el doctor.

—No tengo la pretensión de interesar tanto su atención como lo ha hecho hace unos momentos el señor...

—Ya sabemos esto —dijo un pintor.

—Basta... ¡Empiece! —gritaron de todas partes.

—Una noche —dijo después de dejar escapar un gesto de modestia y una sonrisa —, cansado por esos paseos enormes que nosotros, los médicos, nos vemos obligados a realizar, casi por amor de Dios, durante los primeros años de ejercicio de nuestra profesión, se me presentó mi vieja criada para comunicarme que una señora deseaba hablarme. Le contesté con una simple seña e inmediatamente la desconocida entró en mi despacho. Le rogué que se sentara en uno de los rincones de mi chimenea y yo me quedé frente a ella, en el otro rincón, examinándola con esa curiosidad fisiológica propia de las personas pertenecientes a mi profesión cuando cambian la ciencia por el amor. No recuerdo haberme encontrado durante todo el transcurso de mi vida otra mujer que me haya impresionado tanto como aquella señora. Era joven, vestía con mucha sencillez y, a pesar de no ser más que mediocrementemente hermosa, estaba admirablemente bien hecha. Poseía un talle perfecto, una tez deslumbrante y los cabellos negros muy abundantes. Tenía una cara típicamente meridional en la que se reflejaban todas las pasiones, cuyos rasgos carecían de regularidad, pudiendo incluso calificarse de extravagantes; pero sus ojos tenían tal expresión de tristeza, que apagaba su brillo. Me miraba con inquietud y me interesó profundamente la duda que revelaron sus primeras palabras y su actitud. Tenía que violentar su pudor, esperaba que me hiciera una de esas confidencias vulgares, a las cuales estamos habituados, pero cuya confesión resulta vergonzosa para los enfermos, cuando, levantándose súbitamente, me dijo:

»—Señor, es totalmente inútil que le explique ahora la clase de azar que me ha hecho conocer su apellido, su carácter y su talento.

»Por su acento comprendí que se trataba de una marsellesa.

»\_Desde hace tres meses —continuó— estoy casada con el señor de..., jefe de escuadrón de los Granaderos de la Guardia; es un hombre violentísimo, celoso como un tigre. Desde hace seis meses, estoy embarazada...

»A1 pronunciar esta última frase en voz baja, no pudo disimular una contracción nerviosa que crispó su laringe.

»—Pertenezco —prosiguió— a una de las primeras familias de Marsella; mi madre es la señora de...

»—Comprenderán —dijo el doctor interrumpiéndose, y lanzando una mirada a su alrededor— que me está prohibido decir los nombres de los protagonistas...

»—Tengo dieciocho años, prosiguió mi cliente, y hace dos que estaba prometida a uno de mis primos, hombre joven, rico y bastante agradable, pero que pertenece a una familia exclusivamente dedicada al comercio, la de mi madre. Nos amábamos

mucho... Hace unos ocho meses, el señor de..., mi marido, vino a Marsella; es el sobrino de la anciana duquesa de..., y uno de los favoritos del emperador, por lo que se espera realice una brillantísima carrera militar; todo esto sedujo a mi padre. A pesar de conocer perfectamente cuáles eran mis inclinaciones, se decidió mi boda con el conde de... Esta falta de palabra enemistó a las dos familias. Mi padre, temiendo la violencia del carácter marsellés, decidió solucionar el caso en París, donde residía la familia del señor de... Partimos.

»Durante el segundo alto que hicimos, en medio de la noche, fui despertada por la voz de mi primo y vi su rostro junto al mío... La cama donde dormían mis padres se hallaba a tres pasos de la mía; nada le había podido detener. Si mi padre se hubiera despertado, le habría levantado la tapa de los sesos. Yo le amaba... es todo cuanto puedo decirle.

—Bajó la mirada y suspiró. Frecuentemente he tenido que oír los sonidos que salen del pecho de los agonizantes; pero tengo que confesar que aquel suspiro de mujer, aquel lacerante arrepentimiento, mezclado con resignación, aquel terror producido por un instante de felicidad, cuyo recuerdo parecía brillar en los ojos de la joven marsellesa, me hizo olvidar de repente cualquier otra expresión de sufrimiento intenso. Hay días en los que escucho todavía aquel suspiro, y siempre me produce una sensación de frío interior cuando lo recuerdo.

»Dentro de tres días —prosiguió ella levantando la mirada hacia mí— mi marido regresa de Alemania. Me será totalmente imposible ocultarle el estado en que estoy y me matará, señor; no vacilará en hacerlo. Mi primo se suicidará o provocará a mi marido. ¡Estoy en el mismísimo infierno!...

»—Pronunció aquellas frases con una calma impresionante.

»—Adolfo no goza de independencia económica; su padre y su madre le dan muy poco dinero para sus gastos; mi madre no tiene la libre disposición de su fortuna; por mi parte, yo no poseo nada; no obstante, entre nosotros tres liemos podido reunir cuatro mil francos. Aquí los tiene —dijo sacando de su corpiño unos billetes de banco y tendiéndomelos.

»—¿Y bien, señora? —le pregunté.

»—Pues bien, señor, —me replicó, pareciendo muy extrañada por mi pregunta—, he venido a suplicarle salve usted el honor de dos familias, la vida de tres personas y la de mi madre a costa de mi infortunado hijo...

»—No prosiga usted —le dije con tranquilidad. Fui a buscar un ejemplar del Código—. Vea usted, señora —le dije enseñándole una página que sin duda ella no había leído jamás—, de hacerlo me mandarían usted al cadalso. Me propone usted cometa un delito que la ley castiga con la pena de muerte y usted misma sería condenada a una pena mucho más terrible que la que me correspondería a mí... Pero la justicia no sería menos severa si no se enterara de la realización de una operación de este género; pues casi siempre termina con un doble asesinato, ya que es muy raro que la madre no sucumba a ella. Creo que podría tomar usted una resolución mejor...

¿Por qué no huye?... Váyase al extranjero.

»—Me consideraría deshonrada...

»Insistió aún varias veces, pero dulcemente y con un sordo acento de desesperación. La despedí... Al día siguiente, hacia las ocho de la mañana, volvió. Al verla entrar en mi despacho le hice una seña de negación perfectamente perentoria; pero se lanzó tan rápidamente a abrazarse a mis rodillas, que no lo pude evitar.

»—¡Tome —me dijo—, aquí tiene diez mil francos!

»—Ay, señora, ni cien mil, ni un millón, me inducirían a cometer un crimen... Si en momentos como estos le prometiera mi ayuda, más tarde, en el momento de poner manos a la obra, volvería a la razón y faltaría a mi palabra; de modo, que retírese usted, por favor.

»Se puso en pie, y empezó a llorar.

»—¡Puedo considerarme muerta!... —exclamó—. Mi marido regresa mañana...

»Se hundió en una especie de torpor; y al cabo de siete u ocho minutos de silencio, me lanzó una mirada suplicante; aparté mis ojos y me dijo:

»—¡Adiós, señor!...

»Y se marchó. Aquel horrible poema de melancolía me oprimió el alma durante todo el día... Veía constantemente delante de mí a aquella mujer pálida, y podía leer siempre los pensamientos escritos en su última mirada. Por la noche, cuando iba a meterme en cama, una anciana vestida con harapos, oliendo al barro de las calles, me trajo una carta escrita en papel basto y amarillento; las letras, mal escritas, apenas podían leerse; había algo horroroso en el mensaje y en la mensajera. “Puedo decir que casi he sido asesinada por un cirujano incompetente en una casa sospechosa, ya que no he despertado compasión más que aquí, pero noto que estoy perdida. La consecuencia de este acto desesperado ha sido una espantosa hemorragia. Estoy, bajo el nombre de señora Lebrun, en el Hotel de Picardía, en la calle del Sena. El mal está ya hecho. ¿Tendrá usted ahora el valor de venir a visitarme, y ver si hay para mí alguna oportunidad de poder salvarme?... ¿Atenderá mejor los ruegos de una moribunda?...”

»Por mi columna vertebral pasó un escalofrío de fiebre. Tiré la carta al fuego y me metí en cama; pero no pude conciliar el sueño; veinte veces, mecánicamente, me iba repitiendo: “¡Ah, la desdichada!...” Al día siguiente, después de haber efectuado todas las visitas, fui, arrastrado como por una especie de fascinación, hasta el hotel que la señora me había indicado. Bajo pretexto de estar buscando a alguien de quien no conocía exactamente su dirección, fui recogiendo, con prudencia, información; el portero, me dijo: “No, señor, no hay nadie aquí con este nombre. Ayer vino una mujer joven, pero no ha pasado muchas horas aquí... Ha fallecido precisamente este mediodía...” Me alejé de allí precipitadamente, llevándome en el corazón un recuerdo eterno de tristeza y de terror. Me es imposible ver pasar por las calles de París un entierro sin acompañamiento de familiares, sin que mi imaginación me recuerde aquella aventura, en la que cada vez encuentro nuevas fuentes de interés.

Fue un drama con cinco personajes, cuyos destinos desconocidos tienen millares de desenlaces, y me preocupan frecuentemente durante horas enteras...»

Quedamos todos sumidos en profundo silencio. El doctor había contado aquella historia con tono tan penetrante, sus gestos habían sido tan sugeridores y su dicción tan viva, que sucesivamente desfilaron ante nuestros ojos la heroína y el ataúd en un entierro de caridad, al trote hacia el cementerio.

—¡Todas vuestras historias son espeluznantes! —dijo la dueña de la casa—. Seguramente esta noche me causarán espantosas pesadillas. A ver si usted es capaz de disipar las impresiones que nos han dejado, explicándonos alguna historieta divertida —añadió dirigiéndose a un hombre alto y gordo, persona sumamente ingeniosa que estaba a punto de marcharse a Italia, a donde le llamaban ciertas funciones de carácter diplomático.

—Lo haré con mucho gusto —respondió.

—La señora de... —repitió sonriendo—, esposa de un ministro de Marina en tiempos de Luis XVI, se encontraba pasando una temporada en el castillo de..., a donde yo había ido también a pasar mis vacaciones de 18... Se conservaba todavía hermosa a pesar de sus treinta y ocho años confesados y a pesar de todos los infortunios por que tuvo que atravesar durante la Revolución. Como pertenecía a una de las más encumbradas casas de Francia había sido educada en un convento. Sus modales llenos de nobleza y de afabilidad, revelaban un encanto indefinible. No he conocido más que en ella una manera de andar que inspirase tanto respeto como deseos. Era alta, bien hecha y piadosa. Fácil es comprender el efecto que debió de producir en un muchacho de trece años; era, entonces, mi ángel. Sin sentir precisamente miedo de ella, la contemplaba con una inquietud deseosa, y con vagas emociones que se parecían a los estremecimientos del miedo.

Una noche, hacia las once, por una de aquellas circunstancias casuales de las cuales tan difícil es darse cuenta, siete u ocho de las señoras que residían por aquel entonces en el castillo se encontraron solas ante uno de aquellos fuegos que no son ni chisporroteantes ni están apagados, pero cuyo calor predispone quizá a una conversación más íntima, al comunicar a las fibras del cuerpo una especie de sopor que las beatifica. La señora de... lanzó una mirada de espía sobre el artesonado y los antiguos tapices de aquel inmenso salón. Sus grandes ojos negros cayeron sobre un rincón pasablemente oscuro donde yo estaba acurrucado detrás de un enorme sillón de patas torneadas; fue como una mirada de fuego; pero no me vio. Me quedé tal como estaba, escuchando como aquellas damas se contaban, *sotto voce*, historias de las cuales yo nada comprendía; pero las risas que ponían punto final a cada narración habían excitado mi curiosidad de niño. «Ahora te toca a ti, dijeron a coro las castellanas a la señora de..., vamos, explícanos como...». Quizá conservaba cierto recelo por haberme visto jugando cerca de ella; se levantó, como para dar una vuelta por detrás del mueble enorme que me servía de escondite; pero una anciana dama, más impaciente que las demás, la cogió de la mano, diciéndole; «El niño se ha ido ya



a la cama, querida; por otra parte, no creo que debas mostrarte más reticente que nosotras...» Entonces, la hermosa señora de... tosió, sus ojos se bajaron, y empezó su narración, de este modo:

«—Estaba yo en el convento de..., y debía salir de él al cabo de tres días para contraer matrimonio con el señor conde de..., mi marido. Mi futura felicidad, envidiada por algunas de mis compañeras, daba lugar, por veinteava vez, a una serie de conjeturas que voy a ahorraros, ya que según lo que habéis contado, también os habéis ocupado de ellas en su debido tiempo y lugar. Otras tres muchachas y yo, que en conjunto no alcanzábamos los setenta años de edad, nos habíamos reunido frente a la ventana de un pasillo desde donde podíamos ver todo lo que sucedía en el patio del convento. Después de una hora, nuestras jóvenes imaginaciones habían cultivado debidamente el campo de las suposiciones de modo tan alocado e inocente, os lo juro, que nos fue imposible decidir, en definitiva, en qué consistía el matrimonio; mis propias ideas se habían hecho tan vagas que no sabía como fijarlas. Una hermana de unos treinta o cuarenta años, que siempre nos había demostrado mucho afecto, pasó por allí; era, si no recuerdo mal, la hija de un campesino adinerado; la habían hecho ingresar en el convento a muy temprana edad, ya sea para mejorar la herencia de su hermano, ya fuese a causa de alguna aventura que para gloria y honor suyo, jamás contaba. La señorita de Lansac, que era de entre nosotras la que más libremente hablaba con ella, la detuvo y le expuso bastante maliciosamente los peligros que podían existir, en lo que a mí se refería, al ignorar yo las condiciones de la naturaleza humana. En aquel momento, la religiosa distinguió en el patio a un maldito animal que regresaba del mercado, y que por el orgullo de su andar, la energía que se revelaba en todo su ser, formaba la más perfecta definición que pueda darse del matrimonio.

«—En aquel momento todo el grupo femenino se fue acercando más a la que hablaba, la señora de..., siguió su narración en voz más baja, las damas empezaron a murmurar y los ojos de todas brillaron como estrellas; pero yo no pude entender de la respuesta de la religiosa más que dos palabras latinas reproducidas por la hermosa dama, que eran, si no recuerdo mal, *¡Ecce homo!*...

«—Al ver aquello, prosiguió la señora de... cuyo tono de voz remontó el diapasón dulce y claro con que había confiado sus juveniles secretos a las otras damas, creía que iba a desmayarme. Palidecí al ver a la señorita de Cadignan, a la que quería mucho, y el terror que experimenté más tarde al esperar de un momento a otro tener que subir al cadalso, no fue nada comparado con el que sentí en aquel instante pensando en mi primera noche de bodas. Creía estar constituida de una forma distinta que las otras mujeres. No me atreví a hablar a mi madre; miraba al conde con un espanto mezclado de curiosidad, que de nada me servía. No os contaré todos los pensamientos martirizantes que me asaltaron; la idea de un semejante suplicio llegó hasta hacerme quedar, la víspera misma de mi boda, plantada durante media hora, asida al picaporte dorado que abría la puerta de la habitación de mi madre, sin

decirme a entrar en ella, despertarla, y hacerla saber la imposibilidad en la que me colocaba la naturaleza para ser algún día esposa. En resumen, fui llevada a la cámara nupcial más muerta que viva...»

Al llegar aquí, la señora de... no pudo evitar una sonrisa y añadió con cara de gatita muerta:

—Pero luego pude comprobar que todo lo que es obra de Dios está bien hecho, y que la infeliz de la religiosa debió haber intentado, como Garo, pedirle peras a un olmo.

Señor —dijo una joven dama—, si sus historias alegres empiezan así, ¿cómo terminarán?

Oh, este caballero jamás ha podido contar nada sin poner en la narración algo excesivamente picante y en verdad que lo lamento. Siempre espero que se corrija...

¿Pero dónde está el mal? —preguntó ingenuamente el narrador—. En nuestros días todos queréis reír, y os prohibís todas las fuentes de alegría que hicieron las delicias de nuestros antepasados. Dejad a un lado los engaños de las mujeres, las artimañas de los monjes y curas, las aventuras un poco chocarreras de Verville o de Rabelais, ¿de qué reiréis?... ¡Habéis sustituido esta *poética*, por los juegos de palabras de Odry!... ¿Puede considerarse esto como progreso?... ¡En nuestros días no nos atrevemos a nada! Quizá no haya una sola mujer honesta que se atreva a contarle a su amante la excelente historieta del cochero de punto que le dijo a una señora: *¿Le gustaría trincar?*... Nada hay ya posible con costumbres tan tácitamente libertinas; pues sinceramente encuentro mucho más indecentes vuestras obras teatrales y vuestras novelas que toda la crudeza de un Brantôme, en el cual no hay doble sentido ni premeditación. El día que hayamos dado castidad al idioma, las costumbres habrán perdido totalmente su pureza.

—La filantropía ha echado a perder el cuento —dijo un anciano.

—¿Cómo? —preguntó la esposa de un pintor.

—Para que un cuento pueda considerarse realmente bueno, es necesario que os haga reír sobre una desgracia cualquiera —respondió.

—¡Paradoja!... —exclamó un periodista.

—Hoy en día —prosiguió el anciano sonriendo— los bobus se sirven demasiado a menudo de esta palabra cuando no saben qué responder, para que la emplee un hombre inteligente.

Hubo un momento de silencio.

—En otros tiempos —prosiguió el anciano— la gente rica se hacían enterrar en las iglesias. Se producía entonces un intervalo entre el momento del entierro real y el provisional, ya que no siempre la tumba estaba preparada para recibir al cadáver. Tal inconveniente obligó a los curas de París a dejar los ataúdes, durante un cierto lapso de tiempo, en una capilla donde había un sepulcro postizo. Podía considerarse a esa capilla como una especie de vestíbulo donde esperaban los cadáveres. Cerca de la capilla mortuoria había un sacerdote de guardia y las familias pagaban las oraciones

de surerogación que se decían durante la noche o durante el día que transcurría entre el entierro ficticio y la inhumación definitiva. Perdónenme que les dé todos estos detalles; pero en nuestros días muchas personas pertenecen ya a la historia. Un joven sacerdote, recién llegado a San Sulpicio, debutó en el empleo de guardián de cadáveres... Aquella mañana se había celebrado el entierro de un ex-subsecretario. Al caer la noche, el cura de provincias se instaló en la capilla y se encargó de decir las oraciones correspondientes a la luz de los qjrios. Y allí le tenemos, solo, en un rincón de aquella inmensa iglesia. Rezó un salmo y cuando dicho salmo estuvo terminado: ¡Pam!, ¡pam!, ¡pam!, oye tres golpecitos, como si llamaran a la puerta muy débilmente. Le zumban los oídos; mira hacia el techo, las escaleras, las columnas... y termina por creer que sus cofrades intentan gastarle una broma pesada, como se acostumbra a hacer en los conventos, con los novicios. Se pone entonces a la tarea de despachar otro salmo; entre versículo y versículo: ¡Pam!, ¡pam!, ¡pam! —El cura respondió: “¡Sí, sí!, puedes llamar, ¡yo no te abriré!...” Finalmente, los golpes fueron disminuyendo oyéndose solamente muy de tarde en tarde. Cerca del amanecer un sacerdote anciano fue a relevar la guardia del debutante. Este le entrega el libro de rezos, la silla y se va. En el momento de irse: ¡Pam!, ¡pam!, ¡pam! «¿Pero qué es esto, qué significan estos golpes?... —pregunta el cura anciano—. ¡Oh!, no es nada importante —le responde el novato; se trata de un cadáver que tiene un tic...»

—No me costaría mucho trabajo creer que esto es auténtico —dijo un profesor de historia—. Está saturado de ese espíritu rústico tan precioso en los autores antiguos, que a veces podemos seguir hallando en los campesinos. Este sacerdote debió venir de más acá del Loire... El pueblerino posee una forma de ser realmente admirable. Cuando es estúpido podría ser uncido al lado de un animal de tiro; pero cuando tiene cualidades, son realmente exquisitas; desgraciadamente nadie le observa. Tiene que haber sucedido algo auténticamente extraordinario para que Goldsmith escribiera el *Vicario de Wakefield*. De modo que creo que la vida pueblerina y campesina está esperando un historiador.

—Su observación me recuerda —dijo un ex funcionario imperial^ un hecho que puede servir de corroboración a la opinión que acaba usted de manifestar. Da una idea perfecta de cómo son los campesinos del Danubio. En 1813, cuando las últimas levadas de hombres realizadas por Napoleón, llevadas a cabo por los prefectos con un rigor que quizá tuvo su influencia en la primera caída del Imperio, el hijo de un pobre aparcerero de los alrededores de una ciudad cuyo nombre no les diré, pues sería como decirles el nombre del prefecto, se negó a incorporarse, y desapareció. Después de haberse dictado las primeras conminaciones, tuvieron que tomarse las más rigurosas medidas en contra del padre y de la madre. Finalmente, un día, cansado el prefecto de ver cómo se iba alargando aquel asunto sin encontrarle una solución, mandó que le trajeran al padre ante su presencia. Acudió el campesino a la prefectura; en ella, el secretario general primero, más tarde el prefecto en persona, intentaron por medio de palabras persuasivas convertir al padre del refractario al evangelio imperial, y

arrancarle el secreto del escondrijo donde se ocultaba su hijo. Fracasaron ante el sistema de negativas en el cual los campesinos se encierran con instinto de ostras, que se defienden de sus agresores dentro de sus duras conchas. El prefecto y su secretario pasaron de la suavidad a las amenazas, se indignaron enormemente, maltrataron de palabra y obra al pobre hombre, que continuaba mirándoles tranquilamente mientras daba vueltas a su sombrero de alas anchas.

»—Nosotros sabremos como encontrar a tu hijo —dijo el secretario.

»—No deseo otra cosa, monseñor —contestó el campesino.

»—Lo quiero muerto o vivo —exclamó el prefecto, a título de conclusión.

El tal padre regresó a su casa totalmente desolado; porque, de verdad, ignoraba por completo dónde podía hallarse su hijo y sabía perfectamente lo que iba a suceder. En efecto, al día siguiente, pudo ver muy de mañana al irse a las faenas del campo el galoneado bicornio de un gendarme que galopaba a lo largo de los vallados, y que el prefecto mandaba a vivir a su casa, hasta que el refractario fuese hallado. Era, pues, necesario calentar, lavar la ropa y alimentar al gendarme y a su caballo. El campesino se fue comiendo sus ahorros, tuvo que vender la cruz de oro, los pendientes, el broche, los zapatos y los vestidos de su mujer; después, un trozo de tierra que tenía: por último, la casa. Antes de vender la casa y el trozo de tierra que la rodeaba hubo una horrible discusión entre el marido y la mujer, ya que el primero pretendía que su mujer sabía el lugar donde estaba escondido el hijo de ambos... El gendarme se vio obligado a desenvainar el sable para terminar con aquella disputa, ya que el campesino se había puesto fuera de sí y se había sacado un zueco para atizar con él a su mujer. Desde aquella tarde el gendarme empezó a sentir lástima por aquellos dos desgraciados y llevó su caballo a pacer la hierba de los caminos o la de los prados comunales. Varios vecinos hicieron una colecta para proporcionarle avena y paja; muchos días el propio gendarme compraba carne y todo el mundo colaboraba para ayudar a mantener a aquel miserable matrimonio. El campesino había hablado ya de colgarse de la rama de un árbol. Por último, un día en que no tenían leña para cocer la comida del gendarme, el padre del refractario se fue muy de mañana a un bosque próximo para recoger las ramas muertas y hacer provisión de madera. Por la noche, en una espesura de arboles, ya cerca del lugar habitado, distinguió una masa blanca y cuando se acercó para ver qué podía ser aquello reconoció a su hijo. Estaba muerto de hambre y entre sus dientes tenía aún restos de la hierba que había intentado comer. El campesino se puso al muchacho sobre la espalda, y sin dejarse ver de nadie, sin decir ni una sola palabra, le llevó durante tres leguas; llegó a la puerta de la prefectura preguntó por el prefecto y, al decirle que había ido a un baile, esperó a que llegara; cuando regresó, sobre las dos de la madrugada, se encontró con el campesino que le aguardaba en la puerta, que le dijo: «No quería usted a mi hijo, señor prefecto, pues ya lo tiene aquí». Puso el cadáver contra la pared y echó a correr hasta desaparecer. Ahora él y su mujer mendigan el pan.

Todo esto es realmente sublime —intervino el médico—, pero yo estoy

convencido de que si los actos de los campesinos son tan completos, tan sencillamente bellos, se debe a que en ellos todo es natural y sin artificio; obedecen continuamente la llamada de la naturaleza; sus mismos trucos, su astucia, tan célebres y tan celebradas, no son más que una expresión del instinto humano. Son cautelosos en todos los negocios en que intervienen, y disimulados, como todas las personas débiles, en presencia de un enemigo poderoso, no abusa, precisamente, del raciocinio, pues las ideas las encuentran, como la fe, robusta en su alma, en el momento cuando hacen uso de ella. Es proverbial la fe del carbonero. Pero lo que más me extraña en ellos es su apego por la vida y no comprendo cómo estimando tan poco una existencia tan plagada de penas y de trabajo, son tan poco vengativos, y no la arriesgan si no es por cálculo. Quizá no tengan tiempo para reflexionar o combinar los grandes acontecimientos de la vida.

Ello es precisamente lo que aleja la civilización de sus empresas —dijo uno.

—¡Y dale con la civilización! —exclamó el médico con tono tragicómico.

Pero, doctor —le dije yo—, puedo asegurarle que yo conozco una comarca de la Touraine en la que las gentes del campo constituyen un mentís a sus observaciones. Por el lado de Chinon, los naturales de dicha comarca están poseídos por un furor corto y vivo que les da la energía suficiente para entregarse a sus pasiones, después vuelven a aquella suavidad de carácter, espiritual e ingeniosa, que distingue a la gente turainesa. Se diría que los alrededores de Chinon se hallan habitados por descendientes de Caín, que en ciertos cartularios son llamados *Cainones*; ¿o es que debemos atribuir ese deseo de venganza que les anima a la vida salvaje que llevan los que viven en esas regiones? El doctor Gall debió venir a visitar el Chinonais, donde, por otra parte, viven también, como es natural, muchas personas dignas. Uno de los abogados más distinguidos de la región me decía un día, riendo, que aquel distrito era para él una verdadera renta, ya que la mayor parte de los procesos civiles y criminales procedían de esta región tan celebrada por Rabelais. En cuanto a mí, he podido ver por mis propios ojos un impresionante ejemplo de lo que digo, del cual, no obstante, mucho me guardaré de garantizar su autenticidad psicológica.

He aquí el hecho:

—Regresaba, en 1820, de Azay a Tours en la diligencia de Chinon. Al tomar asiento en la banqueta vi en el asiento posterior a dos gendarmes, en medio de los cuales iba también sentado un muchacho de unos veinte años.

»—¿Qué ha hecho éste?... —pregunté al brigada, creyendo se trataba de un delito forestal o algo parecido.

»—Casi nada —respondió el gendarme—. Con una barra de hierro le rompió el espinazo a su amo y lo ha matado, ayer mismo.

»Después, guardamos silencio. Viajaba, pues, en compañía de un asesino. Este se apoyaba en un rincón del carruaje mirando con bastante despreocupación los árboles de la carretera, que huían con tanta rapidez como su vida destinada al cadalso. Tenía un rostro apacible, aunque moreno por el sol.

»—¿Por qué golpeó a su amo?... —pregunte al brigada.

»—Por una miseria —me respondió el gendarme—. Al ir a la feria de Tours, su amo, granjero de cierta importancia, había prometido que a su regreso les traería a este muchacho y a las criadas los pequeños regalos que se acostumbran a traer en tales ocasiones... Para la criada, un delantal; para éste, una chaqueta roja. A su regreso parece ser que el granjero tuvo algún motivo de disgusto contra él. Le dio el delantal a la criada, pero a él no le dio la chaqueta. Agotado por el trabajo y el calor, pues había hecho todo el camino sin detenerse y a caballo, se durmió apoyando la cabeza sobre una mesa de la sala. Entonces el muchacho cogió una barra de hierro y le asestó un fuerte golpe sobre la nuca; el granjero tuvo aún fuerzas suficientes para ponerse en pie y decirle: “¡Desdichado!...” Entonces le dio un segundo golpe, que le mató. Después, fue a esconderse en los establos con su chaqueta; pero no tocó ni un solo ochavo del dinero que su amo trajo de la feria de Tours y se ha dejado arrestar sin ofrecer resistencia...

»—¿Cómo —le dije dirigiéndome al campesino—, has podido matar a un hombre por una vulgar chaqueta?...

»—¡Toma!, porque contaba con ella para ir a bailar.

»Esto fue todo lo que saqué del muchacho... que, por su aspecto, no parecía un asesino. Los gendarmes no se habían preocupado ni de atarle las manos. La diligencia volcó una vez pasado Bailan. En realidad, ahora lo recuerdo, no llegó a volcar. Se rompió una de las varas. Todos salimos despedidos; los gendarmes se colocaron uno a cada lado de aquel muchacho, dejándole libre; no obstante, seguían vigilándole atentamente. Viendo que el conductor pasaba muchos apuros para volver a poner en condiciones el carruaje, le ayudó a colocar otra vara; cuando terminó todo dijo mientras acababa de apretar un nudo de la cuerda: “Ah, creo que ahora todo marchará bien...” Y volvió a subir al coche que le llevaba, por así decirlo, al suplicio. Fue ejecutado en Tours».

—¡Bah!, esta sangre fría no tiene nada de extraordinario —dijo un joven que había venido del salón de juego en la mitad de mi narración y no había asistido a las premisas de mi argumentación. Existen multitud de anécdotas sobre los últimos momentos de los condenados; y si me permito contarles un hecho de este género, curioso por otros motivos, es porque lo creo poco conocido; se lo oí contar a Carlos Nodier. El síndico del tribunal de Brest se llamaba Vignes, el presidente, Vignerón. Ambos fueron condenados a muerte. Al hallarse sobre el cadalso, uno de ellos, el señor Vigiles, dijo al otro mientras señalaba a la multitud: «En verdad te digo que todos estos van a encontrarse en un verdadero apuro, si se quedan sin viñas y sin vinatero». El señor de Vignes fue el primero en adelantarse; pero en el momento en que la cuchilla le iba a cortar la cabeza se desunieron los dos montantes de la guillotina; finalmente se comprobó que algo funcionaba mal en el aparato de suplicio y como era ya muy tarde el ejecutor de las altas obras republicanas dijo al presidente: «A fe mía, ciudadano, que por ahora te has salvado, ya que, en los tiempos que

corremos, veinticuatro horas son un buen respiro». «Debes de ser un perfecto cobarde. ¡Vaya! ¿Porque tus maderos han hecho un poco de movimiento me vas a hacer esperar? El tribunal no me ha condenado a tener que esperar veinticuatro horas más...»

»Cogió con sus propias manos el martillo, los clavos y recompuso la guillotina; después, cuando creyó que estaba lo suficientemente sólida, se inclinó sobre la plancha y fue ejecutado. Esto es algo más que colocar una vara nueva en un coche y es de una sangre fría de un valor incalculable...»

—¿Doctor —dijo una dama— usted, que debe de haber visto morir a mucha gente, se ha encontrado con ejemplos de esta inaudita tranquilidad ante la muerte?...

—Señora —dijo—, los criminales son, generalmente, personas dotadas de una naturaleza sumamente poderosa, de modo que tienen muchas más posibilidades que los enfermos debilitados por largas agonías para decir frases hermosas. Se les mata en plena vida, mientras que los enfermos mueren ya muertos. Además, en ciertos hombres, el alma está fuertemente excitada por la espera del suplicio y reúnen todas sus fuerzas para resistir aquel asalto. Existe como una especie de exaltación. No obstante he sido testigo de algunas bellas muertes... Ahora, si es que gustan ustedes de lo horrible, les ruego me crean si les digo que tengo mi provisión como cualquier otro.

—Pues bien —exclamó la dueña de la casa—, cuéntenos usted algún caso que tenga algo de espantoso. Me gustaría ver el color de vuestra tragedia, aunque no sea más que para compararle con lo que actualmente se produce en la bolsa literaria.

—Desgraciadamente, señora, yo no hablo nunca más que de lo que he visto.

—¿Y bien?

—Pues que siempre seré derrotado por otros que tienen sobre mí todas las ventajas que les proporciona la imaginación. Me es imposible ofrecerles a ustedes escenas como aquella en que dos hermanos, en plena alta mar, se disputan una tabla para no ahogarse... Lo único que puedo ser es veraz.

—Pues, bien, nos contentaremos con la simple verdad.

—Entonces, no quiero hacerme rogar más —concluyó.

—La casualidad —dijo después de una pausa— me puso cierto día en relación con un hombre que había corrido mucho mundo bajo las banderas de Napoleón y cuya posición era por aquel entonces poco brillante, teniendo en cuenta su brillante carrera militar y su graduación. Era teniente coronel y ocupaba en la administración de un periódico un cargo que le rendía mil quinientos francos anuales; pero, por otra parte, tenía otros bienes de fortuna. De dónde los había sacado, lo ignoro. Era hombre de baja extracción, y para no conseguir ascensos en tiempos del Imperio era preciso ser un remolón, un ingenuo, un ignorante o un cobarde. No obstante hay que reconocer que hay hombres que son desgraciados de nacimiento. El hombre de quien estoy hablando no era nada de esto; era el perfecto tipo del soldadote, bebedor, fumador, vanidoso, henchido de orgullo, que deseaba ser el primero en todo y que, no

encontrando inferiores a él más que en malas compañías, se complacía en ellas, explicando sus hazañas a todo aquel que no sabía que una media luna puede ser algún día una luna entera; en definitiva, un verdadero ganapán, como tantos otros muchos que se pueden encontrar en un ejército. No creía en Dios ni en el diablo; en resumen, para terminar su descripción, bastará decirles lo que me sucedió cierto día que me lo encontré por los alrededores de la Bastilla. Tanto él como yo nos dirigíamos hacia el Palais-Royal. Tomamos por los bulevares. En el primer café que encontramos me dijo: «Permítame que entre aquí un momento, pues deseo comprar un poco de tabaco y tomar un vaso de aguardiente». Se tragó el vaso de aguardiente y recogió, efectivamente, un paquete de tabaco con el que llenó una pipa. También quiso entrar en el segundo café que encontramos alegando las mismas necesidades. Aquel demonio de hombre tenía que comprar tabaco en todos los estancos, que le servían de casa de postas a sus deseos de fumar y de beber. Había establecido en París sus propias líneas de comunicación. Cuando me permití hacerle algunas observaciones sobre esto, me respondió: «Desde la muerte *del otro*, me paso la vida bebiendo grogs sin agua». No les hablaré a ustedes de sus bigotes grises, ni de su traje característico, ni de su lenguaje, ni de sus tics, pues sería entretenerles hasta mañana al mediodía. Creo que nunca se había peinado más que con sus cinco dedos de la mano. Siempre pude observar que el cuello de su camisa tenía un cierto color amarillento. Pues bien, aquel hombre, aquel ganapán, tenía un rostro francamente atractivo, un rostro militar, de grandes facciones, con una expresión tranquila; pero siempre creí poder leer en el fondo de sus ojos grises moteados de puntos color naranja alguna de las aventuras en las que casi hay lodo y sangre. Sus manos parecían patas de camero. Era de estatura mediana, pero muy ancho de espaldas y de pecho, un auténtico corsario. Además de todo esto, decía ser uno de los vencedores de la Bastilla. Aquel hombre había encontrado una mujer lo bastante loca como para enamorarse de él. Era una simple obrera, pero con un amor de fuego. Se llamaba Clarisa y trabajaba en una floristería. Todo en ella era hermoso: el talle, los pies, el pelo, las manos, las formas, los modales, los gestos. Su tez era blanca, su piel satinada. Solamente en París es dable encontrar esta clase de productos y esta especie de pasión. Jamás vi un contraste más absoluto que el que ofrecía aquella pareja. Clarisa iba siempre arreglada cuidadosamente, limpia y bien vestida. Por orgullo, el capitán le daba todo cuanto ella le pedía, aunque la verdad es que la pobre niña le pedía muy pocas cosas: ir de vez en cuando al teatro, algún vestido, una joya de bisutería. Jamás quiso que se casara con ella y él la instaló y le amuebló su piso, aunque sólo fuera por simple vanidad. Aquella muchacha era la lealtad misma. A menudo he llegado a pensar que esta clase de mujeres obedecen a no sé qué caritativa misión entregándose a esos hombres tan repugnantes, tan repugnados, tan malvados sujetos. Hay en los actos de su corazón un fenómeno que sería interesante analizar. Clarisa cayó enferma aquejada de una fiebre pútrida que se complicó con otros trastornos que afectaron el cerebro. El capitán vino a buscarme; encontré a Clarisa en inminente peligro de muerte y,



llevándome aparte a su protector, le hice partícipe de mis temores. «Hay que conseguir una buena veladora lo más urgentemente posible, pues esta noche será crítica». En efecto, había ordenado se le pusieran a determinada hora sinapismos en los pies y aplicar, una media hora después del remedio tópico, hielo en la cabeza y, una vez fundido éste, una cataplasma en el estómago... Y también otras prescripciones de las cuales no me acuerdo en este momento. «Oh, me respondió. No me fío de una veladora; acostumbran a dormirse, se mueven de un lado a otro constantemente y terminan por atormentar al enfermo. Yo velaré en persona y ejecutaré sus prescripciones como si se tratara de una consigna». A las ocho de la mañana volví a visitar a Clarisa, muy preocupado por su suerte; pero al abrir la puerta del piso me sentí sofocado por verdaderas nubes de humo de tabaco y, en medio de aquella atmósfera brumosa, pude distinguir, a la luz de dos velas, a nuestro hombre fumando su pipa y terminando de beberse un bol de ponche. No, jamás podré olvidar aquel espectáculo. A su lado, Clarisa jadeaba y se retorció, mientras él la contemplaba tranquilamente. Había aplicado concienzudamente el hielo, los sinapismos y las cataplasmas, pero sin duda mientras había estado desempeñando el oficio de enfermero había encontrado a Clarisa tan hermosa que había querido despedirse; el desorden en que se hallaba la cama me hizo comprender los acontecimientos de la noche. Huí de allí, sobrecogido de terror; Clarisa murió.

—Lo horrible, cuando es verdadero, es doblemente horrible... —dijo el escultor.

—Cuando se piensa en las desventuras, en los crímenes que se cometen en el ejército después de una batalla, es mandos puede ponerse de manifiesto impunemente..., —comentó una dama.

—¡Oh! —dijo entonces un oficial que durante toda la velada no había abierto la boca— las escenas de la vida militar podrían servir de base para millares de dramas. Por mi parte, conozco un centenar de aventuras, a cual más curiosa; pero ateniéndome únicamente a aquello de lo que he sido testigo, he aquí lo que me sucedió una vez...

Se puso en pie, se colocó delante de nosotros en el centro de la chimenea y empezó así:

—Fue hacia finales de octubre; no, por mi fe, durante los primeros días de noviembre de 1809, fui destacado de un cuerpo de ejército que regresaba a Francia para ir a los desfiladeros del Tirol bávaro. Por aquellos días teníamos que someter, por cuenta del rey de Baviera, aquella parte de sus Estados que Austria se había negado a revolucionarse. El general Chasteler se había adelantado con uno o dos regimientos alemanes, con el designio de apoyar a los insurgentes, que eran todos campesinos. Aquella pequeña expedición había sido confiada por el emperador a un cierto general de infantería apellidado Rusca, que por aquel entonces se hallaba en Klagenfurth al frente de una vanguardia de unos cuatro mil hombres aproximadamente. Como Rusca carecía de artillería, el mariscal Marmont... había dado órdenes para que le fuera mandada una batería, siendo yo designado para

mandarla. Era aquella la primera vez que, desde mi promoción al grado de teniente, me veía en medio de una brigada como único oficial de mi arma, teniendo que mandar hombres que no obedecían a nadie más que a mí y estando obligado a tratar, como si fuera un jefe de ejército, con un oficial general. Esto va bien, me dije a mí mismo, todas las cosas tienen un comienzo y es así como se termina por llegar a general. «¿Vas a ver a Rusca?... —me dijo mi capitán—. Pues ve con andado porque es un simio malintencionado, un pillo acabado. Su mayor placer consiste en comprometer a todos cuantos tratan con él. Para que sepas qué clase de cristiano es, bastará con que te diga que últimamente se divirtió en bautizar el vino blanco con alcohol para enviarle al emperador un ayuda de campo borracho como una cuba... Y si te las apañas de forma tal que puedas evitar sus jugarretas, te convertirás en su más mortal enemigo... ¡Este es el hombre!... De modo, que mucha atención». «Ah, muy bien, mi capitán —repliqué—, entonces seremos dos a divertirnos; pues no podrá decirse, se lo aseguro, que un pipiolo se ha burlado de un oficial de artillería». Y es que en aquellos tiempos pertenecer al arma de artillería era algo, pues de ella había salido el emperador... Heme pues en marcha, yo y mis artilleros, y llegamos a Klagenfurth. Llegamos por la tarde; e inmediatamente que mis hombres se hubieron acostado me puse mi mejor uniforme y me encaminé a ver a Rusca. ¡Pero no había ni rastros de Rusca!. «¿Dónde está el general?» —pregunté a un edecán que hablaba una jerga medio francés medio italiano—. «El zeneral é a la zoziedad, a un zículo, a ú café, a bebé cerveza en la piezza».

»Miré a aquel hombre cara a cara y pude comprobar que no estaba tan borracho como sus incoherencias podían hacer suponer. “Está usted extrañado...” —prosiguió el ayuda de campo—. “Peró zi ha ido allí tan temprano, é pó una pequeña dificultó que el zeneral ha tenido con gli habitanti. Están de un humor poco contrariente los tedeschi. Estos perri no han dejado de andare a beberere cerveza al círculo, aunque el zeneral está allí...” En aquel momento nuestra conversación se vio interrumpida por un redoble de tambor, después del cual el pregonero de la ciudad leyó, primero en francés, después en alemán e italiano, una proclama de Rusca en virtud de la cual todos los comerciantes y notabilidades de Klagenfurth quedaban obligados a ir, como en el pasado, al círculo, todas las veladas, bajo pena de quedar sometidos a una contribución extraordinaria. “¿Y cómo la podrán pagar? —dijo el coronel del 20.º que estaba cerca de mí, ya que yo me había adelantado unos pasos para escuchar mejor la proclama—; será la cuarta contribución extraordinaria que caiga sobre esos pobres diablos. Este tipo es Capaz de hacer que se subleven únicamente para darse el gusto de aplastar a cañonazos una sedición popular...” “¿Por qué no iban al café, mi coronel? —le pregunté”. El coronel me miró. “Por lo que veo acaba usted de llegar —me respondió—. Pues bien, he aquí los hechos. ¿Puede creer que ese demonio de Rusca se divertía todas las noches en el círculo, encendiendo su pipa con los billetes de florines que les quitaba por la mañana?... Es preciso que sea éste un pueblo bien paciente para soportarlo y para que uno de esos alemanes no le descerraje cualquier

día un pistoletazo... Por suerte, nos ponemos en marcha mañana mismo; sólo le esperábamos a usted...” “A lo que parece, su general no es precisamente un hombre cómodo...” “Es un excelente militar —me replicó—, y conoce perfectamente la clase de guerra que estamos haciendo. Ha sido médico en la parte de Italia próxima a las montañas del Tirol y conoce todos los caminos, todas las carreteras y la manera de ser de los habitantes. Es de un valor ejemplar; pero es también el más ambicioso ser que jamás he visto. Si no quema las casas de los campesinos con sus moradores en el interior es que se halla en uno de sus mejores momentos”. El coronel se alejó al ver que se acercaba un oficial. Me sentí incómodo cuando me encontré solo. Pensé que no era conveniente ir a ver a Rusca al círculo; volví a donde estaba el ayuda de campo, que seguía inmóvil en el dintel de la puerta, ocupado en fumar un cigarrillo. Mientras hablaba con el coronel, había encontrado siempre la mirada del ayudante fija en mí cuando, casualmente, le miraba; y aunque aquella mirada me había parecido tan risueña como pérfida, le rogué anunciara mi visita al general para fin de la velada, objetando la necesidad en que me hallaba de tener que comer algo; no había comido nada desde la mañana..., pero un oficial no puede considerarse nunca tan afortunado como una de las mulas del Papa; en campaña no tiene horas para comer; se alimenta como puede y muchas veces no puede. En el momento en que empezaba a encaminarme a mi alojamiento oí una gran algarabía por parte del barrio del que yo había venido. Pregunté a un soldado que me pareció venir de allí la razón de aquel tumulto y me dijo que uno de mis artilleros era el causante de todo; entonces me vi obligado a dirigirme hacia aquel lugar para averiguar lo que sucedía. Había una serie de grupos, compuestos en su mayor parte por mujeres, que parecían indignadas, gritando y hablando todas a la vez; era como un gallinero cuando las gallinas se ponen todas a cacarear. En medio de la calle vi a una muchacha alta y hermosa, alrededor de la cual la gente se agrupaba; cuando me vio atravesó la muralla humana que la rodeaba y corrió hacia mí; estaba furiosa, hablaba con una volubilidad convulsiva; los colores se le habían subido a la cara, iba con los brazos desnudos, la garganta jadeante, los ojos inflamados, la piel casi erizada; gesticulaba con apasionamiento, era soberbia; fue, quizá, una de las cóleras más intensas que he visto en mi vida. Entonces me enteré de la causa de todo aquel alboroto. Mi furriel se había alojado en casa del padre de aquella muchacha; y parece que, siendo de su agrado, había intentado acariciarla; pero ella se había defendido brutalmente; entonces, mi diablo de artillero, un provenzal apellidado Lobbé, un hombre bajito, de pelo negro muy ensortijado, por lo que en la compañía se le conocía por el sobrenombre de *La Peluca*, La Peluca, pues, en venganza por haber sido rechazado se había hecho servir por el padre y la madre de aquella muchacha; estando sentado en un sillón muy alto, había puesto cada uno de sus pies sobre un par de escabeles colocados a ambos lados de la mesa; durante la comida había obligado al padre, que era un hombre de cabellos blancos, y la madre a que le fueran dando vueltas a las estrellas de las espuelas. Siguió comiendo con toda seriedad, teniendo a sus pies, arrodillados, a los dos

ancianos dedicados en hacer rodar las roelas. Aquella muchacha no se había podido tragar la afrenta que todo aquello suponía y había intentado amotinar al barrio en contra de los franceses. Cuando hube comprendido de qué se quejaba, le vi, efectivamente, sentado como un pachá, contemplando a los dos ancianos y bondadosos alemanes, que daban concienzudamente vueltas a las espuelas. Jamás podré olvidar la cara y el gesto de la hija cuando, entrando en la casa, me indicó a sus padres. Tenía lágrimas en los ojos y en alemán, con voz gutural, me dijo: “*Sieht... ¡Mire!...*”

»—¡Vamos, ya, Lobbé, terminemos con esto! —grité a mi artillero—. Qué diablos, mereces un buen castigo. Esto no se hace jamás... —Los dos ancianos seguían impasibles dando vueltas a las espuelas. “Pero, mi teniente —me dijo La Peluca— vamos, míreles... Si eso no les molesta en absoluto... si la verdad es que les divierte. Estuve a punto de soltar la carcajada. En aquel momento un hombre con la cara llena de granos, muy roja, y con la nariz en forma de vulvo, entró en el aposento. Por su uniforme reconocí en él al general Rusca. “¡Muy bien, muy bien, artillero!... —exclamó—. Aquí tienes diez florines para que sigas procurando establecer la dominación francesa sobre estos perros...” Y le tiró los florines. “Me parece, mi general —le dije con firmeza cuando salimos— que ha quedado muy entredicho la disciplina militar. Me es totalmente indiferente, si es que eso le da placer, que mi furriel haga girar las rodela de sus espuelas, pero como sea que yo le había ordenado cesar y está a mis órdenes...”

»—Ah —dijo interrumpiéndome— veo que ha salido usted de una escuela en la que le han enseñado a raciocinar... Ya me encargaré yo de enseñarle de qué pie cojeo... “¿Cuáles son sus órdenes? —le pregunté”. “Venga a recogerlas esta noche a las ocho...” Y nos separamos. Este comienzo de nuestras relaciones no prometía nada bueno. A las ocho, después de haber cenado, me presentó al general, que estaba bebiendo y fumando en compañía de su ayudante, del coronel y de un alemán, que parecía un personaje de Klagenfurth. Rusca me recibió con la mayor corrección, pero siempre había un toque de ironía en todo cuanto me decía. Me invitó cortésmente a beber y a fumar; no bebí más que dos vasos de ponche y fumé tres cigarros. “Mañana nos pondremos en marcha a las siete y deberemos estar frente a Brixien, durante el día, pues hay que dar su merecido a esa ralea”. Me retiré. Al día siguiente creí haberme despertado a las seis, pero eran ya las nueve pasadas. Sin duda Rusca debió de poner alguna droga en mi vaso y me sumí en la más negra desesperación cuando supe que había mandado formar a la tropa a las seis, y que ya habían avanzado durante tres horas. El dueño de la casa donde me alojaba, comprendiendo que lo que más deseaba yo en aquellos momentos era enfrentarme con Rusca, me propuso poner a mi disposición los medios para llegar a Brixien antes que él. La tentativa era realmente audaz, ya que para conseguirlo tenía que seguir atajos por los que podía perderme e incluso costarme la vida; pero, joven y despechado como era en aquellos momentos, decidí jugarme el todo por el todo. No obstante no quise negligir nada:

puse a mis suboficiales en conocimiento de lo sucedido y, considerando que su honor estaba tan en entredicho como el mío, mezclamos vino con la avena de nuestros caballos, y los buenos alemanes, sabiendo que estábamos dispuestos a jugarle una buena pasada a Rusca, nos proporcionaron cuatro guías para evitar cualquier contratiempo en el camino. En efecto, Rusca nos encontró descansando y en orden de batalla ante Brixien, esperándole tranquilamente. “¿Cómo es esto, señores c... han salido de Klagenfurth antes que nosotros?... —dijo el general—. Usted es el responsable de esto, teniente, y me lo pagará —dijo mirándome fijamente—. “Mi general —le respondí—, usted no me ordenó acompañarle; como usted seguramente recordará, sus órdenes eran considerar a Brixien como nuestro punto de reunión”. No replicó ni una sola palabra; pero comprendí que desde aquel momento habría que redoblar las precauciones con aquel tipo. Más allá de Brixien entramos en campaña; confieso que nunca había visto hacer la guerra como la hacía aquel hombre. Batimos el campo, registrando todas las granjas, los pueblos y los campos que atravesábamos. Se hubiese dicho que se trataba de una cacería; los soldados acorralaban a los campesinos como piezas de caza contra la carretera principal, en la que estaba el general y, cuando se había podido reunir una cantidad lo suficientemente considerable de ellos, Rusca pasaba revista a todos aquellos desdichados y les ordenaba mostrar su mano izquierda; luego, con una simple mirada a la palma de la mano, hacía una señal, moviendo la cabeza, se separaba a unos de otros y les dejaba volver a su trabajo; inmediatamente después, sin ninguna otra forma de proceso, mandaba fusilar a los que de aquel modo había elegido. La primera vez que asistí a aquella singular forma de selección le rogué a Rusca me explicara las razones de su proceder. Entonces, a pocos pasos de donde nos hallábamos, percibió en un matorral la existencia de no sé qué vestigios, y ordenó se diera una batida por él. Durante el registro, los soldados encontraron, en una especie de agujero, a dos hombres armados con carabinas, que estaban sin duda esperando que nosotros hubiésemos pasado para matar a los rezagados. Antes de mandarles fusilar Rusca me ordenó me fijara en sus manos izquierdas. En aquella región, los cazadores tienen la costumbre de verter la pólvora necesaria para la carga de sus carabinas en la palma de la mano, donde la pólvora deja un rastro muy difícil de distinguir, pero que la aguda mirada de Rusca sabía ver. Desde la infancia había estado observando aquel singular diagnóstico y le bastaba con ver las manos de los campesinos, para saber si habían estado disparando recientemente. El segundo día nos encontramos con un anciano, por lo menos septuagenario, subido a un árbol para podarlo. Rusca le hizo bajar y le examinó la mano izquierda; por desgracia, creyó distinguir en ella el signo fatal y aunque el pobre hombre parecía completamente inocente, ordenó atarle a la cureña de un cañón. Aquel desgraciado se vio obligado a seguirlo, y hay que pensar que marchábamos al trote corto. De vez en cuando lanzaba un gemido; las cuerdas le estaban segando las muñecas e hinchando las manos; no pasó mucho rato sin que se hallara en un estado lamentable; le sangraban los pies, había perdido sus zuecos, y de sus ojos salían

gruesas lágrimas de sangre. Nuestros artilleros, que habían comenzado por reír, tuvieron compasión, y realmente había de qué tenerla, viendo a aquel anciano de cabellos blancos arrastrado durante las últimas leguas como un caballo muerto. Acabaron por echarle sobre el cañón y como no podía ni hablar agradeció aquel gesto de los soldados con una mirada capaz de hacer llorar a cualquiera. Por la noche, cuando vivaqueábamos, le pedí a Rusca cuáles eran sus órdenes con respecto a aquel anciano. “Fusílenle... —me dijo—. “Mi general, le repliqué, usted es dueño y señor de su vida; pero si yo ordeno a mis artilleros matar a ese hombre, me contestarán que su misión no es precisamente esta...” “Esto si que está bueno... —replicó, interrumpiéndome—. Guárdelo hasta mañana, ya veremos...” “Tenga la seguridad de que no me negaré a mantenerlo prisionero; pero no quiero responder de nada”. Y salí de la casa en la que Rusca estaba, sin querer escuchar su réplica; más tarde supe que me había amenazado cruelmente...

Llegado a este punto de la narración tuve que irme, a pesar de todo el interés que prometía este principio. El reloj señalaba la medianoche y este fragmento de conversación era sincero y auténtico. Puedo afirmar que, salvo leves inexactitudes, muy perdonables por cierto, que no han adulterado ni su sentido, ni su pensamiento, todo aquello fue dicho por hombres de alto mérito intelectual. ¿No constituye un interesante problema a resolver por él propio arte, el saber si la naturaleza, textualmente copiada, es bella en sí misma? Nosotros nos sentimos todos intensamente emocionados; ¿lo estará el lector? Nos dedicamos a visitar las exposiciones de los pintores y no prestamos atención ninguna a los seres que hormigean por las calles de París, poéticas en otro sentido muy distinto, bellas en miseria, bellas de expresión, creaciones sublimes, pero en andrajos... Hoy en día tenemos que dudar entre la idealización y la traducción literal de los hechos, de los hombres y de los acontecimientos. Pueden escoger.

# ENTRE SABIOS

## I ASPECTO DE LA CALLE

En París hay calles curvadas, calles que serpentean; pero entre ellas no puede incluirse la de Boudreau, en la Chaussée-d'Antin, y, cerca del Luxemburgo, la de Duguay-Trouin, que forma exactamente un ángulo recto. La calle Duguay-Trouin extiende una de sus dos ramas hasta la calle del Oeste y la otra hasta la calle de Fleurus.

En 1827, la calle Duguay-Trouin no estaba pavimentada por ninguno de sus lados; no tenía iluminación ni en la esquina por donde se entraba, ni en su final. Probablemente hoy todavía carezca de pavimento e iluminación. En realidad, hay en dicha calle tan pocas casas, o tan modestas, que casi no se da uno cuenta de que existan; el olvido del municipio se explica entonces por la poca importancia de las propiedades.

Un defecto en solidez del suelo explica también este estado de cosas. La calle se halla situada en un punto tan peligroso de las catacumbas, que no hace mucho ha desaparecido un tramo entero de la calzada, dejando una excavación ante los estupefactos ojos de los moradores de aquel rincón de París.

A raíz de esto, se hizo bastante ruido en los periódicos. La administración municipal rellenó el *socavón*, tal es el nombre de esta bancarrota territorial, y los jardines que bordean esta calle sin viandantes se fueron tranquilizando, tanto más cuanto los artículos periodísticos no les afectaban demasiado.

La parte de aquella calle que desemboca en la de Fleurus está totalmente ocupada, a la izquierda, por un muro en la parte alta del cual brillan unos cascos de botella y unos pinchos de hierro, especie de aviso dado a las manos de los amantes y de los ladrones.

En este muro se abre una puerta, la famosa puerta del jardín, tan necesaria en los dramas, en las novelas, y que empieza a desaparecer de París.

Dicha puerta, pintada de color verde oscuro, de cerradura invisible y sobre la cual el recaudador de contribuciones todavía no había obligado a poner un número; aquel muro a lo largo del cual crecían las ortigas y otras hierbas de barbudas espigas, aquella calle llena de baches y de rodadas, las otras paredes grises y agrietadas, coronadas de ramaje, todo en ella estaba en perfecta armonía con el silencio que reina en el Luxemburgo, en el convento de los Cármenes, en los jardines de la calle de Fleurus.

Si alguna vez pasáis por allí, os preguntaréis: «¿Quién puede vivir aquí?...»  
¿Quién?... Lo vais a ver.



## II SILUETA DEL MORADOR

En el mes de mayo de aquel año de 1827, a las tres de la tarde, aquella puerta se abrió. De ella salió un anciano bajito y grueso, provisto de un abdomen flotante y prominente que obliga a tantos sacrificios, pues el que lo posee se ve constreñido a llevar unos pantalones excesivamente anchos para que no molesten sus movimientos; por la misma razón, hace ya mucho tiempo que ha abandonado el uso de botas y plantillas; usa zapatos, y sus zapatos están sin limpiar.

El chaleco, constantemente levantado hacia el plano superior de sus cavidades gástricas, debido a su barriga de cocinero, y deprimido por el peso de dos protuberancias torácicas que harían la felicidad de cualquier mujer delgada, ofrece a la curiosidad de los viandantes un parecido perfecto con la servilleta puesta sobre las rodillas de un invitado absorto por una conversación durante los postres.

Sus dos piernas son delgadas, el brazo es largo, una de sus manos sólo va enguantada en las ocasiones más solemnes y la otra ignora en absoluto los beneficios de esta segunda piel.

Este personaje evita la limosna y la caridad que merece por el estado de su venerable abrigo verde, por una roseta roja que demuestra la utilidad de la Orden de la Legión de Honor, un poco puesta en entredicho los últimos diez años, según dicen los nuevos caballeros.

El abollado sombrero, en un sistema constante de horripilación en los sitios donde aún persiste un pelo de color pardusco, con seguridad no sería recogido por el trapero en el caso de que el anciano lo olvidara en una acera.

Excesivamente distraído para atender a los cuidados que exige una peluca, este sabio (pues se trata de un sabio) muestra, al saludar, una cabeza que, vista desde arriba, tiene todas las apariencias de la rodilla de Hércules Farnesio.

En la parte superior de cada oreja, unos ramilletes de cabellos blancos brillan como cerdas facciones de un jabalí perseguido. El cuello, por otra parte, es atlético y se presta a la caricatura merced a una infinidad de arrugas, de grietas, por una papada mustia, pero provista de pinchos como las ortigas...

El perpetuo estado de la barba explica inmediatamente el por qué la corbata, constantemente alzada, enrollada, trabajada por los movimientos de una cabeza inquieta, forma como una especie de contra-barba infinitamente más suave que la del personaje, compuesta por una serie de hebras arrancadas de aquel infortunado tejido.

Ahora, si os habéis imaginado el torso, la potente espalda de un trabajador infatigable, podréis tener una idea del rostro dulce, un tanto pálido, de sus estáticos ojos azules y de la nariz de hurón de este anciano; cuando sepáis que por las mañanas, la cabeza cubierta por una toalla y arrebuñado en su bata, el ilustre profesor (pues se trata de un profesor), tiene tal parecido con una mujer vieja, que más de un

joven alemán venido desde lo más profundo de la Sajonia, de Weimar o de la Prusia para conocerle, le ha dicho: «¡Perdone, señora!», y se ha retirado.

Esta silueta de uno de los más sabios y más venerados miembros del Instituto, acusa de tan perfecto modo su desmedida afición al estudio y a las distracciones propias de la investigación de la verdad, que por fuerza habéis tenido que reconocer en él al célebre profesor Juan Nepomuceno-Apolodoro Marmus de Saint-Leu, uno de los más renombrados genios de nuestros tiempos.

### III LA SEÑORA ADOLFO

Cuando el anciano —el profesor contaba entonces sesenta y dos primaveras— hubo dado tres pasos, volvió la cabeza al oír la siguiente interrogación lanzada por una voz conocida, con agudo tono:

—¿Ya tiene el pañuelo?

En el dintel de aquella puerta apareció una mujer y miró a su señor con una especie de solicitud.

Parecía contar unos cincuenta años, y su aspecto denunciaba a una de aquellas criadas con autoridad plena en la casa. Estaba calcetando unas medias.

El sabio volvió atrás de sus pasos y dijo ingenuamente:

—Sí, señora Adolfo, tengo mi pañuelo.

—¿Tenéis vuestros anteojos?

El sabio se palpó el bolsillo de su abrigo.

—Sí, también los tengo.

—Enséñemelos, porque a menudo sólo lleva usted el estuche —dijo la señora Adolfo.

El profesor sacó el estuche y mostró sus lentes con aire triunfal.

—Haría usted bien en ponérselos sobre la nariz.

El señor de Saint-Leu se puso las antiparras después de haber limpiado los cristales con el pañuelo.

Con toda naturalidad, colocó el pañuelo bajo su brazo izquierdo mientras se ponía los lentes; cuando hubo dado algunos pasos en dirección a la calle de Fleurus el pañuelo cayó al suelo.

—Estaba segura de que algo así ocurriría —se dijo la señora Adolfo.

Abandonó la puerta, recogió el pañuelo y gritó:

—¡Señor! ¡Señor!

—¿Qué pasa ahora? —dijo el profesor, indignado por aquella vigilancia—. ¡Ah, perdón, gracias! —rectificó al recibir el pañuelo.

—¿Lleva usted dinero? —preguntó la señora Adolfo con maternal solicitud.

—Jamás tengo necesidad de él —respondió con ingenuidad, explicando así toda la vida de los sabios.

—Esto según, pues si toma usted por el puente de las Artes necesitará un sueldo.

—Tienes razón —respondió el sabio, como si estuviese preparando un viaje al Polo—; tomaré por el Luxemburgo, luego la calle del Sena, el puente de las Artes, el Louvre, la calle del Gallo, la calle Croix-des-Petits-Champs, la calle de Fossés-Montmartre; creo que es el camino más corto para ir al faubourg Poissonnière...

—Ahora son las tres —dijo la señora Adolfo—; en casa de su cuñada se cena a las seis, de modo que tienes tres horas por delante... Sí... Tiene tiempo sobrado para

llegar allí, pero luego tendrá que esperar —añadió rebuscando en el bolsillo de su delantal del que sacó dos sueldos que entregó al profesor—. Vamos, señor, procure no comer demasiado; ya sé que no acostumbra a hacerlo, pero a veces, pensando en otras cosas..., usted, que tan sobrio es, come de tal modo que se creería que en su casa se carece hasta de pan. Procure no hacer esperar a su cuñada, la señora Vernet; de otro modo no le dejarían ir solo otra vez, lo cual sería una verdadera vergüenza para usted...

La señora Adolfo regresó al dintel de la puerta y desde allí siguió vigilando a su señor, al que se vio obligada a gritar: «¡A la derecha!, ¡a la derecha!», al ver que se dirigía hacia el lado de la calle Notre-Dame-des-Champs.

—¡Dios mío!; no obstante se trata de un sabio..., según dicen —concluyó—. ¿Cómo pudo este hombre llegar a casarse? Cuando peine a la señora se lo preguntaré.

IV  
INCONVENIENTES DEL MUELLE DE LOS LIBROS VIEJOS O LAS GLORIAS  
EN EL ESPALDAR

Hacia las cuatro horas, el profesor Marmus se hallaba en el postigo de la calle del Sena, bajo las arcadas del Instituto.

Quien le conozca, tendrá que reconocer que había ido bastante rápido, al no emplear más de una hora en atravesar el Luxembuago y descender por la calle del Sena.

Allí, una voz plañidera, la de un rapazuelo, le quitó, sin demasiados esfuerzos, a nuestro hombre, los dos sueldos que la señora Adolfo le había entregado; cuando llegó al puente de las Artes se acordó que tenía que pagar peaje y volvió inmediatamente sobre sus pasos para pedirle un sueldo al pequeño.

Aquel pilluelo había ido ya a cambiar la moneda para no tener que dar a su madre, que rondaba por la calle Mazarino con un niño en la teta, más que un sueldo.

Así pues, el profesor se vio obligado a tener que volver la espalda al inválido que vela a la entrada del puente para que ningún ciudadano pueda cruzarlo sin pagar. Ante él se abrían dos caminos: el puente Nuevo o el puente Real. El sabio se sintió atraído por este último, por la curiosidad, que nos hace perder más tiempo en París que en cualquier otra ciudad.

Cómo poder seguir andando sin lanzar una ojeada a esas cajas oblongas, largas como las piedras del parapeto, y que a todo lo largo del muelle estimulan a los bibliófilos con unos cartelones colgados del borde en los que se leen estas palabras: «A veinte céntimos, a treinta céntimos, a cincuenta céntimos, a sesenta céntimos, a un franco cincuenta». ¡Cuántas horas han devorado esas catacumbas de gloria a los poetas, a los filósofos y a los sabios de París!

¡Cuántos cincuenta céntimos gastados ante las cajas de veinte céntimos!...

Mientras miraba los tenderetes, el profesor descubrió un tomo de Vicq-d'Azyr, un Carlos Bonnet completo, edición de Fauche-Borel, y un tratado sobre Malus.

—¡He aquí a dónde hemos llegado! —se dijo a sí mismo—. ¡Malus! ¡Una inteligencia tan notable! ¡Detenido en su camino cuando estaba a punto de apoderarse del imperio de la luz! Pero también hemos tenido a un Fresnel. ¡Se puede afirmar que Fresnel ha hecho cosas importantes!... ¡Oh, al final, no tendrán más remedio que reconocer que la luz no es más que una forma de la misma *substancia*...!

El profesor sostenía entre sus manos el tratado sobre Malus, lo hojeó. Había conocido personalmente a Malus. Recordó y declinó todos los Malus; luego volvió a su Malus, a su querido Malus; pues los dos habían entrado el mismo año en el Instituto al regreso de la expedición a Egipto. ¡Ah!, entonces sí que aquello era el Instituto de Francia, y no un montón de académicos sin lazos.

—El emperador conservó —se iba diciendo Marmus— la santa idea de la

Convención. Recuerdo —dijo barboteando por el muelle— lo que me dijo cuando le fui presentado como miembro del Instituto: «Marmus, yo soy el emperador de los franceses, pero tú serás el rey de los infinitamente pequeños y los organizarás del mismo modo que yo organizo mi Imperio». ¡Ah!, en verdad fue un gran hombre, un hombre inteligente; los franceses le han comprendido demasiado tarde.

El profesor dejó a Malus y su tratado en la caja de los libros de a cincuenta céntimos, sin darse cuenta de las veces que la esperanza se había apagado y encendido alternativamente en los grises ojos de una vieja sentada en un taburete en un ángulo del muelle, cada vez que movía el tratado.

—Estaba allí —se dijo mirando las Tuilleries que aparecían en la orilla opuesta—; yo le vi pasando revista a sus sublimes tropas. Yo le vi delgado, ardiente como las arenas del desierto de Egipto; pero una vez consagrado emperador, engordó y se aplacó; pues todos los hombres gordos tienen buen carácter; debe ser por esto que Sinard es tan delgado; ¡este Sinard es una máquina de producir hiel! ¿Pero *habría Napoleón apoyado mi sistema?*

## V PRIMER PLATO

Se acercaba la hora en que se sentaban a la mesa en casa del cuñado de Marmus.

El profesor anduvo lentamente hacia la Cámara de los Diputados, pensando en si su sistema hubiera recibido el apoyo de Napoleón.

No podía considerar al Emperador más que bajo este ángulo: intentar averiguar si el genio de Napoleón hubiera coincidido con el de Marmus en lo referente al sistema *sobre la asimilación de las cosas engendradas por una atracción perpetua y continua.*

## VI SEGUNDO PLATO

—No, el barón Sinard, como buen adorador del poder, hubiese ido corriendo al Emperador para decirle que mi sistema es la inspiración de un ateo; y Napoleón, que ha cometido, por política, muchas estupideces, probablemente me habría hecho objeto de persecución, pues no amaba las ideas. Era un cortesano de los *hechos*. Por otra parte, en tiempos de Napoleón me hubiera sido imposible sostener contactos con Alemania. ¿Me hubieran podido prestar su colaboración los Westheimler, los Grosthuyts, Scheele, Stambach, Wagner? Para que los sabios puedan entenderse (¡entenderse los sabios!...), el Emperador hubiese tenido que hacer la paz; ¡y en este caso quizá se hubiera interesado en mi disputa con Sinard! ¡Sinard, mi amigo..., mi discípulo convertido en mi antagonista, en mi enemigo, él, un hombre inteligente!... Sí, hay que reconocer que es inteligente; debo hacerle justicia en este aspecto.

En aquellos momentos, el profesor hubiese podido hablar en voz alta sin ningún inconveniente, para él ni para los transeúntes, pues había llegado a la altura de la Cámara de los Diputados. La sesión había terminado, todo París cenaba, excepto el sabio.

Marmus interpelaba a todas las estatuas, que por otra parte se parecían a todos los auditorios; no existe ni uno sólo en Francia en el que no esté prohibido el menor gesto de aprobación o de desacuerdo, y esta ley nos parece magnífica; pues, de no ser así, no habría un solo auditorio que no se convirtiera en orador.

Mientras cruzaba el puente de Jena, Marmus sintió retortijones en el estómago; oyó la voz enronquecida de un cochero de punto, se creyó enfermo, hizo una seña y se dejó meter dentro del coche. Se acomodó allí.

Cuando el cochero le preguntó: «¿A dónde vamos?», le respondió tranquilamente:

—¡A casa!

—¿Dónde está su casa, señor?

—En el número 3.

—¿De qué calle?

—¡Ah!, tiene usted razón, amigo mío. Pero he aquí algo realmente extraordinario —dijo tomando al cochero por confidente—; me he preocupado con tanta intensidad de la comparación de los hioides, y de los caracoides, en los... (sí, es en esto en lo que podré pescar a Sinard en flagrante delito; en la próxima sesión de la Academia meterá la pata... Se verá obligado a rendirse a la evidencia).

El cochero se envolvió en su carrick de esclavina; con resignación se iba diciendo:

—He visto muchos burgueses raros, pero éste...

En aquel momento oyó que el pasajero decía:

—¡Al Instituto!



—¿Al Instituto, señor?

—Sí, amigo mío, al Instituto.

«¡De hecho, lleva la roseta!» se dijo el cochero.

El profesor, que se encontraba mucho mejor en el fiacre, se abandonó por entero a la investigación de una demostración que coqueteaba con su sistema, sin querer rendirse, ¡la muy ladina!...

El coche se detuvo ante el Instituto, el portero vio al académico y le saludó respetuosamente. El cochero, en el que había desaparecido ya toda sombra de sospecha, se puso a charlar con el conserje del Instituto mientras el ilustre profesor se dirige, a las ocho de la noche, a la Academia de Ciencias.

El cochero le contó al conserje dónde había tomado el pasajero.

—¿En el puente de Jena? —dijo el conserje—. Esto quiere decir que el señor Marmus venía de Passy, y que debió de haber cenado en casa del señor Planchette, uno de sus más íntimos amigos.

—No me ha podido decir dónde vivía...

—Vive en la calle Duguay-Trouin, número 3.

—Bonito barrio —comentó el cochero.

—Amigo mío —dijo el profesor al conserje al ver que la puerta estaba cerrada. ¿No hay sesión hoy?

—¿Hoy, señor? ¿A semejantes horas? —respondió el conserje.

—¿Qué hora es, pues?

—Cerca de las ocho.

—Se está haciendo tarde. Vamos, cochero, ¡a casa!

El cochero toma por los muelles, la calle de Bac, se hace un lío, regresa a la calle Grenelle, sigue por la de la Cruz Roja y la de Casette; luego se equivoca, intenta llegar a la calle de Assas por la de Honoré-Chevalier, por la de la Reina y por todas las calles por las que es imposible llegar a aquélla; finalmente, a las nueve, desembarca al profesor en la calle Duguay-Trouin, jurando que si hubiese conocido el estado de la calle, no hubiera pasado por ella ni por cien sueldos.

Por último, reclama una hora, pues por aquel entonces las ordenanzas de policía que defienden a los consumidores de tiempo en coche contra las artimañas de los cocheros de punto, todavía no habían cubierto las paredes de París con sus artículos protectores, donde están previstas todas las dificultades.

—Está bien, amigo mío. Págale —dijo el sabio a la señora Adolfo—. No me encuentro bien, muchacha —dijo entrando en el jardín.

—Señor, ¿qué le dije a usted? —exclamó la señora Adolfo—. Durante su ausencia me he estado diciendo: «Hoy comerá demasiado. Es el santo de la señora Vernet, van a atiborrar al señor y regresará enfermo». Vamos, métase en la cama que le voy a preparar una taza de té.

## VII LOS POSTRES

El profesor atravesó el jardín, llegó a un pabellón que se levantaba en uno de sus ángulos, en el que vivía solo, *para que su mujer no le molestara...*

Subió la escalera de caracol que conducía a su reducido dormitorio, se desnudó, tanto se quejó de su dolor de estómago, que la señora Adolfo le hinchó de té.

—¡Ah!, oigo que llega un coche —dijo la señora Adolfo tendiendo al profesor una sexta taza de té—, debe de ser la señora que sin duda debe de estar inquieta. Vamos, señor, espero que se la pueda tomar sin mí; vaya con cuidado de no derramarla toda por encima de la cama, ya sabe usted cómo se reiría su esposa... ¡Qué suerte tiene usted de tener una esposa tan gentil y alegre como la suya!

—¡No le digas nada, muchacha! —exclamó el profesor, cuya fisonomía revelaba una especie de terror infantil.

Los auténticos grandes hombres tienen mucho de niño.

## VIII

### DE COMO LA ESPOSA DE UN SABIO EN US ES MUY DESGRACIADA

—¡Bueno, adiós! Quédate con el coche de punto para regresar; ya está pagado —decía la señora Marmus en el momento en que la señora Adolfo llegaba a la puerta.

El fiacre ya había arrancado. La señora Adolfo, que no pudo ver la persona que había acompañado a la señora hasta casa, se dijo:

—¡Pobre señora!, será su sobrino.

La señora Marmus, una mujercita esbelta, juvenil, risueña, iba divinamente vestida y de forma demasiado juvenil para su edad, ya que tenía en su haber veinticinco años de matrimonio.

En fin, todavía podía llevar un vestido a rayas de color de rosa, una pelegrina bordada y adornada con encajes, unos lindos borceguíes finos como alas de coleóptero y un sombrero de color de rosa con flores de melocotonero, de gusto delicioso, que llevaba en la mano.

—Ya ve, señora Adolfo, voy toda despeinada; ya se lo dije: cuando hace tanto calor, tengo que peinarme de otra forma.

—Señora, el señor no se encuentra bien; le ha permitido usted comer demasiado...

—¡Qué podía hacer yo! Él estaba sentado en un extremo de la mesa y yo en el otro, y ha regresado, como siempre, sin mí... ¡Pobre muchacho! Iré a verle tan pronto como me cambie de ropa.

La señora Adolfo volvió al pabellón para proponer al profesor administrarle un vomitivo y reñirle por no haber acompañado a la señora hasta casa.

—Ya que ha tomado usted un coche de punto podía perfectamente ahorrarse el gasto del de la señora; y para tener que pagar una hora, por fuerza debe haberse detenido usted en algún sitio.

—Sí, en el Instituto.

—¿En el Instituto? ¿Dónde ha tomado usted el coche?

—Me parece que... delante de un puente.

—¿Era todavía de día?

—Un poco.

—¿Pero entonces no ha ido usted a casa de la señora Vernet?...

—¿Por qué no has venido a casa de la señora Vernet?... —preguntó la señora Marmus.

La esposa del profesor, que había llegado de puntillas, había oído la pregunta formulada por la señora Adolfo, no quiso darse cuenta de la estupefacción pintada en la cara de la ama de llaves, que no podía olvidar la seguridad con que la señora había colocado al profesor en la mesa de la señora Vernet.

—Pero, mi querida niña, no lo sé... —dijo el profesor, muy afligido.

—¿Entonces tú no has cenado? —dijo la señora Marmus, cuyo aspecto era el de la más pura inocencia.

—¿Con qué, señora? Sólo tenía dos sueldos en el bolsillo —dijo la señora Adolfo, mirando a la señora Marmus con cara acusadora.

—¡Ah!, verdaderamente soy bien digna de lástima, mi buena señora Adolfo; hace ya veinte años que esto dura, y todavía no he podido acostumbrarme a ello. A los seis días de nuestra boda, íbamos a salir una mañana de nuestra habitación para desayunar, cuando el señor oyó el redoble de los tambores de los alumnos de la Escuela Politécnica de la cual era profesor, y me dejó para ir a verles desfilar; tenía yo diecinueve años, y cuando le reconvine por su actitud, ¿sabe usted lo que me contestó?... Me dijo: «¡Listos muchachos son la flor y la gloria de Francia!...» Así fue como empezó mi matrimonio. Puede usted imaginarse el resto.

—¿Cómo, señor, es esto posible?... —preguntó la señora Adolfo, indignada.

—¡Ya tengo a Sinard! —exclamó Marmus con aire triunfal.

—¡Sería capaz de dejarse morir! —dijo la señora Adolfo.

—Vaya a buscarle alguna cosa que comer —dijo la señora Marmus—. ¡De qué no sería capaz!... ¡Ay!, mi buena señora Adolfo, ya lo ve usted; un sabio es un hombre que no sabe absolutamente nada... de la vida, se entiende.

La enfermedad quedó completamente aplacada con una cataplasma de queso de Italia que la señora Adolfo fue a preparar y que el sabio se administró con la mayor despreocupación, sin saber realmente lo que comía, pues en aquellos momentos *tenía a Sinard...*

—¡Pobre señora! —dijo la excelente señora Adolfo—, la compadezco a usted. ¿De modo que era ya entonces tan distraído como para eso?

Y la señora Adolfo se olvidó completamente de las extrañas manifestaciones de su dueña con respecto a la cena.

## IX PRIMERAS OPINIONES DE LA SEÑORA

A su regreso de Egipto, el ciudadano Mamaus conoció en casa del ministro del Interior a un proveedor llamado Hansard, uno de los componentes de la Compañía Bousquier y Minoret, el que mejor tajada sacó del juego de sus asociados, pues Bousquier se arruinó y Minoret terminó sus días en el cadalso. Pero él realizó sus fondos en especie y se hizo agente de cambio.

Tenía dos hijas. Casó a una de ellas con el miembro del Instituto señor Marmus de Saint-Leu, al ver la estima que el Emperador sentía por aquel sabio, y entregó la otra a un colega suyo, un agente de cambio apellidado Vernet.

En aquellos tiempos, el entregar cien mil francos como dote a una hija constituía una enormidad, ya que el dinero costaba oro. La señorita Flora Hansard, bajita, rubia, de un rostro un poco monótono, era el vivo retrato de la señorita de La Vallière, contaba entonces dieciocho años; estaba considerada como una muchacha extraordinariamente instruida por el hecho de que tocaba el arpa. Era una de las alumnas más distinguidas de Naderman.

Ya han caído en el olvido la mayor parte de las fantasías de los tiempos del Imperio; pero, durante los primeros quince años de este siglo, un arpa era un mueble indispensable para toda mujer que tuviese unos lindos pies y un hermoso brazo. Muchos retratos de familia atestiguan por los salones el alto concepto en que se tuvo el arpa, puesta de moda por la familia imperial y destronada por el piano.

La linda señora Marmus tuvo un hijo que murió a los dieciocho meses. Estaba muy orgullosa de ser la mujer de un sabio de primer orden, considerado como uno de los favoritos del Emperador, al que, por otra parte, debió el poder ir a las Tuilleries y hacerse anunciar en ellas bajo el sonoro apellido de señora de Saint-Leu.

El sabio, que contaba entonces treinta años, fue muy feliz, y Napoleón colmó su felicidad nombrándole, uno de los primeros, caballero de la Legión de Honor.

En aquella época, Saint-Leu vivía en la calle de Beaune, donde ocupaba un apartamento por el que pagaba mil doscientos francos anuales de alquiler, algo exorbitante para aquellos tiempos. Cuando la señora de Saint-Leu empezó su segundo embarazo, el ilustre académico se hundió en profundas investigaciones y se fue acostumbrando a no ver a su mujer más que a las horas de comer. Y aún era necesario insistirle mucho para que no encontrara la sopa fría.

Encantado de que su mujer encontrase caballeros (era una palabra de la época) que la acompañasen a bailes y fiestas, era el primero en meterse en la cama, en la que, en virtud de la ley de la gravedad, rodaba hacia el lado de la pared, dejando de este modo sitio a su esposa, que la mayor parte de las veces se desnudaba y acostaba en la parte del borde, sin que se despertara. Pero como acostumbraba también a levantarse muy temprano, se veía constantemente asesinado con un: «¡Dios mío,

Saint-Leu, ya estoy cansada de que siempre me despiertes!», cuando tenía que pasar por encima de su mujer, en 1804 hizo colocar una pequeña cama de hierro en su despacho y allí se sintió feliz.

Desde 1801 a 1804, la señora de Saint-Lieu profesó por las ciencias naturales un sentido entusiasmo. Consideraba a un miembro del Instituto como una especie de soberano pacífico: ¡Saint-Leu era el colega del emperador!

¡Después de la gloria militar, venía la gloria literaria o científica!

Napoleón nombró a Saint-Leu miembro del Comité Consultivo de Manufacturas. Le prometió el título de barón. Concedió el cargo de recaudador general de contribuciones del departamento del Dyle a Vernet, su cuñado, que vendió su plaza de agente de cambio. Hansard falleció y la viuda Hansard, a la que le gustaba mucho figurar, se fue a vivir con su yerno, el recaudador general, y en toda la región del Dyle se habló mucho de ella.

## X

### LA MATERNIDAD BAJO EL IMPERIO

La señora de Saint-Leu había intentado criar a su primer hijo, pues entonces, las opiniones de Juan Jacobo Rousseau sobre las obligaciones maternas tenían gran predicamento.

Pero cuando tuvo el segundo hijo ya estaban de moda otras doctrinas. Las mujeres tenían muchas otras cosas que hacer que dar a sus hijos dieciocho meses de su propia juventud. El Imperio desplegó todas sus pompas y vanidades, sus fiestas espléndidas, su lujo asiático, y hubo tantos acontecimientos que se encontraron menos héroes que mujeres para recompensar.

Las mujeres empezaron a disputarse a los valientes del Imperio y de cada cien madres había noventa y nueve que daban a criar sus hijos a una nodriza.

La señora de Saint-Leu había reconocido ya la superioridad de la gloria militar sobre la gloria literaria o científica. Pero, incluso de entre los militares hacía distinciones. Aunque el Emperador hubiese pertenecido al arma de Artillería, ella colocaba a la Caballería por encima de todas las demás Armas; y, entre la Caballería, consideraba a los húsares de la Guardia Imperial como la tropa, por excelencia.

Presentó al capitán Eusebio Gouraud al señor de Saint-Leu, el cual se mostró encantado de conocer al simpático muchacho al cual debía el poder vivir tranquilo y que se encargaba de llevar a paseo a su mujer, de acompañarla a las fiestas de sociedad. Eusebio Gouraud comía, por lo menos, tres veces al mes en casa del sabio, que no sabía cómo agradecer a aquel brillante capitán las atenciones que tenía con su mujer, y para el cual solicitó un ascenso, tan feliz se sentía de poderse entregar por entero a sus estudios e investigaciones.

De tal modo amaba Flora a la Caballería que decidió hacer un húsar de su pequeño Julio, entonces con la nodriza. Le dejó con ésta cinco años y del pueblo de Orgeval pasó al pensionado, después de pasar dos meses en casa.

La señora de Saint-Leu había traído al mundo otro hijo. Pero los húsares de la Guardia hacía tiempo que se habían marchado, pues entonces la campaña de 1809 ofrecía a Europa el espectáculo de sus peripecias, y Flora, feliz con la inacción de los oficiales de la Marina aparecía en la Corte, en los salones, del brazo del contralmirante conde de Joséphin, agregado a la Oficina de Cartografía, en quien se confundían los dos afectos de Flora: la ciencia y la guerra.

Aquellos tiempos fueron su gran época. Era considerada como una de las más hermosas mujeres de la Corte Imperial. En su admiración por la Marina, le prometió al almirante que su hijo Camilo sería marino. Por su lado, el almirante prometió solemnemente proteger al rapazuelo, al que se llevó a Orgeval, donde se quedó, como el mayor, durante cinco años, y de donde no salió más que para ingresar en el Liceo Imperial en calidad de pensionado.

El almirante Joséphin era un hombre agradable, tranquilo, educado, muy estimado por el Emperador; le gustaba mucho jugar al tric-trac. Flora lo aprendió de él, ya que el almirante iba a pasar cuatro veladas de las siete de la semana a la calle de Beaune, a casa de los Saint-Leu, que recibían los miércoles.

Aquel salón alcanzó una merecida celebridad. En él podía encontrarse a los personajes más ilustres de la época: Delille, Campenon, Jouy, Isabey, el pintor David, Gérard, Girodet, la señora Gail, Sofía Gay, Alejandro Duval, Taima, la señora Récamier, Chateaubriand, Fontanes, Cuvier, Michaud, Dupaty, Bouilly, Méhul, Elleviou, Godofredo Saint-Hilaire, Malus, Chaptal, Berthollet, Monge, Bonald, el abate de Boulogne, Lemercier, algunas veces Ducis, y todas las demás celebridades de la expedición de Egipto.

Aquellos felices tiempos costaron la mitad de la fortuna de la señora Saint-Leu, y la necesidad de figurar de 1810 y 1811, momentos de apogeo del Imperio, se llevó la otra mitad.

¡Pero también qué lujo, qué suntuosidad! ¡Y qué mujeres tan maravillosas aunque tuvieran el talle más cerca de la barbilla que de las caderas!

El excelente almirante conde Joséphin consiguió del Emperador una cantidad de cincuenta mil francos, que fue entregada por la Emperatriz María Luisa a la señora de Saint-Leu, a la que nombró su primera camarera. Ella se alojó en palacio y el sabio se instaló en la calle Mazarino, en uno de los edificios dependientes del Instituto. Fue nombrado profesor y oficial de la Legión de Honor.

Flora tuvo la más maravillosa hija que soñarse pueda, educada en la residencia imperial y destinada a jugar con el Rey de Roma.

El almirante Joséphin tuvo que abandonar Parts. El Emperador tuvo necesidad de sus servicios en Amberes. Flora le lloró mucho.



## XI NUEVAS OPINIONES DE LA SEÑORA DE SAINT-LEU

De 1812 a 1814, Flora se apasionó por las artes; consoló a uno de los más famosos pintores del Imperio, Sommervieux, que siempre le fue fiel, y a quien ella hizo olvidar a la duquesa de Carigliano, uno de los más pérfidos seres de la época.

Fueron aquéllos unos tiempos apacibles, oscuros, llenados por las novelas, las acuarelas, por dos nuevos partos, pues Flora tuvo un hijo y una hija. La emperatriz le prometió hacer ingresar a su primera hija en Ecoeu en cuanto regresara de Orgeval. Pero llegó el debacle de 1814. La señora de Saint-Leu, a causa de su lealtad a Napoleón, no tuvo ninguna esperanza de ser tomada por la duquesa de Angulema en calidad de camarera. Se refugió en la calle Duguay-Trouin, con su infeliz Saint-Leu y la señora Adolfo, una excelente mujer que había puesto al cuidado de su marido.

El futuro le apareció tan amenazador que se apresuró en alquilar por quince años una casa con jardín en un barrio solitario, a razón de seiscientos francos anuales. La señora Hansard pagó las deudas de Flora, no sin ciertas reconvenciones, y Vernet, vuelto ya del departamento del Dyle, fundó la casa de Banca Mongenod y Compañía.

La señora de Saint-Leu se vio constreñida a tener que pasar con los dos mil francos que percibía su marido como miembro del Instituto, los cinco mil que le proporcionaba a éste su cargo de profesor y los tres mil de renta que consiguió colocando en la Deuda Pública sesenta mil, que era el montante de la gratificación que le entregó la Emperatriz a su partida y el producto de la venta de sus joyas, brillantes, etc. Tenía cinco hijos, un marido, la señora Adolfo y su hija Margarita.

Asustada por la insuficiencia de una fortuna de diez mil francos de renta para sostener una casa de nueve personas, empezó a frecuentar asiduamente la casa del conde Joséphin, que se había casado, y la de su cuñado Vernet, en espera de poder hacer suyas algunas de las nuevas opiniones puestas de moda por los Borbones.

A los treinta y tres años, Flora era todavía una mujer muy agradable. Volvió los ojos hacia la aristocracia y la cabeza hacia el anciano duque de Lenoncourt.

Es sabido, en sociedad, que el almirante Joséphin es hermano natural del duque de Lenoncourt. Este parentesco de mano izquierda explica el favor de que gozó el almirante en tiempos de la Restauración, que le ascendió a almirante, le hizo gran oficial de la Legión de Honor, comendador de la Orden de San Luis y par de Francia.

El duque de Lenoncourt casó al conde Joséphin con la nieta del viejo Bordin, uno de los hombres de negocios más ricos del antiguo régimen, fallecido en 1817, y fue durante la ceremonia de la boda del conde cuando la señora de Saint-Leu empezó a sentir una intensa admiración con el cordón azul del duque de Lenoncourt-Givry, primer gentilhombre del rey, cuyos sentimientos la encantaron.

Los grandes señores fueron entonces, para Flora, lo que son también para Mascarilla, es decir, dotados de todas las ciencias y, sobre todo, del arte de vivir. El

primer gentilhombre de cámara fue lo bastante inteligente para darse cuenta de cuál era la posición de la señora de Saint-Leu y consiguió para ella una de las mejores expendedorías de lotería. Le hizo conceder al señor de Saint-Leu una pensión de quince mil francos de los fondos destinados a proteger las ciencias y las letras. Pero no fue esto todo. A la señora de Saint-Leu le fueron concedidos también mil quinientos francos anuales de pensión en calidad de arpista de la capilla real.

Flora tuvo entonces a su sexto hijo, un varón al que quiso criar personalmente.

De 1816 a 1822, la señora de Saint-Leu gozó de la más alta reputación. Llevó la más feliz de las existencias; cenaba fuera casi todos los días, unas veces cenaba en casa de su hermana, la señora Vernet, el marido de la cual fue nombrado barón por intercesión suya, y otras en casa del duque de Lenoncourt, del almirante Joséphin, de la señorita Des Touches, de la señora Firmiani, de Gérard, etcétera. Tenía palco en todos los teatros, vestía magníficamente, y gozaba de una consideración tanto menos puesta en entredicho, cuanto que tenía un gran número de defensores.

Pero he aquí que, en 1825, bajo el reinado de Carlos X, el duque de Lenoncourt se volvió piadoso, y la señora de Saint-Leu tuvo entonces la osadía de confesar sus simpatías por la poesía católica del señor Canalis, quien, desde hacía cuatro años, celebraba a Flora bajo el nombre de Sylvia.

Tuvo, en 1821, su último hijo, un varón al que ella llamaba su poetita y que ella crió, por una razón oculta bajo la capa de maternidad, pero que todas las mujeres de cuarenta años conocen perfectamente. A esta edad, al criar a un hijo, se rejuvenece. ¿Quién se atrevería a acusar de ancianidad un blanco pecho del que mana la vida a borbotones? ¿Cómo dejar de admirar la juventud de una mujer que juega con un hijo de dieciocho meses?

## XII PRODIGIOSA EDUCACIÓN DE FLORA

En aquellos días, en 1827, la señora de Saint-Leu tenía cuarenta y cinco años, siete hijos y un marido cada día más sabio y distraído.

Flora de Saint-Leu debía a la variedad de sus opiniones, al candor de sus entusiasmos, el no tener un solo cabello blanco. Se peinaba con bucles frondosos, que resaltaban los contornos de sus mejillas. Llevaba tan bien su edad como su edad la llevaba. Era muy alegre, y la alegría —retened este principio— es uno de los elementos de la salud. Es ella la que refresca la sangre al refrescar las ideas, la que, con sus dedos rosados, ordena a las arrugas no aparecer ni en la frente ni en las mejillas de las mujeres que poseen una inteligencia lo suficientemente independiente para saber adoptar las opiniones dominantes en cada momento. Las ideas son la mitad de la felicidad.

Aquella mujer, querida por todos los que la conocían, había, para poder gustar a sus admiradores, estudiado profundamente las ciencias que les eran características. Conocía el arte de la guerra; hubiese podido, si alguna vez se hubiese decidido a viajar, embridar y ensillar un caballo. Era una excelente amazona y afirmaba que los húsares necesitaban caballos muy distintos de los que debían montar los coraceros. Sostenía una conversación en el salón del conde Joséphin, con los capitanes, sobre cuestiones de la Marina, con tal conocimiento de causa que les dejaba atónitos, y si algún digno capitán, más ducho en cuestiones del mar que de los salones, preguntaba dónde había podido aprender aquella mujer tantas cosas sobre su profesión, la gente se le reía en sus propias narices.

Pintora con los pintores, poetisa con los poetas, hablaba a cada uno según la actividad a que se dedicaba y sólo seguía demostrando una perfecta ignorancia en todo lo que se refería a las ciencias naturales. Acostumbraba a decir, medio en broma, medio en serio:

—Tengo bastante con mi marido para casarme también con sus ideas.

No había nadie capaz de enseñarle algo en cuestiones de aristocracia. Su memoria hubiese sido capaz de rectificar el menor error del *Almanaque de Gotha*. Las alianzas familiares del faubourg Saint-Germain, las fortunas, los cruces de razas, nada ignoraba de lo que constituyese el fundamento de las conversaciones de los salones en los que sólo se habla de cuestiones sin importancia. En cuanto a la historia contemporánea, Revolución, Imperio, Restauración, había tenido ocasión de conocer a todos sus personajes. Hansard, su padre, había convivido con el Directorio. No había olvidado ni la más pequeña anécdota referente a sus personajes, anécdotas que contaba maravillosamente bien, pues era ingeniosa y nunca hablaba mal de nadie. Por último, todo el mundo estaba convencido de que no dejaría escrito nada sobre nadie.

Como todos los grandes espíritus, la señora de Saint-Leu era esencialmente

indulgente o, si quieren ustedes, tolerante.

La base sobre la que reposaban sus cualidades, perfectamente superficiales, era un profundo egoísmo, pero un egoísmo hábil y que, por otra parte, las circunstancias habían ido desarrollando. Casado mucho más con la ciencia que con su mujer, el señor de Saint-Leu había dejado muy pronto a Flora con la brida al cuello, pues deploraba la frialdad de su esposa para con él, demostrando teóricamente, por medio de una serie de consideraciones médicas del más alto alcance y profunda veracidad, que la frialdad en una mujer es la causa de la fecundidad. Por otra parte, Malthus ha reconocido plenamente el sistema de Saint-Leu en su obra sobre las inglesas y rinde público homenaje de justicia a nuestro profesor por una nota en la que cita sus opiniones. Pero, para ser exactos, podemos afirmar que nunca hubo un negro más contento con una enfermedad que le dispensa de ir al trabajo, que el digno profesor lo estuvo con la frialdad de Flora Hansard.

### XIII

## LA EDUCACIÓN DESDE EL PUNTO DE VISTA DE LA SEÑORA DE SAINT-LEU

La señora de Saint-Leu había conseguido becas enteras para su hijo mayor, Julio de Saint-Leu, que salió de la Escuela Militar en 1820, y que en 1827 era capitán de caballería en el regimiento del duque de Maufrigneuse. Carlos Félix era teniente de navio. Camilo, el tercero, acababa de ingresar en el seminario de San Sulpicio, pues hubo necesidad de elegirle una carrera precisamente en el momento en que el duque de Lenoncourt se había vuelto devoto, y le prometió a Flora que su hijo sería secretario particular del cardenal de Latil. El cuarto sucedió al seminarista, en calidad de becario, en el Colegio de Luis el Grande. El quinto constituía el mejor adorno de su madre, que conservaba a su lado a las dos hijas salidas de San Dionisio, y que no permitía que la acompañaran a ningún sitio, a no ser a casa de su hermana, la baronesa Vernet.

—A Teodoro (el cuarto hijo) —decía la señora de Saint-Leu— le gusta mucho pintar. Seguramente llegará a ser un gran artista. En cuanto a mi *Lulú* (Luis), será el más ilustre escritor del siglo. Es poeta. De modo que en mi vejez me veré rodeada de un general, un almirante, un Obispo, un pintor y un escritor que quizá sea también orador, ¡y tal vez llegue a ministro! ¡Que Dios bendiga a las familias numerosas! En cuanto a mis hijas, ya sabrán por sí solas encontrar el camino del matrimonio.

Jamás la señora de Saint-Leu se tomó la menor molestia en cuanto a sus hijos, y cada uno de ellos regresaba de la crianza para entrar en un pensionado, del que salían para ingresar en el Liceo.

Aquella excelente madre les permitía salir dos veces al mes. Durante un día les llenaba de caricias, les regalaba golosinas, algunas monedas, y accedía a sus deseos llevándoles a algún espectáculo. Pero nunca ponía los pies en el colegio, adonde no iba para llevarlos ni para irlos a buscar, dejando estos menesteres a cargo de la señora Adolfo. Durante dos días hacía todo lo que sus hijos querían, y sus hijos la dejaban tranquila durante los restantes veintinueve días de cada mes. Para sus hijos era madre veinticinco veces al año.

¡La señora de Saint-Leu era adorada por sus hijos!

Los filósofos investigarán sobre las causas de este hecho, si es que lo encuentran extraordinario; pero lo que sí podemos afirmar es que es rigurosamente cierto. Y, en cuanto a los moralistas, habría que especificar.

Flora no reñía nunca a sus hijos; tampoco les contrariaba en nada. Les dejaba en completa libertad, remitiendo a los profesores el cuidado de enseñarles el civismo pueril y honesto, confiándoles la necesidad de enseñarles a vivir, y abandonándose expresamente a su ternura.

¿No será que no hay que realizar grandes esfuerzos para educar a los hijos, sino

confiar en la bondad natural de los niños? ¿Los cuidados excesivos no les revelaban el mal? ¿No será que los niños escriben por sí solos el delicioso poema de la infancia, siendo suficiente para que lo consigan que no se les contraríe en su desarrollo normal? Los pequeños Saint-Leu decían:

—Cuando vea a mamá le pediré que...

Y la madre realizaba siempre la pequeña fantasía del niño. Para ellos era la mejor de las madres.

El capitán de Saint-Leu es ahora coronel. Carlos Félix de Saint-Leu es capitán de navio. Ambos adoran a su madre.

Los afectos dependen mucho más del carácter que de lo que llamamos virtud.

## XIV

### LOS PRINCIPIOS DE LA SEÑORA DE SAINT-LEU Y SU APLICACIÓN

.....  
.....

La Academia de Ciencias, que representa una de las superioridades del Instituto, había creado para este sabio un cargo especial en el Colegio de Francia, que le sirvió para poder fundar toda una ciencia: la botánica comparada. Saint-Leu es, a la vez, un gran químico, un botánico y un zoólogo de primer orden. Pero no tiene nada de escritor. Conoce las matemáticas; pero desconoce el arte de demostrarlas. Neglige la astronomía y las ciencias llamadas exactas en favor de las ciencias naturales. Pero ha conservado de las matemáticas las nociones generales tan necesarias para la comprensión, para la explicación, de los más arduos problemas. Conoce la ciencia, pero no la cultiva. No puede decirse que sea ajeno a la marcha de los acontecimientos sobre física, química, matemáticas o astronomía. Está en disposición de tomar de sus descubrimientos lo que puede adaptarse a su sistema; pero no participa en nada, excepto, quizá en lo concerniente a la luz y a la electricidad. Su potencialidad científica ha sido absorbida, desde hace veinticinco años, por su sistema.

Su sistema consiste en derribar uno de los grandes muros dentro de los cuales los sabios han ido colocando las creaciones. Saint-Leu no quiere ni oír hablar de botánica y de zoología. Para él no existe ninguna diferencia entre animales y plantas, y si tal diferencia existe, es tan poca cosa, que no es más sensible que la que separa los insectos de los peces y los peces de los mamíferos.

Si se permiten ustedes considerar al señor de Saint-Leu, profesor de Botánica Comparada en el Colegio de Francia, miembro del Instituto (Academia de Ciencias), caballero de la Orden Real de la Legión de Honor, con residencia en París, calle Duguay-Trouin, número 3, casado con Flora Hansard, con uno de aquellos seres procedentes de las tierras altas en las que han nacido los Consejeros Crespel<sup>[12]</sup>..., podrán tranquilizar el amor propio de los sabios procedentes de las tierras bajas, y que escriben hermosas disertaciones sobre las mismas cosas vistas desde otro aspecto.

Esta observación puede ser aplicada también al gran Ricardo David, barón de Sinard, bibliotecario, profesor de cosmografía en el Jardín Botánico, médico, profesor de Higiene en la Facultad de Medicina, inspector de Aguas Minerales, consejero de la Universidad, miembro de la Academia de Ciencias, miembro de la Academia de Medicina, miembro de la Academia de Inscripciones y Buenas Letras, secretario perpetuo de una de ellas, aunque ahora no recuerdo de cuál, miembro del Consejo de Estado, médico jefe de un hospital, médico de consulta del rey, gran oficial de la Legión de Honor, comendador de la Orden de San Miguel y San Lázaro, diputado, comisario real, todas ellas plazas y funciones no sujetas a la Ley de Acumulaciones,

que le proporcionaban unos sesenta mil francos anuales de ingresos, comprendiendo dos pensiones o emolumentos, a los cuales daban lugar sus títulos y cargos honoríficos en Prusia y en Inglaterra, y que una ordenanza real le permitió aceptar. Si hubiera que relacionar todas las, órdenes de los soberanos y las academias extranjeras de las que forma parte, nos encontraríamos con una nomenclatura casi tan extensa como la de las divisiones introducidas por él en la ciencia.

Vive instalado magníficamente en el Instituto; tiene sus días de visita, absolutamente igual que un ministro. No ejerce la medicina más que para el Rey. Su hospital le ve una vez por semana y constituye uno de los escenarios de su gloria. El despojarle de su dirección, sería un verdadero crimen. Siempre aparece en público rodeado por toda una nube de discípulos que le siguen con la boca abierta. Su fantasía da suerte a los enfermos.

Un día se encontró con un caso extraordinario. Le era imponible quedarse en el hospital y era de suma importancia que el paciente no muriera durante la noche. Le dice al enfermero que sus colegas deben de asistir al día siguiente a las nueve a la peroración que dará al enfermo.

—Le haré resistir hasta las nueve en punto —le contesta el enfermero.

El enfermero droga, cuida y alienta de forma tan perfecta aquel caso extraordinario que al día siguiente, a las nueve, corre a adelantarse al ilustre profesor, y en las mismas escaleras del templo, le detiene y le dice:

—¡Ah!, señor barón, ¡qué desgracia! ¡El número 147 se ha curado!

Como un gran hombre que es, el señor barón se guardó su discurso y se echó a reír.

El tiempo es demasiado precioso para que Sinard vaya a pie. Solamente va en coche, y su coche está preparado de tal forma que dentro de él puede leer y escribir. Jamás ha perdido la menor parcela de tiempo. Devora libros, escritos. Tiene dos preparadores, dos secretarios, bibliotecas especiales, además de la que administra. No vive, solamente habla y calla para la ciencia.

En lo físico, Sinard es un hombre alto y de aspecto agradable, de cara austera y bondadosa. Su estómago es algo majestuoso. Es imponente. Usa traje azul y la ropa interior negra. En su ojal luce una levísima cinta roja. Lleva guantes de cabritilla excesivamente finos. Sus botas están permanentemente brillantes. En fin, que tiene aspecto cuidado, pero sin ninguna clase de afectación. Su cabellera negra, mezclada con alguna cana, ha recibido desde los siete años de edad el bautismo de los polvos, y así puede conservar, pasados ya los sesenta años, un aire joven, al que contribuye su abundante salud.

El barón Sinard nunca se ha dedicado al estudio de las ciencias exactas. Ignora totalmente la física, la química, la astronomía y las matemáticas. Pero conoce de estas materias todo lo que saben de ellas las personas que han recibido una extensa educación. Lee de corrido el griego y el latín; es escritor; habla abundantemente y con una claridad de pronunciación maravillosa; es psicólogo, pues ha entregado toda



su potencia intelectual en buscar una explicación a los fenómenos de la animalidad y, en consecuencia, de la tierra. Es un continuador de Bernard de Palissy y de Buffon, y desearía reunir en su persona a Hipócrates, Aristóteles y Descartes. Es el promotor de las divisiones absolutas; es un analista; en una palabra, es el digno adversario del profesor de Saint-Leu, que es partidario de la síntesis y de la homogeneidad.

Desde hacía veinticinco años Saint-Leu vivía en la calle Duguay-Trouin, de los cinco mil francos de su sillón y de los mil quinientos francos del Instituto.

Sinard, su antiguo camarada, su amigo de la infancia, posee una magnífica casa de campo en Suresnes; lleva allí una vida fastuosa. Se casó con una mujer fabulosamente rica; sostiene relaciones íntimas con el poder, con la corte, con el periodismo; puede prestar muchos servicios a la juventud; finalmente, su preponderancia científica equivale a la realeza, que sus colegas han reconocido. Nada se hace, en cuestiones de ciencia, en la universidad, en la corte, sin que sea consultado el barón Sinard. No llega a París ningún extranjero que se precie, que no desee ser presentado a Sinard. Tiene admiradores llegados expresamente de Suecia, únicamente para conocerle, como le sucedía también a Fontenelle, aunque en tiempos en que los sabios y escritores franceses eran más admirados en Europa de lo que lo son hoy en día. Las obras de Sinard sobre medicina, geología, fisiología y zoología se componen de dieciocho volúmenes in-octavo. El profesor de Saint-Leu jamás ha escrito sus lecciones. Ha publicado varios discursos. Escribe con mucha dificultad sus informes a la Academia. Carece de una fácil elocución.

La baronesa Sinard es una mujer alta y hermosa, de la escuela inglesa, protestante, y afligida por una infecundidad que no aflige en modo alguno a su ilustre esposo.

El pobre profesor de Saint-Leu ha encontrado en su mujer a una rubita bastante aficionada a gastar, y que le ha dado siete hijos, de los cuales dos han muerto a corta edad. La señora de Saint-Leu ha empleado su fortuna, con toda naturalidad, en engalanarse y en educar a sus hijos, de modo que después de haber colocado a su hijo mayor en la marina, el segundo en caminos y canales, y al tercero en la magistratura, se ha quedado con dos hijas núbiles y con seis mil quinientos francos de emolumentos de su marido. Espera heredar de su madre para poder repartir la herencia entre sus dos hijas, a fin de casarlas con sabios o artistas, que son gente que se acostumbra a casar bastante a ciegas.

A sus cuarenta años, la esposa del profesor todavía tiene muchas pretensiones, y su vida es, desde hace doce años, independiente de la del profesor; obliga al señor de Saint-Leu a ocupar un pabellón situado en un rincón del jardincillo; allí, tiene su despacho y su biblioteca, ambos en la planta baja, un dormitorio en el primer piso y en la parte superior una buhardilla llena de trastos. La cocinera le lleva el almuerzo y la cena como a un niño. Ignora todo cuanto sucede en la casa. Sus amigos son el barón Japhet, famoso químico; el señor Lavrille, profesor del Jardín Botánico, y Planchette, el ilustre físico, tres sabios desinteresados y sumidos, como él, en sus

profundas especulaciones, desdeñosos de la fama, amantes de la ciencia por ella misma, desesperados de verla constantemente vulgarizada, en contacto los tres, al igual que Saint-Leu, con otros sabios de Alemania, Inglaterra e Italia, con los que simpatizan en espíritu y carácter.

Papá Lavrille —que así es conocido por su bondad y campechanería— tiene un sobrino, llamado Victorino Beauregard, el cual, desde que salió del colegio en 1816, se había apasionado por el trabajo del señor de Saint-Leu y, animado por su tío, el profesor Lavrille, había concebido la noble idea de servir a la amplia empresa, al sistema de este gran hombre. El señor de Saint-Leu le aceptó en calidad de ayudante, de secretario, y le instaló con él en el piso superior.

El adepto tenía entonces dieciocho años. La señora de Saint-Leu encontró que tenía que ser muy sabio el que cobijara a un joven bajo sus tejas. Se llevó a Victorino al edificio que ella ocupaba. Victorino sintió durante algún tiempo la más suprema de las veneraciones por el gran Saint-Leu, al cual miraba como San Ignacio de Loyola a Dios. Pero al cabo de siete años, como se había ido desarrollando físicamente, la señora de Saint-Leu consideró que ya podía volver a dormir bajo las tejas de la buhardilla, y lo volvió a mandar al pabellón, alegando la edad de sus hijas.

Victorino Beauregard pagaba una pensión de mil doscientos francos anuales; vivía en el piso de encima del profesor, y esperaba llegar un día a ser profesor, académico, olvidando en el cultivo de la ciencia todas las desdichas de la vida. Tenía en perspectiva casarse con una de las hijas del profesor.

En su calidad de botánico, Victorino Beauregard era también un poco jardinero; cuidaba del jardín del profesor, procurando que tuviera un aspecto agradable. Por las paredes trepaban toda clase de plantas y colgaban sus flores. Los macizos y cuadros del jardín estaban cuajados también de flores que perfumaban aquel reducido espacio.

Las tres caras del pabellón eran tres murallas verdes, interrumpidas únicamente por los huecos de las ventanas. Un magnífico emparrado ornaba la fachada de la casa en la que vivía la familia y que, de no ser por él, hubiese presentado el más horrible de los aspectos. Interiormente, las habitaciones no eran bonitas ni cómodas. Había una estrecha escalera, unas habitaciones de superficie desigual y techos de diferente altura, ya que la propietaria la había ido construyendo en diferentes épocas y según las necesidades del momento.

La planta baja se componía de una cocina y un comedor, al cual se llegaba a lo largo de un corredor que cortaba en dos partes la caja de la escalera. El mobiliario se resentía del abandono en que lo había dejado aquella familia sin jefe, y que sufría todavía las fantasías bastante egoístas de la señora de Saint-Leu.

En diferentes plantas había cinco habitaciones, destinada cada una a un hijo, dos dormitorios para la servidumbre y la habitación de la señora.

Para poder encontrar una casa de tan considerables dimensiones a un precio módico había sido necesario tener que ir a la calle Duguay-Trouin, una calle sin pavimentar, a la que se llegaba por la del Oeste, que no fue pavimentada hasta 1829.

De modo que el pabellón, la casa y el jardín, habían sido alquilados a razón de setecientos francos anuales, por doce años, en 1806, y el arrendamiento había sido felizmente renovado en 1818.

Cada cual tenía lo necesario. Cómodas con la parte superior de madera, camas de pensionado, el piso de entarimado y, en invierno, una lar común. Las dos jóvenes vestían ropa de indiana o de lana de merino, aunque su abuela les regalaba de tarde en tarde un trozo de tela de seda para que se hicieran con ella un vestido. Ellas bordaban personalmente su ropa interior; las dos trabajaban, una pintando sobre porcelana, la otra transcribiendo partituras de música. Su madre era excelente, pues las dejaba en la más completa libertad. Una iba a casa de los comerciantes de obras musicales y la otra a casa de los vendedores de objetos de porcelana, con la misma intrepidez que dos gendarmes. No eran ni feas ni hermosas. Tenían las dos aquella expresión vulgar típicamente francesa, sin rasgos destacados, y como ni su padre ni su madre las guardaban, se guardaban ellas mismas.

A veces, después del almuerzo, la madre y cada una de las hijas, bien vestidas, encorsetadas y calzadas con borceguíes, desaparecían cada una por su lado sin preguntarse adonde iban, y regresaban al cabo de cinco horas para cenar.

Iban a visitar a su padre al pabellón cuando se les ocurría la idea de ir a cumplir con su deber con el autor de sus días. El bondadoso anciano las recibía con todo afecto; abandonaba por un momento la anatomía de una raíz o el microscopio con el que examinaba la contextura de una pulga, con la admirable benevolencia propia de los sabios. No tenía nada que dar a sus hijas si no era su afecto, y se lo daba con gran liberalidad. Aquellas hijas no esperaban nada de su padre y aquel sabio distraído, huido en brazos de la naturaleza, era adorado por sus hijas, a las que no exigía nada.

Felicia, la mayor, había tomado partido por Victorino Beauregard al adivinar el por qué su madre le había mandado a vivir en el pabellón; y, sin necesidad de tener que hablar de ello, el naturalista comprendía perfectamente que tenía que crearse una situación para poder casarse con Felicia de Saint-Leu, y Felicia parecía dispuesta a esperar.

En cuanto a Cora de Saint-Leu, muchacha menos seria que su hermana, se dedicaba a pintar sobre porcelana. Margarita la creía excesivamente celosa de la protección que su madre había concedido al joven pintor que tenía su taller en la calle de Notre-Dame-des-Champs y que se pasaba todas las veladas en la habitación de la señora de Saint-Leu.

La mujer del sabio tenía unas opiniones excesivamente variables. Durante sus cinco mejores años, la literatura lo fue todo para ella y rigió su vida; no faltaba a ninguna de las sesiones del Instituto; después había llegado a la conclusión de que nada había más hermoso en un hombre que el servir a la patria, no en los ejércitos de tierra, sino en la marina, y este culto por la marina fue lo que sin duda decidió la vocación de uno de sus hijos. Cambia de opinión, y entonces defiende la superioridad de la caballería sobre el arte naval; pero estos sentimientos ecuestres duraron poco.

Las artes le empezaron a parecer superiores a la guerra y, entre todas, la música, pues por aquellos días estaba unida en íntima amistad con Sofía Gail. Volvió a la ciencia y había acabado por adorar la pintura, que, decía ella, era el arte característico de las mujeres, pues la pintura era el culto a la belleza.

Las familias en las que todo el mundo está ocupado son unas familias encantadoras. El profesor no era un gran hombre en su casa. Su mujer y sus hijos no podían comprender cómo había llegado a ser miembro del Instituto. La cocinera le protegía. Solamente aparecía en su auténtica dimensión a los ojos de Victorino Beauregard.

Cuando venían los tres viejos amigos del profesor, se gastaban agradables bromas, a las cuales se prestaban todos sumisamente:

—Ya tenemos completo el parque zoológico —comentaba la señora de Saint-Leu.

—Papá, si quieres chapurrear de ciencias vete al jardín —decía Cora, acogida por los sabios con una sonrisa.

Cuando Victorino intentó demostrar a Felicia una tarde, durante un maravilloso atardecer, dando vueltas por el prado o sentados en sillas a lo largo de la fachada, que era la hija de un hombre inmortal, de un coloso de la ciencia, ella afectó creerle, porque no era cuestión de contradecir a un joven que le tenía cogida la mano y que de vez en cuando se la besaba tímidamente.

En sociedad, cuando la señora de Saint-Leu era felicitada por llevar un tan ilustre apellido, sonreía desdeñosamente y decía:

—¡Ay, no saben ustedes lo tontos que son los sabios! No piensan nunca en su fortuna ni en su familia. ¡Pero si el señor de Saint-Leu ignora incluso si yo existo!

Ciertas mujeres pálidas, ajadas y aburridas, se decían, murmurando, al ver a aquella esposa de un sabio tan pimpante, tan alegre, a sus cuarenta y dos años:

—¡Ay!, ¿por qué no me habré casado con un sabio?

Cora le gastaba a su madre bromas infantiles, como preguntarle cuando el señor Eugenio Brideau estaba con ellas si quería que le preparara las cremas para el cutis o unas trenzas postizas. Pero la madre, tenía por sistema no enfadarse y la hija quedaba siempre desarmada.

Todos estos detalles pueden explicar el por qué aquellas dos muchachas podían ir por todo París sin correr ningún peligro. Corrían demasiado deprisa a los lugares a donde les llamaban sus ocupaciones para tener que temer nada. Cada una tenía, como el abate de Vertot, preparado su sitio.

Puede imaginarse perfectamente el desorden que reinaba en el pabellón. El dormitorio del profesor estaba abarrotado de redomas, de muestras, de papeles, de aparatos. Tenía su ropa mezclada con los utensilios de su ciencia. Se preocupaba muy poco o nada de las hermosas flores vivas; en cambio hacía mucho caso de la más ínfima disección. ¡Qué le importaban a él las rosas, las amarilis o las volcamerías que le traían a su hija del Jardín Botánico! Se abismaba en la observación de pequeñas partes de una raíz, colocadas entre dos vidrios para ser estudiadas en el microscopio.

Él vivía en medio de los principios, mientras que Cora se entusiasmaba con los resultados.

En 1825 Victorino tuvo dos ayudas de campo. Se trataba de dos jóvenes sabios, embriagados de admiración por los lentos y magníficos trabajos del profesor, uno discípulo del señor Lavrille, el otro alumno del barón Japhet; ambos se sintieron atraídos por la botánica comparada, especialmente por la investigación que exigía, y se entregaron a ella con la furia propia de su tierna edad. Iban a recibir órdenes del venerable patriarca; le comunicaban sus observaciones; se encargaban de la correspondencia con los sabios extranjeros. El sistema fue haciendo, en silencio, notables progresos. Victorino se convirtió en ayudante-naturalista; uno de los dos jóvenes sabios fue empleado en la biblioteca del Museo; el otro se casó con la hija de un señor muy rico, aficionado al estudio. De Saint-Leu, en aquellas circunstancias, tuvo, por primera vez en su vida, necesidad de recurrir a su amigo el barón Sinard. Aunque sólo se trataba de dos dignos y fervientes jóvenes, llenos de mérito, y que tenían derecho a ser alentados por el gobierno.

Nunca Saint-Leu había abandonado su posición con respecto al coloso de la ciencia, de erudición, de poder y de riqueza, con el cual se trataba de igual a igual.

Sinard, diez años más joven que él, le debía favores al anciano profesor. Saint-Leu había hecho mucho por Sinard; Sinard nunca había hecho nada por Saint-Leu. El profesor había sido profesor y académico mucho antes que su glorioso camarada; y si el barón había podido conquistar un nombre y un renombre universales, el bondadoso y tranquilo Saint-Leu, se mostraba contento con sus éxitos, como si fueran propios. Quería a Sinard. Sentía por él el afecto de un padre. En cierta ocasión le había ayudado generosa y desinteresadamente en un trabajo. Le había dicho, mostrándole un pez disecado o el esqueleto de un pájaro, lo mismo que Ney dijo a Junot, señalándole la batería de Moscowa:

—Ahí tienes tu bastón de mariscal.

Y Sinard, menos lerdo de lo que fue Junot en la Moscowa, se apoderó del hecho y se lanzó por los caminos de la gloria.

Así, nada hay que pueda compararse a la dedicación a que se entregó el barón Sinard para ser útil a los tres protegidos de su viejo amigo. Jamás quiso reconocer haber hecho algo por ellos y cuando quisieron testimoniarle su agradecimiento, ante sus efusiones de gratitud, les dijo:

—Nada me debéis. Si algo he hecho, ha sido en consideración al gran, al modesto, al ilustre Saint-Leu. Él es nuestro maestro.

... ..  
... ..

En 1828 el barón Sinard, entronizado en la ciencia, reverenciado por el mundo entero, creyó reinar sobre él sin tener que compartir con nadie el poder, suponiendo

que el buenazo de Saint-Leu se moriría en paz, y que con su muerte se llevaría al otro mundo a su sistema. Para su rival, Saint-Leu no era más que un anciano confinado casi en la frontera del infierno; declinaba; tenía una familia numerosa; estaba enfermo. Por el contrario, la categoría científica del barón Sinard era admitida y aceptada por todo el mundo. Sus teorías basadas en las divisiones y clasificaciones tenían la aprobación del mundo científico. El mapa de la creación, agradablemente dibujado y coloreado por él, tenía fuerza de ley. Tal era, por lo menos, su opinión.

Sinard, en alta fisiología, se glorificaba, pues, de haber dictado sentencia en última instancia. En su opinión, la autoridad de la cosa juzgada emanaba de él.

.....  
.....

# LOS MÁRTIRES IGNORADOS

(FRAGMENTO DEL «FEDÓN MODERNO»)  
(ESTUDIO FILOSÓFICO)

## SILUETAS DE LOS INTERLOCUTORES

*La escena tiene lugar en el Café Voltaire, plaza del Odeón, en París, en el último salón, cuyas ventanas dan a la calle del Odeón, al lado de la casa Seleil, óptico. Cada noche, hasta las doce, tres o cuatro sabios juegan al dominó en la mesa más alejada de la entrada, la que se halla más cerca de la ventana, conocida por la mesa de los Filósofos.*

EL DOCTOR PHYSIDOR. — Médico joven dedicado a estudios sobre frenología, posesos, locura, alienados y que desea realizar una especialidad científica. Veintisiete años, estatura superior a la media, más bien pálido, ojos grises y vivaces, delgado, la mano blanca del pensador que no se mancha los dedos con tinta, tez característica de los rubios, aunque su cabello no sea más que castaño. Nacido en la Turena, en la Ville-aux-Dames; venido a París con los Velpeau, los Trousseau, etc. Enamorado de la ciencia, más entregado a la teoría que a la práctica. Sombrero de alas anchas, redingote azul, chaleco amarillo, pantalón negro, poco dinero. Teniendo, según expresión del doctor *Fantasma*, impreso en la frente el dedo de la muerte. Bebe una limonada hacia las diez y media de la noche. Voz de tenor.

EL DOCTOR FANTASMA. — Nacido en Dijon, llegado a París con ocasión de la famosa controversia sobre magnetismo animal que conmovió a toda Francia. Vestido todo de negro, pero dando muestras de una considerable incuria; conservando los antiguos calzones, intensamente arrugados y gastados, por los cuales pasa y repasa la mano izquierda mientras habla; medias de lana negra; gruesos zapatos en los cuales coloca una plantilla de pez de Borgoña entre dos tafetanes engomados para que no se escape su electricidad, lo que llama *dejarse electrocutar desde abajo*; sombrero de seda de once francos en un constante estado de horripilación; chaqueta cuadrada de grandes faldones; lleva tabaquera que, por el constante uso que hace de ella, descose el bolsillo izquierdo de su chaleco; exhibe una cadena de acero terminada por un crustáceo muy conocido y por una llave de cobre. Rostro de casca-nueces, adornado con unas largas patillas republicanas y una barba arreglada dos veces por semana. Amigo del doctor Bouvard, uno de los que en días pasados defendieron a Mesmer y Desion, y que, por este hecho, era todavía la bestia negra de los médicos de París. Alegre, reidor, amante de la buena vida, acostumbra a comer en la calle Montesquieu en una mesa de la que se sospecha es poco difícil para las mujeres que son admitidas allí. Vive, desde hace treinta y ocho años, en la calle de Condé, en la misma casa en la que vivió Beaumarchais antes de que se trasladara a la Vieille-Rue-du-Temple, circunstancia que frecuentemente saca a colación. Setenta y tres años, alto y corpulento; cabellos grises, llevados desde la parte baja de la nuca hasta la frente por largos mechones engomados, pero que en los días de calor se alborotan adoptando formas curiosas; seco como un pámpano, hablando frecuentemente sobre sus



pasiones, pero sin decir nunca nada de su suerte. Constitución vigorosa, instruido, cabeza cuadrada, habiendo leído todo, meditado sobre todo. Al verle, el calificativo *barba de comedia* asoma en los labios de los estudiantes. Consume una media taza de café durante toda la noche. Voz de chantre.

GRODNINSKY. — Curlandés, lugar y fecha de nacimiento desconocidos. Matemático, químico e inventor, sin domicilio conocido, buen cliente del café. Aspecto hurraño que llega a arisco. Una frente como la que se atribuye a Homero, a Hipócrates, a Rabelais, a Shakespeare, a todos los grandes hombres de los que no se ha conservado ningún retrato auténtico; la tez pálida propia de los hombres del norte; corpulencia de toro. Aspecto poco cuidado, corbata negra brillante por un prolongado uso y algo deshilacliada quizá por el roce de la barba. Aspecto grandioso, modales educados. Ojos azules en los que se refleja la resignación del hombre ignorado, perseguido. En guerra declarada contra el Instituto, admirador de Geoffroy Saint-Hilaire, proclamándolo superior a Cuvier. Considerado por unos como un auténtico genio; por otros, como un astuto embaucador. Se sospechaba tenía veleidades sumamente caras. Respetuosamente acogido por Physidor y por Fantasma, por el Librero, y por *tutti quanti* le pagan sus consumiciones sin que él se dé cuenta. Especie de Gran Lama, pero tan auténticamente filósofo que está por encima de toda clase de alabanzas vulgares; en fin, un Sócrates moderno que no tiene a Platón. Hermosa voz de barítono.

TSCHOERN. — Alemán. Carácter indefinible, unas veces vaporoso como una balada, otras tan positivo como Dupuytren; implacable en favor de Kant, flagelador del señor Coussin con el knut de una sátira agudísima. Más inteligente y espiritual que Voltaire y Beaumarchais juntos. Cree en las apariciones; errando por las calles como un sonámbulo o un inspirado, bestia como todo el mundo a sus horas. Observando a Grodninsky con sorpresa, hombre entre el espíritu superior y el genio, tiene tanto del uno como del otro. Poeta, político de altura y, no obstante, abogando por las estupideces humanas contenidas en el tarro etiquetado con la palabra *libertad*. Con valor suficiente para afirmar que el *Fausto* es pura chiripa. Joven y rubio como la rubia Alemania, tiene dos ojos que brillan como estrellas. Se enamora con bastante frecuencia. Según los días, creyente o incrédulo, según también lo que marca el barómetro o el termómetro. Entusiasta de Physidor y de Raphaël, preocupado con Fantasma, que se muestra por encima de toda crítica, como si fuera el diccionario de Bayle. Edad imprecisa, vestido como un periodista. Vocecilla aflautada.

RAPHAËL. — Vive en la calle de los Cordeleros, en un quinto piso. Pantalón con bordes de nankín desde Pascuas hasta Navidad; en invierno, pantalones de tela peluda; chaleco azul con botones de metal poco dorados, camisa de tela de algodón, corbata negra, zapatos cubiertos y atados con lazos, sombrero lustroso a causa de las lluvias que ha recibido, redingote color aceituna. Come en la calle de Tournon en casa de la abuela Gérard, a razón de veintiún sueldos por comida, en un sótano al que se baja por dos peldaños. Veintitrés años. Rostro de violenta salud, pelo negro, ojos

de alacrán, delgado y endeble. Avido de conocimientos, los engulle sin digerirlos; admira a Fantasma que lo sabe todo, muestra gran respeto por Physidor que medita una teoría, se arrastra ante Grodninski, al que venera como a un dios, simpatiza con el amable, con el dulce, con el espiritual Tschoern. No toma nada en el café y nada acepta de la mesa llamada de *los Filósofos*. No se atreve a levantar la mirada hacia las alturas del trono en el que se halla la divinidad que rige la caja. De momento tiene seiscientos francos anuales de ingresos, pero se supone que en un futuro más o menos próximo será millonario. Crédulo, fácil de engañar, se revuelve y cae intrépidamente en las mismas mentiras; papamoscas y perspicaz, derrotado en el campo de batalla y victorioso en la tienda de campaña. Voz de pecho y cavernosa.

TEÓFILO ORMOND. — Irlandés muy byroniano, cuello largo, corbata cuidada, tez inglesa, muy mojigato y a régimen de copaiba. Vestido con elegancia, reloj plano, monóculo; se pasa media hora al día cuidándose las uñas. Fanático de Ballanche, entonces desconocido, odia a Inglaterra, pero sobre todo a los *santos* (pronuncia *santouz*) ingleses, que invitan a tomar *thé con Biblia*. Una tía joven, de treinta años, le ha quitado la herencia de su padre; dicha tía pertenece a la secta de los *santos* y dice pestes de él, describiéndolo como a un pillo, y todo porque se ve muy a menudo su tilbury ante la puerta de una actriz francesa, a pesar de estar prometido a *miss* Julia Marmaduke. Desea la revocación del Acta de Unión, adora a O'Connell y a Moore, el cual todavía no se había pasado a la aristocracia. Gasta cinco francos cada noche y viene después del espectáculo durante el cual la señorita Lureuil se desnuda y se vuelve a vestir. Habla un excelente francés y tiene profundos sentimientos religiosos aunque no frecuenta ninguna iglesia. Tísico rematado por culpa de la Lureuil, actriz del Odeón, a la cual, en 1827 dejó tres mil libras de renta. Saludado respetuosamente por los camareros del café. Voz clara y agradable.

EL LIBRERO. — Ex empleado de la Casa Briasson, primer editor de la Enciclopedia de Diderot, es conocido por todos los colaboradores del *señor Diderot*. Se cree obligado a ser ateo, por el simple hecho de que ha tenido mucha amistad con el señor de Lalalde. Pasó los años difíciles de 1790 a 1815 a horcajadas de cuatro quiebras *no declaradas*, y se queja amargamente de las personas que no pagan con puntualidad sus deudas. Posee una casa de campo en Meudon. No se asusta por ninguna idea, jamás ha abierto un libro, descuenta letras al veinticuatro por ciento, conoce bien la plaza, tiene conceptos claros de los negocios, no lleva a cabo ninguno, pero empuja a los demás a realizarlos, haciéndose pagar los consejos que les da. Es considerado como un hombre fuerte, que razona sobre cualquier tema, y que da excelentes consejos a los escritores. Intenta averiguar qué es lo que hace Raphaël para poderle explotar, si es que tiene alguna obra en grada de astillero. Maestro en el dominó. Sesenta años. Aspecto de profesor de retórica. Chaqueta marrón, pantalón color avellana, chaleco negro, un brillante en la camisa, guantes de cabritilla, aire franco y desenvuelto. Voz apagada. Consumiciones muy irregulares.

ESTUDIANTES. — Comparsas móviles, mudos en el café, pero hablando en la calle

de lo que han estado escuchando.

EL CAMARERO. — Medio dormido en una silla una vez cerrado el Odeón, desde las once y media hasta el momento en que *los Filósofos* abandonan el local.

## OCTAVA CONVERSACIÓN

(Diciembre de 1827, 10'30 de la noche)

*Dos estudiantes salen del Odeón y se dirigen al café VOLTAIRE*

ESTUDIANTE PRIMERO. — Ahora vas a oírles y podrás comprobar que no se trata de unos novatos; pero el más ducho de todos es el ruso.

ESTUDIANTE SEGUNDO. — He visto al delgado en la Facultad de Medicina.

EL PRIMERO. — Yo como en casa de la abuela Gérard con el más joven.

EL SEGUNDO. — El irlandés puede sentirse feliz de tener a la bella Lureuil. ¡Qué hermosa está esta noche!

EL PRIMERO. — Le da tres mil francos mensuales, amigo mío, y quizá nosotros la podríamos conseguir por nada. (*Se callan y se sientan en una mesa vecina de la de los filósofos*).

GRODNINSKY. — ¡Se ha visto nunca un tiempo semejante, siempre húmedo! ¿Cuándo helará?

TEÓFILO. (*Sacando su reloj*). — Son ya las once, puedo disponer de una hora. (*Los estudiantes se miran uno al otro*).

FANTASMA. — ¡El seis doble! He ganado la apuesta.

PHYSIDOR (*al irlandés*). — Tu pequeña Lureuil ha estado muy bien esta noche. Camarero, mi limonada. En tu lugar, en su palco, vestida como iba con el traje de baile, yo...

TEÓFILO (*sonrojándose*). — Oh, señor doctor, esto no es *gentlemanly*.

EL LIBRERO. — Buenas noches, señores. ¿Qué te pasa, Raphaél? Tienes aspecto abatido. No nos abatamos jamás. Yo he tenido que pasar por muchas situaciones difíciles; ¿sabes cómo he salido de ellas?... Con mucho valor. Quizá lo que te sucede es que trabajas demasiado, no debes trabajar tanto, que no llegarás a nada. Los que llegan muy alto no se detienen a meditar. Mal sistema.

GRODNINSKY (*mirando el juego de fantasma*)... — Hay dos seises, uno lo ha puesto Tschoern y los demás duermen, de modo que no puedes ganar.

PHYSIDOR. — Solamente existen tres juegos basados en el cálculo: el tric-trac, la ruleta y los dados.

GRODNINSKY. — Lo que dices es verdad. En estos tres, el hombre debe luchar contra el azar. En cambio, en los demás, una vez jugadas un número determinado de partidas, la ciencia está segura de triunfar.

TSCHOERN. — ¿No consideráis que hay algo de gigantesco al enfrentarse y luchar contra el azar?

GRODNINSKY. — El azar es una potencia todavía no comprendida; representa el

conjunto de los impulsos de una fuerza que desconocemos, y que mueve al mundo. Los jugadores son verdaderos Titanes.

EL LIBRERO. — Si no hubiera azar, habría un Dios.

TSCHOERN (*riendo*). — No hay uno, sino dos. ¿O es que se ha olvidado usted del demonio?

FANTASMA. — Ayer me encontré con una persona realmente infeliz.

EL LIBRERO. — ¿Macho o hembra?

FANTASMA. — Me recordó un caso que conocí personalmente (*a Physidor*) y que podría aplicarse a la teoría que desarrollabas anteayer.

»Habéis oído hablar del abate Bouju, vicario general de... de... de..., vaya, nunca puedo recordar los nombres de las diócesis. Pues bien, no importa, de él se trata.

»Hace cosa de unos cuarenta años ese tal Bouju era, vulgarmente hablando, lo que se dice *un bon vivant*, lo que los imbéciles llaman un egoísta, como si no fuésemos todos egoístas de nacimiento o por experiencia. El olvido de sí mismo constituye una depravación. Y a porque considerase perfectamente risibles las ideas religiosas, ya porque todo le fuese indiferente, excepto sus propios placeres, el hecho es qué sólo hacía lo que le venía en gana.

»Estaba casado, pero no había tenido hijos y dejaba a su mujer en libertad en cuanto a pensamientos y a acciones: *Vé a pasear, si quieres, querida, haz lo que te parezca, y vivamos en paz.*

»La esposa habitaba una ala de la casa y el esposo la otra. Bouju tenía muchos amigos: constantemente iba al campo, jugaba, cazaba, asistía a bailes y excursiones y había veces que pasaba seis o siete meses sin aparecer por su casa. En invierno siempre cenaba fuera, regresaba a las dos o a las tres de la madrugada, sintiendo tal aversión por su propia casa que cuando invitaba a comer a sus amigos lo hacía en un restaurante, en una sala que había alquilado.

»Lo que puede parecer extraño a cualquier ingenuo (*tos estudiantes se sobresaltaron*) es que su mujer era joven, hermosa, de una gran sensibilidad y piadosa como todas las viejas de Dijon reunidas; en resumen: era toda sentimientos.

»Por su parte, Bouju estaba henchido con esa alegría provinciana bastante animal para chapotear en un estanque sin pensar en cambiar el agua ni limpiar el limo. Esta mujer le amaba al principio; desengañada, se entregó en brazos de la religión, confiando con que Dios le devolviera a su marido, que pensaba en Dios como vosotros pensáis en el año cuarenta; a veces se acordaba de Él en sus blasfemias.

»Bouju (curioso apellido, ¿no es así?) era tan buena persona, tan alegre, tan despreocupado, que nadie criticaba su conducta con respecto a su mujer. Generalmente se atribuía aquella anomalía matrimonial a algún vicio de constitución, ya que la pobre criatura nunca se quejaba, consideraba que era verdaderamente incómodo el tener que correr tras su marido. Era rica, deseaba hacer el bien en secreto.

»Bouju también hacía el bien en secreto; tenía cierta debilidad por los delantales y

perseguía a todas las criadas. Nunca he visto matrimonio mejor avenido; durante siete años no tuvieron una sola disputa; en realidad, únicamente se veían cuando la casualidad hacía que tuvieran que salir juntos o cuando se encontraban en un baile al cual llegaban cada uno por su lado.

»Contaba la señora Bouju treinta años cuando llegó a su casa un primo de su marido, un tal señor de Lescheville, cajero del señor Bodard de Saint-James, tesorero de la marina. El desastre experimentado por su superior había obligado a aquel señor a alejarse de París, a causa del rigor que emplea la jurisprudencia comercial en lo concerniente a letras de cambio.

»Bouju le instaló en su casa, contento de poderle proporcionar a su mujer compañía. Lescheville era una especie de petimetre, haciéndole el amor a la señora Bouju para pasar el rato; pero la resistencia ofrecida por la piadosa mujer excitó tanto su fantasía que alcanzó los grados de una pasión. ¿Cuánto creéis que duró la lucha? ¡Cuatro años! Era antes de la Revolución, tenedlo en cuenta.

»La señora Bouju se sintió la mujer más desdichada del mundo, precisamente porque era la más feliz. Poseía demasiada virtud para no gozar de los placeres de la carne sin remordimientos, se consideraba condenada eternamente. Jamás mujer alguna sacrificó tanto a un hombre y, consecuentemente, jamás mujer experimentó tanto deleite.

»El profundo silencio en el cual se iba desarrollando aquella pasión, la seguridad de que no iba a dejar huellas y la larga indiferencia del marido la consolaban un poco.

»Bouju se preocupaba poco de su mujer para sospechar; por otra parte, si alguien hubiera ido a contarle lo que estaba sucediendo en el ala izquierda de su casa, se hubiera puesto muy contento al saberlo. Sus ideas sobre el matrimonio y sobre los deberes de una esposa eran conocidas por todos sus amigos, excepto por la señora Bouju.

»Me diréis: “Debía de ser un imbécil, un monstruo o un hombre de gran fortaleza moral”. Pues bien, no era nada de esto. Lo vais, a ver.

»Un buen día, por la mañana, su ayuda de cámara fue a despertarle a una hora insólita, a las cinco, para decirle que la señora solicitaba con insistencia ser introducida a su presencia. Bouju, muy extrañado, consintió en recibir a su mujer y casi no pudo reconocerla de tanto que había cambiado: había empalidecido, sus ojos estaban apagados, todo revelaba en ella los estragos de un profundo arrepentimiento, noches pasadas en llanto.

»La infeliz esposa se lanza de rodillas a los pies de la cama de su marido; allí, con voz entrecortada por los sollozos, le dice que acude para preguntarle de qué manera desea que muera. Bouju da, en su lecho, un salto de carpa y le contesta que su más intenso deseo es verla feliz; en cuanto a morir, su único deseo es que muera de vieja.

»Aquella mujer llora aún más abundantemente, tan sorprendida queda con la bondad que manifiesta su marido; le confiesa entonces que pronto será madre.

»Mientras la infeliz criatura se agota en sollozos, en humillantes confesiones,

Bouju se arrebujaba el cobertor para que no se viera la hilaridad que se manifestaba en su fisonomía. Se acordó entonces de la aventura atribuida al duque de Guisa (y que nada tiene de falsa, pues yo he comprobado su veracidad histórica). Carlos IX había propagado la intriga de la duquesa con Coconnas, y aconsejado al duque que se aprovechara de alguna sorpresa para matar a dicho noble italiano; el Mellado hizo beber a la duquesa una taza de caldo, convenciéndola de que estaba envenenado, conformándose con el terror que le sobrecogió por toda venganza.

«Bouju se levanta, adopta un aspecto grave y sombrío: «Llame usted a su confesor, señora, le dice, cumpla durante el día sus deberes religiosos para prepararse a morir cristianamente. Y sobre todo, añade, redacte su testamento en tales términos que no tenga que preocuparme por el futuro».

»La pobre mujer le besó la mano y se separó de él, deshecha en llanto. Bouju tenía en las venas un fluido excesivamente metálico, no experimentó emoción alguna, salió de sus habitaciones, almorzó en casa de uno de sus amigos, se pasó el día jugando e invitó a cenar a sus compañeros; después regresó a su casa provisto de una botella de vino de Tokay que había recogido de casa del presidente de Brosses, el amigo de Buffon y Diderot, el cual había recibido una cesta de dicho vino de un tal conde Potocki...

GRODNINSKY. — El marido de la hermosa griega, el que construyó Sophiewka.

FANTASMA (*continuando*). — Es éste uno de aquellos vinos que llamáis vinos de sucesión, que cuesta tres o cuatro luises cada botella y del cual un solo vaso embriaga a un hombre. Le era necesario a Bouju un vino que despertara en el estómago un violento ardor. Entra en las habitaciones de su mujer, la halla resignada, dispuesta a entregar su vida en expiación de sus culpas. Suplicó a Bouju que no causara daño alguno a Lescheville. Bouju representó su papel con toda la seriedad que ponen los chistosos del gran mundo cuando cuentan uno de sus chistes; su mujer se bebió la botella de vino de Tokay y se metió en la cama; la dejó, deseándole familiarmente pasara una buena noche, la besó en la frente, después le dijo a su ayuda de cámara que llevase sus zapatillas y toda su ropa de noche a la habitación de su mujer, ni más ni menos que lo que hubiera hecho un gran señor...

TSCHOERN (*interrumpiendo*). — El príncipe de Ligne encontró una vez al amante de su mujer y le dijo, entre grandes risas: «Amigo mío, esta noche te he jugado una mala pasada: he dormido con *ella*».

FANTASMA (*prosiguiendo*). — Aquel signo de reconciliación conyugal, al cabo de doce años de indiferencia, produjo gran sensación en toda la casa. Como eran entonces las ocho de la noche y Bouju no pensaba acostarse hasta medianoche, se fue a jugar una partida de billar a casa del presidente.

»A las diez, un criado fue a buscarle, horrorizado, diciéndole que la señora se moría en medio de terribles convulsiones, la señora estaba envenenada. Bouju se rió y dijo:

»—Bueno, bueno. El veneno lo he hecho yo.

»Y continuó jugando.

»A las once regresó su ayuda de cámara para anunciarle el fallecimiento de su esposa. Bouju rió nuevamente y dijo:

»—Puede estar muerta de tanto beber, pero no muerta por haber bebido.

»—No obstante, vete —le aconsejó el presidente—. ¡No sabemos si está viva o muerta!

»—Bah, os contaré la comedia que he representado —le replicó Bouju.

»Y siguieron riendo y jugando.

»Bouju regresó a su casa aplaudiéndose a sí mismo por aquella estratagema que le permitía pasar la noche con su mujer, ya que ésta estaba ebria; pero la encontró tan muerta, que el miedo se apoderó de él; mandó a buscar al señor Gavet, al que contó la aventura. Gavet, mientras le escucha, sostiene la mano de la señora y no encuentra pulso ni respiración; coge un espejo, lo acerca a los labios, no hay aliento.

»Se manda venir al cirujano jefe del hospital, tiene lugar una consulta, yo asisto a ella; ante nuestros ojos tenemos todos los síntomas característicos de la muerte; rigidez en los miembros, palidez, frío, por último, putrefacción; pero como ha habido ejemplos de que tales síntomas se han producido, como en el caso de Lázaro, sin que en realidad haya llegado la muerte, fuimos de la opinión unánime de esperar.

»Cuando ya nos fue imposible dudar del fallecimiento, Bouju reclamó y exigió se abriera el cadáver. La autopsia fue realizada con un cuidado minucioso, pero la más rigurosa observación no pudo revelar cuál había sido la causa de la muerte, pues no existía lesión en ningún órgano; el vino de Tokay había sido digerido perfectamente, el cerebro era de una notable integridad; disecado el sistema nervioso, examinado con la lupa, no presentaba el menor rastro de inflamación; los intestinos se hallaban en perfecto estado; ninguno de nosotros era capaz de decir por qué estaba ausente la vida, ni de dónde había venido la muerte.

»En ciertas ocasiones el miedo produce determinadas perturbaciones cuyos efectos son perfectamente visibles; el cabello encanece, se observan congestiones cerebrales, en fin, ya lo sabéis todos vosotros... Pero en aquel caso no había nada de esto en los centros nerviosos ni en ninguna otra parte.

«Bouju ingresó en un seminario, se ordenó sacerdote, entregó la fortuna de su esposa a Lescheville y conservó la suya para poder ayudar a los menesterosos. Cree en la Inmaculada Concepción; últimamente ha renunciado a ser nombrado obispo, pues vive únicamente en medio de sus remordimientos; se considera a sí mismo como un asesino, cuyo crimen no ha sido previsto por las leyes; tiene ahora ochenta y dos años; como les decía, me lo encontré ayer mismo en el Palais-Royal, envuelto en su magnífico manto.

EL LIBRERO. — Voy a contaros un hecho que me parece que guarda bastante relación con lo que acabamos de escuchar, sucedido en estos días. Escúchalo, Raphaël, podrías hacer un artículo con esta historia, podría valerte un centenar de escudos, amigo mío; pero tú no tienes nada de escritor, es como pedirle peras al olmo.



Si pretendes vivir de la pluma, te morirás de hambre.

»Había, en la calle de Mont-Blanc, un portero que llevaba treinta y seis años tirando del cordón de la misma campanilla. De unos cincuenta y ocho años, aproximadamente, había visto y vivido toda la Revolución; en el barrio se sospechaba que había estado metido en los más violentos actos de terrorismo; por otra parte, no ocultaba sus simpatías por Marat y Robespierre.

»De oficio zapatero, parecía tener que terminar sus días como los terminan todos los porteros de rango, con una plaza en Sainte-Périne, cuando un acontecimiento imprevisto ha venido a turbar su vida de portero, de zapatero y de revolucionario...

TEÓFILO. — Vosotros, los fisiólogos, habéis reflexionado sobre el embrutecimiento a que llegan los seres condenados a tener que vivir toda una vida dentro de un cajón de seis pies cuadrados, que no recibe luz más que a través de una puerta que da a un patio húmedo, que se halla al mismo nivel de los albañales de la casa y los de la calle, casi siempre cortado a seis pies de altura por un techo inclinado.

»Vuestros filántropos se preocupan en estos momentos de proporcionar a los criminales más comodidades que las que puedan tener las personas honradas y nadie clama contra la inhumanidad de los propietarios parisienses, que condenan a un ser humano a vivir en una cárcel infecta, entregado a una profesión que produce sobre las facultades anímicas el mismo efecto que la anquilosis en las articulaciones.

»Así, para poder combatir las enfermedades que les amenazan, los desdichados porteros han tenido que recurrir a mil industrias diferentes para animar sus vidas. Unos cultivan flores, otros se buscan el afecto y compañía de perros o pájaros. Vuestros filántropos tienen una piedad puramente física.

TSCHOERN. — Pero la inteligencia debe cuidar de sí misma.

GRODNINSKY. — ¿Vale realmente la especie humana lo que cuesta? Desde la tierra al sol hay treinta y tres millones de leguas y su luz nos llega en cinco minutos. A pesar de la rapidez de este correo, ciertos planetas se hallan situados tan lejos en el éter que su luz todavía no ha llegado a la tierra, y existen millones de estas estrellas. ¿Qué puede significar un portero metido en su cubil? ¿Qué es incluso toda la humanidad?

TEÓFILO. — ¡Leed a Ballanche! Pero olvidaros del portero; supongamos a Raphaël en dicha situación y sometámosle a la tiranía de una idea violenta, ¿qué sucederá? Al cabo de ocho días estará loco de remate.

RAPHAËL. — ¡No destruyes el argumento de Godninsky!

EL LIBRERO. — El portero de la calle Mont-Blanc había tenido en su vida un momento de, grandeza; en otros tiempos había presidido una sección y había estado a punto de convertirse en un personaje. Su vida, apacible en apariencia, encubría un odio feroz contra todo poder capaz de destruir sus esperanzas de recobrar su antigua posición política. Este sentimiento ignorado agitaba violentamente su existencia ya que la lectura de los periódicos ponía a aquel fakir de 1793 en comunicación con todas las fases de la política. Sus ocultos devaneos le habían gastado tanto o más que

el género de vida que se veía obligado a llevar; su cubil era muy reducido y vivía solo, sin mujer, con un canario por toda compañía.

»No le quedaba ni un solo pelo en la cabeza, su frente y su rostro estaban tan profundamente arrugados y caracterizados, que ningún pintor hubiera podido encontrar mejor modelo para una representación del Tiempo. Jamás he visto nada más pintoresco ni, al mismo tiempo, más amenazador que aquel anciano barriendo la calle. Sus mal atadas medias dejaban al descubierto, por debajo de un remendado calzón negro, parte de las rodillas; llevaba una chaqueta casi por completo rasgada y remendada, el gorro de seda negra le cubría tan mal la cabeza que se mostraba completamente pelada, arrugada, con una expresión en la que se reflejan reprimidas cóleras y un descontento casi diabólico.

»En el quinto piso de aquella casa vive un joven artista, muy pobre, al que la duquesa de Berry protege, pero al que no enriquecerá. Es un primo hermano del diablo que tiene, por otra parte, un impresionante parecido con la máscara que vosotros, los alemanes (*volviéndose hacia Tschoern*), atribuíis a Mefistófeles...

TSCHOERN (*interrumpiendo*). — Está usted metiendo el dedo sobre el resorte que un buen día hizo salir y brotar los laureles que coronan a nuestro Goethe; su éxito proviene de que todo el mundo se imagina a Mefistófeles a su manera. Este personaje, en realidad muy inferior a otros, como Scapin, Crispin o Lafleur, de vuestro teatro francés, se ha visto engrandecido, sublimizado, ampliado, por la idea que cada cual tiene sobre el diablo. Después de todo, la felicidad no alcanza jamás a los hombres ordinarios. Continúe.

EL LIBRERO.—Quizás pensaréis que las dos naturalezas, la del artista y la del portero, concuerdan; pues no, en vez de concordar, se repelen. En primer lugar, el portero fue el más fuerte de los dos en la guerra sorda que se declaró entre ellos. En el momento en que el artista había estado realizando gastos en su buhardilla, que incluso había contraído deudas para instalarse decentemente, el portero empezó a calumniarle ante el propietario, insistiendo sobre la insolvencia del pobre dibujante que debía dos plazos del arrendamiento. Como que el propietario era (*lanza una mirada maliciosa a sus auditores, indicando al irlandés*), una especie de *santo inglés*...

TEÓFILO. — Tartufos peores que los inquisidores españoles, os entregan una copa conteniendo veneno con cara inocente, mientras os dicen: «Amigo mío, es por tu bien...» En vez de dejar morir a mi padre tranquilo y feliz, han hecho como la mujer del dogo, en el *Marino Faliero* representado estos últimos días en la Puerta de San Martín, cuando va a decirle al pobre Falieri que le ha sido infiel en el momento en que iba a morir satisfecho por la honestidad de su esposa. Lord Byron tuvo una gran idea al describirla fiel a su marido...

TSCHOERN. — Esto no es vulgar.

TEÓFILO. — Vuestro poeta francés ha hecho con ello una ingeniosidad. Pues bien, han obrado como aquella infeliz; le han quitado a mi padre moribundo la buena

opinión que tenía de mí. Esos infames *santos* son unos sinvergüenzas vestido de negro, atropellando a sus esposas con un emponzoñado amor verbal, escondiendo sus intereses mezquinos detrás de Dios; son fríos como una piedra de arroyo y babean sobre las divinas flores de la virtud.

GRODNINSKY (*dando una palmada en el hombro de Teófilo*).— ¿De modo que de vez en cuando pronunciamos nuestro pequeño *speech* (pronunció *spiche*)?

EL LIBRERO.— El portero obtuvo un señalado triunfo al manifestar que el pintor causaba serias molestias a los demás inquilinos de la escalera. El señor artista llevaba a su buhardilla mujeres infames. Las señoritas del primero habían encontrado, a primeras horas de la mañana, en la escalera, a unas desvergonzadas sin corsé. Sus amigos eran unos alborotadores que fumaban y escupían por los rellanos, que despertaban a toda la casa cuando se marchaban a las dos o a las tres de la madrugada.

»El artista fue obligado a abandonar el piso, con sus muebles, y se fue a vivir a casa de un amigo suyo, un pintor distinguido que le dio hospitalidad. Su taller encierra ahora a dos celebridades en ciernes: un gran pintor y un escritor.

»El escritor es como tu Bouju, pero inteligente, pues es incapaz de ingresar en un seminario; no obstante, se divierte quizá demasiado, no hará nada; publicará algún ensayo notable, unos cuentos, unas pequeñas escenas, y las mujeres le perderán.

»El pintor es un bromista frío, un hombre del género de un Grimod de la Reynière que, teniendo las manos como la madera, un día de crudo invierno, en un café del Palais-Royal, cogió el tubo de la estufa que estaba al rojo vivo, para ver como un bobo se quemaba las manos al querer imitarle. Tiene por los burgueses la misma estimación que vosotros podéis tener por los limacos.

»Al llegar a casa de su amigo el artista respiró venganza tanto contra el propietario como contra el portero. El pintor y el escritor que tomaba lecciones de pintura abrazaron su causa con entusiasmo, tuvo lugar una parodia del juramento de los tres suizos, donde juró solemnemente vengar al oprimido.

»Lo que le sucedió al propietario, os lo diré entre paréntesis. Dicho propietario era un farmacéutico bastante rico que tenía su establecimiento en el faubourg Saint-Honoré; entre sus mancebos había uno que era muy lindo, de aspecto casi femenino. Los tres conspiradores se aprovecharon de esta circunstancia para urdir su venganza. En cuanto tuvieron suficiente información sobre sus ideas de *santo* le atacaron en el corazón mismo de su religión...

TEÓFILO. — ¡Bien hecho!...

EL LIBRERO. — Descubrieron en provincias a la familia de aquel mancebo de botica, e hicieron llegar a su padre y a su madre cartas anónimas en las que se dejaba insinuar ciertas sospechas sobre la intimidad de relaciones de su hijo con su patrono...

TEÓFILO (*se frota las manos, quiere decir algo, y encuentra la farsa tan británicamente divertida, que no puede pronunciar más que una palabra*). —

¡Colgado!, ¡colgado!

EL LIBRERO.— Eh, no, aquí no. La esposa del farmacéutico fue igualmente advertida de las efusiones de su marido para con el mancebo. El rumor se fue extendiendo por todo el barrio. Los artistas empezaron a presentarse en la farmacia para comprar algún medicamento y dirigir miradas de curiosidad al farmacéutico y al muchacho. Por las tardes empezaron a formarse grupos ante la puerta de la farmacia. La broma fue llevada con tal arte que el farmacéutico se vio obligado a vender su establecimiento y a abandonar el barrio.

»Los artistas procuraron enterarse de su nuevo domicilio, y explicaron las causas de su retirada. El infortunado farmacéutico no tuvo más remedio que trasladarse a provincias, perseguido por la terrible mistificación. Cuando intentaba justificarse, los que le escuchaban se ponían a reír, excitados por los extraños circunloquios del farmacéutico. En el momento en que os estoy hablando, su mujer todavía no sabe a qué atenerse.

»Por la venganza realizada en la persona del propietario, podéis presentir el suplicio a que fue sometido el portero.

»Una mañana se presentó con el aspecto más inocente del mundo un peluquero que casi a la fuerza intentó cortarle la melena a aquel viejo calvo; el hombre se tomó la cosa a broma y se burló del peluquero.

»Por la tarde, un joven bastante bien vestido, después de preguntar si el viejo zapatero cumplía también las funciones de portero de la casa, le preguntó si podía hacerle un favor que le sería espléndidamente pagado: se trataba de hacer un servicio; en fin, fue agujoneando la curiosidad del portero, excitó su avaricia y cuando el viejo calvo se atrevió a preguntar en qué consistía el servicio que se le solicitaba, el joven le rogó que le regalara un mechón de sus cabellos. Cuando la indignación del portero llegó al colmo, el joven se marchó.

»Por todos los talleres próximos a aquel en que había sido urdida la conspiración había circulado la consinga contra el portero. Desde entonces, tres o cuatro veces al día, y gracias a pretextos hábilmente hallados, se presento ante él alguien pidiéndole sus cabellos. Pronto la broma devino doble.

»El portero, furioso, exasperado, se creyó en la obligación de dar un correctivo a los que venían para hablarle de sus cabellos; y cuando los pintores querían gastarle alguna mala pasada a cualquier pesado, le mandaban a preguntar algo al portero de la calle Mont-Blanc.

»Frecuentemente el portero se encontraba enzarzado en riñas con personas que, furiosas por haber sido recibidas de aquella forma, le devolvían sus golpes o sus maldiciones con usura. El portero se fue haciendo huraño, desconfiado y sombrío; no podía pasar nadie delante de él sin que le mirara de reojo, y no se atrevía a confesar sus temores a los inquilinos que le preguntaban, ni a su propietario, que se había vuelto más huraño que él.

»No pasaba día sin que alguien le gritara desde la ventana de su cuchitril:

»—¡Oh, qué hermosa cabellera! ¡Este es el hombre de los cabellos!

»En cuanto un desconocido mencionaba la palabra cabellos, el portero se ponía sobre aviso. Al llegar a este grado, las bromas fueron inagotables.

»Los pintores convencieron a un inglés muy rico, amante de las cosas curiosas, de que aquel portero tenía los cabellos de Napoleón. El *quid pro quo* que tuvo lugar cuando el inglés fue a hablar de los cabellos del desdichado calvo, fue algo horrible; pues hasta entonces, el infeliz sólo se había visto perseguido por los artistas a los que despreciaba, pero ahora veía que se le echaban encima gentes ricas, el mundo entero se le caía sobre su cráneo.

»Una anciana dama, a la cual se hizo creer que aquel viejo revolucionario conservaba los cabellos de Luis XVI y de María Antonieta, fue a verle, en coche, para suplicarle le vendiera, al precio que fuera, aquella reliquia. La escena fue muy cómica, pues el viejo se puso a llorar, exclamando: “¡Ay, señora!...” Ella, creyendo que se trataba de un enternecimiento realista, le respondió: “*Querido señor, dente un solo mechón. ¡No pretendo privarle de todo!*”

»Una mañana, al levantarse para barrer la acera de la casa, se encontró en el dintel de la puerta de la calle con un montón de cabellos que los artistas habían comprado en las peluquerías y extendido a lo largo del pavimento.

»—Parece que se ha hecho cortar usted el cabello —le dijeron numerosas personas.

»—¡Pues ahora resulta que tenía pelo! —exclamaron los paseantes.

»Otro día, comparecieron una serie de muchachos para pedirle que les vendiera un frasco de la loción que empleaba para que no se le cayera el pelo, como si tuviera un almacén; cuando intentó mostrarse agresivo, le mostraron un rótulo colgado de la ventana, colocado previamente por ellos allí.

»Jamás genio del mal se mostró más fértil en ideas para variar una tortura; ya era un empleado de una tienda que llegaba para entregarle un juego de peines, peines ya pagados que a toda costa pretendía dejar; ya una inocente modistilla, inocente en lo que se refiere al portero, que le entregaba una botella de aceite de Macasar que, según decía, había comprado el día anterior para conservar brillantes sus cabellos. Uno de los *guasones* se divirtió en imitar al portero y en proporcionarle un sosias con pelo. Recibió de correos avisos para retirar cartas y paquetes que le habían sido remitidos desde su pueblo, encontrándose con que contenían pelucas. Los artistas le mandaron un médico que le aseguró tenía sama; naturalmente, se trataba de un médico mistificado.

»Cada mañana, al reunirse en el taller, los pintores buscaban una nueva manera de poder presentarse ante el portero para mencionarle unos cabellos que no tenía.

»Finalmente le obligaron a buscar alojamiento en otro barrio, en el cual dieron otro aspecto a la persecución. Empezaron a preguntarle dónde y cómo había perdido su cabellera, haciendo circular extraños rumores sobre su vida pasada; se dijo que había sido despedido de una casa excelente debido a su calvicie.

»La última broma, a la cual sucumbió, fue algo terrible. Los pintores prometieron diez luises a una portera, vecina del calvo, si conseguía convencerle de que usara una pomada para que le creciera el pelo, asegurándole que al cabo de quince días luciría una espléndida cabellera. La portera, guiada por los pintores, empezó por hablarle de matrimonio. En medio del único afecto que creyó haber inspirado en toda su vida, encontró unos cabellos mezclados con el corazón de su pretendiente.

»Actualmente ese hombre está loco, internado en Bicetre, y se pasa la vida peinando una cabellera imaginaria; ¡cree que tiene cabello!

PHYSIDOR. — Esta historia es la de Jacques Clément, la de Ravailac, la de Damiens, la del asesino de Kébler, la del príncipe de Orange, de Sand, de Louvel.

TEÓFILO. — Cuando el pensamiento se haga material, como la luz, el perfume o la electricidad, ¿constituirá una prueba en contra de Dios?

GRODNINSKY. — No, todo lo más, deberemos llegar a la conclusión de que no somos más, como todas las especies terrestres, que simples obreros de una obra que conocemos muy imperfectamente.

TEÓFILO, — Puesto que así es, voy a contaros un hecho que quizá sea útil al amigo Physidor acaecido en Dublín, en el colegio de la Trinidad, durante los últimos años del siglo pasado: mi padre estaba allí entonces.

»Todos habéis estado en un colegio, sabéis lo violento que es el odio que ciertos alumnos sienten hacia determinados tiranos y no os extrañaréis al saber que en el de la Trinidad había un hombre encargado de las ejecuciones, que azotaba a los condenados, que les encerraba en un calabozo, les vigilaba durante toda la noche, y que había cometido la estupidez de ponerse tan a mal con los estudiantes, que se había convertido en su bestia negra.

»Entre unos y otro, la lucha se fue haciendo cada vez más acerada. Les sorprendía por los patios y dormitorios; les vejaba de mil maneras distintas, y los estudiantes nada podían contra él. Era un hombre lleno y bajo, con cara de verdugo, sin reír jamás, una especie de Dionisio de Corinto. Quizá en otras vidas había sido uno de aquellos emperadores romanos que tanto se complacieron en atormentar a los primitivos cristianos. No se pensaba en otra cosa que en gastarle una buena jugada.

»Finalmente, los mayores imaginaron algo que era capaz de meterle el miedo en el cuerpo y castigarle por la severidad con que ejecutaba las sentencias.

»Los jesuitas permitían que durante las vacaciones se representaran comedias; los ensayos se celebraban en una sala contigua al teatro, en la que se guardaban los decorados, los trajes y todo el material de la representación. Aquel lugar era una especie de santuario libre de toda vigilancia ya que los actores eran siempre elegidos de entre los estudiantes más moderados y razonables. He aquí la comedia que se decidió representar para el ejecutor de castigos.

»Un domingo, después del oficio, los conjurados se reunieron en dicha sala, colocaron unas sillas detrás de una mesa y simularon la constitución de un tribunal. A un lado de la mesa se colocó un tajo cubierto con un trapo negro, rodeado de serrín de

madera, y un machete sustraído de la cocina puesto sobre un taburete, pero bajo el cual habían escondido un sable de madera recubierto con papel de plata, que se utilizaba en las tragedias. Los que más quejas tenían contra el ejecutor de castigos estaban allí, silenciosos, inmóviles.

»Cuando la víctima, llevada hasta allí con cualquier pretexto plausible, se vio en presencia del tribunal, se sintió presa de terribles sobresaltos. Se le dirigió un breve discurso para poner en su conocimiento que el asunto era serio, que tenía que defenderse, y, sobre todo, que cualquier llamada de auxilio al exterior era completamente inútil: se le mostraron todas las aberturas tapadas con colchones, se le mostró el tajo y el machete, al lado del cual permanecía en pie uno de los alumnos encargado de representar el papel de verdugo; se le mostraron las cuerdas para, atarle, el pañuelo para vendarle los ojos; se le prometió, en caso de condena capital, que el alumno encargado de cortarle la cabeza, cumpliría sus funciones de la mejor manera posible.

»El hombre quedó mudo, pero mudo como un mudo de nacimiento. Se consideró su mudez como si fuera la serenidad y entereza que debe adoptar un hombre fuerte y digno en tales circunstancias. El proceso fue instruido y el acusado invitado a defenderse, pero no dijo una sola palabra, no hizo un solo gesto. El tribunal le condena a muerte y le pregunta si se arrepiente de sus crímenes: ¡Mudo! Se intenta hacerle prometer que en un futuro será más suave, será más humano, y que entonces sería indultado: ¡mudo! Fue considerado como un criminal impenitente. Se le ata: ¡mudo!; se le vendan los ojos, se le hace arrodillar ante el tajo, se le coloca la cabeza encima, él deja hacer.

»El alumno que representaba el papel de verdugo coge el sable de cartón y le da con él un golpe muy flojo sobre la nuca; los alumnos cogen entonces al pobre diablo, permanece inmóvil; le quieren poner de pie, está muerto.

»Aquello originó un escándalo espantoso, pero se le echó tierra encima. Estaban comprometidos en él una veintena de muchachos, y no era posible detenerles o castigarles a todos; por otra parte, alguno de ellos era hijo de un lord. El *coroner* realizó una investigación en la que se demostró que aquel hombre había muerto de apoplejía.

GRODNINSKY.— ¡Un sable de madera! Tu alusión es directa.

TSCHOERN.— ¡Yo también tengo una historia que contar! Las vuestras no son dignas ni de atarle los cordones de los zapatos a la mía. Hace poco tiempo me encontraba yo en Londres. Se me había hecho creer que había una gran dama célebre por su habilidad en poder volver a la vida a los muertos; pero aquello no era más que una broma inglesa relativa a un gusto depravado.

»Si mi querido Hoffmann, un berlinés a quien todavía no habéis tenido ocasión de conocer, pero que no dudo pasará por aquí para recoger un poco de su gloria, como hace todo el mundo; si mi cuentista hubiese conocido esta aventura, ahora estaríamos en posesión de una obra maestra digna de *Cascanueces*, de *Maese Floh*, del *Hombre*

de Arena o del Pequeño Zach. El recuerdo de ese genio me turba. De modo que os contaré mi historia con la precisión de un astrónomo que informara a la Academia de Ciencias.

»Durante la temporada que pasé en Londres, encontré a un hombre que prácticamente lo sabía todo, era matemático, químico, en fin, un enciclopedista, y que me contó esto. (*Grodninsky dirige a Tschoern una mirada en la que expresa sospecha.*) Hay actualmente en Londres un químico inglés, reputado como loco, porque está realizando experimentos sobre el pensamiento, al que considera substancia luminosa, consecuentemente coloreada, de la naturaleza de los fluidos imponderables, análoga a la electricidad, pero mucho más sutil... (*dirigiéndose a Physidor*). ¿No estás contento con este sabio? Realizaba y realiza la misma clase de investigaciones que tú.

»Juzgar vosotros si debía haber sido tomado en Londres por loco. Tanto que su familia consideró necesario que lo tratara un médico, aunque procurando que él no se diera cuenta. El médico era invitado a comer y le observaba en la mesa, lo que es un excelente sistema de observar a los enfermos. Prescribía entonces cosas relativas al tratamiento que debía observar, que variaba después de algunas fases de lucidez de su paciente. La madre, la esposa y el suegro del químico, le hacían tragar las horribles medicinas de la farmacopea inglesa, mezcladas con otros ingredientes.

»Quizá no sepáis que, en la sociedad inglesa, existen gran número de alienados a los cuales no se les encierra, conocidos bajo el epígrafe de *excéntricos*, se trata de personas de ideas extrañas; y este químico fue clasificado entre dichos honorables ornamentos de la sociedad. (*El irlandés hace un gesto de asentimiento*). Olvidémonos de él por un momento.

»En un barrio de Londres, otro pobre diablo se había vuelto loco; pero como probablemente se trataba de un infeliz zapatero político, se le ingresó en un manicomio para poderle curar públicamente. Para ser considerado *excéntrico* se requiere ser rico. Este hombre no sentía su alma en el cuerpo, sino que la veía en manos de un operador que se la había sustraído y que la conservaba dentro de un pote para realizar determinadas experiencias, experiencias que describía minuciosamente. Según él, el encantador le había quitado tal o cual facultad, le privaba de la facultad de hablar, y permanecía mudo; del poder pronunciar y matizar sus palabras por medio de imágenes, carecía de ideas y se callaba; después un poder sobrenatural le forzaba a expresar sentimientos ordenados, montaba en cólera, hablaba de amor o de religión, de política o de patatas; por último, analizaba los elementos del pensamiento, enumerando aquellos de los que el desconocido le privaba, lo que les pareció a los médicos el colmo de la locura. Posiblemente pertenecían a la secta de los *santos*.

»Este hombre describía las ideas del mismo modo que un naturalista describe los mamíferos, los insectos, los roedores, los articulados. Su locura hizo gran ruido, los médicos ingleses hablaron entre ellos. Uno de los doctores pretendió que se trataba de un perro de la troupe Magendie, huido sin su cerebro. Sucedió, como es natural, que



el médico que cuidaba al químico se encontró cierto día con el médico del manicomio.

»El médico del *excéntrico* pensó que la persona que operaba sobre aquel loco podía ser muy bien su paciente; habló con sus colegas, excitando vivamente su curiosidad. Halagando lo que calificaban de *excentricidad* del químico, consiguieron entrar en su despacho y en el laboratorio en el que estaban sus aparatos.

»Cuál no sería su estupor al ver, entre otros muchos tarros, una redoma con una etiqueta en la cual aparecía el nombre del pobre diablo recluido en el manicomio. Desearon realizar inmediatamente una prueba en la que hubiésemos pensado cualquiera de nosotros; le suplicaron al químico que devolviera el alma sustraída al cuerpo a que había pertenecido; consintió afirmando que podría volverla a recuperar a voluntad; que, por otra parte, no tenía mucho interés en seguir conservándola, pues aquella alma *absorbía muy poca materia etérea*.

»Y en medio de la estupefacción de los médicos, a la misma hora y momento en que el químico devolvía la libertad al espíritu del pobre diablo, éste declaraba haber recobrado el ejercicio de sus facultades anímicas, demostrando una sincera y gran alegría. Actualmente varios sabios ingleses están trabajando en esta primera experiencia, a la cual probablemente debemos una nueva nomenclatura química. (*Se miran todos unos a otros, con extrañeza, como para preguntarse si Tschoern no les estaba gastando una broma*).

FANTASMA. — Librero, ¿jugamos una partida de dominó? (*Un momento de silencio*).

GROIDNINSKY. — Camarero, tráigame un periódico cualquiera.

PHYSIDOR. — ¡Señores, yo no creo que Tschoem pretenda burlarse de una gran creencia y de una hermosa ciencia! No esperaba menos de vuestras ricas memorias y os agradezco que hayáis buscado hechos susceptibles de corroborar mi doctrina, que, en su más simple expresión, pretende considerar a las ideas como producto de un fluido, el cual, ya en su generación, ya en sus efectos, ofrece ciertas analogías con el fenómeno de la luz; pero únicamente hemos podido observar de él, dejemos esto bien sentado, su acción deletérea y negativa...

FANTASMA. — La acción benefactora y positiva, sería la que produciría el genio, la inteligencia y la virtud.

PHYSIDOR. — Tienes toda la razón. Una idea es, pues, el producto de un fluido nervioso que constituye una circulación íntima, semejante a la circulación de la sangre, ya que todos sabemos que la sangre engendra el fluido nervioso del mismo modo que el fluido nervioso engendra el pensamiento. Pero hay abusos tanto en una como en otro. Estos abusos se llaman *enfermedades* para la sangre y *locura* para el pensamiento.

FANTASMA — ¡En esto vas demasiado deprisa, innovador!

PHYSIDOR. — ¿Es que no existen ideas perniciosas que una vez introducidas en el

sistema en el que se elabora el pensamiento lo vician y pervierten? ¿No es precisamente esto lo que acabáis de demostrar? Se puede cambiar la naturaleza del pensamiento como se puede cambiar la naturaleza de la sangre, inoculándole a mi hombre una determinada enfermedad. Esta experiencia que ningún médico puede, ni debe, ni desea, realizar, la realizan las pasiones como los fanatismos hicieron otra experiencia sobre el pensamiento.

»Cuando un médico dotado de alta perspectiva desee sintetizar sus observaciones, os explicará cómo un determinado joven, destinado a vivir un centenar de años, ha fallecido a los treinta víctima de una afección pulmonar; por qué aquel otro ha muerto de una hepatitis que nunca hubiera contraído si..., etc. Pero considero que les debo, señores, una explicación de cómo se despertó mi vocación y voy a contaros un hecho que ejerció una influencia decisiva en el enfoque de mis estudios. Vais a escuchar a un médico digno del gran Vésale hacerme confidencias que han sido como las últimas flores que la inteligencia hizo verdecer en sus labios.

»En 1821 regresaba yo a Tours por tercera vez desde mi ingreso en la Facultad de Medicina. Durante el tiempo de mis vacaciones no dejé nunca de ir a visitar a un antiguo amigo de mi familia, uno de aquellos personajes tan novelescos, que no se puede creer en su existencia más que tocándole con las manos.

»Dicho personaje era un anciano de unos noventa años de edad que vivía en mía de aquellas estrechas callejuelas que hay en los alrededores del barrio de San Martín y que conducen al Loire. Su casa tenía una puerta maciza en su parte inferior y enrejada en la superior.

»Cuando iba a hacerle una visita, pude distinguirlo a través de los barrotes de la reja, y creí no tener necesidad de llamar, pues se hallaba en el dintel de la puerta de entrada de la casa; le llamé por su nombre, pero no me respondió; hice sonar la campanilla, pero ni se movió y permaneció plantado sobre sus pies.

»El patio era tan pequeño, que entre nosotros no había ni la distancia de unas pocas toesas. Al observar a aquel anciano alto, vestido con negros ropajes, lo que hacía resaltar su blanca cabellera, al verle inmóvil, con los ojos abiertos, experimenté una vaga sensación de miedo. Su aspecto no era menos ruinoso que el de aquel viejo edificio agrietado, adornado con parras cuyos pámpanos le acariciaban la cara.

»El claroscuro de la habitación, en la que reinaba una luz suave y en la que pude distinguir los muebles, la chimenea de madera que conocía desde mi infancia, formaban el fondo sobre el cual se destacaba su figura como en un retrato.

»Por el primer piso se extendía una galería de madera de viejos balaustres resquebrajados por los cuales se enredaban los sarmientos de la parra; de un extremo a otro de dicha galería había tendidas unas cuerdas para secar la colada. La escalera que conducía a ella era exterior, protegida de la lluvia por una marquesina, y situada a lo largo de una pared lateral que quedaba frente al jardincillo del doctor. Bajo el rectángulo trazado por esta dicha escalera había un cabriolet que no había sido utilizado durante los últimos quince años, un montón de leña cuidadosamente apilada,

haces, cajas, toneles y tejas para reparar el tejado. El jardín estaba rodeado por una verja de madera que permitía distinguir los parterres de césped y algunos árboles frutales, así como unos espaldares, esa hermosa tapicería de las paredes de Turena.

»Durante los intervalos de silencio transcurridos entre el momento en que llamé al anciano por su nombre y el momento en que repetía la llamada sin obtener contestación alguna, pude examinar todos estos detalles realzados por la pasión por la limpieza que se respira en provincias, o realizados para emplear el tiempo, con los que se proporciona a las cosas tantos o más cuidados que a los seres. Una temporada en París hace comprender el valor de la ingenua y tranquila vida provinciana. Antes de estar en la capital, todo aquello no me hubiese dicho nada.

»Mi miedo, distraído por unos momentos con la contemplación de aquel cuadro, se vio inmediatamente aumentado por el aspecto que ofrecía el personaje principal que me miraba sin ver y cuya inmovilidad no se alteraba. ¿Estaría muerto? ¿Se habría ido enfriando de pie, en un perfecto equilibrio?

»Me hallaba en medio de creciente perplejidad, cuando una mujer envuelta en una manteleta característica de las turannesas, que regresaba de oír misa, con su libro de oraciones en la mano, apareció doblando la esquina de la calle del Moral; al verme en la puerta, apresuró el paso.

La señorita Ducormier, ama de llaves del anciano médico, me reconoció inmediatamente; pero ni sus exclamaciones, ni el coloquio que siguió entre nosotros, pudieron sacar al doctor de su ensoñación.

»—¿Qué es lo que le pasa? —le pregunté indicándole con un gesto al médico.

»—¿Qué le va a pasar? ¡Es muy anciano, nada más! Se ha vuelto casi como un niño, se pasa horas enteras mirando los ladrillos, la escalera o la ventana de la sala; ¡está metido en sus ideas!

»Entré, saludé al viejo amigo de mi padre, me cogió la mano, la puso dentro de la suya, mirándome con una atención repartida entre mi persona y las ideas sobre las que estaba meditando.

»—¡Ah, sí, eres tú! —dijo finalmente dejando escapar una de aquellas sonrisas de anciano únicamente comparables a las auroras boreales en un paisaje nevado.

»Y me dio un golpecito en la mano.

»—¿Vienes de París?

»—Sí —le respondí.

»—¿Vienes mucho más sabio? ¿Has aprendido todo lo que hay que saber para ser un buen médico? En realidad, hijo mío, sólo es necesario conseguir una cosa: hacer concordar el estómago con el cerebro. ¿Lo sabías?

»Después de cierto tono de ironía se mezclaba a una especie de campechanería de médico antiguo, me hizo entrar en la sala, y nos sentamos delante de la chimenea.

»—¿No me había visto ni oído cuando he llamado a la puerta y he pronunciado su nombre? —le pregunté.

»—Ah, vaya.

»Y después de una pausa, preguntó:

»—¿Sigue progresando la ciencia?

»—¡Todo progresa y marcha perfectamente! —le repliqué.

»—No, —me dijo él.

»Describió rápidamente un círculo en el aire con su dedo índice y me dijo:

»—Los antiguos tenían razón, he ahí \_al mundo.

»No recuerdo haber visto nada tan apocalíptico como aquel gesto en armonía con un anciano nonagenario, decrepito, reseco, al que la mirada devolvía momentáneamente una energía espantosa.

»—Eres todavía joven —prosiguió lanzándome una mirada de amistad brusca— he conocido mucho a tu padre, te he cuidado durante tu infancia, queriéndote como a mi propio hijo: puedo decirte, pues, a ti, cosas que no confesaría a nadie en el mundo, ya que me consta que tú no querrás burlarse de mí. ¿Sabes lo que estaba viendo en el patio, bajo los troncos cortados y apilados? De allí se han ido levantando esta mañana unos muertos con los cuales he estado conversando, personas a las que he cuidado, que he visto en su agonía, para las cuales la ciencia había sido impotente, y en las cuales (no repitas jamás a nadie esto), realicé experiencias importantes. ¿Debo considerar que su muerte pesa sobre mi conciencia? Los evoqué precisamente para preguntárselo.

»—¿Cree usted en la aparición de los muertos?

»—Sí, creo —dijo con acento convencido—, tengo pruebas incontestables.

»“Lambert también lo cree”, pensé. ¿Pero cómo pueden tener lugar tales apariciones?

»—¡Ah! —me contestó el anciano doctor—, si nada hay que desaparezca totalmente en su aspecto físico, con menos razón desaparecen las esencias, las cualidades. ¿No tienen las ideas una vida más perdurable que la del cuerpo? Las facultades se transmiten de una vida a otra; así los que pueden evocar a los muertos, los pueden volver a ver en sus facultades y no en sus formas. Muchacho, para llegar al mundo de los muertos hay que revestirse con una túnica blanca y llevar en la mano una rama verde. Esto es una ficción, hijo mío —me dijo— es una imagen que describe el estado en el cual un hombre debe hallarse para elevarse por encima de las Formas y de las Especies. La túnica blanca significa sobriedad, continencia, pureza, que prolongan la vida y conservan las fuerzas siempre vigorosas, siempre verdes. La rama es el símbolo de las ventajas que resultan de estas mismas cualidades, admirable fructificación, *semper virentes!* En nuestros días los jeroglíficos no están ya grabados sobre mármol de Egipto, sino en las mitologías, que son verbos animados. ¡Cree firmemente en las ciencias ocultas! La mayor parte de los hombres las niegan, nada más natural; solamente son conocidas por hombres diseminados en medio de la sociedad, como en medio de un bosque hay unos árboles que permanecen lozanos cuando los demás se han agostado; Becher, Stahl, Paracelso, Agrippa, Cardan, son hombres incomprensidos, tan incomprensidos como lo fueron los alquimistas,

acusados de querer conseguir la fabricación de oro. El fabricar oro constituía su punto de partida; pero, cree en el testimonio de un viejo sabio, ellos buscaban algo más importante, buscaban encontrar la molécula constitutiva; buscaban el movimiento en sus principios. Deseaban sorprender los secretos de la vida universal de la que percibían los efectos en las cosas infinitamente pequeñas. La reunión de todas las ciencias, constituye el Magismo, que no debes confundir con la Magia. El Magismo es la Alta Ciencia que intenta descubrir el sentido íntimo de las cosas y que investiga por medio de qué hilos los efectos naturales están ligados unos a otros.

GRODNINSKY. — Algún día llegaréis a comprender en Francia las concordancias de Swedenborg.

PHYSIDOR. — Todo en este mundo terrenal tiene su virtud, es decir, su fuerza, tanto los strychnos como las rosas de Provins, los mármoles tanto como los hombres, ¿me comprendes? Pues bien, tales fuerzas corresponden entre sí, y se dirigen a los centros. ¿Me sigues? El Magismo es la ciencia que nos revela la marcha y dirección de tales fuerzas; podemos entonces usarlas y ver a las almas.

»Estaba yo como atontado escuchando aquellas frases incompletas que parecían ser la noche del pensamiento y hacían suponer la luz del día; un poco más y todo se volvería lúcido. Por la expresión de mis ojos, el anciano se dio cuenta de la tensión de mis fuerzas morales y me dijo sonriendo:

»—Dejemos esto, no volveré a hablar sobre estas cuestiones más que con ese pobre Saint-Martin que se murió y que tenía conocimientos sobre estas materias; habíamos proyectado ir a la India, pero aunque era turenés, no era lo suficientemente decidido para emprender el viaje.

»—¿Y qué le han dicho los muertos? —le pregunté para volverle a llevar al camino antes emprendido.

»Se estremeció e hizo el gesto propio del hombre que reanuda el hilo de sus ideas.

«Quería decirte un secreto, helo aquí: el pensamiento es mucho más poderoso que el cuerpo, se lo come, lo absorbe y lo destruye; el pensamiento es el más violento de todos los medios de destrucción, es el verdadero ángel exterminador de la humanidad, a la que mata y vivifica, pues vivifica y mata. He realizado en repetidas ocasiones experiencias para poder resolver este problema y estoy convencido de que la duración de la vida está en razón de la fuerza que el individuo puede oponer al pensamiento; el punto de apoyo es el temperamento. Los hombres que, pese al ejercicio del pensamiento, han alcanzado una avanzada edad, habrían podido vivir tres veces más si hubiesen dejado de emplear esta fuerza homicida; la vida es como un fuego que hay que cubrir de ceniza. Pensar, hijo mío, es añadir brasas al fuego. La mayoría de los individuos que han sobrepasado los cien años de edad eran personas dedicadas a trabajos manuales y que pensaban poco. ¿Sabes lo que yo entiendo por pensar? Las pasiones, los vicios, las ocupaciones arriesgadas, los dolores, los placeres, son torrentes de pensamientos. Reúne sobre un punto determinado varias ideas violentas y un hombre puede ser muerto por ellas como si recibiera una

puñalada. Un día estaba yo en la cabecera de uno de mis amigos, el señor Desgranges. ¿Conociste al señor Desgranges? Padecía angina de pecho, pero aquí nadie lo sabía; hay que tener mucha práctica para conocer los síntomas de esta enfermedad. El corazón es un órgano por el cual pasa nuestra sangre; pero, en tanto que órgano, está especialmente alimentado por las venas que le proporcionan la sangre necesaria para su propio funcionamiento; tiene sus propios afluentes de nutrición como los tienen las piernas, el cerebro o las manos; cuando los dos vasos que le alimentan se obliteran, puede quedarse sin la sangre necesaria para sí mismo, su acción puede detenerse y nuestro hombre fallece sin dolor, súbitamente: esto es una angina de pecho. Puedes figurarte en qué condiciones se encontraba el señor Desgranges. En tal estado, el movimiento de subir o de bajar, de elevar el tono de la voz o cualquier otro esfuerzo más o menos violento, puede causar la muerte. Le había recomendado permanecer junto al fuego para evitar un resfriado; estábamos en el invierno de 1789 y un resfriado que le hubiera producido tos le habría obligado a movimientos violentos. A aquel buen hombre le gustaba mucho el dinero, sintiendo más afecto por sus escudos que por sus propios hijos. Decía; “Hijos puedo tener más, pero me sería muy difícil rehacer mi fortuna”. Era muy chistoso.

»Su sobrina, la señora Lourson, entró en la habitación para decirle, en presencia mía, que el recaudador general de Hacienda acababa de hacer bancarrota. Desgranges le había confiado toda su fortuna. ¡Paf!, mi paciente muere repentinamente, matado por una frase, por una idea, como si hubiese sido alcanzado por el rayo; no gritó, ni jadeó, ni suspiró; únicamente la mirada había sido algo convulsa, jamás había visto a la muerte obrar con tanta rapidez. Hacía veinte años que había predicho que Desgranges moriría así, pleno de vida y salud. En esta región he sido considerado por todos como un gran médico, casi como un brujo. Ya comprenderás, mi querido hijo, que para mí la inmaterialidad del pensamiento era, desde hacía mucho tiempo, una bobada que me causaba risa, *in petto*, se entiende. Para mí, el pensamiento era un fluido del género de los imponderables, que tiene en nosotros su propio sistema circulatorio, sus venas y sus arterias; cuando afluye sobre un solo punto actúa como una botella de Leyden y puede causar la muerte; cualquiera puede detener su acción por medio de un impulso moral, del mismo modo que puede detenerse la plétora de la sangre abriendo la arteria crural. Este fuego de nuestro organismo es modificable. Piensa mucho, vivirás poco; deja de pensar y tus huesos se romperán de viejos. Para poder realizar mis experimentos, corría a cincuenta leguas a la redonda para poder asistir a la muerte de ciertas personas centenarias a las que conocía. En quince años quizá haya analizado a más de cincuenta centenarios: casi todos tenían el cerebro *hidríaco*, palabra que invento ahora para ayudarte a hacerte comprensible mi idea: todos tenían el cerebro húmedo en el cual el pensamiento era lento; todos eran gentes acostumbradas a los trabajos mecánicos y a un régimen alimenticio sobrio, un régimen que echaba poco aceite al fuego; en todas las altas esferas sociales la nutrición es violenta, fosfórica; aporta al organismo principios excitantes que

aceleran su actividad, que le hacen producir fuerzas desusadas, tanto para el pensamiento como para la acción. Mis centenarios, operarios y trabajadores, comían poco y cosas poco substanciales, entretenían la vida, pero no la aguijoneaban. Empecé a buscar las aplicaciones de este principio general.

»“El señor Mariette, a quien tu padre conoció mucho, se vio atacado por una enfermedad ante la cual los tratamientos de la medicina fracasan siempre: padecía reblandecimiento cerebral. En este caso, ya sabes que la muerte se presenta de repente, igual que acontece con la angina de pecho; mí pensamiento demasiado violento, una noticia, como aquella que había matado al señor Desgranges, puede determinar el fallecimiento. Cuidé y vigilé a Mariette con la máxima atención, iba a verle todos los días, me fijaba en los síntomas de su enfermedad, las contracciones de los brazos, la pesadez y rigidez del húmero que correspondía a la parte atacada del cerebro. Aquel hombre tenía un hijo en el ejército, ayuda de campo de un general sospechoso de haber traicionado a la república; fue enviado a París con aquel desdichado Custine; ambos fueron acusados, condenados y ejecutados. Yo recomendé muy especialmente que se le ocultara la noticia al padre. Pero una mañana que había ido a visitarle vino uno de sus vecinos para hacerle un rato de compañía y empezó con aquellos circunloquios patéticos que engrandecen las fosas donde reposan los muertos; le hice una seña para que se callara; pero en cuanto se hubo marchado, el hombre pretendió saber de qué se trataba, se lo dije, y murió fulminado.

»“Aquellos dos hombres, el señor Desgranges y el señor Mariette, se encontraban en condiciones físicas, por así decirlo, vulnerables; ¿pero no son más favorables las condiciones morales para la invasión de la muerte a través del pensamiento? Esta prueba no se hizo esperar.

»“Estaba asistiendo a un anciano señor que, después de haber estado presente en las guerras del reinado de Luis XV, solamente había cosechado disgustos. Aunque había sufrido mucho durante aquellas campañas, sus servicios habían sido ignorados; había servido bajo el mando del señor de Richelieu y había estado en América con el señor de Rochambeau. Por los sufrimientos pasados y heridas recibidas, el señor de Bomère había conseguido la Cruz de San Luis, todavía como gracia, y por recomendación de la reina María Antonieta.

»“El desdichado gentilhomme vivía con estrechez en una pequeña casa de la plaza Saint-Venant; pero se había vuelto tan insoportable que la sociedad le había ido abandonando poco a poco. Hacia el final de su vida, la servidumbre le abandonó. Sólo se quedó a su lado una anciana criada medio sorda porque no entendía más que una cuarta parte de lo que él decía, lo que todavía era bastante para que cierto día hablara también de dejarle. El pobre hombre sufría hipocondría del grado más pernicioso. En ninguna otra persona he visto una hipocondría tan desarrollada: cambiaba veinte veces de talante en un par de horas, y todo su espíritu se hallaba ocupado en aumentar y modificar sus quejas.

»“Yo, que le estudiaba detenidamente, no me atrevo a afirmar que aquellas fueran

quiméricas, tantos detalles daba de sus desventuras, tan minuciosamente me explicaba sus causas. Era yo, como puedes suponer, la única persona que aguantaba su charla cáustica, a menudo elegiaca, ya que representaba todos los papeles y agotaba todos los medios para expresar el trabajo interior que le estaba martirizando; a veces intentaba enternecer con la explicación de sus desventuras, otras intentaba asustar, empleando alternativamente la astucia del niño, el arte del actor, la energía del hombre, la rabia del revolucionario, la resignación de la mujer, desplegando en todas estas formas un genio que estaba muy lejos de poder ser considerado como vulgar.

»Terminé por llegar a la conclusión de que dicha enfermedad tenía su causa en el sistema nervioso y que podía, por lesiones desconocidas, producir alternativamente toda la gama de sufrimientos de los que aquel hombre se dolía. Las razones y consideraciones sobre las cuales se basa mi opinión constituirían materia suficiente para escribir un libro, de modo que me ahorro el explicártelas. *Non est hic locus*, añadió sonriendo y tomando un poco de rapé.

»Lo que yo observaba con más detenimiento, hijo mío, era el hecho de que yo no había tenido hasta entonces más que dos pruebas de mi teoría, pero que en el caso del señor Bomère se repetían diariamente, es decir, la cualidad venenosa del pensamiento. Su cerebro, su alma, su corazón, sus sentimientos, su inteligencia (según yo, estas palabras expresan facetas distintas de una misma cosa), digamos para resumir, todas las fuerzas independientes de sus fuerzas corporales (¿pero las fuerzas morales no absorben las fuerzas físicas, resumiéndolas en la tensión de un determinado órgano, ya sea el cerebro, ya sea el gran simpático? Actualmente estoy mucho más embebido de mi propio sistema); pues bien, cuando la suma de sus fuerzas se había reunido sobre un punto determinado, por medio de un pensamiento, yo tenía en mis manos su vida y estaba en disposición de poderle dar la muerte con sólo pronunciar una palabra.

»Era como un mago, tenía en mis manos la varilla de Moisés. ¿Creía estar en inminente peligro de muerte? Si le hubiera dicho: «Mande llamar a su confesor», hubiera muerto instantáneamente. Su vida era una llama visible sobre la cual se podía soplar o podía avivar, según mi voluntad. Un *si* o un *no* hubieran tenido el mismo efecto que un pistoletazo. Su voluntad, este maravilloso atributo del hombre, ya no le pertenecía a él, sino a mí. En fin, que yo era él, sin que él pudiera ser yo. ¿Comprendes ahora esta situación tan extraordinaria?

«Dejemos suspendida la espada sobre la cabeza de aquel Damocles. El señor de Bomère sentía un tal afecto hacia el rey y la reina que no vivía más que para aquellos dos seres; ponerle en su conocimiento algo que fuera perjudicial para la familia real hubiese sido como herirle de muerte. Su fanatismo alcanzaba grados de demencia; jamás rezaba por él, no creía en Dios, como buen volteriano que era; pero rezaba por ellos, para el caso, decía, de que hubiera alguna cosa en lo Alto que concerniera al rey.



»"En 1793 creía que el rey y la reina continuaban u deslumbrante vida en Versalles. Convencido de que la más mínima noticia sobre la muerte del rey le mataría, yo no había omitido detalle para que continuara en la más absoluta ignorancia de los acontecimientos de la época. Le había obligado a cambiar de habitación. En vez de ocupar la que daba a la calle le había hecho instalar en otra que daba al jardín; había despedido a los otros inquilinos de la casa de su propiedad de la plaza Saint-Venant, a instancias mías, diciéndole que los ruidos podían afectar a su salud. Le prohibí toda clase de paseos por el exterior; su criada había sido prevenida y hacía desaparecer todo cuanto pudiera disipar su error.

»"Un día, en ausencia mía, estuvo a punto de morir; quiso saber cómo había pagado una cantidad relativamente importante al *Empréstito obligatorio*, y le había dicho unas frases tan duras a la pobre mujer que ésta le había enseñado la comunicación de la Municipalidad de Tours, en la cual figuraban las palabras *Libertad, Igualdad, Fraternidad* y REPÚBLICA FRANCESA, dirigida al *ciudadano Bomère*. Afortunadamente llegué en aquel momento, le advertí que cualquier excitación podía matarle, y que yo realizaría el pago en su nombre.

«"Desde aquel día me tuve que ocupar de sus asuntos. Pese a nuestras precauciones, encontró en el suelo una moneda de dos sueldos en la que aparecían las palabras *República Francesa*, el gorro de la Libertad y un líctor. Se creía todavía en el reinado de Luis XV.

«"Llegué precisamente en el momento en que estaba haciendo infinitas reflexiones sobre aquella moneda, cuyo milésimo era de 1793. Intenté distraer sus sospechas por medio de una disertación de numismático, diciéndole que se trataba de una moneda romana. Pero me la arrancó de las manos diciéndome irónicamente:

»"—¿Una moneda romana con palabras francesas?

»"Poseía, como todos los enfermos de este género, el genio de la interrogación y un cierto espíritu de deducción que le hacía difícil de engañar. Siempre que se tratara de él o de su enfermedad hacía lo que quería; pero si me hubiera atrevido a hablarle de la guerra de Alemania o que hubiese discutido con él, estoy seguro de que me había pegado.

»"Mis mentiras no consiguieron engañarle del todo, pues estaba imposibilitado de dar contestación adecuada a una pregunta que repetía continuamente: «¿Qué se ha hecho del rey, de la reina, del delfín y de los príncipes?» Fue necesario empezar a prepararle para enterarle, no ya de los acontecimientos en todo su horror, sino de la muerte del rey.

»"No obstante el trono no podía estar vacante. Apremiado a preguntas, me vi obligado a decirle la verdad velándola lo más posible. Cada una de mis palabras fue como un golpe de maza; veía cómo la muerte se iba apoderando de él. A pesar de todos mis esfuerzos, cuando le dije que la reina había sido ejecutada, exclamó:

»"—¡La reina también!

»"Jamás he oído grito como aquél. El viejo realista apoyó la cabeza en el respaldo

de su sillón y murió.

»He aquí los tres hechos que más me han impresionado, aunque desde 1797 hasta 1810, en trece años, las pruebas se han ido acumulando...

»—Pero —le dije yo— para que su teoría sea verdadera, es preciso que haya obtenido usted la prueba de lo contrario, es decir, que hubiera podido observar algunas longevidades debidas a la inercia del pensamiento.

»—¡Bravo —exclamó el anciano médico—, has dado en el clavo!... Pero toda la lesión de los órganos del pensamiento de la cual puede resultar tal inercia produce la muerte. Hay muchas cuestiones de detalle, dentro de la cuestión general, ¡ja!, ¡ja! Nunca he estado en el norte de Europa para poder comprobar personalmente las condiciones de existencia de esos prodigiosos centenarios de los que se nos habla, pero existen numerosos ejemplos de longevidad sobrenatural. No creas que no me haya preocupado de esta prueba: en nuestra región vive aún un hombre... Pero dejemos esto, es uno de los más terribles secretos de familia de los que he podido enterarme durante mi vida... Sí, yo conozco a un hombre nacido en 1696, en tiempos del reinado de Luis XIV...

»Miré al anciano expresando la duda y la estupefacción; su divagación me pareció rayana en a locura.

»—Abres unos ojos como dos bocas de horno —prosiguió—. ¿No te diriges hacia D'Azay?

»—Sí —le respondí.

»—Pues bien, tal hombre aún vive, está en un castillo que se levanta en medio de los bosques de los alrededores de Chinon, en la Vauparlière. Ve, ve allí, procura verle y dirás como yo: *Ecce homo!* ¡Ese hombre cuenta ahora ciento veintisiete años; pero jamás ha pensado!

»Después de aquellas palabras, el anciano dejó de comentar el tema; el espíritu le había abandonado. Quizá aquella conversación fue el último destello lanzado por la bujía, pues murió al año siguiente; según me afirmó la señorita Ducormier, no hablaba más que dos veces al año de manera tan seguida.

»Finalizado el monólogo me estuvo hablando de la manera como debían podarse los melocotoneros, pidió le trajeran la cena, me hizo varias preguntas sobre cuestiones sin importancia, como hubiera hecho un niño; quiso saber si mi reloj marcaba la misma hora que el suyo; finalmente, volvió a caer tan bajo como alto se había elevado.

»Confieso que aquella singular conversación me puso en un estado singular de agitación. Al marcharme conservé en la memoria el nombre del castillo, impresionado especialmente por las palabras de aquella inteligencia en otros días tan grave, tan profunda, que habían brotado de su boca como las flores de un árbol; palabras que contenían la conclusión del espectáculo que me había proporcionado Luis Lambert, ese centenario de veinticinco años, viejo en pensamientos, ajado por siglos de meditación, perdido en el disfrute moral de todos los placeres humanos

percibidos sin la complicidad del cuerpo y arruinado por el abuso de pensamiento. Mientras andaba a lo largo del Loire, fui sacando consecuencias de aquellos hechos, meditando sobre si el pensamiento podía tener poderes tales que ofrecieran un inmenso punto de apoyo contra el dolor corporal, explicándome así los milagros del diácono de París, de los mártires religiosos y de Damiens, que atrajo hacia sí por tres veces a los caballos a los que se azotaba para que corrieran en direcciones opuestas y le descuartizaran.

»“¿Será el pensamiento una *fuera viva*?” —me decía.

»Después, lanzando una ojeada sobre el conjunto de la sociedad, me di cuenta de la existencia de muchos otros mártires. Mis reflexiones me hicieron dar cuenta de un inmenso fallo de las leyes humanas, una laguna insondable, la de los crímenes morales, contra los cuales no existe castigo alguno, que no dejan huellas, intangibles como el pensamiento.

»Me di cuenta de la existencia de numerosas víctimas sin venganza, describí horribles suplicios infligidos en el seno de las familias dentro del más absoluto secreto, a las almas suaves por las almas duras, suplicios en los cuales perecen tantas inocentes criaturas.

»Pensé que el asesino de caminos llevado tan pomposamente al cadalso no era, para un filósofo, tan culpable como tantos hombres que también asesinan con palabras, después de haber averiguado dónde tienen ciertas almas sus lugares vulnerables, si en la religión, en la honorabilidad, en la grandeza.

TEÓFILO. — ¡Escuchad esto, *santos*!

PHYSIDOR. — Vi donde herían las penas y los dolores del alma, pensé que Dios...

EL LIBRERO. — ¡Ah, la cosa se estropea!

PHYSIDOR. — De repente abrí los ojos y pude ver un eterno tema de observación social en esas luchas secretas cuyos efectos son tan mal apreciados por el mundo.

»Esa meditación produjo en mí extraños fenómenos. Durante un instante creí hallarme en medio de una extensa llanura, durante la noche. A la indecisa luz de las estrellas y de la luna parecióme ver las sombras de los desdichados a los que la vida se había hecho odiosa a causa de los tormentos morales, levantándose de sus tumbas y clamando justicia...

TSCHOERN. — Pero no te topaste con nadie, como en el famoso sueño de Juan Pablo.

EL LIBRERO. — ¡Ah! ¡Ah! ¡Ah!

TEÓFILO. — Es ya muy tarde; así que, debo irme; buenas noches a todos.

FANTASMA. — El irlandés tiene razón, debemos irnos ya. (*Se levanta*).

RAPHAËL (*a Tschoern*). — ¿Sabes que la moraleja de todo esto es que nosotros somos tan inmortales en virtud de las teorías espiritualistas como por la fuerza de los análisis materialistas?

TSCHOERN. — ¡Nosotros!, ¡nosotros! ¡Querrás decir nuestras substancias

elementales! Además, esto no soluciona la cuestión de los curiosos que, siglo tras siglo, se van preguntando a dónde pueden ir a parar nuestras substancias constitutivas. Trátese de un alma o de un gas, es evidente que sirve para algo.

GRODNINSKY (*ya en la puerta del café*). — Había una vez un viejo camero que se ponía sobre las dos patas traseras para hacerse oír mejor, diciendo, en medio de uno de los más antiguos rebaños de que se tiene memoria, estas bellas palabras, convertidas ya en tradición sagrada para estos desdichados animales:

»—¡Hermanos míos, considerad la grandeza de nuestro destino! Tenemos el más brillante porvenir de todos los cuadrúpedos, porque, tarde o temprano, terminaremos por formar parte del hombre y llegaremos a tener inteligencias inmortales. Estando seguros de que no moriremos jamás, dediquémonos a pacer con entusiasmo, hagámonos más gordos, para poder entrar más rápidamente en la esfera de la luz humana dentro de la cual todo es alegría y felicidad, donde seremos recompensados según nuestros méritos.

»Este cordero todavía es considerado hoy como sagrado por todos los ovinos cuya lana cubre nuestras espaldas.

»Si dicho cordero no era más que un animal, preciso es que el hombre renuncie a su más lindo caballito de cartón de su establo filosófico.

(Los estudiantes en la calle del Odeón)

ESTUDIANTE PRIMERO. — ¿Qué te ha parecido?

ESTUDIANTE SEGUNDO. — ¡Ah!

# AVENTURAS ADMINISTRATIVAS DE UNA IDEA FELIZ

RECOPIADAS Y PUBLICADAS POR EL FUTURO AUTOR DE LA HISTORIA  
DE LA SUCESIÓN DEL MARQUÉS DE CARABAS, DEL FEUDO DE  
COCQUATRIX

—Se dice, señor marqués, que Francia es un país en el cual las buenas ideas encuentran la más favorable de las acogidas; al principio son, en cierto modo, escarnecidas; pero la burla es una especie de prueba que los indígenas han imaginado hacerles soportar. Y si estas resisten, no tarda mucho el pueblo en aceptarlas, tragarlas, adoptarlas, comérselas y a alimentarse con ellas; como vuestro mono Babuino, que no deja nunca de sacudir las nueces antes de cascarlas...

—¡Vamos, coge las botas, vayámonos a Francia!

—Monseñor —dijo el gato— sería prudente que nos protegiéramos el cuello con pieles, para que la cuchilla de que se sirve ese pueblo para probar a los hombres resbale por nuestro moño y no nos estropee demasiado el cutis, si pretendieran afeitarnos...

—¿Qué quieres decir?

—Una simple bagatela, señor marqués. Los franceses emplean el ridículo como gastos de arancel por las buenas ideas que se les lleva y la guillotina para gravar a los hombres que las exportan. El ridículo y la guillotina son dos instituciones que colaboran de manera espléndida a gobernar y administrar el país. Tendréis más de una ocasión de aperebiros.

—Eres un gato tan prudente como bien calzado.

(Historia de la sucesión del marqués de Carabas en el feudo de Cocquatrix, Tomo XXIII, capítulo MCCCIV. Editio princeps, Leyde, Elzevir, con grabados, 1499, texto latín, de von Felinus. Obra rara).

## PREFACIO FANTÁSTICO

Después de la medianoche, en un salón de París, en el momento en que las filas de tomadores de té se habían ido aclarando, donde las personas que acuden a las reuniones para que la gente las mire habían ido desapareciendo, se encontraron reunidas otras cuyos espíritus se miraron al unísono y vibraron suavemente. Ello tuvo como consecuencia una de aquellas conversaciones intensas, henchidas de cosas, a la vez alegres y educadas, como alguna vez se escucha en esta ciudad, tan auténticamente profunda que parece alocada.

¿Habéis tenido ocasión alguna vez, en invierno, de estudiar desde lo alto de un puente los curiosos movimientos de los témpanos de hielo sobre un gran río? Corren, entrechocan, retroceden, vuelven a su camino primitivo, se desvían hacia la derecha, luego hacia la izquierda; después, en un instante, súbitamente, se engranan, se unen, las figuras de su contradanza fluvial se detienen, formándose un majestuoso suelo, sobre el cual un rapazuelo salta descalzo, osadamente, corriendo de un lado a otro. En los salones de París sucede lo mismo con las almas y los espíritus que con ese engranaje de témpanos. Hombres y mujeres se han visto, se han encontrado, se han saludado no más lejos que ayer, y no se han entendido; hoy, nadie sabe por qué, esta noche, ante la chimenea, se encuentran encadenados unos a otros, detro de un mismo período de ideas, para gozar en compañía de los encantos de unos instantes únicos, sin ramificaciones en el futuro, sin nada que los una al pasado. ¿Es por el frío? ¿Es por el calor? ¿Qué timbre ha reunido aquel enjambre de pensamientos? ¿Qué choque ha hecho que se separen unos de otros? Para tales interrogaciones no hay respuesta posible. Se preguntarán dónde está el rapazuelo despreocupado que trazó ingenuamente la huella de sus pies sobre esos témpanos movedizos hace un instante, y ahora en reposo. Leed.

—¿Cree usted, señor —dijo la dueña de la casa a cierto sabio prusiano, conocido por la inagotable fluidez de su verbo—, cree usted en esos misteriosos poderes de la voluntad humana, en la vida de las ideas, en su procreación? Por último, ¿cree usted, como el señor...?

La dama se volvió hacia un hombre joven, pálido y melenudo, llamado Luis Lambert.

—¿Cree usted —repitió—, tal como afirma este señor, que las ideas son seres organizados que actúan en el exterior del hombre, que bullen, que viven, que...? Le aseguro que me pierdo en medio de tales pensamientos. Vos habéis escuchado, señor. ¿Qué opináis de su sistema?

—Pero, señora —respondió el prusiano, sonriendo—, ¿es realmente un sistema? No osaría afirmarlo ni negarlo. Al otro lado del Rhin los hombres se han elevado hasta alcanzar las regiones etéreas y se han roto la cabeza al chocar contra las

estrellas. Los escritores y pensadores cuyos apellidos terminan en *org*, *ohm* y *ahm*, han hallado, según se afirma, en dichas estrellas, sublimes pensamientos comprensibles únicamente por personas que consideramos casi como locas, según nuestras enfermizas y vulgares opiniones. Tenemos a muchos alemanes, sajones y suecos que aseguran haber visto ideas. No obstante, puedo contarle sobre esto un hecho que pasa por constante, pero que voy a referirlo sin garantizarlo; si me permite usted emplear una fórmula periodística y totalmente charlatanesca, en un salón donde toda la charlatanería pertenece exclusivamente a las mujeres.

»Un joven hannoveriano que pasaba unos días en Londres se quejaba de haber sido objeto de un extraño robo, en la capital. Según él, un caballero le había robado su cerebro, sus ideas, y las conservaba metidas en un tarro. En París nadie se hubiera extrañado de un semejante robo; aquí es corriente apoderarse de las ideas de las personas que las tienen; únicamente que no se meten en ningún tarro, sino que se ponen en un periódico, en un libro o en una empresa. En Londres, las gentes de mundo hicieron como hacen las de París: se burlaron del desdichado hannoveriano, pero con seriedad, a la manera inglesa. Aquel pobre hombre quedó a consecuencia de tal fechoría sumido en un estado de imbecilidad, de pereza, de aburrimiento, de *spleen*, que dio mucho que pensar a sus amigos. Entonces se reconoció la justicia de sus lamentaciones. Se le hizo ingresar en un hospital, en Bedlam. Allí pasó más de dos meses. Un día, uno de los médicos más famosos de Londres comentó con un colega de Bedlam que aquella misma mañana había estado visitando a uno de sus compañeros, medio loco probablemente, que se entregaba a una serie de ideas químicas sobre una masa de ideas quitadas a diferentes individuos, contenidas en tarros convenientemente etiquetados.

»—¡Bondad de Dios! (¡observen que no dijo *goddam!*, dijo el prusiano, interrumpiéndose—). ¡Bondad de Dios!, corramos a ver si el cerebro de un infeliz hannoveriano lúcido que ha estado siguiendo la pista de sus ideas y al que tengo internado en mi hospital se halla, por casualidad, en alguno de los tarros de que usted me habla.

»Los dos médicos corrieron a ver a su colega y encontraron las ideas del alemán, que llenaban bastante honorablemente una redoma; eran azules. Como es de suponer, los dos médicos obligaron al alquimista de almas a dejar en libertad el espíritu del hannoveriano. Una vez derribados los muros de la cárcel, regresaron al hospital, donde el joven declaró a sus guardianes que había recuperado sus ideas, demostrando la misma extraordinaria alegría que la que podría expresar un ciego al recobrar la vista. Este hecho podría, de haber sido científicamente probado, corroborar la teoría que el señor Lambert hace poco nos exponía sobre la vida e iconografía de las ideas, sistema que, en mi calidad de alemán, respeto, pues es sabido que todo buen alemán debe de respetar un sistema...

—*Pero esto no es un sistema, señor, sino una deslumbrante realidad* —dijo una voz que parecía salida de un tarro y que dejó mudos de espanto a los componentes de



la reunión.

—¡Ay, señor, qué susto me ha dado usted! —exclamó la dueña de la casa al ver a un hombre que salía del más alejado y oscuro rincón de la sala.

Aunque la señora se echó a reír, su risa pareció, a los que la miraban, producida por una convulsión, cuya causa era totalmente externa. Entonces, convencidos de que aquella reacción violenta procedía del desconocido, se volvieron todos bruscamente hacia él. No fue sin un prodigioso interés, para no calificar de asustadizas a las personas, que componían la reunión, que todos percibieron al autor de aquel potente exorcismo.

Aquí, no obstante la mejor voluntad de permanecer en los límites del respeto que todo hombre debe de sentir por la Muy Noble, Muy Alta y Muy Poderosa señora Lengua Francesa, es necesario, para poder describir al antropomorfo que empezó a dibujarse vagamente en la parte más oscura del salón, ofender la retórica y la gramática, so pena de tener que volverlas a estudiar después de haber realizado el vaporoso retrato. ¿Quién querría castigar semejante licencia? Solamente algún pedante. ¿Qué poeta no la disculparía? ¿No habéis tenido nunca ocasión de ver a un caballo suelto? ¡Con qué felicidad galopa! ¡Qué manera de levantar las patas! ¡Qué flamígera agilidad! No, mejor aún, ¡qué vivacidad de golondrina tienen sus movimientos! Grita: «¡Viva la libertad!», como si fuera un pueblo sublevado en un hermoso día de sol. Pero su crítico, que también él lo tiene, y que es el mozo de cuadra, corre con el látigo en la mano. Lo mismo le sucede al autor.

Si jamás hombre alguno se ha parecido a una idea, habríais jurado que, bajo los cortinajes de las ventanas, había aparecido una, congelada, filtrada a través de los cristales como Trilby para sentir el calor de sus compañeras que revoloteaban bajo los dorados artesonados, que una idea foránea acababa de deslizarse por la rendija de la ventana, que había movido con sus alas la falleba, dejando el polvo tornasolado de su matizado peto a lo largo del burlete. Sí, tenía sed de oro, del mismo modo que un obrero tiene sed de vino, y puede olerlo desde muy lejos... Estaba temblando todavía, estaba enferma, dolorida, vacilante, histérica, herida, cicatrizada; pero viva, pero presta a sorber algún fluido, como un vampiro.

Ante la aparición de aquel hombre, todas estas imágenes fueron tomando cuerpo en las imaginaciones respectivas; pero si bien es verdad que todos los ojos pudieron verle, cada cual le vio bajo una forma diferente.

Vivía, pero sus labios eran de una palidez mortal; pero sus ropas negras, eran pálidas; pero estaba destruido; pero estaba como una col carcomida por los gusanos. Todas las desgracias sociales que pueden agobiar a un hombre destinado a ingresar en el Hospital de Incurables, le habían alcanzado de una u otra forma. Estaba nervioso, pues había tenido que aguantar todos los embates de la vida, y se mantenía erguido, como el esqueleto de un ahorcado al que el viento balancea. El plomo fundido del juego se había vertido en su corazón sin resquebrajarle; las duchas de la miseria habían corrido por sobre su cráneo, lo habían enmohecido, y jaspeado como la piedra

pómez; pero tenía todavía suficiente cráneo para que contuviera un cerebro, bastante corazón para poder recibir la sangre, una sangre amarga como la hiel que volvía amarillenta su cara chupada, enjuta, cuyo sistema óseo se mantenía sólido todavía. Quizá la palabra moderna *esquelético* sería un *comparativo*. Pero él era un superlativo incomparable y visible del pensamiento que pretenden expresar estas sílabas, impotentes para describirle. Tenía poco pelo, pero constituía el último grado de divisibilidad de la materia; para poderle formar una imagen habría que suponer, cortados en cien partes, los más finos cabellos de la más fina mujer, y darles el color del edredón. Pero ninguna comparación sería capaz de describir el aspecto triste y desolado de aquellos cabellos que le caían desde la nuca sobre los hombros, rizándose ligeramente en sus extremidades. Se hubiera dicho que eran olas de lágrimas. Sus ojos mate, exentos de su humedad vital, tenían una claridad de forja y se movían dentro de sus cavidades cuyos bordes desprovistos de pestañas les daban el aspecto de ojos de buitre. En vez de cejas, una ligera línea azulada.

Con la excepción de Dante y Paganini, ninguna criatura humana ha experimentado más sufrimientos, más vida agotada, más vida persistente, que aquel ser. Cuando el desconocido levantó la mirada todo el mundo se estremeció al ver el nácar de sus ojos sensibilizado; pareció como si Dios fuese a descender de su Gloria para derribar las paredes. Sí, si aquella mirada no era capaz de abrir los Cielos había que renunciar a la oración y a la esperanza; ¡Dios no existiría! En cuanto a sus manos, eran las poderosas articulaciones del cangrejo; o, quizá mejor, las garras de un águila vieja muriéndose en el Jardín Zoológico que durante toda su vida ha deseado coger una presa y que nunca ha cogido nada. Su lengua tenía algo de negruzco, como la de los loros, estaba completamente reseca, exhausta, tenía hambre y sed. Por último Su afilada y larga nariz, una nariz de vendedor ambulante de paraguas, debía de haberse inclinado un millar de veces sobre el cubo de la basura de la oficina de oposiciones del Real Tesoro.

Aquel hombre, ya lo habréis adivinado, era la desesperación secular, la desesperación fría, pero que aún sigue en la brecha. Todo su ajuar estaba contenido en sus bolsillos en papeletas del Monte de Piedad, bajo su amarillenta bufanda, entre placets apostillados. Aquel espantoso tipo de la desgracia social, largo como una tenia, se parecía a los sacos empleados en la Banca para guardar dinero..., cuando salen para volver repletos de escudos. Pero había salido de la Banca hacía ya setenta años sin haber regresado miserable talego, en busca de sus millones, y la boca abierta como una boa que se arrastra en ayunas. Pero aquel hombre tenía algo de sublime, al estilo del Dante o de Paganini, al estilo del sacerdote o del poeta, pues vivía gracias a una idea; caminaba en medio de una atmósfera de valor y de lealtad. Exhudaba fe. Era, en fin, el *hombre-idea* o, si se prefiere, la idea hecha hombre. Así tenía cierto aspecto de fakir; y digamos para complacer a la parte vodevillesca de Francia, que tenía en su vestir un cierto parecido con el *vendedor de agua de Colonia*, con su chaqueta roja y su clarinete, que no cura a nadie más que al Gran Mogol.

Había sido agrimensor, notario, ingeniero, albañil, intendente, gran señor, jacobino, agente de cambio, zapatero, librero, abogado del Consejo, subsecretario, durante breve tiempo, intendente general de los hospitales militares, guardián de un almacén de víveres, dueño de una empresa de alumbrado público, periodista, proveedor, hombre de paja, profesor del Ateneo, director de teatro y autor de un acto de zarzuela. Había sido todo aquello que tiene algún parecido, socialmente hablando, a algo.

La dueña de la casa le invitaba en su calidad de agregado al Cuerpo Diplomático. Afirmaba que en sus tiempos había sido encargado de negocios del Príncipe-Primado de Fesse-Tombourg. Las largas vicisitudes de su mísera existencia habían sido tapadas con el espeso velo de la más laboriosa prudencia, y se le consideraba, desde hacía diez años, en camino de hacer una inmensa fortuna; sostenía frecuentes entrevistas con banqueros de Francia, Holanda e Inglaterra para establecer las condiciones de un empréstito de catorce millones.

Como todas las personas que son rechazadas en todas partes y que persisten en su deseo, gozaba de una consideración un tanto equívoca aunque, no obstante, se le invitaba. Su rostro pertenecía al género de los que se ven pegados a las rinconeras de las puertas, o perdidos en medio de un grupo de novelistas, o colocados alrededor de una mesa de whist. Y como se retiraba siempre temprano sin hablar más que a los que podían tener alguna influencia en su destino, su cara podía ser considerada como desconocida para la mayor parte de la gente. Era sobre todo de aquellas personas que todo el mundo ha visto, pero que nunca se recuerdan.

Su apellido era Lecanal. Si bien algunos le relacionaban con el Lakanal de la Convención, en tiempos del Imperio se defendía vigorosamente de tal acusación. Desde la Restauración había recobrado el título y el apellido de señor conde de Lessones y respondía dubitativamente a quienes le preguntaban si pertenecía a la familia de los Lessone, personas bastante conocidas en tiempos del reinado de Luis XV.

¿Han observado ustedes alguna vez a ciertas personas cuyo espinazo, siempre halagador y complaciente, recuerda al de un osado titiritero que intenta saltar como un colegial, curvándose profundamente; cuya memoria recuerda toda clase de anécdotas; cuyos labios conservan la sonrisa que el genio de la opulencia y del hambre, la esperanza estereotipada de los comerciantes en lo que se refiere a los clientes, que se pliega ante el sufrimiento?... ¡Ah!, pues el señor de Lessones, tenía esta clase de fluido espinazo, esta memoria ómnibus, esta sonrisa que se pone y se quita como los cómicos se ponen y se quitan las suyas. Tal vez algún ministro le había tirado rodando por las escaleras en un momento de mal humor; entonces quizás, para salvar su dignidad, el conde le habría dicho al meritorio de la oficina: «¡Quería descender!», como dijo en parecida ocasión aquel honrado esposo a su mitad furibunda. Quizá se había tenido que alimentar con un pan escondido bajo su abrigo, regado con sus propias lágrimas. En la mesa de un banquero había comido sin

engordar, aquel pobre hombre nutrido con la esperanza. Había ofrecido innumerables tomas de rapé, había estrechado tantas manos como pueda hacerlo un rey, bebido tantos vasos de vino o de licor, sufrido tantas humillaciones como el que más. ¡Ay!, digámoslo todo de una vez, había tenido que lamer todos los orgullos en favor, desde la Asamblea Constitucional hasta la Cámara actual. ¡Pobre hombre! Sus adulatoras papilas habían tenido que acariciar a Duport, Robespierre, Marat, Garat, Tallien, Gohier, Fouché, Pasquier, Cambacérés, Talleyrand, al señor de Villèle y a *tutti quanti!* Pero había sentido náuseas por toda clase de incienso, sostenido el estribo de todos los poderes, bebido vasos de vino con todos los periodistas, rodado por todos los enfangados salones de las Lais de cualquier clase, desde la Lais del ministro a la Lais del subjefe. Por último, como humilde apóstol, había tenido que besar a la civilización parisina, silenciosamente, allí donde hay que besarla para conseguir triunfar, y todavía no había triunfado.

»Para él no existían misterios; para él, nada innoble. Sabía ofrecer y recibir un escudo; descubrirse ante un periodista; doblegarse ante un sacristán; pesar en las balanzas del desprecio toda clase de insolencias; podía soportarlo todo, excepto la buena suerte. Poseía la filosofía y el instinto del animal, unido a la lucidez de un cerebro newtoniano Pero, lo que son las cosas, ¡aquel hombre era sublime!. Andaba con la misma flema por el barro de las calles de París que por el cristal de los arroyos campestres; se lanzaba con igual ímpetu a volar con vigor de creyente hacia los cielos, que se arrodillaba para enrollar las alfombras ministeriales, completamente fiel a su estado de globo, de gusano, de prostituta, de mendigo, de molusco, de dístome, de átomo... «¿Y por qué?», se preguntarán ustedes. Pues bien, se lo diré, ¡por la Patria!, por esa mujer de mala vida siempre viuda de los que la aman. Sí, aquel hombre llevaba su corona de espinas por la felicidad, por la fertilidad de un país, para la suya también, pero lo cierto era que sufría en nombre de todos. Tenía el valor de la vergüenza, la persistencia del genio. Aquella vida secreta, aquellos infortunios, aquellas esperanzas, quedaban reflejadas fatalmente, necesariamente, en su cara, según las leyes eternas que exigen que cada una de las partes de un ser organizado se tiña con su causa íntima.

La velada debía de constituir un momento de triunfo para aquel ser poético del cual el señor Ballanche hubiese hecho un mito, el escultor Bra un símbolo, Nodier una broma paradójica y los hermanos Rotschild un capital. Su voz era la de un hombre que tiene deudas, voz acariciadora, melosa, voz sorda, voz estentórea, una voz para la cual habría que inventar un calificativo particular, una voz que era con relación a las demás voces, lo que la electricidad es a la naturaleza de las cosas: reunía todas las posibles inflexiones humanas.

Cuando el señor de Lessones se hubo puesto en pie y no vaciló más, se hizo un profundo silencio.

—Caballero —dijo dirigiéndose al joven pálido y endeble—, ¿se apellida usted Lambert? ¡Ah, que su nombre sea bendito! ¡Se ha entregado usted a una verdad como

los mártires se entregaban a Cristo!...

Todas las caras se inmovilizaron. Luis Lambert, que solamente una vez en su vida había osado hablar de su sistema y que lo veía convertido en tema de toda clase de burlas típicamente parisinas, sudaba de sufrimiento; de haberse atrevido, se hubiera puesto a llorar, al ver al desnudo su casto pensamiento, azotado y pisado por los profanos.

Sí, señores; las ideas son seres corpóreos —prosiguió el anciano, que se agigantó, se animó, y cuya voz adquirió sonoridades de campana—. Aquí donde me ven, yo soy el poder de una idea. He terminado por convertirme enteramente en idea; verdadero demonio íncubo y súcubo; alternativamente despreciado y despreciativo; actor y paciente; unas veces víctima, otras verdugo. «¡Ah!» —exclamó mirando a Luis Lambert—, joven de virgen frente, sellado con el sello del dolor, marcado por el genio, señalado con el signo rojo de los árboles que deben ser abatidos, «yo llegaré más lejos de donde ha llegado usted, cuando veía las ideas, cuando parafraseaba el principio de una ciencia futura... Y yo llegaré más lejos que adonde llegó usted porque tengo menos que perder. Mi forma actual perecerá, pero mi verdadera naturaleza, la idea... ¡La idea permanecerá! ¡Seguiré existiendo siempre!»

—¿Dónde está el tarro de éste? —dijo en voz baja el prusiano a la dueña de la casa.

Nadie sintió deseos de reír al ver la descamada mano que el orador puso sobre un hombro de Luis Lambert. Una joven mujer atenta dijo con especial terror:

—¡Ah, Dios mío, se lo va a llevar!...

—Hay en el mundo moral —prosiguió diciendo el señor de Lessones— pequeños seres cojos y mancos, afilados y envejecidos; las ideas de esos que conocéis por *hombres de letras*. Viven pegados a los muros como los alhelíes amarillos, un buen día perfuman el aire, luego desaparecen y caen. En esta familia de efímeras, algunas, semejantes a brillantes eflorescencias químicas, surgen, reflejan mil colores, deslumbran y persisten; pero caen también algún tiempo más tarde, como las anteriores; en fin, son los Dorat, los Marmontel, esas campanillas azules, *los Cuarenta*... Otras van creciendo lentamente, con gracia, extienden con majestuosidad las inmensas frondaciones de sus ramas, cubren con su sombra toda una época, adornan las ciudades como esas avenidas de plátanos y tilos bajo los cuales se pasean cinco o seis generaciones. Son las obras dignas de algún cerebro privilegiado, cuyas vividas ideas gobiernan la vida de dos o tres siglos. Las ideas de Lutero engendraron a Calvino, el cual engendró a Bayle, éste a Voltaire, éste a la oposición constitucional, en fin, el espíritu de discusión y libre examen. Se conciben las unas a otras, como las plantas, hijas de una misma semilla; como los hombres, hijos de una primera mujer. Las ideas de Lutero eran las de los Valdenses, los Valdenses procedían de las primeras herejías de la Iglesia primitiva; más tarde, éstas herejías, con todo su microcosmos de ideas, se reiniciaron en las teosofías de la llanura asiática. Dejemos que descansen. Cada clima tiene las flores intelectuales que le son propias, cuyos

perfumes y colores están en armonía con las condiciones de sol, las nieblas atmosféricas, las nieves de las montañas: lo mismo sucede con las ideas. Las ideas adoptan, en cada país, la librea de las naciones. En Asia sus tigres, sus onagros, sus calores devoradores, su poesía embebida de sol, sus ideas perfumadas. En Europa, sus húmedas plantas, sus animales sin fiebre; también el instinto, su poesía concisa, sus obras analíticas, las razones, las discusiones. Si sobre los escritores orientales campea un cielo azul, los escritores de Europa reflejan en sus obras la luna, los lagos, la lluvia, la penosa felicidad. Asia es el placer. Europa es la jocosidad. En Europa las ideas chillan, ríen, corren, como todo lo que es terrestre; en cambio en Oriente, son voluptuosas, celestiales, elevadas, simbólicas. Únicamente Dante fue capaz de unir estas dos clases de ideas. Su poema es un puente colgante tendido entre Asia y Europa, un Poul-Sherro sobre el cual las generaciones de los dos mundos fueron desfilando con la lentitud de los rostros que soñamos bajo el dominio de una pesadilla. De ahí este majestuoso horror, ese santo temor, que nos sobrecoge cuando leemos aquella obra, que describe todo el mundo moral. Pero hay una clase de ideas cuyo sistema actúa más directamente sobre los hombres que se apoderan de ellas. Tales ideas les atormentan, les hacen ir y venir, palidecer y desecarse. Son aquellas ideas que, mejor materializadas, tratan más estrictamente del mundo material. Las hay gigantescas, monumentales: son las que se refieren al mundo mineral. Caen en la hora fijada, se reincorporan y vuelven a caer sobre la cabeza de las naciones o de un individuo, como un martillo sobre el yunque, y forjan los siglos preparando revoluciones. Son las ideas territoriales, por así decirlo, son ideas que nacen de la configuración geográfica de un país. Ideas que van martilleando de siglo en siglo los cerebros políticos; se van construyendo lentamente, como las pirámides, y aparecen delante de los hombres erguidas y envaradas. «¡Debemos extender las fronteras hasta el Rhin!», grita Francia. «¡Comámonos a los rusos!», exclamaba Napoleón. Napoleón fue una gran idea que sigue gobernando a Francia. Pero, ¡ay!, yo pertenezco a una esfera mucho menos amplia, soy una idea de este mismo género, y voy a contarles a ustedes unas aventuras relacionadas conmigo verdaderamente maravillosas, inauditas; les hablaré del nacimiento, de la vida, de las desdichas, pero no les hablaré de la muerte. *Calypso, en su dolor, no se consolaba de ser inmortal.* Este debería ser el lema de mi narración, pues las ideas sufren, pero no mueren. Cuando son excesivamente gehennianas desaparecen fugazmente como las golondrinas en su vuelo. Hay muchas ideas europeas que han transmigrado a América, habiéndose aclimatado allí. Pero escuchad. Concédanme un par de horas, tengan un poco de paciencia con una pobreza que posee millones de renta. Verán ustedes si los escritores, montados sobre los caballos de la Duda y del Desdén, si Byron, Voltaire, Swift, Cervantes, Rabelais, se han equivocado al dejar la huella de los cascos de sus corceles, tan pálidos como los del Apocalipsis, sobre las cabezas de los siglos pisoteados por sus galopadas. ¡Vergüenza para los hombres! ¡Vergüenza, sobre todo, para los gobiernos!, ya que, como comprobaréis, se trata de mediocridades

organizadas... Mi idea y yo somos las víctimas de las bajas intrigas de las cortes de Enrique IV, de Luis XIII, de Luis XIV, del reinado de Luis XV, de la Convención, del Imperio, de la Restauración. Dentro de breves instantes tendrán ustedes ante su vista un croquis de estas grandes óperas contempladas desde bastidores... Esta es mi advertencia del editor.

—Antes de entregamos con nuestros ojos, nuestros oídos y nuestra atención al señor conde, ¿no desearían ustedes tomar un poco más de té? —preguntó la dueña de la casa a todos los que estaban sentados alrededor de la chimenea.

—Con mucho gusto —dijo el barón prusiano—, pero no tomemos demasiado, pues es sabido que el té produce sueño...

Luis Lambert, promotor de aquella extraña escena, abandonó su lugar y fue a sentarse cerca de la hospitalaria dama, en cuya casa, por aquellos tiempos, abundaban los poetas, escritores y científicos, pudiendo ser considerado su salón como el vestuario de la Literatura.

El anciano narrador se bebió una taza de té que le alargó la elegante dueña de la casa.

—Tenía necesidad de verle beber té para convencerme de su existencia —dijo una señora a su vecino, uno de los más ricos banqueros de París.

—Hubo un tiempo, señora —dijo el señor de Lessones, que la había oído—, en que, como usted, muchas personas no se convencían de mi existencia hasta que me veían beber agua. Y si la hubiera tenido en la abundancia que necesitaba no estaría ahora tan seco. Empiezo —dijo después de una breve pausa.

—En tiempos de Enrique IV, concretamente en el año 1605, el tercer Estado, representado en París por la Alta Burguesía que iba invadiendo el gobierno del rey merced a los cargos que se iba procurando, que invadía la nobleza con sus concejalías, por alianzas matrimoniales, y por las finanzas, que invadía el clero con los curatos de París, seminario de obispos, aquella poderosa burguesía poseía los tres mayores poderes con ayuda de los cuales una corporación puede gobernar un pueblo. Era instruida, litigaba, escribía, preparaba la aparición de Molière, Racine, Boileau, Patru, Pelisson, Fontenelle, Riquet, Colbert, Molé, Brisson, d'Aligre, Pithou, De Thou, Turgot, Pasquier, Harlay, Domat, Jearmin, Voisin, Lesage, Voltaire, una veintena de casas ducales de renombre, entre otras la de Villeroy, la cual aparecerá pronto en mis aventuras, y un centenar de marquesados, entre los cuales puedo citar los de Boulainvilliers, Bellisle, Louvois, Lepinay, Torcy, d'Orvilliers, Semonville, etc., y por último, todos los hombres que han edificado la Francia del siglo XIX. Y en consecuencia, la mayoría de las ideas directamente útiles al suelo y que debían modificarlo, las grandes ideas comerciales, las ideas-madre, se iban concibiendo en el vientre de aquella gran Burguesía que por aquellos tiempos se mantenía en su verdadero puesto, dejando a la Nobleza representar su caballeresco papel, combatir al

extranjero en los Congresos, combatir al Reino dentro del Reino, defender en batalla formal al Protestantismo que era la oposición de aquella época. La idea de que se trata tuvo, pues, por padre a un honrado regidor de la ciudad de París, el famoso Francisco Miron, preboste de los Comerciantes del tiempo de Enrique IV, el Sully del Comercio parisién, que fue el jefe de la Casa de l'Espinay, pero que por aquel entonces no era más que señor de Tremblay, caballero, consejero de Estado y lugarteniente civil. Aquel excelente burgués, ya ennoblecido (el cargo de Preboste llevaba anejo la Nobleza), aquel digno Lord Alcalde de París, ya que en aquellos tiempos el preboste de los Comerciantes desempeñaba en la sediciosa y alborotada capital el mismo papel que desempeña el jefe de los Alderman de Londres, aquel señor Mirón, vivía cerca de la Alcaldía, en la calle del Orme-Saint-Gervais, en una casa entonces bella, fea actualmente, pero que todavía subsiste. Muchas personas ignoran el origen del nombre de aquella calle y me parece que durante muchos años más será ignorada su etimología si algún escritor no se toma la molestia de consignar en algún libro mis observaciones. Yendo a casa del señor Miron tuve ocasión de ver con mis propios ojos el olmo centenario que la casualidad había sembrado, plantado, en un canalón de la iglesia de Saint-Gervais, hermoso árbol respetado por nuestros antepasados, que lo llamaban el árbol de Dios, en el cual pienso siempre al pasar, por la calle del Infierno cuando veo sobre la fuente situada junto a la verja del Luxemburgo otro árbol que debe tener ya unos diez años de edad.

En cierta ocasión, en el mes de octubre, el señor Miron cenaba con su familia en el comedor de su casa, estancia que el señor Tony Johannot podría describir magníficamente, pero de la cual yo no les haré su descripción porque, por mi fe, tengo para describir otros arabescos administrativos más importantes. Allí estaba el señor Miron con su jubón, bien peinado y rizado, tal como Gérard ha pintado al preboste de los Mercaderes en su cuadro sobre la entrada de Enrique IV en París. Hacía frío, la alta chimenea llameaba, sobre la mesa estaba puesto el mantel, las altas copas de cristal transparentaban el vino generoso, la familia, reunida alegremente a su alrededor, reía y cenaba; el año 1605 era un buen año, un año de paz y tranquilidad. Se había terminado lo del Bearnés, se habían terminado los disparos de mosquete contra los que iban a oír el sermón, se habían terminado con las iglesias, como aquella de la Caridad-sur-Loire, incendiada por las iconoclastas manos de los protestantes; Enrique IV era amado, Sully temido, el Arsenal estaba repleto, los impuestos eran moderados, las manufacturas prosperaban, el burgués amueblaba su modesta casa, la nobleza reparaba las pérdidas sufridas, en fin, era lo que debería ser el perpetuo discurso del trono a la nación. Buen año durante el cual el candoroso Estoille, admirable historiador, dice: «*El señor presidente de Lyon fallece de retortijones de tripas*»; y como todo acontecimiento: «*El onceavo tomo de Baronius ha visto la luz este año*»; o, como todo temor, expresa: «*una muchacha de Conflans, dice, y otra en Suiza, viven sin comer ni beber nada, lo que jamás se había visto en este mundo; por último, un cura hermafrodita ha dado a luz a un niño, todas cosas*



*maravillosas con las que nos amenaza la ira de Dios».*

Resonó en la puerta un aldabonazo, el lugarteniente civil se puso en pie, diciendo: «¿Quién es?... Quizá sean ladrones..., la ronda..., no, me había olvidado decirte, señora Miron, que tenemos un invitado».

En efecto, llegó mi padre, la prebosta de los Mercaderes debía ser mi madre y la casa de Miron mi cuna.

Un joven de veintidós años, bien embozado en una capa, armado con una espada de gavilanes, se quitó su sombrero de anchas alas adornado con una pluma negra, dejó al descubierto su hermosa cabellera negra bien rizada, una frente noble y despejada, un rostro a lo Poussin y saludó a la familia.

—Siéntese usted aquí, a mi lado, señor de Lamblerville —dijo el preboste de los Mercaderes—; podremos conversar con el vaso en la mano y el queso, las uvas, la perdiz estofada. Todo está a su disposición. Vamos a hablar sobre asuntos de interés, y el Rey, que Dios nos conserve, me considera lo suficiente, y el señor de Rosny me escucha con suficiente complacencia para que, si el asunto es bueno, nos entreguemos a él con el mismo empeño que si se tratara de luchar contra los españoles.

—Sería algo sumamente interesante en beneficio de la ciudad y de los mercaderes, señor —dijo Lamblerville depositando sobre la mesa unos planos, mapas y su espada. Luego fue a sentarse en el banco del preboste, dirigiendo una rápida mirada a las dos hijas del preboste, a su madre y a un hijo de once años.

—Señor preboste —dijo Lamblerville—, sabe usted perfectamente que los canales de Briare y del Loing, abiertos para placer de Su Majestad, se hallan en estado de abandono por fallecimiento del constructor, lo que constituye una verdadera desgracia para los comerciantes de París...

—Así es —dijo el preboste.

—Pues bien, señor, el Rey se halla rodeado de personas hábiles y expertas, pero que no tienen la talla necesaria para dominar con suficiente perspectiva el terreno.

—Y usted, señor —dijo sonriendo el preboste—, es un gigante que...

—¡Sí, señor! —replicó Lamblerville—; yo soy uno de esos hombres que conciben grandes ideas.

Y lanzó sobre el preboste una mirada llena de fuego, la mirada generadora del hombre de talento; el preboste se calló.

—Las líneas de navegación que Su Majestad quiere construir son imperfectas y serán insuficientes; el canal del Loing confluye con el Sena en un lugar demasiado aguas arriba, obligando a las embarcaciones a hacer muchas leguas por este último río, difícil por sus puentes y obstáculos; además, para venir por el Loing hay que dar una vuelta demasiado larga, hay que hacer un largo circuito; las vueltas que da este canal, así como la navegación por el Sena, obliga a que las mercancías tengan que realizar sesenta leguas de navegación, viaje que suele durar entre treinta y cuarenta días; lo que yo pretendo es unir el Loire al Sena desde Orleáns a Ablon, residencia

del señor de Rosny, a siete leguas de París, mediante un camino fluvial que no tendrá más de treinta leguas de extensión y en cuyo recorrido no se invertirán más de cinco días.

—¡Pero, joven! —exclamó Miron—, ¿sabe usted lo que se propone? Puede estar seguro de que si lo que dice es factible, el rey le honraría a usted, y nosotros seríamos millonarios.

—¡Seremos, pues, millonarios, señor! —dijo serenamente el joven, con la confianza propia de todos los inventores; pero mi padre temblaba interiormente y se gozaba por anticipado de la dicha que su idea iba a proporcionar, con la riqueza que iba a crear.

—Veamos, veamos, joven.

Y el preboste se olvidó de que tenía hambre, apartó de su lado las copas, los platos, los cuchillos, para hacer sitio sobre la mesa para colocar los mapas y planos de su invitado, que no revelaba sorpresa alguna ante las prisas del preboste por examinarlos; extendió sobre la mesa sus enrollados papeles. No se puede describir la curiosidad de que fue presa toda la familia al ver extendidos los mapas cosmográficos en los que yo estaba. Las mujeres, la criada, el niño, el lacayo, todos abrieron los ojos creyendo encontrarse ante un grabado mágico. En aquellos días el bueno de Estoille, de quien ya he hecho mención, escribía las siguientes frases en su diario: «*El viernes, 13, fue quemada en la plaza de la Grève de París una mujer convicta de brujería*».

Cuando el mapa de la región que debía atravesar la carretera fluvial estuvo desplegado sobre la mesa, Lamblerville hizo seguir con el dedo al señor caballero Mirón del Tremblay un valle regado por un río sobre el cual se navegaba en 1490, desde el pueblo de La Ferté-Aleps hasta el Sena. Luego, remontando desde dicho pueblo hasta la ciudad de Orleáns, le fue indicando los afluentes, las fuentes, los arroyos, que podían formar un magnífico curso de agua susceptible de hacerlo desembocar en el Loire a no recuerdo qué distancia de Orleáns.

—En el punto de confluencia de este curso de agua que irá hasta el Loire con el río que se une al Sena, mi proyecto consiste en hacer un gran embalse, donde se entraría por medio de las esclusas del lado de Orleáns, y del que se saldría por otras esclusas, para poder entrar en el río que conduce al Sena aguas arriba de Ablon, residencia campestre del señor de Rosny.

—¡Es usted un hombre admirable, un verdadero genio! —exclamó el señor Mirón—. Dentro de pocos días, una vez calculados los gastos que pueda producir su proyecto, iremos juntos a ver a Su Majestad, después de haber estudiado el asunto con el superintendente de Hacienda. Por mi parte, respondo de la burguesía y de los mercaderes de París; toda persona inteligente echará mano a la bolsa, y desde luego, tenga la seguridad de que yo seré el primero en hacerlo. Esto que me ha enseñado, joven, puede ser de la más alta importancia para la prosperidad de la ciudad, y le pido excusas por haber iniciado una broma sobre su trabajo.

—Creo que todavía no se ha dado usted cuenta de toda su importancia, señor de

Tremblay —dijo Lamblerville—. Todas las mercancías del Loire superior podrán llegar fácilmente a París pero, además, las opulentas ciudades de Nantes, Angers, Tours y Blois aumentarán sus negocios. Y, en caso de guerra, todas las mercancías del océano, podrían tomar este camino.

—Bebamos, joven —dijo el señor Miron— por el éxito, la rápida y eficaz ejecución de este plan, el cual cuenta desde ahora con mi colaboración. ¡Nuestro buen Rey se sentirá feliz al conocerlo!

De este modo, la idea concebida bajo las frías bóvedas del castillo de Lamblerville fue a florecer bajo los techos de roble esculpidos y trabajados de maese Miron, caballero, señor de Tremblay, lugarteniente civil, etc...

—Mañana, señor de Lamblerville, convocaré a varias personas de la profesión, albañiles, geógrafos, agrimensores, para comprobar, en su presencia, los cálculos, planos y descripciones aquí contenidos; luego, si nada falla, iremos a ver al bueno del *Ventre-sans-Gris*<sup>[13]</sup> de nuestro Rey y Señor; soy de su Consejo y me aprecia.

Una vez dicho esto, se reanudó la cena, el vino llenó las copas del preboste y del joven que, a las nueve de la noche, salió acompañado por un guardia del preboste, encargado de protegerle y de alumbrarle hasta el mesón en que se alojaba, situado en la calle del Licorne.

Al llegar al Arco Pepin, desde donde podía divisarse el Sena, Lamblerville se apoyó en el pretil y miró, alternativamente, las aguas del río y el cielo en el que brillaban las estrellas.

—Así, pues —se iba diciendo—, llegará un día en que tendré la dicha de haber colaborado en el enriquecimiento de esta ciudad al unir la desembocadura del Sena a la desembocadura del Loire, el océano con el océano. ¡No me importa tener que morir en el hospital pero, Dios mío, haz que consiga ver realizada mi obra!

Era un joven todo nobleza; ¡era mi padre! La primera de las víctimas que tenía que devorar la idea o, más bien, los hombres que se oponían al triunfo de la idea, ya que, como deben ustedes saber, cada vez que empieza a elevarse sobre los hombres algo realmente grande, aparece una nube de gusanillos para roer la misma semilla. Al día siguiente, el generoso Miron convocó a las gentes del oficio, burgueses de buena fe, que se pasaron encerrados en la alcaldía ocho días en compañía de Lamblerville y del señor Miron, estudiando los planos, haciendo preguntas al inventor, torturando a la idea para poderse convencer de su bondad, del mismo modo que un afilador acciona las tijeras para demostrar su calidad. La idea fue, pues, acuñada en la alcaldía, agitada, despedazada, desmenuzada en todos los sentidos, y la idea lanzaba potentes aullidos con sus no menos potentes pulmones; fue declarada excelente, provechosa para la ciudad, de resultados maravillosos y fecunda en productos. En todos los barrios no se hablaba de nadie más que de Lamblerville, lo mismo que en todos los sindicatos de cofradías y corporaciones en los que, por influencia del señor Miron, cada maestro un poco rico prometió su colaboración financiera, enrolándose bajo las banderas del joven Lamblerville. Aquellos sólidos escudos constituían la

leche nutricia de la excelente idea que iba creciendo y que tenía ya cierto renombre en la ciudad. Lamblerville había escrito al Gâtinais, a Brie y a Beauce que la idea había recibido magnífica acogida y que todo marchaba maravillosamente bien; su carta derramaba alegría. Y he aquí a la idea cabalgando a través del mundo, saludada por una multitud de personas, teniendo sus leales servidores, sus maceros, sus tesoreros, gozando de poder y de crédito, bien recibida, pues, además, era joven y hermosa, y como pueden comprender, gustaba.

Un día el señor Miron montó en su mula, pues obedecía los usos palaciegos, y acompañado por Lamblerville que le seguía sobre un brioso corcel, siendo ambos escoltados por una guardia a caballo, se encaminaron hacia el Arsenal, lugar de residencia del señor de Rosny, para exponerle la idea. Eran las cinco de la madrugada y el preboste, conociendo las costumbres del gran maestro de la artillería, apresuraba el paso de su montura por temor a llegar demasiado tarde. El trayecto comprendido entre la calle de Orme-Saint-Gervais y el Arsenal fue recorrido rápidamente. Al ver aparecer al señor Miron, las personas que rodeaban al primer ministro, levantadas, como su señor, a las cuatro de la mañana, dejaron paso libre al Cabeza de la Burguesía y a Lamblerville, que subieron por la escalera por la que en nuestros días suben las románticas para ir a casa de Nodier, y, cruzando las habitaciones del señor Gran Maestro, llegaron a un gabinete desde el que podía divisarse la Isla Louviers, sitio en el que actualmente los señores Alejandro Duval y Alejandro Dumas suelen jugar alguna partida de *écarté*. Dicho gabinete era, en 1605, la sala en la que el señor de Rosny concedía audiencia y no fue sin una intensa emoción que Lamblerville se halló en presencia del amigo de Enrique IV. Era un hombre de cuarenta y cuatro años, rostro moreno, notable únicamente por una frente homérica, abombada al estilo de las frentes bretonas, y, ciertamente, el rasgo distintivo del carácter del Gran Maestro era la tozudez. El señor de Rosny (las propiedades de Sully todavía no habían sido erigidas en ducado-parazgo) al ver al preboste, le dijo:

—¿Qué desea usted, Miron?

—Monseñor —respondió el consejero— tengo el honor de presentarle a usted a un joven que tiene en la mano la prosperidad de doce de las más hermosas provincias de Francia, y no ha sido sino después de larga y madura deliberación con los más inteligentes hombres del Comercio de París, que han aprobado el proyecto y cuya ejecución apoyarán económicamente, que me he permitido venir a veros para no hacerle perder a usted el tiempo. Podréis aumentar vuestra gloria y la del reinado de Su Majestad bienamada si dais vuestra aprobación a este proyecto que tiene por finalidad unir el Loire con el Sena mediante una ruta fácil cuya navegación no durará cinco días y que no tendrá más que treinta y seis leguas de recorrido; el camino fluvial terminará cerca de vuestras tierras de Ablon.

—¡Cuerpo de Dios, joven! —exclamó el señor de Rosny poniéndose en pie bruscamente—. Si fuera así, me comprometería a hacer que nuestro bienamado Señor os concediera la propiedad de dicha ruta.

—Davin —gritó el ministro dirigiéndose a uno de sus secretarios—, todo el que venga tendrá que esperar a que termine esta audiencia; cuídate de que nadie nos moleste.

Y el Gran Maestre, que conocía las localidades, se hizo explicar por Lamblerville, punto por punto, el plan, el proyecto, los gastos y los medios de ejecución, y el joven le fue respondiendo lacónicamente, con la lucidez particular de todos los que conocen profundamente un asunto, a todas las preguntas que le fue formulando el ministro.

—Haré examinar y estudiar todo esto por los expertos de que dispongo, que no me ocultarán nada. Venid los dos el domingo y os introduciré cerca del rey después del Consejo. Adiós, señores.

Y los dos solicitantes salieron de la estancia después de haber saludado profundamente a aquel hombre expeditivo que había hecho más cosas en veinte años que otros en un siglo.

Al domingo siguiente, Lamblerville y Miron se unieron al cortejo del Gran Maestre en el momento en que salía del Arsenal para dirigirse al Louvre y llegaron hasta una de las salas reales, en la cual el Gran Maestre les rogó que esperaran la venia del Consejo. El capitán de los guardias fue a buscarlos en medio de la multitud de señores y les introdujo en el despacho del rey.

—¡Ventre-Saint-Gris! —exclamó Enrique IV—. Amigo mío, tenía grandes deseos de veros. El señor de Rosny tiene razón, sois inteligente y trabajador. Siento mucha pena por la pérdida de dinero y de esfuerzos que ha tenido lugar en lo del Loing y en Briare. El señor de Villeroy os concederá licencia para poder trabajar y podréis terminar la empresa antes de cinco años, os doy mi palabra de bearnés dijo dando un golpecito en el hombro de Lamblerville—. Y a ti, además, la plena y total propiedad de esta hermosa vía de navegación, que deberá revertir a la Corona si no tienes sucesión masculina.

—Te agradezco mucho, mi excelente Miron, el haber hecho bajar de su nido esta águila —añadió el rey, impresionado por la chispeante mirada del joven.

—El solo ha emprendido el vuelo, señor, pero se ha posado en mi casa.

—Asunto concluido —le dijo el Rey—. Mi amigo Rosny se ocupará de concederos toda la ayuda necesaria.

—Sire —respondió Lamblerville al gesto de Enrique IV—, esto prestará al reinado de Vuestra Majestad tanta gloria como le haya podido proporcionar su más famosa batalla.

—¿Por qué?

—Porque, Sire, esta magnífica vía de comunicación entre varias de vuestras más ricas provincias reparará los infortunios de las batallas perdidas o ganadas, contribuyendo a la prosperidad del reino.

—¡Muy bien dicho! —añadió el rey.

El preboste y el joven salieron de la estancia.

—Si su empresa no sigue adelante —dijo entonces en voz baja el señor de

Villeroy al presidente Jeannin— por lo menos tendrá la virtud de alentar la de Briare y del Loing.

—Algo se te ha ocurrido, señor de Villeroy —dijo el Gran Maestre—. Vamos, habla, te lo ruego.

—Señores —dijo el rey— si alguien se atreve a obstaculizar este proyecto, juro sumirle en la desgracia durante largo tiempo. Prosigamos.

Así, pues, la idea fecunda, joven, rica, tuvo como padrino al gran Sully, como madrina a la realeza y los burgueses, presididos por maese Miron, le sostuvieron las mantillas, bajo forma de compromisos sobre pergamino por medio de los cuales la noble empresa fue dotada con cien mil escudos. En aquellos días, como pueden observar, señores, burgueses y pueblo, todo el mundo, en definitiva, iba derecho al grano, no se conocía todavía la discusión, los debates y los informes; todavía no había hecho su aparición la burocracia. No obstante, los cortesanos socavaban los buenos asuntos y los destrozaban desde los rincones de los ministerios, como antiguamente nuestros antepasados hacían vomitar sus escudos a los judíos y mercaderes cuando cambiaban de Estado. De modo que no bien nacida, bautizada y dotada, la idea tuvo sus enemigos solapados que desearon violarla, robarla y repartirse las esperanzas de beneficios. Escuchen bien lo que sigue. El Consejo había terminado su sesión, los ministros se paseaban por las salas del Louvre acompañando al rey, que partía para misa, y el señor de Villeroy, impresionado por la más fecunda de las ideas, pero queriendo sacar algún provecho, detuvo al señor de Rosny y le dijo:

—Señor barón, ¿qué le pronosticáis a esta empresa para haberla defendido con tanto entusiasmo?

—Dos millones para el Estado y para los que la lleven a término. Me ha impresionado vivamente, señor marqués, especialmente por los bienes que se producirán en torno al suelo y los derechos de que se beneficiarán las Señorías. En un Estado hay tres clases de riquezas, y...

—¡Rosny! —gritó el rey.

El Gran Maestre dejó al Secretario de Estado de Francia muy pensativo.

He intentado, dijo el narrador con el más cavernoso acento de su cavernoso pecho, ponerles de manifiesto a ustedes la corrupción que infecta las altas esferas de la sociedad, gangrena de todas las épocas, peste que corroe y devora sin cesar, especie de cáncer social en el que se pudren las más nobles ideas, y de lo cual soy todavía víctima en este año de 1825, igual que lo fui en 1805, en 1705 y en 1605.

En todos los países y en todas las épocas, la concusión, el peculado, la traición, la simonía, el robo de lo que más sagrado pueda haber en el mundo, sea cual fuera la forma que adopte, la lesión del bien público, ha sido, es y será el delito más difícil de cometer, el más fácil de descubrir. La avidez de todos es el centinela más vigilante contra la avidez de uno solo. Es también el delito cometido con más habilidad. Por ambos lados el genio es igual, y si se piensa en el reducido número de ministros ahorcados y de favoritos muertos, el balance es favorable a los filibusteros que

navegan por el ancho mar del poder. Además, la justicia no siempre ha estado acertada. Fouquet, Semblangay, Enguerrand de Marigny, eran inocentes; la muerte del mariscal de Ancre se debe más que a culpa suya a la insistencia de la reina madre, especie de parricidio terminado por Richelieu, que únicamente se atrevió a desterrar a María de Médicis, diciéndole a Luis XIII: «¡Jamás os perdonará el puente del Louvre!...»

Así, pues, desde tiempo inmemorial, los ministros no tocan jamás ni uno solo de los escudos del Estado, y con toda seguridad podría decirse que nunca llegarían a las altas cumbres del poder si previamente se hubieran hecho la idea de meter mano en los sacos del Tesoro.

Las enormes fortunas de los grandes ministros se componían de *derechos útiles*, y el señor de Villeroy, celoso de las riquezas acumuladas por el señor de Rosny, cuya fortuna iba en aumento de día en día, pensó en hacerse con una buena parte de los millones que había engendrado la idea. Desde 1605, la familia Villeroy se convirtió en el gorgojo que tenía, junto con otros gusanos de aquella planta, que detener el crecimiento y fructificación de la misma hasta que, una vez terminados los Villeroy, otros gusanos malignos les sucedieron. El día en que el señor de Villeroy recibió oficialmente, como diríamos en la actualidad, los datos necesarios para la confección de las cartas-patentes, sugirió al señor de O., muy interesado en la empresa de los canales del Loing y de Briare, la idea de oponerse a dicha concesión, en nombre de los herederos del primer empresario, cuyo fallecimiento había suspendido los trabajos iniciados. La hermosa, la gran idea de Carlos de Lamblerville tuvo, pues, que sufrir una especie de encarcelamiento en el parlamento de París. El señor duque de Sully se enfadó mucho, el señor Mirón se indignó, los burgueses gritaron, pero el parlamento se había apoderado ya del asunto. Luego vinieron las desgracias públicas: la muerte de Enrique IV, la Regencia, el despido de Maximiliano, duque de Sully, mariscal de Francia, despojado del poder, del cual sacó su bastón de mando para poder sostener su desolada ancianidad. Por su parte, el marqués de Villeroy se hizo conceder los derechos de peaje del río que pensaba utilizar Lamblerville a cambio de las tierras de Versailles de las cuales provenía su título de marqués. Pero Carlos de Lamblerville, hombre genial, a caballo de su idea, se hizo fugaz favorito de la célebre Marión en el preciso momento en que el cardenal de Richelieu se servía de Marión de l'Orme. Miron había fallecido ya, los burgueses habían muerto, todos cabalgando sobre la idea, habiendo llorado, gemido, por las noches, en los rincones de sus casas, por la idea, habiendo soñado los más hermosos sueños de prosperidad, casado a sus hijas con los productos de la idea. Y la idea iba subiendo, haciéndose mayor, devorando, triturando a los hombres, a los niños, a las esperanzas, a las fortunas. Marion fue una continuadora de Enrique IV, pues tanto uno como otra eran muy generosos, y una noche, o una mañana, no lo recuerdo bien, entre dos juramentos de amor, Carlos de Lamblerville hizo que su idea se metiera en la cama con Marion, la prostituyó, le perfumó la cabeza, las manos, todo, le puso una cofia de punto de Inglaterra, la hizo

deslizar entre ellos después de una broma o de una disputa y la entregó a la cortesana; pero la idea tenía ya veintisiete años, era una mujer mayor. Aquí, podría decir lo mismo que por Santa María Egipcíaca: «*He ahí a la santa pagando su pasaje*». Finalmente, en 1634, por voluntad cuadrangular del señor obispo de Luçon, hecho cardenal, fue expedido a Carlos de Lamberville un privilegio extendido en debida forma. Había vencido a los Villeroy, gente que no era grata al señor cardenal.

«¡Burgueses, a vuestras faltriqueras! —exclama entonces Lamblerville—. ¡Vamos, vengan vuestros escudos!» Y empiezan a venderse terrenos, a comprarse, a efectuarse contratos de venta, empiezan a aparecer los obreros, los excavadores, los trabajadores, las palas, los picos, los albañiles: todo un ejército enrolado bajo la bandera de la idea, del plan; la nación entera se amotina, se estremece de alegría. ¡Oh, qué hermosa fue aquella noche que Carlos de Lamblerville pasó en casa de Marion de l'Orme! La cortesana no había necesitado más que levantar un poco la pierna y su firma de mujer dispuesta a entregarse, su atractivo, tuvo mucha más fuerza que la palabra de Enrique IV, que toda la burguesía, que veintinueve años de paciencia, que Miron, que Sully. La mujer es la mayor potencia del mundo, y cuanto menos vale, más cara se hace cotizar. No desprecien jamás a una mujer, ni siquiera a la de un tamborilero de compañía de túteres pues, a lo mejor, el día de mañana la encuentran convertida en Emperatriz de todas las Rusias. Saluden ustedes con perfecta humildad a todas las mujeres, tal como hacía Luis XIV, que se quitaba el sombrero de plumas cuando pasaba cerca de la mujer de un campesino. ¿Lamblerville compró a Marion con el dinero de los Mirón, de los consejeros? ¡Buen Dios! He ahí una vida joven gastada en las angustias y zozobras, en la investigación, en todas las facetas del favor, he ahí a un hombre que hubiese podido llegar a ser una de las mayores glorias de Francia, y he ahí muriéndose bajo su magnífica ... ..

—Pero —exclamó Luis Lambert, cuya atención se había mantenido constante— pero tú no eres un hombre; tú, que nos hablas, eres una idea, una idea que tiene voz, una idea encarnada.

—Sí —dijo el extranjero—. ¡Yo soy EL CANAL DEL ESONNE!...

Apenas aquellas palabras fueron pronunciadas, los auditores dejaron de ver a su fantástico interlocutor; se frotaron los ojos, y cuando recobraron los sentidos pudieron ver en un rincón del salón a un anciano que se despertaba y buscaba su paraguas para desaparecer. Era un ... ..



# LA MODISTA

## EPISODIO

Unos años antes de la revolución, un hombre del pueblo fue llamado a recoger la amplia herencia del favor público que el fallecimiento de varios grandes hombres de la época había dejado vacante. Dicho hombre, sin duda extraordinario, se apoderó de la fama hasta el punto de que Voltaire estaba celoso de su éxito. La corte, la gente de letras, los financieros, la magistratura, el pueblo, París entero, corrieron a rendirle homenaje. Aquel gran hombre, y es justicia que la posteridad debe rendirle, era de una rara hospitalidad, pues nunca recibió a ninguno de sus admiradores sin ofrecerle comida y bebida. Escogió su residencia en una modesta casa situada en uno de esos pequeños burgos que preceden la entrada a París, como para hacer más brillante su mérito, y, abandonando la coquetería a los talentos de salón, aparecía en público frecuentemente, sin hacerse rogar, siempre que algún curioso quería hablar con él. Vestía con sencillez, llevaba en la cabeza un gorro de algodón, usaba chaqueta corriente, y no se daba de menos en llevar puesto uno de aquellos amplios delantales dispuestos en triángulo que caracterizan a los artistas culinarios. Por último, para disipar cualquier equívoco sobre aquél que había obtenido una tan imponente celebridad, era comerciante en vinos, residía en Porcherons y se apellidaba Ramponneau.

Aproximadamente por el año 1787, pese a sus buenas palabras, a su buen humor y a sus bromas populacheras, Ramponneau había tenido que ver como se habían ido agostando lentamente las brillantes y alegres coronas de laurel, que el favor popular había colocado sobre el rótulo de su establecimiento. Pero si bien la corte y la ciudad le habían abandonado, conservó inequívocas pruebas de su paso, pues, gracias a su invasión, la modesta taberna de aquel héroe efímero se había transformado, como por arte de magia, en una espaciosa casa, desde la cual Ramponneau casi no podía distinguir los muros que rodeaban su extenso jardín, una parte del cual estaba destinado a esparcimiento público. En efecto, el pueblo, que no se había todavía olvidado de aquel jocosos fundador de las Courtilles, había permanecido fiel.

Todos los domingos, los jardines de Ramponneau eran testigos de tantos matrimonios en ciernes como de uniones disueltas, y en medio de aquella multitud de artesanos, de guardias franceses, de soldados, de obreras, de artistas de todo género, de cortesanos nostálgicos de aquel famoso recinto, nacía constantemente una fecunda clientela para el teniente de policía, y si el ilustre mesonero no gozaba ya en el presente de la misma gloria que en el pasado, no recaudaba menos dinero y bendiciones del pueblo que los que recibían la ronda y los exentos al redactar un atestado. El gusto que las personas con título nobiliario habían tomado a pelearse con los guardianes de la paz pública como consecuencia de las partidas que tenían lugar en casa de Ramponneau, amparándose en disfraces a veces utilizados con fines inconfesables, era incluso compartido por un par de los más jóvenes miembros de la

familia real, si debemos creer a las crónicas de la época.

Esta circunstancia explica cómo, en medio de aquella multitud popular, podían encontrarse muchachas y personas a las que sus ocupaciones habituales y circunstancias personales hubieran debido apartar de aquellas reuniones ruidosas.

Un domingo, a la salida de misa y hacia el mes de junio de 1787, el ex tabernero vio a lo lejos cómo se iba aproximando uno de sus más fieles clientes, aunque era también uno de aquéllos cuya presencia más inquietudes le causaba. Era uno de los más hábiles obreros de París, tan célebre entre los discípulos de Vulcano y de Titán por su fuerza corporal, como bajo el ramaje del jardín de Ramponneau por su gracia en el baile y en el arte, tan absurdo, de beber bien. Celoso defensor de las libertades conquistadas por el pueblo en aquel recinto, Benito Vautour había sido apodado *El Exento*, a causa de las numerosas peticiones que había sostenido, ya con los policías encargados de velar por el orden, como con los intrusos de calidad que iban allí a burlarse de los invitados y bailarines de Ramponneau. Los jóvenes caballeros se guardaban mucho de que la policía se enterara de sus singulares diversiones y permitían que el pueblo considerara a Benito *El Exento* como un ser privilegiado, y aquel singular personaje, que tenía siempre buen cuidado de no verse mezclado con la ronda sin tener la razón de su lado, sin cesar victorioso contra los gendarmes y contra sus otros adversarios, había terminado por conseguir una especie de realeza en casa de Ramponneau, y el odio con que le miraba la policía era por lo menos igual a la consideración de que gozaba entre el pueblo bajo. Aparte de la extraordinaria susceptibilidad de *El Exento* sobre todo lo referente al derecho de gentes y el respeto debido a los *señoritangos* y a los obreros, era, como todos los que reúnen en sí un cierto talento y una fuerza muscular prodigiosa, el mejor de los muchachos. Agradecido, respetuoso, sensible, callado, destacaba fuera del recinto de los jardines de Ramponneau por sus modales, por un tono y por unas costumbres que nadie hubiera esperado de un hombre de su condición social. Frecuentemente vaciaba su bolsa en el mostrador de Ramponneau para ayudar a amigos suyos que se hallaban en mala situación económica y jamás aparecía por el merendero sin ir acompañado de un niño al que en cierto modo había adoptado, que en el momento en que comienza esta historia debía contar con unos doce años de edad. Esta caridad perseverante hacia un niño abandonado, constituía para *El Exento* «la menor de sus preocupaciones», para utilizar su expresión favorita, ya que, decía, cuando supiese leer y escribir haría de él un *mecánico* como su padre adoptivo.

En el momento en que Benito *El Exento* se disponía a entrar en casa de Ramponneau, el antiguo tabernero se dio cuenta de que había señales de mal entendimiento entre su cliente y la pareja que le precedía. Dicha pareja no parecía muy dispuesta a la pacificación de la guerra que probablemente se había declarado durante el camino entre *El Exento*, su acólito y los dos paseantes. En efecto, un mosquetero negro, cuyo humor parecía no ser precisamente pacífico, dando el brazo a una obrera bastante linda, se volvía de vez en cuando rápidamente en dirección a

Benito *El Exento*, mientras éste cantaba con voz burlona una cancioncilla con la que parecía haber obsequiado al militar durante todo el trayecto. Ramponneau se dio cuenta también de que el astuto cerrajero se divertía con la impaciencia del apuesto mosquetero, pues en cuanto volvía la cabeza, gruñendo, hacia el obrero, éste afectaba un respeto irónico por él, se callaba, pero en cuanto el militar reanudaba la conversación con la muchacha el implacable Benito Vautour reiniciaba el recital.

Cuando el soldado de la caballería ligera franqueaba el dintel de la puerta de entrada del alegre merendero, Benito, seguido por Tomás Lofficial, el joven aprendiz del que ya hemos hecho mención, se encontró, sin que el militar se diese cuenta, a poca distancia de la joven obrera, de modo que el soldado se volvió vivamente como si el cerrajero se hubiera permitido con ella alguna demostración poco católica, y satisfecho con esta sospecha que le proporcionaba un pretexto para satisfacer el resentimiento que había ido acumulando durante el camino, miró a Benito con aspecto que pronosticaba tormenta. El obrero dio un paso hacia atrás con las manos en las caderas y contempló al militar con mirada que era una llamada al combate. Entonces, Ramponneau, celoso por mantener la paz en su recinto, gritó con una voz que tenía el singular privilegio, como la de muchos actores de nuestros tiempos, de provocar la risa:

—¡Señores, recuerden que éste es un sitio donde se viene a divertirse!

—Para divertirse, señor Ramponneau, no hay que olvidar la música vocal.

—Señor Ramponneau —preguntó educadamente el de la caballería ligera—, ¿es que en la música vocal que se interpreta en su casa hay también cuernos como en la que he escuchado durante todo el camino?

—¿Quién es el que habla de cuernos? —respondió Benito quitándose el sombrero y mostrando la cabeza.

—Estoy hablando con ese señor —dijo el soldado de caballería.

—Pues bien, señor, yo también puedo hablar con usted y decirle que si hay en su casa demasiados cangrejos, la salsa se estropeará.

Satisfecho por haber conseguido una victoria verbal sobre el militar, cuyo uniforme rojo formaba la base de aquella broma, Benito se irguió y entró en la sala balanceándose con aquel movimiento indescriptible que revela con una simple mirada al obrero de París, el mismo movimiento de los osos enjaulados cuando andan de un lado a otro de la jaula, ya que esta costumbre corporal es tan propia del hombre como de la bestia, y hay una salvaje expresión de desprecio, de poder, de cinismo y de bajeza en aquel singular andar que parecía ser en 1787 de buen tono en los arrabales, como actualmente todavía es el signo masónico del obrero perfecto.

—Es un buen muchacho, señor oficial —dijo Ramponneau—. Pero todo el mundo sabe que aquí la gente viene a cometer diabluras, y no espere usted, señor, que su sombrero con plumas y su espada le sirvan de gran cosa; ya habrá visto mi rótulo: *El sol sale para todos*. Cada cual es aquí su propio señor... ¿Quiere usted una habitación reservada? —prosiguió el astuto tabernero, mirando a la joven obrera, toda

temblorosa.

—No —respondió el de la caballería ligera—. Comeremos algo en el jardín, bajo las parras.

Benito y su lobezno Tomás, el oficial, que probablemente vigilaban lo que hacía la pareja para fastidiar o para poner un poco de sal en sus diversiones, provocando una pelea de taberna, placer buscado por los degustadores de los barrios bajos que se sienten bastante fuertes para no temer los resultados, se situaron delante de la mesa escogida por el militar. Durante toda la comida, con gran satisfacción de la concurrencia, a la que aquella lucha sorda de gestos, de frases, de miradas, divertía enormemente, el obrero consiguió convertir en un sufrimiento continuo la partida de la joven modista, pues la acompañante del soldado pertenecía a aquella respetable clase social de muchachas cuyos inocentes dedos confeccionaban en aquellos días sombreros inmensos, parecidos a enormes edificaciones, con los cuales las damas de la corte cubrían sus diminutas cabezas.

*El Exento* había adivinado el talento de la joven por la gracia y las formas distinguidas de una calesa, especie de capota que entonces estaba de moda, y que exigiría mucho esfuerzo a un historiador si se proponía ser minucioso en la descripción de aquel monumento a la fantasía de nuestras abuelas. Cualquier arqueólogo o cualquier etimólogo se verían también en apuros al pretender explicar si esas denominaciones de calesa y capota se inspiraron en el arte de la carrocería o si la carrocería las tomó del arte de la sombrerería; si aquellas raras construcciones de seda y ballenas no habían tomado su nombre de alguna palabra griega; sea como fuere, *El Exento* había tomado nota de los talentos de la obrerita, de su calesa, de su linda falda de tela de cirsacás de la India, y dado a su lobezno, en voz alta, instrucciones que no habían gustado al caballero, tanto más cuanto el aprendiz fingía ignorar todo lo que debía para hacer la escena más cómica.

Las carcajadas partían de todos los bancos vecinos y, en medio del ruido producido por el entrechocar de vasos y botellas, los gritos de las comandas, las respuestas de los camareros a través del murmullo de platos y tenedores, que forman la constante base del concierto ejecutado por un millar de confusas voces, el dúo entablado por *El Exento* y su lobezno, calificativo que aquél daba a Tomás, era objeto de particular atención. La reputación del rey de los obreros que iban a apagar su sed a casa de Ramponneau, la gravedad impresa al futuro debate por el uniforme de un soldado de caballería ligera, proporcionaba a los espectadores todo el atractivo de un espectáculo, y nadie concebía la posibilidad, al ver enfrentados a aquellos atletas, de que esta lucha no terminara a puñetazos.

La prudencia del militar extrañaba a todos los presentes, y empezaba a cansar la facilidad oratoria de *El Exento*, el cual, como consecuencia de su generosidad natural, sentía cierta repugnancia en ser el primero en pegar a un adversario tan pacífico, prudente como un burgués del Marais.

Para explicar esta reserva del militar, intentaremos hacer comprender al lector las

andanadas expirantes de *El Exento*, y describir la actitud de la señorita Alejandrina y del apuesto militar, así como la forma como recibía el fuego del enemigo.

—¿Por qué lleva plumas en su sombrero? —decía Tomas.

—A nosotros, muchacho, nos corresponde arrancárselas —respondía *El Exento*— y si no fuésemos unos estúpidos, ya nos habríamos arreglado para poder vivir sin ser desplumados por esos pájaros... Deberían estar encerrados en su jaula de Versailles, y si el obrero puede disfrutar de algún día de asueto, es realmente bien desagradable no poder bailar un *cotillón* sin la presencia de este género de animales con espolones, sardinetas galoneadas y sombreros ladeados como si quisieran devorarnos.

El militar se puso rápidamente en pie, cuando la mano suave y tímida de la señorita Alejandrina le hizo sentar de nuevo, diciéndole en voz baja:

—Os lo ruego, no ocasionéis ningún escándalo; si no, ¿qué sería de mí? Si la señorita Bertin se entera de que he estado en casa de Ramponneau me echará sin piedad.

¡Cómo maldigo mis deseos de venir! Sentía necesidad de venir aquí... ¡Señor Carlos, si os batís, moriré!

Entonces el soldado de caballería ligera, adoptando un aspecto mitad lastimero, mitad amenazador, lanzaba henchidas miradas de rabia, o se reía a la fuerza de las bromas del obrero, para dar la impresión de que se hallaba muy por encima de aquellos ataques para que le divirtieran.

No obstante, el militar, como sucede siempre que se está preocupado, no se daba cuenta de que estaba bebiendo, adrede o por distracción, un poco más vino de Champaña del que es conveniente para apagar la sed, mientras que, por su lado, el cerrajero burlón empinaba el codo con su gracia habitual, parecía que uno quería extender el fuego de su resentimiento y el otro alimentar la fuente de sus bromas, cuando los agudos sonos de los violines, las trompas y los tamboriles, llamaron a los combatientes al *cotillón*, célebre danza, que estaba ya pasando de los merenderos a los salones en el momento en que las grandes damas empezaban a cansarse de los minuetos y las contradanzas. Entonces era suficiente saber que había terminado con un *cotillón* la fiesta dada por tal o cual duquesa para que estuviera de moda durante todo el invierno.

La señorita Alejandrina, temblorosa e irritada, realizaba mil esfuerzos para persuadir al militar que abandonara el campo a los groseros clientes del merendero, pero no tuvo razón que oponer, cuando el apuesto mosquetero le sugirió todo el placer que suponía bailar un *cotillón* en su primitiva pureza, totalmente diferente del *cotillón* que se bailaba en los salones, en los que dicha danza perdía en originalidad lo que ganaba en encanto y nobleza, que constituiría un placer infinito ver a todos aquellos obreros y obreras, a aquellos soldados de las guardias francesas, a aquellos carabineros, a aquellos corchetes de la ronda, a aquellos burgueses, olvidarse de toda preocupación en medio de aquella especie de sábat cómico animado con todas las pompas de una semi-embriaguez de la mayor parte de los actores, y bastaba, para

evitar toda pendencia, con situarse bien lejos del cerrajero que, profeta de las discusiones y espectro del infierno, había interrumpido toda la felicidad que se habían prometido.

Alejandrina consintió en quedarse y, aunque temía como a la muerte misma una riña en la que su linda falda de cirsakas y su calesa podían salir malparadas, se quedó. Y se quedó porque, con una ojeada que dirigió a la sala de baile, se convenció de que en medio de todas aquellas burguesas de barrio bajo, de aquellas celebridades de fábrica, de aquella sociedad de las calles y de las tiendas, ella se hallaba allí desplazada, tanto destacaba sobre las mujeres presentes por su gracia y sus atavíos; porque se dio cuenta de las miradas de envidia que le lanzaban, de que los hombres le rendían homenaje, y, finalmente, de que el militar de la caballería ligera, su noble conquista, era el hombre más apuesto y más distinguido de toda aquella singular asamblea y de que su hermoso uniforme rojo y sus galones de plata le daban aspecto de un rey. El atraer todas las miradas, el ser digna de tanta admiración, representar el papel de protagonista, no importa dónde, era más de lo que se necesitaba para que la primera oficiala de la señorita Bertin quedara retenida en el seno de los remos del señor Ramponneau.

La joven y alegre pareja cruzó con aire altanero la inmensa sala de verdor en la que se iba a bailar y se colocó modestamente en un rincón para tomar parte en la diversión de la cual la orquesta estaba ya dando la señal, cuando al alzar los ojos para ver a sus compañeros de cuadrilla, se dio cuenta el militar de que enfrente suyo estaba el pesado cerrajero, cuyo rostro burlón le desagradó más que nunca.

Llevándose tranquilamente a la señorita Alejandrina, con más comedimiento del que podía esperarse de un veterano mosquetero medio bebido, fueron a colocarse al otro extremo de la sala.

En aquel momento la orquesta iniciaba el preludeo y la reunión entera, silenciosa y atenta, contempló aquellos cambios y los comentó en susurros. El obrero, disimulando su andar se halló de nuevo, imperturbable, frente a la pareja, en el nuevo lugar que ésta había escogido.

El soldado de caballería, temiendo estar sufriendo un error, se apresuró a buscar otro escenario para que la señorita Alejandrina pudiera desplegar sus gracias, y Benito el Exento siguió a su vez una línea paralela al camino del militar. La orquesta misma, tomando parte en aquella extraña carrera, había dejado de tocar. Todos esperaban el resultado de este singular asalto y más de un obrero convenía con su vecino que el Exento se las arreglaba perfectamente para *darle una corrida* al militar.

Cuando, por tercera vez, el militar vio al cerrajero ante él, se le agotó la paciencia, y en voz alta, mientras se retiraban, dijo a la señorita Alejandrina:

—Mejor es estar solos que mal acompañados.

—¿Mal acompañados? —exclamó el Exento colocándose de un salto cerca del militar y dándole un golpe en el hombro.

Aquel gesto enfureció al oficial; sacó su espada y, a pesar de los gritos de la

señorita Alejandrina, se lanzó rápidamente contra el cuerpo del cerrajero; pero, por suerte, la estocada topó con uno de aquellos grandes botones de cuero del vestido entonces usual en los de su oficio y la espada resbaló entre el cuerpo y el brazo de Benito Vautour que, cogiendo la empuñadura con una mano nerviosa, arrancó el arma fatal de la mano del militar y la rompió en su rodilla.

Entonces se inició una lucha feroz, los puñetazos llovieron sobre las espaldas y los estómagos de los combatientes, como una tempestad en medio de un ciclón y en un abrir y cerrar de ojos el militar rodó por el suelo, y hundiéndole la rodilla en el pecho estaba Benito el Exento poniendo de color violáceo del militar, cuando la gendarmería que había sido avisada por la llorosa señorita Alejandrina, hizo acto de presencia a pesar de la oposición de los numerosos amigos del Exento, liberando al de la caballería ligera, y deteniendo al cerrajero.

La guardia se lo llevó en triunfo y el comisario ante el cual compareció redactó un atestado formidable, cuya conclusión, sugerida por la primera oficiala de la señorita Bertin, fue que el Exento no había cometido un asesinato en la persona del señor caballero de Laville merced a la rápida llegada de la fuerza armada y que este asesinato había sido premeditado y precedido de frases ofensivas para la familia real y particularmente para Su Majestad la Renia.

—¡Esto no es verdad! —exclamó Tomás, el aprendiz, que había seguido a su protector y que huyó, aterrorizado, al ver a Benito Vautour conducido a la cárcel en medio de cuatro guardias de la Gendarmería... ..  
.....



# EL SACERDOTE CATÓLICO

## EL SACERDOTE CATÓLICO

### PRIMERA VERSIÓN DE «LA SOLTERONA»

1832

Existe en Tours un pasaje cuya entrada se halla en la calle mayor y termina en el coro de la Catedral. Los arbotantes de Saint-Gatien atraviesan el jardín y las paredes de la única casa que se levanta a la derecha de aquella especie de calle, y estas inmensas (construcciones) están implantadas de tal forma, que se llega a dudar si la gran fábrica monumental de Saint-Gatien fue construida antes o después de aquella antigua edificación. Al examinar los arabescos, la forma de las ventanas, el dintel de la puerta, el exterior de aquella casa parda, es fácil deducir que en otros tiempos había formado parte del enorme edificio al cual está adosada, perteneciente al capítulo catedralicio. Un anticuario podría incluso descubrir en la salida por la cual se entra en la plaza situada en la parte posterior de la iglesia, y denominada actualmente *del Claustro*, algunos vestigios de la arcada gótica que debía armonizar (con el carácter general de la venerable basílica).

(En tiempos pasados existía en el claustro, por el lado de la calle Mayor, numerosas edificaciones reunidas por un claustro, propiedad de la catedral, en las cuales residían ciertos dignatarios del Capítulo. Desde la venta de los bienes del clero la municipalidad hizo del pasaje que separaba dichas casas una calle llamada de *la Psalette*, por la cual puede irse desde el claustro hasta la calle Mayor; el nombre indica suficientemente que en ella vivían antiguamente el gran Chantre, los escolares y los que vivían bajo su dependencia).

... ..  
... ..

veces en su vida, una de aquellas hermosísimas catedrales debidas al genio religioso y a la sublime arquitectura de la Edad Media. Entonces, es fácil para todas las imaginaciones representarse la catedral de Saint-Gatien, amplia nave cuyo pórtico se ve ornamentado con una delicada rosa de vitrales de colores, dos torres de una altura prodigiosa, cuyos flancos, sostenidos por arbotantes multiplicados se ven embellecidos por dos puertas laterales verdaderamente admirables por su trabajo, que corresponden a los dos brazos transversales destinados a representar una planta de cruz, eterno modelo de las iglesias católicas.

Los siglos han cubierto con su manto negro aquel enorme edificio; el tiempo le ha hecho salir arrugas; el musgo las hierbas, crecen allí por todas partes; unos cuervos de una especie que cada día se ha ido haciendo más rara, los *chovas*, han hecho de las partes altas su morada.

Como que la casa situada entre el pasaje, el claustro y el seminario, se halla en la cara norte de la catedral, se ve casi siempre sumida en la sombra proyectada por ésta. Además, si uno piensa en que al otro lado del claustro se alzan el palacio archiepiscopal y todas sus dependencias terminadas en un macho practicado en las antiguas fortificaciones, quizá pueda concebirse el majestuoso horror el silencio que reinaren aquel lugar, casi siempre desierto. Aquella parte de la ciudad es de tal modo solitaria que no pasan por allí diez personas diarias, si exceptuamos los días festivos, cuya solemnidad lleva a toda la población a Saint-Gatien.

Cuando un sacerdote, un viandante o unos seminaristas que se dirigen a la catedral atraviesan el claustro, el ruido de sus pasos es repetido por los numerosos ecos del edificio destacando la profundidad del silencio. El frío húmedo que expanden las grandes manchas de sombra, cambian (*sic*) la atmósfera dándole (*sic*), incluso en verano, el frescor de las cavas; así, en aquel recinto, todas las partes altas de los edificios son oscuras, casi negras, y el follaje de los árboles de un verde pálido; el silencio, el frío y la oscuridad, principales causas del terror, existen allí permanentemente; además, se oye el canto monótono y grave de los oficios religiosos, celebrados regularmente a distintas horas del día, que resuena débilmente, que runrunea, que se mezcla al silbido del viento, y que parece ser la voz de la Iglesia. A veces, las campanas o los cuervos dejan oír su repicar o sus chillidos; por lo demás, nada hay que revele la vida del mundo; es como una clausura sin celosías, sin claustro y sin monjes; es un lugar lleno de carácter, en el que abunda el pintoresquismo religioso, por el que es difícil pasar sin verse sobrecogido por algún profundo pensamiento. Allí todo conduce al recogimiento que se apodera del hombre en todos los edificios, cuyas vastas dimensiones le hacen comprender toda su pequeñez y cuya solidez le da noticia de su fragilidad.

La descripción de esa soledad de piedras, debe dar una idea sobre el carácter de las personas bastante nulas o bastante fuertes para poder vivir en las casas situadas en la callejuela sombreada por Saint Gatien. Además, quizá no sea del todo inútil añadir que la casa construida en los arcobotantes de la catedral era el domicilio de un anciano canónigo octogenario que la había comprado durante la Revolución, sin duda para poder devolvérsela algún día al Capítulo; aquella cuya entrada se abre en nuestros días en la Calle Mayor no había sido todavía edificada en la época en que empieza esta historia. En cuanto a la última casa, el estilo de su arquitectura parece indicar que fue construida en tiempos del reinado de Luis XV, quizá por algún dignatario del Brazo eclesiástico.

En 1816 esta casa era propiedad de la viuda de un notario de Loches, llamada señora Berger, que la había venido a habitar después de haber perdido a su esposo, fallecido hacía ya una docena de años. Aunque la señora Berger había tenido una hija; aunque poseyese, además de aquella casa, una fortuna bastante considerable, y residiera en la ciudad de Francia en la que más difícil es pasar desapercibido, puede uno afirmar que el recaudador de contribuciones, tres o cuatro sacerdotes ancianos y

el sucesor del notario Berger, encargado de administrar la fortuna de la viuda, eran las únicas personas que podían llegar a sospechar la existencia de la señora Berger y de la señorita Sofía Berger, su hija. Varias fueron las causas que aseguraron el secreto y la tranquilidad en la que su vida se había visto envuelta. La singular situación de su casa les había permitido ir a Saint-Gatien sin ser vistas. La señora Berger había alquilado una pequeña capilla oscura abierta en el ábside de la iglesia a donde llegaban mucho antes que los fieles más devotos y de donde salían las últimas. Más exactas quizá que los mismos sacerdotes en cuanto a seguir los oficios particulares que suelen decirse en las catedrales metropolitanas, en las que se conservan las tradiciones de la más estricta liturgia, se pasaban la mayor parte de su vida en la iglesia. Si por casualidad, una tarde, cuando el tiempo era hermoso, el viento apacible, el aire puro, iban de paseo, el estado de recogimiento en el que viven las personas devotas, a las que todo asusta, las hacía buscar una parte bastante recoleta del Macho en la que solamente, y distanciados, se encontraban algunos ancianos poco curiosos, a los que saludaban desde lejos, y a donde podían dirigirse por un camino desierto denominado el *camino de la Puerta Rouline*, que se inicia en el claustro y que sigue a lo largo de los jardines del arzobispado. De modo que en las dos únicas circunstancias de sus vidas en las que estaban en contacto con la sociedad, se hallaban completamente separadas. En cuanto a aquellas otras relaciones que tan difícil es a dos mujeres no tener, tanto la señora Berger como su hija se hallaban exentas por una razón perfectamente natural. La viuda del notario llegó a Tours en una época en la que la sociedad no se había todavía reconstruido; no conocía allí a nadie y su carácter hubiese constituido un obstáculo para relacionarse, si la naturaleza de su espíritu y la desgracia que había alcanzado a su hija no la hubiesen condenado ya a la soledad. En efecto, las diversiones mundanas le estaban prohibidas a la señorita Berger que, por uno de aquellos tristes acontecimientos de los cuales tantas familias deben lamentarse, se había visto privada desde su más tierna infancia de todos los encantos propios de una mujer. Su nodriza dejó que cayera al suelo cierto día, la caída había sido tan grave y el cirujano tan poco hábil, que la pobre muchacha había quedado coja y deforme.

Las dos mujeres tenían por criada a una solterona que compartía su manera de vivir y sus gustos, y que imitaba con tanta perfección su discreción en cuanto a sus relaciones, que varios comerciantes y otras personas a cuyas casas iba, se hubieran visto embarazados para decir el nombre de sus dueños.

Así todo se conjugaba para levantar una barrera entre ellas y el mundo; también hay que decir que se hallaban, desde hacía doce años, totalmente separadas de él y que su vida se semejaba a la de la clausura, olvidando, sin pena alguna, a una sociedad que las había olvidado. Insensiblemente habían ido adoptando las costumbres y la regla derivadas de semejante existencia. En ellas, todo quedaba sometido a las leyes de una monótona regularidad; las horas de las comidas, las de levantarse y acostarse, tenían una inmutable fijeza, y sus días estaban ocupados por

multitud de deberes minuciosos impuestos por una alta piedad, transcurriendo rápidamente para ellas sin traerles ni distracciones ni aburrimiento. Era como una ocupación en el vacío, y un vacío en la ocupación.

No obstante, desde hacía unos años les había tocado en suerte una especie de felicidad, que había puesto en sus existencias una inagotable fuente de dichas. El antiguo cura de Loches había sido nombrado canónigo de la catedral de Tours y le había propuesto a la señora Berger alquilarle una parte de la casa y le tomara a pensión. Nada podía serle más agradable a la viuda, y el recién nombrado canónigo, hombre de unos sesenta y tantos años de edad, pudo instalarse rápidamente. El abate Maurin —tal era el apellido del sacerdote— se convirtió en el objeto de los más asiduos cuidados de las dos reclusas; nadie deberá sorprenderse al saber que fueron experimentando hacia él, insensiblemente, uno de esos afectos a los cuales las mujeres saben sacrificarlo todo, sentimiento que no descansa más que en las costumbres tranquilas y cuya intensidad proviene, quizá, de que las mujeres se entregan a él obedeciendo a las leyes de la naturaleza, sin que tengan que temer ninguna de sus desdichas.

... ..  
... ..

(Cuando, para el abate de Vèze, llegó la hora de dar a su vocación un objetivo determinado, el recuerdo del colegio religioso en el cual había transcurrido su adolescencia, el de las Santas emociones y de los minúsculos éxitos oratorios) que había tenido, la naturaleza de su educación primaria, le llevaron a elegir las tareas de la predicación entre todas aquellas propias de su estado.

Las personas pertenecientes al mundo nada saben sobre el destino naturalmente bastante oscuro de un joven sacerdote recientemente salido del seminario; y aquellos que habían tenido ocasión de conocerle durante el tiempo que había pasado en él, le describían como un hombre profundamente melancólico, taciturno, o como un ser devorado por la ambición, ya que hay mucha gente que toma el silencio por orgullo; pero todos sus cofrades rendían tributo de justicia a la amplitud de sus conocimientos, y todos preveían su futura elevación a las más altas dignidades eclesiásticas, aunque le temían y le envidiaban con aquella sorda envidia que, en provincias, y quizá también en mucha gente de iglesia, forma el fondo del lenguaje.

Desde hacía seis meses, ocupaba tanto más las imaginaciones, cuanto que había desaparecido totalmente para el mundo; había rechazado la dirección de varias conciencias y, mientras continuaba sus estudios, raramente decía misa. Esta forma de conducirse era aprobada por sus superiores. Como es muy propio del espíritu provinciano el querer averiguar las causas de todo acontecimiento, tanto si es grande como si es pequeño, ciertas personas creyeron hallar la razón de aquella vida retirada en la viva impresión que producía la presencia del abate de Vèze. Reunía, en efecto, todas las condiciones necesarias para remover las almas. Tenía un rostro noble y

suave, al cual una palidez de hierba mustia le daba todo el atractivo de la melancolía y los misterios de una pasión ignorada. Reinaba en él una gran calma y aquella especie de gracia que resulta de la franqueza. Si tenía constantemente sus negros y penetrantes ojos mirando al suelo, no era ni por pudor, ni para representar aquel papel humilde que parece habitual en los sacerdotes, sino por una costumbre adquirida en sus estudios, en sus meditaciones, y a algún pensamiento dominante. La mano casi reseca que levantaba al predicar, los contornos de su cara, ligeramente hundida, hacían suponer que se trataba de un hombre delgado, ya que lo holgado de su sotana impedía darse una idea de sus formas, y lo único que podía deducirse con claridad era su elevada estatura. Varias personas que se habían interesado mucho por él, sentían ciertos temores por el estado de su pecho, y la riqueza, sonoridad especial y el acento penetrante de su órgano vocal, parecía(n) confirmar dicha opinión. Era aquello en este hombre, un encanto más. Al escuchar aquella voz, cuya entonación vibraba majestuosamente en la vasta nave de Saint-Gatien, sus oyentes experimentaban aún más temores, al pensar que unos acentos tan profundos eran debidos a una enfermedad y que la muerte estaba tanto en los pensamientos como en la voz del predicador. Así los ojos que tornaban hacia él revelaban siempre el mayor interés, era escuchado religiosamente, entre su auditorio y él se establecía aquel fenómeno inexplicable semejante a la fascinación, que puede ser observado tanto en una tribuna pública como en el teatro, cuando un orador ilustre o un gran actor atraen hacia sí a las almas y absorben, en cierto modo, los rayos de todas las atentas miradas. Hay algo de realmente sublime en esta clase de poder, que le permite a un hombre manejar a un buen grupo de espíritus, sacudirlos y tenerlos en la mano, como nos figuramos que Dios tiene al mundo. Así expresamos involuntariamente este pensamiento cuando decimos de un gran artista que tiene algo de divino.

Como que el abate de Vèze no había predicado desde los primeros días de la Cuaresma, su aparición en el púlpito produjo cierta agitación en la iglesia. Muchas personas se sonaron, casi todos los presentes le examinaron con curiosidad y ciertos hombres pertenecientes a la buena sociedad que habían ido expresamente para escucharle, pero que estaban situados en las naves laterales, emplearon binóculos y anteojos para verle mejor. El tema de su sermón había sido tomado de una epístola de San Pablo y que traducía por estas sublimes palabras de San Juan: *Amaos los unos a los otros*. Habló de la indulgencia y la concordia que deben reinar entre los miembros de una misma familia en las relaciones cotidianas. El tema no parecía ofrecer grandes recursos para grandes fantasías oratorias y parecía en principio ingrato; pero la gente, atraída por la mundanal curiosidad, se vio inmediatamente sorprendida por el talento con que el predicador trataba aquella materia y de la profundidad del surco que trazaba en la vida privada. Abandonando los lugares comunes, que, desde Marsillon, tan frecuentemente han deshonrado la elocuencia del púlpito, describió con colores de autenticidad los crueles suplicios que causa el desacuerdo entre las almas y la falta de comprensión entre aquellos que viven bajo un mismo techo, entró en el interior de

las casas, buscó las causas de las desavenencias mediante agudas observaciones, acusó de ellas no en el orgullo, sino en la vanidad, la falta de confianza mutua, el egoísmo, la pereza, la envidia, la holganza, reveló los pequeños errores que crean odios duraderos, y después de haber demostrado que las virtudes cristianas más difíciles de practicar eran las que deben ejercerse en todos los momentos de la vida, hizo un elogio de aquella indulgencia amistosa que tanto encanto pone en los actos cotidianos, de forma tal que sumió a su auditorio en un íntimo enardecimiento. Probó que los chismes, el desasosiego espiritual, las exigencias, las sospechas, las maledicencias, que conducen a una vida inquieta, eran cosas propias de espíritus limitados, sin nobleza, sin generosidad, siempre en lucha consigo mismos, descontentos de sí mismos, ávidos de una actividad que procede de una sensibilidad de la cual están faltos por el simple hecho de que la han ahogado, y su descripción fue tan real que pocas familias podían considerarse exentas de poderse aplicar aquella lección. Su aspecto, su palabra y sus sencillos ademanes, dieron aún más realce a aquel cuadro fértil en contrastes. Había en su sermón un vivo sentimiento de aquella elocuencia a la que debía su celebridad Massillon, pero fue más sentido que admirado por su auditorio. Era una obra literaria maestra, pero sobre todo una obra maestra del cristianismo, animada por la admirable caridad del Evangelio, y los hombres y mujeres reunidos en la iglesia para escucharle, comprendieron todas las cosas del alma, aún cuando no las tuviesen más tarde en cuenta, al encontrarse nuevamente en el interior de sus casas. Cuando descendió del púlpito le siguieron todas las miradas y los reunidos le testimoniaron respetuosamente su admiración por medio de un profundo silencio. El abate de Vèze salió furtivamente de la sacristía, abandonó Saint-Gatien, tomó el *camino de la Puerta Rouline*, estrecha calle que hay detrás de la catedral y que termina en un lugar solitario del Macho. El joven sacerdote se dirigió lentamente hacia aquel paseo practicado entre las antiguas fortificaciones de la ciudad, fue a sentarse en un banco de piedra, apoyó la espalda en un árbol y contempló los huertos que se extendían entre el lugar donde se encontraba él, ahora mudo y abatido, y la catedral en la que aún seguía resonando su voz.

A aquella hora, bajo el sol del mes de mayo, el Macho debía de estar desierto. Cuando el predicador hubo mirado prudentemente a su alrededor, sin ver a nadie, su cara pálida y contraída fue abandonando gradualmente su expresión severa; miró al cielo, a los árboles, a los jardines, a la ciudad, con un evidente placer; parecía estar olvidándose de que era sacerdote; después de haber descansado durante un rato, se encaminó hacia el Loire y admiró su ancha sábana de agua, las islas verdeantes, especialmente las rocas de la orilla opuesta. Ciertos pensamientos, que quedaron secretos entre Dios y él, fueron dando vida a sus ojos; se encaminó hacia una casa del arrabal en la que pidió le sirvieran un vaso de leche, la bebió, regresando luego por la solitaria avenida por la cual tenía costumbre hacerlo. Después de haberse desahogado con la naturaleza recobró insensiblemente su aspecto melancólico y regresó con paso lento y grave al barrio de la catedral. Eran aproximadamente las ocho y media cuando

llegó al Claustro, plazoleta situada en la parte posterior de Saint-Gatien. Sin duda su prédica había exigido un gran esfuerzo a su alma, había derrochado generosamente sus energías, y la naturaleza de su carácter le llevaba, tanto como le permitía la seriedad de su estado sacerdotal, al recreo tranquilo y sencillo que acababa de concederse. Parecía como si lamentara abandonar la extensa vista que puede descubrirse a cada paso desde el camino de la Puerta Rouline, y frecuentemente se volvía para contemplarla a la luz del crepúsculo y a la luz de la luna, que se confundían. Saboreaba toda la poesía del atardecer con un sentimiento triste y dulce, intentando quizá acostumbrar su alma a aquellos (*espacio en blanco*), del mismo modo que había procurado acostumbrar, mediante su trabajo intelectual, su cerebro y su espíritu.

.....  
.....



SEGUNDA VERSIÓN DE «EL SACERDOTE CATÓLICO»

1834

ENVIÓ

*(Primera y segunda versión, reunidas)*

Señora,

Me pidió usted le escribiera una historia que pudiera leer usted sola, en la que el público no pudiera meter la nariz, en la que la crítica no pudiera clavar sus garras llenas de barro, una historia casi verdadera, en los sentimientos, en los sucesos de la cual le fuera a usted permitido creer

.....  
.....

*(Tercera versión)*

Señora,

Otros, antes que usted, me habían solicitado lo que tan graciosamente exige de mí. ¿Por qué, usted, desconocida, ha conseguido tan rápidamente lo que mi pereza me hacía aplazar, muy involuntariamente por cierto, lo que otros, que ciertamente tenían más derechos que usted para exigírmelo, no pudieron ver concedido? Esta pregunta me la he dirigido después de haber terminado la obra que tengo el gusto de remitirle y como que he estado buscando la respuesta concienzudamente, sin querer engañarme, la he encontrado

.....  
.....

*(Cuarta y última versión, completa)*

Señora,

El tiempo de las dedicatorias ha pasado ya. Hoy en día el escritor ha sustituido al sacerdote; se ha tenido que revestir con la clámide de los mártires, sufrir una serie de males, encender las velas del altar, y expandir su luz sobre los pueblos, convirtiéndose en príncipe, en mendigo, siendo obligado a consolar, a maldecir, a rezar y a profetizar; su voz no llena solamente la nave de una catedral, sino que puede resonar de uno al otro extremo del mundo, y la humanidad, convertida en su grey, escucha sus poesías, las medita y una palabra o un verso tienen ahora tanto peso en la

balanza política, como antiguamente podía tener una victoria. La prensa ha ido organizando el pensamiento, no pasará mucho tiempo sin que el pensamiento explote al mundo entero. Una hoja de papel, endeble instrumento para una idea inmortal, puede nivelar la superficie del globo. El pontífice de este terrible y majestuoso poder no ejerce su misión por concesión de reyes o de poderosos señores, sino que proviene directamente de Dios; su corazón y su cerebro abrazan al mundo y tienden a formar una sola familia. Una obra no puede estar sellada con las armas de un clan, ofrecida a un financiero, prostituida con una prostituta. Unos versos humedecidos por las lágrimas no tienen por qué envilecerse a las plantas del poder, pues son ellos el poder. Para el escritor todas las formas de la creación, para él todas las flechas de la ironía, para él las frases suaves y graciosas que caen blandamente como la nieve en la cumbre de una montaña; para él los personajes de la escena; para él los inmensos dédalos de los cuentos y de las ficciones; para él todas las flores, para él todas las espinas; él es quien se endosa toda clase de vestiduras, que penetra en el fondo de todas las almas, que sufre toda clase de pasiones, que adivina toda suerte de intereses. Su alma aspira el mundo y lo expira. La imprenta le ha permitido introducirse en el futuro, todo se ha ido engrandeciendo: el campo, la vista, la palabra y el hombre. No le he escrito, pues, una dedicatoria, pero la he obedecido. ¿Por qué? Yo lo sé y se lo diré.

## EL SACERDOTE CATÓLICO

Hay ángeles en la tierra; no se pueden ver, pero Dios sabe quienes son, los envuelve con sus nubes, y los inunda, interiormente, con su luz; los prueba por el sufrimiento, y los conduce del martirio al cielo. El amor es una imagen de la vida de los ángeles.

(Cartas de *la desconocida*).

En una época del año en la que los más fervientes fieles desertan gustosamente de la asistencia a Vísperas, hacia mediados de mayo, un hermoso domingo, en el que bajo un cielo azul, a pesar de los estremecimientos del campo nuevamente revestido con su tierno verdor, la catedral de Angulema se hallaba, a las cuatro de la tarde, totalmente llena por una multitud que escuchaba atentamente un sermón. El púlpito estaba ocupado por un predicador todavía joven y cuya elocuencia había adquirido, desde Burdeos hasta Poitiers, una merecida celebridad. Después del día en que el abate de Vèze había aparecido en público, hasta aquel momento en que se escuchaba su voz por última vez, había excitado constantemente el interés de las mujeres, viejas o jóvenes, que en provincias forman la mayoría de los auditorios religiosos, constituyendo los mejores jueces de los oradores eclesiásticos. En Angulema es donde empiezan a verse las casas cubiertas con tejas y las costumbres del sur de Francia; allí pueden encontrarse ya las ideas supersticiosas de la gente de la región, en contra de los extranjeros; allí existen dos naciones, allí no existe alianza posible entre las familias que se establecen en la ciudad o que ya están establecidas, y las que pertenecen al terruño. De modo que, merced a la imaginación meridional de sus habitantes, el interés que despertaba el joven sacerdote pronto se había convertido en auténtico entusiasmo, y si fue tan vivo quizá debamos atribuirlo a la profundidad de aquel sentimiento al misterio que envolvía la vida de aquel joven; además, si la sociedad de Angulema deseó adoptarlo, olvidándose de sus prejuicios contra los que no eran de la región, fue porque pensó que los sacerdotes son de todas las regiones del mundo y que no tienen otra patria que aquel cielo hacia el cual intentan conducir a los hijos de Dios.

El abate de Vèze poseía todas las condiciones precisas para emocionar intensamente a las almas. Tenía un rostro alargado y dulce, al cual una morena palidez daba el atractivo de la melancolía. Involuntariamente, incluso las personas más piadosas, le atribuían el misterio de una pasión desconocida. Si tenía constantemente bajos sus ojos negros y penetrantes, no era por timidez, ni para obedecer al papel de humildad que los prejuicios sociales gustan en atribuir al sacerdote cristiano, sino por una costumbre debida a sus trabajos y a sus meditaciones. La reseca mano que levantaba al predicar y su cara ligeramente enjuta hacían presentir un carácter apasionado, una delgadez debida a sus necesarias austeridades. Lo amplio de su sotana hacía imposible juzgar sus formas, solamente

revelaba que era un sacerdote de elevada estatura, pero (a la cual) prestaba una grandiosidad ficticia. Desde hacía un año, las mujeres que más intensamente se interesaban por él, temían... ..  
.....

## CARTA I

Señor,

Equivocado quizá por mi extraordinario parecido en los apellidos, tengo el honor de dirigirle estas líneas para solicitarle información sobre usted mismo. Supongo se sentirá indulgente con una curiosidad que nada parece justificar, pero que, puedo asegurárselo, es producto del único sentimiento que todos los crímenes de la tierra no podrían corromper. ¿Se llama usted Emmanuel, Señor? ¿Fue criado por un comerciante mercero de La Rochefoucauld? ¿Ingresó usted en el seminario de Angulema? Y..., perdóneme el dolor que pueda ocasionarle con esta pregunta, ¿es usted huérfano? ¿No fue abandonado poco después de nacer? ¿Podrá contestarme, señor? Si los sentimientos humanos van hasta las plantas del Señor, pueden también llamar a los corazones distantes a los cuales se les dirige. Sírvase contestar a la señorita Josefina Melcion, lista de Correos, París.... ..  
.....

## LA HERMANA MARÍA DE LOS ÁNGELES

En 1827, encontré por los alrededores de la calle del Sena, de la calle de los Agustinos Menores, de la calle del Marais y sobre el puente de las Artes, a un anciano alto de cabello blanco, rostro ascético, es decir, enjuto y arrugado, y cuyos ojos tenían un aspecto tan joven, una vivacidad tan penetrante, que me asustaron al tiempo que me interesaban; le encontré especialmente por las tardes y alguna vez por las noches. Era muy alto, delgado, ligeramente encorvado, pero su constitución parecía sólida. Me decía a mí mismo que aquel hombre parecía un dominico del siglo XVI (... ..) venir a morir en París, agotado por horribles francachelas, en el sostenimiento de las cuales había gastado una pequeña fortuna. Aquel anciano, cuyos ingresos repartía a los pobres, aquel sacerdote al que ninguna desdicha dejó de alcanzarle, que servía de canal a las secretas obras de caridad de las almas piadosas de todo un distrito, dejó a una sobrina de unos cuarenta años de edad en la más profunda miseria, frustrándole su herencia. Antes de la revolución había sido director de un seminario, había leído y estudiado mucho, era inteligente y educado, siendo notable por su bondad e indulgencia auténticamente angélicas. Vivió un año de más, y, ciertamente, enterró en su tumba al más encantador, al más auténticamente poeta de todos los jóvenes a quienes he conocido. Dicho joven vivía en una mísera casa situada en la parte más oscura de la calle Mazarino, esa parte vecina del Instituto. Ocupaba una sola habitación con vistas a la calle, pero en aquel lugar la calle está limitada por las altas y negras murallas de los edificios en los que suelen vivir los artistas que concurren a los Grandes Premios de escultura, pintura y arquitectura. No existe en París un lugar más sombrío. Un hombre de imaginación enfermiza, de carácter excitable, podría allí perfectamente terminar suicidándose. Ciertamente si la policía de una ciudad como París, fuera lo que debiera ser, procuraría salubricar, airear, aquellos lugares, de los que necesariamente salen locos o criminales. El cansancio de la vida y el crimen son raros en las ciudades bien planeadas, de agradable aspecto, en las que el aire circula barriendo los malos olores que agostan los sentidos. Una fría noche, el joven se despertó sobresaltado y vio a aquel anciano en camisa, con los ojos abiertos y fijos. El abate, en el que la juventud se había vuelto a apoderar de él en forma ardiente, se había vuelto sonámbulo. Explicó con frases dignas de Marcial y con horrible poesía, su libertinaje, que enaltecía con su dicción perfecta y con un gesto que ningún actor, por insigne que fuera, habría podido tomarsele como punto de comparación. Aquel anciano impuro y enfermo, aleccionaba al cándido joven. Las dos primeras apariciones de aquel espectro impresionaron tan violentamente al pobre escritor que desde entonces sus amigos le encontraron totalmente cambiado. Tenía bastante familiaridad con él para preguntarle sobre su estado evidentemente febril, nebuloso, y me respondía hablándome de aquel

anciano que yo conocía de vista, contándome singularidades (... ..) más o menos calurosamente los sentimientos que le conmovían. Nos habló de los placeres con un lenguaje perfectamente bíblico, con una intensidad de gesto, de la cual únicamente las actitudes de determinados personajes de Rembrandt pueden dar una idea exacta; ya sabéis, aquellas figuras que parecen derramar vida y luz, como la de Jesús resucitando a Lázaro, o la de san Juan predicando en el desierto. ¡Era Lucifer en la agonía! Hizo aparecer, en medio de su fantástica narración, una figura de santa, una mujer adorada descrita con unas pocas frases, y con una tal suave poesía, esbozada rápidamente con rasgo de fuego, como para hacerse idólatra de la desconocida; la hizo emerger del fondo tenebroso de su poema horrible, con el genio particular que marca las creaciones visibles e indiscernibles, intangibles y reales, del sueño. Sus manos terminaban de expresar la forma de la cual su palabra daba la idea. Comprendí la pasión del cazador que se había apoderado del testimonio de aquel fenómeno. Si estuviese menos ocupado de lo que lo estaba entonces hubiese continuado el estudio del más raro accidente de la fisiología humana. El anciano murió y no volví a oír hablar de mi amigo más que para enterarme de su fallecimiento. Aquel año de 1828-1829, fue, para mí, marcado por los más raros acontecimientos. En la época en que vi a este singular anciano, otro de mis amigos me mostró en el mismo barrio, en el Café de Londres, en la calle de Jacob, a un joven inglés cuya belleza únicamente podía ser comparada a la de Antínoo. Aquel joven, cuyos modales revelaban una cuna, las costumbres derivadas de la fortuna y una esmerada educación, iba todas las noches allí, se sentaba en un rincón, y bebía vino y licores hasta que se caía de borracho. Un criado se lo llevaba en un coche de punto. Dicho joven guardaba siempre un silencio absoluto; el camarero sabía lo que tenía que servirle. Falleció al tercer mes sin que nadie, entre los que se interesaron por él, pudiera llegar a conocer las causas de aquel espantoso suicidio. Muchos hombres que luego han sido célebres iban a aquel café; conocía a muchos y les conté la historia del anciano sacerdote apóstata del cual habían, tan bien como yo, observado su rostro; mi narración dio lugar a que cada uno de mis amigos me explicara todas las cosas raras las cuales, en aquellos momentos era París su escenario, y quedé atónito, por no decir estupefacto, del número increíble de cosas curiosas, de extrañas aventuras, de novelas construidas por la casualidad (... ..)

# LA FRELORA



## ESTUDIO FILOSÓFICO

A pesar de la comicidad extraña de la novela de Scarron sobre los cómicos, con que parece haber agotado la materia, quedan todavía muchas cosas que decir sobre la situación de esta infortunada profesión a mediados del siglo XVII. Las guerras de la Fronda, extraordinariamente perjudiciales para el desarrollo del teatro en París, lo fueron aún mucho más en provincias. La paz era necesaria a las compañías ambulantes para poder transportar su abigarrado material de una ciudad a otra. Hasta el reinado de Luis XIV los caminos habían estado tan descuidados que les era casi imposible a los cómicos trasladarse a ciudades que no fueran capitales de provincia, cuyas comunicaciones con París, mejor cuidadas que las de las otras ciudades, les permitían viajar. Hasta dicho reinado, la diversión del teatro fue privilegio reservado exclusivamente a los reyes o a los grandes señores cuya posición era equivalente a la realeza en cuanto a medios pecuniarios.

Durante unos cincuenta años y hasta el día en que se levantaron dos teatros rivales en el Palacio de Borgoña y en el Marais, existió en Francia todo un mundo errabundo en el que vivían aquellos extraños personajes que Callot ha grabado maravillosamente en todas las imaginaciones y que últimamente el genio de Hoffmann, el berlinés, ha descrito con un detenimiento digno del artista lorenés. En tiempos del cardenal de Richelieu, el teatro francés contaba en París con muy pocos talentos célebres, no porque hubiese escasez de talentos, sino porque más que cualquier otra clase de artistas, los actores tienen necesidad de tiempo, de estabilidad, para hacer progresos, y practicar diariamente para alcanzar su madurez. Las guerras de la Fronda disiparon las esperanzas que los súbditos reunidos en París empezaban a abrigar, así como a los autores destinados a penetrar en los siguientes siglos no hicieron su aparición más que en el momento en que Moliere, Racine, los dos Comedle y otros comediógrafos desconocidos en nuestros días, pudieron asentar la escena, en fin, cuando los cómicos, protegidos por la afición general al teatro consiguieron privilegios y edictos promulgados en su favor.

Antiguamente, el mundo de los cómicos tenía mucho del mundo de los gitanos, señalado como estaba por la excomuni3n reclutado necesariamente entre los saltimbanquis, los desertores, los hijos de familia arruinados, todos gentes de saco y cuerda, poco escrupulosos, constantemente perseguidos por los acreedores, burlándolos con ingenio, seduciendo a los magistrados a los que entregaban sus hermosas hijas, viviendo al día y luchando contra la adversidad de mil formas diferentes: la soldadesca, la intemperie de las estaciones del año, la indiferencia con que eran vistos a causa de las preocupaciones más graves que agitaron aquel siglo, la falta de dinero, y, en fin, los vicios que les habían hecho cómicos. No obstante, esa singular naci3n debió contar con personas inteligentes, con talentos extraordinarios de los cuales hablan varios contemporáneos aunque sin poder dar los nombres de los

que les proporcionaban placeres exorbitantes y espectáculos incomparables; todos los siglos han tenido sus Paganini, sus hombres del muñeco, sus Alejandros, sus imitadores del canto de los pájaros, sus Hércules del norte, sus cosacos interpretando piezas musicales con pedazos de madera y sus Comus. Pero el torrente de las guerras europeas, religiosas o civiles, arrastró todo recuerdo de aquellos fenómenos. De tal modo arrastró el recuerdo de los más prodigiosos pródigos, que han sido necesarios todos los esfuerzos y dedicación de la ciencia para poder descubrir la experiencia realizada en el puerto de Barcelona, cien años antes de Papin, de un piróscrafo quemado por su inventor al que se le había negado el precio de su descubrimiento, en presencia de cien mil espectadores. ¿Cómo, pues, si se olvidaban tales resultados de la ciencia, podía conservarse la memoria de los grandes actores que representaban las obras de Hardy, el Lope de Vega que precedió al siglo de Luis XIV, glorioso ciclo en el que encerramos las obras debidas a la protección concedida a las letras y a las artes por el cardenal de Richelieu?

Hardy, autor de unas quinientas piezas teatrales, de las cuales sólo han llegado hasta nosotros algunos títulos y algunos análisis, un ingenio que competía en fecundidad con los españoles, y que necesariamente ha producido a un nivel semejante más de una obra maestra, disputaba entonces a los recién llegados los teatros de provincias. Hoy sabemos, sin duda alguna, que sus piezas teatrales incrementaban su extensión al pasar de granja en granja y se le añadía una escena, cómica o trágica, un *lazzi* divertido, un detalle drolático. Los temas pertenecían al caudal común de las mil narraciones árabes, italianas, francesas, o españolas, sacadas de todos los acontecimientos curiosos, públicos o privados, recogidos por los cuentistas de estas cuatro naciones, mucho más literarias que todas las demás. De modo que aquel teatro, hoy en día totalmente perdido, obras y actores, era eminentemente ingenuo; había conseguido agotar formas e ideas, plegándose al gusto de cada nacionalidad. La chanza dirigida en Picardía contra los borgoñones, era devuelta en Borgoña contra los picardos. El espíritu tan alegre de todas y cada una de las provincias francesas dejaba en ellas un cierto sabor ingenioso, un pensamiento intensamente sentido: de todo ello nos ha quedado la admirable farsa del abogado Patelin, una de las perlas de nuestro teatro. Este estado de cosas fue lo que, sin duda, provocó el sistema de idealización adoptado por Corneille, Racine y Molière, los cuales, en este aspecto, pueden considerarse como innovadores. Esta generación de actores desconocidos dio, a no dudarlo, los siete u ocho grandes artistas que fueron los intérpretes de estos tres poetas y que crearon la tradición de la comedia francesa.

Estas consideraciones conciernen a dos de los personajes de esta historia que llegaron a ser, bajo otros nombres, ilustres cómicos, después de muerto el cardenal Mazarino. En la época en que los situamos, el registro civil solamente existía para la nobleza. La gente del pueblo cambiaba impunemente de nombre. Este sistema permitía a más de un criminal, de un gitano, o de un cómico, sustraerse a la acción de la justicia e iniciar una nueva existencia. El desfavor que recaía sobre una compañía

de cómicos procedía especialmente de la casi seguridad que tenía el público, el estado y la justicia, de que los cómicos eran gente inmoral. Ningún noble podía ingresar en el teatro sin antes haber perdido sus bienes y su honor, y las virtudes de los burgueses tanto como su honor prohibía también ingresar. Los motivos que determinaban a un hombre y, sobre todo, a una mujer, a lanzarse a aquella vida totalmente aparte de las demás condiciones sociales, eran pues, con toda seguridad, algo vergonzoso. De aquí la justa reprobación aneja a la profesión de comediante que ningún edicto fue capaz de borrar.

Tales causas de menosprecio han subsistido hasta nuestros días, con más o menos razón. Es difícil, por no decir imposible, estar riéndose de un hombre y apreciarle, sentir respeto hacia una mujer por la mañana, cuando por la noche os ha estado enseñando las piernas, y más aún, si le es posible, enseñáros las a la luz de las candilejas. En todos los tiempos y en todos los países, la profesión de actor, de actriz, de bailarín y de bailarina, ha sido considerada como infamante, y no obstante ello, los artistas han sido admirados, pagados y aplaudidos. Los que han llegado a alcanzar las más altas esferas del arte, los geniales, han recibido homenajes que les distinguen del resto de sus compañeros. ¿Por qué este contrasentido? ¿Se trata, realmente, de un contrasentido? Es esta una cuestión que debe tratarse en otro lugar. Limitándose a lo que afecta a esta historia, nos está permitido decir que tanto el arte como la sociedad, salen perdiendo por partes iguales con la pretendida moralidad que amenaza con invadir el mundo de los cómicos. Las mujeres y la poesía (también). Las actrices jamás podrán convertirse en honorables burguesas y abdicar de la realeza de su camerino, las extravagancias de su lujo y los placeres que las hacen objeto de tantas envidias. Esos ídolos para los cuales se edificaban templos serán las cuarteronas de las buenas y de las malas costumbres.

Las razones que en otros tiempos hacían de un truhán un buen actor habían influido, seguramente, en la vida pública o secreta de los curiosos personajes encerrados en el granero de una miserable casa de Blois como arenques en un barril y que pertenecían a una compañía de cómicos de la legua. Aquella casucha, hendida por numerosas grietas y situada en una callejuela de la ciudad alta, era una antigua casa de prostitución abandonada a gentes sospechosas y a deudores que se veían obligados a esconderse de sus acreedores o de la justicia. En la planta baja vivía una pareja de mal aspecto, un tabernero y su mujer, entre los cuales no pasaba una noche sin que se entablara una batalla, y que daban cobijo, según se decía, a malhechores. Transcurrían los primeros días del mes de abril de 1654, y el alba arrojaba su resplandor sobre las cuatro paredes de basto adobe. El techo de bálago ofrecía a la vista un plano color verdoso recubierto de vegetación, de hierbas, de ruibarbo, de musgo y de las hermosas manchas blancas o amarillas del *sedum* de la vid. El suelo era de arcilla mezclado con borra. Tres maletas, casi vacías, respondían del alquiler. En aquel chiribitil no se cumplía ninguna de las ordenanzas sobre hostelería, siendo el viento más escuchado que el propio rey. La justicia tenía por lo menos un espía en

el matrimonio del tabernero, siendo sin duda tolerada aquella ratonera por el lugarteniente de lo criminal ya que, como es sabido, Blois era una ciudad que pertenecía a la corona.

—¿Nos dejaremos morir de hambre sin intentar un golpe? —decía un joven de cara agradable y de buena presencia, levantándose de su cama de paja—. Amigo Lafeuillé, si tienes algo de valor y si no temes a las galeras del rey ¿por qué no me acompañas a ver si tenemos algo de suerte?

—No sabríamos hacer nada mejor —respondió Lafeuillé con voz ronca y cavernosa—. ¡Las galeras! ¿Es que no estamos ya en ellas? Pero las ocasiones de robar no se presentan con tanta frecuencia como deseamos. Como aquí hay pocas cosas que poder quitar y pasan pocos señores ricos por los alrededores de esta choza, y menos aún burgueses, lo mejor que podemos hacer es bajar a la ciudad, donde por lo menos podremos respirar un poco de aire. Si tuviésemos trajes a propósito para poder convertir a la Frelora en una campesinita, o en la hija de un burgués y nosotros pudiéramos disfrazarnos de honrados padres, intentaríamos alguna aventura. Ella te ama lo suficiente para ayudarnos, Fleurance.

—Si lo que deseas es perder a alguien —exclamó un tercer personaje sentándose en su yacija—, llévate a la Girofla y no metas una niña entre las garras de la justicia. La Girofla es todavía bastante hermosa para despertar pasiones.

—Este Verrajo es como el público, encuentra siempre de más a una mujer —dijo Fleurance sacudiendo una vieja manta y cepillándola con la manga de su jubón.

Como la Girofla dormía, el epigrama del galán joven no la despertó, felizmente para la tranquilidad pública.

Fleurance, el guapo de la compañía, poseía todas las cualidades exigidas por su empleo: proporciones armoniosas, cara agradable, nobleza en el porte y en el ademán, maneras simpáticas, es decir, la elegancia que la imaginación espera de todo enamorado. La palidez mate de su tez hacía que se destacaran sus magníficas pestañas negras, el bigote y una perilla frondosamente poblados. Sus ojos de un azul brillante no se habían empañado todavía con la intemperancia y las miserias de la vida errabunda; pero de día eran mucho menos expresivos que a la luz de las candilejas cuando el maquillaje realzaba la intensidad de la mirada. El corte de su frente recordaba el de las estatuas griegas. Por último, ni sus manos ni sus pies carecían de distinción. El timbre de su voz era fino y sonoro como un metal bien templado. Sus ojos, rodeados de una zona cutánea más oscura que el resto de la tez, sus párpados, ponían de manifiesto la existencia aventurera del joven, la vida del bohemio.

Lafeuillé, el hombre con quien Fleurance iba a partir, era su fiel camarada, una especie de grosero soldadote, muy discreto sobre su vida anterior, dotado de una comicidad natural cuyo principio fundamental era una tranquilidad imperturbable, conquistada sin duda a costa de los peligros evitados o debido a su hábito a los castigos judiciales. ¡Nada había en el mundo que pudiese alterar a Lafeuillé, ni un

elogio a quemarropa, ni un puntapié ya sabéis donde! Su rostro amarillento tirando a color de bronce, podía hacer muecas a voluntad, aunque fríamente, con una increíble perfección y rapidez. La mirada parecía reírse de cada mutación de la cara y burlarse. La gran superioridad de los cómicos proviene de ese poder que pone de manifiesto la existencia de dos hombres en uno solo y permite a Scapin llorar ante Geronte, advirtiendo a los espectadores que va a mistificar al anciano, Lafeuillé tenía una agilidad más que notable, a pesar de ser bajo, ancho y fuerte. Carretero, mozo para toda clase de trabajos duros, comparsa de la compañía, ciertamente no robaba el nombre de su empleo, pues Lafeuillé era una auténtica utilidad. Por otra parte, poseía más decisión que valor, sacaba fuerzas de la perpetua necesidad en que se hallaba, reconociendo su interés como razón suprema de sus actos. Lafeuillé podía tener unos cuarenta años, sus cabellos empezaban a encanecer, su frente era despejada y arrugada. Su facilidad en contraer el rostro, denotaba una vida de pobre, amenazador y amenazado alternativamente, de ladrón de ocasión, hombre honesto por simple pasatiempo, hoy en un escenario, mañana en manos de la justicia. Sabía montar y desmontar los decorados con una habilidad que probaba que sus dedos se habían ejercitado en alguna tienda de artesano. Sin duda lo había intentado todo pero en nada le había sonreído el éxito. Su voz era formidable, desempeñando a las mil maravillas los papeles de pastor, de ladrador o de portero. Sabía arrancar muelas. Tenía unas manos de acero, anchas, macizas y peludas. Su memoria era fiel, no olvidaba ni una palabra de los papeles que le confiaban, y más de una vez había interpretado superiormente los de rey o emperador. Sus facultades de cómico, incomprendidas por sus camaradas, no eran apreciadas más que de tarde en tarde por gentes de gusto.

La fuerza, la fealdad, la decisión, de aquella carne de horca explicaban la amistad del joven hijo de familia oculto bajo el nombre de Fleurance con el escapado de la cárcel escondido bajo el de Lafeuillé. Fleurance era cobarde, blando, miedoso. El uno era útil al otro, recíprocamente. Ni el uno ni el otro tenían sentimientos. Fleurance echaba a suertes, por así decirlo, a las mujeres; poseía una seducción invencible y magnética cuyo secreto no se había preocupado de averiguar. Una vez en el escenario, estaba sublime. Las candilejas daban a su tez, realzada por el maquillaje, un brillo sorprendente, sus cabellos negros relucían, sabía jugar perfectamente con los ojos que parecían dos estrellas, conocía a la perfección los gestos que expresan la pasión, las inflexiones de la voz más apropiadas para cada escena. Aquel juego puramente plástico, alcanzaba en él su más alto grado de desarrollo. La manera sumisa con que se arrodillaba a los pies de la actriz, arrancaba aplausos, era imposible ser más noble en el amor, más caballeroso en el gesto, más grande en su sumisión. Su voz acariciadora llegaba al alma cuando recitaba las estrofas de su pasión, sabía modularla, hacerla vibrante, comprimirla, suspiraba como nadie ha suspirado en el teatro. Ningún galán joven ha cogido a una actriz por el talle o de la mano como lo hacía Fleurance. Se han debido a él las tradiciones del *Cid* en el teatro francés. Finalmente, bajo el último nombre que adoptó en París, fue maestro del gran

Baron, que se apropió de todo el talento de aquel genio olvidado, aparecido en días demasiado agitados para permanecer en la memoria de los hombres. Lafeuillé encontraba siempre provecho en favorecer los amores de Fleurance, cuya suerte en este aspecto de la vida era notable. La nulidad de espíritu, el vacío desesperante del alma de Fleurance, provenía quizá de la constante disipación de sus fuerzas, las cuales no usaba, por otra parte, más que en su propio interés. En las mujeres que se enamoraban de él no veía otra cosa que una pasión para ser explotada: conseguía buena mesa, ropa interior de fina tela, buenos trajes, anillos y regalos que desaparecían con la misma facilidad que los obtenía.

Lafeuillé siempre ganaba algo por velar por la felicidad de su amigo. Entregándole dinero sin ceremonia alguna, las camareras unían a él ciertas instrucciones; en compensación, el viejo tunante las enseñaba a disipar cualquier sospecha, a alejar los maridos; les contaba cuentos y chismes graciosos, y a veces las robaba un poco para agudizar su desconfianza. Lafeuillé era jugador y bebedor, dos lazos de unión más que le ataban a Fleurance: el lindo actor cultivaba los dados y la botella; pero lo que más contribuía a unirles, era su manera de corregir al azar. A pesar de estas ventajas, como vivían en una época en que todo el mundo sabía hacer trampas, su habilidad se parecía a aquella de los duelistas famosos que terminan por caer bajo la punta de una espada: caían muy frecuentemente. Muy frecuentemente también, sus propios triunfos les colocaban en una situación peligrosa. En caso de querrela, el temible Lafeuillé se encargaba del combate, que a veces terminaba de manera que obligaba a toda la compañía a abandonar el lugar rápidamente sin pagar sus deudas, además de dejar insaldado el agravio. En esta clase de aventuras, Lafeuillé se mostraba admirable, desmontaba los decorados, encontraba caballos para transportar el equipaje, carruajes para las actrices, desplegando una actividad, cuya fuerza impetuosa lo dominaba todo. En aquellos momentos era imposible imaginar que Lafeuillé, en reposo, fuese un hombre totalmente carente de inteligencia.

La mayor parte de las provincias estaban vedadas a la compañía del señor Picandure, así se llamaba el director de estos comediantes, sea por tener alguna cuenta pendiente con la justicia, sea a causa de algunas deudas. En este momento, sólo le quedaba por explotar la región situada en el oeste de Francia. Picandure, en su calidad de director y jefe de la compañía, interpretaba los papeles de padre noble, de financiero. Se había instalado en el Mesón del Sol, situado en el muelle de la orilla derecha del Loire, con todo el material de la empresa, su mujer y Devolio, el *gracioso*, encargado de los paneles de gran librea, de crispín, de matamoros, de capitán y de otras máscaras del antiguo teatro. La señorita Picandure, esposa del director, desempeñaba los primeros papeles bajo el atractivo nombre de Rosalinda.

Nadie pudo saber jamás qué había sido el señor Picandure: hablaba perfectamente el italiano, el español y el francés, estaba en posesión de mil secretos de física y química e inspiraba a sus asociados un respeto formidable, pues le consideraban en

contacto con todos los ladrones y con todos los bohemios de Francia y de otras naciones. Cuando la compañía cómica se encontraba en un mal paso o se estaba a punto de ingresar en la cárcel, Picandure, en vez de huir, corría valerosamente a ver al teniente de lo criminal, al preboste o al bailío, según la jurisdicción del lugar, y regresaba de la entrevista blanco como la nieve. Solamente empleaba la huida en situaciones poco importantes, ante las baterías, una paliza o las deudas. Los cómicos estaban positivamente hechizados por aquel hombre de aspecto estrambótico que les amenazaba con poner en acción poderes sobrenaturales: los cómicos de aquellos tiempos únicamente creían en brujos y brujas.

En aquellos momentos, Picandure, Rosalinda y Devolio, resistían en el *Mesón del Sol de Oro*, esperando una casualidad cualquiera. En la caja común no había ni veinte sueldos, había empezado ya la quincena de Pascua, y en aquella región, esencialmente católica, el teatro estaba de vacaciones. De modo que, para no aumentar la cuenta y los gastos, Picandure había tenido que mandar a los elementos de su compañía a la choza de la ciudad alta, conservando a su lado únicamente a su mujer y a Devolio. Para poder conservar su crédito y su dignidad ante el mesonero, había mandado ostensiblemente a Lafeuillé al Perche con el pretexto de recuperar los caballos para cargar el equipaje, mientras el resto de la compañía había sido avisado para que le acompañara a Amboise, Tours, Le Mans, Alençon, Mayenne. Angers y otras ciudades en las que los cómicos consideraban había alguna posibilidad de éxito. Picandure había indicado también a su gente que se disfrazaran como los habitantes de Blois con los que habían mantenido alguna relación, a fin de que no pudieran reconocerles.

Realmente, nadie hubiera podido identificar al brillante Fleurance al ver al mísero soldadote que había en el chiribitil de la ciudad alta. Por más de una razón, se había embadurnado la cara con una cocción de nuez que le daba el aspecto de un vagabundo tostado por el sol de los caminos, se había ennegrecido los dientes, puesto una peluca de cabellos lisos, encasquetado un sombrero gris de anchas alas provisto de un penacho de plumas de gallo, enfundado una chaqueta de color verdoso que había pertenecido a algún soldado del regimiento conocido por de las Puertas Cocheras enviado en otros tiempos a combatir a Mazarino, una bandolera con espada con guardas, unas botas miserables, calzones de campesino, una chaqueta de piel de gamo en la que faltaban la mayor parte de los botones y que dejaba entrever una camisa de burda tela amarilla. Semejante atuendo lo acostumbraba a llevar el galón joven en algunos personajes de Callot que ofrece al espíritu los tipos más variados: un mendigo, un soldado, un valiente, un matamoros, un vagabundo, siendo todos los detalles tan naturales que el personaje podría pasar ante los ojos de cualquiera sin que se diera cuenta del engaño.

Lafeuillé llevaba una blusa de carretero. Su cabeza casi desaparecía bajo un inmenso sombrero de fieltro propio de los campesinos. Al verle con sus polainas de tela blanca, llenas de barro, que le subían hasta las rodillas, sus gruesos zapatos y sus

pantalones largos, cualquiera, al pasar, le hubiera dicho: «¡Buenos días, buen hombre!» El buen hombre llevaba en el cinto un cuchillo que era como un puñal y en la mano un látigo con el cual podía defenderse contra dos hombres que sólo emplearan espadas. Los dos cómicos, obligados a salir de la choza por la misma razón que obliga a los lobos a salir del bosque en medio de un invierno de nieve, bajaron a la ciudad decididos a encontrar almuerzo, cena y dinero. Cuando Fleurance y Lafeuillé hubieron bajado a trompicones la escalera de madera podrida que llevaba a la planta baja de la taberna sobre la puerta de la cual campeaba un letrero en letras rojas, en el que podía leerse: *El Angel de la Guarda*, el Verraco, como si se hubiera quitado un peso de encima, miró a la criatura dormida al lado de su mujer, llamada Frelora.

Frelora es el nombre de un baile citado por Rabelais y probablemente bastante indecente; la desconocida era una excelente bailarina. Frelora también significa, en francés antiguo, *perdida*. Tal vez todas estas ideas habían influido en darle aquel nombre de guerra, nombre que la misma Frelora cambió más tarde por otro que se hizo célebre. En el momento en que había solicitado formar parte de la compañía contaba dieciséis años, había salido de Castelnaudary cuando la *troupe* estaba a punto de levantar el campo, la había seguido durante toda una noche y se unió a ella sin querer decir las razones que la impulsaron a un acto tan desesperado. Hacía cuatro años que vivía con aquellos excomulgados. Todo hacía creer que Picandure había convertido a esta infeliz muchacha en su amante durante unos dos años, aproximadamente. Durante todo este tiempo había sido cuidadosamente guardada por los celos del viejo brujo que, por una simple sospecha, habría sido capaz de envenenar al mejor de sus actores. Aunque el gracioso de la compañía había sentido deseos de suceder a Picandure cuando el director se cansó de la Frelora, esta muchacha se vio preservada por otros celos, los de Rosalinda, un marimacho tan temido como su augusto esposo, más terrible que él, gran trágica en el escenario, en la ciudad, en el campo, en el camino real, de complexión vigorosa, que se había atribuido a sí misma a Devolio. Esto explica el porqué el cómico se había quedado con ella en el Sol de Oro. Picandure sabía demasiado de la vida para intentar separar a su mujer del amante de ésta. El aprovecharse de una mujer sin obtener lucro, le parecía a Fleurance un trabajo inútil y, además, la Frelora no le gustaba excesivamente. Lafeuillé era un viejo diablo cocido y recocado en todas las sartenes del infierno, y hacía ya mucho tiempo que había alcanzado aquel grado de insensibilidad al que llegan los grandes diplomáticos, los reyes y los financieros, que sólo encuentran emoción cuando están sentados alrededor de un tapete verde o en una borrachera. La Girofla, la Rosalinda, Picandure y Lafeuillé estaban demasiado convencidos del valor de aquel brillante para permitirle una intriga sin compensación, de modo que los pensamientos cupidos guardaban por aquellos días a la Frelora con tanto cuidado como lo había estado durante cuatro años. A lo largo de las marchas vagabundas de la compañía, ningún hombre le había, por otra parte, inspirado deseos



ni pasión. Después de haber tenido que soportar a Picandure, la libertad le había parecido algo tan maravilloso que vivía como una religiosa en medio de aquel grupo de gente disoluta. Si algunos observadores consideran que era aquel un estado de casi contra natura en una cómica, una última consideración podrá explicárselo todo. La Frelora adoraba a Fleurance, sin que ninguno de aquellos ingenios lo percibiera, excepto uno. Este hombre era el Verraco.

El *Verraco* pertenecía a la clase burguesa. El pobre diablo había adorado la profesión de cómico al asistir a una representación de Mirama en el palacio Cardenal. Aunque era hijo de un fabricante de calcetines y medias, lo había abandonado todo para hacerse actor, considerando que el arte del teatro era la más hermosa de todas las artes. Todo alma y corazón, no había querido causar un disgusto a sus padres apareciendo en un escenario de París, por lo que se había lanzado a recorrer las provincias. Se había encontrado con Picandure en Meaux. Picandure, que le dio el apodo de el *Verraco*, se hizo con él gracias a hábiles halagos, prediciéndole un glorioso porvenir en la escena y ofreciéndose para enseñarle todos los secretos del oficio. Picandure no le enseñó otra cosa que el fondo de su bolsa, pero esto se lo enseñó con mucha frecuencia. El padre y la madre del *Verraco* fallecieron en el momento en que su hijo se había enamorado de una amante de Picandure, la Girofla, sin duda encargada de atraer la herencia hacia la caja de la compañía, misión que cumplió maravillosamente bien. Merced a los escudos amasados pacientemente por el calcetero y su esposa, la compañía pudo tener vestidos en abundancia y un material imponente. El *Verraco* era un hombre honesto, el único de la compañía; así todos se escondían de él. Picandure y sus dignos acólitos le engañaban sobre el importe de las taquillas obtenidas. Todos inventaban desgracias que contarle. Aquel excelente hombre se había unido a los bohemios de la farándula por creerles mejores de lo que en realidad eran. Después de haberles permitido devorar su fortuna, seguía a su lado como el jugador continúa al lado de la mesa en la que lo ha perdido todo, como un rey conserva a su favorito, como un financiero conserva la tierra en la cual ha enterrado sus tesoros en construcciones, en embellecimientos, sentimiento inexplicable, pero auténtico. Por último, debemos decir que estaba enamorado en secreto de la Frelora, había sentido miedo de Picandure, pero en cuanto aquel temible rival abandonó la plaza, intentó hacerse querer, deseando sacar a aquella muchacha encantadora del teatro, llevársela a París y formar una familia, con lo cual tal vez consiguiera hacer las paces con sus parientes los cuales posiblemente le ayudarían a poner una tienda de confección de medias. El bueno del *Verraco* tenía cuarenta años y hacía ya doce que llevaba la errabunda vida de los cómicos de la legua, era totalmente indiferente a la Frelora que aceptaba sus cuidados sin darle nada en compensación y que no mordía el anzuelo cuando le hacía alguna alusión a una situación estable; le contestaba desabridamente cuando intentaba volverla a ideas convenientes y cristianas. En la vocación de ella había algo de fanatismo, tenía como una premonición de su brillante porvenir. Su pasión por Fleurance sostenía en ella el

fuego sagrado.

Insensiblemente, el bueno del *Verraco* había ido aceptando todas las miserias, todos los vagabundeos, todas las marchas súbitas, las disputas de la compañía y había descendido al nivel de aquella gente, sin saberlo. Desde hacía tiempo no se preocupaban de hablar claro delante de él, y el pobre hombre levantaba los ojos al cielo pidiéndole perdón por aquellas impiedades, tomaba nota de los gastos no pagados, reconvenía suavemente a los recalcitrantes, defendía a sus camaradas que le usaban como calmante y lo aplicaban al público y a los acreedores. Tenía una cara bastante ridícula, bastante vulgar, sin nada característico ni destacable. Sus ojos parecían dos ojos artificiales. Carecía de empaque, pero declamaba bastante bien, muy enfáticamente, y sin matizar, como lo suelen hacer todas las personas sentimentales y con buen corazón. Picandure sabía cómo sacar partido del *Verraco*. En primer lugar, nunca se le había visto borracho y a menudo había conseguido aplacar las tempestades levantadas por el estado de la *troupe* cuando había sido demasiado bien tratada por algún gran señor, por algunos ricos aficionados al teatro. Frecuentemente, el *Verraco* había tenido que arengar y hacer que se callaran los bromistas que se divertían intentando hacer fracasar una representación.

El bueno del *Verraco* se quedó en aquel granero que el sol de abril doraba con sus rayos, contemplando a la joven cómica dormida. Tendida sobre la paja, completamente vestida como una hija de un artesano pobre, la Frelora tenía puesto un gorro que ocultaba los más hermosos cabellos negros que puede producir el Languedoc, cuyos bordes se habían pegado sobre la piel de la mejilla durante el sueño; a pesar de su tez morena, su epidermis tenía una extraordinaria sensibilidad. Ningún arrebol matizaba aquel color de la piel, parecido al de la *vitela*<sup>[14]</sup>, cuya suavidad, cuya finura, podía notarse con sólo rozar su sedosa piel. En todos los sitios en que, como en todas las cabezas, la piel se conserva más blanca, como es alrededor de las orejas, en las sienes, debajo de los ojos, en los contornos de las mejillas, podían verse las redes azuladas de los vasos sanguíneos, semejantes a delicados filamentos de alga marina. Los ojos, provistos de largas pestañas, eran de un negro de terciopelo, brillantes aunque dulces, y la córnea tenía un tono azulado que armonizaba con el color salvaje de la pupila. Solamente eran rojos en aquel rostro las ventanas nasales y los labios. Pero su belleza más extraordinaria era la blancura de sus dientes, lo igual de su forma, su limpidez, la brillantez del esmalte. El tono de aquellos dientes, casi transparentes, era el del marfil, pero de un marfil sin mácula ni defecto. Su rostro era extraordinariamente delgado, cansado, apasionado. La Frelora era de talle esbelto, brazos delgados, su cuerpo, frágil; parecía un egipcio de quince años, el busto, plano, sus hombros no presentaban ninguna redondez, y su cuello participaba igualmente de aquella etisis. Sus manos eran graciosas, pero sus pies eran los de una bailarina. Todos estos defectos, que explican el rápido abandono de Picandure y la indiferencia del joven primer galán, no impedían que la actriz causara su efecto cuando aparecía en escena; emocionaba profundamente, tenía algo que la hacía brillar ante las

candilejas, especialmente cuando Lafeuillé las espabilaba bien; de modo que ningún hombre salía del teatro después de haberla visto actuar sin recordarla intensamente. La debilidad del cuerpo, desmentida por la riqueza de aquella cabeza, la voz profunda y vigorosamente timbrada, el aspecto de sufrimiento y de pena que no lograba domeñar del todo un fondo salvaje, todo en aquella muchacha hacía que la gente se interesara por ella. Estaba sublime en los papeles en los que representaba a una princesa de Oriente, a una sultana, a la hija del califa, uno de aquellos curiosos papeles que pululan en todas las obras de Hardy. Las ricas vestiduras en las que la quincalla y los bordados brillaban con mil reflejos, le sentaban maravillosamente.

La Girofla, mientras tanto, roncaba con tal intensidad que hacía saltar los pedacitos de la paja mezclada con arcilla roja con lo que estaban construidas las paredes de la casa.

—¡Ángel de belleza! —dijo el *Verraco*—. ¡Sería capaz de dar la vida por ti!

—Me quedo con ella —dijo la Frelora que no había querido parecer despierta—. ¡De modo que ya puedes morirte de una vez, pues me aburres y fastidias hasta el colmo! Tengo hambre, ve a buscarme algo que comer, esclavo. ¡Roba, mata, haz lo que te parezca, pero no dejes de traerme una buena comida pues tengo hambre! ¡Oh, unas buenas salchichas con manteca!

—Estamos ya en Semana Santa —dijo el *Verraco*.

—¡Pues una lamprea en salsa negra! —dijo la Frelora—. O me voy a pedir limosna por las calles.

—Procura no despertar a la Girofla, reina de mi corazón, pues si despierta querrá quedarse con la lamprea.

—¿Entonces, piensas traerme una lamprea?

—¿No lo quieres tú así?

—¿Dónde está? —preguntó la Frelora abriendo de par en par sus hermosos ojos.

—Voy a procurármela.

La languedociana se cayó desesperada sobre la paja y el *Verraco* empezó a vestirse. El pobre hombre cayó como un estornino sobre la ciudad de Blois, impulsado por una rabia ardiente del mismo modo que sus camaradas habían sido impelidos por una rabia fría.

—¿Nos hemos quedado solas? —preguntó la Girofla, al despertarse.

—Solas y sin pan —respondió la Frelora—, pero el *Verraco* ha ido a la ciudad a buscar pitanza.

—¿Sin tener dinero? Ya podemos volver a dormimos, que el pobre hombre ése no es capaz de meter fuego en el Loire; los ciudadanos de Blois nada tienen que temer.

La Frelora y la Girofla, hundidas en la paja como nísperos, maduraron sus reflexiones (... ..)

# VALENTINA Y VALENTÍN

La calle de los Marais, situada al principio de la calle del Sena, en París, es una horrible callejuela, rebelde a todos los embellecimientos de la ciudad realizados por los modernos ediles, con una lentitud tal, que puede llegarse a creer que la administración tiene como verdadera misión frenar ese entusiasmo inherente al modo de ser galo, conocido en Italia con el nombre de *furia francesa*. Un historiador de las costumbres debe hacer notar que la ciudad de Londres instaló la iluminación a gas en solo dieciocho meses, mientras que, al cabo de quince años únicamente la mitad de París está iluminada por dicho milagroso procedimiento. La calle de los Marais forma parte de la mitad que conserva los anticuados reverberos. Con los ferrocarriles seguramente sucederá lo mismo que con la iluminación a gas. ¡Y luego hablan de la rapidez francesa!

En dicha calle de los Marais existe un monumento precioso, la casa que en nuestros días lleva el número 15, donde Racine pasó toda su vida. Francia debió haber hecho aislar y conservar la morada de uno de los más grandes poetas dramáticos, con la misma devoción que Florencia demuestra por la casa donde vivió Miguel Angel. Esperando que nuestros concejales piensen en ello, que los cómicos separen una parte de las recaudaciones producidas por las obras de este genio para colaborar a dicho acto de piedad nacional, encontrarás aquí el aspecto actual de aquella casa donde suceden los acontecimientos narrados en esta historia.

La calle de los Marais es paralela a la del Sena, las casas con números impares quedan orientadas hacia el norte. De modo que en dicha calle, la que fue casa de Racine queda en esta cruel situación; pero la fachada amarillenta y triste se halla regularmente perforada por ventanas, con lo que se demuestra que, en otros tiempos, los propietarios o los inquilinos no tenían necesidad de asomarse a la calle de los Marais. Aquel cuerpo de edificio de dos pisos es poco elevado, su profundidad puede medirse por la de la puerta cochera y por la garita del portero que no tiene más de dos pies de longitud. Pero si se observa más atentamente la fachada, se descubre la cimbra de la puerta baja tal como era en tiempos de Racine. Estaba entonces situada en un ángulo de la casa, y casi que queda demostrado que la puerta actual ha sido practicada en una pieza de la antigua planta baja.

Al entrar en un patio bastante espacioso, se ve a la derecha una pared medianera, adornada con plantas trepadoras, y a la derecha, un edificio de una estrechez increíble aplastado contra la casa vecina. Se penetra en él, lo mismo que en el que está situado en la calle, por medio de una escalera de extraordinaria simplicidad, por no decir fragilidad, que no es de fecha más reciente, y que se inicia en el ángulo en que se unen los dos edificios. En el fondo, sobre las antiguas cocheras, ya que el destino de las cosas y de los lugares ha cambiado mucho con el tiempo, los propietarios han adosado contra la tercera pared medianera una construcción de dos pisos de altura, como las otras. Nada hay más triste y lúgubre que la parte de los pisos modernos que se encuentran en el interior de aquel patio, ya que las habitaciones, no más anchas de ocho pies, están orientadas al norte y no tienen otra vista que la que ofrece el cuerpo

de edificio que da a la calle. La casa está así, dividida en dos porciones que separa la escalera situada en la rinconera, la parte de los pisos del cuerpo de edificio que tiene fachada a la calle y los apartamentos contenidos en los dos cuerpos de edificio adosados a las paredes medianeras de la izquierda y del fondo. Las plantas bajas de aquellos dos edificios estrechos están ocupados por unos almacenes de papel. Construida pues sobre tres de sus lados, cerrada en el cuarto por una muralla de verdor y levantada en un rincón de una calle por la que raramente pasa un coche, aquella casa disfruta de un silencio casi claustral, y su orientación le presta el frío de los claustros. Hasta el primer piso las paredes son de piedra, a partir de aquel están construidas con adobes revestidos con una amarillenta capa de yeso. En casa de aquel armonioso poeta, no reina la menor armonía, cada uno de los cuerpos del edificio fue construido en épocas distintas, y es muy Verosímil que en tiempos de Racine, la casa contigua a la calle fuera toda la morada. Tal vez el enlosado patio fue un pequeño jardín, la fortuna de Racine no le permitía tener coche propio, caballos y cocheras en su casa. Por otra parte, la solidez de la parte situada junto a la calle da ciertos visos de veracidad a esta hipótesis. Las notas de Tallemant des Réaux indican que en aquellos días existían jardines donde más tarde se levantó el amplio palacio de la Rochefoucault, derribado actualmente, sustituido por la calle de las Bellas Artes. El follaje de los árboles de aquel jardín debieron formar como un hermoso telón delante de la casa de Racine en vez de las negras casas de la calle de los Marais. Quizás aquella morada no carecía totalmente de encanto natural. En efecto fue en 1825 cuando en el inmenso jardín interior empezaron a construirse los edificios destinados al comercio y a la industria. Al contemplar la casa de Racine, pueden descubrirse detalles que demuestran que aquello fue, en todo tiempo, una casa de las llamadas campestres. Las vigas del techo en el dintel de la puerta prueban que bajo la antigua puerta debía hallarse la entrada de un amplio vestíbulo y que una vieja escalera de caracol giraba sobre sí misma al fondo conduciendo a los pisos superiores, le que no carecía, ciertamente, de sencillez. Todo revelaba la burguesía modesta que celebró Moliere. Allí, nada hoy recrea a la vista, el gusto moderno no ha puesto los balconcitos de hierro forjado, ni su confort, ni sus pinitos de falso lujo, sino que se encuentra expandida por todos lados la vulgaridad campesina de los viejos tiempos que, en una casa de la ciudad, produce un extraño contraste con la elegancia de las modernas edificaciones. Así en determinados barrios de París, en otro tiempo simples arrabales, algunas casas de campo olvidadas por la especulación recuerdan al observador las costumbres pasadas. Parece que si se derribaran los dos cuerpos de edificio adosados a las paredes medianeras de la casa de Racine reaparecerían las viñas que otrora ocuparon su actual solar mostrando sus pámpanos tan dorados como la gloria de su propietario. ¿Qué noble institución será capaz de recobrar esta vieja casa para la ciudad de París para proporcionar albergue en ella al mejor poeta de cada siglo? Ello constituiría un verdadero triunfo para el poeta, una fiesta para la ciudad, una acción que haría que todos amaran aún más a la patria. Pero difícilmente puede

hacerse una cosa que cuesta doscientos mil francos.

En 1822, el segundo piso de los dos cuerpos de edificio, adosados en el patio a las dos paredes medianeras en forma de escuadra, estaba ocupado por un anciano y su hija que vivían allí desde 1809, año en el que el anciano lo había arrendado por quince años a trescientos francos anuales, pues por aquel entonces los propietarios tenían ciertas dificultades para encontrar inquilinos, especialmente en calles como aquella. Cuando el anciano fue a instalarse (... ..) Había merecido ocupar la plaza de la que tan violentamente había sido separado (merced) a los servicios prestados; de modo que aquella desgracia le impresionó cruelmente. Peyrade, envejecido en la práctica de los negocios, poseía los secretos de todos los gobiernos que se habían sucedido desde 1782, época de su ingreso en la Lugartenencia General de la Policía, cuando contaba veinticinco años, y era considerado como uno de los hombres de más confianza y pasaba por ser uno de los más hábiles y más astutos de entre todos los genios desconocidos encargados de velar por la seguridad del Estado. Alegre, libertino, amante de la buena mesa, cínicamente espiritual, llevaba una vida alegre. En cuanto a las mujeres, era como un pastelero a quien le gustaran los pasteles y los dulces; en cuanto al dinero, no contaba con él. Vivía, pues, como un pez en el agua, cumplía con su deber y lo amaba; poseía una elevada dosis de filosofía meridional.

Un acontecimiento imposible de preveer cambió su modo de ser, modificó sus costumbres y las transformó. A los cuarenta y siete años, en 1804, Peyrade se enamoró de una muchacha de gran hermosura, pobre, pero perteneciente a una honrada familia de la burguería parisién, una tal señorita Valentina Ridal, de veinte años de edad. Al cabo de dieciocho meses durante los cuales el extraordinario amor de Peyrade supo vencer la oposición de toda la familia, contrajo matrimonio con Valentina Ridal, que le declaró claramente que nunca podría amarle. Peyrade contaba con la vanidad de su mujer para hacerse querer; iba, le decía, a recorrer a grandes pasos por la senda de la ambición, empezando por conseguir un cargo eminente en un país conquistado, en el Piamonte, y esperaba rendir tales servicios que sin duda Napoleón le nombraría comisario general, luego ministro de policía en alguno de los reinos que se estaban creando en Europa. Valentina Ridal, muchacha a la vez falsa, fría e inteligente, tres adjetivos que suelen encontrarse frecuentemente al analizar el carácter de las parisinas, quedó seducida por todas aquellas consideraciones y pasó por alto la fealdad de Peyrade, especie de fauno horrible, de nariz roja, rostro patibulario, y la boda se celebró en París; pero al día siguiente la familia se dio cuenta de que había estallado una guerra feroz entre los dos esposos. Valentina se quejó a su madre de la brutalidad de Peyrade; Peyrade se quejó a su suegro de la repugnancia que la recién casada le había demostrado del modo más impertinente. En Valentina, la consumación del matrimonio engendró el odio más tenaz contra Peyrade y en Peyrade un redoblamiento de amor que fue insoportable para su esposa. Los recién

casados partieron para el Piamonte en medio de estas terribles discordias y Valentina, al llegar a Turín, escribió a su madre en términos en los que se ponía de manifiesto su despecho y su desesperación, comunicándole que estaba encinta, y no ocultaba la aversión que sentía anticipadamente por su futuro hijo. La estancia de Peyrade en la capital del Piamonte quedó señalada por una serie de escenas deplorables. Una vez casada, la señora Peyrade empezó a avergonzarse de lo que era, la esposa de un hombre que tenía un cargo en la policía del Imperio, y su odio no conoció límites. Su maravillosa hermosura hizo nacer una pasión insensata en uno de los más ricos señores del Milanesado, afecto en alma y cuerpo al gobierno imperial. Desde entonces, la señora Peyrade no alentó más que para encontrar los medios de romper su matrimonio a fin de casarse con el duque de Belgirate, uno de los más altos dignatarios del reino de Italia. Pese a la ceguera de su pasión, Peyrade adivinó las intenciones de su mujer y se condujo de forma tal que no pudiera sospecharse que estaba enterado. Luego puso en movimiento las amistades y protecciones con que contaba en París, para ser nombrado comisario general de policía en Holanda, una nueva adquisición del emperador y rey. La señora Peyrade dio a luz a una hija en Turín, y Peyrade le dio el nombre de Valentina, como su madre. En cuanto madre e hija estuvieron en condiciones de ponerse en camino, aquel hábil hombre partió para Holanda, llevando a su lado a una mujer furiosa al verse separada del duque de Belgirate, hombre apuesto y con una fortuna de seiscientas mil libras de renta, joven y propietario de uno de los más magníficos palacios de Milán. En este país, la conducta de la señora Peyrade cambió, no con rapidez, sino insensiblemente. Crió a su hija y se mostró como una madre excelente. Afirmaba que con una inmensa fortuna su situación sería más tolerable; en fin, supo poner precio a sus encantos y hacer que Peyrade cometiera ciertas prevaricaciones fructuosas. Deseaba que se le procesara por un asunto infamante para tener una razón para divorciarse. No obstante, un resto de prudencia detuvo a Peyrade en el momento en que iba a cometer un fraude, al que se veía impulsado por su mujer y por la enormidad de las ganancias, y se escabulló gracias a una artimaña digna de un alumno de la antigua lugartenencia general de policía. Pero el asunto fue descubierto y si bien Peyrade consiguió evitar comparecer ante un tribunal, no pudo evitar ser convicto de concusión. Fue detenido, trasladado a París, y su mujer intentó la acción de divorcio. En un año Peyrade perdió su cargo y a su mujer que, mientras se tramitaba el divorcio, se convirtió en duquesa de Belgirate. El comisario general se sinceró con el ministro de policía general del Imperio al que contó toda su vida, el cual le dispensó de comparecer ante un tribunal criminal, consiguió una sentencia del Consejo de Estado que le deshonoraba, le condenó a tener que restituir al tesoro sumas que jamás podría pagar; pero una decisión administrativa le prohibía reingresar en el servicio del Estado. Todos estos golpes dados sucesivamente en la cabeza de un hombre de cincuenta años adelantaron su vejez, y dos años más tarde se instaló en el piso de la calle de los Marais. Peyrade, que en atención a su hija cambió dicho apellido por el de



Canquoëlle, no se parecía ya en nada al hombre que había sido. ¡Sin pensión después de veinticinco años de servicios, y de qué servicios! Sin medios de existencia consiguió, en 1811, por la protección soberana del único amigo que le quedó, Corentin, el brazo derecho de Fouché, que seguía siendo ministro de policía aún cuando el ministerio había desaparecido, como lo demuestra su conducta en Iliria a donde le había desterrado el emperador, un empleo de mil quinientos francos anuales en una sucursal del Monte de Piedad de la calle de los Agustinos Menores; pero Corentin, que conocía perfectamente el valer de Peyrade, se servía de él para la realización de misteriosas gestiones, confiándole los más delicados de sus negocios secretos. Pero esto fue, en la existencia del bueno de Canquoëlle, una parte impenetrable. Para todo el barrio, para todo el que le conocía, siguió siendo un pobre empleado del Monte de Piedad, que por haberse enajenado el favor del emperador, había perdido su magnífica posición. La situación del ministerio de Policía General, por aquellos días instalado en el Quai Malaquais, esquina a la calle de los Agustinos Menores, permitía a Corentin entrevistarse con Peyrade, su viejo amigo, el cual, cuando tenía que ausentarse, se hacía reemplazar en el Monte de Piedad por un supernumerario. Una tolerancia \_ especial, ordenada por el Prefecto del Sena, protegía al viejo Canquoëlle, el cual, por otra parte, en 1812 recibió mil escudos de gratificación, y una especie de Dirección, en la cual podía ser suplido por un subjefe.

En 1816, después del segundo regreso del rey, la policía general del reino fue depurada. Corentin fue eliminado durante cierto tiempo y Peyrade experimentó serias dificultades para continuar desempeñando la jefatura de la sucursal del Monte de Piedad de la calle de los Agustinos Menores. Con sesenta años y pareciendo tener más de ochenta, se resignó a aquella modesta posición, idolatraba a su hija y no vivió ya más que para ella. Valentina iba a cumplir trece años y el anciano consideró prudente simplificar su vida, haciendo olvidar la parte misteriosa de la misma que una casualidad cualquiera podía descubrir y que perjudicaría a Valentina.

Así pues, en 1824, el viejo Canquoëlle, con setenta y ocho años, era, en medio de los nuevos intereses políticos, después de la muerte de Napoleón y de la de Luis XVIII, un instrumento totalmente olvidado, cuyas relaciones con el ministerio de Policía General, suprimido ya entonces, se reducían a la secreta intimidad, a la cual seguían fieles el famoso Corentin y él. Semejantes personajes obtienen tanto más fácilmente el olvido, cuanto que los actos de sus vidas, sus talentos, son, y deben ser, completamente ignorados (... ..)

# EL PROGRAMA DE UNA VIUDA JOVEN

## *Para qué sirve África*

En 1841, el primer batallón de cazadores de África, en el que la campaña de otoño había producido varios claros en sus filas, recibió la incorporación de un nuevo soldado, llamado Roberto de Sommervieux, que se presentó al general Giroudeau a primeras horas de la mañana del día dos de noviembre, festividad de los Fieles Difuntos.

—Tú no debes ser supersticioso —le dijo el general después de haber leído la carta de recomendación que el voluntario le entregó de parte del gobernador general de Argelia.

—Sólo soy un resignado, esto es todo, mi general —respondió el soldado.

El general Giroudeau, vieja cabeza gris y bigotes blancos, miró a Roberto de Sommervieux, impresionado por el acento con que fue pronunciada aquella frase, como si hubiera recibido en el pecho el impacto de una bala perdida. Antiguo dragón de la Guardia Imperial, en desgracia durante toda la Restauración, aquel general había corrido todos los caminos de una disipación de tercer orden; pero en 1830 él simple comandante se había despertado en los bulevares bajo el fuego de la insurrección, había alcanzado en África los entorchados de coronel, debiendo su ascenso a servicios reales. Después de haber participado en las guerras de la Revolución y del Imperio, después de haber estado sometido a prueba, especialmente por quince años de miseria, un hombre de su temple estaba en situación de adivinar el pasado de un voluntario. El antiguo dragón, con su cinta en satuer, pues iba de gran uniforme y un grupo de oficiales le estaba esperando para pasar una revista de inspección, olió las orgías y las locuras de la juventud en el miserable atuendo de Roberto. Venido sobre un carro, el joven ofrecía a la mirada del general una capa de polvo estrellada con manchas de barro, que hacía desaparecer bajo su manto el color de una redingota de ex-hombre a la moda. La ropa raída, la redingota abotonada hasta la corbata negra, no dejaba ver nada y se veía todo. El pantalón, con la parte baja completamente deshilachada, ponía de manifiesto todas las miserias sufridas desde su embarque en Tolón. El sombrero de seda mostraba una notable brillantez en sus extremidades y en la copa un tono mate que causaba pena. En fin, pasando de la cabeza a los pies, las botas se reían a carcajadas de las arenas africanas. Roberto, cuyo rostro revelaba treinta años, era de estatura media, pero perfectamente proporcionado; tenía un vago parecido con Napoleón a su llegada a Egipto. Sus ojos de un azul pálido sostuvieron sin osadía la mirada casi apagada del viejo general.

—Procura no hacerte matar sin razón —dijo el general a aquel hombre desesperado—. Siempre hay soluciones para todo, no lo olvides. Ve a presentarte al capitán Pinson, equípate rápidamente; en la primera ocasión en que consigas distinguirte serás cabo, a la segunda, furriel. Dentro de tres meses puedes ser sargento mayor. En 1793, yo no tenía tanta suerte; tuve que esperar un año para llegar a

sargento. ¿Tienes todo lo que necesitas?...

—Me basta con su protección —dijo secamente Roberto.

Mira muchacho, déjate de orgullos —prosiguió Giroudeau—. No sé si te volveré a ver, a no ser en filas o perdido en medio de las arenas del desierto con tus camaradas, como moscas en la fachada de Notre-Dame... ¡Una última advertencia! Tú, que eres noble, tal vez sientas que tu sangre se pone en ebullición al verte mandado; procura tragarte las píldoras de la obediencia hasta que seas teniente, y... buena suerte, ya que aquí únicamente protegemos a los que saben protegerse a sí mismos; en el ejército no tenemos más remedio que creer en la suerte. Sobre todo, no cometas ninguna tontería, cree a un viejo soldado, cumple con tu deber; pero procura demostrar siempre tu valor. En tiempos de Napoleón, los que combatían bajo su mirada, tenían lo que yo me atrevo a llamar buena suerte.

—Mi general, le quedo muy reconocido por sus consejos —dijo casi afectuosamente el soldado.

—Espera, hijo mío —prosiguió rápidamente Giroudeau, al que el tono del soldado impresionó—, los que han sido monaguillos pueden llegar a ser excelentes sacerdotes... Y ahora, adiós; vuelvo a ser el general Giroudeau —dijo el viejo soldado cogiendo su sombrero empenachado, colocándoselo en la cabeza a modo de los soldados del Imperio y encaminándose hacia una habitación donde se encontraba su Estado Mayor.

Salido de la escuela de Saint-Cyr en 1830 y no habiendo reingresado, Roberto, que iniciaba cuando la Revolución de Julio el segundo curso, sabía casi todo lo que debía saber un subteniente; de esto se dieron cuenta inmediatamente en su compañía. Un cabo, un furriel y un sargento mayor cayeron enfermos, siendo trasladados a la costa, de modo que antes de haber efectuado sus pruebas de valor, Roberto fue nombrado suboficial. Un hecho brillante le valió el permiso de ser trasladado a un regimiento de spahis, en el cual el Gobierno General le nombró ayudante en la división del general que estaba dedicado especialmente a la persecución de Abd-el-Kader, y al que los árabes consideraban con un verdadero tábano del emir. Durante todo el año 1842, el ayudante Roberto se distinguió por un sombrío valor y por una taciturnidad que le hicieron a la vez objeto de la curiosidad de su escuadrón y tema de numerosos comentarios. A ejemplo del teniente general, aprendió la lengua árabe con objeto de estar en condiciones de prestar servicios. Amable siempre, pero frío y severo para consigo mismo, sumamente indulgente para con los demás, obtuvo el respeto que las masas conceden a aquellos que poseen un carácter de una pieza, para emplear una expresión familiar.

—Ese muchacho está buscando la muerte y la encontrará —dijo un día el general al ver que Roberto durante unos movimientos de retirada se lanzaba contra un grupo de árabes para arrancarles el cuerpo de un oficial moribundo.

—Como decía el general Giroudeau —respondió un edecán debe haber hecho algún agujero en la luna.

—Vamos, tengamos indulgencia —dijo el general—. No sabemos nada positivamente y, por otra parte, él no se perdona sus posibles errores, está roído por el remordimiento...

—¡Mi general, los árabes!... —gritó Roberto pasando a rienda suelta por delante del general.

Apareció una nube de jinetes rojos, y los franceses se dispersaron para irse a refugiar detrás de un cuadro de infantería en cuyo centro había tres obuses.

—Ya era tiempo —dijo el general cuando el cuadro se abrió, y los tres obuses empezaron a disparar contra la caballería enemiga, que recibió también el fuego de los Cazadores de Vincennes.

Después del combate de Smala del Emir, que tuvo lugar en 1843, Roberto fue ascendido a subteniente y condecorado. Aquel triunfo tuvo un fatal resultado. Un periódico perteneciente a la extrema izquierda consideró divertido preguntar al ministerio si el recién nombrado subteniente, si el nuevo Caballero de la Legión de Honor, era el mismo Roberto de S... que en 1819 había tenido que comparecer ante el tribunal de la policía correccional. La prensa, calificada de mala por los adictos al rey, busca siempre conseguir una revancha con los más desagradables asuntos sucedidos en provincias a un gerente conocido por haber tenido que sufrir los rigores de una sentencia del tribunal. El periódico ministerial hizo observar, con toda brevedad, que las diez líneas aparecidas en el periódico republicano constituían una difamación, añadiendo, por otra parte, que si existiera alguna identidad entre ambas personas, el acusado había sido absuelto. El periódico atacado reimprimió el artículo de la Gaceta de los Tribunales, así concebido:

*Sala Sexta.* Policía Correccional.

Preside el señor...

Un joven que lleva un apellido histórico y que no mencionaremos por respeto a una de las glorias del Imperio se presenta con modestia en el banquillo de los acusados para responder a una acusación que sera fácilmente considerada por la sentencia dictada por el tribunal.

Visto que ha sido suficientemente probado que las mercancías vendidas por el señor Roberto S..., le fueron vendidas a crédito y a largo plazo, por los señores Barbet, editor, y Biddin, joyero; que si la entrega de los efectos que debían saldar la factura no precedió a la venta de las mercancías por el señor Roberto S..., no por ello este último dejaba de ser su propietario.

Visto que Barbet y Biddin no justifican en absoluto los otros hechos de la misma naturaleza expuestos en su denuncia para demostrar claramente las costumbres reprobables del acusado, sino que en todo caso podían ser consideradas, como máximo, como disipación y prodigalidad.

Por estos motivos, después de haber sido oídas las conclusiones del señor procurador del rey, el tribunal, después de deliberar, absuelve de costas al abogado

Minard, de la parte querellante, condenando a los señores Barbet y Biddin a recibir en pago de sus mercancías los efectos aceptados por el señor Roberto de S..., en el plazo de un año.

En cuanto a la querrela reconventional por difamación y sobre la demanda de perjuicios causados, el tribunal, tomando en consideración las circunstancias de la causa, decide que no hay lugar a establecerlas, y compensa los gastos entre las partes.

Hacemos observar así, decía el periódico, que los querellantes interpusieron recurso y fue precisamente en dicho recurso cuando se concluyó la transacción entre las partes.

Los ociosos de París habían olvidado por completo aquella polémica rápidamente reemplazada por cualquier otra, cuando llegó a África, donde los camaradas de Roberto, más envidiosos todavía de la consideración pretendidamente usurpada de que gozaba, que de su valor, se explicaron perfectamente la decisión del tribunal por el respeto debido a la memoria de un pintor célebre. Se imaginaron las gestiones realizadas cerca de los comerciantes citados por los querellantes y el éxito del hábil abogado Minard. Se entreveía la transacción con una familia consular llegada a la desesperación. Roberto de Sommervieux pertenecía, por parte de madre, a la familia Lebas y uno de sus primos era juez en el tribunal del Sena. Roberto, herido en lo más profundo por aquella cruel e infame publicidad, se convirtió en un leproso moral. Vio como la conmiseración sucedía al respeto que había sabido conquistar, adelgazó en quince días lo suficiente para asustar a los dos o tres amigos que, entre todos los suboficiales, le permanecieron fieles. Se iba lejos a beberse sus lágrimas, y si escapó al suicidio, fue por la proximidad de los árabes y porque tenía tantas razones para vivir como para morir.

El coronel, apesadumbrado al ver aquella orgullosa desesperación, invitó a comer a Roberto, pero el subteniente le respondió:

—Permítame usted que no acepte su invitación, mi coronel, y si lo que desea es darme una prueba de su protección, consiga para mí la misión más peligrosa.

Sabido es el rasgo de valor que valió a Roberto en el siguiente mes de agosto el grado de teniente, pero se sabe también que fue dejado por muerto en el terreno. Transferido, no sin muchas dificultades, a Orán, pasó dos meses entre la vida y la muerte. De las tres heridas, ninguna era mortal. Hacia el mes de noviembre, Roberto inició la convalecencia, después de haber escapado de milagro a una complicación producida por unas fiebres de África. Destinado por una delicadeza de sus jefes, a otro regimiento, y lejos de los que le habían puesto sobre todos y bajo todos, el desdichado, a quien la enfermedad había velado momentáneamente el pasado, se encontraba, si no perfectamente bien, por lo menos dentro de una esfera en la cual podía escapar a la curiosidad de sus iguales e inferiores, y a una compasión, no menos hiriente; permanecía solitario, preguntándose si debía seguir apurando el cáliz

de su amarga expiación. En cuanto pudo salir, iba a dar paseos por los alrededores de la plaza y por las ondas del mar (... ..)

# LA GLORIA DE LOS TONTOS



## FRAGMENTO PRIMERO

Un simple expendedor de vino, que los malintencionados denominaban tabernero, llamado además Martín, hizo durante la Revolución, en Nemours, una rápida fortuna e inmensa con relación a la región. Martín había tenido la idea de hacerse depositario o consignatario de los vinos que se hallaban detenidos en el canal del Loing a causa de los primeros movimientos revolucionarios. Muchos de los comerciantes y propietarios temían los pillajes y las quiebras, o tener que pagar unos derechos que esperaban iban a ser abolidos; dejaron sus barcas en Nemours, donde Martín guardó las mercancías en una bodega construida a toda prisa. Los derechos tiránicos percibidos a la entrada de París, después de haber sido suprimidos, fueron restablecidos. Martín almacenaba en su bodega más de tres mil garrafas de vino, propiedad de diversos comerciantes con los cuales hacía negocios con inteligencia, las introdujo en París antes de que fueran restablecidos los derechos, tomándolas por su cuenta; la cosecha del año en que cometió aquella acción audaz fue terriblemente mala, y ganó no solamente el importe de los derechos de entrada por cada garrafa, sino además la plus valía que les dio dicha circunstancia; había comprado cada unidad a sesenta francos, pagó a los propietarios en asignados y las vendió a cien francos, cobrando el precio en escudos. En diez meses el tabernero almacenista de Nemours, que poseía unos veinte mil francos, se vio dueño de más de doscientos mil francos en plata; era soltero, contaba treinta y ocho años de edad, no perdió el tiempo, no se atemorizó en absoluto sobre las leyes revolucionarias en lo referente a tenencia de dinero, compró todos los bienes nacionalmente vendidos del distrito de Fontainebleau, y debió, como ya hemos dicho, toda su fortuna a la República; después se casó con la hija de otro comprador de bienes nacionales. En 1800, en tiempos del consulado, el señor Martín, cuyo suegro había ya fallecido, tenía treinta mil francos de renta en tierras, una espléndida casa, en Nemours y un castillo entre Nemours y Fontainebleau; su hijo, que tenía siete años, ingresó en el liceo que años más tarde debía recibir el calificativo de imperial; cuando, bajo el Imperio, se celebraron elecciones, el señor Martín, nombrado elector por el sufragio de sus conciudadanos, se vio convertido en diputado del Cuerpo Legislativo, donde permaneció hasta 1814. En este año su hijo fue nombrado por el emperador, auditor del consejo de Estado, y durante los Cien Días, el ex-auditor, uno de los más fanáticos admiradores de Napoleón, aceptó las funciones diplomáticas de Ministro en los Estados Unidos. Al llegar se enteró de la catástrofe de Waterloo; había ejercido sus funciones únicamente durante un mes, y continuó ejerciéndolas dos meses más hasta que su sucesor tomó posesión de su cargo. De regreso a Nemours, en 1816, el señor Martín de Charneil, pues había unido el nombre de sus propiedades al de su apellido basándose en la vulgaridad de este para justificar esta abdicación aristocrática, llegó a tiempo para asistir al fallecimiento de su padre, que no pudo

soportar la idea de dejar de ser un hombre público, pues había formado parte de la *Cámara de Representantes*, y acababa, como su amigo el señor de Lafayette, de verse derrotado en las elecciones que dieron a Francia la llamada *Cámara Inhállable*. El señor Martín de Charneil se consoló de aquella pérdida tan sensible con las cuarenta mil libras de renta de la herencia paterna, viéndose a los veintitrés años dueño de su destino, y situación, favorable para cualquier otro, de mártir político; pero el ex-auditor del Consejo de Estado, el ex-ministro plenipotenciario del emperador en los Estados Unidos, era tres veces tonto, y el liceo imperial donde solamente había obtenido premios de conducta, no le dio más que aquella instrucción vulgar que no sirve para nada; su paso por el Consejo de Estado tuvo como resultado el hacerle considerarse suficiente, y su misión en los Estados Unidos, importante (... ..)

## FRAGMENTO SEGUNDO

Una de las principales ocupaciones de las personas que tienen con qué vivir es creerse que son algo; y de esta creencia, resulta una cierta necesidad de hacer que hablen de ellos honorablemente. ¡Dios sabe el sentido que dan a esta última palabra! Qué efecto no ha producido, y sigue produciendo, en Francia, la frase: *un señor condecorado*.

# LA SEÑORITA DE VISSARD O FRANCIA BAJO EL CONSULADO

## PRIMERA PARTE

### El Oeste

#### CAPÍTULO PRIMERO

##### Le Plougal

Aproximadamente a una legua de Pontorson, por el lado de Finisterre, en la costa y en un lugar considerado como inaccesible a causa de los arrecifes y de los bloques de granito que forman un terrible cinturón a su alrededor, donde recientemente se ha construido uno de esos faros protectores que Francia ha ido multiplicando, se levanta una de aquellas miserables edificaciones calificadas todavía de castillos en la época en que empieza esta narración. Antiguamente, en los tiempos nebulosos de la Bretaña, hubo sin duda en aquel lugar un gran poder dominante, cuyos vestigios pueden hallarse en el mismo nombre de la tierra, conocida por Le Plougal. Los eruditos de esta gran provincia, que fue un reino, podrán explicar el significado de esta palabra; pero en 1803, la majestad del nombre no estaba en armonía con la cosa. El castillo se componía de un solo cuerpo de edificio de mampostería de piedras y del mortero característico de las casas bretonas. Esta mampostería, a la cual las piedras negras y el granito daban un cierto aspecto de mosaico, tenía cinco ventanas, cuyos marcos y cruceros eran de piedra, y estaban flanqueados por dos torrecillas, cortadas a nivel del techo. Los cristales rotos habían sido reemplazados por papeles embreados, y los aleros que aún quedaban, se caían de vetustez. Las paredes se abrían desmesuradamente. Unas pocas palabras explicarán este estado de cosas. Cuando la expedición de Quiberon en 1795, un destacamento de azules había ocupado aquel lugar, había destrozado las veletas, había hecho fuego con los muebles, había devastado el castillo que pertenecía a uno de los más determinados realistas de la región y cuya mujer se quedó viuda, pues él murió en Quiberon. La viuda heredó los restos de la fortuna de su marido ya que no había tenido hijos y se lanzó desesperadamente a la lucha final entablada por los realistas a finales del pasado siglo, perdiendo en ella un héroe del cual estaba profundamente enamorada; y cuando se consiguió la pacificación del Oeste merced a los desvelos del primer cónsul, fue a ocultar en Le Plougal su desesperación; y, digámoslo todo, también su miseria. La propiedad de El Plougal se componía de tres alquerías muy hermosas, cada una de las cuales valía por lo menos cien mil francos, pero que no proporcionaban ni un centavo a la propietaria. Según la costumbre bretona, ratificada posteriormente por el código civil; el finado conde había recibido de sus granjeros el capital, en dinero, y para recobrar el pleno dominio, del cual la viuda seguía siendo la titular, era necesario

devolver las cantidades recibidas. Los aparceros saludaban a su señora con respeto; a una orden suya, hubieran vuelto a coger las armas lanzándose nuevamente a combatir a la República; pero la verdad es que nada le debían. No obstante, conociendo la situación de la condesa, llevaban benévolamente a Le Plougal los frutos del campo que tan necesarios le eran y de los que vivía. Las trescientas hectáreas sobre las que está asentado Le Plougal en una eminencia, habían sido totalmente taladas y esta fuente de ingresos anulada durante unos cuarenta años. Quedaban unas mil doscientas arpentas de landa por el lado de la pequeña aldea de Saint-James y un cuarto de legua de arenales, de rocas de granito, de arenas infértiles, la pesca de las cuales pertenecía a Le Plougal. A los pies del castillo se extendía, en un pliegue del terreno abrigado del viento del mar, un huerto de dos hectáreas de extensión, y detrás de la casa un parque de una docena de arpentas. Desde 1792 a 1802, es decir, en diez años, se puede suponer lo que le sucedió a un jardín abandonado a sí mismo.

Los comunales se encontraban en un estado lastimoso, en armonía, por otra parte, con Le Plougal, La mayoría de las edificaciones mostraban el esqueleto sin techo ni puertas. Hierbas altas crecían en sus interiores y hacía dos años, se habían ido quitando los restos de tejado para cubrir unos establos, una guarnicionería, un granero, un henil, en los que estaban encerrados dos excelentes caballos bretones, una vaca, unos cerdos y unas cuantas aves de corral. Se oía cloquear a las pollas, a las ocas, y si bien la propiedad se parecía a un esqueleto, este esqueleto vivía.

¿Pero la miseria en el campo es la miseria? La naturaleza extendía su verde manto sobre todas las lacras, las flores alegraban aquellas minas y el sol las iluminaba con sus rayos. Unos harapos perfumados por las flores, esmaltado por risueños colores, dejan de ser harapos.

Delante del castillo, sobre lo que en todos los castillos se llama terraza, es decir, un espacio enarenado, sembrado de verdolaga, pero que en El Plougal podía tomarse en sentido estricto a causa del estado de aquella noble ruina, había dos personas sentadas en un banco de madera hecho con un tablón sostenido por cuatro estacas y adosado al muro, cerca de la puerta de entrada. Los republicanos habían respetado las madreselvas y los jazmines ante los cuales aquel banco había sido recientemente colocado. Las dos personas eran una mujer y un cura con sotana, aunque eran medianos de julio de 1803. La mujer, de unos cuarenta y seis años de edad, bajita, regordeta, de cabellos negros, mostraba, bajo el amplio sombrero de paja corriente con cintas que llevaba puesto, una cara en la cual la guerra civil y todos sus infortunios podían leerse como en un libro abierto, tan en armonía estaba con la fachada del castillo. Sus ojos pardos, magníficos de expresión, habían estado rodeados de vacíos que la gordura, debida a la inacción, rellenaba en aquellos días; el rostro, cuyo tipo bretón era perfectamente reconocible, se caracterizaba por una gran nitidez de perfil, por una notable firmeza de la barbilla, una tez a la vez mate y coloreada, que más de una parisina habría envidiado. Las grandes cosas intentadas y fracasadas daban a la fisonomía una intensa profundidad moral, explicable por el

hábito del mando, por una decisión rápida, por una serie de cualidades en el descanso. La condesa tenía los ojos fijos en el océano, cuya sábana azul, matizada con algunas franjas plateadas, se extendía a unas quinientas toesas del castillo. El atuendo de la condesa, propietaria de aquella hermosa propiedad aniquilada, no carecía, por otra parte, de cierta gracia. Llevaba un *spencer* de percal plisado y una falda de *tartari* escocés, que denotaban los éxitos de los corsarios franceses, o las inteligencias con los contrabandistas. La condesa llevaba las manos protegidas por guantes de cabritilla y calzaba borceguíes de piel de cabra. Todavía era hermosa, pero con seguridad hubiera sido considerada como verdaderamente extraordinaria, de saberla compañera infatigable y partícipe de todos los peligros corridos por el gran Charette y el célebre marqués de Montauran. A pesar de los errores de su vida, por la manera con la que le hablaba el cura, podía colegirse que era objeto de un profundo respeto. Aquel eclesiástico, llegado a caballo desde la pequeña aldea de Saint-James, era el párroco, de modo que no hay necesidad de decir que pertenecía al partido realista, aunque secretamente, pues su vida pública, inatacable gracias a la discreción eclesiástica, no ofrecía ningún punto de apoyo a las autoridades.

—¿Qué piensa usted hacer, señora condesa? —dijo—. Las cincuenta libras que con tantas dificultades he podido recoger, no os servirán de mucho. Los bretones leales a la causa real suelen arriesgar más fácilmente la vida que su dinero. Se empieza, entre nosotros, a desconfiar de unos príncipes a los que no se les ve por ninguna parte, y que jamás se han colocado a la cabeza de los ejércitos vendeanos, y el primer cónsul realiza los deseos de mucha gente juiciosa que desea paz y tranquilidad...

Mientras pronunciaba aquellas palabras, el abate miraba a su alrededor como para apoyarlas con un comentario elocuente, pues las mismas piedras hablaban.

—¡Abate, abate!

—Oh, señora, sabéis que sería capaz de lanzarme otra vez al monte mañana mismo, si estuviera convencido de conseguir algo... No quiero que os imaginéis que estoy intentando cambiar de bandera. ¡Moriré creyendo en el rey, como en Dios! Solamente pensaba en vos: no os dais cuenta del movimiento que se está produciendo en Francia, en vez de quedaros aquí acariciando una quimera deberíais reconciliaros con vuestra señora madre, ir a verla, casaros con un hombre cuya fortuna os permitiera restablecer a su estado verdadero esta propiedad...

—¿A qué llama usted acariciar una quimera? —dijo ella riendo—. Se refiere a mis esperanzas políticas, se refiere usted al caballero...

—Señora, el caballero tiene veintidós años...

—Y yo tengo ya cuarenta y seis... —dijo interrumpiendo al abate—. Lo sé perfectamente, sé un secreto tan fácil de saber como mi edad, él no me ama, y yo daría mi vida por él...

—Señora —replicó el cura sonriendo—, no estamos aquí en el tribunal de la penitencia...

La condesa se detuvo, miró al abate, le cogió la mano y dijo:

—¿En qué corazón quiere usted que vierta mis pensamientos? ¿Puedo hablar a esas rocas, a ese mar?...

—Señora, mientras venía a entregaros lo que os acabo de dar, me iba diciendo que debía aplazar los consejos para otro día; pero os sé tan grande, tan distinta de las otras mujeres, que me he decidido a hablar... Me consta que el caballero está escondido en vuestra casa, y que además no está solo, pues tenéis con vos a *Marche-à-Terre*, a *Pille-Miche* y a la pequeña Izaï. ¿Cómo pensáis que se puede vivir en El Plougal, con una guarnición de cinco personas, sin contar al abuelo Lugol, vuestro conserje? Un buen día, vuestros granjeros dejarán de mandaros productos del campo y yo no siempre podré recoger venticinco luses cada trimestre... ¡Abrid pues los ojos! En cuanto a *Marche-à-Terre*, os dejará... Sus asuntos están ya solucionados...

Una sombra de inquietud alteró la vivaz expresión que rejuvenecía la cara de la condesa.

—Perdonadme, señora, he hablado por el respetuoso afecto...

—¡Oh —dijo ella—, puede estar usted seguro da que no es por mí por quien me preocupo!...

—Dejad de pensar ya en los príncipes —replicó vivamente el cura—. Dejad que Dios haga su trabajo. Después de tantos inútiles esfuerzos, y de tanta sangre vertida, únicamente Él puede devolvernos a nuestro rey.

—Hasta mi último aliento pensaré en restablecer a nuestro rey en su trono y él brazo de una mujer es mucho más poderoso de lo que se cree; pero soy ya demasiado vieja, señor abate, para proporcionar al mundo una segunda edición de Carlota Corday... No, amigo mió. Mi exclamación se refería a Amadeo. Entonces tenía usted razón. Hay demasiadas bocas en la casa, voy a despedir a *Pille-Miche* y a *Marche-à-Terre*. El primero, con una recomendación nuestra, podrá encontrar alguna granja. Izaï será mi doncella, y podremos pasar con unos pocos escudos al mes... ¿Qué se puede hacer con Amadeo?

—Si deseáis casarlo, yo me encargo de ello —dijo rápidamente el cura—. Es tan apuesto que podrá casarse antes de un mes.

—¡Qué crimen! —respondió la condesa—. Por otra parte, se ve que no le conoce usted bien. Está harto de reposar durante dos años. Es un Catilina, un jefe de partisanos, un aventurero, un héroe, no vive más que para el peligro y se ha acostumbrado a él. Por la turbulencia de su sangre, por la energía de su alma y por la fuerza de su imaginación, se halla en la situación de aquellos relajados que buscan emociones a cualquier precio, que las van a buscar en los precipicios, que rezan a la muerte para que les ayude a vivir. Cuando va a pescar, como hoy, se mantiene en pie dentro de su barca, salta de roca en roca, yo ya me he acostumbrado y le miro franquear los abismos sin estremecerme. Hermoso como Alcibíades, posee la fuerza de un Hércules, generoso y desconfiado, discreto e infantil, franco y astuto, listo como una mujer. Es un modelo de conspirador, de general. Yo lo digo, todo esto, le

aconsejo, que se vaya a servir a Austria o a Rusia, pero no quiere empuñar las armas contra la Francia republicana; hará la guerra a los Azules tanto como le sea posible, pero no se alineará en ningún ejército enemigo ni a cambio del grado de Feld Marshal. Admira a Custine que se hizo cortar la cabeza, desprecia a Dumouriez, que huyó; en igualdad de situaciones, preferirá siempre la muerte del marqués a la vida del carretero. Se ve —dice—, que Custine era un caballero y un gentilhomme. Franceses contra franceses, Blancos contra Azules, lo encuentra bien; pero ver al ejército de Condé al otro lado del Rhin, ver a los emigrados mendigando por las capitales europeas, deshonorando a la nobleza, le hace llorar de indignación. Cuando le propuse asesinar al primer cónsul entre nosotros dos, me respondió: «¡Un duelo! Atacarle cara a cara, sí, pero una trampa, una emboscada, una máquina infernal, sería una infamia». Yo le repliqué: El que desea un fin, desea los medios... ¡Ah!, si yo fuera lo que fui —exclamó la terrible bretona— hace ya más de dos años que ese hombre estaría enterrado...

—Todavía sois encantadora —dijo el cura— y podéis casaros bien...

—No, nuestra derrota en Fougères, la muerte de mis dos héroes, la pacificación, todos estos acontecimientos, me han dado la edad que represento. Mi alma ha pasado al cuerpo de Amadeo, me siento feliz al verle tan poco accesible a la pasión, las mujeres pierden a los hombres...

—Si le amáis, procurad que el caballero ingrese en el ejército, será el honor de su patria y de la Bretaña. Bonaparte está protegido por el favor divino. ¿Os habéis dado cuenta? Han desaparecido todos los que podían hacerle sombra, ha imprimido tanta energía como sentido Común a su gobierno, el dedo de Dios está presente. Aun conservando mi opinión, le obedeceré.

—Será usted obispo —dijo la condesa con amargura.

—Que el señor Amadeo haga acto de sumisión, y pronto será general —replicó el abate.

—¡Someterse él! —exclamó la condesa—. ¡Él, que sería capaz de levantar la tapa de los sesos a Cormatin, a Scepeaux, o a Bersier, si los encontrara! ¡Pero usted no le conoce! Tiene un corazón de bronce, iría al suplicio gritando viva el rey. Propóngale hacer la guerra a los ingleses o conquistar un Imperio en la India y no lo dudará un momento, pues tiene la madera de un Hernán Cortés, o de un Pizarro; pero obedecer a un jefe. Le cruzaría la cara al propio primer cónsul con una fusta, si no le trataba con la deferencia debida a un gentilhomme. No es que todo eso sea una especie de infantilismo de joven que se estima a sí mismo con todo el valor de sus propias esperanzas, no, se trata de una convicción profunda. Sirve al rey, porque el rey lo es todo. La nobleza es la representación de nuestros derechos, de nuestra raza y el rey, según Amadeo, nos pertenece. Bien quisiera que tuviera otras ideas... Pero no quiero oírle más silbar *Vamos, vamos, bonita...* cuando intento hacerle tomar lo que nosotros llamamos una decisión razonable.

—¿Pero el dinero? ¿La vida?... —dijo el abate.



De repente, el abate se calló. La fina silueta del personaje del cual la condesa y el cura hablaban se perfiló sobre la roca más elevada del grupo de rocas que formaban alrededor del jardín un muro natural y parecía que se había posado allí como un pájaro. El caballero se destacaba limpiamente sobre el fondo azul del mar, pues llevaba la negra guerrera, el pantalón largo y el sombrero de anchas alas de los marinos. Se iba acercando lentamente, volviéndose cada diez pasos, de modo que a cualquier extraño le hubiera sido fácil examinar a aquella persona a la que la condesa admiraba tan abiertamente, con la despreocupación de una mujer a la que su edad no le permite adoptar actitudes de niña. El caballero, que contaba entonces veintidós años, era de estatura mediana, pero extraordinariamente esbelto. Al primer golpe de vista, se le habría tomado por una de esas pálidas jóvenes inglesas, de tez delicada, de una fragilidad de tuberculoso, que se hubiera disfrazado de hombre, pues no aparentaba más de diecisiete años. El labio superior y la barbilla, así como las mejillas, carecían de aquel bozo que revela el final de la pubertad. Como todos los hombres a los que la naturaleza promete una larga vida, era, como se dice vulgarmente, retrasado; las espantosas privaciones pasadas en su juventud durante las guerras habían tenido que influir en su desarrollo; pero su excelente constitución había terminado por triunfar de todas aquellas miserias. Soportando la fatiga por encima de sus fuerzas y de la energía de su alma, estimulado tanto por el ejemplo de su padre como por la grandiosidad de la lucha, había llegado a adquirir un temperamento excepcional. A los doce años de edad, su hermana y él fueron arrastrados por su madre en medio de aquella tempestad, pues aquella valerosa mujer no había querido separarse de su marido, hijo tercero del famoso marqués de Vissard, que había conseguido notoriedad en la India. Así pues, desde los trece años Amadeo había conocido los peligros, las victorias y las derrocas de aquella guerra durante la cual los campesinos lucharon contra la victoriosa República. Su madre, una noble y hermosa irlandesa, adoraba a Amadeo, ofrecía uno de esos extraños fenómenos de parecido en los que la naturaleza parece haberse equivocado de sexo. Amadeo se parecía de tal modo a su madre que muchas veces, vestido con sus trajes, había realizado misiones importantes que ningún hombre habría osado emprender. Había conocido a casi todos los jefes de los ejércitos católicos: Stofflet, Cathelineau, Bonchamps, D'Elbée, La Rochejaquelein, Charette, Montauran, el abate Bernier, Lescure, Frotté, Tinténac, etc... Perseguidos como alimañas después de la terrible derrota de Le Mans, los cuatro formaron entre aquellos que intentaron un último y desesperado esfuerzo en Savenay. Amadeo se había visto obligado a enterrar con sus propias manos a su padre, al borde de un estanque, a los pies de un viejo sauce, en la corteza del cual grabó a toda prisa: «Aquí yace el Caballero de Vissard, muerto en Savenay». Al día siguiente de aquella sangrienta batalla, Amadeo tuvo que llevar a cuestas, durante más de seis leguas, a su hermana menor, que se había vuelto sorda por hallarse demasiado cerca de los cañones en el sitio de Angers, y que había nacido muda. Su madre murió de cansancio y de pena en los pantanos salmos del Croisic, en

el momento en que el barón de Guénic, amigo de aquella familia, acudía a buscarles para embarcarles en un barco holandés cuyo capitán había consentido en llevarles hasta Holanda. El barón se había llevado consigo a los dos hijos, después de hacer que la madre recibiera sepultura en Guérande. Amadeo dio la medida de su audacia y valor, pues fue a recoger los restos de su padre para reunirlos con los de su madre en una misma fosa. Llevó a su hermana a casa de su abuelo, el marqués de Vissard, y, para no comprometer al anciano, ingresó en el ejército de Charette, llevando la vida azarosa de un partisano. Después de la muerte de Charette, se entregó con alma y cuerpo a la toma de armas de Quiberon después a la de Montauran, en 1799; y, tras la pacificación, había sido recogido por la condesa, que era tan pobre, tan valerosa y tan leal como él, y que sintió un amor maternal hacia aquel muchacho al que había conocido en dicha última tentativa, en la reunión de jefes que tuvo lugar en Saint-James.

Así pues, a los veintidós años, Amadeo parecía, en lo físico, tener sólo quince, y en cambio, en lo moral, más de treinta. Rubio, llevaba a la usanza vandeana, los cabellos largos y sin empolvar, lo que hacía que su cara pareciera aún más delgada. Su voz dulce, sus modales casi femeninos, contribuían también a la ilusión que producía. Sus ojos azules de largas pestañas rizadas, rodeados de una piel nacarada y transparente que dejaba ver su red de venas, podían tener, sucesivamente, según la pasión que le dominaba, la dulzura de los ángeles o el brillo fulgurante del genio. Su frente, el óvalo de su cara, la forma de la boca, provista de unas hileras de dientes cuyo albor casi azulado hacía destacar el rojo de sus labios, la forma delicada de las orejas, todo era de una distinción, de un encanto, adorables. Poseía una de aquellas voces musicales y quedas, que hacen que en los corazones resuenen las cuerdas de la bondad, despertando los más dulces sentimientos. Bajo esta engañosa debilidad, bajo este envoltorio casi femenino, había escondida una energía increíble, unos músculos de acero y una habilidad prodigiosa para toda clase de ejercicios violentos. Amadeo, tirador tan hábil como un salvaje, nadador intrépido, notable pescador, buen marinero, había conseguido en maña todo lo que le faltaba en ciencia universitaria. A su edad, tenía la experiencia de todos los infortunios; adoraba a sus padres, y no estaban solamente enterrados en Guérande, decía algunas veces. Sentía por los Azules la misma estimación que el cazador por la pieza que se defiende bien, pero no dejaba de ser una pieza de *caza*. Leal como un hijo de la naturaleza que no conoce el mundo, católico como Bossuet, ignorando el mundo y sus leyes, no habiendo tenido en sus manos desde 1793 hasta este momento ni un millar de francos, era lógico que interesara vivamente a una mujer del temple de la condesa cuya maternidad puede parecer, a justo título, sospechosa; pero Amadeo era para ella, en cuanto mujer, de una indiferencia desoladora. Aceptaba toda clase de favores sin darle la menor importancia. Escondía incluso con una noble discreción, el desprecio que le inspiraba la infidelidad. Según él, la condesa debió haber muerto con Charette; pero aquel estricto amor a la fidelidad, aquella doctrina del sentimiento único, procedía en

Amadeo de la ignorancia en que se hallaba sobre todas las cosas de la vida, sobre sus necesidades, sobre la diversidad de temperamentos, de caracteres, de situaciones. Aunque con muy pocas letras, aunque los bosques, los caminos y la guerra civil fuesen en buena parte culpables de aquella educación fallida, había en Amadeo la educación del gentilhombre, era respetuoso con los ancianos, dulce con las damas y daba a cada cual lo que creía era su deber darle como consecuencia de la elevada opinión que tenía de sí mismo. Por otra parte, su perspicacia equivalía al don de la adivinación, sospechaba la presencia de un azul del mismo modo que el perro de presa huele a un ladrón, estudiaba los gestos, la voz, las miradas de un hombre, con la sagacidad del salvaje, con la habilidad de un hombre habituado a estos exámenes totales y rápidos, tan necesarios en el curso de una guerra civil. La naturaleza le había investido el don de gustar, poseía un magnetismo atractivo de increíble fuerza.

—¿Qué te pasa, Amadeo, para mirar de esta manera el mar? —preguntó la condesa cuando el gentilhombre pudo escuchar su voz.

—Hay —respondió— un sloop en el horizonte... Me gustaría tener el catalejo para comprobar si es francés o inglés... Buenos días, señor abate. ¿Cómo van las cosas por Saint-James? ¿Ha tenido noticias de Pontorson? Ya sabe que aquí vivimos como salvajes, sin leer un periódico, sin saber lo que ocurre. Somos pobres...

—Señor caballero, todo está en contra de las esperanzas que cultiváis. Todo está en paz, en Francia, se entiende, pues se pretende hacer la guerra a los ingleses. El primer cónsul medita un desembarco en Inglaterra.

—¡Dios mío, daría cualquier cosa..., pero nada tengo! ¡En fin, me gustaría poder ver al Primer Cónsul!... Mire, señor abate, pronto se reanudará la guerra, pues el cutter, ya que se trata de un cutter y no de un sloop, es inglés... ¿Qué vendrá a hacer aquí?

—Viene para que lo capturen. El famoso Lanno de Pontorson, el contrabandista, ha conseguido una patente de corso, se dice que ha armado un barco, y vos deberíais uniros a dicho corsario y aprender a navegar junto a él, empleando vuestro tiempo útilmente. Juan Lanno es un chouan de los mares; ha servido a las órdenes de Suffren y de D'Estaing, ha estado en las Indias, ha sido amigo de Tippto-Saib, odia a los ingleses, es realista, pero considera la bandera de los azules como algo necesario para sus fines, podríais convertirlos en un famoso marino, y sería generoso con vos... Todas vuestras cualidades adquiridas y naturales, podríais seros de gran utilidad, podríais conseguir formar una buena dote para vuestra hermana; podríais reconstruir El Plougal y, con el tiempo, conseguir también una patente, un barco propio, y marineros que os seguirían como perros. Podrías hacer de El Plougal un puerto para vos sólo, pues un hombre acostumbrado a estos arrecifes, podría anclar un brick en la cala de los cangrejos del mismo modo que un cochero hace entrar su coche en un pequeño patio. Allí estaríais al abrigo de los vientos y tempestades, fuera del alcance de los cañones de las fragatas. En tiempos de guerra, un corsario es como un rey...

—Soy ignorante como una langosta —respondió el caballero.

—Habláis el inglés como un hombre nacido en el País de Gales, y podríais aprender el español y el malayo en dos cruceros.

—¿Y las matemáticas? —preguntó el caballero—. Nuestro cura, el abate Fargeau, desgraciadamente, sólo pudo enseñarme a leer, a escribir y las cuatro reglas...

—En seis meses podríais aprender todas las matemáticas necesarias para ser un perfecto marino y yo podría enseñáros las —exclamó el cura...

—Yo te seguiría —dijo la condesa—. Te sería muy útil. Y además, siempre es necesario ver mundo. Piensa, pues, Amadeo, en lo bonito que sería visitar los Estados Unidos, Méjico, la Florida... tengo un tío en la Luisiana... Podríamos ir a Andalucía, a Italia, a Grecia, a Egipto, al Asia Menor y cuando se nos terminara el dinero, volveríamos a reemprender el curso... ¡Y quién sabe lo que podríamos llegar a ser!... ¡Qué placer asolar una posición inglesa!...

Los ojos de Amadeo se animaron; se sonrió, y el cura dirigió a la condesa una mirada de inteligencia, como para decirle: Ya es nuestro.

—Pensad, caballero, que ya se terminaron las guerras en la Bretaña, que debéis vivir y que para vivir honrosamente se necesitan buenas rentas. Todavía no habéis pensado seriamente en la vida; vuestra piel de cabra en invierno, vuestra blusa en verano, no siempre os bastarán. Tenéis veintidós años, el futuro se levanta en vuestro horizonte. No queréis ni abandonar Francia, ni someteros; vuestra situación no será posible sostenerla durante mucho tiempo...

—No le atormente usted más, mi estimado abate —dijo la condesa estremeciéndose al ver que la frente de Amadeo se plegaba a causa de terribles pensamientos.

—Tiene usted razón, señor abate —dijo— la vida de corsario es la única que me es permitido aceptar. Si de hoy en tres meses no tenemos noticia alguna de la corte, si los Príncipes no hacen ninguna tentativa, iré a Londres para pedir instrucciones y ponerme a las órdenes de Juan Lanno; aprenderé la profesión de marino, me convertiré en un lobo de mar, haré la guerra a los ingleses... Estoy pensando ya en ir a pillar el castillo que le quitaron a mi bisabuelo materno y llevarme conmigo a los irlandeses leales a la antigua familia de los O'Flaghan para convertirlos en mis marineros. ¡Pero habría que servir a la República francesa y es imposible!... —añadió, oprimido por una idea que se le presentó de nuevo a su imaginación—. Todavía siento más odio contra los Azules que contra los ingleses.

—¿Y por qué no servir a la República? ¿Es que no nos hemos sometido ya? ¿Es que yo no digo misa y hago mis sermones en una iglesia a la cual va un alcalde que lleva una faja con los colores que llaman nacionales?... Veamos. ¿Creéis que para la historia será un deshonor apellidarse Hoche, Desaix o Marceau?

—Sí, si Desaix, Hoche o Marceau, hubiesen sido realistas en vez de ser Azules. ¿Puede usted imaginarse a Charette al servicio del Primer Cónsul?

—Turena luchó contra el rey Luis XIV —dijo la condesa.

—No sé nada; pero lo que sí sé es que no es la misma cosa. Me exponéis el caso

de Turena, servidor del rey, yendo a servir a los rebeldes, y yo creo que si Turena libró batalla a su rey, pudo también sin deshonor abandonar a los rebeldes.

El cura guardó silencio.

—¡Sois más sabio que los mismos sabios! Yo soy de la misma opinión que la señora —dijo el cura— os admiro. ¿Pero adonde os llevará ese deseo perpetuo de pelear contra la República?

—A morir por el rey, como tantos otros.

—Entonces, no tenéis ningún apego a la vida —dijo la condesa con tono de reproche.

—¡No en tiempos de guerra civil! ¿Tenemos aquí alguna comodidad? ¿Qué es lo que nos puede hacer sentir gusto por la vida? —replicó lanzando a la condesa una mirada plena de dulzura—. ¡Creedme, señora, no despreciéis la oferta de Bauvan! Tenéis todavía a vuestra madre, que conserva algunas propiedades en el Anjou, regresad a su lado, casaos y vivid tranquila. He dejado a mi hermana en casa de mi abuelo, donde mi tío se ha tomado en serio lo de la pacificación. Por mi parte sigo siendo, y quiero seguir siendo un aventurero, como dicen. El día en que haya perdido todas las esperanzas me haré turco en Egipto u holandés en las Indias...

—La señora condesa está servida —vino a decir una muchacha.

—Si no le importa enfrentarse con una mala comida, señor abate, puede quedarse con nosotros hasta la noche...

—Es un honor que se puede adquirir aún comiendo detestablemente; pero no podré alardear de ello. Ivon Bacuël, vuestro granjero, me ha visto pasar, y me ha dado para vos una docena de botellas de vino de Borgoña añejo, que le devolveré en la primera ocasión en que venga a verme a Saint-James, y me he tomado la libertad de traer también un jamón que me ha entregado la señora Longuy y una galantina hecha por mi mayordoma. He venido tranquilamente, paseando, desde Saint-James hasta vuestra propiedad de Carhouët, donde he depositado las provisiones, pues llevaba conmigo dos botellas de licor, vespreto de Turín y crema de la señora Amphoux, ofrecidas por la tía de vuestro adorador, el conde de Bauvan... Y por último, café, azúcar; he venido cargado como un Rey Mago, sin contar con las bendiciones que os traigo de vuestros leales admiradores.

—No obstante no estamos en Navidad —dijo el caballero, sonriendo.

En el momento en que los tres personajes se levantaban para entrar en el depauperado castillo de El Plougal se oyó por la parte de los establos un ruido infernal producido por los aullidos de los perros, que parecían estar rabiosos. Las bien conocidas voces de *Pille-Miche* y de *Marche-à-Terre* dominaban aquel tumulto. El perro favorito del caballero, un soberbio lebel, corrió hasta la terraza perseguido por dos perros de raza pirenaica. Aquel magnífico trío mostró toda su inteligencia quedándose inmóvil ante el aspecto de sus tres propietarios. Los tres perros fueron pronto seguidos por tres hombres, ¡y qué tres hombres! *Marche-à-Terre*, el famoso chouan, bajo, fuerte, de voluminosa cabeza, traía cogido por el cuello a un hombre

vestido a la usanza de los campesinos bretones, que hablaba rápidamente en bajo-bretón con *Marche-à-Terre* y *Pille-Miche*. El alto y nervioso *Pille-Miche* tenía una podadera en la mano.

—¿Qué es lo que pasa?... Veamos, dejad libre a este hombre. ¿Qué puede hacer en medio de cuatro hombres decididos?...

—Señor —dijo *Pille-Miche*— dice que es un hombre de Morbihan. Acaba de llegar con una manada de... perdone la expresión, de cerdos, y nos ha ofrecido uno a tan bajo precio que me he dado cuenta que jamás había vendido un cerdo. Luego ha llegado *Marche-à-Terre*, y le dije en bajo-bretón: ¡Debe ser un Coentin!, pues después del daño que este parisién nos ha causado, calificamos de Coentin a todos los espías.

»—Sí, seguro que es uno de ellos —me ha dicho *Marche à-Terre*—, debemos atarle de pies y manos, y echarlo al mar metido dentro de un saco lleno de piedras.

»Y entonces él nos ha dicho, también en bretón:

»—Soy un amigo, y espero aquí a mi señor, que debe de haber llegado ya... No se puede matar a un hombre —dijo—, que tiene a dos servidores como éstos a sus órdenes.

»Ha dado un silbido y aparecieron rápidamente los dos perros que aquí ve usted, los nuestros han huido y las dos fieras se han lanzado sobre nuestra garganta... ¡Ah!, entonces he cogido mi podadera, y... Ha hecho una señal a los perros, y como me consta que aquí no puede robar nada, he comprendido que algo debe llevarse entre manos.

—Señor —dijo el comerciante en cerdos— yo soy de Morbihan y le pido hospitalidad solamente durante un par de horas, puede atar a mis perros, puede hacer que encierren mis cerdos, y estoy seguro que dentro de un par de horas seremos los dos mejores amigos del mundo... —añadió dirigiéndose a los dos chouanes—. Estoy muy contento al haber conocido personalmente al famoso *Marche-à-Terre* y a su amigo *Pille-Miche*. Mi nombre es Caboche, hemos servido a la misma causa, y...

Se detuvo para mirar al brick que, después de haberse acercado a la costa todo cuanto le permitían los rompientes, no era ya más que un punto blanco en el horizonte. Al ver aquel gesto, el caballero, que escrutaba atentamente la fisonomía de Caboche, comprendió que la llegada del desconocido estaba íntimamente unida a la del brick.

—Has mencionado a tu señor; ¿viene por tierra o por mar? ¿Quién es?

Los perros se echaron a correr en dirección a las rocas con un impulso tan apasionado que hizo decir a Caboche:

—El mismo os lo podrá decir, porque acaba de llegar.

Se oyó un silbido especial, Caboche respondió con otro.

—Es muy osado tu señor —dijo la condesa.

—Tiene derecho a serlo —respondió Caboche.

—¿Sabe adonde viene?...

—No tengo la menor duda, señora, os conoce perfectamente bien y viene precisamente para veros, a usted, y al caballero de Vissard; he recorrido todos los alrededores, estamos seguros y podréis comprender que si mi señor se ha decidido a desembarcar en Bretaña tomando este camino —dijo Caboche señalando el océano— y ha hecho media legua a nado, no es un Azul... Hace quince días, en Flandes, me dijo que estaría en Le Plougal el día veinte de julio. Que procurara estar aquí con una manada de cerdos. Le pregunté a qué hora; me respondió: por la tarde. Puede usted comprobar que el señor y el servidor, se conocen.

—¿Quién es tu señor?...

—Ah, señor abate, mis únicos señores son Dios y mi Rey... En cuanto a éste que, según parece, piensa hacerse comerciante en cerdos, él mismo os dirá quién es; pero estén ustedes seguros, mis queridos señores, que es nuestro superior en los ejércitos católicos.

El caballero se echó a correr hacia las rocas y ayudó al naufrago voluntario a salir de aquel dédalo de granito. La curiosidad de la condesa y del abate se hallaba de tal modo excitada que se olvidaron de la comida; además, Amadeo estaba en los arrecifes.

—Vigilad a este hombre con la mirada —dijo la condesa—; encerrad sus cerdos y marcharos a la cocina con él. Que el abuelo Lugal vigile la puerta de entrada...

Algunos instantes después la condesa y el abate vieron que el caballero tendía la mano al desconocido que apareció a su lado y descendió de la roca con tanta agilidad como él. Aquel personaje, de unos treinta años de edad, de talla superior a la normal, de una corpulencia que no excluía la agilidad, no parecía, al primer golpe de vista, pertenecer a la aristocracia; la mirada de la condesa no podía equivocarse; pero tenía aquella nobleza que dan los grandes sentimientos y el espíritu elevado.

La grandeza, en las gentes del pueblo, se convierte en algo grandioso, el valor en rudeza, el ingenio en mordacidad, la gracia en algo salvaje. Todas las virtudes tienen sus inconvenientes, es difícil para un hombre del pueblo ser perfecto, es un vicio de la sangre; le falta la elegancia, la finura, la costumbre de ser lo que se es, y que se comprende más que se explican. La Iglesia y el servicio de las armas transforman la naturaleza popular, y es en estas dos eficientes escuelas donde cualquier hombre notable salido de la multitud, es transformado; pero el hombre que se traza un camino en la vida, empezando desde abajo hacia arriba, conserva siempre residuos de su falta de educación. Pero también hay que reconocer que jamás personas pertenecientes al gran mundo han sido capaces de salvar un Imperio, sostener un trono, ni elevar una dinastía.

La condesa miró al abate, como para decirle: ¿Quién será? Y el abate respondió con una mirada que decía: No tengo ni idea de quien puede ser... No cesó de examinar al recién desembarcado, cuyo pantalón de marinero se iba secando al sol del mes de julio, cuya blusa empapada de agua de mar iba dejando un rastro de gotas inmediatamente absorbidas por la arena.

—Usted debe ser el Caballero de Vissard —fueron las primeras palabras del nadador.

—Así es, señor —respondió Amadeo.

—He venido a hablar con usted de asuntos serios, y usted debe imaginar que un hombre que se ve obligado a tomar un brick inglés en vez de la diligencia de Mayenne, para poder llegar a El Plougal, debe ser...

—... un emigrado.

—¡Por quién me toma usted! —respondió el desconocido—. ¡Yo un emigrado! No señor, yo soy bretón, y, dentro de pocas horas, le podré justificar mi grado de teniente general al servicio del Rey de Francia... Debe usted comprender que no podía decidirme a llevar encima mis credenciales, cuando sabía que debería tomar un baño de una hora. La chalupa del brick me ha traído lo más cerca posible de los acantilados; pero era sólo una chalupa, y he tenido que nadar durante más de una hora. Si nos entendemos, sé cómo decir a los del brick que se vuelvan, y si me decido a regresar, sé también como hacerles venir. Le solicito hospitalidad por esta noche, señor caballero; en cuanto a quién soy, de momento seré el señor Jaime Laserre, comerciante en cerdos, con domicilio en Amiens, departamento del Somme, que viaja por asuntos propios de su negocio.

Amadeo miraba atentamente a aquel personaje, que, dándose cuenta de este examen, se detuvo.

—Señor caballero, en los tiempos en que vivimos, y en su situación, hay que temer siempre a los espías, a los intrigantes; míreme bien a los ojos.

Amadeo quedó estupefacto al ver la mirada chisporroteante de aquellos ojos como dos naranjas, casi negros, en los que resplandecían el valor y la sinceridad.

—¿Es ésta la cara de un traidor? —añadió—. Sabrá usted quién soy yo, y puede estar seguro de que hasta mañana no le comprometeré en ningún asunto peligroso. El conductor de mis cerdos y de mis dos perros debe de haber llegado. Voy a vestirme como me corresponde y a recoger mi documentación.

El desconocido saludó a la condesa y al abate, después silbó de nuevo, como había silbado para llamar al guardián de sus cerdos.

—Está en la cocina —dijo la condesa al caballero, que se encargó de acompañar a su huésped.

—Habrás que poner un cubierto más, querida condesa —dijo con dulzura el caballero.

Al ver andar al teniente general, se reconocía a uno de aquellos caracteres enérgicos y decididos, hechos para el mando y las empresas difíciles.

—Es un hombre orgulloso —dijo el abate.

—¡Qué carretero! —respondió la condesa—. Tiene la misma estampa de un caballo de tiro. ¡Qué hombros, qué pecho!

Subió el peldaño de la puerta de entrada, sobre la cual una piedra, mutilada por los Azules, había mostrado un escudo, y entró en una estancia devastada, blanqueada



con cal.

(.....  
.....)

# LA AUTORA

—¿Y de qué vive? —preguntó Claudio Vignon a Víctor de Vernisset.

—¿Y de qué vivías tú hace doce años? —respondió Lousteau con voz amarga a Claudio Vignon.

—¡En fin, la realidad es que vive! —hizo observar el cáustico Bixiou.

Estas frases, rápidamente intercambiadas entre aquellos cuatro personajes, a las ocho y media de la noche, a la entrada del Café Riche, eran continuación de las maledicencias empezadas al final de una cena copiosa y succulenta. Se suele seguir en medio del asfalto del boulevard de los Italianos donde está enclavado el Café Riche los chismes empezados con los postres, ya que una ligera embriaguez aísla en cierto modo a los artistas, no ven a nadie a su alrededor.

Aquellos cuatro, célebres por diferentes motivos, iban a comprar cigarros y se paseaban por el boulevard bajo una de esas hermosas noches de invierno que suele haber en París en el mes de diciembre. El cielo era puro, brillaban las estrellas, los paseantes llenaban las aceras, en las que de trecho en trecho, formaban grupos los elegantes, y el piso, limpio como en el verano, resonaba bajo sus pisadas.

—Nos queda todavía una media hora para hacer desaparecer el color de nuestras mejillas al estilo de Rubens —dijo Bixiou— lleguémonos hasta el boulevard de los Capuchinos, donde podremos charlar mejor mientras paseamos. Aquí, podrían oímos, y se divertirían con lo que decimos.

—¿Y dices, Vernisset, que tiene veintitrés años?... —preguntó Claudio Vignon.

—¡Ah!, vamos, tú quieres casar a ese muchacho —respondió Vernisset.

—¡Es un tic de borracho! —replicó Bixiou.

—Veamos, es preciso darle gusto —dijo Lousteau—. Ese joven responde al nombre de Aquiles de Malvaux, tiene veintitrés años, vive en un entresuelo de la calle de la Michodière y es sobrino de la señora Albertina Hannequin de Jarente, la décima Musa, en casa de la cual se presenta esta misma noche. Se manifiesta bajo la forma de un principiante sin vocación precisa, no es pintor, ni tampoco escritor, pues su tía le causa verdadero horror, no es lo suficientemente leal para convertirse en crítico, únicamente nos conoce por habernos visto cenar alguna que otra noche en casa de la décima Musa, y por habernos invitado una o dos veces para que no tuviésemos aspecto de autores famélicos. Entraremos por primera vez en su domicilio; todo esto es suficiente para decirte que ahora sabes de él tanto como nosotros. Tiene una madre, conocida por *la bondadosa señora Malvaux* hermana del señor Hannequin que, desde hace veinte años, gobierna la casa de su hermano y realiza las funciones de lo que antiguamente se conocía por una ama de llaves; en vez de ser una carga para su hermano, como podría suponerse, pues le da unos dos mil francos al año, ha sido precisamente la causa de la opulencia de la familia, vigila a la servidumbre, tiene las llaves, hace confituras y cuida de la despensa. Sin ella, su hermano habría sido arruinado por su mujer. De modo que es bendecida por todo el mundo. Lo notable del caso es que no es una vieja gruñona, sino que es mujer de dulce alegría, no pide jamás limosna sino que adopta la actitud de ángel de la guarda.

Se considera excesivamente pagada por su hermano, el cual, según se dice, corre coñ los gastos ocasionados por la educación del susodicho Aquiles. Tiene casa, calefacción, está alimentada y colmada de regalos. Las dos señoritas Hannequin y el pequeño Hannequin la llaman *mamá Malvaux*; en cambio su cuñada, la Musa; se comporta con ella sin ninguna consideración, la trata como a una inferior, y encuentra en la buena mujer tanta dulzura que es incapaz de comprenderlo; el epigrama cae sobre la ductilidad y se hunde allí. La anciana dama, pues tiene bien cincuenta y ocho años, adora a su señor hijo.

—¡Esto es cuanto deseaba saber! —exclamó Claudio Vignon.

En 1846, Claudio Vignon, funcionario del Consejo de Estado, secretario particular del príncipe de Vissemburg, recientemente nombrado miembro del Colegio de Francia, era también, desde no hacía mucho, miembro de la Academia de Ciencias Morales y Políticas. Con quince mil francos de emolumentos deseaba consolidar su posición contrayendo un matrimonio conveniente, y su decisión debía ser rápidamente tomada.

—Lo que decías, querido amigo —respondió Bixiou— demuestra que lo que tú te propones es seguir las huellas de nuestro amigo Vernisset, el cual, desde hace tres años, explota las vanidades de la señora Hannequin, constituyéndose en portestandarte de su gloria, únicamente para casarse con la mayor de las señoritas Hannequin...

—La mayor —dijo Claudio Vignon— tiene veinte años, nuestro amigo Vernisset puede quedarse con la menor que solamente tiene diecisiete, y, por otra parte, un rival de más o de menos importa poco cuando en ese salón literario hay tantos pretendientes como autores, periodistas y poetas.

—¿Vamos a jugar limpio? —preguntó Vernisset.

—¡Qué tontería! —replicó Claudio Vignon—. Lo que debemos hacer es calumniarnos recíprocamente todo cuanto podamos, sin que por ello dejemos de seguir siendo amigos, pues supongo que no eres lo bastante insensato para desear que yo me convierta en enemigo tuyo. Me dejarás para mí el *fructus belli*, yo te dejaré mis deudas; de modo que podemos empezar por la maledicencia, por las descargas de fusil antes que los cañonazos.

—Tiene razón —dijo Loustau—. Esto no sería divertido. Se trata de un desafío a la dote, no de un torneo de galanterías.

—Vemisset, tú quédate con la madre —prosiguió Bixiou—. Créeme, tú puedes considerarte como el más fuerte de todos, pues has conseguido hacerte cómplice de la vanidad de la señora de Jarente, tú la tienes.

—¿Y el padre? —preguntó Claudio Vignon.

—El padre —respondió Vemisset— todavía está enamorado de su mujer, y después de haberse pasado muchos años lanzando denuestos contra las mujeres escritoras, ha terminado por admirar a su cara mitad. Se siente halagado por tener un salón literario en su casa, concurrido por las celebridades de la época, y pregunta muy

seriamente si la señora de Jareníe no es superior a Camila Maupin... Es un hombre bueno, un hombre digno, un hombre de honor y de elevada honradez; pero ha caído en el abismo de la vanidad...

—¡Ah! —exclamó Bixiou— si París no es la capital del mundo civilizado, por lo menos seguirá siendo la capital de la vanidad. Yo, que vivo en medio de este cáncer, considero que la vanidad presenta tantas facetas, tantos aspectos, que se transforma, como la fiebre, en tantas fiebres de la inteligencia como crea formas de fiebre la sangre bajo el influjo de causas desconocidas, como dice Bianchon.

—Se podría escribir un libro —dijo Loustau tirando su cigarro— describiendo todas las encarnaciones del virus de la vanidad. ¿Las enumeramos?... Vanidad de autor, de orador, de hombre que tiene suerte con las mujeres, vanidad de honores municipales, vanidad de los avaros, de los coleccionistas, de los sportmen, de los...

—Detente, amigo mío —exclamó sentenciosamente Claudio Vignon—, estás a punto de inventar de nuevo los *Caracteres* de La Bruyère. Decíais, pues, muchachos —prosiguió después de una pausa— que el anciano notario adora y admira a su mujer; pero mientras la adora y la admira puede también desear casar a sus hijas en las condiciones de solidez burguesa exigidas por el sentido común... En fin, un artículo serio sobre Albertina Becker, considerada una de las celebridades contemporáneas, firmado por mí, hundirá a mi amigo Vemisset... Únicamente tiene sobre mí la ventaja de haber leído las obras de la dama, y yo no conozco ni una sola línea. Vamos, Víctor, sé generoso... ¿Qué es lo que ha escrito esa mujer?...

—Ha escrito, por sí misma —interrumpió Bixiou— una docena de novelas tituladas *Historias edificantes*. Se trata de cuentos cortos que unen la sencillez de Berquin con la ardiente imaginación de Bouilly, en el estilo académico de los *Incas*. Es como una especie de contrafigura del *Decamerón de la Juventud* del abate Girard. Pero el *Decamerón de la Juventud* del abate Girard es una obra maestra, o si se quiere, la reunión de una serie de pequeñas obras maestras, a las que la Academia ha concedido el Premio Monthyon, estando imprimiéndose ya la tercera edición. En tanto que las *Historias edificantes* difícilmente obtendrán un accésit de mil quinientos o dos mil francos, lanzado como una limosna por los académicos repantigados en el salón alrededor de la mesa de la señora de Jarente. No hace mucho Albertina Becker ha publicado un volumen de poesías, *Las Inspiraciones*, y una novela en dos tomos, *Las Dos Primas*, cuyo tema es el de las dos clases de educación, la educación religiosa de una madre que no se separa de su hija y la educación de los pensionados para señoritas. La hija religiosa convierte en honesto a un marido libertino, voltariano, y con visos de comunista, mientras la otra hace de un hombre virtuoso, un libertino. Finalmente, Albertina Becker, nombre de soltera de la señora Hannequin, está al frente del partido literario que se opone al desbordamiento característico de la producción literaria actual, pretende moralizar a la sociedad por medio del libro, dar impulso a la literatura *de castillo*, como se dice, a esa literatura a lo Genlis que desea dirigir los gustos del público hacia los pastiches de moral sin sal ni pimienta. Es

conservadora, adopta actitudes de adversaria de una ilustre demócrata y mantiene un excelente albergue literario, pues sirve un té ruso realmente exquisito y unas reconfortantes colaciones todos los miércoles... Esto es todo.

—Es una mujer mucho más astuta de lo que parece —dijo Loustau—. Heredera del notario Becker, obtuvo de otro Becker, su tío, en vida usurero y encargado de negocios al estilo de Vauvinet, pero en grande, le regalara la propiedad de Jarente. Se consideró tan desgraciada al verse reducida a la condición de notaría, que obligó a su marido a vender su despacho, hace unos tres años, y a adoptar el apellido de Jarente. De modo que, desde hace dos años es la señora Hannequin de Jarente, y ahí tienes a la señora H. de Jarente. Desea que su marido sea elegido diputado por el distrito en que está enclavada la propiedad de Jarente y lanzarle a la vorágine de la política. Su sana literatura y su salón serían poderosos auxiliares para la carrera del marido, pues ansia para él el título de conde y el nombramiento de Caballero Comendador de la Legión de Honor. Además, tened muy en cuenta que el ex-notario es nada más y nada menos, que alcalde de la capital del distrito electoral... La casa de la calle de Luis el Grande pertenece a la esposa, heredera de su tío Becker hace unos cuatro años...

—¡Son, pues, inmensamente ricos!... —exclamó Claudio Vignon.

—¿Se puede ser rico con ochenta mil libras de renta cuando se tienen tres hijos? ... Si tienen que entregar, como se asegura, veinte mil libras de repta a cada una de sus hijas el día que se casen no les quedarán más que cuarenta, y entonces habrá que situar al pequeño Alberto, de modo que el señor y la señora de Jarente no tendrán, cuando lleguen a viejos, más que la casa y los veinticuatro mil francos que produce la propiedad de Jarente... Por tanto, habrá que creer a la bondadosa anciana Malvaux, cuando asegura que su hermano tiene que hacer economías, y ella las realiza, pues se dice que a pesar del tren de vida que lleva Albertina Becker, los gastos totales de la familia no sobrepasan los sesenta mil francos anuales...

—Y —añadió Vernisset— el bueno de Hannequin es un economista de primer orden. Si su mujer posee el genio de los gastos, él posee el del ahorro.

—Ea, son ya las nueve y media, crucemos el boulevard —dijo Claudio Vignon— y vayamos a ver al joven Aquiles Malvaux.

Los cuatro amigos, todos en traje de noche, se habían pasado suficiente rato al aire libre para destruir todo el olor a tabaco, llegaron a la puerta de la casa de Aquiles Malvaux, encargado de presentar, a instancias de Vernisset, a Claudio Vignon a su tía. El entresuelo ocupado por Aquiles de Malvaux en la casa situada en la esquina de la calle de Hannovér con la de la Michodière, teñía vistas a ambas, era muy alegre, aunque pequeño y recogido, pues únicamente constaba de cuatro habitaciones: una antecámara, un salón, un despacho y un dormitorio, flanqueado por otros dos despachos.

Al entrar, aquellos seres tan exigentes no encontraron nada que criticar. La antecámara, amueblada con un diván ante el cual había una mesa de caoba delicadamente esculpida, ofrecía a sus miradas un tapiz persa de excelente gusto,

colgando del techo como formando una tienda. Las sillas, cubiertas, como el diván con tela verde, eran confortables. Cuatro cuadros colocados en los cuatro lienzos de pared, eran de Greuze, de Watteau, de Joseph Vernet y de Prudhon. Una hermosa lámpara iluminaba la mesa; el aparador, coronado por una estantería, albergaba las más magníficas muestras de las más célebres fábricas de porcelana. El salón, cuyas paredes estaban tapizadas con seda roja, lo mismo que el dormitorio, parecía el tocador de una elegante; había en él sillones de todas clases y formas, curiosidades, panoplias, muebles de marquetería con preciosos ornamentos de bronce, de un gusto exquisito, un piano cargado con el peso de numerosas obras musicales, una docena de cuadros de maestros antiguos; la estupefacción de los cuatro visitantes fue tan grande, cuando, invitados por la portera de Aquiles, que estaba terminando de vestirse, pasaron revista a los cuadros y a las rarezas existentes allí, examinaron aquella pequeña colección, de la que se hubiera sentido orgulloso más de un coleccionista.

—No tengo aún ninguna maravilla —les dijo un joven a través de una puerta tapizada con brocado— pero por lo menos, todo es auténtico, las porcelanas son buenas y completas, y... no debo nada...

La chimenea, en la que chisporroteaba un alegre fuego, atraía la atención por un magnífico reloj de mesa, estilo Pompadour, una serie de porcelanas de China difícilísimas de encontrar y irnos pequeños candelabros de porcelana antigua de Sèvres como no existen hoy.

—Señor —dijo a Claudio Vignon Aquiles de Malvaux que apareció abrochándose el chaleco— el señor Loustau me ha pedido que la presente usted a mi tía; permítame que le agradezca el honor que me hace, pues la verdad es que usted es de aquellos que no necesitan un introductor...

Después de haber estrechado la mano de los tres restantes que conocía, se volvió para recoger su gabán.

—¿Es usted coleccionista de obras de arte? —le preguntó Claudio Vignon.

—No, solamente soy un aprendiz de coleccionista. Un bondadoso y anciano abate, tío-abuelo mío, que ha vigilado mi educación y que me quiere como a un hijo, es un gran coleccionista y técnico en cuestiones de arte. Todo lo que ustedes ven aquí procede de él. Solamente he comprado algunas cosas; pero los cuadros que hay en el comedor son lo único que he heredado de mi padre.

—Es una explicación bien inventada —dijo Loustau en voz baja, en cuanto el joven hubo entrado en el dormitorio—. Es evidente que es el *protegido* de alguna mujer, pues la mano de una mujer se manifiesta aquí incluso en las menores cosas... Estos trabajos de tapicería están hechos con verdadero amor...

—¿Y cómo se llama su tío-abuelo? —preguntó Vernisset—, un hombre de semejante intuición artística debe ser consultado.

—Es el bondadoso y erudito abate Girard —contestó Aquiles, que había regresado y se estaba poniendo los guantes.

—¿Quién, el que acaba de publicar *El camino del Cielo*?

—El mismo. Es hermano de mi abuela, que era una Girard... Vive como un santo y le debo a él, como a mi madre, todo cuanto soy y todo cuanto puedo valer. Pueden ustedes ver, por este apartamento, que soy el ídolo de mi madre; la santa mujer merece, con creces, la adoración que siento por ella; no vive ni ha vivido más que por mí: nosotros somos todo el universo para el otro... Ella fue la que me encontró este reducido apartamento cuando salí del colegio y trataron de que cursara la carrera de derecho, habiendo invertido en este intento todas sus economías y las de mi tío... Este digno sacerdote, que no gasta para sí un centenar de francos al mes, que vive como un asceta, y mi madre que permanece por mí en la situación inferior donde le podrán ver esta misma noche, desean que yo monte a caballo, que lleve la vida de un joven acaudalado; pueden creerme, señores, que nada es capaz de preservar tan eficazmente a muchacho como yo de los peligros de París como semejante afecto. Me esfuerzo con un entusiasmo del demonio para ser digno de tantos sacrificios y poder ganarme la vida...

Mientras decía, sin afectación, aquellas palabras, Aquiles cerró la puerta de su dormitorio para evitar que aquellos señores vieran el desorden que reinaba en él.

—¿Qué es lo que hace usted? —preguntó Vernisset.

—Quiero ser doctor en derecho, y tal título exige intensos estudios; pero también estoy pensando en escribir un libro que titularé *Teoría del poder moderno*, en el que trataré principalmente la cuestión de los impuestos. Mi padre que fue recaudador de contribuciones de Meaux, me dejó al morir unos manuscritos tratando temas financieros y quiero honrar, de este modo, su memoria. Completaré la obra de mi venerable madre que entregó toda su fortuna para pagar las deudas contraídas por mi padre y legarme un apellido sin mácula. Ahora, señores, estoy a vuestras órdenes —añadió dejando sobre una mesa el ganchillo con el cual se había estado abrochando los guantes.

Aquella ceremonia y la grave sencillez de Aquiles Malvaux trastocaron las ideas de los cuatro bromistas que encontraron en aquel joven algo de respetable, pues poseía la dignidad natural que proporciona la propia estimación, la más alta consideración hacia los demás, y una cierta desenvoltura conseguida frecuentando la vida social. Evidentemente, gozaba de los placeres que puede ofrecer una ciudad como París sin abusar, sabía mucho y se entregaba sobriamente a la diversión.

Aquiles tenía lo que en otros tiempos se llamaba un aspecto digno. Sus gestos y movimientos eran graciosos sin ser calculados, sabía comportarse en sociedad.

Para aquellos cuatro feroces observadores, todo quedó explicado por el abate Girard, un eclesiástico de viejo cuño. El joven Malvaux, aunque de estatura corriente, se hacía mirar por su cara eminentemente inteligente, llena de ángulos, acentuada, que daba idea de que su poseedor era hombre de gran energía y voluntad, tenía una cabellera negra, con pelos rebeldes al peinado liso que se ha hecho normal en todas las cabezas masculinas de Inglaterra. Su tez, de un blanco mate, parecía iluminada por una idea viva. Sus ojos pardos, brillaban de pureza. A través de ellos podía verse



hasta el fondo de su alma, en el cual no se ocultaba a la mirada ni uno solo de sus pensamientos.

—¿Joven —dijo con toda seriedad Claudio Vignon—, sabe usted que es feliz?

—Sí, lo sé —respondió Aquiles.

—Pues bien, no eche a perder su felicidad, manténgase tal como usted es, entréguese al estudio, al santo trabajo y llegará a ser un nuevo Arthez...

—¿Por qué iba a cambiar? —dijo Aquiles mirando a los cuatro personajes—. ¿Saben ustedes lo qué es una madre excelente?... Mi pobre y anciana madre adorada viene todas las mañanas, a las nueve, a verme, me prepara personalmente el desayuno, ayudada por los porteros, que son mis criados. La taza de café que tomo para desayunar es exquisita, la leche, es leche que me traen de la granja que mi tío Hannequin posee en Bobigny, el café es moka auténtico... Hace ya tres años que todos los días mi madre viene a desayunar conmigo; durante el desayuno, nos lo explicamos todo, yo le cuento lo que he hecho el día anterior. Con la ayuda de la portera, mantiene todo esto admirablemente limpio. Si durante mis paseos me he fijado en algún objeto de arte, y yo se lo digo, dos días más tarde lo encuentro en mi despacho con un billete como aquellos que las mujeres espirituales escriben a los que aman. Si le explico todo esto, señor Vignon, es porque esta noche va a ver usted a mi noble madre, y en la manera en que le servirá el té, en el ejercicio de sus funciones de ama de llaves, jamás podría adivinar qué clase de corazón, qué clase de espiritualidad, se esconden bajo su sencillez, bajo la simplicidad de su vestido, de su collarite estilo Imperio, y de sus actitudes de anciana. Mi tía apabulla a mi madre; pero mi tía, que más bien se puede considerar como el prospecto de una musa que una mujer poeta, es el fantasma, mi madre es la realidad.

—Como es que su tía se ha decidido a escribir tan tarde... —preguntó Claudio Vignon.

—¡Ah!, mi tía se ha convertido en escritora cuándo

guir su ración en el banquete de la vanidad, ese forraje de los parisinos. Su marido la amaba, ¿comprenden ustedes? No había tenido más que éxitos debidos a sus vestidos, a su belleza; pero jamás hubo nada que reprochársele; se ha oído decir cosas dulces al oído, ha tenido amores inéditos de aquellas admiraciones iniciadas en un baile y terminadas con la primera visita en la que el osado encontraba a una madre de familia adorada por su maridó, orgullosa de sus hijos, digna como la antigua mujer de un Edil. Entonces, cuando llegó la terrible bancarrota de los cuarenta años, se consideró robada, como dice, y pensó que su hermosura no había producido ningún escándalo, que su vanidad no había tenido ración de ruido, de humo, y entonces decidió convertirse en Jarente, en conservadora, en autora de libros virtuosos, en franca competencia con mi tío-abuelo, al cual no ha visto ni dos veces en toda su vida, pues es profesor en el seminario de San Sulpicio, en el que vive como un monje. Ella es extraordinariamente superficial, pero sabe encontrar algunos epigramas que la engañan, y engañan a mi tío, sobre el verdadero alcance de su inteligencia. Sin el

admirable sentido común de mi tío ella habría cometido innumerables tonterías. Pero como por su parte ignora que el señor Vernisset ha venido corrigiendo los versos de mi tía, que el señor Loustau corrige y revisa su prosa, ha caído en la trampa de esta gloria construida con propaganda y artículos pagados. Usted, señor Vignon, que está en situación de poder consolidar ese frágil edificio, esta noche seréis un dios para ella... Me ha perdonado lo que califica de mis culpas para con ella, en cuanto le solicité permiso para presentarle a usted. Mis errores consisten en pretender que una mujer no debe nunca basar la pureza de su existencia de madre y de esposa en lo que pueda decir la cuarta página de un periódico, en afirmar que se sitúa en una posición aparte de su sexo al hacerse escritora, que las excepciones a la debilidad femenina son tan raras que no ha habido más de diez en mil ochocientos años, siendo la miseria la única excusa que puede tener una mujer para convertirse en escritora. ¡No pueden imaginarse ustedes las mil comedias que se representan en casa de mi tía! Sus hijas, que por otra parte se toman en serio la gloria de su madre, se pasan semanas enteras sin verla más que a las horas de comer. «Está escribiendo», es la consigna que corre por toda la casa. Desde que se ha teñido las medias de índigo mi madre se ha convertido en la madre de sus sobrinas, es mi madre la que se ocupa de su peinado, de sus vestidos, quien las acompaña a la iglesia, quien está siempre con ellas. No sé lo que daría para poder corregir a mi tía de su manía de escribir. Está perdiendo la salud, pues trabaja tanto que se siente aquejada de varias y molestas enfermedades. Se atormenta por sus libros, y pone un fuego..., ¡es desesperante!...

—¿Por qué? —preguntó Claudio Vignon—. No será que su tía...

Aquiles Malvaux guardó silencio, como si hubiese hablado demasiado.

Si su tía recuperara el buen sentido, la literatura perdería mucho —dijo Bixiou.

—No, la literatura no, quienes tal vez perderían serían los literatos... —respondió Aquiles.

—Es esto lo que ha querido decir Bixiou —hizo observar Claudio Vignon.

—Estaría dispuesto a perdonarle a mi tía haberse convertido en la mesonera de las modernas glorias, pues es un placer y un honor ser la dueña de un salón en el que se reúnen todas las personas inteligentes y los artistas más célebres de París; pero seguirán acudiendo a un salón donde creerán ser explotados, donde sus frases, sus rasgos de ingenio, serán cogidos al vuelo, donde se encontrarán con una pluma rival, con peticiones de artículos, en el que se establecerán aranceles aduaneros sobre sus libros, diciendo que han sido empollados bajo las alas protectoras de esta Musa... Esto es lo que digo a mi tía, y lo que hace que ésta me considere como un hombre excesivamente positivista, como un triste economista, un puritano de la izquierda, un aguafiestas que jamás podrá tener ideas amplias sobre arte. Por último, señor —dijo dirigiéndose a Claudio Vignon— todos esos señores saben mucho más que yo sobre la manera de ser y de pensar de mi tía, y usted va a ver ahora a ese fenómeno... Hace una noche espléndida y podemos ir andando a su casa, que está al final de la calle de Hannover...

El palacio de Jarente estaba, en efecto, situado en la calle de Luis el Grande, cerca de la calle Nueva de San Agustín; en pocos minutos, el economista en ciernes, el empleado del Estado, el poeta, el periodista y el célebre dibujante, hicieron su entrada.

La señora de Jarente ocupaba la planta baja y el primer piso de la casa, mientras que el segundo y el tercero habían sido alquilados a uno de los más antiguos clientes de la notaría Hannequin, al señor y a la señora Lebas, excomerciantes y fabricantes de paños retirados del comercio desde que el señor Lebas, nombrado cinco veces presidente del Tribunal de Comercio y consejero del departamento del Sena, había sido promovido a Par de Francia. El hijo de aquellos honorables comerciantes, consejero del tribunal Real, ocupaba el tercer piso. Aquella residencia, con patio y jardín, era el antiguo palacio Minoret, rico proveedor de los ejércitos, muerto en el cadalso en 1793 por haber desplegado un lujo escandaloso. Había estado, en tiempos del Imperio, habitado por el príncipe de Vissemburg, antes de que comprara otro palacio en la calle de Varennes. Los pisos segundo y tercero fueron construidos por un especulador a quien el viejo Becker prestaba dinero y que había terminado por hacer bancarrota, de modo que pudo adquirírselo a muy buen precio. La planta baja, destinada a recepciones, presentaba un lujo realmente imperial, con magníficas esculturas estilo Luis XVI. El jardín, pequeño como todos los jardines que todavía subsisten en París, colaboraba con la grandiosidad de los salones. Una pequeña escalera interior ponía en comunicación la planta baja con el primer piso más cómodamente que por la escalera principal.

Los dos salones, la sala de billar y el ambigú estaban llenos de gente a las diez menos cuarto, en el momento en que los cinco amigos hicieron su entrada. El señor y la señora Hannequin habían conservado de sus antiguas relaciones únicamente las amistades que no desentonasen con las nuevas. De modo que los Lebas, los Hulot, los Camusot de Mandile, vecinos suyos, el viejo Camusot, antiguo fabricante de sederías, nombrado recientemente Par de Francia, los Popinot, los Cardot, los Derville, los Saillard, es decir, la flor de la burguesía recién triunfante, habían continuado yendo a casa de la señora de Jarente, a la cual algunas veces, por distracción, seguían llamando señora Hannequin. Toda aquella burguesía acostumbraba a llegar muy temprano, les gustaba ver a los artistas y a los escritores célebres, a los periodistas reclutados por la ex-notaria, que quizá debía a la composición de su salón el honor de seguir conservando la inestimable amistad de todos aquellos grandes señores del mostrador y de la fábrica.

Durante el invierno asistían a las reuniones el famoso procurador general Vinet y su hijo, el abogado general del tribunal Real, señor de Ciagny; pero ella hacía esfuerzos extraordinarios, hasta aquel momento sin éxito, para conseguir que vinieran también Canalis, el conde de Trailles, Nucingen, Rastignac, du Tillet y otros grandes hacedores políticos. Se decía a sí misma que su salón no dejaría de ser nunca un salón

de segundo orden mientras no acudieran a él ministros, oradores célebres y diputados. Se había preocupado constantemente en tender sus redes, en captar celebridades para su salón. Así esperaba con gran impaciencia a Claudio Vignon. Para ella, no era solamente el príncipe de la crítica, sino que veía en él al cornac del presidente del Consejo, príncipe de Visembourg. En cuanto vio a los cinco recién llegados, el conde Popinot le estaba presentado al director de una de las más importantes compañías de ferrocarriles y a otro de sus amigos, Gaudissard, antiguo director de uno de los teatros del boulevard, que acababa de fundar la casa de banca Gaudissard y Vauvinet. El ex-ministro de Comercio pensaba en casar a aquel viejo soltero, su amigo, su camarada, con la mayor de las señoritas Hannequin; pero ¿qué era para ella un ex-director de teatro, un millonario, al lado del secretario particular del Mariscal, de un distribuidor de coronas nobiliarias?; así abandonó bruscamente al par de Francia y al director de la compañía de ferrocarriles, diciéndoles de la manera más amable que le fue posible:

—Discúlpeme, señor conde, veo que acaba de llegar mi sobrino, al que tengo que decir una cosa..., vuelvo en seguida...

El ex-ministro miró hacia el lugar en el que estaban los recién llegados, vio entre ellos a Claudio Vignon y adivinó todo en un abrir y cerrar de ojos.

—Mira, amigo mío —dijo a Gaudissard estupefacto, pues se creía un personaje importante— ahí viene la señora Malvaux, la hermana de Hannequin. Tómate la revancha con ella, es el sentido común de la familia, el hermano no toma ninguna decisión sin consultar a la hermana, y te insto a que cultives su amistad; no te andes por las ramas, haz todo lo posible para tenerla de tu parte.

Mientras decía esto, el ex-ministro indicaba a Gaudissard una anciana dama de cara pálida aunque un poco llena, en la que dos ojos azules parecían dos pervincas horadando un montón de nieve, y en cuyos labios fríos vagaba una sonrisa de embelesamiento cuando miraba a Aquiles Malvaux. Una bondad espiritual animaba aquel rostro, cuya nariz un poco respingona revelaba cierta malicia contenida. La frente, en parte oculta por un gorro de encajes y flores, presentaba una serie de protuberancias que hubiera atraído la atención de cualquier frenólogo. Aquella anciana dama iba vestida sencillamente con un traje de levantina color malva en forma de redingota, con lazos ribeteados de verde y una gorguera de encaje, de tres volantes, regalo de sus sobrinas, que le Caía sobre los hombros, dejando al descubierto un cuello cuyas arrugas no se manifestaban demasiado claramente a causa de la gordura que hacía de aquella diminuta anciana una especie de bola. No usaba corsé y el cinturón de su vestido estaba bastante negligentemente ceñido. Sus regordetas manos mostraban hoyuelos significativos, pues no usaba guantes. Jamás una mujer de cincuenta y ocho años ha realizado con tanta propiedad el ideal de lo que uno se imagina debe ser la hermana de un notario y de un *factótum* femenino. La forma de su peinado, con los rizos pegados a las sienes, debía ser obra de alguna peinadora teatral.

—¿Esta especie de señora de Saint-Leon, de Saint-Jules? —dijo sonriendo el

ilustre Gaudissard.

—Posee una inteligencia tan aguda como brutal es la de su cuñada, es de una lógica y de una perspicacia temibles; juzga todo con un tacto exquisito, es ella, su conversación, lo que yo vengo a buscar aquí; pero, entendámonos, conversamos en un rincón sin ser vistos por nadie, ya que siente verdadero horror a causar alguna sensación.

—Bueno, supongo que no pretendes gastarme ninguna broma, me arriesgaré; pero, entre nosotros, la Jarente es una pécora.

—¡Bah!, te la deseo por suegra —respondió Popinot— pero procura que la buena de la señora Malvaux te cuente la historia de su vida, y no habrás perdido el tiempo.

—Voy a pegarme a ella, y te aseguro que no jurará más que por Gaudissard —respondió el banquero.

Los dos amigos se separaron; antes de abordar a la madre de Aquiles Malvaux, Gaudissard se dirigió a un ángulo del salón para poder contemplar a sus anchas, sin ser notado, a las señoritas Hannequin. La mayor, llamada Leopoldina, había heredado la orgullosa belleza, un tanto vulgar, de su madre; los rasgos de su cara eran delicados, su tez no carecía de atractivo, pero dominaba en ella la raza Becker y la fisonomía revelaba poca inteligencia. El banquero, semejante a muchos nuevos ricos, deseaba encontrar en su mujer el ingenio, la inteligencia, la belleza, el buen carácter y la fortuna; estudiaba con cierta melancolía a la señorita Leopoldina Hannequin, la cual iba y venía, haciendo cumplidos, imitando a su madre, sin darse cuenta de que era examinada profundamente por un posible esposo, cuando dos personas fueron a sentarse al lado de éste, le miraron y continuaron una conversación cuya intimidad les había obligado, evidentemente, a refugiarse en un rincón. Uno era Claudio Vignon, del que la señora de Jarente se había visto obligada a separarse a causa de la llegada de un personaje importante y el otro el conde de Steinbock, escultor, tan célebre por sus fracasos como por sus brillantes comienzos.

—Tú que estás casado, mi querido Steinbock, no dejarás de hacerme un señalado favor. Tú vienes desde hace tanto tiempo a esta casa que me podrás proporcionar informes exactos. ¿Conoces la historia de la señora Malvaux?... —preguntó Claudio al escultor.

—Es de una simplicidad homérica —respondió Steinbock—. La señorita Hannequin ha hecho de su hermano lo que hoy es, pues ha sido para él una verdadera madre, y, en cuanto vio a su hermano en buena posición, esta buena mujer, que entonces contaba treinta años, se vio devorada por el deseo de ser mujer y creyó hallar todas las garantías posibles para conseguirlo en la persona del señor Malvaux, hijo de un funcionario del estado muerto en el cadalso, al que el recuerdo de las gestas llevadas a cabo por su padre en el ámbito de las finanzas había valido el cargo de recaudador de contribuciones de Meaux, en espera de llegar a ser algún día Recaudador General. Aquel muchacho era atractivo, amante de las artes y de los artistas, y su madre, una Girard, de los Girard de Lyon, poseía en Meaux una hermosa

casa, que había regalado a su hijo, contentándose con una pensión para vivir con su hermano, el abate Girard, uno de los eclesiásticos puestos al frente del seminario de San Sulpicio cuando el Emperador restableció el culto católico. Fue a instancias de ese digno sacerdote que el cardenal Maury, que le veneraba, hizo conceder a Malvaux el cargo de recaudador de contribuciones de Meaux, una de las mejores plazas de Francia.

Fue después de la boda, como siempre, cuando la excelente señorita Hannequin descubrió que la casa de Meaux no era más que una pequeña granja, últimos restos de las propiedades de los Malvaux, completamente hipotecadas para poder responder de la fianza exigida por el cargo que le había conseguido el abate Girard con sus recomendaciones. El recaudador, economista de la vieja escuela, gustaba de las diversiones, del arte, y, sobre todo, de las artistas; pero, entre las artistas, distinguía muy especialmente a las actrices. Aunque era dos años más joven que la señorita Hannequin, casi se enamoró de ella por dos razones: la primera por su dote, que se componía de dieciocho mil francos de rentas anuales; la segunda, por la celebridad conseguida por la señorita Hannequin. En 1805, esta excelente dama, considerada como la más aventajada discípula de Nadermann, tocaba el arpa tan perfectamente como pudiera hacerlo su maestro, y el arpa fue un instrumento que tuvo un inmenso éxito en tiempos del Imperio...

—Es cosa sabida —dijo Claudio Vignon—. He tenido ocasión de ver más de un centenar de retratos de mujeres inclinadas sobre un arpa como si fueran sauces llorones.

—Tocaba el piano como Steibelt, cantaba como la señora Branchu y pintaba como Isabey. Era una maravilla hoy día olvidada; ahí puedes ver su retrato, pintado por Sommervieux, que fue amigo de la familia, y que evidentemente puede rivalizar con la *Corinne* de Girard.

—¡Cómo! ¿Es ella?

—¡Ella es! —prosiguió el escultor—. Finalmente, también hacía esculturas. Como decía, bromeando, todos estos talentos, intensamente cultivados, la tenían alejada de cualquier posible marido, hasta un día en que, quemada por las novelas que leía —ignoro si llegó a escribir alguna—, incendiada por todas las romanzas que cantaba, asada en sus treinta años, vio aparecer a su vencedor, al apuesto Malvaux, que también cantaba hermosas romanzas. Un dúo de Paër unió sus voces y sus corazones, que de tal modo latieron al unísono, que cantaron mal. Se trata de una mujer realmente superior, pero ignota, pues dice sobre este tema: «Leía tanto, estudiaba tantas cosas, me daba a mí misma una educación tan varonil mientras procuraba la de mi hermano, que un buen día me creí tan grande como la señora de Staël, y concibiendo hacia mí una tan alta estima, que infaliblemente tenía que cometer alguna estupidez». Cuando su hermano se hizo notario, cosa que sucedió en 1824, estaba ya arruinada. Había adorado a su esposo, que durante doce años la había convencido de que era hermosa, y ella le creía a pesar de los mentís de su espejo;

empezó a vender sus rentas para sacar a su joven marido de la difícil situación en que se hallaba debido al juego, a las actrices, y a su vida de disipación. Unas veces se apoderaba de parte del dinero recaudado, otras aceptaba letras de cambio; por último, en 1823, aunque su esposa hacía seis meses que había dado luz a un hijo milagrosamente nacido en 1822, en el momento en que la madre cumplía cuarenta primaveras, la abandonó para marcharse a América con una figurante de la Opera, dejando un déficit en la caja departamental de cincuenta mil francos en letras falsificadas descontadas por la Casa Mongenod. Esta admirable mujer lo vendió todo, hasta sus diamantes, sus vestidos, sus joyas, para poder hacer honor a las deudas de su marido. Hannequin dio cincuenta mil francos para que su sobrino pudiera llevar un apellido sin mácula. A los cuarenta años la señora Malvaux se fue a vivir a casa de su hermano, en la que ocupó dos habitaciones del tercer piso, encargándose de las funciones de ama de llaves de su hermano, del que ya había sido una madre. Su hijo creció y fue educado como un hijo más de la familia. Estuvo en el colegio, y estudió la carrera de Derecho. Pero nunca quiso que su hijo fuera notario, pues sueña para él, como todas las madres que sólo han tenido un hijo, los más deslumbrantes destinos; por otra parte, se puede decir que no vive más que para él, le ha dado una educación maravillosa, pues es un músico excelente, se distingue en toda clase de ejercicios corporales, y dentro de un año será doctor en Derecho. Es un muchacho de una prudencia notable, carece de afectación y de gazmoñería, no abrigo duda alguna de que ha sido precisamente el amor maternal lo que le ha preservado de cometer locuras perniciosas, obligándole a cometer otras que le son útiles. Ha sabido relacionarle con cierta señora (...)

.....  
.....

# UN CARÉCTER DE MUJER



## PERSONAJES

Monseñor D'ESCALONS.

El abate VEYRAZ.

El abate PILOUD

El abate DES FOURNILS.

El sobrino PILOUD, procurador del rey.

CHAMBRIER, presidente.

DU COURROY, juez de instrucción.

DU CURROY, notario.

SAUTTEREAU, notario.

DES GRIVEAULX, alcalde (cuñado de Des Fournils).

DES GRIVEAULX, hijo, capitán de la gendarmería (sobrino de Des Fournils).

El señor CHAMBRIER, banquero (ausente).

Aquiles CHAMBRIER, su hijo.

El coronel SAUTTEREAU.

LESPANOU.

CORIOL, ex-primer pasante.

La señora CORIOL (de soltera MONFREY).

CORIOL, padre, juez suplente.

DES GRIVEAULX, hijo, sustituto.

BOMARD, teniente de Aduanas.

DES GRIVEAULX, hermano, recaudador de contribuciones.

MONFREY, médico.

MONFREY, hijo.

La señora MONFREY.

El conde de RILLIÈRE, diputado del distrito. Casado con la señorita D'YZAMBAL.

El abate de RILLIÈRE.

El vizconde de RILLIERE (25 años).

La señora CHAMBRIER-D'ESCALONDE.

LUCRECIA y VIRGINIA.

La señorita CHAMBRIER-SAUTTEREAU (de la cual el Coronel).

La MIGUELITA, obrera.

FILLION, doméstico de Monseñor.

GERMINET, criado de la señora CHAMBRIER.

La BAUTISTA, cocinera *id.*

A finales del mes de diciembre de 1815, un joven que aparentaba veinticinco años, aunque en realidad ya había cumplido los treinta, chocó casi con dos viandantes que subían por la avenida de Neuilly en dirección al Arco de Triunfo de la Estrella, mientras descendía. Este encuentro tuvo lugar en la contra-avenida del lado de las Thernes, a poca distancia de la plazoleta de la Puerta Maillot.

—¡Cómo, es usted, Sautereau!... —exclamó uno de los dos paseantes—. ¿Qué hace usted a estas horas por aquí?...

Eran las nueve de la mañana.

—Me estoy escondiendo, mi general.

—Ah, es verdad, es usted uno de los más comprometidos... —prosiguió el general—. Por lo que veo, todavía no le han encerrado en la cárcel; pero tiene usted una manera muy singular de esconderse...

—Excelente, mi general —respondió el joven—. Ante mí, a doscientos pasos, marcha un sargento mayor de mi regimiento, un licenciado del Loire, como yo, que vigila como un batidor el camino que debo seguir; un segundo muchacho de mi confianza me sigue a un centenar de pasos; tengo siempre un caballo ensillado en una casa de Neuilly, y en caso de necesidad, puedo disponer incluso de relevos para llegar hasta Saint-Germain, donde alguien se ocuparía en esconderme. Nunca le detienen a uno en pleno día, y se habla de amnistía...

—¿En qué situación está usted?

—En la peor de todas, pues me encuentro sin dinero, y el ministro de policía me ha hecho el honor de considerarme uno de los complicados en la conspiración del 20 de marzo, ha lanzado contra mí una orden de detención; ahora trato de ganar tiempo, pues tengo entendido que se ha presentado a la firma una ley de amnistía...

Durante aquella contestación, el general y su acompañante habían intercambiado miradas sumamente expresivas.

—¿De qué región es usted, coronel?... —preguntó el general.

—Mariscal, yo he nacido...

—Alto, los grados conferidos por el emperador no han sido confirmados, de modo que límitese a darme el tratamiento de general —dijo el personaje a quien el coronel Sautereau se dirigía y que le había interrumpido vivamente—. Hemos sido derrotados..., hundidos y desarmados. Mire, vea a esos oficiales rusos...

Una cabalgada de oficiales pasaba por la avenida al galope, y los uniformes pertenecían a los ejércitos aliados.

—Me preguntaba usted de qué región soy, mi general —prosiguió el coronel Sautereau—. Soy de Belley, en el departamento del Ain.

Una nueva mirada expresiva fue cambiada a escondidas entre el general y su acompañante.

—Se halla usted bajo el peso de una orden de detención —dijo el desconocido— de modo que no es usted más que un sospechoso...

El coronel miró al desconocido con extrañeza.

—Sí, Sautereau, puede usted mirar a este caballero, pues necesario es que le queden sus facciones bien impresas en su memoria y que pueda recordar su voz. Escuche. No pienso renunciar al bastón de mariscal —dijo el general cogiendo por un brazo al coronel— y usted debe llegar a ser algo más que general de brigada, pues es usted una de las glorias de nuestro joven ejército... No se puede comprometer a un hombre como usted... Aunque los seis meses que acaban de transcurrir hayan sido para nosotros como un siglo, nadie habrá olvidado que fue usted el único que pudo conseguir reunir dos regimientos a una legua de la retaguardia de Waterloo... Soult siempre recordará a su jefe de Estado Mayor en la batalla de Toulouse y sólo quiero decirle a usted esto: ¡la partida no ha terminado!

El coronel hizo un gesto de sorpresa.

—¿Conspira usted?...

—¿Qué entiende usted por conspirar?... —preguntó el general—. ¡Los hombres como nosotros jamás conspiran!. Todo lo que hacemos es prepararnos para cuando llegue el momento, eso es todo. ¿Quiere usted ser de los nuestros?... Le ofrezco una posición análoga a la mía...

—¿Cuál es su posición, mi general?...

—Obedecer en apariencia, y estar dispuesto a todo evento. A partir del grado de coronel uno jamás se compromete... —dijo el mariscal de 1815, llevándose aparte al coronel y hablándole al oído—. Estamos conspirando, mi querido Sautereau, como conspiran los hombres de Estado, y no como unas cabezas locas. El valiente que ahí veis va a jugar una importante partida en nuestro provecho... Le considero a usted como uno de los hombres más preciosos para nosotros, pues es usted valeroso, tiene usted sangre fría, decisión y sabe callar.

## II

Entre Bourg y Belley la carretera departamental es tan pintoresca, tan variada, como puedan serlo las más famosas de Suiza. Se atraviesan deliciosos pueblos en medio de los cuales corre un torrente de aguas claras entre dos hileras de sauces.

Los sencillos detalles de aquella comarca recuerdan los alrededores de la ciudad de Aix, en la Saboya, o los más hermosos burgos del Gésivaudan; a la salida de dichos pueblos se corre por las orillas de diminutos lagos azules formados por las nieves fundidas, por las aguas procedentes de los Alpes, tan límpidas que permiten ver su fondo semejante a mosaicos romanos. Es una región completamente alpina, pero una región por completo desconocida por los artistas y turistas, que nunca la recorren. Cuando la carretera llega a la cima de alguna pendiente algo fuerte, entonces la mirada maravillada del viajero puede distinguir la pequeña cordillera de los Alpes Cottianos (contorneada por el Ródano) y el Diente de Gato, al pie del cual se extiende el más encantador de los lagos: el lago del Bourget. Esta comarca es el jardín de la Bresse, uno de los dominios de la Casa de Saboya, en el que la historia de los duques de Borgoña ha dejado, para la Francia de nuestros días, una de las más preciosas joyas de la Edad Media: la iglesia votiva de Nuestra Señora de Brou, que, por sí sola, merece el viaje, como si la naturaleza no recompensara, a cada paso, las fatigas el viajero.

En los primeros días del mes de enero de 1816, a las cinco de la madrugada, un carruaje, que reunía a la vez las características de una tartana y de un carromato, se detuvo a la entrada de uno de aquellos encantadores pueblos, delante de una avenida de árboles al final de la cual se distinguía la fachada de una casa de campo. Dos viajeros, salidos el día anterior de Bourg a las siete, habían hecho en diez horas doce leguas y se paseaban por la carretera para calentarse, porque en aquella región montañosa en la que brillan tantos pequeños lagos y cursos de agua, cortada por tantas gargantas y valles, se levantan por la mañana frías nieblas, disipadas rápidamente cuando sale el sol.

Cada vez que el conductor de aquel carruaje de caja de varas añadía un paquete a los que la débil imperial soportaba ya, los dos viajeros se miraban como para preguntarse si no sería mucho más prudente continuar su camino a pie hasta Belley.

—¡Vaya baldaquino, mi coronel! —dijo finalmente uno de los dos dirigiéndose al otro—. Dime, paisano —prosiguió dirigiéndose esta vez al recadero—, ¿cuánto nos queda todavía de aquí a Belley?...

—Dos horas de marcha —respondió el recadero.

—¿Cuánto representa en leguas de posta?

—Tres leguas...

—Entonces no llegaremos a Belley hasta las siete de la mañana... ¡Veinticuatro horas para recorrer trece leguas!...

—Ah, maldición, mi querido amigo, tendremos qué hacer de nuevo el servicio de postas.

El digno recadero realizaba también toda clase de encargos para la comarca comprendida entre Bourg y Belley.

—¿Pero podrá tu carricoche aguantar todos estos paquetes?... —preguntó el coronel.

—Así lo espero —dijo el conductor—. Hace ya dieciséis años que aguanta, y se ha acostumbrado.

El coronel examinó el carruaje con aire de duda.

El coche de Bourg a Belley se parecía mucho a lo que en nuestros días calificamos de carromato; solamente la mitad estaba recubierta por unas tablas de madera de abeto sostenidas por cuatro montantes de haya, entre cuyos intervalos, sus lados habían sido rellenados con estéticas de mimbre, sosteniendo los pequeños balaustres pintados de verde. Bajo este abrigo protector había dos banquetas acolchonadas como las paredes del coche. Se subía a aquel gallinero mediante un estribo metálico y basto, adherido a la vara delantera. Aquel coche tenía por único cierre un par de cortinas de cuero y un inmenso alero de la misma materia. El conductor iba sentado sobre una especie de trasportín en la parte alta delantera. Entre el alero de cuero y su asiento aquel extraño vehículo formaba como un baúl, en el que se depositaban los sacos y paquetes del correo. Las mercancías que transportaba el recadero y los equipajes de los viajeros se colocaban en el imperial. Aquél coche, montado sobre cuatro ruedas, tenía capacidad para seis viajeros muy apretados, cuatro desahogadamente, pero frecuentemente iban ocho. Cuando llevaba ocho y el conductor, cuando iba bien cargado, entonces la gente de la región lo encontraban cómodo, mientras que los dos viajeros se creían deshuesados por haber sido duramente zarandeados desde Bourg. Así más fatigados por aquellas últimas diez leguas que por el resto del viaje desde París, durante el cual habían tenido que cambiar tres veces de coche, dudaban si meterse en él o no, a pesar de ser ambos militares endurecidos en mil fatigas. Los jóvenes que pueden disfrutar en nuestros días de los perfeccionamientos de la civilización moderna, no pueden imaginarse el estado en que se hallaba el material de transportes públicos, en 1816, ni creer en la existencia de los variados métodos de tortura característicos de los servicios de postas. Se calificaba de velocíferos a una clase de postas que solamente tardaban ocho días en ir de París a Burdeos. Los coches del gobierno, los correos, eran como una especie de ballenas de cuero arrastradas sobre dos o cuatro ruedas, dentro de las cuales se corría peligrando de perecer. Se consideraba como a un héroe al hombre bastante osado como para hacer un viaje en coche de línea. Aquellos dos viajeros, llegados por la carretera de Lyon, de las cinco o seis ciudades a las cuales las mensajerías de la calle de Nuestra Señora de las Victorias llegaban directamente, había tenido que bajar en Châlons. Llevados de Châlons a Mâcon por el servicio provincial con el cual enlazaban los coches de las mensajerías, habían tenido que

tomar otro enlace para ir desde Mâcon a Bourg; por último, en Bourg se habían convertido en las Víctimas del recadero de servicio entre Bourg y Belley. Desde París a Bourg se habían acostado tres veces y la noche que acababan de pasar metidos dentro de aquel espantoso carruaje era la octava desde la partida. En nuestros días, aquella semana bastaría para poder trasladarse desde París a Odesa, es decir, para hacer un viaje de ochocientas o novecientas leguas. De modo, que podemos considerar que la vida humana ha doblado su duración.

—¡Vamos, pues, señor, dese prisa! —exclamó el coronel dirigiéndose a un hombre bajito y delgado, todo vestido de negro que avanzaba con toda tranquilidad por la avenida acompañado de otros dos hombres, conversando con ellos.

Aquel caballero, vestido con ropas negras, calzón corto, gruesas medias de filosedas negras, zapatos de hebillas, cubierto con una gruesa redingota azul con triple cuello, que llevaba el cabello empolvado con polvos color ala de paloma y recogido en una cola, no pareció haber oído aquella interpelación.

—Simón, vigila bien a los trabajadores, he dejado vino en la despensa. La señora Juana tiene la llave. Y tú, Claudio, cuídate de las avenidas, mira que estén bien rastrilladas, que no haya hierbas... Bueno, adiós, muchachos.

—¿Sabe usted, señor, que hace más de media hora que le estamos esperando a usted? —prosiguió el coronel.

El nuevo viajero, evidentemente propietario de aquella hermosa casa de campo, miró al coronel con curiosidad, pero la mirada fija del coronel le obligó a bajar los ojos. La pupila del militar brillaba con el fuego de una cólera reprimida al ver la cinta roja de la Orden de la Legión de Honor que florecía en el ojal de la chaqueta del recién llegado. La prodigalidad con la que el gobierno real concedía la Orden fundada por Napoleón, sin duda para envilecerla, irritaba especialmente a los militares, a los que en otros tiempos el emperador les exigía mucho para conseguirla; así los antiguos soldados olvidaban toda prudencia, especialmente en lo más profundo de las provincias, en cada encuentro de aquel género.

—¡Los hombres que llevan la cinta que luce usted en el ojal están acostumbrados a andar más deprisa que usted!

—Lamento mucho haberles hecho esperar, señores —respondió el hombrecito, aparentemente de unos cuarenta y seis años, haciendo una profunda inclinación al coronel e interrogando con la mirada al conductor del carruaje.

—Lo menos que puede hacer ahora, señor, es subir al coche —dijo el coronel.

—¡Por qué no monta usted primero! —dijo el recién condecorado.

Llamó a uno de sus criados, que acudió a ayudarle a subir al estribo de tres peldaños sobre los cuales era fácil trastabillar, pues eran parecidos a los barrotes de las jaulas de los periquitos.

—¿Se queda usted en Belley?... —preguntó en voz baja el conductor al coronel.

El coronel le respondió haciendo un gesto afirmativo.

—Pues bien —le sopló en la oreja el conductor—, si no quiere usted verse metido

en líos procure hilar delgado con ese tipo.

—¿Y por qué?

—Es el presidente...

El coronel saltó dentro del coche, y se sentó al lado del presidente. El compañero del coronel se colocó en la banqueta delantera y recogió las cortinas de cuero para poder contemplar el paisaje.

El presidente miró con el rabillo del ojo a su vecino, y empezó a estudiarle como la gente de provincias estudian a los desconocidos, es decir, formando mil conjeturas sobre ellos. El coronel, hombre de unos treinta y seis años, ofrecía a la atención del presidente una cara a la vez marcial y delicada, que encubría su verdadera edad pues nadie le hubiera calculado más de treinta años. La tez, aunque de un amarillo ambarino, traslucía la coloración de una sangre rica. El óvalo del rostro como trazado por un pintor de miniaturas, los ojos vivaces en forma de almendra, la frente blanca, la boca y los labios muy anchos, se destacaban por su cabellera color castaño, por unos enormes mostachos y por una perilla. La expresión de aquella cara sugería una dulzura de mujer, una gran bondad, una juventud despreocupada, y el presidente Te hubiera tomado por un hijo de buena familia, a no ser por la guerrera azul de los militares, el gorro cuartelero galoneado de oro, los guantes de cabritilla, las botas a la Suvaroff y el pantalón azul del coronel. Por otra parte, observó pronto los indicios de subordinación existentes entre el soldado del capote gris y el viajero.

—¿Es la primera vez que viene usted a esta región?... —preguntó el presidente al coronel.

—No señor, yo regreso —respondió el coronel—. ¿Y tú, Lespanou, la reconoces?

—No mucho, mi coronel. He tenido ocasión de ver tantos países —respondió el sargento mayor—, que hace ya diez años que cuando viajo no sé dónde me hallo; debe ser por mi costumbre de mirar únicamente la carretera...

—¿Lespanou? —prosiguió el presidente—. Este es un apellido de la región. ¿Es usted de Belley?

—Sí señor, yo soy el coronel Sautereau.

—¡Ah, el famoso coronel Sautereau! ¿Supongo que no se estará usted burlando de mí? Por lo que nosotros sabemos, el coronel debería tener seis pies de estatura, ser fuerte como una torre. ¿De modo que es usted el que defendió Cataluña?

—¡Voto a tal! —respondió Lespanou.

—¿Que fue jefe de Estado Mayor en la batalla de Toulouse?...

—Algo hice —replicó Lespanou.

—Usted ha sido teniente de los Guardias de Corps durante la campaña de Wagram.

—Exacto... —exclamó Lespanou.

—¿Y que formó a su regimiento en la retaguardia de Mont-Saint-Jean?

—Sí, esto es... ¡y, además, herido! —completó Lespanou.

—Debe de considerarse usted muy dichoso por no haber sido deportado —dijo el

presidente.

—El mariscal, cuando nos licenció en Tours, me dijo —replicó suavemente el coronel— que me sería mantenido mi grado, y en verdad que sigo teniéndolo, pero el ministro de la guerra me ha puesto a media paga y me ha sometido a la vigilancia de la policía secreta, invitándome a ir a vivir a Belley, mi lugar de nacimiento... ¡Sólo Dios sabe lo que están haciendo, y dónde encontrarán un ejército!...

—Señor barón de Sautereau —dijo en voz baja el Presidente—, puesto que no habiéndose incoado proceso contra usted sigue siendo barón, le recomiendo sea prudente y que nunca se le escape una sola palabra sobre el rey, la real familia, el gobierno o el clero; Belley, coronel, es una localidad esencialmente monárquica, por la sencilla razón de que es esencialmente religiosa, saben perfectamente a qué lugar le mandan a usted...

—Tiene usted aspecto de ser un hombre digno —dijo el coronel interrumpiendo al magistrado— pero, ¿a qué se debe tanto interés por un desconocido?

—Su madre de usted fue una Chambrier. Cometió la locura de casarse con Sautereau...

—¡Caballero!...

—Y tú eres mi sobrino —replicó el magistrado—, yo soy tu tío Chambrier, y soy, además, el presidente del tribunal de primera instancia de Belley. Piensa, sobrino mío, que éstas serán las únicas palabras afectuosas que me oirás pronunciar; para serte útil, en caso de necesidad, será preciso simular que te trato con dureza. Si yo no fuera monárquico y religioso, no hubiera sido confirmado en mis funciones. Soy un ferviente realista; así he sido elegido para llevar a Su Majestad la apasionada adhesión de la fiel y leal ciudad de Belley, en la cual todos hemos rezado para el regreso de nuestro rey legítimo... Y si el conductor no se hubiese apeado para subir esta cuesta a pie, puedes estar seguro de que no te estaría hablando como lo hago... ¡Yo soy algo así como el coco de la región! Pero te quiero y te aprecio, porque saliste del pueblo descalzo, abandonado por todos y has conquistado renombre, el título de barón y hete aquí coronel...

—¿De modo que es usted mi tío Chambrier?...

—En persona.

—Pues bien, deme usted, por favor, noticias de mis padres...

—¡Oh! —dijo el presidente— eso se dice en dos palabras: están muertos... Y es lo mejor que el cielo ha hecho por ellos pues de no haber muerto de enfermedad, se hubieran muerto de hambre...

—¿Cuándo fallecieron?...

—En 1813 —respondió el presidente—, tú estabas en España, y ellos nunca supieron nada de ti. Ninguno nos imaginamos que el famoso coronel Sautereau fuese aquel pequeño Sautereau, aquel hijo del amor que correteaba por las calles de Belley, y que se escapó de casa, tú sabes por qué...

—Sí, —respondió el coronel, reprimiendo un huracán de indignación—. ¡Todos



me creíais ahorcado!...

—Sin mí, que te presté el servicio de legitimarte, te hubieran condenado...

—¡Basta ya, tío! Si no fuese usted...

—Ay, muchacho, la verdad es que me debes tu inscripción en el registro civil, que me lo debes todo, hasta tu honor y la casa de tu abuelo Sautereau, que he defendido contra los acreedores de tu padre y de tu madre, que hubieran comido la luna... Por suerte, la cosa se arregló, pues en caso contrario, no te podrías quedar a vivir en Belley sin pagar antes a sus acreedores.

—¡Así que soy propietario de una casa en Belley!... —exclamó el coronel—. Pero yo he enviado a mi padre y a mi madre, en diferentes ocasiones, más de seis mil francos...

—En este caso debes hacer una reclamación, pues ellos no recibieron nada; sin mí, mi hermana habría muerto en Un hospital. ¡Un Chambrier al hospital! Entonces no era más que juez de instrucción, pero para impedirlo habría vendido hasta el último libro de jurisprudencia.

—Y mi otro tío Chambrier... el banquero...

—Ah, hijo mío, en cuanto a éste, sólo Dios sabe dónde para... O por mejor decir, tal vez lo sepa su mujer. Se fue para París, totalmente arruinado... Ya tendremos ocasión de hablar sobre todo esto, mi querido sobrino, cuando lleguemos a la cuesta del Darté, ahora, calla... Ahí viene Martín, el conductor —dijo poniéndose un dedo ante los labios—. No sabes lo que es esta región. La gente tiene la lengua todavía más aguzada que las orejas.

—Gracias, mi querido tío —dijo el coronel.

Mientras Martín, el conductor, al llegar a lo alto de una cuesta, antes de emprender el descanso, examinaba los cascos de las caballerías a la manera alemana, es decir, empleando en ello el doble de tiempo del necesario, Lespanou, a una seña del coronel, bajó del coche y le preguntó en voz baja:

—¿Ese que está ahí dentro es el presidente Chambrier?

—Claro que sí —replicó el recadero—. Si tiene usted deseos de regresar a Bourg y pasar una temporada en la cárcel, no tiene más que mencionar al *otro*... Pronto se verían cumplidos sus deseos... Es un devorador del buen Dios.

Al volver a subir al coche Lespanou hizo una seña a su coronel, y la conversación, intrascendente, versó sobre la región, sus bellezas, sobre Lespanou, cuya historia era de una simplicidad excesiva.

Lespanou, uno de los niños recogidos en el Hospicio de Belley, se había alistado a los quince años, después de haberse marchado de Belley por un pecadillo del mismo género que aquel que el presidente acababa de reprocharle al sobrino, un robo de fruta con escalo y, por los azares de la guerra, se había encontrado en 1810 incorporado al regimiento en el cual Sautereau había sido destinado como capitán, y del cual, en 1813, fue nombrado coronel gracias a la energía, el valor y el talento militar de que había hecho gala en los años precedentes. Naturalmente, Lespanou

quedó vinculado a la suerte de su coronel y cuando tuvo lugar el licenciamiento del ejército del Loire, Sautereau le había tomado a su servicio, aunque por toda fortuna sólo tuviera su media paga.

Finalmente, al cabo de una hora y media de marcha, la galera de Martín llegó a la falda de la última colina que quedaba por subir antes de llegar al valle del Ródano que domina el hermoso pueblo de Belley levantado a media ladera, y cuyo arrabal desciende, por el lado de Saboya, hasta las sinuosidades de aquel pliegue del terreno.

—Párate aquí, Martín —dijo el señor Chambrier—. La cuesta de la Darte es tan larga que la haremos a pie, iremos seguramente más rápidos que tú, ya nos encontraremos en la plaza.

—Y usted, sargento, adelante —dijo dirigiéndose a Lespanou.

—Ve delante —respondió el coronel, el cual, por un gesto de su tío, comprendió que éste deseaba hablarle sin ser escuchado.

—Presumo —prosiguió el magistrado fijando la vista en su sobrino—, que no debes desear seguir estando bajo vigilancia de la policía durante mucho tiempo... Y que desearás vivir tranquilamente en Belley...

—Claro que sí, mi querido tío...

—Entonces, como estoy convencido de que no tienes ni idea de cómo es una localidad como Belley, te lo voy a explicar. Acabas de medir la distancia que separa Bourg de Belley, y Bourg de París, estamos en el otro extremo de Francia; pues bien, multiplica por diez esa distancia e imagínate que has llegado a una colonia. Estás entre los alóbroges, mi querido amigo. Tenemos un obispado, y en el obispado hay un obispo. Este obispo es el señor conde D'Escalonde, y el señor D'Escalonde es uno de los acérrimos partidarios de un orden que, dentro de diez años, imperará sobre toda Francia. El gobierno de la Bresse es el señor D'Escalonde. Él ha sido quien ha nombrado al prefecto del Ain, el subprefecto de Belley lo escogió él, el procurador del rey de Bourg es uno de sus parientes, y por último, debo decirte que todas las autoridades son personas de su devoción. Esta misma influencia del clero, sorda y niuda en tiempos del tirano corso, se manifestó en 1814, los acontecimientos del año pasado la han corroborado de tal modo, que los curas son los verdaderos dueños de esta parte del departamento del Ain. Llegarás, pues, a una localidad religiosa por excelencia, donde los que no son de verdad religiosos, son unos hipócritas, lo que, como no ignoras, es algo mucho peor. Monseñor es pariente nuestro, lo cual es decir mucho, pues sólo es pariente de aquellos a los que quiere reconocer. Monseñor no es nada por sí mismo; es un hombre muy honesto; pero cuenta con dos consejeros: en primer lugar, su sobrina, la señora Chambrier, convertida en tía suya, y que se llama Chambrier d'Escalonde, suponiéndose que dentro de pocos días un ordenanza real conferirá el título de conde D'Escalonde a su hijo mayor, tu primo, de modo que su padre será el señor Chambrier y el hijo se llamará el señor conde D'Escalonde. La señora hace lo que quiere de su tío, anciano de sesenta y cuatro años, vicario general de la diócesis antes de la Revolución. El vizconde D'Escalonde, hijo mayor del viejo

conde, falleció en 1795 en un combate a orillas del Rin, en las filas del ejército de Condé. En cuanto al anciano que no emigró, que se quedó en el castillo D'Escalonde, ya sabes que debió la vida y la conservación de su patrimonio a la boda de su nieta con tu tío Chambrier, por aquel entonces presidente del tribunal revolucionario de Bourg, y brazo derecho del representante del pueblo. El viejo D'Escalonde murió en 1804, dejando toda su fortuna a su segundo hijo, el abate D'Escalonde, en perjuicio de las dos hijas del hijo mayor, pues el vizconde y la vizcondesa D'Escalonde tuvieron una segunda hija en Alemania que llegó a estas tierras hacia 1802, huyendo de Belley en 1812 con un oficial apellidado Brimont, al que siguió, según se dice, hasta Rusia.

### III

Monseñor volvió a poner su reloj en el bolsillo de su calzón de seda negra después de haber consultado la hora y dijo:

—Bueno, señores, debemos retirarnos ya.

Y miró a sus dos vicarios generales, el abate Veyraz y el abate Des Fournils.

—Pero, monseñor, si no habéis jugado más que dos *rubbers* —dijo el abate Veyraz.

Nunca dejaba monseñor el salón de su sobrina sin haber jugado durante un par de horas al whist. Le gustaba el whist, y se había acostumbrado a él, lo mismo que al thé, durante los siete años que había pasado en Londres, de 1792 a 1799; pero ¿puede hallarse un animal salvaje o un desconfiado más agudo que un obispo de sesenta y siete años de edad, emigrado, reintegrado por Napoleón en 1803 en la Sede Episcopal de Belley y que desde 1808 soñaba con el restablecimiento de la Orden de Jesús?...

—Mi querida sobrina —respondió al abate Veyraz acompañando su contestación con una fina sonrisa— tiene proyectos esta noche, pues lleva su vestido de terciopelo...

Y monseñor se levantó de la mesa de juego, en la que dejó dos escudos de seis francos, volviendo a meter su bolsa de seda violeta en la faltriquera de su calzón, pues el señor conde de D'Escalonde, obispo de Belley, seguía vistiendo a la moda de 1786, y su calzón llevaba un corte de derecha a izquierda que nadie de la actual generación puede haber visto en ningún calzón; hay que tener cincuenta años para recordarlo. Por otra parte, se comprende la necesidad de tal disposición, cuando permitía a los eclesiásticos meter mano en los bolsillos aun cuando vistieran el traje episcopal.

El abate Veyraz, cuyo mayor sentimiento era no poder llevar medias color violeta, se volvió para mirar a la señora Chambrier; pero la señora Chambrier estaba en una sala contigua al salón apurando a sus dos hijas, Lucrecia y Virginia, que estaban preparando el thé de su tío abuelo. El subprefecto se aprovechó de la posición de monseñor para desaparecer silenciosamente andando de puntillas. Dicho subprefecto, en calzón de casimir blanco, medias de seda blanca, zapatos con hebilla de oro, y chaleco blanco realzado con el satuer rojo de la Cruz de Comandante de la Legión de Honor, llevaba espada al costado, y el frac semi-militar de tela azul bordado con hilo de plata que Napoleón había dispuesto para estos funcionarios. El subprefecto, que no creía debiera pasar mucho tiempo más en Belley, pues monseñor lo había propuesto para prefecto del departamento del Ain, era el hijo menor del conde de Rillière, diputado por el distrito de Belley, y llevaba el título de vizconde de Rillière, ya que el hijo mayor, sin que se supiera, estaba en Roma como auditor de la Rota, cargo que había sido restablecido hacía solamente unos seis meses y que conduce casi directamente al cardenalato.

El conde de Rillière, emigrado restablecido en sus propiedades por Napoleón, a instancias de monseñor de Belley diputado en tiempos del Imperio en el cuerpo legislativo y diputado de la cámara Inhallable, era amigo de la infancia del obispo de Belley. Los chismorreos de la hermosa ciudad de Belley atribuían a monseñor el proyecto de casar al joven subprefecto, pues el conde acababa de cumplir los veintitrés años, con una de sus dos sobrinas-nietas; pero los acontecimientos de esta historia demostrarán que jamás monseñor tuvo este pensamiento.

Ni la señora Chambrier, a la que desde hacía dieciocho meses nadie llamaba más que señora D'Escalonde, ni sus dos hijas, vieron partir al subprefecto, pues el comedor en el que estaban operando la madre y las dos hijas (... ..  
.....)

## PLAN DE LA OBRA

Velada en casa de la señora Chambrier.

El obispo. Dos vicarios generales.

El subprefecto.

Lucha entre la señora Chambrier y el abate Veyraz, a propósito de la velada de los señores Des Griveaulx, en la que debe estar presente el coronel Sautereau.

Descripción de los 2 hijos.

Cómo es el hijo.

Cómo es el coronel Sautereau.

Explicación entresacada de las Memorias de la policía.

Oficiales a media paga.

Su entrevista con el general Gérard.

Disparos de fusil en el Ródano.

Un conspirador en Belley.

Los suscriptores del *Constitucional*.

El baile de los Griveaulx.

La señorita Chambrier y su enamorado.

Sus amantes.

Sistema de báscula de la señora Chambrier con los abates. Historia de monseñor D'Escalonde.

El señor D'Escalonde engaña a su sobrina.

El abate de Rillière.

Boda del coronel. Cuando se da cuenta de la infelicidad de la señorita Lucrecia.

Lucha entre la madre y la hija (consultar las *Memorias de la Policía*).

Combate entre el coronel y la señora Chambrier.

El coronel Sautereau se retira a su casa. La otra hija y el hijo.

La señora D'Escalonde se queda sola y clama contra la ingratitud.

Fallecimiento del obispo. Asunto del testamento. Consultar Beyle (*Memorias de un Turista*).

La señora D'Escalonde. Fundación del partido liberal de Belley.

Lucha encarnizada entre los dos bandos, llega 1830. Los cómplices de Sautereau, triunfan. El señor Chambrier es nombrado alcalde. La señora D'Escalonde y el abate Veyraz, son fulminados. Des Fournils, obispo.

Cómo terminó la señora D'Escalonde. (Episodio de la hermana de la señora D'Escalonde).

# ÍNDICE GENERAL DE LA COLECCIÓN

## TOMO I

LA GÉNESIS DE LA COMEDIA HUMANA. — PREFACIO GENERAL. — INTRODUCCIÓN, por Félix Davin, — LA CASA DEL GATO QUE JUEGA A LA PELOTA. — EL BAILE DE SCEAUX. — MEMORIAS DE DOS JÓVENES ESPOSAS. — LA BOLSA.

## TOMO II

MODESTA MIGNON. — UNA ENTRADA EN LA VIDA.

## TOMO III

ALBERTO SAVARUS. — LA VENDETTA. — UNA DOBLE FAMILIA. — LA PAZ DEL HOGAR. — MADAME FIRMIANI. — ESTUDIO DE MUJER. — LA FALSA QUERIDA.

## TOMO IV

UN HIJA DE EVA. — EL MENSAJE. — LA GRENADIÈRE. — LA MUJER ABANDONADA. — HONORINA. — GOBSECK.

## TOMO V

BEATRIZ.

## TOMO VI

LA MUJER DE TREINTA AÑOS. — EL TÍO GORIOT.

## TOMO VII

EL CORONEL CHABERT. — LA MISA DEL ATEO. — LA INTERDICCIÓN. — EL CONTRATO DE MATRIMONIO. — OTRO ESTUDIO DE MUJER.

## TOMO VIII

ÚRSULA MIROUET. — EUGENIA GRANDET.

## TOMO IX

LOS SOLTEROS: 1) PIERRETTE; 2) EL CURA DE TOURS; 3) UN PISO DE SOLTERO (La Rabouilleuse).



## TOMO X

LOS PARISIENSES EN PROVINCIAS: 1) EL ILUSTRE GAUDISSERT; 2) LA MUSA DEL DEPARTAMENTO.

## TOMO XI

LAS RIVALIDADES: 1) LA SOLTERONA; 2) EL GABINETE DE ANTIGÜEDADES. — ILUSIONES PERDIDAS: 1) LOS DOS POETAS.

## TOMO XII

ILUSIONES PERDIDAS: 2) UN GRANDE HOMBRE DE PROVINCIAS EN PARÍS; 3) LOS SUFRIMIENTOS DEL INVENTOR.

## TOMO XIII

HISTORIA DE LOS TRECE: 1) FERRAGUS; 2) LA DUQUESA DE LANGEAIS; 3) LA MUCHACHA DE LOS OJOS DE ORO.

## TOMO XIV

HISTORIA DE LA GRANDEZA Y DE LA DECADENCIA DE CÉSAR BIROTTEAU. — LA CASA NUCINGEN.

## TOMO XV

ESPLENDOR Y MISERIAS DE LAS CORTESANAS: 1) CÓMO AMAN LAS RAMERAS; 2) A CUÁNTO LES RESULTA EL AMOR A LOS VIEJOS; 3) A DÓNDE LLEVAN LOS MALOS CAMINOS; 4) LA ÚLTIMA ENCARNACIÓN DE VAUTRIN.

## TOMO XVI

Los SECRETOS DE LA PRINCESA DE CADIGNAN. — FACINO CANE. — SARRASINE. — PEDRO GRASSOU. — UN HOMBRE DE NEGOCIOS. — UN PRÍNCIPE DE LA BOHEMIA. — GAUDISSERT II. — LOS EMPLEADOS.

## TOMO XVII

LOS PARIENTES POBRES: 1) LA PRIMA BETTE.

TOMO XVIII

LOS PARIENTES POBRES: 2) EL PRIMO PONS. — LOS COMEDIANTES SIN SABERLO.

TOMO XIX

LOS PEQUEÑOS BURGUESES.

TOMO XX

EL REVERSO DE LA HISTORIA CONTEMPORÁNEA: 1) MADAME DE LA CHANTERIE; 2) EL INICIADO. — UN EPISODIO BAJO EL TERROR. — UN ASUNTO TENEBROSO.

TOMO XXI

EL DIPUTADO D'ARCIS. — Z. MARCAS.

TOMO XXII

LOS CHUANES. — UNA PASIÓN EN EL DESIERTO.

TOMO XXIII

LOS CAMPESINOS.

TOMO XXIV

EL MÉDICO RURAL. — EL CURA DE LA ALDEA.

TOMO XXV

EL LIRIO EN EL VALLE. — LA PIEL DE CHAGRÉN.

TOMO XXVI

JESUCRISTO EN FLANDES. — MELMOTH RECONCILIADO. — MASSIMILA DONI. — LA OBRA MAESTRA DESCONOCIDA. — GAMBARA. — LA BÚSQUEDA DE LO ABSOLUTO.

## TOMO XXVII

EL HIJO MALDITO. — ADIÓS. — LAS MARAÑA. — EL RECLUTA. — EL VERDUGO. — UN DRAMA A ORILLAS DEL MAR. — MAESE CORNELIO. — LA POSADA ROJA.

## XXVIII

SOBRE CATALINA DE MÉDICIS: INTRODUCCIÓN; 1) EL MÁRTIR CALVINISTA; 2) LA CONFIDENCIA DE LOS RUGGIERI; 3) LOS DOS SUEÑOS. — EL ELIXIR DE LARGA VIDA. — LOS PROSCRITOS. — LUIS LAMBERT.

## TOMO XXIX

SERAFITA. — FISIOLOGÍA DEL MATRIMONIO.

## TOMO XXX

PEQUEÑAS MISERIAS DE LA VIDA CONYUGAL. — OBRAS INACABADAS O ESBOZADAS. — ÍNDICES GENERAL DE LA COLECCIÓN.



HONORÉ DE BALZAC nació en 1799 en Tours, donde su padre era jefe de suministros de la división militar. La familia se trasladó a París en 1814. Allí el joven Balzac estudió Derecho, fue pasante de abogado, trabajó en una notaría y empezó a escribir: obras filosóficas y religiosas, novelas de consumo publicadas con seudónimo e incluso una tragedia en verso, *Cromwell*, se cuentan entre estas primeras producciones, todas ellas anteriores a 1827. Fue editor, impresor y propietario de una fundición tipográfica, pero todos estos negocios fracasaron, acarreándole deudas de las que no se vería libre en toda su vida. En 1830 publica seis relatos bajo el título común de *Escenas de la vida privada*, y en 1831 aparecen otros trece bajo el de *Novelas y cuentos filosóficos*: en estos volúmenes se encuentra el germen de *La comedia humana*, ese vasto «conjunto orgánico» de ochenta y cinco novelas sobre la Francia de la primera mitad del siglo XIX, cuyo nacimiento oficial no se produciría hasta 1841, a raíz de un contrato con un grupo de editores. Balzac, autor de una de las obras más influyentes de la literatura universal, murió en París en 1850.

# Notas

[1] Juego de palabras: *Mal* (mal) con *mâle* (varón, macho). Además, *esfinge*, francés, es masculino. (N. del T.) <<

[2] Mentira de triple pecado mortal (mentira, orgullo, envidia) que se permiten las devotas, pues la señora Deschars es una beatona atrabiliaria: no falta a un oficio en la iglesia de Saint-Roch *desde que ella estaba en su mesa petitoria con la reina.* (N. del A.) <<

[3] Un antiguo barrio de los más aristocráticos de París. (*N. del T.*) <<



[4] Se llama *oso* a una obra rechazada en muchos teatros, y que acaba por representarse en cierto momento en que cualquier director tiene necesidad de algo. Esta palabra ha pasado necesariamente del lenguaje de entre bastidores al argot del periodismo y se ha aplicado a las novelas que se pasean. Se debiera llamar oso blanco al de la librería y osos negros a los otros. (*Nota del Autor*). <<

[5] Juego de palabras: carta, *lettre*, en francés, y letra de cambio, *lettre de change*. <<

[6] Corregir burlándose de las costumbres. <<

[7] El mismo Fernando de Bourgarel a quien la política, las artes y los amores han tenido el dolor de llorar recientemente, según el discurso pronunciado sobre su tumba por Adolfo. (*Nota del Autor*). <<

[8] Juego de palabras: *chère*: cara, querida. <<

[9] Juego de palabras, *Manège*: picadero, manejo, o más bien *manègs galant*: flirteo.

<<

[10] Camarín o gabinete femenino. <<

[11] Nombre que se daba a los más humildes trabajadores de la industria de la seda.  
(*N. del T.*) <<



[12] Aquí Balzac escribió una anotación en el manuscrito que decía: «Dejar tres líneas de blanco para las citas». <<

[13] Juramento familiar de Enrique IV. (*N. del T.*) <<

[14] La *vitela*, antes de generalizarse el uso del papel, era una especie de pergamino hecho con la piel de las terneras y este nombre se dio también a la clase de papel que tenía su consistencia y un color moreno. (*Nota del Autor*). <<